



**VNiVERSiDAD
D SALAMANCA**

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

Tesis Doctoral

**“La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de
identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile”**

Rocío Estremadoiro Rioja

Director

Dr. Guillermo Mira

M. Rocío Estremadoiro Rioja
La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades
en Bolivia, Perú y Chile

A mis padres, Yoyito y Fofeta, infatigables maestros y cómplices.

A mi hermanos Carolina y Camilo y a mis sobrinos, Camilito y Carolinita.

*A las aves, insectos, perritos, gatos, árboles y otras manifestaciones de la vida que me
acompañan y cuidan siempre.*

*A mis abuelos/as, tío, Lizandro, Hugonono, Pluta, Chichita y Cafuné que, tal vez, ya
descubrieron el más grande de los misterios.*

*A mis compañeros/as del Colectivo “No a la tala de árboles en Cochabamba”, por
devolverme la esperanza en la humanidad.*

A los amigos/as de siempre.

A los maestros de los sueños.

A los amores de antes y a los que vendrán.

Índice

Agradecimientos.....	12
I. Introducción y alcances de la investigación.....	14
1. Justificación y antecedentes.....	14
2. Planteamiento del problema.....	17
3. Objetivos.....	18
3.1 Objetivo general.....	18
3.2. Objetivos específicos.....	18
4. Delimitación del objeto de estudio.....	19
5. Metodología e instrumentos de investigación.....	20
6. Síntesis del contenido de la investigación.....	20
7. Antecedentes conceptuales.....	22
7.1 Ideología, hegemonía, imaginarios sociales, representaciones colectivas, mitos e historia construida.....	22
7.2 Nación, nacionalismos, Identidades nacionales, alteridades y su relación con la construcción de la historia.....	27
7.2.1 Nación y nacionalismos.....	27
7.2.2 Identidades nacionales y la importancia de la alteridad en la narración histórica “nacional”.....	31
II. Breve esbozo de la Guerra del Pacífico, antecedentes y consecuencias.....	35
1. Formación de los Estados Nacionales en Sudamérica, rivalidades y conflictos bélicos.....	35
2. Chile antes de la guerra.....	36
3. Perú antes de la guerra.....	38
4. Bolivia antes de la guerra.....	39
5. Los intentos de un Alto y Bajo Perú unificado: La Confederación Perú –boliviana y la reacción chilena.....	40
6. Diferendos entre Chile y Bolivia desde 1842.....	41

7. La nacionalización peruana del salitre.....	44
8. El tratado secreto entre Perú y Bolivia de 1873.....	45
9. Vientos de guerra.....	47
10. Desarrollo de la Guerra del Pacífico.....	48
11. Los tratados y negociaciones durante la guerra y posguerra (1879-1929).....	52
11.1 Los acuerdos de la década de 1890 entre Bolivia y Chile.....	53
11.2 Tratado de 1904 entre Chile y Bolivia.....	55
11.3 Relaciones Perú-Chile antes de 1929.....	56
11.4 Tratado de 1929 entre Chile y Perú.....	59
III. Las visiones nacionales de las causas de la Guerra del Pacífico.....	62
1. Bolivia.....	62
1.1 Bolivia nació con mar.....	62
1.2 El “olor a guano”.....	66
1.3 Los halagos y lisonjas a Melgarejo.....	69
1.4 El impuesto como “excusa”.....	72
1.5 La alianza con Perú era defensiva.....	74
1.6 Perú era el verdadero objetivo de guerra.....	76
1.7 El papel de los intereses y capitales británicos.....	78
2. Perú.....	80
2.1 La histórica rivalidad entre Chile y Perú.....	80
2.2 Del Chile de la crisis al Chile expansionista.....	84
2.3 Los pretextos para la guerra.....	87
2.3.1 La “chispa” de la guerra o el impuesto al salitre.....	88
2.3.2 El tratado de alianza con Bolivia.....	90
2.4 Perú no deseaba la guerra.....	94
3. Chile.....	97

3.1 El Litoral era territorio chileno o el problema de límites con Bolivia.....	97
3.2 La causa coyuntural: El impuesto al salitre o la violación de Bolivia del Tratado de 1874.....	102
3.3 Las causas en profundidad: El Tratado de Alianza Defensiva, la rivalidad peruano-chilena y el fantasma de Argentina....	105
3.3.1 El fantasma de Argentina.....	109
IV. Matar o morir: La construcción mítica heroica y “antiheroica” en la Guerra del Pacífico.....	113
1. Bolivia.....	113
1.1 La luz en el abismo o la mitificación heroica boliviana de la Guerra del Pacífico.....	114
1.1.1 “Que se rinda su abuela”.....	114
1.1.2 Otros héroes.....	119
1.1.3 Exaltación de las batallas desde Bolivia.....	121
1.2 Las encarnaciones de las culpas.....	123
1.2.1 Daza o el antihéroe boliviano.....	123
1.2.2 “Pacifistas” versus “guerristas” y la conformación de los primeros partidos políticos institucionalizados de Bolivia.....	129
1.2.3 “El mar” a cambio de un ferrocarril.....	134
2. Perú.....	137
2.1 Héroes y gestas heroicas.....	137
2.1.1 El “binomio” Grau-Huáscar.....	137
2.1.2 Los héroes de Arica y el morro glorioso.....	140
2.1.3 El héroe de Breña y el etnocacerismo.....	142
2.1.4 El Perú heroico en las peores condiciones.....	145
2.2. Los antihéroes, las culpas y consecuencias de la guerra.....	149
2.2.1 De héroe a antihéroe.....	155

2.2.2 Los colaboracionistas.....	158
2.3 La visión peruana sobre los tratados de la guerra.....	159
3. Chile.....	162
3.1 El “Chile guerrero”.....	162
3.1.1 La guerra como necesaria.....	162
3.1.2 La guerra en manos de Dios.....	167
3.1.3 La guerra como espectáculo.....	170
3.1.4 La epopeya inmortal o la nueva Esparta.....	176
3.2 Los héroes pasados, los héroes presentes, las gestas heroicas y la ausencia de antihéroes.....	180
3.3. El triunfalismo de Chile se traslada a su percepción de las consecuencias de la guerra y sus tratados.....	191
V. De historias, geografías, civilizaciones y razas:	
La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de las identidades nacionales.....	194
1. Bolivia.....	194
1.1 El país de las fatalidades.....	195
1.1.1 La “fatalidad de la raza”.....	195
1.1.2 La “fatalidad geográfica”.....	203
1.1.3 Un mendigo sentado en trono de oro o la inexistencia de la conciencia nacional boliviana.....	207
1.2 Xenofobia defensiva.....	213
1.2.1 La permanente presencia de la “invasión extranjera”.....	213
1.2.2 El enemigo viene de fuera.....	215
1.3 Claustrofobia espiritual.....	218
1.3.1 El encierro de Bolivia.....	218
1.3.2 La mediterraneidad como sinónimo de atraso y subdesarrollo.....	224
1.3.3 La mediterraneidad de Bolivia como problema internacional.....	230

1.3.4 “El mar nos pertenece por derecho, recuperarlo es un deber”.....	233
1.4 El lamento boliviano o los lentes que empequeñecen.....	235
2. Perú.....	240
2.1 La “cuna de civilizaciones”.....	241
2.2 El país fragmentado.....	247
2.2.1 La dualidad estructural.....	247
2.2.2 La “fragmentación racial”.....	251
2.2.3 El “gamonalismo”.....	256
2.2.4 La fragmentación política y los malos gobernantes.....	259
2.3 Del trauma de la guerra a la reconstrucción.....	265
3. Chile.....	269
3.1 La “superioridad de una raza”.....	270
3.1.1 La “raza chilena”.....	270
3.1.2 El rescate de los mapuches y el “roto” en el marco de la Guerra del Pacífico.....	278
3.1.3 El mito de la homogeneidad chilena.....	285
3.1.4 La Guerra del Pacífico unificó a Chile.....	288
3.2 La “superioridad de una historia”.....	291
3.2.1 La temprana constitución del nacionalismo en Chile.....	291
3.2.2 El mito de la institucionalidad chilena.....	294
3.2.3 La civilización versus la barbarie.....	299
3.3 Los referentes extranjeros de Chile.....	309
3.4 Los “lentes de aumento” o el mito de la “excepcionalidad” de Chile.....	315
VI. El otro: La constitución de alteridades en el marco de la Guerra del Pacífico.....	320
1. Bolivia.....	320
1.1 La percepción de Chile en la interpretación boliviana de la Guerra del Pacífico.....	320

1.1.1 El “ladrón aventurero”.....	320
1.1.2 Chile “expansionista” e “invasor”.....	323
1.1.3 Los tratados de la fuerza.....	328
1.1.4 Chile se enriqueció con el Litoral y sus recursos.....	332
1.1.5 Chile y sus rivalidades.....	334
1.1.6 “Por la fuerza o la fuerza” o los “antihéroes” chilenos para Bolivia.....	336
1.1.7. Entre la admiración y el desprecio.....	339
1.2 La percepción de Perú en las visiones bolivianas en el marco de la Guerra del Pacífico.....	343
1.2.1 “Preferimos a la hermana Perú”.....	343
1.2.2 Perú entró a la guerra por la presión de Chile.....	347
1.2.3 La “ineficiencia” estratégica y militar peruana.....	349
1.2.4 La tensa relación entre soldados bolivianos y peruanos.....	350
1.2.5. Bolivia fue leal a Perú hasta el final.....	354
1.2.6 El doble candado contra Bolivia y/o la obstaculización peruana a la demanda marítima boliviana.....	356
1.2.7 El estigma en Bolivia contra los peruanos.....	360
2. Perú.....	363
2.1 Alteridad: La percepción de Chile desde las visiones peruanas en el marco de la Guerra del Pacífico.....	363
2.1.1 Los “salvajes”.....	363
2.1.2 La hiel del “odio” y la “envidia”.....	366
2.1.3 Los “ladrones y salteadores”.....	369
2.1.4 Cuestión de números o los “cobardes de Chile”.....	373
2.1.5 Las depredaciones de Chile.....	377
2.1.6 El Chile de la estabilidad y la organización.....	379
2.1.7 Las falsedades de las visiones chilenas.....	381

2.2 De la alianza a la alteridad: La percepción de Bolivia desde	
las visiones peruanas en el marco de la Guerra del Pacífico.....	385
2.2.1 Bolivia como aliada.....	385
2.2.2 Bolivia culpable de la guerra.....	387
2.2.3 La traición de Bolivia.....	389
2.2.4 La Bolivia pobre, débil y del desorden.....	395
2.2.5 El recelo y rivalidad entre peruanos y bolivianos.....	397
2.2.6 Ni Tacna ni Arica para Bolivia o el fantasma de	
la alianza chileno-boliviana.....	399
3. Chile.....	403
3.1 Alteridad: La percepción de Perú desde las visiones	
chilenas en el marco de la Guerra del Pacífico.....	403
3.1.1 La “traición” e “ingratitude” de Perú y su “odio”	
hacia Chile.....	403
3.1.2 Perú fue el culpable de la guerra.....	407
3.1.3 El Perú de la barbarie o el “mal salvaje”.....	409
3.1.4 El país de los caudillos.....	416
3.1.5 Los “cobardes enemigos”.....	421
3.1.6 “Rico como un Perú”.....	425
3.1.7 La ocupación de Perú o “Tarapacá debe ser chilena”.....	430
3.1.8 La “chilenización” de Tacna y Arica y el tratado	
de 1929 entre Chile y Perú.....	434
3.2 Alteridad: La percepción de Bolivia desde las visiones	
chilenas en el marco de la Guerra del Pacífico.....	437
3.2.1 La “política boliviana”.....	437
3.2.2 Bolivia como el “mal menor”.....	441
3.2.3 La “política boliviana” condicionó los pactos de	
tregua con Bolivia y Perú.....	444

3.2.4 Los “valientes bolivianos”.....	446
3.2.5 El país de las “turbulencias”.....	447
3.2.6 El “antes” y el “después”.....	456
3.2.7 De la “política boliviana” a los castigos de guerra o el Tratado de 1904 entre Bolivia y Chile.....	459
3.2.8 El añoro de lo andino.....	462
VII. Conclusiones.....	467
1. Las visiones nacionales sobre las causas de la Guerra del Pacífico.....	467
2. Construcciones míticas.....	468
3. La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales.....	470
4. La constitución de alteridades.....	474
5. Desencuentros perennes.....	475
VIII. Bibliografía.....	478
1. Libros y capítulos de libros.....	478
2. Tesis y trabajos académicos inéditos.....	484
3. Ensayos y artículos en revistas especializadas y académicas.....	485
4. Artículos y noticias de prensa.....	487
5. Documentos históricos.....	487
6. Referencias de internet.....	488
7. Material audiovisual.....	488
Anexos.....	490
1. Entrevistas.....	490
1.1 Entrevista a Rodolfo Becerra de la Roca.....	490
1.2 Entrevista a Mariano Baptista.....	500
1.3 Entrevista a Pablo Michel.....	506

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades
en Bolivia, Perú y Chile

1.4 Entrevista a Fernando Cajías.....	519
1.5 Entrevista a José Miguel Concha.....	529
1.6 Entrevista a Hugo Pereyra Plasencia.....	546

Agradecimientos

En primer lugar, quisiera agradecer al Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca, sus profesores y a mis ex compañeros. El periodo que estuve estudiando allí, fue uno de los más enriquecedores de mi vida. Un agradecimiento especial al Dr. Guillermo Mira, mi Director de Tesis, por la orientación, el ejemplo y la confianza. Igualmente, al Doctorado en Ciencias Sociales por recibirme.

Agradecer a Alex Molina Barrios por haber sido una importante inspiración en este tema y cómplice en parte del periodo de investigación. A Mariano Baptista, Rodolfo Becerra de la Roca, Pablo Michel, Fernando Cajías, José Miguel Concha y Hugo Pereyra Plasencia por las entrevistas brindadas. A Mariano Baptista y Beatriz Rossells por la orientación y los libros prestados. A Gustavo Rodríguez que tuvo la amabilidad de fotocopiar un libro desde el Perú y a Roberto Laserna por un libro que me facilitó. A mi comadre, Ágata Cáceres, y a mi compa, Cecilia Banegas, que me estuvieron orientando en el proceso de culminación y depósito de la Tesis. A Juan José Anaya Giorgis que me permitió comentar este trabajo en el último periodo de investigación. A mi mejor amiga, Carla Sotomayor, por el apoyo permanente y la transcripción de entrevistas. A Diego Nuñez Wolf que me regaló un libro crucial para la investigación. A José Luis y Jorge Bragulat por haber permitido la difusión de algunos hallazgos de investigación en Argentina. A Manuel de la Fuente y Fernando Mayorga del Centro de Estudios Superiores Universitarios de la Universidad Mayor de San Simón por haber consentido la difusión de algunos hallazgos de investigación, lo mismo para mi amigo Luis René Baptista del periódico *Los Tiempos*, y a los compañeros del Foro Regional en Cochabamba. Al Instituto Peruano de Estudios Andinos (IFEA) donde fui becaria para realizar parte de este trabajo y al Grupo Coimbra por la misma razón. A Carmen Arce Coca, un ángel de la guarda que apareció en un momento de mucha presión emocional. A Olga Barrios Belanger y su hermosa familia que dieron una mano en el momento oportuno. A Mónica Pelliza por su sabiduría y apoyo de siempre.

Por último, agradecer a mi familia, a mi padre, Winston Estremadoiro y a mi madre, Rosario Rioja, siempre ejemplos a seguir y siempre cómplices. A mis hermanos Carolina y Camilo Estremadoiro y a mis sobrinos, Camilito y Carolinita.

M. Rocío Estremadoiro Rioja
La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades
en Bolivia, Perú y Chile

I. Introducción y alcances de la investigación

I. Introducción y alcances de la investigación

1. Justificación y antecedentes

A los bolivianos, desde muy pequeños, se nos cuenta que somos una especie de país “incompleto” y “amputado” por la “mediterraneidad a la que nos vimos forzados” debido a que “los chilenos” “nos quitaron el mar” en la Guerra del Pacífico (1879-1884). Desde las FF.AA, en la escuela, en los medios de comunicación, en las fiestas cívicas y distintos gobiernos (no importando ideologías o coyunturas políticas), se refuerza permanentemente y continuamente esta idea. Es más, se edifican planteamientos que dictaminan que el “atraso”, “subdesarrollo” o “pobreza” de Bolivia están ligadas a esa especie de “enclaustramiento impuesto” del que siempre hay un culpable: “los chilenos”, “los extranjeros”.

Por otro lado, al haber tenido la oportunidad de compartir perspectivas con ciudadanos y académicos chilenos y peruanos, es fácil darse cuenta que Bolivia no es el único país que alimenta una serie de interpretaciones sobre la Guerra del Pacífico, sino que otras versiones, también sesgadas por apasionamientos nacionalistas y los imaginarios sociales que los alimentan, están presentes en Chile y Perú, tal vez con similar intensidad.

Yendo a fondo en el tema, se descubre que las interpretaciones de la contienda bélica presentan visiones disímiles en cada país sobre las causas y consecuencias de una guerra muy importante en su historia y, en ese sentido, cimientan la construcción de identidades nacionales arraigadas y, como contraparte, visiones maniqueas del “otro” país “rival” y “antagonista”, lo que ha dificultado las relaciones entre Bolivia, Chile y Perú e, incluso, suele fomentar conductas xenofóbicas.

Desde el fin de la guerra en 1884¹, a pesar de los tratados que finalizaron el conflicto, no parece haber acuerdo entre los tres países sobre sus resultados y, principalmente, sobre su significado, lo que diferencia a los “relatos” que se han construido en torno a este

¹ Hay diversas versiones sobre la fecha exacta del fin de la guerra. Algunos autores lo posicionan en 1883, cuando Chile firma un tratado transitorio con Perú (Tratado de Ancón) para el cese de hostilidades (Bolivia se retiró físicamente de la contienda en 1880), pero otros comprenden que el final de la guerra se da con el Pacto de Tregua entre Chile y Bolivia en 1884. Cabe aclarar que los tratados mencionados sólo representaban una tregua. Los tratados finales se dieron en 1904 (Chile-Bolivia) y 1929 (Chile-Perú).

acontecimiento en las visiones históricas “nacionales”² y/o hegemónicas. Este aspecto, que se encalla en el universo de las superestructuras, más allá de los hechos propiamente estructurales (como intereses económicos, políticos o comerciales, que han aproximado y/o separado a los Estados en cuestión), parece dificultar las posibilidades de acercamiento entre estos países vecinos en miras a ese paradigma en construcción que es la integración latinoamericana.

Así, ante cualquier perspectiva de proximidad entre las tres naciones, suele resurgir el reclamo no resuelto de Bolivia ante Chile de una “salida al mar con soberanía”, demanda cuyos contenidos y matices no ha variado en el tiempo, porque lo que implícitamente está en juego son “lecturas” disímiles de la Guerra del Pacífico, sus causas y consecuencias que, en cada país, se han insertado en la conciencia colectiva y convertido en fuente de imaginarios sociales arraigados. Algo similar ocurre con la vieja rivalidad peruano-chilena y otros problemas pendientes entre Chile y Perú derivados de la guerra (como el diferendo por territorio marítimo entre Chile y Perú que fue resuelto por la Corte de la Haya), aunque con menos fuerza que la demanda marítima boliviana.

Como parte de la hipótesis confirmada por la investigación, se plantea que en Bolivia, como resultado de lecturas “nacionales” de la Guerra del Pacífico, se refuerza un sentimiento insertado en la identidad nacional, que se autopercibe como país “encerrado”, “perdedor”, “humillado” o “invadido”. Como se dijo antes, en Bolivia es socialmente extendido el imaginario del “enclaustramiento marítimo” como una de las causas del “atraso” del país y es recurrente su recuerdo en toda actividad “cívica”, remembranzas que son fomentadas directa o indirectamente por el Estado desde inicios del Siglo XX. Al mismo tiempo, esta lectura histórica se ha constituido efectivamente en parte de la memoria colectiva. El resultado es una cultura política fuertemente militarista, defensiva, de lamento y que conlleva profunda desconfianza hacia los “extranjeros”.

Por otro lado, Perú, fue un país que, como ningún otro protagonista de este infausto acontecimiento, sufrió bastante la guerra y sus consecuencias. Perdió su territorio más

² Al referirnos a las historias “nacionales”, se lo hace en el sentido de relatos históricos con tendencia a exaltar los nacionalismos y/o patriotismos políticos. Ese tipo de construcción histórica suele ser hegemónica al promoverse por los Estados y sus aparatos, en el entendido de fortalecer la “nacionalidad” correspondiente. Justamente, en narraciones con esas características se marcan identidades nacionales en base a alteridades. Mayores detalles de estas categorías en el apartado de Antecedentes conceptuales.

rico y fueron invadidas su capital y otras zonas de su geografía. Luego sobrevino la ocupación chilena (y su resistencia), un periodo violento, de desencanto, duro. Asimismo, se vio mellada una antigua sobreestima nacional y cundieron las inculpaciones internas. Las heridas de guerra en Perú fortalecen una visión negativa tanto de Chile como de Bolivia, a la que se acusa de “traicionar” a su aliado. Igualmente, fue relativamente importante la demanda interpuesta por este país a la Corte de La Haya por un reclamo contra Chile por territorio marítimo y algún eco revisten demandas nacionalistas que plantean la recuperación de los territorios perdidos. Si bien parece que, en comparación con Bolivia, las heridas de guerra en Perú son menos determinantes en sus políticas internacionales, no dejan de tener referencia en los imaginarios sociales que afectan su identidad nacional, traducidos, muchas veces, como un fuerte resentimiento “antichileno” o “antiboliviano”.

A su vez, Chile tiene su propia versión frente a las interpretaciones bolivianas y peruanas sobre la Guerra del Pacífico. Este país ha recurrido a una serie de justificaciones para defender los territorios ganados en la guerra como logros del “heroísmo chileno”, presentando una posición altiva y triunfalista que alimenta su victoria y que considera que la Guerra del Pacífico no genera nada pendiente de resolver. En este sentido, su interpretación de su papel en la guerra, es por demás interesante ya que, a partir de ella, construyeron una identidad nacional inversa a la boliviana, o sea, se “leen” como el “el país de ganadores”, la “Prusia de América del Sur”, “el jaguar de América Latina”, “el milagro chileno”, “un gran país en un mal vecindario”, etc., imaginarios edificados y reforzados, en gran parte, por su rol victorioso en la Guerra del Pacífico.

En ese sentido, en los tres países se recurre al recuerdo de la Guerra del Pacífico, actualmente y en el pasado, con versiones históricas “nacionales” propias y conllevando imaginarios sociales muy arraigados que están insertos en la constitución de sus identidades colectivas y en la percepción de los otros países involucrados en esta guerra como expresión de alteridades.

La hipótesis solventada por el estudio, relaciona la construcción de las identidades nacionales y alteridades con las interpretaciones de este hecho histórico determinante en el Siglo XIX, cuando los Estados-nación estuvieron en plena formación, por tanto, tuvieron que adquirir lo más rápidamente posible mecanismos que permitan el desarrollo

de un nacionalismo moderno, jugando, ese papel, las guerras. Por tanto, los relatos “nacionales” sobre la Guerra del Pacífico siguen marcando la conciencia colectiva y cultura política de los tres países, sin perder, a pesar del tiempo, su vigencia.

Los recurrentes roces diplomáticos entre Chile y Bolivia, denotan que los resultados que trajo la Guerra del Pacífico son objeto de discusión y enfrentamiento hace más de un siglo, situación que no parece disminuir. La demanda marítima boliviana posiblemente sea uno de los pocos reclamos sudamericanos que deviene de un conflicto en el Siglo XIX, que aún no se considera resuelto por una de las partes de la pugna y efectivamente afecta las relaciones bilaterales entre Chile y Bolivia, involucra indirectamente a Perú, y preocupa a los otros países vecinos. En menor grado, algo similar ocurre con entredichos diplomáticos entre Chile y Perú por secuelas de la guerra aún no cerradas³.

Por otro lado, aunque la bibliografía sobre la Guerra del Pacífico es abundante en Chile, Bolivia y Perú, el tema de las visiones históricas disímiles, donde rebotan imaginarios sociales y mitificaciones relacionadas a la Guerra del Pacífico, sus causas y consecuencias, es poco estudiado a partir de una investigación panorámica e integral y procurando la mayor objetividad posible, algo crucial para abordar una trama de tantas interpretaciones.

De esta manera, el tema de investigación es novedoso y relevante al momento en que se va a comparar historias “nacionales” en constante construcción, la vinculación entre la interpretación histórica, el posicionamiento ideológico de imaginarios sociales y el reforzamiento de identidades nacionales y alteridades, a partir de ello. Se espera mantener cierta imparcialidad frente al tema de estudio a diferencia de buena parte de las lecturas históricas que, en cada país, tienden a potenciar los enfoques hegemónicos a los que hacemos referencia.

2. Planteamiento del problema

La investigación analiza las diferentes interpretaciones históricas “nacionales” y/o hegemónicas más difundidas sobre la Guerra del Pacífico en Bolivia, Perú y Chile para comprender su influencia en la construcción de las identidades nacionales en estos países

³ Por ejemplo, el diferendo marítimo que Perú denunció a la Corte de la Haya, al cual Bolivia siguió de cerca.

y en la visión del “otro” (alteridades). En ese marco, las disímiles versiones de la Guerra del Pacífico, sus causas y consecuencias, suelen llevar a los países en cuestión a posiciones de desacuerdo y enfrentamiento en diferentes coyunturas históricas y políticas que colocan en el centro de la discusión los resultados y consecuencias de la guerra, alimentando imaginarios sociales y mitificaciones que continúan en permanente divulgación. De acuerdo a aquello, se desprenden las siguientes preguntas de investigación:

- ¿Cómo se interpreta la Guerra del Pacífico, sus causas y consecuencias en Bolivia, Perú y Chile desde las historias “nacionales” y/o hegemónicas más difundidas?
- ¿Cómo se presentan imaginarios sociales y mitificaciones relacionadas a la Guerra del Pacífico en los tres países?
- ¿Cuál es la influencia de esas interpretaciones sobre la Guerra del Pacífico en la constitución de las identidades nacionales?
- ¿Cuál es la influencia de esas interpretaciones sobre la Guerra del Pacífico en la constitución de alteridades (la percepción de los otros países involucrados) en cada país?
- ¿Cómo influyen estas visiones históricas en la posición que mantiene cada país respecto a los resultados y consecuencias de la guerra?

3. Objetivos

3.1 Objetivo general

Analizar las interpretaciones históricas “nacionales” y/o hegemónicas más difundidas sobre la Guerra del Pacífico, sus causas y consecuencias, en Bolivia, Perú y Chile y su influencia en la constitución de identidades nacionales en estos países y en la visión del “otro” (alteridades).

3.2 Objetivos específicos

1. Analizar y comparar las distintas versiones de las historias “nacionales” y/o hegemónicas en los países estudiados sobre las causas y consecuencias de la Guerra del Pacífico.
2. Identificar cómo se presentan y canalizan imaginarios sociales y mitificaciones referidas a la Guerra del Pacífico en los países estudiados.

3. Analizar la influencia de la Guerra del Pacífico y sus interpretaciones “nacionales” y/o hegemónicas en la constitución de las identidades nacionales en cada país.
4. Analizar la influencia de la Guerra del Pacífico y sus interpretaciones “nacionales” y/o hegemónicas en la constitución de alteridades (visiones sobre los otros Estados involucrados) en cada país.
5. Identificar cómo esas visiones “nacionales” y/o hegemónicas sobre la Guerra del Pacífico han influido en la posición que cada país involucrado mantiene respecto a los resultados y consecuencias derivadas de la guerra.

4. Delimitación del objeto de estudio

La investigación se basa en un estudio comparado sobre las interpretaciones de las historias “nacionales” y/o hegemónicas más difundidas de la Guerra del Pacífico en Bolivia, Perú y Chile y cómo ello afectó la constitución de identidades nacionales y alteridades.

Se recurre a la lectura y análisis discursivo de los que se consideran los historiadores y otros estudiosos más representativos y/o difundidos sobre la Guerra del Pacífico en los tres países estudiados, de acuerdo a las categorías referidas. El estudio se centra en las llamadas historias “nacionales” o hegemónicas, es decir, aquellas que denotan reforzamientos nacionalistas y/o patriótico-políticos y, por tanto, se insertaron en la conciencia colectiva de un grueso sector de la población en el marco de la construcción de la “nacionalidad”, traspasando las coyunturas históricas y políticas.

Para ello, en cada país, dada la importante cantidad de producción académica, histórica, política y literaria que ha generado el acontecimiento, se toma lo que se considera como los historiadores, políticos, diplomáticos, militares y académicos catalogados como los más representativos y/o difundidos dentro de las categorías que se propone. Por eso, se escogió a historiadores que se conocen como representativos en la lectura histórica “nacional” de cada país en diferentes periodos y coyunturas, pero también, las versiones de políticos, diplomáticos, militares y otros que estuvieron directamente involucrados en las negociaciones, diferendos y entredichos entre los tres países relacionados con la Guerra del Pacífico. En ese marco, también se emprende el análisis de la retórica guerrera de personajes importantes que trajo la coyuntura de la guerra misma, lo que igualmente es reproducido en las historias “nacionales”.

A la par, se trabaja con visiones de la guerra desde archivos y documentos históricos (tratados, acuerdos, documentos oficiales, correspondencia, etc.) relacionados al acontecimiento y su interpretación, lo que incluye revisión hemerográfica.

Por otro lado, se abordan a consagrados exponentes del análisis histórico, el pensamiento político y el análisis social en cada país que, desde distintas aristas y coyunturas, examinan las mitificaciones e imaginarios sociales relacionados a la Guerra del Pacífico, o replican los mismos, haciendo eco de su influencia en las identidades nacionales.

5. Metodología e instrumentos de investigación

Debido a las características de la investigación, que es un análisis histórico, discursivo y de imaginarios sociales y mitificaciones, los instrumentos que se utilizan, además de la revisión bibliográfica, son los relacionados con el análisis documental, hemerográfico y también entrevistas en profundidad a personas que ilustran los imaginarios a analizarse o nos dan orientación sobre las visiones de las historias “nacionales” y/o hegemónicas de cada país y su influencia en la constitución de identidades nacionales y alteridades.

Por último, se analizan materiales de fuerte contenido ideológico en relación a la Guerra del Pacífico como la retórica guerrera de personajes de la coyuntura, himnos, textos escolares, consignas, canciones, producción literaria, discursos, material audiovisual, etc.

6. Síntesis del contenido de la investigación

En la Introducción y alcances de la investigación (primer capítulo), se establecen los antecedentes, justificación, planteamiento del problema, objetivos, delimitación del objeto de estudio, metodología y antecedentes conceptuales que explican las categorías teóricas que se utilizan en el análisis.

En el segundo capítulo se hace un breve acercamiento historiográfico a la Guerra del Pacífico, sus antecedentes y consecuencias, de la manera más objetiva posible, intentando no replicar los imaginarios sociales y mitificaciones que caracterizan a las visiones históricas “nacionales” y/o hegemónicas en cada país.

En el tercer capítulo se abordan, de forma comparada, las interpretaciones de las causas que llevaron a la Guerra del Pacífico desde las visiones “nacionales” o hegemónicas más

representativas y/o difundidas en Bolivia, Perú y Chile, dando cuenta de cómo difieren esas visiones y cómo fortalecen imaginarios sociales que no permiten remitirse a una sola historia del acontecimiento, sino a múltiples percepciones que alimentan la constitución de identidades nacionales, alteridades y desencuentros respecto a la significación de la Guerra del Pacífico en los tres países estudiados.

El cuarto capítulo se remite a las construcciones míticas que se han tejido en torno a la Guerra del Pacífico en Bolivia, Perú y Chile y que alimentan las visiones históricas “nacionales” y/o hegemónicas, desde imaginarios sociales que abordan la constitución de los principales “héroes”, “antihéroes”, relatos “heroicos”, inculpaciones colectivas, que trajo la guerra en cada país y constatando que aquellas construcciones míticas asombran por su similitud simbólica y discursiva.

El quinto capítulo se refiere a la influencia de la Guerra del Pacífico y sus resultados en la constitución de las identidades nacionales en Bolivia, Perú y Chile. Se estudian los imaginarios sociales relacionados a la guerra que han marcado la autopercepción de los tres países involucrados en la narración de las visiones “nacionales” y/o hegemónicas, en el marco de lecturas muy arraigadas de lo que se es o no se es, en otras palabras, lo que se interpreta como “atributos” colectivos que, supuestamente, caracterizan a cada país.

El sexto capítulo aborda la constitución de alteridades, es decir, cómo a partir de la Guerra del Pacífico y sus consecuencias y en base a las interpretaciones de las visiones “nacionales” y/o hegemónicas, la alteridad se presenta como contraparte del reforzamiento de identidades nacionales; alimentando la cimentación de “otredades” que continúan generando desencuentros entre Bolivia, Perú y Chile; lo que parece evitar que se resuelvan los asuntos pendientes que derivaron de la guerra.

Cabe recalcar que a lo largo del abordaje de los capítulos mencionados, se incluye el análisis de las consecuencias de la Guerra del Pacífico, plasmadas en los distintos tratados que devinieron del fin de la guerra y otras secuelas derivadas del acontecimiento, especificando la posición que cada país mantiene respecto a los resultados de la guerra.

Finalmente, en el séptimo capítulo se presentan las conclusiones de la investigación y en el octavo, la bibliografía.

7. Antecedentes conceptuales

Para desarrollar esta investigación, utilizamos categorías teóricas relacionadas con la discusión de cómo se presentan y socializan los acontecimientos pasados, transformándolos en un conjunto de narraciones de “hechos”, conocidos como “historia”. Aquello, es relacionado con los conceptos de ideología, imaginarios sociales y mitificaciones, como elementos importantes que alimentan las diversas interpretaciones de la “historia”.

Asimismo, es fundamental el análisis de las categorías de “nación”, “nacionalismo” y sus modalidades para identificar la trascendencia de las identidades nacionales y su relación con la narración histórica “nacional” en el sentido de “nacionalista” y/o “patriótico-política”. Es significativa esa articulación que refuerza los lazos de pertenencia de los habitantes de determinada “nación” y establecen alteridades frente a los “otros”, es decir, los que no pertenecen a ese conjunto imaginado: los “extranjeros” o “extranacionales”, más aún si nuestro objeto de estudio implica el contraste de versiones históricas entre varios países que interpretan de forma distinta un mismo acontecimiento histórico que afectó a su devenir.

Por tanto, también se trabaja con categorías que permiten la comprensión del proceso de construcción de redes de pertenencia y oposición que solventan identidades nacionales y alteridades, para vislumbrar cómo imaginarios sociales y mitificaciones que edifican las historias “nacionales” y/o hegemónicas, influyen en la consolidación de las identidades nacionales y en su diferenciación con los “otros”, en especial a partir de acontecimientos del calibre de la Guerra del Pacífico.

7.1 Ideología, hegemonía, imaginarios sociales, mitos e historia construida

Para comprender el concepto de ideología, en la presente investigación nos remitimos a la perspectiva gramsciana, que la resume como la visión del mundo que tiene una colectividad y una propia manera de interiorizar los hechos objetivos. Indicó Gramsci que “(es la ideología) una visión del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en las actividades económicas, en todas las manifestaciones individuales y colectivas de la vida”. (Citado en Mouffe, 1988: 138).

Según este enfoque, lo ideológico debe considerarse como una realidad tangible y dotada de eficacia propia que tiene gran importancia en la lucha política, porque es el terreno donde los humanos se mueven y adquieren conciencia de lo que son. Toda persona en sociedad se convierte en un ser colectivo a través de la ideología y es ahí donde adquiere conciencia de sí mismo y de su entorno. A la vez, la ideología se materializa cuando se convierte en práctica social y así termina organizando las acciones de los humanos, ya que en toda acción hay una visión del mundo, vale decir una ideología.

Esto se traduce en que en las colectividades, según el análisis de Gramsci, no existen visiones del mundo de carácter individual, toda visión es comunitaria y los sujetos, como agentes de prácticas sociales, son producto de esa visión grupal, de ahí el papel fundamental de la ideología en la construcción e interpretación de la historia.

Por otro lado, los imaginarios sociales son definidos como “referencias específicas en el vasto sistema simbólico, donde una colectividad se autorepresenta y genera una identidad” (Baczko, 1990: 28), siendo fundamentales en la construcción y divulgación de la ideología y la base para la identidad de las colectividades. De esta manera, los imaginarios también convierten a la historia en una de las manifestaciones de construcción de sentido. Los imaginarios sociales, entonces, presentarían un conjunto de representaciones colectivas que implicarían que:

[...] los individuos, grupos y colectivos sociales dan sentido al mundo por medio de representaciones que construyen sobre la realidad. Las representaciones no tienen un correlato objetivo real, aun cuando pueden conllevar procesos de percepción, identificación, reconocimiento, legitimación y exclusión. Las representaciones son también portadoras de lo simbólico, dicen o narran más que aquello que muestran o enuncian” [...] Las representaciones corrigen sentidos ocultos que construidos social e históricamente se internalizan en el inconsciente colectivo o se representan como naturales, dispensando la reflexión. Desde este punto de vista, la fuerza de las representaciones se da no por su valor de verdad, o de correspondencia discursiva con lo real, sino por su capacidad de movilizar acciones y de producir reconocimiento y legitimidad social. (Subercaseoux: 2007: 30-31).

En consecuencia, los imaginarios sociales al conformarse por una serie de representaciones colectivas que dotan de sentido y significación a lo histórico, reflejan una determinada hegemonía:

El concepto de imaginario implica un conjunto más o menos coherente o articulado de representaciones. El imaginario es histórico y datado, puesto que en cada época, o más

bien en cada escenificación del tiempo histórico, las sociedades constituyen representaciones para referirse o conferir algún sentido a lo real. En cuanto régimen de representaciones, el imaginario es una proyección mental que no reproduce lo real, pero que sin embargo induce a pautas de acción que operan en la realidad. Los imaginarios están sujetos a disputas y aquellos que se imponen expresan una supremacía lograda en una relación socio-histórica de fuerzas. El poder simbólico de hacer creer algo sobre el mundo y de utilizar un régimen de representaciones implica un cierto control de la vida social, expresa por lo tanto una hegemonía. (Subercaseoux, 2007: 31).

A partir de ello, amerita recordar el concepto gramsciano de “hegemonía” y su relación con la ideología, definiéndose como la suma de la dirección política de un grupo social acoplada a una “dirección intelectual y moral”. Al hablar de hegemonía, para Gramsci y sus contemporáneos, se alude a que la ideología de un grupo social logra extenderse a toda la sociedad o a varios sectores a través de la universalización de sus intereses, convirtiéndose así en hegemónica, es decir, en una dirección no sólo política, sino intelectual y moral al representar intereses no impuestos, sino comunes. Explicó Mouffe:

La hegemonía involucra la creación de una síntesis más elevada de modo que todos sus elementos se funden en una ‘voluntad colectiva’ que pasa a ser el nuevo protagonista de la acción política, que funcionará como sujeto político mientras dure esa hegemonía. Es a través de la ideología como se forma esta voluntad colectiva, toda vez que su existencia misma depende de la creación de una unidad ideológica que servirá de cemento. Y esta es la clave del vínculo inextricable entre dos aspectos de la hegemonía en Gramsci, puesto que la formación de la voluntad colectiva y el ejercicio de la dirección política dependen de la existencia misma de la dirección intelectual y moral. (Mouffe, 1988: 134).

En este sentido, cuando se habla de historias “nacionales” y/o hegemónicas, se refiere a una determinada interpretación del pasado compartido desde el manejo del poder pero que se ha masificado al punto de que presenta como “historia nacional” al conformarse como parte del contenido de la identidad y/o conciencia nacional y cuyos enunciados tienden a ser percibidos como “hechos históricos” absolutos y universales en la conciencia colectiva y/o se expresan y difunden masivamente. Es decir que al remitirnos a historias “nacionales”, nos abocamos a los relatos constituidos para consolidar nacionalismos o expresar manifestaciones de patriotismo político, en el intento de reforzar la pertenencia nacional⁴.

⁴ Estas categorías se definen en el siguiente apartado.

Consiguientemente, rescatamos el aporte de Castoriadis (2004: 15) que desarrolla la idea de que la historia es creación y, generalmente, una creación interesada en cumplir ciertos fines sociales. La colectividad asimila de algún modo los acontecimientos históricos y los recrea en su mente, dando lugar a mitos e imaginarios que se vuelven colectivos y se presentan como hechos absolutos y universales. La historia, es pues, también la historia de creencias, mitos, imaginarios que se difunden y mantienen socialmente.

Al ser los imaginarios sociales la base para la identidad de las colectividades, la relación imaginario, discurso, ideología y poder es innata ya que los grupos se rodean de representaciones que los legitiman y establecen redes de pertenencia y oposición, entendidas como la identificación de uno mismo (identidad) y del “otro” que no pertenece al grupo, siendo muchas veces asumido como adversario (alteridad). Por ejemplo, para el caso que nos atañe, es claro el ejemplo de la asimilación de la “patria” en Bolivia contra los “chilenos roba-mar” o viceversa.

Estas categorías permiten una mejor comprensión de las diferentes interpretaciones históricas que se abordan en la investigación, al analizar distintas versiones de un mismo acontecimiento del pasado en el que abunda la constitución de imaginarios sociales que han sido “creados”, “creídos”, “asimilados” y “funcionalizados” en cada país estudiado y que influyeron en la constitución de identidades nacionales y alteridades.

Igualmente, es necesario remitirse a las propuestas teóricas sobre historia como construcción. De acuerdo a aquello, se rescatan los análisis que vinculan a la historia con el lenguaje a partir de la visión de Habermas, que entiende al lenguaje como generador de significados, es decir, como poco proclive a la “neutralidad”; al contrario, traducido en determinadas interpretaciones de los hechos que suelen replicar contextos e intereses históricos y políticos determinados. (Fabra. 2008: 15-16). Coincidimos con Casanova (1991) en que la historia, al estar escrita, es relativa, y puede variar de acuerdo a quién la escriba (los condicionamientos y contexto del historiador, los objetivos políticos de la narración, los apasionamientos, etc.).

También, Jelin (2002), Sarlo (2005) y Aróstegui (2004) contribuyeron al establecer el nexo entre memoria, siempre fragmentada y subjetiva, con la historia, lo que conlleva a distintas visiones. Las variaciones del relato de los hechos pasados dependen de quién,

cómo, cuándo, en qué contexto y con cuál finalidad, los reinterpreta. En ese marco, son ilustrativas las reflexiones de Subercaseoux:

Los hechos del pasado ya no existen como tales: son apenas imágenes, recuerdos, memoria. Puede afirmarse en este sentido que sólo es posible representarlos a través del lenguaje, a través de palabras que funcionan como signos icónicos y que pasan el depósito de las vivencias y acontecimientos ocurridos, así como también de las distintas articulaciones (o lecturas) que se vayan efectuando de ese pasado.

La historia, en su aspecto más manifiesto, es un conjunto de palabras escritas o, si se quiere, una serie plural de textos (fuentes primarias y secundarias) a la cual se le van agregando permanentemente otros textos –éste por ejemplo-, o lo que es más importante: otras lecturas. (Ibid: 279).

A este tenor, se incluyen los aportes de Graña (2001) al plantear el manejo de la narraciones y la construcción de “discursos de verdad” de y para el poder; y de Eyzaguirre (2002) con su estudio de los discursos históricos en lo literario y la presencia de lo literario en la historia.

Por otra parte, y por las razones antes expuestas, las “historias nacionales” suelen presentar una serie de mitificaciones que permiten enarbolar, “héroes”, antihéroes”, resaltar determinados acontecimientos concebidos como “heroicos”, en el marco de vigorizar los imaginarios sociales que se adhieren a estos relatos, fortaleciendo identidades nacionales en base a alteridades. Así, es ilustrativo este enfoque de “mito”:

El mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que se produce en un tiempo inmemorial, el tiempo fabuloso de los comienzos. En otras palabras, el mito cuenta como tuvo su origen una realidad, sea ésta una realidad total, el cosmos, o sólo un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución [...]

Cabe señalar, por una parte, que los mitos tienen un gran potencial de integración y simplificación y, por otra, que están fuertemente vinculados con los valores fundamentales de una comunidad y con los propósitos de asegurar la cohesión de la misma. De esta manera, tenemos que tradiciones, leyendas y mitos son poderosos generadores de sentimientos de afinidad o exclusión, de proximidad o distancia entre grupos o generaciones sucesivas. Así, sobre la disposición de mitos, las élites suelen dirigir el proceso de construcción de dicotomías antinómicas –a menudo maniqueas-entre lo propio y extraño, lo de adentro y lo fuera, los miembros de una comunidad o los extranjeros, es decir estableciendo identidades en estricta relación al reconocimiento de los otros en una dialéctica de opuestos. (Mircea, 2011. Citado en Ugarte, 2011: 33).

Lo que nos lleva al siguiente apartado.

7.2 Nación, nacionalismos, identidades nacionales, alteridades y su relación con la construcción de la historia

7.2.1 Nación y nacionalismos

Si hablamos de las identidades nacionales, primeramente tendremos que aclarar el concepto de nación⁵. Para ello, nos remitimos a la definición de nación de Benedict Anderson que se ajusta bastante a la comprensión de la relación de nación e identidades nacionales con contraparte de alteridades:

Una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana.

Es ‘imaginada’ porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán, ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno de ellos vive la imagen de su comunión. [...]

La nación se imagina limitada porque incluso la mayor parte de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Ninguna nación se imagina con las fronteras de la humanidad. [...]

Por último, se imagina como comunidad porque independientemente de la desigualdad o la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia es esta fraternidad la que ha permitido durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten, y sobre todo, estén dispuestas a morir, por imaginaciones tan limitadas. (Anderson, 1993: 23-25).

En términos concretos esa “comunidad imaginada” descansaría en atributos que comparte, como tradiciones, cultura, idioma, historia (divulgación y aceptación colectiva de un pasado común), creencias, roles definidos e intereses comunes, generalmente ligados a un territorio determinado, aunque no siempre se cumpla este último requisito⁶. En tal medida, Alan Knight, por ejemplo, puntualiza la importancia del idioma como uno

⁵ Tomamos el concepto de nación, aunque, para el caso de Bolivia, en la actual afirmación del Estado boliviano, se hable de múltiples naciones. A partir de la nueva Constitución Política del Estado boliviano, promulgada el año 2009, Bolivia se define como un “Estado Plurinacional” que refleja, de alguna manera, el fracaso de los intentos de la construcción de una identidad nacional homogénea en una formación social tan compleja como la boliviana. Sin embargo, cuando se trata de las lecturas de la historia “nacional” en Bolivia y, principalmente, en torno a la Guerra del Pacífico y la demanda marítima boliviana, la cohesión e identificación que permite hablar de una identidad nacional, parece reforzarse, a pesar de la fragmentación que caracteriza a este país. Abordaremos más detalladamente este tema en el desarrollo de la investigación.

⁶ Pensemos, por ejemplo, en los gitanos que pueden ser considerados como nación al ser un colectivo homogéneo que comparte los atributos mencionados, pero sin un territorio definido.

de los atributos humanos que conllevan a la segregación cultural de la humanidad. (Knight, 2000: 385), base de la idea “primordial de nación”.

Yendo más a fondo, en su origen, la “natio” partiría de una comunidad vinculada por una común ascendencia parental que luego adquirió carácter mítico. (San Miguel, 2012: s/p). En ese sentido, antes de su definición moderna como Estado-nación, primó una concepción primordialista de nación a partir de una interpretación más ligada a las teorías, justamente, primordialistas de la etnicidad⁷. Desde ese espectro, se vinculó a la “comunidad imaginada” con una serie de aspectos esencialistas, como una herencia o pasado ancestral remoto o atributos genético-raciales que supuestamente compartirían sus miembros, otorgándoles una serie de “particularidades” propias, casi innatas, que los diferenciaría de los “extranacionales”.

Con el surgimiento de los Estados-nación entre finales del Siglo XVIII y principios del Siglo XIX luego de las llamadas revoluciones liberal-burguesas, el concepto de nación dio un giro de una comunidad “genética” a una comunidad política, esta última se enmarcaría a la categoría de nación moderna⁸. La noción de nación mutó en una más instrumentalista y situacional, ligada a la igualdad formal de los habitantes de un Estado, constituidos como individuos libres, transformados en ciudadanos.

A través de esas premisas, la pertenencia a una nación sería un acto de voluntad en el marco de la adherencia a una serie de principios normativos que permiten la cohesión de un Estado. En concordancia con el concepto de “eticidad situacional”⁹, la noción de nación moderna respondería a las necesidades tácticas del grupo social unido como tal y,

⁷ Se especifica que la etnicidad es una condición primordial que se refiere, según la definición de Clifford Geertz, a que el vínculo cultural que une a una colectividad surge de aspectos “dados”, como el nacer en un determinado lugar donde se habla una lengua específica y se practican ciertas manifestaciones culturales, contexto del que es difícil “salir” al encontrarse el individuo ligado a sus parientes, vecinos, etc. Lazos que terminan teniendo una importancia absoluta e inexplicable atribuida al “vínculo mismo”. (Geertz, 1973. Citado en Degregori, 1993: 114).

⁸ Para Anderson el concepto de nación nació con los Estado-nación, y no antes, porque es ahí donde se define claramente la concepción de soberanía nacional. (1993: 23).

⁹ La etnicidad es “situacional”, al ser, la cultura, resultado o implicación social, una construcción colectiva que puede redefinirse o cambiar en el tiempo, por lo tanto, no una característica dada, primaria y definitiva. Barth considera a los grupos étnicos como una forma de organización socialmente efectiva, que si bien presentan rasgos étnicos y culturales “dados”, éstos se convierten en recursos a los cuales los individuos o la colectividad pueden recurrir para satisfacer necesidades tácticas, pudiendo autoidentificarse, diferenciarse de otros, exhibir signos o señales que indican identidad, lenguaje, vestido, etc., si así lo percibieran conveniente. (Barth, 1976: 12).

de esa forma, puede variar en el tiempo y ser permeable a las coyunturas históricas, políticas y sociales, lo que la catapulta en una categoría sociológica, antes que biológica, y muy ligada a los procesos de constitución de identidades colectivas que se diferencian de los “otros”.

De esta forma, Anthony Smith puntualizó que el enfoque primordial de nación, más anclado en lo perenne, en tiempos inmemoriales y a lazos esenciales de familia o tribu, mutó a otro más instrumental y pragmático a través de su analogía con el Estado moderno. (Knight, 2000: 383-384).

A partir de estas acepciones es importante abocarnos en los tipos de nacionalismos que se insertan según las alteraciones de la noción de nación y también en correspondencia con las necesidades tácticas de cohesión e identidad de las “comunidades imaginadas”.

Alan Knight especificó cinco tipos de nacionalismo:

Primero estaría el clásico “patriotismo” o “patriotismo político” que tiene que ver con la “comunidad imaginada” (patria) como entidad territorial que merece defensa, apoyo, respeto. Suele canalizarse por cuestiones fronterizas como amenazas a la integridad territorial o soberanía de la patria, las guerras, etc. Se vincula a la idea de nación primordialista porque precede al Estado moderno, pero también puede estar presente en ese contexto. (Knight, 2000: 375-376).

El segundo es el “nacionalismo cultural”, todavía más ligado al primordialismo, ya que se refiere a la valoración de una cultura distintivamente “nacional”, una cultura común que se cree compartir. (Ibid: 376-377). En el marco de esa valoración distintivamente nacional, se exhiben atributos asumidos como propios y que se diferenciarían de “otras” naciones, muchas veces, ligados a cuestiones como la “raza”, especificidades culturales específicas o cualquier otro aspecto que denotaría una distinción frente al resto de la humanidad.

El tercero es el “nacionalismo económico” que implica la búsqueda del control de los recursos económicos de la “comunidad imaginada”, privilegiando a los nacionales frente a los extranjeros. Sería el marco ideológico que guiaría a las políticas estatales proteccionistas, estatistas, etc. y presenta un discurso “antimperialista” o dirigido contra los intereses extranjeros. (Ibid: 377-378).

Luego sigue la “xenofobia” que, para Knigh, se diferencia del “nacionalismo económico” por el hecho de que es un sentimiento más popular y defensivo contra poblaciones extranjeras residentes en la nación y no ligadas a intereses poderosos. (: 378). De todas maneras, en esta investigación cuando aludimos a “xenofobia” nos referimos a su definición más general, es decir, al miedo, desconfianza, odio, etc. que representan los extranjeros o lo extranjero para los miembros de una nación.

Finalmente, estaría el “nacionalismo” o “nacionalismo moderno”, ligado al Estado-nación y, por tanto, a la concepción de nación situacional o instrumental, en el entendido de que viene de arriba, de las élites que manejan el Estado en el intento de “nacionalizar” las particularidades étnicas de la “comunidad imaginada” y asimilarlas a un constructo cohesionador llamado “nación”. (: 380-384).

Lo que especificó el autor citado es que si bien estos tipos de nacionalismo pueden vincularse a coyunturas históricas específicas, indistintamente se presentan en diversos contextos, incluido el del Estado-nación moderno, por lo que pueden fluctuar las diferentes nociones de nación y nacionalismos en las conciencias colectivas.

En el caso que nos atañe, la definición primordialista de nación se exhibió en parte de las interpretaciones históricas de la Guerra del Pacífico que se estudian, principalmente a finales del Siglo XIX e inicios del Siglo XX, pero todavía presenta vigencia presente, en especial cuando se refieren a supuestas características de cada país imputadas a la raza, una cultura “dada” o “innata” y otros factores esencialistas, por lo que predominaría el “nacionalismo cultural” en la reproducción de esos imaginarios sociales específicos.

Indistintamente, más aún tratándose del contexto de una guerra, estuvo muy claramente vigente el “patriotismo político” en los tres países y ello se vislumbra en sus interpretaciones “nacionales” y/o hegemónicas sobre la Guerra del Pacífico, donde abundan imaginarios sociales relacionados a la exaltación del “patriotismo político” y, en la constitución de alteridades, ello incluye representaciones xenófobas. Además, en el caso de Chile, como se verá en los capítulos que siguen, se hizo de la guerra un culto patriótico y espectáculo masivo que logró aunar a gran parte de su población en la justificación del conflicto internacional y sus resultados.

En ese entendido, en Chile se vislumbró una más exitosa incorporación del nacionalismo moderno, no sólo porque la Guerra del Pacífico potenció la idea de nación como constructo aglutinante, sino porque se observaron potentes asimilaciones desde “arriba” a ese constructo, mediante, por ejemplo, la “chilenización” de los mapuches (las punitivas expediciones a la Araucanía) y la incorporación del “roto” y el mapuche como sujetos significativos en el marco de la Guerra del Pacífico. En cambio, por lo menos en base a la retórica de su historiografía y pensamiento político, en Perú y Bolivia, en ese periodo, no fue evidente la asimilación a la “comunidad imaginada” de los indígenas (buena parte de su población) por lo que se mencionó una ausencia de “conciencia nacional” suficiente para encarar con éxito una guerra y ello a pesar de la existencia de las “montoneras indígenas” de Cáceres en Perú, más movilizadas por un “patriotismo local” que por un sentimiento de pertenencia nacional propio del nacionalismo moderno.

Lo que si hubo en Perú y Bolivia en el contexto de la Guerra del Pacífico, a diferencia de un Chile que apostaba por el liberalismo económico, fue el ensayo de un “nacionalismo económico”. En Perú ello se apreció con la nacionalización del salitre y en Bolivia con la tímida medida proteccionista del impuesto al salitre, pero de todas maneras, estas políticas parece que no tuvieron correlato en el fortalecimiento de un sentimiento de pertenencia nacional lo suficientemente fuerte, ello de acuerdo a los relatos históricos que buscan comprender el desenlace desfavorable para estos países en la Guerra del Pacífico, tal como se constatará más adelante.

7.2.2 Identidades nacionales y la importancia de la alteridad en la narración histórica “nacional”

De acuerdo a lo anteriormente comentado, la acepción de nación como “comunidad imaginada” aglutinante, requiere de fronteras tangibles y simbólicas que refuerzan los lazos de pertenencia a la “nación”. En palabras de Pratt, la pertenencia nacional o “nacionalidad auténtica” está animada por la conciencia de lo “semejante”; debe existir conformidad o, al menos, simpatía y cooperación en relación con cierto número de instituciones comunes que sustentan esos lazos de pertenencia nacional: “La esencia de la nacionalidad es el sentimiento del ‘nos’. Los miembros de una nacionalidad sienten

que entre ellos hay un nexo de simpatía diferente de la que experimentan hacia los miembros de otra”. (Pratt, 1966: 196).

Así, en la construcción de identidades nacionales es necesario el reconocimiento como parte de esa colectividad definida y, en torno a ello, interpretar una serie de características catalogadas como lo “nacional” (incluyendo una historia compartida) y anteponerlas al resto de grupos humanos que trascienden las fronteras de la “comunidad imaginada” sentida como “propia” y sobre las que se edifica la alteridad, lo que cimienta redes de pertenencia y de oposición, es decir, la construcción de espacios físicos, sociales y simbólicos desde donde se distingue el “grupo”, de los “otros”:

En la construcción de cualquier versión de identidad, la comparación con el ‘otro’ y la utilización de mecanismo de diferenciación con el ‘otro’ juegan un papel fundamental: algunos grupos, modos de vida o ideas se presentan como fuera de la comunidad. Así surge la idea del ‘nosotros’ en cuanto distinto a ‘ellos’ o a los ‘otros’. A veces, para definir lo que se considera propio se exageran las diferencias con los que están fuera y en estos casos el proceso de diferenciación se transforma en un proceso de abierta hostilidad al otro. (Larraín, 2001: 25-26).

Anderson insistió en el hecho de que los conflictos internacionales, son crisoles del patriotismo al solventar identidades nacionales que se enfrentan a otras; los seres humanos morimos y matamos a otros a nombre de una pertenencia nacional en la que “otros” están fuera. (Anderson, 1993: 25).

En consecuencia, las narraciones históricas “nacionales” promocionadas por los Estados en la búsqueda de la consolidación de nacionalismos, tienden a encauzar las guerras internacionales como relatos “heroicos” que presentan, claramente, el “nos” versus los “otros”, desde maniqueísmos manifiestos que potencian la pertenencia a la “comunidad imaginada” propia y, por tanto, los atributos que conformarían las identidades nacionales frente a las alteridades.

Por ello, en cuanto a la construcción de las identidades nacionales, la historia, como la interpretación de un pasado compartido por la colectividad, es fundamental, ya que en ese pasado suelen reforzarse los lazos identitarios desde y hacia imaginarios sociales que van edificando esos nexos que después son elucidados como “hechos” absolutos y universales, es decir, la “verdad histórica” y ese “pasado común” como componente imprescindible del constructo de nación. Al mismo tiempo, se edifica la percepción de

los “otros” que se convierten en los “antagonistas” del grupo social de pertenencia, en este caso, la “nación” enfrentada a “otras naciones” y/o los “extranjeros”, y más aún en el contexto histórico del Siglo XIX en el que se desencadenaron guerras que, de alguna forma, llenaron el vacío de la consolidación de identidades nacionales en Estados-nación recientemente formados:

Para América Latina este aserto cobraría una relevancia fundamental, en la medida que ante la ausencia de un capital histórico necesario para fundar las naciones en el Siglo XIX, las guerras posibilitarían precisamente una 'solución iconográfica' para crear un sentido de comunidad, generando un lazo de pertenencia a un cuerpo social mayor –la nación-, definida también por oposición a ese 'otro' que se combate. (Ibid: 72).

Todo aquello se distingue con creces en las historias “nacionales” y/o hegemónicas de Bolivia, Chile y Perú sobre la Guerra del Pacífico, teniendo en cuenta, además, que se trata de la narración de una guerra que se constituyó como cardinal en la historia de los países involucrados, tal como se verificará en esta investigación.

II. Breve esbozo de la Guerra del Pacífico, antecedentes y consecuencias

II. Breve esbozo de la Guerra del Pacífico, antecedentes y consecuencias¹⁰

1. Formación de los Estados Nacionales en Sudamérica, rivalidades y conflictos bélicos

Una característica del contexto del Siglo XIX en América Latina, fue que la formación de los Estados nacionales de las repúblicas independientes seguía en plena gestación, generándose conflictos limítrofes de diversa índole en la región, trayendo rivalidades y recelos concurrentes entre los países nacientes.

Parte de las aristas de esta etapa, fue la organización y expansión de los que se consolidaron como “Estados fuertes”. Fue el momento donde las relaciones internacionales se determinaron por las estrategias geopolíticas y las políticas de defensa de la “soberanía nacional” de cada país, que incluyeron la priorización de ese “interés” en la expansión de sus fronteras en procura de recursos naturales valiosos. Imperaron temas bélicos y de seguridad al estilo de las guerras europeas como la Guerra Franco-prusiana (Concha, 2011: 28-29).

En este sentido, los dos más grandes conflictos bélicos de Sudamérica en el Siglo XIX, la Guerra del Pacífico y la Guerra de la Triple Alianza¹¹, de cierta manera, correspondieron a este periodo de la consolidación de los Estados nacionales con claros y ambiciosos objetivos de expansión y dominio geopolítico en la región. (Hirtz, 2004: 175).

Para aquellos que fueron los ejércitos más importantes del Cono Sur de Sudamérica en el Siglo XIX, Chile, Argentina, Brasil y Perú, ambas trifulcas resultaron en la profesionalización y fortalecimiento de los mismos, incluyendo una sólida y cerrada formación ideológica nacionalista y la cohesión corporativa en torno a lo concebido como los “intereses nacionales”. (Hirtz, 2004: 176). Entre estos Estados poderosos surgieron

¹⁰ Capítulo introductorio historiográfico que ilustra concretamente sobre la Guerra del Pacífico, sus antecedentes y consecuencias.

¹¹ Guerra desatada entre 1864 y 1870. Se enfrentaron Brasil, Argentina y Uruguay (Triple Alianza) contra Paraguay, perdiendo este último país territorio y muchas vidas humanas, lo que se constituyen en consecuencias políticas y demográficas muy duras de las que Paraguay nunca pudo recuperarse, principalmente, en cuanto a la inestabilidad institucional que se generó como resultado de la guerra. En ese sentido, por el eco dramático que deja esta guerra en la memoria colectiva de Paraguay, Hirtz (2004: 175) compara este caso con la resonancia de la Guerra del Pacífico en los imaginarios bolivianos.

rivalidades seculares que se irían profundizando también como secuela de las mismas guerras.

El enfoque de esta forma de abordar las relaciones internacionales ha sido considerado como “realista” en la comprensión de sus propios defensores. Aunque el “realismo” emergió en su total plenitud en la Europa del Siglo XX, luego de la Segunda Guerra Mundial con autores como Morgenthau, se pudo vislumbrar este planteamiento como eje casi “inconsciente” en las relaciones internacionales de los Estados latinoamericanos en expansión del Siglo XIX.

El “realismo” tiene como inspiración la visión de la naturaleza humana articulada por Hobbes que recordaba que el estado “natural” del hombre es la guerra de todos contra todos por sus propios intereses (“el hombre es el lobo del hombre”). En este sentido, el eje por el cual se mueve la política exterior de los países, sería el Estado-nación, y a nombre de sus intereses, están justificados todos los medios que permitan su consolidación y expansión. Como veremos más adelante, estas ideas se consolidaron como parte de los imaginarios que Chile utilizó y utiliza para explicar y justificar su posición en la Guerra del Pacífico y sus resultados.

De esa forma, Chile vio en sus vecinos más poderosos, Argentina y Perú, una rivalidad manifiesta, con la pretensión de convertirse en la nación dominante en la geopolítica del sur de Sudamérica; cosa que fue correspondida y así se insertó en la conciencia cívica de estas naciones. En ese sentido, entre Chile y Perú estaba la disputa por el control del Océano Pacífico, lo que culminó en la Guerra entre Chile y la Confederación Perú-boliviana, primero y posteriormente, en la Guerra del Pacífico.

2. Chile antes de la guerra

Según la historiografía chilena más importante, este país alcanzaría un clima de estabilidad y de consolidación institucional a partir de la década de 1830. Una sucesión de gobiernos estables marcaría el ejercicio de una política relativamente coherente y próspera. En el periodo llamado “República Conservadora”, se aprobó la Constitución de 1833 que tiene vigencia hasta 1925, que otorgó fuertes poderes al Presidente, electo por sufragio censitario por un período de cinco años y reelegible por otros cinco. Esto permitió un largo periodo de estabilidad que continuó hasta la década del 60 con la

República Conservadora y siguió con la República Liberal hasta la guerra civil de 1891. En el periodo liberal, las bases institucionales se asentaron al máximo, incluyendo la modificación y modernización de la Constitución de 1833, al igual que la prosperidad económica, principalmente en Santiago y Valparaíso.

Igualmente, de acuerdo a Concha (2011: 28), la clase dominante chilena y sus FF.AA. estuvieron fuertemente influenciadas por pensadores como Clausewitz y Bismark, no pudiendo evitar, por ejemplo, comparar la Guerra del Pacífico con la Guerra Franco-prusiana, donde Chile se asemejaba a una Prusia que conquistó la hegemonía en Europa.

La figura más importante de esta etapa y cuya actuación política la simbolizó, fue Diego Portales, Ministro de Estado durante el gobierno de Joaquín Prieto (1831-1841) y uno de los personajes más influyentes del pensamiento político chileno de ese entonces y con vigencia en la actualidad. Portales estaba convencido no solamente de que un clima de orden y progreso devenía de un gobierno fuerte y centralista, sino de que un Estado con tales características estaba destinado a la expansión y la conquista como parte de su proceso evolutivo. De ahí que fue el principal instigador de que Chile se opusiera firmemente al proyecto de Andrés de Santa Cruz de la Confederación Perú-boliviana, como máxima expresión del recelo y la rivalidad que existía entre el Callao y Valparaíso por el control del Pacífico.

No obstante, derrotada la Confederación Perú-boliviana, parte de la población chilena ante una inminente crisis de la agricultura y de la minería tradicional, comenzó a expandirse hacia las zonas desérticas del norte, en los territorios que Bolivia se adjudicaba, en una especie de búsqueda de recursos que les permitan días mejores¹² (y ello incluyó la migración de chilenos a las costas guaneras de Perú). Con el descubrimiento de guano en Mejillones y de plata en Caracoles, y posteriormente de salitre en otras costas del desierto, el avance de capitales y población chilena se multiplicó hasta que terminaron siendo una mayoría en estas zonas inhóspitas, antes despobladas.

¹² Esta interpretación del chileno “aventurero” que se larga a los desiertos buscando “tesoros” para mejorar su calidad de vida, se edificará como uno de los imaginarios sociales principales de la identidad nacional chilena ligados a la Guerra del Pacífico. Ello se verá en detalle más adelante.

3. Perú antes de la guerra

De acuerdo a la historiografía peruana, desde su independencia, Perú se sumió en un largo periodo de inestabilidad marcado por caudillismos militares, en cuyas ideologías personales descansaban sus políticas. Se pasó de férreos defensores de la monarquía a liberales-republicanos, ambas tendencias marcando regímenes autoritarios.

Destacó Agustín Gamarra (1829-1833 y 1840-1841) no sólo por su despotismo, sino porque propuso anexas Bolivia y Perú en un Estado unitario. Por otro lado, Andrés de Santa Cruz lanzó el proyecto de la Confederación Perú-boliviana en 1836, que acabó en 1839¹³, vencida por Chile. Gamarra en su segundo periodo, declaró la guerra a Bolivia para consolidar su propósito de anexión, pero fue derrotado por los bolivianos en la Batalla de Ingavi en 1841, lo que propició su caída.

Tras ello, Perú continuó con los golpes y contra golpes de Estado hasta que en 1845 se lograron elecciones, asumiendo Ramón Castilla¹⁴, que generó cierta estabilidad que coincidió con el apogeo de guano como base de la economía peruana, lo que resultó en un periodo de institucionalidad política y modernización del Perú, incluyendo una nueva Constitución de corte liberal promulgada en 1856. Los cambios liberales que promovió Castilla, forjaron una fuerte reacción conservadora que condujo a una cruenta guerra civil entre 1856 y 1858. El resultado fue una nueva Constitución moderada promulgada por el nuevamente electo Castilla en 1860.

A pesar de ese marco, continuaba y se acrecentaba el auge del guano, al punto de que un nuevo incidente violentó a Perú con la ocupación de las islas Chinchas (el mayor reservorio de guano en ese entonces) por una expedición española. Aquello propició el clima de latente inestabilidad en Perú y se generó la dictadura de Mariano Ignacio Prado¹⁵ que junto al apoyo de los gobiernos de Chile, Ecuador y Bolivia, derrotaron a España. Desde Prado, al que le siguió José Balta (1868-1872), hasta los inicios de la Guerra del Pacífico, la política peruana siguió marcada por la inestabilidad, lo que incluyó el

¹³ Santa Cruz, igualmente fue presidente de la Junta de Gobierno de Perú en 1827.

¹⁴ Presidente Constitucional en 1845-1851 y 1858-1862 y Presidente Provisorio entre 1855-1858 y 1863.

¹⁵ La dictadura fue entre fines de 1865 a inicios de 1867. También fue Presidente Provisorio en 1867 y tuvo dos periodos constitucionales: el primero, desde agosto de 1867 hasta enero de 1868 y el segundo, desde 1876 hasta 1879.

asesinato de Balta en una asonada, mostrando, este hecho, la desorganización y división del ejército peruano.

Ello no evitó que la economía del guano y luego la del salitre de Tarapacá, generaran grandes obras de infraestructura, que incluyeron la opulencia y consumo suntuario, principalmente en Lima, por los que se acusó a la oligarquía peruana de haber derrochado estos recursos¹⁶. En los albores de la guerra, el guano estaba casi agotado y la deuda externa alcanzó límites exorbitantes, por tanto, surgió una crisis económica que hizo que Perú no se encuentre en su mejor momento.

4. Bolivia antes de la guerra

Bolivia en el Siglo XIX, se debatía en lapsos de inestabilidad política por la irrupción de caudillos militares despóticos de diversa índole, consumiéndose en pugnas internas sectarias, plutocráticas y sin proyectos que pudieran calificarse como “nacionales”.

En un proceso similar al Perú, los regímenes políticos dependieron de las tendencias de los caudillos de turno y del apoyo comprado de las FF.AA. Se oscilaba entre el proteccionismo y el liberalismo, vaivén que incluyó permanentes golpes de Estado, conspiraciones y hasta asesinatos de los gobernantes. Aunque aún no ejercieron el gobierno directamente, la plutocracia de la plata fue determinante al coordinar con gobiernos militares que aseguraran una libertad de comercio irrestricta, pero con el monopolio de la plata para estas empresas “nacionales” y apertura total hacia intereses externos en relación a otros recursos. Estas medidas también incluyeron una serie de arremetidas contra las tierras comunales de los campesinos e indígenas (las pocas que quedaban en sus manos) condenados a ser mano de obra en condiciones de semi-esclavitud en un sistema de trabajo conocido como “pongueaje”.

Así, de acuerdo principalmente a las versiones históricas de “autocrítica” boliviana, este proceso signado por una praxis y mentalidad económica semi-feudal desembocó en una formación de la conciencia nacional tardía (desde la segunda mitad del Siglo XX), lo que

¹⁶ Este hecho se edificará como parte de la visión que tendrá la historia peruana crítica sobre el papel de Perú en el aprovechamiento del guano. Chile, también comparó en sus imaginarios a un Perú que derrochó irracionalmente sus riquezas, frente a sí mismo que las invirtió en el “desarrollo nacional”, por lo tanto se llegó a asegurar, en las interpretaciones chilenas, que el guano y el salitre “en manos de Chile”, estaban “mejor administrados”. Tema a ser abordado en capítulos siguientes.

efectivamente incidió en sus ambiciones geopolíticas, casi nulas, en el poco resguardo de recursos, fronteras y territorios fuera del centro político y en la poca visión y planificación a largo plazo de las clases dominantes bolivianas, anclando a Bolivia en el círculo vicioso de la monoproducción, el centralismo altiplánico y la morosa formación de una burguesía nacional, características del Estado boliviano en los albores de la Guerra del Pacífico.

5. Los intentos de un Alto y Bajo Perú unificado: La Confederación Perú – boliviana y la reacción chilena

Posiblemente la excepción más clara -sino la única- de proyección geopolítica a largo plazo planteada desde Bolivia, fue el proyecto del boliviano¹⁷ Andrés de Santa Cruz para consolidar la similitud cultural con Perú en una alianza que pudiera haber devenido en una nueva potencia sudamericana: La Confederación Perú-boliviana.

En 1836, Santa Cruz inició el proyecto de unión entre Perú y Bolivia aduciendo que, en el fondo, eran una sola nación al compartir similitudes culturales, geográficas y sociales. Así, el Estado Nor-Perú, Sud-Perú y Bolivia conformarían una unidad bajo un modelo federal. La propuesta tuvo adeptos y opositores tanto en Bolivia como en Perú. En Bolivia se conformó un grupo de “autonomistas” que consideraban que la Confederación significaba la “invasión peruana” y se opusieron férreamente a ella, algo similar ocurrió en Perú pero bajo el argumento de la “intrusión boliviana”.

Por otro lado, Chile y Argentina, vieron en la Confederación un peligro para su consolidación en la región, siendo Chile quien, al final, se animó a combatir con las armas el intento de alianza, juntándose con las facciones peruanas en contra, bajo el mandato de Gamarra.

La visión que tuvo Chile sobre la Confederación Perú-boliviana fue claramente expresada por Diego Portales que en 1836, dijo lo siguiente:

La posición de Chile frente a la Confederación-Peruano-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el gobierno porque ello equivaldría a su suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma, la existencia de dos pueblos confederados, y que a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión,

¹⁷ Boliviano por nacido en La Paz, aunque sigue habiendo discusión por su nacionalidad ya que él recordaba constantemente sus lazos de “sangre” con Perú, siendo un ferviente convencido de que Bolivia y Perú eran una sola unidad. En la mayoría de las obras históricas se lo asume como “boliviano-peruano”.

ideas, costumbres, formarán, como es natural, un solo núcleo. Unidos estos dos Estados serán siempre más que Chile en todo orden de cuestiones y circunstancias. (Citado en Murillo de la Rocha, 2004: 106).

La intervención de Chile contra la Confederación Perú-boliviana se constituyó en los imaginarios bolivianos y peruanos como una demostración del afán intervencionista de Chile mucho antes de la Guerra del Pacífico. Para las visiones chilenas “nacionales” y/o hegemónicas, en cambio, fue sinónimo de una estrategia geopolítica de supervivencia de la que se debe sentir orgullo.

De esta forma, bajo el mando de Manuel Bulnes de Chile y Gamarra de Perú, Santa Cruz fue derrotado en la Batalla de Yungay en 1839, disolviendo con ello el proyecto. Suceso que se convirtió en uno de los hitos de la identidad nacional “victoriosa” de Chile. Santa Cruz, al volver vencido a Bolivia, encontró que tampoco era bienvenido al haberse impuesto los que aseguraban que “trabajaba” para consolidar la “conquista peruana”. Se exilió en Ecuador y al intentar retornar a Bolivia en la década de 1840, fue denunciado en los tres Estados, Perú, Chile y Bolivia, como un “elemento perturbador”, confinado en el sur de Chile y, posteriormente, expulsado a Europa, aunque hasta su muerte mantuvo vínculos con algunos gobiernos de Bolivia.

A pesar de que, como ya dijimos, hubo bolivianos y peruanos que coincidieron con la apreciación de la “invasión” de uno u otro país con la Confederación, el desenlace de la Confederación perduró en los imaginarios históricos de Perú y Bolivia, como un antecedente de agresión chilena que se vinculó a la Guerra del Pacífico. También se insertó en el imaginario de Chile como un “aviso” de una latente unidad entre Perú y Bolivia que se debió evitar a toda costa.

6. Diferendos entre Chile y Bolivia desde 1842

Después de la guerra entre Chile y la Confederación Perú-boliviana, en las décadas de 1840, 1850 y 1860, de acuerdo a algunas versiones históricas¹⁸, Chile al sopesar rivalidades y posibilidades de alianza, ante sus vecinos fuertes (Argentina y Perú), buscó un acercamiento con Bolivia que se consolidó en tratados y acuerdos fronterizos y de

¹⁸ Ver Concha (2011) y Maira (2004).

comercio. Sin embargo, desde 1842, empezaron a presentarse diferendos entre Bolivia y Chile.

Con el paulatino poblamiento de ciudadanos chilenos del desierto de Atacama y el descubrimiento de ricos depósitos de guano, en 1842, el Presidente de Chile, Manuel Bulnes¹⁹ promulgó una ley que declaró de “propiedad nacional las guaneras que existen en las costas de la provincia Coquimbo, en el litoral de Atacama y en las islas e islotes adyacentes” (Citado en Becerra de la Roca, 2006: 19), es decir, alterando territorio que Bolivia se adjudicaba. Eso dio lugar a continuas reclamaciones diplomáticas de Bolivia por varios años sin que la situación cambiara, hasta que en 1863, Bolivia promulgó una ley que autorizaba al gobierno la declaración de guerra a Chile, si se agotasen las vías diplomáticas para llegar a una solución; Chile a su vez respondió que mientras no se abrogara dicha ley, no habría negociación alguna. Estas tensas circunstancias, fueron apaciguadas con la ocupación española de las islas peruanas de Chinchas, que alió momentáneamente a Bolivia, Chile y Perú, pasando a segundo plano sus conflictos interregionales.

Con la toma del poder por Mariano Melgarejo en Bolivia (1864-1871), las hostilidades hacia Chile dieron un vuelco mediante el Tratado de 1866 que marcó nuevas fronteras entre Bolivia y Chile, convenientes a este último país porque las guaneras en disputa, pasaban a su soberanía, aunque con una supuesta partición de beneficios entre ambos.

Cabe aclarar que la mayor expresión de la oligarquía feudal y cortoplacista en el poder en Bolivia fue el gobierno de Mariano Melgarejo que, aunque es dentro de los imaginarios bolivianos uno de los regímenes más condenados, en su momento, representó los intereses del liberalismo irrestricto de la plutocracia de la plata, aliados con los latifundistas. Apodado como “el caudillo bárbaro” igualmente tuvo un fuerte accionar autoritario, personalista y casi sultanista. Fue célebre por sus despóticos cambios de humor, el maltrato a los funcionarios gubernamentales y por su afición al alcohol.

En un momento en que las relaciones con Chile se tornaron tensas por el guano y minerales de la costa boliviana, Melgarejo tuvo una política de total acercamiento al gobierno de Santiago y en especial a los capitales chilenos, británicos y franceses que se

¹⁹ Gobernó entre 1841-1846, y 1846-1851. En 1846, Manuel Bulnes fue reelegido.

interesaron por los recursos florecientes del desierto de Atacama. Como la oligarquía boliviana estaba concentrada en la plata y en la propiedad de las tierras agrícolas de los valles de Bolivia, este gobierno pareció reflexionar que los recién descubiertos recursos de esa zona alejada del centro político boliviano, podían generar algunos réditos a cambio de concesiones a los extranjeros que ya usufructuaban el aprovechamiento de los recursos, dado que la capacidad del capital boliviano no tenía condiciones para ello.

Así, aparte de validar y formalizar estas concesiones con libertad absoluta de explotación y exportación de los recursos, principalmente a la empresa británico-chilena Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, se firmó el Tratado con Chile de 1866 que recorría las fronteras a favor de las ocupaciones chilenas y establecía que los beneficios de los recursos de la zona serían repartidos mitad para Chile, mitad para Bolivia, que como veremos en los acápite siguientes, para las interpretaciones históricas bolivianas más difundidas, fue una de las causas que darían lugar a los conflictos posteriores que derivaron en la Guerra del Pacífico.

Depuesto Melgarejo por Agustín Morales (1871-1872), éste decretó la anulación de todos los tratados suscritos por el destituido. Ante ello, Chile reclamó por la coherencia de las políticas de Estado bolivianas, allende los gobiernos coyunturales. Hubo otro periodo de tirantes negociaciones, hasta que el 1874, se firmó otro tratado para sustituir el de 1866, ratificando las demarcaciones fronterizas acordadas en ese entonces.

Años después, una de las cláusulas del Tratado de 1874, generó otra controversia entre Chile y Bolivia. Sucedió que la empresa chileno-británica, Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, que operaba en lo que fue territorio boliviano desde los tiempos de Melgarejo y con una ratificación de 1873, reclamó el cobro del Estado boliviano de un impuesto de 10 centavos por quintal de salitre exportado, de acuerdo a una Ley aprobada por el gobierno de Hilarión Daza (1876-1879) en 1878. De esta manera, Daza tuvo un último y tímido intento proteccionista y de afianzar, aunque tímidamente, un nacionalismo económico, reflexionando que el Estado boliviano podría obtener un poco más de ganancia de la abundante riqueza que salía de la zona. Este gravamen para algunas interpretaciones bolivianas “fue justo”, mientras para otras fue un “craso error” ya que le dio a Chile el “pretexto” para la agresión armada chilena. Por otra parte, para los enfoques de Chile, fue uno de los motivos principales de la Guerra del Pacífico.

La empresa presentó sus quejas al Estado chileno porque este cobro supuestamente violaba una cláusula del Tratado de 1874 que estipulaba que “las personas, industrias y capitales chilenos, no quedarán sujetos a más contribuciones, de cualquier clase que sean que al presente existen. La estipulación contenida en este artículo durará por el término de 25 años”. (Citado en Concha, 2011: 43).

El Estado chileno reaccionó enviando a Bolivia sus reclamaciones por la violación del Tratado de 1874, que al no ser escuchadas, serían, desde las interpretaciones chilenas, la principal causa de la Guerra del Pacífico. Por otro lado, Bolivia, aseguró que se trataba de una decisión que sólo involucraba a una empresa privada y no a un Estado, por lo tanto, la respuesta fue un intento de resolver el asunto directamente con la Compañía.

De acuerdo a las versiones chilenas, la situación se agravó cuando Bolivia amenazó a la empresa con la ruptura de negociaciones y luego con el embargo de sus bienes (medidas ejecutadas). Las visiones bolivianas insistieron que aunque el gobierno boliviano aceptó eliminar el impuesto, Chile ya había ocupado militarmente Antofagasta dando lugar a la guerra, por lo que el problema de la Compañía y el Estado boliviano es leído en Bolivia como “un simple pretexto para ejecutar un meditado y preconcebido plan de apropiación de territorio boliviano”. (Becerra de la Roca, 2006: 64).

7. La nacionalización peruana del salitre

En el territorio peruano de Tarapacá se encontraban abundantes yacimientos de salitre. Desde fines de la década de 1960 este recurso era explotado por las iniciativas privadas, algunas peruanas, pero una mayoría de origen extranjero, principalmente provenientes de Chile, Gran Bretaña y Francia. Igualmente, se estimaba que un 40% de la fuerza de trabajo en las salitreras era de origen chileno. (Hugo Pereyra Plasencia, 2014. En <http://blog.pucp.edu.pe/blog/hpereyra/2014/12/31/la-pol-tica-salitrera-del-presidente-manuel-pardo-el-tratado-chileno-boliviano-de-1874-su-violacion-y-el-comienzo-de-la-guerra-del-pacifico/>).

En ese sentido, había susceptibilidades en Perú en el entendido de que este producto no beneficiaba al país y enriquecía a los privados extranjeros; un funcionario peruano del gobierno de Manuel Pardo, advirtió que el aprovechamiento del recurso recaía “casi exclusivamente en beneficio de Chile, y aun presentándose en los mercados europeos,

como producto chileno” y que Perú tenía que recuperar el recurso, “no sólo en la opinión de esos mercados, sino también y de una manera más positiva, convirtiendo ese producto en una verdadera fuente de ingresos fiscales”. (Citado en Ibid).

A esos planteamientos se sumaban los hechos de que el país se encontraba fuertemente endeudado y que el guano ya mostraba síntomas de agotamiento, por ello, finalmente, se dictaron las medidas de estanco legal para el salitre de Tarapacá en 1872 y después la expropiación de las salitreras en 1875, medidas justificadas por la historiografía peruana como actos soberanos y justos para que Perú pudiera aprovechar el recurso para su progreso nacional, en lugar de beneficiar a los privados extranjeros. Claramente, fue un ensayo del Estado peruano a nombre del nacionalismo económico.

Estas medidas fueron muy mal recibidas por los salitreros privados, en especial los chilenos, que consideraron tales políticas como una muestra del odio “histórico” de Perú hacia Chile. La historiografía chilena también hizo eco de estas emociones. En tal medida, se vincula a la Guerra del Pacífico como un “ajuste de cuentas” entre Chile y Perú debido a estas políticas y en ese marco, suele ser frecuentemente mencionada la nacionalización del salitre como una de las causas que fue alejando a ambos Estados. Asimismo, a partir de las visiones desde Chile, no faltaron los que aseguraron que Bolivia podía seguir un camino similar al peruano y que la tímida medida proteccionista del presidente boliviano Hilarión Daza de cobrar un impuesto de diez centavos por quintal de salitre exportado a la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, podría haber significado el inicio de medidas nacionalizadoras del recurso, por lo que este acto transaccional fue concebido, desde Chile como una de parte de la cadena de acontecimientos que desencadenaron la Guerra del Pacífico.

8. El Tratado de alianza entre Perú y Bolivia de 1873

Existen diferentes interpretaciones frente al acuerdo secreto entre Perú y Bolivia firmado en 1873, también conocido como “Tratado de Alianza Defensiva”. El pacto debía funcionar en defensa de alguna de las naciones que lo suscriban en caso de conflicto o agresión de una tercera. Para historiadores peruanos y bolivianos, fue un acuerdo “defensivo” frente la “expansión” chilena al norte, que “ponía en peligro” la soberanía de Bolivia y Perú en aquellos territorios ricos en salitre, guano y otros minerales. Para

historiadores y pensadores chilenos era un pacto “ofensivo” o “conspirativo” al momento en que se firmó en tiempos de paz y además, por ser secreto y no “público”, perdía su objetivo defensivo. Por otra parte, para los imaginarios históricos chilenos más “duros”, fue un intento de reeditar la Confederación Perú-boliviana principalmente por Perú, para consolidarse como “potencia geopolítica” en el Océano Pacífico, aprovechando los problemas entre Bolivia y Chile.

Por otra parte, en el intento de fortalecer la alianza, fue invitado, otro poderoso Estado, secular rival de Chile: Argentina, pero no prosperó la gestión²⁰.

Este Tratado, de alguna manera, condicionó la intervención de Perú en la Guerra del Pacífico y también se constituyó como uno de los argumentos con los que Chile justificó la declaratoria de guerra a Perú, interpretándose desde el punto de vista de las historias “nacionales” y/o hegemónicas en Chile, como uno de los principales motivos para la solución bélica de los conflictos entre los tres países y, al mismo tiempo, como un elemento que reforzará la autopercepción chilena de “valentía” o “heroísmo”, al enfrentarse él solo a dos “potencias”, imaginarios que desarrollaremos en los capítulos siguientes. Para las interpretaciones bolivianas y peruanas, el tratado defensivo fue el pretexto que Chile encontró para “conquistar” los ricos territorios guaneros y salitreros de Antofagasta y Tarapacá, además de neutralizar a su rival secular, Perú²¹.

²⁰El Canciller peruano Manuel Irigoyen realizó gestiones con su par argentino, Carlos Tejedor, para la inclusión de la Argentina en el Pacto. Como existían diferendos limítrofes entre Chile y Argentina por la Patagonia y el Estrecho de Magallanes, Argentina barajó favorablemente la posibilidad de entrar en el acuerdo, llegando a aprobarse en la Cámara de Diputados, pero sin que prospere la iniciativa en el Senado. El motivo fue que existían reclamos limítrofes con Bolivia por los territorios de Tarija y el Chaco que las autoridades argentinas pidieron que se resuelvan antes de firmar cualquier acuerdo. Ante la negativa boliviana, Argentina se abstuvo de integrar la alianza. Igualmente, de acuerdo a algunos autores, en Argentina existió cierta susceptibilidad de brindar apoyo al acuerdo entre Perú y Bolivia, por temor al potenciamiento peruano que podría serle a la larga contraproducente, y, principalmente, por el hecho de que aún no estaban cerradas las puertas con Chile para resolver por la vía pacífica sus diferencias. Se podía aprovechar la vulnerabilidad de este país por los conflictos con Perú y Bolivia y resolver las discordancias, sin necesidad de derramar una gota de sangre.

²¹ Como veremos más adelante, para algunas lecturas desde Chile y Bolivia, el enemigo real de este país nunca fue Bolivia, subestimada como “mal menor”, sino Perú. Desde esas versiones, se insiste que desde inicios de la guerra, Chile buscó alianza con Bolivia en desmedro de Perú, pacto que fue procurado incluso en gestiones durante la guerra.

9. Vientos de guerra

Como dijimos antes, el detonante de la Guerra del Pacífico para Chile fue la violación del Tratado de 1874 con el cobro de un impuesto de 10 centavos por quintal de salitre exportado, medida adoptada contra la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta. Ello produjo meses de entredichos diplomáticos entre Chile y Bolivia. El Estado chileno amenazó con dejar sin efecto el Tratado de 1874, si Bolivia no lo acataba. Cuando el gobierno boliviano, en noviembre de 1878, exigió al Prefecto del Litoral el cumplimiento del impuesto, Chile había posicionado en la bahía de Antofagasta el blindado “Blanco Encalada” y fuerzas navales²². Aunque ambas partes aceptaron el arbitraje para la resolución del conflicto, según las interpretaciones chilenas, debido a la amenaza de embargo de bienes de la empresa y la expulsión de sus funcionarios, y la rescisión del contrato del Estado boliviano con la Compañía, el gobierno de Aníbal Pinto ordenó la ocupación militar de Antofagasta, el 14 de febrero de 1879.

Días después, un enviado boliviano a Perú, el Ministro Serapio Reyes Ortiz, solicitó el cumplimiento del Tratado de Alianza Defensiva a este país. El 27 de febrero, el presidente boliviano Hilarión Daza, comunicó a la opinión pública la situación y declaró Estado de sitio en el país²³. En marzo se eliminaron todas relaciones con Chile y se expulsó a los ciudadanos chilenos residentes en Bolivia. Chile continuó con la ocupación de zonas estratégicas. No obstante, aún no había una declaración de guerra oficial.

En la toma de la ciudad de Calama, el 23 de marzo de 1879, se produjeron los primeros enfrentamientos entre bolivianos y chilenos. Uno de los sucesos que se tornó en el mayor símbolo del “heroísmo boliviano”, fue cuando un grupo de civiles mal armados comandados por Ladislao Cabrera, defendieron la ciudad de las tropas de Chile. En la

²² Hay algunas versiones históricas de Chile que indican que no estaba tal blindado en las costas de Antofagasta, sino que se trataba de un simple “barco pesquero”.

²³ Existen interpretaciones históricas de los tres países que comentan que el Presidente Daza, esperó a que culminaran las fiestas de Carnaval para hacer el anuncio de la inminente guerra. Desde Bolivia, se solventó esta idea que alimenta un imaginario que identifica a la cultura política boliviana con la juerga y el festejo antes de la responsabilidad o el civismo. Otros historiadores bolivianos, culpan a Daza por ello, cargando solamente en su persona el hecho de que haya preferido “festejar el carnaval” antes que afrontar la situación (se cuenta, incluso, que adquirió un fastuoso disfraz para el carnaval, que no quiso dejar de estrenar por las malas noticias. Pablo Michel. Documental “Epitafios de una guerra”, 2011). Las versiones chilenas y peruanas, por su lado, realzaron el mito, reforzando el imaginario del Estado boliviano como caótico, irresponsable, dado a la fiesta y por, tanto, poco institucional y menos propicio para el orden y el trabajo. Temas a ser vistos posteriormente.

escaramuza del Puente del Topater, donde varios ciudadanos bolivianos murieron ante las armas de Chile, nació el mito de Eduardo Abaroa, civil que, de acuerdo a los imaginarios de Bolivia más arraigados, prefirió morir defendiendo a su “patria”²⁴.

Aunque Perú, primeramente, abogó por la solución del problema mediante el arbitraje y no se mostró no muy dispuesto a acatar el Tratado de Alianza Defensiva²⁵, finalmente se vio obligado a participar en el conflicto internacional cuando Chile declaró igualmente la guerra a este país (junto a Bolivia) en abril de 1879.

10. Desarrollo de la Guerra del Pacífico

Tanto Chile como Perú, habían desarrollado capacidad armamentista naval²⁶. Asimismo, por la barrera geográfica que significaba el desierto de Atacama, parecía determinarse que la guerra se definiría en el mar. En ese sentido, los protagonistas principales de la guerra, terminaron siendo Chile y Perú, quedando Bolivia en un papel secundario, debido a su poca capacidad organizativa y bélica náutica. En tal medida, la campaña guerrista chilena se concentró en destruir el poder militar de Perú, ocupando sus costas. A pesar de ello, Bolivia pudo movilizar unos cuatro mil hombres a la costa que combatieron conjuntamente con los peruanos en las batallas terrestres.

El 21 de mayo de 1879, se produjo la Batalla de Iquique donde el monitor peruano “Huáscar”, al mando del General Miguel Grau²⁷, hundió a la corveta chilena “Esmeralda”, muriendo en combate el Capitán de Fragata Arturo Prat, que a la par de Abaroa de Bolivia y Grau de Perú, es el mayor héroe chileno de la Guerra del Pacífico²⁸. Al mismo tiempo,

²⁴ Tema que se tratará con mayor detalle, en los capítulos siguientes.

²⁵ Versiones bolivianas, se quejan por la posición “tibia” de Perú desde un principio. Algunos trabajos hablaron de un Perú que intentó posicionarse en un papel “neutro” entre Chile y Bolivia, sin mayor interés de intervenir a favor de nadie.

²⁶ Chile contaba con los blindados Cochrane y Blanco Encalada, las corbetas Chacabuco, O’Higgins y Esmeralda, la cañonera Magallanes y la goleta Covadonga. La escuadra peruana tenía el blindado Independencia y el monitor Huáscar, los monitores fluviales Atahualpa y Manco Kápac, la corbeta de madera Unión y la cañonera de madera Pilcomayo. Bolivia apenas contaba con buques de guerra como el Guardacostas Bolívar, el Guardacostas Mariscal Sucre y las embarcaciones Laura y Antofagasta.

²⁷ Miguel Grau, al igual que Eduardo Abaroa en Bolivia y Arturo Prat en Chile, es el héroe peruano de la Guerra del Pacífico, sobre el que se han edificado distintos mitos e imaginarios, los que analizaremos más adelante.

²⁸ Igualmente, sobre Prat se articularon mitos e imaginarios muy fuertes en Chile que veremos posteriormente.

el 21 de mayo se convirtió en la fecha cívica de recordación de la Guerra del Pacífico en Chile.

Más allá de que a esta victoria peruana, le siguieron otras, y de que el Huáscar parecía controlar la ofensiva chilena, el 8 de octubre de 1879 aconteció el combate de Punta Angamos, donde Chile capturó el monitor Huáscar y murió el mayor héroe peruano Miguel Grau. A partir de ese momento, la armada chilena dominó los mares.

En cuanto a las campañas terrestres, donde Bolivia puso su mayor esfuerzo, se logró sólo una victoria de los aliados, en la batalla de Tarapacá. Las batallas de Pisagua, Pampa Germania y Dolores fueron ilustrativas respecto a las victorias chilenas y aseguraron la toma por parte de Chile del territorio peruano de Tarapacá y luego de Tacna y Arica con el triunfo en la batalla del Alto de la Alianza en Tacna²⁹. Con esa derrota, Bolivia salió de la confrontación física en 1880, quedando el desenlace final entre Chile y Perú, quien luego de una dolorosa resistencia a la invasión chilena de Lima, la sierra y hasta de su territorio amazónico, se rindió a fines de 1883 y cediendo a las duras condiciones que Chile impuso como vencedor, lo que incluyó la cesión definitiva de Tarapacá y la entrega temporal de Tacna y Arica.

Con la salida de Bolivia de la guerra se precipitó la salida del poder de Daza, acusándolo ya sea de “traición” o “ineptitud” por los resultados. Con la caída de Daza, entró al poder otro militar conocido por su formación en el extranjero en la carrera castrense, el General Narciso Campero, aunque no pudo evitar la derrota y salida física de Bolivia de la guerra en 1880. Sin embargo, al haberse aliado con la oligarquía de la plata, aunque con diferencias que luego llegarían a ruptura³⁰, se procuró un gobierno “estable” y, principalmente, que la situación de guerra no siguiera perjudicando sus nexos e intereses con Chile. Campero estampilló el inicio de los regímenes signados por estos plutócratas de forma directa y que marcaron cierta constancia en la organización institucional, las políticas y la economía, que se conocen como los “gobiernos de la oligarquía de la plata”,

²⁹ En Chile es conocida como la “Batalla de Tacna” y en Bolivia y Perú como “Alto de la Alianza”, supuestamente en referencia a la alianza entre Perú y Bolivia. Empero hay ciertas versiones burlescas de Chile que indican de que el denominativo se refiera al “alto” que hizo Chile a la “alianza”.

³⁰ La mayor diferencia entre Campero y las figuras más sobresalientes de la oligarquía de la plata, como Aniceto Arce o Mariano Baptista, se debía a que Campero era parte de la posición “guerrista” en Bolivia, que indicaba que el país debía continuar o retornar en mejores condiciones a la guerra, pero no rendirse. La plutocracia de la plata, en cambio, desde un principio, abogó por una pronta salida pacífica al conflicto, aún a costa de la pérdida marítima, ya que la guerra perjudicaba sus exportaciones.

donde por primera vez en la historia republicana de Bolivia, los militares pasaron a segundo plano y dominaron los civiles con clásicos, aunque elitistas, gobiernos decimonónicos.

A la par que Daza, por los resultados de la guerra nada favorables a Perú, el presidente de ese país, Prado, fue derrocado por otro caudillo militar, Nicolás de Piérola. Mientras tanto, Chile avanzaba hacia el norte peruano hasta llegar a la propia capital de este país luego de las batallas de San Juan y Miraflores. De esa manera, la toma de Lima y los intentos de resistencia que generó, se constituyó en uno de los hechos más dolorosos de la historia peruana.

Las interpretaciones peruanas, bolivianas y chilenas coinciden en reconocer los excesos de los soldados de Chile que saquearon e incendiaron poblaciones como Barranco y Chorrillos, vejando de distintas formas a sus pobladores. Algo similar ocurrió en la sierra y amazonía peruana. Igualmente, el abuso incluyó el robo de bienes y patrimonios culturales de Perú como documentos y libros valiosos de la Biblioteca Nacional, monumentos, obras de arte, etc.³¹. Un ejemplo emblemático fue la apropiación de unas estatuas de leones que ahora adornan la Plazoleta de Los Leones en el barrio de Providencia, en Santiago. Para Chile se constituyeron como un símbolo más de su victoria en la guerra y Perú, aún hoy, reclama su devolución con una carga emotiva similar. También, con la ocupación chilena de Lima y otras plazas, se establecieron “cupos de guerra” a ser pagados por los ciudadanos.

Las derrotas en la guerra, junto con la toma de Lima, aumentaron el clima de inestabilidad política en Perú. El gobernante de Perú bajo un régimen de facto, Nicolás de Piérola, ante la presencia de la armada de Chile en la Capital, se replegó a la sierra para organizar la resistencia junto con otros mandos militares como Andrés Avelino Cáceres y José Miguel Pérez. Piérola fue sustituido por Francisco García Calderón que tampoco aceptó firmar la paz con Chile, ya que significaba la cesión definitiva de Tarapacá. Chile aumentó la presión hasta pensando en una retirada pero con consecuencias, y en este sentido son ilustrativas las palabras de Aníbal Pinto:

³¹ Aunque existen versiones chilenas que desmienten los desmanes como el saqueo de la Biblioteca Nacional. Tocaremos este tema más adelante.

Dudo mucho que se organice en Lima un gobierno que acepte nuestras condiciones de paz y si alguno llegara a organizarse y las aceptase, es seguro que caería al día siguiente y nada habríamos ganado. Tendremos que permanecer algún tiempo en el Callao y Lima y como allí no podremos permanecer indefinidamente, nos retiraremos al fin cargando con los rieles de los ferrocarriles. Esta sería a mi juicio la solución final. (Citado en Bulnes, 1911, Tomo II: 704).

Finalmente, Chile combatió la resistencia de la sierra de Perú que significó casi tres años de una guerra de guerrillas y a pesar del aguante de los peruanos, que lograron, en cierta medida, contener el avance chileno, se consolidó un gobierno dispuesto a firmar un tratado de paz con Chile y sus condiciones. Se trató de Miguel Iglesias, quien finalmente en 1883, suscribió con el Estado chileno el Tratado de Ancón, no obstante la resistencia de los otros líderes peruanos. Una vez firmado el acuerdo, se arraigó definitivamente a Iglesias en el poder.

Empero, la firma del tratado no apaciguó la situación en Perú que se sumió en una guerra civil entre los partidarios de Iglesias (que abogaban por la paz con Chile) y de Cáceres (que insistían en resistir a los acuerdos con su vecino) y un periodo muy inestable. Cáceres derrocó a Iglesias, pero el caos social y político no cesó hasta que Nicolás de Piérola volvió al gobierno, derrocando a Cáceres y siendo elegido Presidente Constitucional en 1895.

Mientras tanto, para Chile la Guerra del Pacífico fue percibida como consecuencia de sus logros como país social y políticamente “estable” que permitieron una “natural” expansión. Como analizamos con anterioridad, la Guerra del Pacífico coincidió con la etapa de la “República Liberal” donde se gestaron, por un periodo de 30 años (1861-1891), gobiernos liberales sin mayor percance. Incluso durante la guerra, se dieron elecciones normalmente, donde Domingo Santa María (1881-1886) sucedió a Aníbal Pinto (1876-1881).

Así, terminada la Guerra del Pacífico, Chile entró a un periodo de mayor prosperidad económica, en parte debido a los ricos recursos de los territorios obtenidos en la guerra, y una estabilidad política que duraría hasta la guerra civil de 1891.

11. Los tratados y negociaciones durante la guerra y posguerra (1879-1929)

Durante la Guerra del Pacífico no faltaron intentos de entendimiento que cesaran la contienda. Uno de los más importantes, fue la tentativa chilena de romper la alianza peruana y boliviana, ofreciendo a Bolivia la toma de Arica, Tacna, Moquegua u otros puertos por la zona para canjearlos por el Litoral boliviano. Fue lo que se ha denominado la “política boliviana” iniciada por el entonces canciller de Chile, Domingo Santa María, con la idea de no solamente de fracturar la ligazón peruano-boliviana, sino ganar un aliado permanente contra Perú y el otro secular rival de Chile, Argentina.

Así, primeramente, hubo un ofrecimiento informal a cargo de un ciudadano chileno, Justiniano Sotomayor, radicado en Bolivia hasta la guerra, que le escribió un par de cartas al presidente Daza proponiendo que Bolivia rompa la alianza con Perú. Estos documentos fueron ilustrativos en la interpretación de que para Chile el verdadero objetivo de guerra fue Perú y no Bolivia, además de ciertos prejuicios y estereotipos contra este primer país³².

Sin embargo, Daza mantuvo su lealtad con Perú y no dudó en informar del acercamiento chileno al Estado y opinión pública peruana, lo que causó conmoción y alarma en Perú. Así el Estado chileno no validó dichas misivas como oficiales, pero se hizo una gestión formal de acercamiento a Bolivia a través de dos ilustres bolivianos que llevaron a Daza la propuesta de Chile. El escritor Luis Salinas Vega y el historiador Gabriel René Moreno informaron a Daza que Chile estaba dispuesto a integrar una alianza con Bolivia contra Perú si Bolivia cedía el Litoral a cambio de la ayuda chilena en armas, dinero y asesoramiento al ejército boliviano para la toma de uno o varios de los puertos peruanos antes mencionados. Al final, aunque el gobierno boliviano se mostró dispuesto a escuchar la propuesta, se terminó negando, lo que se constituyó como “prueba”, en la historia boliviana, de la lealtad de Bolivia hacia Perú³³.

Tiempo después, hubo otro intento de acercamiento durante la Guerra del Pacífico, esta vez entre los tres países. Gracias a la mediación de EEUU, cuyos ciudadanos radicados en Perú se vieron afectados por la ocupación chilena, se gestaron en octubre de 1880 unas

³² Se verán detalles de las cartas en capítulos posteriores.

³³ Siendo que algunas versiones históricas peruanas y cierto imaginario colectivo, acusan a Bolivia de “traición” por su pronta retirada de la guerra. Se analizará el tema más adelante.

conferencias en el barco estadounidense Lackawanna anclado en la bahía de Arica y donde asistieron representantes de los tres países. Pero la aproximación no prosperó al no ser aceptadas las condiciones de Chile para el cese de la guerra, ni por Perú ni por Bolivia. Las condiciones incluían la cesión de Tarapacá, Antofagasta y Cobija, el pago de una indemnización de guerra a Chile, restitución de bienes a ciudadanos chilenos en Perú y Bolivia, la devolución del barco chileno Rimac capturado por la armada peruana, la toma transitoria de Chile de Moquegua, Tacna y Arica y la desmilitarización de Arica por parte de Perú.

Fracasadas las tentativas de acercamiento, la Guerra del Pacífico inició su periodo de culminación mucho después de la toma de Lima, mediante el Tratado de Ancón entre Perú y Chile en 1883, que estableció, en líneas generales, la cesión definitiva a Chile de Tarapacá y la toma de Tacna y Arica por diez años, después de lo cual se organizaría un plebiscito para que fuera la población la que determinara la soberanía de los dos últimos territorios.

Posteriormente, con Bolivia se firmó el Pacto de Tregua en 1884, que oficializó la ocupación chilena del Litoral, la devolución de los bienes incautados por el Estado boliviano a las empresas y ciudadanos chilenos y un libre tránsito comercial entre ambos países.

Sin embargo, tanto con Perú como con Bolivia, en ese momento, no hubo acuerdos de paz definitivos, por lo que siguieron negociaciones posteriores.

11.1 Los acuerdos de la década de 1890 entre Bolivia y Chile

Las interpretaciones históricas bolivianas y chilenas, coinciden en que las negociaciones entre el Pacto de Tregua de 1884 y el Tratado final de 1904, fueron arduas, durando dos décadas.

En este intervalo, se consolidó en Chile lo que parecía ser una política “blanda” sobre la resolución definitiva del conflicto con Bolivia. Esta postura de la “política boliviana”, a la que ya nos referimos, no sólo plasmaba una visión mucho más pacífica de la geopolítica chilena frente a sus vecinos, sino que procuraba cierto acercamiento con Bolivia y un entendimiento del que no resultase el enclaustramiento marítimo perpetuo del país,

posición atribuida a Domingo Santa María, durante la guerra y a Jorge Montt en la etapa posguerra. Según Concha el fin último de esta tendencia fue otro intento de romper la alianza entre Bolivia y Perú y, al mismo tiempo, neutralizar a Argentina, vistos estos dos países, a la larga, como un peligro mayor para Chile. (2011: 47).

La misma posición “blanda” primó en 1895 en el gobierno de Montt, dando lugar a la principal materialización de la “política boliviana” en Chile cuando se propuso un acuerdo que resolviera la mediterraneidad boliviana. A cambio de la cesión definitiva del otrora Litoral boliviano, Chile ofreció a Bolivia Tacna y Arica si es que el plebiscito establecido en el Tratado de Ancón fuera favorable para Chile, si en el plebiscito perdía Chile, otorgarían una costa entre la Caleta Vitor y la quebrada de Camarones u otra similar, junto a otros arreglos de comercio y el establecimiento definitivo de la paz.

Por supuesto, no faltaron las críticas a esta solución desde la “línea dura” y militarista en Chile, considerando que no había necesidad entregar nada a Bolivia a cambio de lo conseguido en una victoria de guerra.

Sin embargo, otros obstáculos vinieron de Bolivia. Aunque se llegaron a firmar los acuerdos, no fueron ratificados en el Congreso boliviano y al contrario, solicitaron cambios en la redacción del tratado, como por ejemplo la posibilidad de “escoger” el puerto a otorgarse si no se adjudicaba Tacna y Arica. Ante esta exigencia, las negociaciones no fueron continuadas en años posteriores.

Hay varias hipótesis para explicar esta reacción en Bolivia. Una indica que respondió a las propias dinámicas políticas internas en Bolivia. El Partido Liberal, opositor al gobierno conservador de Mariano Baptista, enarboló la contingencia contra el acuerdo, según aclararon algunos autores bolivianos y chilenos, simplemente por mezquinos intereses de obstaculizar una salida favorable para Bolivia en un gobierno de su oponente.

Otros argumentan que las barreras devinieron de los imaginarios nacionalistas bolivianos, que todavía tenían esperanza de recuperar el Litoral y que no aceptaría otra cosa que “el suelo patrio”, ello sumado a la desconfianza ante Chile, que ya venía madurando.

Dentro de esta tendencia, predominó además, la idea de mantener la cercanía con Perú y Argentina, antes de llegar a conciliaciones con Chile, incluyendo la posibilidad de

“aprovechar” la tensión entre Argentina y Chile por la Puna de Atacama, que aún no se había resuelto.

También, está la hipótesis de que desde las esferas diplomáticas de Argentina y Perú se alimentó el imaginario en Bolivia contra cualquier arreglo con Chile, en miras a sus propias ambiciones geopolíticas, tomando en cuenta que Tacna y Arica fueron igualmente reclamadas por Perú como suyas y se constituyeron en la causa y motivo de sus propias reivindicaciones nacionales³⁴.

Lo cierto es que comparando los acuerdos de 1895 con el Tratado de 1904, Bolivia perdió la oportunidad de firmar un ajuste mucho más favorable a sus intereses y especialmente que resolviera el problema de su mediterraneidad.

11.2 Tratado de 1904 entre Chile y Bolivia

Después de dos décadas de negociaciones tirantes, se firmó el tratado que daba por finiquitada la guerra entre Bolivia y Chile, el “Tratado de Paz y Amistad” de 1904, que refleja la visión más “dura” de Chile respecto a temas pendientes con Bolivia, que fue imponiéndose en este lapso.

La llamada “política boliviana” fue suplantada por otra que podríamos llamar de “castigos de guerra” que es expresada fielmente por Abraham König³⁵, Ministro Plenipotenciario de Chile al inicio del Siglo XX y al que se le atribuye la ideología que domina en el Tratado de 1904³⁶ y donde se impuso el planteamiento de que Chile no debía nada a los vencidos en la guerra y menos la otorgación de territorios que compensaran la pérdida marítima boliviana³⁷.

³⁴ Las dos últimas hipótesis están desarrolladas en Concha (2011) que presenta rica documentación y fuentes de primera mano.

³⁵ Algunos autores escriben este apellido como Köning, otros colocan Koning y König.

³⁶ Sobre la autoría del Tratado de 1904 hay divergencias entre las interpretaciones históricas. La mayoría de autores bolivianos, aseguran que el Tratado es de exclusiva autoría chilena al haber sido prácticamente impuesto. Otras versiones hablan de una co-autoría entre las autoridades bolivianas y chilenas. Es más, algunos pensadores bolivianos “culpan” al gobierno boliviano que firmó el Tratado no solamente por aceptarlo, sino porque “orgullosamente” se atribuyen la co-autoría. Ver Salazar (2006) y Albarracín (2005). Firmaron el Tratado Alberto Gutiérrez (Bolivia) y Emilio Bello Codesido (Chile).

³⁷ La posición expresada por König será estudiada con más detalle en el capítulo referente a la visión chilena sobre Bolivia en el marco de las alteridades relacionadas a la Guerra del Pacífico.

Siguiendo estos ejes, el Tratado de 1904 estableció el “dominio absoluto y perpetuo de Chile de los territorios ocupados por éste en virtud del artículo 2º del Pacto de Tregua del 4 de abril de 1884” (Tratado de paz y amistad entre Chile y Bolivia, 20 de octubre de 1904) a cambio de la construcción de un ferrocarril que liara a Bolivia con el Pacífico, derecho de Bolivia de establecer agencias aduaneras en puertos chilenos y libre tránsito comercial entre los dos países y un dispendio de 300.000 libras esterlinas de Chile a Bolivia. Tomando en cuenta que incluso se estipuló el pago por parte de Bolivia de las indemnizaciones a las empresas afectadas por la guerra que ascendió a más de 4 millones de pesos en oro³⁸.

A pesar de que el Tratado de 1904 es considerado por la mayor parte de las interpretaciones históricas bolivianas como desfavorable, el gobierno boliviano que lo suscribió, a la cabeza de Ismael Montes, organizó una campaña propagandística a su favor, con el argumento de que más valía la vinculación ferroviaria y las buenas relaciones con Chile, que la salida a un mar distante del centro político altiplánico, lo que no caló en la conciencia colectiva porque la cuestión de la demanda marítima resurgiría en 1910 y continúa hasta nuestros días como una herida no cerrada.

En Chile preponderaría la interpretación “dura” con el argumento de que desde el momento en que ganaron una guerra y se firmó y ratificó un tratado bilateral en los términos descritos, “Chile no le debe nada a Bolivia”.

11.3 Relaciones Perú-Chile antes de 1929

Después del Tratado de Ancón, las relaciones entre Chile y Perú fueron bastante turbulentas, debido a que el Estado chileno se propuso una campaña de “chilenización” de Tarapacá y Antofagasta, pero además de los territorios de Tacna y Arica que, según los acuerdos de Ancón, ocupaban diez años. Todo ello se enmarcaba en el intento chileno de dar cuerpo a fines nacionalistas culturales y modernos en la búsqueda de su consolidación y expansión, cosa en la que tenían experiencia con las expediciones punitivas de “chilenización” de la Araucanía³⁹. La “chilenización” no solamente se

³⁸ En los acuerdos de 1895 Chile se comprometió a cancelar dichas indemnizaciones. Este hecho también realzó la diferencia de visión entre los pactos de 1895 y el Tratado de 1904.

³⁹ De acuerdo a la definición de Alan Knight vista en el Capítulo I en la parte de antecedentes conceptuales.

produjo con el fomento a la migración de ciudadanos de Chile a esas zonas y una especie de aculturación de lo “peruano” o “boliviano” para adoptar las “costumbres chilenas”, sino que indirectamente incluyó acciones violentas y xenófobas de grupos armados en especial contra los habitantes peruanos, a lo que se sumó la expulsión o fuga de estos últimos de estas zonas.

Aunque no fueron validadas por el Estado chileno y, en algún momento, se las pone fuera de ley, se conformaron “Ligas Patrióticas”⁴⁰ ultranacionalistas que accionaron principalmente entre 1910 y 1929, sin que las autoridades de Chile las reprimieran verdaderamente y aún con cierto respaldo cómplice e indirecto. Sus actividades incluyeron saqueos, robos, amedrentamientos y vejaciones de todo tipo a ciudadanos, negocios y prensa peruana en Tarapacá, Tacna y Arica⁴¹. A su vez, los peruanos reaccionaron a la “chilenización” creando “logias” que, desde un barniz masónico, procuraban mantener expresiones de nacionalismo cultural y patriotismo político, salvaguardando “lo peruano” y el “amor y defensa de su patria” ante las medidas chilenas.

Entre las reformas oficiales de la “chilenización”, se incidió en las escuelas públicas que enseñaron de acuerdo a la currícula de Chile, especialmente en lo concerniente a la interpretación histórica de la Guerra del Pacífico. Igualmente, se cambiaron las fechas de fiestas cívicas de peruanas a chilenas y aunque en un principio se toleró que los peruanos festejen sus efemérides, en los momentos de mayor tensión llegaron a prohibirse, como también se cerraron medios de comunicación “pro-peruanos”.

Ante eso, los nacionales peruanos se atrincheraron en las escuelas privadas, donde se procuró enseñar de acuerdo a los contenidos oficiales de Perú, y en los círculos de la Iglesia, porque los sacerdotes de Arica y Tacna, por ejemplo, seguían dependiendo del Obispado de Arequipa. Cuando el Estado chileno decidió el cierre de los colegios privados peruanos en Tarapacá en 1911, se establecieron escuelas clandestinas en domicilios. Otro motivo de tensión, fue la llegada de mano de obra chilena a la zona que

⁴⁰ Para muchos autores, incluyendo a escritores chilenos, las “Ligas Patrióticas” tuvieron marcada influencia en los partidos de la derecha de ese país y también en la formación de la ideología militar que a partir de 1910 va a adquirir decididamente el matiz “prusiano”.

⁴¹ Al mejor estilo del nazismo (antes de que apareciera como tal), los amedrentamientos incluyeron “marcar” con una cruz negra los domicilios y comercios de “peruanos” y publicar en sus boletines “defunciones” de peruanos que se negaban a dejar voluntariamente estos territorios.

dejaron desempleados a los peruanos, aunque los de nacionalidad chilena cobraban mucho más caro.

En ese clima, se intentaron negociaciones entre Chile y Perú para dar lugar al plebiscito establecido en el Tratado de Ancón. Justamente en ese contexto fue que el proceso de “chilenización”, los grupos ultranacionalistas chilenos, y la reacción peruana, se potenciaron al límite en Tacna y Arica. La idea de Chile era asegurar que la mayoría de la población opte por la soberanía chilena, por lo que se potenció aún más el arribo de familias de Chile a la zona e, indirectamente, se amedrentó y expulsó a los residentes peruanos. Por su parte, los peruanos intentaron resistir lo más posible para que la situación se definiera a favor de Perú.

En el marco de las negociaciones, EEUU, fungió como mediador. Ya para 1925, el laudo arbitral estadounidense consiguió la “devolución” del territorio de Tarata a Perú, ocupado por Chile. También, se estableció que el plebiscito se realizara en mayo de 1926, para lo cual se creó una Comisión Plebiscitaria a la cabeza de Joseph John Pershing por Estados Unidos e integrada por Agustín Edwards McClure de Chile y Manuel de Freyre y Santander del Perú. Sin embargo, denuncias sobre deportaciones forzosas de peruanos desde Tacna y Arica, hicieron que los estadounidenses repensaran el validar lo que calificaron como un “plebiscito anómalo”. Al mismo tiempo, Perú solicitó “garantías” para realizar la campaña a su favor y sugiriendo el “desarme” de los grupos ultranacionalistas chilenos y la mitigación de los aparatos represivos como carabineros y militares controlados por Chile. Pershing solicitó aquello a Chile, pero el gobierno chileno se rehusó a lo que consideraba una “interferencia extranjera” en territorios bajo su administración. Aunque Pershing renunció y fue reemplazado por William Lassiter, EEUU, terminó invalidando el plebiscito argumentando que Chile no garantizaba condiciones justas en relación al voto peruano, disolviéndose la comisión en 1926.

Dada esta traba, surgió la posible salida de una división de los territorios disputados entre Chile, Perú e incluyendo a Bolivia para que obtuviera un puerto. Tal fue la propuesta del Secretario de Estado de EEUU, Frank B. Kellogg y según distintas versiones históricas, Perú se opuso tajantemente de incluir a Bolivia en tal acuerdo. En Chile, también se escucharon voces a favor de negociar directamente con Perú un resultado similar, también

excluyendo de ello a Bolivia. Se atribuyó esta nueva iniciativa a Conrado Ríos Gallardo, Canciller chileno en esos años⁴².

Finalmente, luego de que en 1928 se restablecieran las relaciones diplomáticas entre Chile y Perú, se iniciaron las negociaciones definitivas de las que resultaría el Tratado de Lima de 1929.

11.4 Tratado de 1929 entre Chile y Perú

Después de casi un lustro de tensiones entre Chile y Perú, en 1929 se dio lugar a un acuerdo de paz definitivo, firmado en Lima. En líneas generales, el Tratado de 1929 resolvía lo que se mencionó como “la única dificultad pendiente” entre ambos países que era la soberanía de Tacna y Arica. Tacna pasaría a la soberanía peruana y Arica a la chilena. Asimismo, se incluyó el usufructo de algunos manantiales de agua en el nuevo territorio chileno por parte de Perú y Chile se comprometió a construir en Arica un malecón de atraque para vapores de calado al servicio de Perú, un edificio para la agencia aduanera peruana y una estación terminal para el Ferrocarril a Tacna, además de establecimientos y zonas donde el comercio de Perú gozaría de independencia “del más amplio puerto libre”. Igualmente, se estableció la entrega de seis millones de dólares de Chile a Perú. (Citas al Tratado de Lima, 1929).

Este acuerdo fue recibido con cierta indolencia en Chile y Perú. A pesar de que para Chile fue considerado una “victoria” dado que fue difícil, a pesar de la “chilenización”, asegurar los territorios con el plebiscito, se recibió la noticia como una victoria a medias, por la pérdida de Tacna y por el cansancio de tantas décadas de intranquilidades. En Perú, aconteció algo similar. Aunque hay versiones que culparon presidente peruano de ese entonces, Augusto B. Leguía, de aceptar el arreglo muy sumisamente, otras aseguraron que para Perú fue favorable, al recuperar Tacna en un momento donde presionaba la ocupación chilena en la zona, junto a la crisis económica, política y militar de la que aún

⁴² Personaje fuertemente despreciado en la historia boliviana hegemónica, acusándolo de ser el “peor enemigo de Bolivia” ya que se le consideró el autor intelectual del Tratado de 1929, por tanto, del “doble cerrojo” de la salida al mar del país. Se le atribuyó una carga de desprecio y xenofobia hacia Bolivia. Temas que tocaremos más adelante.

no se había recuperado el país, por lo tanto, no se podía aspirar a un rescate de todo el lugar disputado.

Junto con el Tratado, se incluyó un Protocolo Complementario cuyo artículo 1º estipula que los gobiernos de Chile y Perú no podrán ceder a una “tercera potencia” parte o la totalidad de los territorios, sepultando con ello cualquier ilusión boliviana de obtener un puerto por esa zona, a no ser con el consentimiento de ambos.

En tal sentido, la política “dura” chilena contra Bolivia, se haría aún manifiesta al momento de saldar lo pendiente entre Chile y Perú. Como indicó Concha, en Chile se pasaría de una “política boliviana” a otra “política peruana”, es decir una vez saldados los asuntos pendientes con Bolivia, el Estado chileno se enfocó a lograr regulares relaciones con Perú, de acuerdo a algunas interpretaciones, siempre pensando en quebrar cualquier alianza Perú-Bolivia a futuro. (2011: 117-120). También existen interpretaciones que aseguraron que fue el Estado peruano el que solicitó la elaboración de este Protocolo Complementario para evitar que Bolivia “se aprovechara” de territorios antes peruanos, sosteniendo que fue Bolivia la que “traicionó” a Perú en la Guerra del Pacífico⁴³.

En otras palabras, desde las visiones “nacionales” y/o hegemónicas bolivianas, “Chile le puso el candado a la salida al mar de Bolivia y le entregó la llave al Perú”⁴⁴ y esto, a futuro, efectivamente, se constituyó en un obstáculo a la resolución de la demanda marítima boliviana. Al no poder reclamar sus anteriores territorios, porque rompería la continuidad territorial chilena, se confirió con el Tratado de 1929 un nuevo impedimento en la alternativa por Arica y Tacna, a lo que la historia boliviana le denomina el “doble cerrojo”, ya que en cualquier negociación para obtener un puerto soberano, se tendría tratar con dos países.

⁴³ Temas a ser abordados con mayor detalle posteriormente.

⁴⁴ Palabras de Daniel Salamanca, Presidente de Bolivia entre 1931 y 1934.

III. Las visiones “nacionales” de las causas de la Guerra del Pacífico

III. Las visiones nacionales de las causas de la Guerra del Pacífico

1. Bolivia

Nosotros hemos hecho una especie de religión del mar; un culto nacional que da sentido a nuestra historia. A ningún país le es tan preciada la costa como al nuestro; para unos es riqueza y poder; para el nuestro es ideal; para otros es un jirón de tierra; para el nuestro es un jirón del alma. Pero como el mar ha dejado de estar delante de nosotros, ahora está dentro de nosotros.

Roberto Prudencio

En este acápite, revisaremos las pautas que marcan la visión boliviana sobre las causas Guerra del Pacífico, en especial para comprender el hecho de que este acontecimiento acaecido hace más de cien años, no se concibe como cerrado o superado para Bolivia, siendo la demanda marítima que plantea ante Chile, y la cuestión de su mediterraneidad, los temas más importantes para Bolivia en cuanto a sus relaciones internacionales.

1.1 Bolivia nació con mar

La generalidad de los historiadores, políticos, diplomáticos y pensadores bolivianos coinciden en que Bolivia nació como Estado independiente con acceso al Océano Pacífico. Algunos hacen hincapié en la etapa precolombina, realzando la ligazón entre los pueblos que habitaron su territorio, como Incas y Tiahuanacotas, y las costas marítimas, otros se remiten a la jurisdicción colonial de la Audiencia de Charcas o a las fronteras bolivianas en su constitución republicana. En este sentido, Carlos D. Mesa, ex presidente de Bolivia, reconocido historiador y periodista y uno de los representantes más importantes de la demanda marítima boliviana⁴⁵, dijo lo siguiente:

La cultura Tiahuanacu (sic), reconocida como la más importante del pasado prehispánico boliviano, cuyo centro se ubica en el actual Departamento de La Paz en las proximidades del lago Titicaca, desarrolló en su periodo expansivo por lo menos siete asentamientos humanos en el Valle de Azapa en plena costa del Pacífico. Este aserto ha sido probado por investigaciones arqueológicas y ratificado por el Carbono 14.

⁴⁵Mesa es el vocero oficial boliviano sobre la demanda marítima en los últimos años. El libro citado es uno de los referentes más leídos de la historia boliviana.

Es sabido también que el imperio incaico llegó en el sudoeste de sus dominios a copar regiones del norte de Argentina y el norte de Chile (es decir el territorio boliviano usurpado).

Pero la referencia jurídica más importante es la colonial por una razón básica, porque las naciones americanas aceptaron el concepto romano del *uti possidetis juris* que quiere decir ‘como poseáis (hoy) seguiréis poseyendo en el futuro’. Se tomó como punto de partida la delimitación política existente en el año de 1810. La demarcación de entonces fue el punto de partida de las nuevas naciones. En el caso de Bolivia, el territorio de la Audiencia de Charcas dependiente entonces del virreinato del Perú. En el territorio en cuestión la Audiencia de Charcas abarcaba desde el río Loa en el norte (al norte de Tocopilla y al sur de Iquique, entonces territorio peruano) a los 21° y el río Salado en el sur (al sur de Taltal y al norte del valle de Copiapó) entre los grados 26 y 27. Las leyes IX y XII de la Recopilación de Indias establecen claramente esa jurisdicción de los que a partir de 1825 fue el Departamento de Potosí. (Mesa, 2003: 447).

Iniciada la Guerra del Pacífico, se publicaron documentos que representaron al Estado boliviano resumiendo su posición ante la guerra y frente a la ocupación chilena de Antofagasta, presentando argumentos a favor de la cualidad marítima de Bolivia en el periodo colonial y luego de su fundación. Uno de estos escritos, realizado en mayo de 1879, hizo énfasis en la jurisdicción del Virreinato de Lima que incluyó el territorio en disputa y en el seguimiento de la naciente República de Bolivia del “*uti possidetis juris*”, al constituir el Litoral como parte del Departamento de Potosí, cosa que según los autores del documento⁴⁶, estaba confirmada por los historiadores chilenos hasta el surgimiento de los pormenores que generaron la guerra.

Por su parte, José María Santiváñez, afamado escritor decimonónico de Cochabamba, también en 1879, publicó un trabajo que pretendía aplacar la polémica sobre los límites entre Bolivia y Chile, mostrando argumentos similares a los presentados y concluyendo que “las repúblicas sudamericanas reconocen por límites los que correspondían a las secciones coloniales que se formaron” y que “la creación del Virreinato de Buenos Aires no introdujo tampoco novedad alguna, pues pasó a componer Charcas con todos sus territorios, entre los cuales estaba el partido de Atacama, expresamente designado por la Ordenanza de Intendentes, entre los que constituían la Intendencia de Potosí”. (Citado en Becerra de la Roca, 2006: 101).

⁴⁶ Los autores de dicho documento son los diplomáticos bolivianos Zoilo Flores Aponte y Serapio Reyes.

Siguiendo estos puntos, otro documento relevante sobre la posición oficial de Bolivia sobre los antiguos límites con Chile, fue el presentado a la IX Asamblea de la Organización de Estados Americanos (OEA), cien años después de la Guerra del Pacífico (octubre de 1979), donde se recalcó:

Los derechos de Bolivia sobre sus territorios de Atacama, junto al Océano Pacífico, se remontan a los tiempos de las culturas precolombinas y tienen una incontrovertible legitimidad jurídica, desde la colonia española. En efecto, los límites de la Real Audiencia de Charcas y luego los de la República de Bolivia, sobre la costa del Pacífico, se extendían desde la desembocadura del Río Loa 21°, 27° L.S. en el norte hasta la cabecera del valle de Copiapó, por el sur, 27 L.S.

A tiempo de declararse la independencia de nuestras naciones, las nuevas circunscripciones territoriales, para los Estados emergentes, estuvieron basadas en el principio del 'Uti possidetis juris de 1810', fundamento incontrovertible del Derecho Internacional Público Americano. Por eso, por parte de Chile, no hubo duda alguna respecto a la legitimidad de la posesión, soberanía y actos jurisdiccionales que Bolivia ejercía en sus territorios de la costa del Pacífico. El reconocimiento de Chile de esos derechos bolivianos consta no sólo en los textos constitucionales que ese país sancionó entre ambas naciones: el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación, aprobado por el Congreso chileno, en 1833 y 1834. (Informe sobre el problema marítimo de Bolivia, La Paz, IX Asamblea de la OEA, 1979. Extraído por Baptista, 1999: 263).

Como evidencia de que estas visiones continúan vigentes en Bolivia, un resumen de estos planteamientos fueron reproducidos en "El libro del mar", documento publicado el 2014 durante el gobierno de Evo Morales y que funge actualmente como la mayor expresión oficial de la posición boliviana sobre la Guerra del Pacífico sus causas y consecuencias⁴⁷. En el mismo se indicó que "el vínculo entre la región andina y la costa de Atacama se remonta a tiempos inmemoriales cuando la territorialidad indígena se conectaba de modo permanente con el océano". (Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia-Dirección Estratégica de Reivindicación Marítima, 2014:15). Se recordó la vinculación de la cultura tiahuanacota, del pueblo aymara y del Imperio Incaico con el mar y se indicó que esta relación fue respetada y reconocida en la colonia, "base sobre la cual se fundó Bolivia

⁴⁷ Evo Morales en la presentación del documento aseguró que el mismo expresa "los sentimientos de todas las bolivianas y los bolivianos para dar a conocer a la comunidad internacional y a todos los pueblos del mundo las causas de la invasión y la guerra; los principales compromisos asumidos por Chile de negociar con Bolivia una salida soberana al Pacífico; las razones por las que Bolivia recurre a la jurisdicción internacional para encontrar una solución a su enclaustramiento; y los daños y perjuicios que sufre Bolivia a causa de su mediterraneidad". (Citado en Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia-Dirección Estratégica de Reivindicación Marítima, 2014: s/p).

con una extensa y rica costa en la región de Atacama, ejerciendo en ese territorio soberanía hasta que en 1879 se produjo la invasión chilena que modificó su geografía y su historia”. (Op. Cit.: 15).

Seguidamente, se explicó que tanto en la jurisdicción del Virreinato de Lima como en la del Virreinato de Buenos Aires, en la Real Audiencia de Charcas fueron incluidas las costas de Atacama. Bolivia obtuvo su independencia sobre esa base territorial de acuerdo al principio del *uti possidetis juris* de 1810 y, por esa razón, se creó la provincia y el Departamento del Litoral como parte de Bolivia, siendo que esta configuración fue reconocida por diversos instrumentos y tratados internacionales y por Chile, porque sus constituciones de 1822, 1823, 1828, 1833 indicaban que su límite al norte era el desierto de Atacama. (Ibid: 15-19).

Rodolfo Becerra de la Roca, historiador que se centró en la Guerra del Pacífico, subrayó el reconocimiento en las primeras constituciones chilenas de la soberanía boliviana en Atacama:

Esos límites originales en el norte chileno han sido mantenidos inalterables en todas sus constituciones siguientes, como la de 1822, 1823, 1828 y 1833 que emplean el final de su límite norte con las preposiciones de ‘hasta’ y ‘desde’; y que señalan como su propia nortina a Coquimbo que nunca llegó a comprender el desierto de Atacama que formaba parte de la Intendencia de Potosí en 1810 y hasta la fundación de Bolivia en 1825. Por este conocimiento inobjetable, el Mariscal Sucre, al convocar a los representantes del Alto Perú, incluyó a la representación de Atacama que concurrió a la fundación de la República de Bolivia, firmando el Acta de Independencia del 6 de agosto de 1825 y participó con su diputación en la sanción de todas las demás constituciones posteriores, hasta 1880 inclusive. (Becerra de la Roca, 2006: 123).

Otro argumento que presentan los autores bolivianos para probar que estos territorios pertenecían a Bolivia, fue un supuesto intento de Chile para “comprarlos” en 1872. Al respecto, Javier Murillo de la Rocha, reconocido diplomático boliviano⁴⁸, explicó: “Chile propuso comprarle a Bolivia (misión Lindsay) el territorio comprendido entre los paralelos 24 y 23. La compra implica la adquisición de un bien que pertenece a otro. Es el reconocimiento de los títulos que con legitimidad ostenta quien tiene la capacidad para transferir el objeto de compraventa”. (Murillo de la Rocha, 2004: 122).

⁴⁸ Dicho autor fue también gestor de los intentos de acuerdos entre Bolivia y Chile en los periodos dictatoriales de Hugo Banzer y Augusto Pinochet en la década de 1970.

Mayores detalles del supuesto intento de compra dio Alberto Gutiérrez, representante boliviano que firmó el Tratado de Paz y Amistad con Chile en 1904. Citó unas cartas de Rafael Bustillo, diplomático y político boliviano que encabezó las negociaciones con Chile para revisar el Tratado de 1866 y considerado por la historiografía de Bolivia como uno de los más fervorosos defensores de los intereses bolivianos en el largo periodo de conflictos entre Chile y Bolivia antes de la guerra⁴⁹. En tales misivas Bustillo, representante de Bolivia en Chile, informó al presidente Agustín Morales de la propuesta de compra de Chile de parte de las zonas en disputa. Parte de una carta, dijo:

Respecto a esta propuesta, la de compra por Chile del territorio boliviano comprendido entre los grados 23 y 24, ya conoce V.E.⁵⁰ la altiva y firme negativa con que respondí al ministro, asegurándole que aquella no sería aceptable ni por la nación ni su gobierno, pues veían en aquel suelo patrio y lo consideraban además, como su puerta de calle con el mundo. (Citado en Gutiérrez, 1917: 46).

Como se ve, cabe aclarar que en estos argumentos es unánime la posición de los autores bolivianos al respecto, más allá de las coyunturas históricas y políticas.

1.2 El “olor a guano”

Prácticamente en consenso, las interpretaciones bolivianas atribuyen al descubrimiento de guano, salitre y minerales en la costa de Atacama como principal causa de la Guerra del Pacífico, siendo estos recursos muy requeridos por los mercados europeos de ese entonces ya que, el guano y el salitre, eran fertilizantes naturales muy eficaces, lo que visibilizaría un territorio antes abandonado tanto por Bolivia como por Chile, y despertando lo que es descrito como la “ambición chilena”, cuando se descubrieron yacimientos de guano en 1842.

De acuerdo a estas visiones, el descubrimiento de guano y posteriormente de salitre y otros recursos en la década de 1860, como plata en Caracoles, coincidiría con una etapa muy dura para la economía chilena, por lo que el éxodo de parte de su población hacia el

⁴⁹ Se atribuye a Bustillo (que era Canciller de Bolivia en ese periodo) la declaratoria de guerra a Chile en 1863 por las diferencias que dieron lugar a la guerra. Bustillo es considerado en los imaginarios bolivianos como un “héroe” y un “ejemplo” por este hecho y por la negación que expresó al gobierno chileno para la compra de parte del territorio guanero.

⁵⁰ Vuestra Excelencia.

norte fue una consecuencia previsible. Según el historiador y escritor Mariano Baptista⁵¹, Chile, con su ambición, fue una especie de lobo hambriento y habiendo sido una sociedad con una clase media con pocos recursos, la tentación de un territorio de grandes riquezas y despoblado al que podían llegar por mar, generó un éxodo de gente desesperada por trabajar. Así, avanzaron pacíficamente nacionales de Chile a territorio boliviano. Hacia 1870, la zona estaba poblada por una mayoría chilena y desarrollaba una economía floreciente. Años después, se dio el pretexto ideal para la anexión del territorio a favor de Chile al promulgar, el Estado boliviano, el impuesto al salitre exportado para la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta. De esa forma, Chile convirtió un diferendo con una empresa privada en un asunto de Estado. (Entrevista a Mariano Baptista, 2011).

Siguiendo con esa visión, otra fuente de conflicto fue que en 1842, el gobierno chileno dictó una ley que reconoció los yacimientos de guano de la zona como propios, dando inicio a reclamos diplomáticos de Bolivia y a entredichos que perdurarían hasta la gestación de la guerra. Al año siguiente, se declaró chilena la “Provincia de Atacama”. Sobre este aspecto, Roberto Querejazu, uno de los historiadores bolivianos más reconocidos y leídos por sus trabajos sobre la Guerra del Pacífico, aseveró:

Chile en sus primeras Constituciones Políticas (1822, 1823 y 1833), declaró ante el mundo entero que su territorio se extendía de este a oeste desde los Andes hasta el Océano Pacífico y de sur a norte desde el Cabo de Hornos hasta el ‘despoblado de Atacama’. Estaba resignado a vivir dentro de esos límites. Su codicia y política expansionistas despertaron con el olor a guano.

Los límites boliviano- chilenos no estaban definidos concretamente por un tratado. Parecía innecesario existiendo un desierto entre las dos repúblicas que servía de amplia y natural zona de separación. Chile reconoció que el Litoral de Atacama pertenecía a Bolivia como heredera del territorio que fue la Audiencia de Charcas cuando no hizo ninguna reclamación por los actos de soberanía que ejercieron en él los gobiernos del altiplano: fundación y funcionamiento del puerto de Cobija, visita del Presidente Andrés de Santa Cruz, establecimiento de autoridades políticas y aduaneras, otorgamiento de concesiones mineras y salitreras, etc., etc. (Querejazu, 1983: 10).

Sobre este punto, Gutiérrez fue todavía más categórico:

Entretanto, de los hechos fría y sinceramente revelados, debe desprenderse alguna lección histórica que toca a los contemporáneos aprovechar. Bolivia perdió un litoral que era la

⁵¹ Mariano Baptista tiene una amplia obra historiográfica, uno de sus temas más importantes es la Guerra del Pacífico.

única salida que le comunicaba con el mundo, porque dejó durante muchos años, confiada e impasiblemente, que la población chilena invadiera sus dominios, con la azada primero, con las armas después. (Gutiérrez, 1917: 78).

A la par, en el documento enviado por el Estado boliviano a otras naciones con el objetivo de “denunciar” la “agresión” chilena iniciado el conflicto bélico en 1879, se leyó lo siguiente:

El gobierno chileno veía, de años atrás, con sentimiento de despecho, el rápido desarrollo y engrandecimiento del puerto de Antofagasta, codiciaba las riquezas de Caracoles y miraba los guanos de Mejillones, como medio seguro para aliviar las necesidades de su tesoro exhausto; y ha aprovechado de la primera ocasión para arrebatar a Bolivia aquellas posesiones. El incentivo del lucro, estimulado por la facilidad de la empresa, ha sido el verdadero móvil de la invasión chilena. (Citado en Becerra de la Roca, 2006: 109).

Asimismo, estas interpretaciones son complementadas con otras que profundizaron en lo que conciben el “afán expansionista chileno” que devendría antes de 1842, comenzando en la guerra contra la Confederación Perú-boliviana. Diego Portales, considerado el principal enemigo de la Confederación desde Chile, fue calificado por las versiones históricas bolivianas como el exponente del carácter e ideología chilena que siempre tendió a la expansión y a la búsqueda de riquezas en detrimento de sus vecinos. En este entendido, otra de las principales causas de la guerra, desde las visiones bolivianas, fue la necesidad de expansión de Chile, ante la rivalidad histórica frente a Argentina y Perú, lo que originaría una “invasión” paulatina de las costas y territorios adyacentes que se adjudicaba Bolivia. Al respecto, Murillo de la Rocha, sostuvo:

Chile se siente vulnerable geográfica, económica y políticamente. Necesita con urgencia aclarar sus fronteras con la Argentina en el extremo sur del Continente. Su producción minera es insuficiente. En el sector agropecuario no puede competir con su vecino, cuyo crecimiento y poderío se incrementan aceleradamente. Al propio tiempo, observa con enorme recelo la posibilidad de que las afinidades históricas, culturales y ancestrales entre Bolivia y Perú, pudieran reflejarse en acuerdos políticos. Esos temores alcanzan su nivel máximo entre 1836 y 1837.

Aquellos años, el estadista y mariscal boliviano Andrés de Santa Cruz logró, al fin, concretar la Confederación Perú-boliviana, interpretando viejos anhelos secularmente enraizados en ambas naciones. A pesar de que se trataba de un propósito de integración, concebido en el lenguaje y espíritu de la época, y que Santa Cruz mostró siempre grandes consideraciones hacia Chile, este país vio en la Confederación un peligro y un obstáculo para sus avances hacia el norte, hacia donde se encontraban los grandes depósitos de fertilizantes naturales (guano y salitre), el bórax, el azufre, la plata y el cobre: los recursos

para levantar su magra economía y asegurar su prosperidad. (Murillo de la Rocha, 2004: 105).

El documento presentado a la IX Asamblea de la OEA, 100 años después de 1879, recalcó:

[...] se produjeron a partir de 1843 sucesivos avances de Chile en el norte hacia territorio boliviano, que se fueron repitiendo en la década de 1950, como parte de una deliberada política expansionista explícitamente enunciada por su geopolítico Diego Portales, con proyecciones que iban más allá-de los territorios de Bolivia-, como que la invasión no se detuvo en el territorio boliviano, que Chile decía ser suyo, sino que continuó sobre el Perú. (Informe sobre el problema marítimo de Bolivia, La Paz, IX Asamblea de la OEA, 1979).

1.3 Los halagos y lisonjas a Melgarejo

Como vimos, para las interpretaciones bolivianas, desde 1842 Chile ejerció un proceso de ocupación y apropiación del desierto de Atacama, sus costas y zonas aledañas. Esta “política de expansión” se profundizaría gracias a la relación del Estado chileno con el gobierno de Mariano Melgarejo en la década de 1860, cuyo régimen es, en las visiones históricas bolivianas, uno de los más cuestionados, en parte por los acuerdos que generó con Chile, siendo el más importante el Tratado de 1866. Igualmente, por estas razones, Melgarejo se constituyó como uno de los gobernantes míticos bolivianos sujeto de un repudio casi generalizado.

En consecuencia, para las visiones bolivianas, el Tratado de 1866 fue interpretado como uno de los “más ‘entreguistas’ de la historia”, además conseguido gracias a los “banquetes y lisonjas” con los que las autoridades chilenas “sedujeron” a Melgarejo, que, a su vez, sometía a Bolivia al yugo de su despotismo. Se le atribuyó a Melgarejo una posición “pro-chilena” al punto de rayar en la idea, incluso racista, de asegurar de que los inversionistas chilenos “blancos” harían mejor uso de los recursos en disputa, a diferencia de los bolivianos⁵². La vinculación entre Melgarejo, como sinónimo de despotismo, tiranía y entreguismo, y sus buenas relaciones con Chile, marcaron los imaginarios bolivianos “antichilenos”, asegurando que el Estado chileno, además de todos los “agravios” cometidos contra Bolivia, apoyó a uno de los dictadores más odiados de su historia.

⁵² Al respecto ver Becerra de la Roca (2006) y Albarracín (2005).

Así, según los autores bolivianos, esta “buena” predisposición del gobierno de Melgarejo hacia los intereses chilenos, se profundizaría con el envío de un representante de La Moneda a La Paz, Aniceto Vergara Albano, para asegurar las bases del Tratado de 1866. Querejazu, señaló que la estrategia de Vergara Albano se redujo a lisonjear a Melgarejo, incluso trayéndole de regalo el título de General de División del Ejército chileno, con lo que consiguió luz verde para toda pretensión de Chile. (Querejazu, 1982: 52-57).

Murillo de la Rocha fue elocuente al ilustrar la interpretación desde Bolivia sobre el Tratado de 1866, como resultado de los halagos y lisonjas intencionados con que Chile engalanó a Melgarejo y a sus colaboradores, e ilustró la imagen negativa con la que la historiografía boliviana catapultó a este gobernante:

Bolivia vivía por entonces una de las épocas más dramáticas de su historia. Sometida por un temible personaje, Mariano Melgarejo, estaba expuesta a los peores descabros. Este soldado tosco y atrabiliario era capaz de cualquier tropelía. De un carácter inestable, era propenso a cometer los mayores desatinos. Sin embargo, se sometía obsecuentemente a la lisonja y los halagos. Ese rasgo de su carácter se explica por la necesidad que siente de ser reconocido por la sociedad que lo rechaza. Chile comienza, sin demora, a explotar y obtener ventajas de las debilidades del tirano. Se lo designa General del Ejército de Chile y se encomienda al nuevo plenipotenciario en La Paz, Aniceto Vergara Albano, para que le entregue personalmente el uniforme. El diplomático cumple a cabalidad su misión, eficientemente secundado por su secretario, Carlos Walker Martínez, quien se gana la total confianza y simpatía de Melgarejo, al punto que es nombrado su Edecán honorario. Más tarde el propio Vergara Albano sería designado Ministro de Hacienda de Bolivia (quien se siente impedido de ejercer) y luego su plenipotenciario en Santiago. Semejantes despropósitos dan la medida de los desvaríos de Melgarejo [...] La expresión de gratitud de Melgarejo a tales halagos le cuesta a Bolivia la pérdida de cuatro grados geográficos, que es la consecuencia del Tratado de Límites firmado el 10 de agosto de 1866. (Murillo de la Rocha, 2004: 108-109).

Becerra de la Roca, manifestó:

(Melgarejo) fue más lejos todavía (con) sus poses de americanista que, como ningún jefe de Estado, en ningún tiempo, decretó las fronteras de Bolivia, respecto de los americanos del sur, como simples líneas matemáticas destinadas a determinar el límite de la jurisdicción nacional y que los naturales de esos países que ingresen a Bolivia, gozarán de los mismos derechos que los bolivianos, y, llegó tanto su entusiasmo trasnochado de declarar ‘día cívico el 18 de septiembre, aniversario de la independencia de nuestra hermana la República de Chile’, habiéndose cumplido en su homenaje un fastuoso programa de dos días de fiesta con salvas, repiques, desfiles y ejercicios de armas, banquetes y otros, ocasión en la que el Gral. Melgarejo fue investido en ceremonia solemne con el grado de General del Ejército de Chile. Por su parte, su Secretario General

don Mariano Donato Muñoz, que viajó a Santiago para culminar las últimas negociaciones y firma del tratado, el 2 de agosto de 1866, era designado Miembro Honorario de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile, dádivas con las que el gobierno chileno aduló a los personajes que dirigían Bolivia, que, ingenuamente, se inclinaron a concluir los arreglos según las apetencias de Chile. (Becerra de la Roca, 2006: 21).

Otros autores bolivianos rescataron el Tratado de 1866, a pesar de que en la visión general es considerado negativo para Bolivia, porque intentó zanjar, de alguna manera, el permanente conflicto de fronteras con Chile. El mismo Becerra de la Roca, sostuvo este argumento. Por otra parte, algunos historiadores son más benévolos frente a la necesidad del gobierno de Bolivia de obtener fondos a partir de las concesiones que se realizaron en estos territorios desde esos recursos que el mismo Estado no tenía capacidad de aprovechar. Sin embargo, no dejó de ser cuestionada la proyección de corto plazo de tales ingresos que tuvieron más característica de dádiva o soborno, que de inversión. Al respecto, el historiador José de Mesa, subrayó:

El convenio firmado por Melgarejo en 1866 con el gobierno de Chile en que se repartía a medias las riquezas de Mejillones, concediendo a Chile todo lo que quedaba al sur del paralelo 24 de latitud sur, fue teóricamente favorable a Bolivia en lo económico ya que varias compañías e industriales con concesiones a largo plazo pagaron derechos de explotación que aliviaban la constante necesidad de fondos para la hacienda del país. Por ello el gobierno entregó concesiones y territorios de explotación a compañías e inversionistas extranjeros con plazos muy largos a condición de recibir sumas pequeñas que necesitaba con urgencia para poder redondear los presupuestos nacionales siempre magros y escasos. Pero en realidad, la aceptación de este nuevo límite fronterizo y la división de riquezas cediendo ganancias sobre Mejillones a Chile y a grandes empresarios extranjeros fue un error imperdonable del gobierno de Melgarejo. No menos importancia tuvo el descubrimiento de plata en Caracoles. Se concedió a Meiggs mucho de la riqueza ganera del Litoral a cambio de un empréstito de 4.000.000 de pesos⁵³. (Mesa, 2003: 430-431).

El fuerte autoritarismo de Melgarejo, así como algunas de esas medidas consideradas “entreguistas”⁵⁴, finalmente, allanaron un golpe de Estado contra el dictador. Sin

⁵³ En 1868, un empresario estadounidense apellidado Meiggs (representado por un ciudadano chileno llamado Lorenzo Claro), prestó al Estado boliviano 4.000.000 de pesos al 8% anual. A cambio, Bolivia ofreció como garantía el guano en su territorio, vendiéndolo en seis pesos la tonelada y otorgando el derecho de explotación de la riqueza mineral del Litoral. En 1871 el contrato fue rescindido y compensaron a Meiggs con 800.000 pesos. (Mesa, 2003: 454-455).

⁵⁴ Entre otras medidas, “vendió” más de cien mil kilómetros cuadrados a Brasil a cambio del compromiso de ese país de un ferrocarril amazónico y dos millones de libras esterlinas. Klein describe que en el periodo

embargo, como anotamos anteriormente, bajo el gobierno de Agustín Morales, las bases del Tratado de 1866 se ratificarían con el Tratado de 1874 que igualmente fue cuestionado por gran parte de la historiografía boliviana por razones similares a las expuestas, aunque no se le otorgó a Morales la carga negativa que caracteriza a la visión de Melgarejo.

1.4 El impuesto como “excusa”

Uno de los motivos que dio paso a la Guerra del Pacífico, desde las interpretaciones de Chile, fue la supuesta violación al Tratado de 1874, donde se estipulaba que por un lapso de 25 años las personas, industrias y capitales chilenos, no quedarán sujetos a contribuciones más allá de las que ya tenían. Un impuesto de 10 centavos por quintal de salitre exportado otorgado a la empresa chileno-británica Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, sería motivo de discordia entre el Estado chileno, que salió en defensa de la industria, y el Estado boliviano, a la cabeza de Hilarión Daza, que promulgó, en 1878, dicha medida.

Para las versiones históricas bolivianas este impuesto, aparte de ser una medida “nimia” frente a las ganancias obtenidas por el salitre, fue en realidad la “excusa” que esperaba Chile para consolidar soberanía en los territorios que había ocupado con sus trabajadores y explotado con su capital, confirmando sus afanes de invasión al Litoral boliviano y de expansión al norte. Carlos D. Mesa, explicó que “Chile tomó al vuelo la excusa que le daba la nueva ley y decidió la agresión, había encontrado la razón que esperaba para atacar y lo hizo”. (Mesa, 2003: 455). Murillo de la Rocha, complementó:

El exiguo impuesto de los 10 centavos sirvió de causal, y se invocó como legítima razón para desatar una guerra internacional. No había, por supuesto, proporción alguna entre la causa y el efecto. Porque el móvil era otro muy distinto. Tanto es así que Chile, antes de los seis meses de haber ocupado el Litoral boliviano, decretaba un impuesto de 40 centavos por cada quintal de salitre exportado por tal territorio.

Un gravamen miserable de 10 centavos era causa para decretar una guerra si lo establecía Bolivia; pero, en cambio, un cobro de cuatro veces más era perfectamente legítimo si lo hacía Chile. (Murillo de la Rocha, 2004: 113).

de Melgarejo capitalistas de varios lugares del orbe acudían en procesión por “las fórmulas milagrosas para enriquecer a todo el mundo” que ofreció este gobierno. (1982: 177).

Gutiérrez, reflexionó:

Con este incidente o sin él, las cosas habrían seguido idéntico camino, pues, ya se veía que el gobierno chileno había encontrado la oportunidad propicia que buscó durante muchos años y que la torpeza de un régimen político, justamente execrado por la nación, le brindaba de maravilla. (Gutiérrez, 1917: 188).

Becerra de la Roca afirmó que el impuesto al salitre no era una medida general y menos universal, sino un gravamen particular para una sola empresa que tampoco era una compañía chilena netamente. Según el autor mencionado, la compañía había obtenido la exclusividad de las exportaciones sin pagar ningún impuesto, entonces no pudo haber una violación al tratado de 1874 porque la base Cuarta de dicho Tratado, dispuso el Estado boliviano no podía incrementar impuestos, pero la empresa no los pagaba. Entonces el cobro de dicho gravamen fue el pretexto para provocar la “invasión y el abuso”, siendo algo netamente administrativo, susceptible de reclamos, pero no para generar una guerra. (Entrevista a Becerra de la Roca, 2011).

Si bien para muchos historiadores y políticos, el impuesto fue “nefasto”, por darle la excusa a Chile para la guerra, otros, como Querejazu (1983: 50), ilustraron las razones de dicha medida, que más allá de “recoger” algo de las millonarias ganancias salitreras, venía a resguardar los gastos que tuvo que cubrir el Estado boliviano para saldar los daños de un terremoto ocurrido en las costas del Litoral en 1877 que junto con una terrible sequía en 1878, puso a la economía boliviana en estado crítico. (Entrevista a Pablo Michel, 2011).

En ese marco, en “El libro del mar” se subrayó que dicha medida impositiva fue una emergencia para generar recursos ante los desastres mencionados. (Op. Cit.: 20).

De la misma forma, se realizó este intento “proteccionista”, imitando las políticas peruanas destinadas a la nacionalización del salitre. Así, el Estado boliviano, observando los acontecimientos en Perú, de alguna manera, también quiso aprovechar en algo la riqueza salitrera bajo una tímida tentativa de ensayar “nacionalismo económico”, lo que también despertó las susceptibilidades de Chile por la posibilidad de que Bolivia imitara las políticas peruanas. (Entrevista a Fernando Cajías, 2011; Entrevista a Pablo Michel, 2011).

Similarmente, las visiones bolivianas consideraron que la discusión frente a la medida debió ser resuelta entre la empresa y el Estado boliviano, ya que fue una transacción privada lo que los vinculaba. También se realizó la derogación de la ley que promulgó el impuesto que fue dispuesta finalmente por el gobierno de Daza, por lo que ya no habría motivo de controversia. En el documento del Estado boliviano dirigido a otras naciones en el preámbulo de la guerra, donde se denuncia la “agresión” chilena, se leyó:

Mi gobierno no halló fundada ni justa la reclamación, por cuanto el impuesto tenía su origen en un contrato privado, y debía considerarse, como pequeña e insignificante compensación de las enormes y graciosas concesiones que se habían hecho a la Compañía. Mandó en consecuencia el cumplimiento de la ley; mas como la compañía hubiese protestado formalmente, desconociendo el carácter obligatorio de aquella, tuvo que declarar rescindido el contrato de 27 de noviembre, mandando suspender, en consecuencia, los efectos de la imposición impugnada por el gobierno de Chile.

Una vez rescindido el contrato, al que impropriamente se le ha llamado transacción, la controversia debió quedar reducida a simple cuestión privada, ventilable (sic) ante los tribunales de justicia y en la que el gobierno de Chile no podía intervenir. (Citado en Becerra de la Roca, 2006: 109).

1.5 La alianza con Perú era defensiva

Para las visiones peruanas y bolivianas, el Tratado de Alianza Defensiva de 1873, que signó la unión de Bolivia y Perú en la guerra contra Chile, fue considerado defensivo y no ofensivo. Este aspecto es resaltado constantemente por las interpretaciones bolivianas ante el argumento de las versiones chilenas de que el tratado existía para agredirle. Por ello, los autores bolivianos recordaron lo que resumieron como las razones de la firma de este acuerdo. La primera estuvo más relacionada con la política interna: El gobierno boliviano, supo de una conspiración de activistas bolivianos seguidores del depuesto dictador Melgarejo que tuvo como centro la ciudad de Valparaíso y que se trasladó a Antofagasta. Aquello fue leído como un apoyo del Estado chileno a aprestos golpistas en Bolivia y, aunque ello fue negado oficialmente desde Chile, hasta hoy los historiadores bolivianos subrayan el acontecimiento como una “prueba” más de las “agresiones” de Chile al Estado boliviano, recordando la cercanía entre el régimen de Melgarejo y las autoridades chilenas. Ese sería el primer motivo de buscar una alianza con Perú, más allá de los altercados que ya existían entre Chile y Bolivia por el guano y el salitre del Litoral. Anotó José de Mesa:

(La alianza con Perú) se produjo por el descubrimiento que hizo el embajador Rafael Bustillo, quien anotició al congreso de una conspiración tramada en Valparaíso contra el gobierno por bolivianos que vivían allí, especialmente el Dr. Quevedo⁵⁵. Poco después de fracasada la intentona de Quevedo en Antofagasta, el Perú se dio cuenta de su fragilidad ante la posible agresión de Chile a su costa. (Mesa, 2003: 433).

En ese sentido, se enfatizó la necesidad de la alianza por la fragilidad de ambos Estados ante la expansión de Chile más allá de las fronteras bolivianas y con posible traspaso a las peruanas, que justamente eran las que más riqueza guanera y salitrera poseían. Se destacó la poca capacidad bélica de Bolivia y Perú frente a un Chile que adquirió pertrechos de guerra más avanzados, por tanto, por estos aspectos, la alianza no podía ser sino defensiva. Aclaró Murillo de la Rocha, citando el acuerdo:

[...] en 1873, y ante los empujes cada vez más audaces de Chile hacia el norte, Bolivia y Perú suscriben un Tratado de Alianza Defensiva con el fin de ‘garantizar mutuamente su independencia, su soberanía y la integridad de sus territorios defensivos’. Esta decisión que alarma enormemente a La Moneda, a pesar de que se trataba, en efecto, de un pacto eminentemente defensivo. Los avances no eran de norte a sur, sino a la inversa. En otras palabras no hay hecho alguno, ningún antecedente histórico que registre actos o presiones desde Tarapacá o Antofagasta, que hubieran intentado trasponer los límites de Copiapó, y, por otra parte, el pacto sólo podía activarse ante un flagrante acto de agresión y no antes. La historia lo ha demostrado. (Murillo de la Rocha, 2004: 110).

También, Gutiérrez recalcó que “ni el Perú ni Bolivia se encontraban en condiciones de codiciar el territorio de Chile, tan extraño a las actividades de los dos países y tan alejado de sus centros principales de población”. (Gutiérrez, 1917: 78).

Otro aspecto de controversia, esta vez entre las posiciones bolivianas y peruanas, es cuál país tuvo la iniciativa de conformar la alianza. Para las visiones desde el Perú, la iniciativa fue de Bolivia y ello vino a complementar la versión de que Perú entró a la guerra, principalmente, para defender a Bolivia.

Las interpretaciones bolivianas, o bien recordaron que históricamente siempre se tendió a una alianza con Perú desde la Confederación Perú-boliviana o indicaron que el pacto fue obra de los dos Estados que se vieron afectados por la expansión de Chile al norte, por lo que no se le debe asignar un papel pasivo en ello al Perú, que además, recalcaron,

⁵⁵ Personaje conocido por encabezar este intento de golpe de Estado contra el gobierno de Agustín Morales. Se le atribuye ser seguidor de Melgarejo.

gestionó la incorporación de Argentina. Es más, destacaron la rivalidad latente entre Chile y Perú como un móvil del acuerdo y el peligro que representaría para Perú, la vecindad directa con Chile si Bolivia perdía sus costas. Dijo Gutiérrez:

Polémicas posteriores y notoriamente inconducentes, afirmaron de parte del Perú que el tratado de alianza había surgido a pedido y por iniciativa de Bolivia. Este detalle carece de importancia política, pero parece desprenderse de los antecedentes anotados que, aun cuando tal iniciativa tuvo lugar, la fórmula real del pacto fue de paternidad peruana. Lo prueba la decisión con que los gobernantes de ese país gestionaron la adhesión argentina. En todo caso, fue una obra de común interés y de ventajas recíprocas. (Gutiérrez, 1917: 105).

En otro apartado, Gutiérrez insistió:

[...] la diplomacia del Perú estaba comprendiendo que la ambición chilena sobre los territorios bolivianos de la costa de Atacama constituía un peligro para sus propias posesiones del sur y que la pérdida para Bolivia del territorio de Atacama importaba dos peligros igualmente manifiestos: el hecho de convertir al departamento de Tarapacá en vecino inmediato de Chile y el de impulsar a Bolivia a ambicionar los territorios de Tacna y Arica. La alianza con Bolivia importaba, por lo tanto, un movimiento político de elemental e instintiva defensa contra peligros que eran comunes para ambas repúblicas. No podría por lo tanto afirmarse, sobre una base histórica atendible, que el Perú ingresó a la alianza con el propósito romántico de defender a Bolivia. (Gutiérrez, Op. Cit.: 112).

1.6 Perú era el verdadero objetivo de guerra

Otro argumento esgrimido por las interpretaciones bolivianas sobre la Guerra del Pacífico, fue que el verdadero objetivo de la “expansión” de Chile, y por tanto de la guerra, eran los territorios peruanos de Tarapacá (donde se encontraban mayores riquezas guaneras y salitreras) y Tacna y Arica (que fueron ofrecidas a Bolivia en varias oportunidades a cambio de las costas de Atacama). Similarmente, se advirtió sobre la histórica rivalidad entre Chile y Perú por controlar el Pacífico (puertos de Valparaíso y El Callao), siendo Bolivia, para Chile, un objetivo secundario. (Entrevista a Fernando Cajías, 2011). De esta forma, se comprendieron los intentos de Chile por acercarse a Bolivia para romper la alianza con Perú. Como evidencia, los autores bolivianos citaron a la “política boliviana” de Santa María y otros intentos de acercamiento de Chile a Bolivia.

Sobre Perú como principal objetivo de guerra del Estado chileno, Murillo de la Rocha, aseveró:

(Perú) cumple su palabra empeñada en el pacto defensivo, aunque tal decisión produce opiniones encontradas en Lima. Lo hace, es cierto, porque hay un tratado con Bolivia, pero, porque sabe también, que Tarapacá está en la mira y porque seguía vigente el desiderátum de Portales que destruyó la Confederación Peruano-Boliviana, como parte de un objetivo político de primacía del Pacífico Sur, donde buscaba, además, reafirmar su predominio comercial y asegurar a Valparaíso una posición de privilegio en dicho comercio. (Murillo de la Rocha, 2004: 113).

Algo que también se realizó desde las versiones bolivianas fue la “timorata” aceptación de Perú de sumarse a la guerra siguiendo el Tratado de Alianza Defensiva. Es más, se insistió en que, en un inicio, la posición peruana fue de no aceptar participar en el conflicto y tener un papel neutral hasta que Chile le declaró la guerra, obligándolo a un rol más activo. Se destacó que para participar, en un principio, Perú, exigió a Bolivia cubrir con todos los costos de la guerra. Anotó Gutiérrez:

Los actos oficiales demostraron de manera palpable que el gobierno de Perú evitó y resistió después la declaración del *casus foederis* (sic)⁵⁶ y que sólo admitió la ejecución del tratado de alianza en el protocolo del 15 de abril de 1879⁵⁷, es decir, nueve días después de que el gobierno de Chile le había declarado la guerra [...].

El Art. II del protocolo de 15 de abril hace caer sobre Bolivia la responsabilidad entera de los gastos de guerra y los artículos siguientes detallan las garantías y la forma de pago de esas obligaciones. Esa estipulación era injusta y envolvía una inconsecuencia con la mente primordial del tratado de alianza”. (Gutiérrez, 1917: 218).

De la misma forma, de acuerdo a estas visiones, solventó la posición peruana hacia la guerra el hecho de que en Chile, las expresiones del gobierno, los principales intelectuales y la prensa, manifestaron mayormente una aversión anti-peruana, más que anti-boliviana. Explicó Querejazu respecto a algunas publicaciones de prensa en Chile contra Perú: “No se produjeron iguales publicaciones respecto a Bolivia. Chile volcó todo su odio sobre el Perú y contra él iba a empeñar toda su belicosidad. Bolivia resultó un tercero en discordia al que se quiso atraer a su campo una y otra vez”. (Querejazu, 1983: 82).

⁵⁶ Estipulado en el Tratado de Alianza Defensiva entre Bolivia y Perú, el “*casus foederis*” se refiere al “motivo de la alianza”, en este caso, la agresión de Chile a uno de los aliados, como causa para que ambos intervengan en la guerra.

⁵⁷ Donde se oficializa la unión de Bolivia y Perú en la guerra contra Chile.

1.7 El papel de los intereses y capitales británicos

Entre las interpretaciones bolivianas sobre la Guerra del Pacífico que hicieron una crítica a las versiones que centran las culpas en un Chile “abstracto”, se otorgó un papel preponderante a los capitales británicos cuyos intereses se vieron afectados por el impuesto al salitre. Igualmente, se vislumbró la consolidada ligazón entre los intereses económicos británicos y la oligarquía chilena, ambos beneficiados con la victoria de Chile y con la consiguiente explotación de los recursos en la zona disputada. El historiador Fernando Cajías⁵⁸, también resaltó la influencia de Gran Bretaña en la economía chilena del momento, signada por un libre mercado dependiente de la gran potencia. (Entrevista a Fernando Cajías, 2011).

En este entendido, se suele eximir de culpa “al pueblo chileno” y se la concentra en la “oligarquía”, por un lado y, por otro, en el “imperialismo británico”. Algunos autores bolivianos consideraron que el Estado chileno apenas fue una especie de “interlocutor” de los intereses de los capitales británicos que dominaban la Compañía de Ferrocarriles y Salitres de Antofagasta, que se supusieron como los verdaderos afectados por la tibia medida impositiva de Daza y por tanto, el Estado chileno, “servía” al poderoso capital británico. En tal medida, Murillo de la Rocha aseguró que “es en esta época en que aparecen los filibusteros transnacionales, quienes comienzan el hábil juego de hacer aparecer sus intereses mercantilistas como inseparables de los intereses nacionales”. (2004: 107).

El escritor Néstor Taboada Terán, explicó:

El país trasandino, su clase dominante y dependiente de intereses multinacionales, con preferencia ingleses, ha hecho el papel de inmisericorde carcelero. Su política internacional, de cuando en cuando dura o blanda, de acuerdo con las circunstancias, estuvo siempre en función del encierro, la agresión permanente. Aquella siniestra oligarquía, explotadora también del pueblo chileno, ha usufructuado del botín de guerra por triple partida: guano, salitre y cobre. (Taboada Terán, 2004: 28).

Por su parte, el historiador Alexis Pérez aseguró que la oligarquía chilena fue fiel discípula del capital británico en una especie de “imperialismo informal”. Como consecuencia de ello, la oligarquía de Chile ya tenía en su vientre a una “burguesía

⁵⁸ Otro importante historiador boliviano con estudios sobre la Guerra del Pacífico.

nacional” que a diferencia de las elites bolivianas, se proyectaba a largo plazo, aunque el mayor beneficiado por los resultados de la guerra “como extensión de los negocios”, fue el capital británico. El autor, haciendo alusión a la guerra civil chilena de 1891, explicó que cuando el presidente chileno José Manuel Balmaceda quiso que el mayor aprovechamiento del salitre y los ferrocarriles se concentrara en Chile, los británicos y sus aliados chilenos, “le obligaron a darse un tiro”. (Entrevista a Alexis Pérez en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel, 2011).

Sobre el punto, fue elocuente lo que dijo en su discurso el ex presidente de Bolivia Walter Guevara ante la IX Asamblea de la OEA en Bolivia en 1979:

Cuando no se había encontrado todavía sustitutos para el salitre y el guano como fertilizantes, la existencia de esas materias en las costas del Pacífico sud convirtió a pequeñas naciones que se esforzaban por organizarse, en presas de una competencia extracontinental. Una gran potencia europea influyó decisivamente en la orientación de los intereses de un pequeño y lejano país sudamericano. (Citado en Baptista, 1999: 276).

El historiador militar Luis F. Sánchez, coincidió con estos argumentos al afirmar que tras de los intereses chilenos en la Guerra del Pacífico estaba la transnacional bancaria “Casa Rothchild”, con sede en Londres, que apoyó a Chile con dinero y logística siendo “el poder tras el poder” en la política internacional de los países europeos y en este caso, particularmente, en Gran Bretaña. Aseguró que la multinacional generaba grandes ingresos provocando guerras y prestando dinero a los países para que se inviertan en armamento, cosa que habría ocurrido con Chile. (Entrevista a Luis F. Sánchez en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel, 2011).

2. Perú

De manera general, las visiones “nacionales” y/o hegemónicas peruanas sobre la Guerra del Pacífico, dieron cuenta que Perú fue el país más afectado en la misma, porque el acontecimiento, prácticamente, le amputó el territorio de mayor riqueza en ese entonces, destruyó su amazón estatal y lo sumió en una crisis económica, social, política e institucional de la que tardó varias décadas en recuperarse.

No obstante, a pesar de haber sido el país más perturbado por la guerra y el aliado que combatió a Chile por más tiempo y con mayor intensidad, los estudiosos peruanos perciben al acontecimiento como un hecho no buscado ni deseado por Perú y al que lo tomó por sorpresa y sin la menor preparación, concibiendo a la Guerra del Pacífico como una verdadera y poco augurada tragedia colectiva con consecuencias que se descubrieron como imprevisibles. A partir de esta idea central, la historiografía peruana ha articulado su propia visión sobre las causas de la Guerra del Pacífico.

A continuación, se revisará los planteamientos que, a juicio de esta investigación, son más relevantes al respecto.

2.1 La histórica rivalidad entre Chile y Perú

Uno de los tópicos que señalaron los historiadores y escritores peruanos, establecido como parte de las causas en profundidad que originaron la Guerra del Pacífico, se refiere a una histórica rivalidad entre Chile y Perú.

No sólo se remitieron a las coloniales rencillas entre los seguidores de Francisco Pizarro y los de Diego de Almagro⁵⁹, sino a causas mucho más concretas y estructurales, como la pulseta por la supremacía marítima en el Pacífico Sur entre los puertos de El Callao y Valparaíso.

Al mismo tiempo, antes de la Guerra del Pacífico, Perú se había catapultado como una de las principales potencias de Sudamérica, siendo Lima una de las más opulentas capitales

⁵⁹ Tanto en Chile como en Perú, circuló la fábula donde el grupo de Diego de Almagro había ido hacia lo que es hoy territorio chileno en busca de minerales y otros recursos, pero, al no encontrar riquezas que valieran el viaje, volvieron harapientos y sin fortuna. Entonces los adeptos a Pizarro (rivales de los primeros), ufanos con los lujos de la capital virreinal y la riqueza que representaba el territorio peruano, los tildaron como “los rotos de Chile”. En el futuro esa rivalidad entre pizarristas y almagristas se trasladó hacia los “peruanos” y “chilenos”. Revisaremos este tema más adelante.

de la región, insertándose esa fama en los imaginarios sociales decimonónicos en Perú y Chile.

En cambio, en la época, Chile era calificado como un “pequeño país” aún “en desarrollo”. Para la década de 1870, esta percepción se acrecentó por una terrible crisis económica que azotó a ese país y que significó la migración de miles de chilenos hacia Perú. De esa manera, durante el Siglo XIX, el chileno en Perú era asociado con los trabajos más duros y poco reconocidos, como las labores domésticas y los trabajos obreros en general, es decir, los chilenos eran asociados con la “mano de obra” de la que, en parte, disponían los peruanos, incluyendo a los trabajadores del salitre y el guano en Tarapacá que, en buen porcentaje, eran chilenos. Y como suele acontecer cuando se genera este tipo de fenómeno migratorio, por un lado, se estigmatizó al migrante necesitado desde una posición altanera, pero también hubo una respuesta de los afectados por esos estereotipos, que pareció que terminaron guardando un secreto rencor por el país que los acogió con tal soberbia.

Así, la rivalidad entre Chile y Perú se fue haciendo cada vez más manifiesta, una rivalidad alimentada por los estereotipos desde ambos lados.

Por otra parte, la intervención de Chile contra la Confederación Perú-boliviana en la década de 1830, fue convenciendo a los escritores de Perú que la “ambición chilena” evitaría que el país consolidara su “grandeza”. El historiador Mariano Felipe Paz Soldán⁶⁰ insistió en que el objetivo de Diego Portales al “predicar” la guerra contra Perú en 1836, era debilitarlo: “Desde entonces pretendió Chile la supremacía sobre las repúblicas de Sudamérica y no ha cesado en su tarea de acumular elementos para conseguirla”. (1884: 4). Paz Soldán remató que el “acechador constante de Perú” (1884: 6), no sólo sembró intrigas entre peruanos y bolivianos para que fracasara la Confederación y en última

⁶⁰ Mariano Felipe Paz Soldán es uno de los primeros historiadores peruanos que se dispuso a escribir específicamente sobre la Guerra del Pacífico, como una “respuesta” a las versiones desde Chile, principalmente las de Diego Barros Arana y Gonzalo Bulnes. Siendo además un actor político notable de la época y que su obra fue presentada poco después de culminada la guerra, su visión es ilustrativa respecto al sentir peruano de ese entonces, sentir que se logra imprimir en la historiografía peruana posterior, al ser Paz Soldán uno de sus referentes.

instancia recurrió a la fuerza para acabar con el proyecto, sino que desde ese entonces procuró una alianza con Bolivia para “desmembrar” a Perú⁶¹.

Insistió en que la adquisición por Chile de los dos poderosos blindados fundamentales en su victoria en la Guerra del Pacífico, fue para armarse contra Perú. Refiriéndose a las gestiones en Europa para la compra de blindados, Paz Soldán advirtió que el objetivo de los mismos era “sojuzgar” a “la única república en el Pacífico que podía contener a Chile” en su afán de supremacía en América del Sur (1884: 19):

Esta infidencia llevada á cabo á pesar de los esfuerzos y de los avisos oficiales del Cónsul General del Perú en Lóndres, don Fernando Cabos, al ministro residente en Lóndres y al de Relaciones de esta nacion, solo puede explicarse por el propósito que tenia Chile de armarse á toda costa; ¿contra quién? No contra España que públicamente habia manifestado ya su deseo de restablecer la armonia con las repúblicas del Pacífico; tampoco contra la república de Argentina con la cual se hallaba en perfecta paz y amistad, ni contra Bolivia ó el Ecuador, con las cuales le ligaban tratados ventajosos y por consiguiente muy cordiales relaciones, pues ya tenia trazados planes secretos mas ó ménos perfeccionados; luego no podia dudarse de que se armaba contra el Perú, cuyas riquezas y prosperidad inspiraron siempre á Chile sentimientos innobles y manejos indignos contra aquel⁶². (1884: 10).

Asimismo, algo que realzaron bastante las visiones peruanas, es que luego de la compra de los blindados, Chile cambió el tono conciliador con sus vecinos por uno amenazante, y esa actitud fue acompañada por intentos de “debilitar” a Perú, prestando apoyo a “revolucionarios” como Nicolás de Piérola⁶³ que, según lo que indicó Paz Soldán, preparaba y armaba su insurrección desde Chile; es más este autor aseguró que todas las revoluciones que alteraban el orden en los vecinos de Chile, encontraron sustento en ese país como “guarda de sus planes”⁶⁴.

⁶¹ El autor se refirió a la “política boliviana” desde Chile, es decir, a las propuestas de este último país a Bolivia de ayudarlo a tomar Tacna y Arica a cambio del Litoral boliviano y de que se rompiera la alianza con Perú. Paz Soldán recaló que esas propuestas dataron desde mucho antes de la Guerra del Pacífico.

⁶² Aclarar que en algunos casos de historiadores y escritores que abordamos, cuyas obras fueron escritas al final del Siglo XIX o inicios del Siglo XX, las citas están escritas tal cual aparecen en las mismas, redactadas en modalidades del “castellano antiguo”. Se trata de Mariano Felipe Paz Soldán, Diego Barros Arana y Gonzalo Bulnes. Cabe recalcar que hay diferencias en la forma de escribir de unos y otros, por ejemplo, Paz Soldán utiliza la “y”, como conjunción, mientras Barros Arana y Bulnes la “i”.

⁶³ Nicolás de Piérola, que tomó el poder en plena Guerra del Pacífico, antes había realizado varias asonadas con ese objetivo. Por ese entonces, estuvo exiliado en Chile.

⁶⁴ Paz Soldán citó movimientos revolucionarios como los de los bolivianos Melgarejo, Ballivián, Quevedo, los ecuatorianos Moreno, Flores, Barrero, los peruanos Gamarra, Vivanco, Torrico, Prado y el de Rosas en el caso de Argentina. (1884: 43).

En ese sentido, resumiendo a Paz Soldán, Chile habría provocado a Perú desde la década de 1830 con la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana y se había armado contra él en 1872 cuando adquirió los blindados “Blanco Encalada” y “Cochrane”, y esta tesis fue demostrada por el hecho de que, ante los aprestos bélicos, tanto la prensa, las manifestaciones populares y los políticos e intelectuales que agitaban a favor de la Guerra del Pacífico, eran mayormente hostiles contra el Perú y que, en comparación, a Bolivia le prestaban poca atención. (1884: 72-73).

Por su lado, el historiador Jorge Basadre⁶⁵ subrayó las causas estructurales que fueron ahondando la histórica rivalidad entre Chile y Perú que, antes de la Guerra del Pacífico, sin ser vecinos, tuvieron rencillas comerciales en las primeras décadas del Siglo XIX que fueron profundizándose hasta una competencia manifiesta, motivo por el cual Portales habría atacado a Perú. (1983: 1). En consecuencia, las décadas siguientes se disputaron la primacía marítima en el Pacífico Sur y la rivalidad peruano-chilena se agravó con el auge del guano y el salitre, tanto por la silenciosa colonización de capitales y obreros de Chile en el sur peruano, como por las políticas estatistas peruanas respecto a estos recursos que afectaron a capitalistas chilenos⁶⁶. (1983: 46-47).

Complementando, Tomás Caivano⁶⁷ y Eduardo Congrains Martin⁶⁸, concordaron en que desde antes de la declaratoria de guerra a Perú, Chile tenía claro que el principal enemigo era esta nación, porque el territorio de Tarapacá era el mayor objetivo de “conquista” y no el Litoral boliviano, no sólo por presentar mayores riquezas guaneras y salitreras en

⁶⁵ Considerado el más importante y difundido historiador peruano. Su visión sobre la Guerra del Pacífico es más moderada en relación a las culpas y maniqueísmos, él mismo se propone una historiografía más neutral y menos apasionada que sus antecesores. No obstante, como los otros autores peruanos, comparte la mayoría de los puntos centrales de la visión peruana respecto a las causas y consecuencias de la guerra.

⁶⁶ Basadre resaltó que la nacionalización del salitre, por ejemplo, no fue articulada para perjudicar adrede a los inversionistas chilenos, sino que afectó por igual a capitalistas chilenos, peruanos y europeos.

⁶⁷ Periodista italiano residente en Perú cuando aconteció la Guerra del Pacífico. Basadre lo calificó de “italiano generoso” que defendió la causa de Perú desde una obra más popular y difundida por su extensión y estilo, en el periodo postguerra, frente al estudio más extenso de Paz Soldán que no era muy atractivo para los lectores. Otros escritores peruanos, al referirse a Caivano, lo toman como “italo-peruano”, por el compromiso que denotó su obra a favor de la visión peruana de la Guerra del Pacífico y ante lo que calificaron como ausencia de historiografías peruanas sobre este acontecimiento comparables a los chilenos Bulnes, Barros Arana y otros. Por esos motivos, se toma a Caivano como parte de los autores que revisamos en relación a la visión peruana de la guerra.

⁶⁸ Escritor peruano que presentó diez tomos en un formato “popular” sobre la Guerra del Pacífico, vendidos como fascículos de periódicos. Varias ediciones se agotaron. Su percepción de la guerra y sus consecuencias reflejó los puntos principales que caracterizan a la visión peruana, pero destacándose un mayor apasionamiento y percepciones dicotómicas muy ilustrativas respecto a los objetivos de esta investigación.

su suelo, sino que también implicaba el “doblegar” a Perú y asegurar su preponderancia en el sur. (1979. Tomo II: 157-158; Tomo III: 84, 91); (1978. Tomo V: 26-27).

Por último, Hugo Pereira Plasencia⁶⁹ consideró que una de las causas fundamentales de la Guerra del Pacífico fue la competencia histórica de las elites peruanas y chilenas por el dominio del salitre y el rencor de los afectados de Chile por la nacionalización de este recurso, medida que los chilenos perjudicados calificaron como “desleal”. Resaltó que los agitadores guerristas de Chile, concentraron sus aprestos en Perú y sus ambiciones en Tarapacá (2010: 30, 75, 81). También mencionó un “rencor histórico” de la elite chilena frente a la peruana por los malos tratos que habrían recibido desde el periodo del Virreinato. (Ibid: 91).

No obstante, este autor destacó que no todos los chilenos se manifestaron a favor de la guerra, siendo que parte de los que manejaban el poder en ese periodo, no la desearon⁷⁰, pero que terminó por imponerse, a través de una prensa provocadora y una serie de manifestaciones populares incitadas por cabecillas guerristas, cundiendo la posición de los que consideraban que los conflictos con Perú y Bolivia, en especial los relacionados al guano y salitre, debían resolverse por las armas⁷¹. (Ibid: 65, 87, 95).

2.2 Del Chile de la crisis al Chile expansionista

Otro factor que mencionaron constantemente las obras peruanas que tratan el tema, como causa de la Guerra del Pacífico, se refirió a un afán “expansionista” de Chile a costa de sus vecinos y rivales. También señalaron objetivos de “conquista” desde Chile con el fin de constituir su primacía en el Pacífico sur y para saldar, a costa de otros, una profunda crisis social, económica y política por la que estaba atravesando⁷². Por otra parte, los

⁶⁹ Historiador contemporáneo. Al igual que Basadre, propone un análisis de la Guerra del Pacífico de mayor objetividad y dejando de lado el tono traumático que caracterizó a los autores peruanos que trataron la guerra y además contribuye con lúcidos análisis respecto a la historiografía peruana tradicional.

⁷⁰ Entre ellos, el autor citó al entonces presidente Pinto, al escritor y político Benjamín Vicuña Mackenna y al escritor José Victorino Lastarria.

⁷¹ El autor llegó a hablar de una mayoría pacifista entre los principales políticos de Chile en el momento que, poco a poco, fue convencida por la presión de los mitines agresivos y el belicismo de diarios y panfletos. Cabe aclarar que las manifestaciones populares en Chile fueron entusiastas defensoras de la guerra.

⁷² Recordar que poco antes de la guerra, Chile sufría de una crisis económica muy fuerte, además de estar endeudado con la ayuda externa. Las versiones chilenas, en parte, adjudicaron esa crisis a la nacionalización peruana del salitre. Igualmente, atribuyeron a la guerra librada contra España como un factor para su ahondamiento. Al mismo tiempo, por la crisis, había un intenso descontento social en Chile que, tarde o

autores peruanos destacaron la “pobreza” territorial de Chile que pretendió ser resuelta con la expansión al norte, hacia territorios bolivianos y peruanos.

Así, Paz Soldán en un capítulo donde anunció que trataría las “causas verdaderas” de la Guerra del Pacífico, explicó que desde 1832 Chile quería “ensanchar” su territorio mediante su expansión al norte, buscando primero, alianza con Bolivia, después a través de la guerra contra la Confederación Perú-boliviana y repitiéndose esta intención expansionista en las décadas siguientes y principalmente en 1842, 1866 y 1874⁷³, intención alimentada por la riqueza que significaban los depósitos de guano y salitre en la zona:

Hoy es una verdad histórica, comprobada con documentos oficiales de Chile y por sus mismos publicistas, que la verdadera causa de la guerra declarada por esta Nación al Perú y Bolivia en 1879, la que precedió á todo juicio, á toda deliberacion; la que daba cierto impulso a las relaciones políticas y comerciales de Chile con sus vecinos del Norte, era la ambicion de ensanchar su territorio á costa de éstos; los huanos de la costa y las salitreras de Atacama y Tarapacá embargaban pues la codicia del Gobierno y del pueblo chileno. (1884: 92). [...]

“La primera causa verdadera y fundamental de la guerra declarada por Chile al Perú y a Bolivia fue el deseo de arrebatarles su rico Litoral”. (1884: 95).

De esa manera, para Paz Soldán, los jornaleros chilenos que trabajaban en la zona, se fueron convirtiendo en “conquistadores”, incluso conformando asociaciones separatistas con el objetivo de arrebatar, en un inicio, los territorios guaneros y salitreros bolivianos para después llegar a Tarapacá como mayor objetivo geopolítico. Para comprobar esta hipótesis, el autor mencionó que bastó conocer que influyentes políticos chilenos eran accionistas de las salitreras de Antofagasta y/o fueron afectados por la nacionalización peruana del salitre, sin contar la constante inferencia chilena en los vaivenes políticos de ambos países afectados⁷⁴.

temprano, hubiera generado problemas de gobernabilidad. Por todo ello, como veremos en la parte referida a la visión chilena de las causas de la guerra, los propios políticos e intelectuales de Chile en la época concibieron a la Guerra del Pacífico, no sólo como una válvula para condensar y direccionar el malestar popular, sino como una salvación.

⁷³ Recordar que en 1842 el gobierno chileno aprobó una ley en la que se adjudicaban territorios oficialmente bajo soberanía boliviana. En 1866 y 1874, se generaron los tratados con Bolivia que buscaron resolver los conflictos territoriales que existían entre los dos países.

⁷⁴ Para fundamentar esta acepción, Paz Soldán recordó el supuesto apoyo de funcionarios gubernamentales y políticos chilenos al General Quitín Quevedo, el boliviano que realizó una intentona golpista en 1875 al gobierno de Tomás Frías.

Otra cuestión que resaltó Paz Soldán, fue el “descalabro económico” en el que se encontraba Chile y que por ello necesitaban la “conquista” de los ricos territorios de sus vecinos que, finalmente y a través de la guerra, fueron usurpados. Acotó que gracias a ello, en un año, los chilenos saldaron su endeudamiento externo: “Aunque sea á costa de la honra nacional y del odio de todo el continente americano; pero dia llegará que Chile pague muy caro esta deuda”. (1884: 102).

Caivano fue también contundente con la hipótesis del Chile conquistador, corroborando que, décadas antes, había iniciado su proceso de expansión a partir de la ocupación de Atacama “sin disparar un solo tiro”, siendo que sus aspiraciones finales eran el Tarapacá peruano y todo lo demás, “eran pretextos”:

Chile aspiraba a la conquista; verdad innegable, que en los capítulos anteriores se nos ha presentado como una consecuencia de su conducta durante largo tiempo, hasta el momento en que tomó resueltamente las armas contra sus vecinas, las repúblicas de Perú y Bolivia, y que los hechos posteriores prueban hasta la evidencia. (1979. Tomo II: 157).

Para Basadre, la guerra permitió a Chile articular antiguos planes de expansión al norte que se fueron consolidando a medida que “el capital y los brazos chilenos invadían pacíficamente el Litoral boliviano” (1983:3), fenómeno que fue fomentado desde Bolivia con concesiones excepcionales para explotar los recursos de la zona y reforzado por la ausencia del Estado boliviano en el lugar, convirtiéndose los chilenos residentes en los principales instigadores de la guerra. También resaltó la hipótesis de la “guerra salvadora” que permitió a Chile canalizar el malestar interno y que por ello, se generó desde el gobierno todo un aparataje de propaganda bélica.

Congrains Martin reforzó el planteamiento referido a los “fines de expansión” de Chile desde las primeras décadas del Siglo XIX y destacó los problemas constantes que ocasionaron esos afanes entre Chile y Bolivia y entre Chile y Perú. Resaltó lo que definió como una “política expansionista teutónica” que antes que dirigirse al sur (Patagonia), se concentró en el norte:

El primero de los territorios nombrados ofrecía rica y extensa área cultivable, amplio espacio para el pastoreo e incommensurables riquezas mineras (a las que actualmente habría que añadir petróleo y enormes yacimientos de uranio), en una palabra, riqueza a largo plazo pero con la inversión que todo proyecto de colonización requiere; el segundo ofrecía, en cambio, riqueza inmediata y sin mayores inversiones. El salitre y el guano

estaban prácticamente a flor de tierra y eran-por aquel entonces-, virtuales minas de oro para sus propietarios; en resumen en el norte estaba la riqueza, el capital y el empleo inmediato. ¡La historia nos dice que Chile se decidió por lo inmediato! (1978. Tomo VIII: 19).

Pereyra, aunque en un tono mucho más mesurado respecto a los autores anteriores, mencionó una “guerra de conquista” concebida en Chile y también resaltó las dificultades económicas en Chile que pudieron terminar en crisis social sino hubieran sido canalizadas por la guerra (2010: 29-30). Aunque arguyó que los planes expansionistas, en un inicio, no reflejaron el deseo de todo Chile, sino sólo de los sectores belicistas que fueron ganando peso durante los últimos años de la década de 1870:

Para el sector belicista de Chile que concibió y organizó la Guerra del Pacífico, la posesión conjunta del salitre peruano y boliviano era la solución de largo plazo a los problemas más apremiantes del país, cuyo beneficio sobrepasaba ampliamente las pérdidas inmediatas que una guerra iba a traer a otros intereses económicos chilenos radicados en Perú y Bolivia. Este sector tuvo, desde antes de la guerra, aguda conciencia del valor económico de Atacama y Tarapacá, cuya posesión iba a ser el premio final de la aventura internacional en la que estaban embarcando, con notable audacia, a su país. (2010: 81).

Por tanto, las causas de guerra a las que se remitieron las visiones chilenas, como el impuesto al salitre del gobierno de Daza o el tratado de alianza entre Perú y Bolivia, para los peruanos, fueron pretextos para otros fines de larga data.

2.3 Los pretextos para la guerra

Como se verá después, en las visiones chilenas fueron citadas dos principales causas para la gestación de la Guerra del Pacífico. Por un lado, el impuesto al salitre promulgado en Bolivia por el gobierno de Daza y por otro, el tratado de alianza entre Perú y Bolivia suscrito en 1873.

Para las interpretaciones peruanas (al igual que para las bolivianas), el remitirse a estas medidas como factores que desencadenaron el conflicto internacional, fue un simple pretexto que permitió llevar a cabo una guerra cuidadosamente planificada en Chile, tanto para dar cabida a un antiguo deseo de expansión de un país pobre en recursos, como para saldar una histórica rivalidad con Perú. A continuación, veremos cómo los autores

peruanos concibieron el impuesto boliviano al salitre y el tratado de alianza peruano-boliviano.

2.3.1 La “chispa” de la guerra o el impuesto al salitre

De manera general, los autores peruanos convienen en que el desierto de Atacama y sus puertos eran de soberanía boliviana y para ello presentaron similares argumentos que los historiadores bolivianos⁷⁵. No obstante, también admitieron que a pesar de ser territorio boliviano, poco a poco fue colonizado por trabajadores y capitalistas chilenos, aprovechando que el Estado boliviano ni podía explotar los recursos, ni sentaba su presencia en la zona, tan lejana de su centro político. A pesar de estos factores, al referirse al lugar, los escritores peruanos lo concibieron como “boliviano”.

Desde ese ángulo, el impuesto al salitre promulgado por el gobierno de Hilarión Daza fue calificado por Paz Soldán como un “derecho” e intento de arreglar las políticas “entreguistas” y las complicaciones que ocasionaron los tratados de 1866 y 1874 con Chile. Para Paz Soldán, el impuesto de diez centavos por quintal de salitre exportado a la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, fue entonces una tentativa del Estado boliviano de obtener algún beneficio de las millonarias concesiones salitreras otorgadas a capitalistas privados en la zona. (1884: 50). Por su parte, Basadre habló de “concesiones excepcionales” en el Litoral boliviano a capitales chilenos y británicos (“entreguismos altiplánicos”), permitiendo que los extranjeros se enriquecieran, mientras en Bolivia se sufría una terrible crisis económica⁷⁶, así el impuesto al salitre era “lógico”. (1983: 27-29).

Empero, si por un lado los historiadores peruanos comprendieron las razones del impuesto boliviano al salitre, por otra parte, son críticos con la medida, calificándola de

⁷⁵ Por ejemplo, Paz Soldán argumentó que desde 1842 Chile pretendía derechos sobre el territorio de Atacama a través de sofismas, pero sin documentos reales que los respaldaran: “Chile jamás tuvo derecho alguno sobre el territorio de Atacama, ni lo poseyó un solo momento”. (1884: 55). Basadre indicó que Atacama era el límite norte de Chile y Cobija el puerto principal de Bolivia (1983: 1). Pereyra especificó que desde la década de 1840 Chile inició actos de soberanía sobre el territorio que pertenecía a Bolivia y que desde “el punto de vista peruano” Atacama formó parte del Virreinato del Perú y limitaba con el reino de Chile en un tiempo en el que la Audiencia de Charcas no tenía salida al mar. Así, el límite norte de Chile llegaba a la zona del Paposo en el grado 25 de latitud sur. También recalcó que las primeras constituciones de Chile señalaron a Atacama como límite al norte de ese país (2010: 37).

⁷⁶ La década de 1870 fue muy dura para Bolivia por una crisis económica que potenciada por desastres naturales y que incluyó una terrible hambruna.

“imprudente”, “temeraria” y hasta de “arbitraria”, siendo que la misma se convirtió en el principal “pretexto” para que Chile iniciara su “guerra de conquista”.

Basadre, criticó las acciones del Estado boliviano, arguyó que Bolivia entró a una guerra por una riqueza de la que no se ocupaba y que el gobierno, al aprobar el impuesto al salitre, había violado el tratado de 1874 con Chile y, por tanto, la incomodidad y molestia de Chile al respecto eran justificables. Y reclamó que el gobierno boliviano, en lugar de aplazar la medida impositiva y de recurrir al arbitraje, optó por la violencia pretendiendo expulsar a la Compañía. Sin embargo, a juicio de Basadre, a pesar de su torpeza, Daza no planificó la guerra, sino que su medida, sólo sirvió de pretexto: “Chile había contestado con un audaz acto de conquista a las arbitrariedades cometidas por el gobierno de Daza contra los intereses y ciudadanos de ese país”. (1983: 25).

Caivano fue más duro con Bolivia y la citada medida, al calificarla como “causa eficiente del conflicto y por la cual, fiel a sus tradiciones, el Perú había ido a la guerra”. (1979: 97:98). En otro momento, afirmó que “Perú se vio reducido por una guerra de origen e intereses exclusivamente bolivianos”. (Ibid: 167).

Por su parte, Pereyra igualmente consideró que Daza, “sátrapa de la antigüedad”, violó el tratado de 1874 con el impuesto y que la protesta de Chile ante ello era razonable, pero que esos diferendos fueron la oportunidad para que algunos empresarios chilenos afectados tanto por las políticas peruanas como bolivianas respecto al salitre, iniciaran una campaña a favor de la guerra a través de la prensa, de mítines y panfletos belicistas, maniobras que dieron el resultado esperado porque canalizaron el malestar social interno y lo transformaron en un belicismo apasionado y masivo (2010: 64-66):

La chispa que desencadenó el conflicto fue la violación, por parte de Bolivia, en febrero de 1878, de su tratado con Chile de 1874. Esta fue la oportunidad que un grupo muy específico de la clase dirigente chilena, que había sido afectado por el estanco y (sobre todo) por la expropiación del salitre de Tarapacá, utilizó para imponerse a los sectores pacifistas e incluso properuanos y probolivianos que no eran escasos en Chile antes de la guerra. A este grupo se añadió el de los accionistas de la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta (que debió incluir miembros del anterior), que habían sido perjudicados directamente por el régimen de Daza a comienzos de 1878. (2010: 86).

Paz Soldán, más acorde con la visión boliviana, fue menos crítico al impuesto, pero de todas formas lo calificó como “pretexto”, no sólo para apropiarse del Litoral boliviano

“por la razón o la fuerza”, sino para la absorción final de un territorio más rico y que se encontraba al norte: Tarapacá. (1884: 80; 90-93).

Otro asunto en el que coincidieron los autores peruanos, y el que reforzaron insistentemente para responder a las interpretaciones chilenas, es que Perú no aconsejó a Bolivia la promulgación de la Ley del impuesto al salitre, sino al contrario, fue crítico a la misma, al temer sus consecuencias. Así, el gobierno de Perú viéndose en desventaja bélica frente a Chile y temiendo verse involucrado, tuvo el objetivo de impedir la guerra de ese país con Bolivia y buscó evitar cualquier “provocación”, por lo que incluso mediante gestiones diplomáticas específicas, aconsejó a Bolivia derogar la medida y/o recurrir al arbitraje⁷⁷.

2.3.2 El tratado de alianza con Bolivia

El tratado de alianza entre Bolivia y Perú de 1873, se constituyó como una de las causas más importantes de la Guerra del Pacífico para las interpretaciones desde Chile que aseguraban que dicho acuerdo tenía el objetivo de agredirle y hasta de “desaparecerlo” como país.

Las visiones peruanas buscaron responder a esas versiones, asegurando que el tratado era defensivo, que no agredía a nadie en particular y que, al contrario, fue suscrito como forma de socorrerse del “expansionismo” chileno y como respuesta preventiva frente a la ascendente carrera armamentista de Chile, que incluyó la compra de dos blindados.

En ese sentido, Paz Soldán fue categórico al afirmar que Perú requería de una estrategia defensiva por lo menos desde 1872, cuando, según lo que anotó el historiador, la mala voluntad de Chile hacia el Perú fue muy notoria, expresada por una prensa “hostil” con Perú y por advertencias que llegaban de Europa al gobierno y representantes peruanos que informaban “de la intencion hostil al Perú, pues los jefes y oficiales de Chile encargados de vigilar la construccion de los blindados pregonaban que estos buques se

⁷⁷ Al respecto ver Basadre, 1983: 22-25, Paz Soldán 1884: 80-85 y Pereyra, 2010: 66-68. Este último autor recalcó que si bien había algunos peruanos que veían con antipatía la competencia de los salitres bolivianos, eso no significó que tal aspecto se convirtiera en una política de Estado que habría aconsejado a Bolivia el impuesto. Incluso aseveró que el presidente de Perú de ese entonces, Ignacio Prado, era “filochileno” al tener negocios en Chile y que el impuesto de Daza lo tomó desprevenido, dejándolo impotente y sorprendido. (Ibid: 66-68).

destinaban para contener al Perú”, sin contar los avisos que llegaban de Bolivia, relacionadas con la creciente influencia de los nacionales de Chile en Atacama y el tono beligerante de los diplomáticos chilenos en Bolivia y Perú, “todo lo cual hacia ver bien claro la peligrosa situación de ambas naciones”. (1884: 22).

El autor narró que en un inicio el Congreso peruano aprobó la compra de blindados que contuvieran a los que Chile mandó erigir y también dio seguridades a Bolivia de que le prestaría apoyo en caso de posibles exigencias chilenas que pudieran atentar contra sus intereses y soberanía. No obstante, los blindados peruanos finalmente no se construyeron, siendo que la estrategia defensiva más importante para Perú se materializó con el tratado de alianza entre ese país y Bolivia:

No podía ser más evidente el peligro en que se encontraban Bolivia y el Perú, así como los actos en que se fundaba esta opinión. Para precaverse y como consecuencia de lo ofrecido al Plenipotenciario de Bolivia⁷⁸, se celebró el tan memorable tratado de alianza defensiva [...] El tratado de alianza fué pues la consecuencia lógica y necesaria de la actitud hostil de Chile. Las repúblicas aliadas creyeron encontrar su seguridad en la alianza meramente defensiva. Sin embargo, Chile, con imperturbable sangre fría, ha pretendido hacer creer que fué provocada por ese tratado, fingiendo olvidar que ella dió sobrado motivo para alarmar á sus vecinos. (Ibid: 29-30).

Paz Soldán igualmente insistió en el carácter defensivo, y no ofensivo, del pacto. Ese punto era tan claro, según el autor, que los otros vecinos de Bolivia y Perú no se sintieron amenazados por el mismo, porque a lo largo de la historia de la humanidad se dieron alianzas semejantes y nunca fueron causa de guerra alguna. Por último, remató señalando que “no hay perfidia en unirse entre vecinos contra los ladrones de sus casas para repelerlos”. (Ibid: 126).

Basadre, resaltando que Perú firmó el tratado por un instinto de conservación, complementó que el mismo fue refrendado por Perú con el fin de resguardar las salitreras de Tarapacá que podían ser amenazadas por el avance chileno hacia el norte y que la alianza de Perú y Bolivia significaba la manutención del equilibrio en Sudamérica ante las intenciones de Chile de expandirse. (1983: 5-6). Por otra parte, Basadre admitió que el tratado de alianza se complementaba con la política salitrera del Perú que tendía a la estatización de ese recurso y que pretendía que Bolivia siguiera el mismo camino para

⁷⁸ Se refiere al ofrecimiento de apoyo a Bolivia si esta se sentía agredida por Chile.

evitar la competencia de los salitres bolivianos, pero recalcando que el tratado es anterior a la nacionalización del salitre de 1875, por tanto, si bien había complementación entre ambas medidas, no fueron planificadas ni ligadas de antemano. (Ibid: 8).

Asimismo, Basadre propuso que aceptar el convenio fue una manera en que Perú evitó una posible alianza entre Chile y Bolivia, en un contexto en el que Chile había realizado varias propuestas a Bolivia en ese sentido, aflorando el temor de que este último país se fuera contra Perú pretendiendo apoderarse de Tacna y Arica, puertos que utilizaba con regularidad. (Ibid: 5-9).

Esta hipótesis fue también desarrollada por Pereyra, quien primero aclaró que el tratado buscaba contener a Chile en sus fronteras, pero en ningún momento agredirlo o despojarlo, procurando que evitar una posible guerra ante la compra chilena de blindados, buscando, Perú, saldar su debilidad naval frente a las aspiraciones chilenas en territorio boliviano, aspiraciones que podían extenderse hacia sus fronteras. Finalmente, resumió los motivos por los que Perú habría firmado el tratado:

La evidencia sobre el inminente fortalecimiento naval chileno, la preocupación frente a un posible entendimiento boliviano-chileno, y el interés que el Perú tenía de preservar el statu quo fronterizo entre los tres países involucrados, condujeron al presidente Manuel Pardo y a su canciller Riva-Agüero a aceptar la propuesta boliviana y a suscribir el tratado secreto de febrero de 1873. (2010: 85).

Otro aspecto en el que difieren la historiografía chilena, por un lado, y la peruana y boliviana, por otro, se refiere a si Chile conoció este tratado antes de 1879. Como trataremos en seguida, para las visiones chilenas este país supo del convenio poco antes de la guerra, constituyéndose como una “sorpresa desagradable”, estableciéndose esta “sorpresa” como principal motivo para declararle la guerra a Perú.

Para las interpretaciones peruanas esa afirmación fue una falacia que tuvo como objeto justificar la agresión chilena a Perú; aseguraron que Chile conocía el tratado desde mucho antes. Sobre ello Basadre ofreció una sistematización de los conductos por los cuales Chile habría conocido el tratado y su contenido antes de 1879: Primero, por el representante chileno en Bolivia, Walker Martínez, muy ligado a la familia del entonces canciller boliviano Mariano Baptista. Martínez publicó un libro en 1876 donde hace

referencia al tratado⁷⁹. Otro conducto fue el ministro chileno en Argentina, Guillermo Blest Gana que supo del tratado en octubre de 1873 gracias a una copia que obtuvo de Brasil. Por último, el canciller chileno Riva-Agüero, había comunicado a su ministro en Brasil la existencia del pacto. (1983: 9).

Un tema en el que difiere la historiografía peruana con la boliviana, es a qué país correspondió la iniciativa para proponer el tratado de alianza. Todos los autores peruanos estudiados coincidieron en que la iniciativa fue boliviana, como una manera de precaverse frente a la creciente colonización chilena en su territorio costero, ante los conflictos recurrentes con Chile respecto a la soberanía del territorio y para saldar su nula capacidad bélica marítima. En otras palabras, Bolivia habría confiado en el poder de su aliado para resguardarse de Chile.

Sin embargo, si bien para las visiones peruanas, la iniciativa del tratado corresponde a Bolivia, los autores admitieron que el gobierno de Perú vio conveniente firmar el pacto en ese momento, también preocupado por las pretensiones y avances chilenos hacia el norte, alarmado por la adquisición chilena de dos poderosos blindados y para evitar una posible alianza entre Chile y Bolivia⁸⁰.

No obstante, a pesar de que en el periodo de su aprobación las autoridades peruanas vieron como conveniente el tratado, los autores de ese país suelen considerarlo un “error” porque no sólo significó que Perú se decidiera a no construir acorazados capaces de hacer frente a los encargados por Chile, sino porque se materializó el pretexto que Chile utilizó para incluir a Perú en sus diferendos con Bolivia y en la guerra inminente.

Paz Soldán consideró que fue erróneo su carácter secreto, no sólo porque nunca fue secreto, sino porque ello significó que Chile argumentara un socapado intento de agresión de sus vecinos. (1884: 122).

Basadre escribió que esa política de alianzas procuraba el “equilibrio continental”, pero que, para no ser “peligrosa” requería de cautela y una complementación armamentista. Igualmente, reclamó que era más conveniente asegurar la alianza de Perú con Argentina

⁷⁹ El libro es “Páginas de un viaje a través de la América del Sur”.

⁸⁰ El presidente peruano Manuel Pardo llegó a exclamar: “Yo también he hecho construir ya dos blindados, el Buenos Aires y el Bolivia”. (Citado en el blog de “César Vásquez. Perú: Política, economía, historia”. <https://cavb.blogspot.com/2012/05/yo-tambien-he-hecho-construir-ya-dos.html>).

y luego gestionar la adhesión de Bolivia (1983: 9) y que para 1879 no se había consolidado la inclusión de Argentina, tampoco se había acompañado el tratado con precauciones bélicas y Perú se vio “atrapado” por un tratado con Bolivia que le evitó declararse neutral en una guerra para la que no estaba preparado. (Ibid: 31). Pereyra, coincidió con ello y resumió:

Desde este punto de vista, apreciada a la luz de los acontecimientos posteriores, la suscripción del tratado secreto defensivo con Bolivia en febrero de 1873 fue un grave error del gobierno peruano de ese entonces, principalmente porque esa alianza no fue respaldada por la compra de dos blindados modernos, cuya presencia en el Pacífico, añadida a la de los blindados *Huáscar* e *Independencia*, habría sido una muralla insuperable de contención para Chile y habría hecho muy difícil una guerra como la que se desencadenó en 1879. Por otro lado, en las semanas previas a la declaratoria de guerra, el tratado secreto proporcionó a los sectores belicistas de Chile un documento que fue presentado, dentro de ese país y en el ámbito internacional, en el nivel de pura propaganda, como una ‘prueba’ del supuesto ánimo agresivo del Perú y de Bolivia. (2010: 89. Las cursivas son del autor).

Por último, el hecho de que en los años siguientes después de la suscripción del tratado hasta 1879, Perú no le haya prestado mayor atención y que ni siquiera hubiera gestionado con ahínco la adhesión de Argentina, fue una prueba de que en ese país dominaba un ánimo pacifista y americanista, que nunca deseó la guerra con Chile.

2.4 Perú no deseaba la guerra

Frente a las visiones de la historia chilena, que insistieron en que Chile fue provocado para la guerra, el enfoque peruano presentó argumentos que indicaron que Perú no tuvo intenciones o planes de guerra con Chile y que, hasta donde se pudo, el gobierno peruano evitó el conflicto armado internacional y sólo aceptó participar en él cuando Chile le declaró la guerra, es decir, cuando se constituyó como un hecho que no se pudo evitar.

En ese marco, las interpretaciones peruanas recalcaron que Perú, al admitir sus condiciones desventajosas para una guerra, al no contar con elementos bélicos suficientes y una marina preparada, y al encontrarse con las arcas exhaustas, no quería la guerra con nadie y menos con Chile que había emprendido preparativos navales.

Así, Paz Soldán arguyó que la política internacional peruana desde 1826 procuraba evitar la guerra entre las repúblicas americanas y que recién en 1879, Perú se preparó para una

posible guerra y sólo por precaución. (1884: 64-65). Basadre profundizó este planteamiento al subrayar el tradicional “americanismo” peruano durante el Siglo XIX, aclarando que la adquisición de los buques Huáscar e Independencia se debió a la guerra contra España y nunca estuvieron pensados para atacar a los vecinos sudamericanos. Insistió que el tratado de alianza entre Perú y Bolivia, fue articulado justamente para evitar una posible guerra, buscando contener a Chile. (1983: 8).

Basadre presentó como prueba del pacifismo y americanismo de Perú, el hecho de que no se pronunció en contra del tratado de 1874 entre Chile y Bolivia, a pesar de que podía comprenderse este pacto como una violación a la alianza peruano-boliviana decretada un año antes, pero, al contrario, no se opuso a ese acuerdo esperando que fuera una solución pacífica y definitiva de los diferendos entre Chile y Bolivia, tanto que, a partir de la aparición de ese tratado, el gobierno peruano ya no gestionó la inclusión de Argentina a la alianza defensiva, ni tramitó la compra de blindados modernos: “El gobierno peruano, a su vez, creyó que si bien el tratado Baptista-Walker Martínez de 1874 no era lo mejor posible, la paz estaba afianzada de inmediato en el Pacífico sur”. (Ibid: 15). El autor, incluso mencionó que Perú gestionó un tratado de amistad, comercio y navegación entre Chile y Perú que data de 1876, que procuraba evitar o restringir cualquier posibilidad de guerra entre ambos países, acuerdo que finalmente no llegó a ser canjeado. (Ibid: 18).

Pereyra secundó estos planteamientos complementando que la supremacía de Perú en el Pacífico sur era sinónimo de la paz, que Perú no buscó la guerra a inicios de la década de 1870, cuando aún era superior a Chile en términos navales, y que, finalmente, no adquirió blindados porque su política era la primacía de la diplomacia para resolver los conflictos internacionales, antes que las armas. (2010: 47-53).

En consecuencia, se ofrecen detalles de los esfuerzos de Perú por evitar la guerra entre Chile y Bolivia, mencionando constantemente la tenaz aunque estéril misión de su diplomático José Antonio Lavalle para lograr tal cometido, un intento de mediación que, de acuerdo a esas interpretaciones, se vio bloqueado por el tratado de alianza entre Perú y Bolivia (que “el gobierno chileno conocía”, insistió Basadre), y por el “ímpetu expansionista de Chile”. (Basadre, 1983: 35).

A su vez, Pereyra resaltó que Perú se vio desesperado con los vientos de guerra y que tanto el gobierno chileno, como el gobierno boliviano, boicotearon sus esfuerzos diplomáticos para detener la guerra. (2010: 68-77).

Al mismo tiempo, Paz Soldán, Basadre y Pereyra destacaron que, amarrado por el tratado de alianza defensiva con Bolivia, Perú tampoco pudo optar por la neutralidad y si hubiera logrado aquello, por un lado, era posible que Bolivia se sintiera traicionada y gestara una alianza con Chile en su contra, y por otro, el gobierno peruano hubiera tenido que soportar una crisis social y política por tal determinación, siendo que las facciones partidarias opositoras del mismo, la prensa y las manifestaciones populares, animadas por los aires belicistas y chovinistas que circulaban en los tres países, temerariamente, se pronunciaron a favor de la guerra⁸¹.

En síntesis, Pereyra hizo un esbozo de la actuación peruana en relación a los intentos de este país para sortear la guerra:

Sólo cabe añadir que esta política peruana de contención (y de tácito respeto a la integridad territorial chilena) fue llevada a cabo de manera muy consistente en la primera mitad de la década de 1870, cuando el Perú tenía una abrumadora superioridad naval frente a Chile. Este predominio, es bueno recordarlo, le hubiera permitido al Perú iniciar y concluir una guerra exitosa con sólo bloquear y bombardear los puertos chilenos, como pudo haber ocurrido en las tensas jornadas de 1872 o de 1873, en un tiempo en que las comunicaciones terrestres eran muy difíciles, y cuando el poder de los ejércitos dependía mucho del respaldo naval. No lo hizo porque esta actitud no habría encajado con su tradición **americanista** y tampoco con su objetivo de **hacer imposible toda guerra** en ese escenario dominado por los problemas originados en la explotación de riquezas del desierto de Atacama. Es interesante observar que esta percepción peruana, orientada a la contención, se notó incluso en los primeros meses de la guerra, durante los desesperados esfuerzos para neutralizar las operaciones de la poderosa marina chilena, y también para detener el veloz escalamiento del conflicto, evitando ahondar los sufrimientos de la población civil del país adversario. Ello fue evidente en la notable actividad, imbuida de sentido humanitario y de caballerosidad, que el comandante del blindado **Huáscar**, Miguel Grau, llevó a cabo durante toda la campaña naval, en una guerra que -al menos en su sentir más íntimo- este marino llegó a considerar alguna vez como **fratricida**. (2010: 98-99. El resaltado es del autor).

⁸¹ Para más detalles ver Basadre, 1983: 31-41 y Pereyra, 2010: 68-99.

3. Chile

En el caso de Chile, hay toda una retórica de los personajes relacionados a la Guerra del Pacífico, la prensa (pasada y presente) y una fundamentación de sus principales historiadores “nacionales”, que se centra en las razones por las que ese país decidió intervenir en la guerra, y principalmente, sobre la justificación de lo que obtuvo en la misma como “vencedor”. Un intenso y constante enaltecimiento “heroico” de sus “victorias”, fue presencia permanente en estas narraciones y es el núcleo central por el cual se justifica la participación de Chile en la contienda y los resultados que devienen de ella.

En ese sentido, en el curso de los años historiadores e internacionalistas chilenos tuvieron la capacidad de construir una posición articulada, especialmente respecto a la demanda marítima boliviana como secuela de la guerra, primando la visión en Chile de que, como consecuencia de la Guerra del Pacífico, no ha quedado nada “pendiente” o por resolver con sus vecinos. Tal percepción ha sido muy bien difundida y cuenta con amplio respaldo social interno en Chile. (Maira, 2004: 25).

A continuación, se verá los puntos principales que la visión hegemónica en Chile articula como causas de la guerra.

3.1 El Litoral era territorio chileno o el problema de límites con Bolivia

*¿Para qué quieren puerto los bolivianos, si no poseen
mar?*

Carlos Ibáñez del Campo

Presidente de Chile (1927-1931, 1952-1958)

Frente a la principal argumentación boliviana que reseña que Bolivia fue dueña del Litoral gracias al *uti possidetis* de 1810 que se estableció como principio para definir las fronteras de las nacientes repúblicas sudamericanas, los autores chilenos insistieron que tal

principio, en lugar de precisar algo, llevó a confusiones que ocasionaron roces y conflictos entre los países sudamericanos, uno de ellos entre Chile y Bolivia.

De acuerdo a Diego Barros Arana⁸², los límites establecidos por el rey de España en las provincias coloniales no fueron siempre precisos y se mostraron muy vagos en lo que se refiere a regiones poco exploradas y despobladas y esa ambigüedad fue heredada por las repúblicas nacientes. (Barros Arana, 1880: 2).

Al respecto, incluso hubo voces chilenas indicando que Bolívar al entregar a Bolivia el puerto de Cobija (llamado por ese entonces La Mar) en 1825⁸³, atentaba contra la soberanía territorial chilena, pero en ese entonces no reclamaron, al carecer de importancia el lugar. Con el descubrimiento de depósitos de guano y salitre, esa situación cambió en la década de 1840, cuando el presidente chileno Manuel Bulnes declaró los yacimientos como propiedad de Chile, reivindicando lo que, según estas versiones, era pertenencia de ese país. Así, para resolver estas diferencias, al reclamar ambos países el territorio como suyo, se dictaron los decretos de 1866 y 1874. ([Http://www.laguerradelpacifico.cl](http://www.laguerradelpacifico.cl)).

No obstante, la situación cambió cuando, a juicio de estas interpretaciones, Bolivia violó el Tratado de 1874 con la otorgación de un impuesto de 10 centavos por quintal de salitre exportado a la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, por lo que renacerían para Chile sus derechos legítimos.

A raíz de estos enfoques, son múltiples los autores, pensadores, militares o políticos chilenos de la época del conflicto y de coyunturas futuras, que aseguraron que “Bolivia nunca tuvo mar”, porque ese territorio siempre habría sido chileno.

Tal es el caso de historiadores que son catalogados por sus propios compatriotas como de la “línea dura” frente a los conflictos con Bolivia. De acuerdo a Luis Maira (que no pertenece a la “línea dura”, pero que revisó la posición chilena y sus variantes) los límites

⁸² Dicho historiador fue contratado por el Estado chileno en plena Guerra del Pacífico, para que elabore una versión de las causas y hechos de la misma que responda a la visión de Chile, ello para contrarrestar a los publicistas peruanos y bolivianos que también fueron articulando sus propias interpretaciones. El trabajo de Barros Arana, no solamente está dirigido a los chilenos para que “comprendan” su historia, sino también a público extranjero y específicamente europeo y estadounidense. Por ello, Barros Arana fue el referente inicial de toda la historiografía “nacional” y/o hegemónica chilena sobre la Guerra del Pacífico y una de sus fuentes principales, de ahí la importancia de su estudio.

⁸³ Bolívar, el 28 de diciembre de 1825 habilitó mediante un decreto, dicho puerto para Bolivia.

americanos no tienen nada que ver con las naciones prehispánicas, importando solamente lo que aconteció en la colonia y, particularmente, a partir de las independencias. Explicó que los virreinos coloniales tuvieron muchas de sus fronteras abandonadas y que después de los procesos independentistas, las fronteras eran cambiantes, dependiendo de la fortaleza y la estabilidad institucional de los países:

A partir de estos precarios inicios, es indispensable mirar la configuración territorial definitiva de los nuevos países como algo dinámico y cambiante, donde un criterio determinante para entender los resultados tuvo que ver con la estabilidad política y la construcción de instituciones que funcionaran. (Maira, 2004: 13).

Como, según estas visiones, Bolivia se caracterizó históricamente por su debilidad institucional, no pudo establecer su soberanía en la mayoría de sus fronteras y ello resultó en que perdió territorios a cuenta de todos sus vecinos y no sólo de Chile. (Ibid: 14-15).

En consecuencia, Bolivia, además de ser el último país en independizarse, no llegó a consolidar sus fronteras y más allá de que Antonio José de Sucre estableciera a Cobija como su puerto, no lo pobló, ni lo usó y al contrario, lo abandonó, ya que Arica, por su cercanía a los centros políticos bolivianos, parecía un puerto más apropiado para el país. (Ibid: 27-28).

No obstante, historiadores como Francisco Antonio Encina y Jaime Eyzaguirre fueron más allá al argumentar que la Audiencia de Charcas nunca tuvo salida al mar y que siempre Chile limitó con Perú. Sostuvieron que la fundación del puerto de Cobija por Sucre y Andrés de Santa Cruz fueron actuaciones sin fundamento jurídico y que se consolidaron aprovechando una etapa anárquica en Chile (entre 1824 y 1830), en la cual su institucionalidad no estaba aún organizada. (Ibid: 26).

Por otra parte, como vimos anteriormente, desde 1842 existieron diferendos entre Chile y Bolivia por los límites en el territorio de lo que fue el Litoral. Cuando el gobierno de Bulnes, declaró que las guaneras adyacentes al grado 23 pertenecían a Chile, de acuerdo a esas versiones históricas, no hacía más que reivindicar recursos y zonas que siempre correspondieron a su país.

En concordancia con aquello, el historiador Gonzalo Bulnes⁸⁴ se remitió a un mensaje que el presidente Manuel Bulnes envió al Congreso chileno y que habló de guaneras descubiertas en su territorio:

Conciudadanos del Senado i de la Cámara de Diputados.

Reconocida en Europa la utilidad de la sustancia denominada huano, que desde tiempo inmemorial se usa como abono para la labranza de tierras en la costa del Perú, juzgué necesario mandar una comision esploradora a examinar el litoral comprendido entre el puerto de Coquimbo i el morro de Mejillones con el fin de descubrir si en el territorio de la República existian algunas huaneras cuyo beneficio pudiera proporcionar un ramo nuevo de ingreso a la hacienda pública, i aunque el resultado de la espedicion no correspondió plenamente a las esperanzas que se habian concebido, sin embargo desde los 29° 35" hasta los 23° 6' de latitud sur se halló huano en diez i seis puntos de la costa e islas inmediatas, con más o menos abundancia, según la naturaleza de las localidades en que existen estos depósitos⁸⁵. (Citado en Bulnes, 1911. Tomo I: 13).

Al generar conflictos y roces permanentes entre Chile y Bolivia, esta disposición de Bulnes, según esas interpretaciones chilenas, pretendió ser saldada con el Tratado de 1866, como una especie de concesión de Chile a Bolivia a nombre de “la paz en Sudamérica” y donde el primero le cedía al segundo parte de “su territorio”:

En obsequio de la paz i de la buena armonia entre dos Estados vecinos, Chile limitaba su soberania efectiva hasta el grado 24 de latitud sur; pero en cambio se convenia que los productos de los depósitos i el de los derechos de aduana que hubieran de percibirse por la esportacion de los minerales que pudieran estraerse de los territorios comprendidos entre los paralelos 23 i 25, serian repartidos por mitad entre los dos gobiernos [...] Para que se comprenda mejor el espíritu de esta estipulacion, debe decirse que todas las industrias establecidas en el territorio comprendido entre los grados 23 i 25 eran explotadas por ciudadanos i por capitales chilenos”. (Barros Arana, 1880: 18).

En Bolivia se ha considerado este Tratado como obra de Chile, soplado al oído del Jeneral Melgarejo por una diplomacia artera, que abusaba de la ignorancia de este caudillo. Pero si bien se le mira, no era desfavorable a Bolivia, dada la situacion que le habian creado los sucesos referidos en el párrafo anterior. Con él obtuvo que Chile retirase su deslinde internacional del grado 23° a l 24° contradiciendo la política invariable de sus gobiernos

⁸⁴ Gonzalo Bulnes es muchas veces citado como el “mayor historiador de la Guerra del Pacífico” en Chile. Con tres extensos tomos hizo un exhaustivo estudio de la guerra, siempre en el marco de las visiones chilenas. Al igual que Barros Arana, es considerado el principal referente y fuente de las interpretaciones “nacionales” y/o hegemónicas en Chile sobre la Guerra del Pacífico.

⁸⁵ Al igual que en el caso de otros historiadores de fines del Siglo XIX e inicios del Siglo XX, las citas a Bulnes y Barros Arana están tal cual se escribieron en sus obras, en modalidades de castellano antiguo. Remitirse a Nota 62.

i que le reconociese la mitad de los huanos que la ley del año 42 había declarado propiedad nacional”. (Bulnes, 1811. Tomo I: 23).

Cuando algunas de estas estipulaciones fueron ratificadas en el Tratado de 1874, las interpretaciones de Chile insistieron que, una vez más, se sacrificaron a favor de un “país hermano”.

Cabe recalcar, sin embargo, que en otras partes de sus trabajos, tanto Barros Arana como Bulnes, se refirieron al “Litoral boliviano” o a “lo que fue territorio boliviano” y lo mismo sucedió en los discursos de los políticos, militares y pensadores chilenos de la coyuntura de la Guerra del Pacífico. Es más, la “política boliviana” que pretendió construir una alianza chileno-boliviana contra Perú, partía del supuesto de que era necesario que Chile tomara posesión de los territorios de Tacna y Arica para tener qué canjear con Bolivia a cambio de su Litoral⁸⁶.

No obstante, algo también permanentemente subrayado por las visiones desde Chile, más allá de a qué soberanía correspondía la zona, es que el territorio fue poblado por chilenos, sus recursos explotados por capitales y obreros chilenos y toda la infraestructura industrial y urbanística del lugar también edificada por oriundos de Chile, lo que le otorgaba potestad sobre el territorio y sus riquezas.

Así, como parte de la narrativa “heroica”, Bulnes relató como “esforzados” exploradores chilenos descubrieron los salitres de la zona en 1866, montando campamentos en las arenas solitarias de Antofagasta y arrancándoles sus tesoros (1911: 43), sucediendo algo similar con las minas de Caracoles. El resultado final fue que:

Se calculaba que el 93 al 95 por ciento de la población del Litoral era chilena. El pequeño coeficiente boliviano lo formaban los empleados públicos, las policías i la guarnición. El capital invertido en los puertos, en las empresas mineras i salitreras era totalmente chileno (sic). El mineral de Caracoles que alcanzó su mayor auge en el periodo del 72 al 75 despertó en Chile un movimiento de especulación i se formaron innumerables sociedades en Valparaíso i Santiago por muchos millones de pesos, en las que se invirtió gran parte de la fortuna nacional, lo que determinó una fuerte corriente inmigratoria a ese mineral. (Bulnes, 1911: 49).

⁸⁶ Tema a ser visto con detalle más adelante.

Desde ese marco, se tenía a una población y capitales chilenos, gobernados por unos cuantos bolivianos que además cometían contra éstos abusos permanentes, porque, según estas visiones, las autoridades bolivianas eran bárbaras, injustas e inmorales⁸⁷. De acuerdo a Barros Arana y citando una crónica de un visitante francés al lugar⁸⁸, de 20 personas, 17 eran chilenos que trabajaban, un habitante era un europeo que traficaba, otro era peruano en la misma actividad y el último era un coronel boliviano que mandaba con las peores arbitrariedades, aprovechando el aislamiento de la zona. (1880: 49).

Según Bulnes, estas arbitrariedades incluyeron el cobro de aportes y gravámenes a ciudadanos chilenos con cualquier motivo, en consecuencia, hubo la necesidad de los pobladores chilenos de conformar “sociedades de socorros mutuos”, es decir, lo que para las versiones bolivianas fueron las “logias ultranacionalistas” que fomentaron la ocupación del Litoral por parte de Chile y su anexión, para las versiones chilenas se trataron de instancias para defenderse de las injusticias de las autoridades bolivianas. (Bulnes, 1911. Tomo I: 49).

3.2 La causa coyuntural: El impuesto al salitre o la violación de Bolivia del Tratado de 1874

Las quejas más sonadas contra las supuestas arbitrariedades que autoridades bolivianas cometían contra los chilenos en el Litoral, fueron las que manifestó la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, empresa que, a juicio de las visiones chilenas, era representativa del esfuerzo y el empuje de sus ciudadanos para desarrollar la zona, permitiendo la explotación del salitre a gran escala con máquinas y población netamente chilena y construyendo edificios, muelles, puertos y el ferrocarril más importante del lugar. La gota que rebalsó el vaso respecto a las “arbitrariedades”, según esas interpretaciones, fue el impuesto de 10 centavos que el gobierno de Hilarión Daza intentó cobrar a dicha compañía por quintal de salitre exportado.

Tanto las versiones históricas chilenas, como la retórica de guerra, hicieron alusión a que la causa inmediata de la Guerra del Pacífico fue la violación por parte de Bolivia del

⁸⁷ Aquello en el marco de la visión del “otro”, en este caso de Bolivia, tema que profundizaremos posteriormente.

⁸⁸ Se refiere a M. Charles Wiener.

Tratado de 1874, específicamente lo estipulado en su Art. 4, que se refería a que en el territorio el Estado boliviano no aumentaría nuevos impuestos o gravámenes a nacionales y empresas de Chile, más allá de los existentes. El famoso impuesto fue visto como una violación a esa disposición y también a un convenio que se tenía con la compañía, firmado en 1873, que indicaba que de 1874 a 1889 la misma estaba libre de todo impuesto⁸⁹.

Por consiguiente, las interpretaciones históricas “nacionales” y/o hegemónicas de Chile y las autoridades del país en ese entonces, le dieron crucial importancia al Art. 4 del Tratado de 1874, que a juicio del eminente político chileno Walker Martínez, era la base del mismo y lo único que favorecía verdaderamente a Chile en esa disposición, al otorgarle las garantías necesarias a los industriales chilenos de Caracoles y de la costa salitrera. (Bulnes, 1911. Tomo I: 39).

Si bien, los historiadores chilenos reconocieron que no era un impuesto exorbitante, indicaron que, a la larga, podía elevarse y la aceptación de tal medida hubiera significado admitir la burla de los bolivianos ante un “tratado solemne” que benefició más a Bolivia que a Chile, porque habían “cedido” un territorio trabajado por sus nacionales.

Siguiendo estos argumentos, ante los reclamos de la compañía, el Estado chileno no pudo desoírlos porque se sumaban a otras quejas respecto al trato que prodigaban las autoridades bolivianas a los chilenos y finalmente “los chilenos, dueños de todo, recordaban que ese territorio había sido de Chile, que lo había cedido á cambio de condiciones que no se habían cumplido, i protestaban que la nación dejase entregados a su suerte a sus hijos más audaces”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 50).

Por otra parte, fue fundamental para las versiones chilenas, el antecedente de las políticas peruanas sobre el guano y el salitre en Tarapacá, que, según lo que manifestaron, generaban un mal ejemplo que podía ser seguido por Bolivia. Particularmente, se refirieron a la nacionalización peruana del salitre en Tarapacá que, siguiendo estas interpretaciones, era explotado igualmente por industrias y capitales chilenos, por lo que la medida provocó una crisis económica que repercutió fuertemente en Chile.

⁸⁹ Esta transacción está citada en Bulnes (1880: 48).

José Miguel Concha⁹⁰ se remitió a las políticas peruanas frente a estos recursos como las causas mediatas de la Guerra del Pacífico, que terminaron con la expulsión de los capitalistas chilenos del sud de Perú, medidas que podían haberse seguido por parte de Bolivia, percibiendo al impuesto al salitre, como la “punta del iceberg” o un primer paso para la estatización del salitre boliviano, dejando fuera del negocio a los empresarios chilenos. Pero a diferencia de lo que aconteció con Perú, entre Chile y Bolivia si existía una traba jurídica, el Tratado de 1874, y los chilenos hicieron valer aquello en sus reclamos⁹¹.

Los estudiosos chilenos subrayaron la ley promulgada por Perú en 1873, donde se declaró la exclusividad del Estado peruano para exportar salitre, teniendo los productores del mismo que venderlo al Estado a precios bajos, ya que la exportación por cualquier otra persona o entidad que no fuera el Estado peruano, sería castigada con la confiscación. Barros Arana, se remitió al sabor amargo que tuvieron que tragar los productores de salitre de Tarapacá que no podrían negociar libremente los productos de su trabajo y viéndose obligados a venderlos al Estado peruano. (1880: 33).

Asimismo, debido a la especulación que trajo la medida, había bajado el precio del salitre y el gobierno peruano decidió limitar su producción para que se mantenga el precio del recurso, lo que también perjudicó a los productores. Finalmente, en 1875, se decretó la nacionalización del salitre. El Estado peruano procuró comprar todas las salitreras y a los que no quisieron vender, se les colocó un impuesto de derecho de exportación, que, de acuerdo a estas visiones, podía aumentarse arbitrariamente obligando a la larga e indirectamente a vender las mismas. Barros Arana, enfatizó:

Esta serie de desaciertos i de violencias, hirió principalmente a los capitalistas chilenos, que habian llevado su fortuna y su trabajo a la provincia peruana de Tarapacá. Ellos fueron la primera causa de la crisis comercial porque (sic) tuvo que pasar Chile en los años subsiguientes. (1880: 37).

⁹⁰ Diplomático e historiador chileno contemporáneo y autor de varias obras referidas a la Guerra del Pacífico. Representa una posición moderada y de mayor objetividad, pero, igualmente, defiende la posición articulada en Chile que justifica la intervención de su país en la guerra y lo que se obtiene de ella.

⁹¹ Entrevista a José Miguel Concha, 2011.

Frente a esta política, la prensa en Chile aseguró que se quería perjudicar adrede a los chilenos. Barros Arana, incluso mencionó como causa el “odio” histórico que Perú manifestaba contra Chile. (:37).

Así, al igual que en los relatos de los “esforzados” y “aventureros” chilenos que llegaron al Litoral, se enfatizó una fábula similar respecto a Tarapacá, destacando nuevamente que esos “esforzados” y “aventureros” chilenos que migraron a la zona, fueron los obreros de las obras públicas de Perú, levantando las salitreras, explotando pampas, haciendo puertos, construyendo ferrocarriles, etc. y a pesar de ello, el Estado peruano les pagó muy mal, con tratos denigrantes, y después despojándolos del fruto de su trabajo. (Bulnes, 1911. Tomo I: 54).

Se aseguró que el objetivo final de Perú era el monopolio total de la producción de salitre, incluyendo el control de las salitreras que se encontraron en la costa boliviana, y con ese espíritu se había decretado el impuesto al salitre en el gobierno de Daza, siendo el principio de una política en Bolivia similar a las peruanas. Incluso los historiadores, políticos y prensa chilena, llegaron a afirmar que el impuesto de Daza respondía a malos consejos y la injerencia de Perú en Bolivia.

De ahí que, desde estas percepciones, se insistió que no fue en sí el impuesto al salitre promulgado por Bolivia la causa en profundidad de la guerra, sino que éste era apenas el inicio de una política soterrada manejada por el que fue considerado, en las visiones chilenas, el verdadero rival y enemigo de Chile en la Guerra del Pacífico: Perú.

3.3 Las causas en profundidad: El Tratado de Alianza Defensiva, la rivalidad peruano-chilena y el fantasma de Argentina

Si bien las causas para declararle la guerra a Bolivia, para las interpretaciones chilenas, quedaban relativamente claras, ¿qué pasó con el caso de Perú? ¿Cómo es que, de pronto, este país se vio involucrado en un conflicto que podría haber sido exclusivo de Chile y Bolivia?

De acuerdo a las visiones chilenas, la mayor causa para involucrar a Perú en la Guerra del Pacífico fue el Tratado de Alianza Defensiva firmado por Bolivia y Perú en 1873. En primer término, este acuerdo no fue visto por Chile como “defensivo”, sino como “ofensivo y defensivo” y dirigido directamente contra Chile y eso fue permanentemente

recalcado por sus historiadores más importantes y se percibió en los discursos de los pensadores, políticos, militares y prensa tanto de la época como en lo posterior. En segundo término, el tratado se vio como una agresión a Chile pensada desde Perú, concebido como el autor principal del mismo y como el mayor confabulador que arrastró a Bolivia contra Chile. Por otra parte, arguyeron que fue un intento de reeditar la Confederación Perú-boliviana, principalmente por Perú, para consolidarse como “potencia geopolítica” en el Océano Pacífico, aprovechando los problemas que existían entre Bolivia y Chile desde 1842, buscando, finalmente, agredir y destruir a Chile. Maira, remitiéndose a las versiones históricas “duras” en Chile, indicó lo siguiente:

Los textos de historia de Chile subrayan que el estallido de la Guerra del Pacífico los gobiernos nacionales se limitaron a dar respuesta a amenazas inminentes. Predomina la interpretación de que el Tratado Secreto de 1873 entre Bolivia y Perú tenía como clave última la preparación de un enfrentamiento con Chile. Así lo probarían las órdenes de compra de buques de guerra y provisiones terrestres hechas por Perú”. (Maira, 2004: 30).

De esta forma, para el Estado chileno, la existencia del pacto se constituyó como una flagrante agresión desde, principalmente, Perú, al que se acusó de “traicionar” a Chile y darle una puñalada por la espalda. Se insistió que Perú “traicionó” a su “hermano” que le ayudó a declarar su independencia y lo socorrió en varias ocasiones cuando fue sometido a ataques externos⁹². También, como ya fue mencionado, se realizó un supuesto “odio” y “envidia” que tendría Perú hacia Chile y que hubiera motivado no sólo la “confabulación” del Tratado de Alianza Defensiva, sino la nacionalización del salitre y los permanentes malos tratos que los chilenos recibían en Perú, particularmente, en Tarapacá. Bulnes resumió: “La guerra fué un arreglo de cuentas entre el trabajador chileno y el país que lo había hostilizado”. (1911. Tomo I: 55).

En consecuencia, Concha advirtió que como causas en profundidad de la Guerra del Pacífico, estaría la histórica rivalidad entre Perú y Chile y entre los puertos del Callao y Valparaíso por el control comercial del Pacífico sur, pugna hegemónica que duraría todo el Siglo XIX y que tendría como expresión final, la Guerra del Pacífico⁹³.

⁹² Se refieren a la Guerra entre Chile y la Confederación Perú Boliviana (se entiende, en ese caso, que Andrés de Santa Cruz, quiso “conquistar” y anexar Perú a favor de Bolivia) y a la Guerra Hispano-sudamericana. Este tema será tratado con mayor profundidad en el acápite referido a la percepción chilena de Perú en el marco de la Guerra del Pacífico.

⁹³ Entrevista a José Miguel Concha, 2011.

También, aquello justificó que durante la guerra, Chile haya acometido notoriamente más a Perú que a Bolivia (este último país siempre estuvo en segundo plano para Chile), la invasión chilena a territorio peruano y su capital, y la posterior anexión de Tarapacá como parte de las “revanchas” y “castigos de guerra”.

Inclusive, en las narraciones chilenas abordadas, se manifestó que detrás de todo malentendido o diferendo entre Chile y Bolivia que concluyeron en la guerra, estaba siempre detrás la mano intrigante de Perú que atizaba los conflictos entre los dos países y ahondaba intencionalmente sus diferencias, lo que culminó en el hecho de que Bolivia se animara a auspiciar y firmar un supuesto pacto manifiesto contra Chile. Desde esos relatos, el objetivo final de Perú no sólo era el control total del guano y el salitre, incluyendo el que se encontraba en los territorios bolivianos, sino la supresión de Chile como país o dejarlo en un estado subalterno en relación a sus vecinos: “Todas las combinaciones del Perú se fraguaban sobre la ruina de Chile, sobre su desmembración total, i esto en el momento en que se presentaba en son de paz i de mediador amistoso”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 447).

Respecto de estos “planes” y “confabulaciones” contra Chile que venían de Perú desde el gobierno de Pardo para adelante y que además incluían a Argentina, Bulnes siguió:

Creo necesario dar a conocer en sus grandes líneas el objeto del Tratado secreto. El Perú partiendo del supuesto de que Chile procuraba anexarse el litoral de Bolivia salía a la palestra en son de caballero armado en su defensa. La suposición era necesaria, pues sin ella carecía de pretexto para interponerse entre Chile i el Gobierno de La Paz ofreciendo a éste la garantía de su espada. Como Chile no tenía según el Perú otra aspiración sino esa, la conveniencia de Bolivia era aprovechar que Chile carecía de fuerzas marítimas i que el Perú las tenía en condiciones tales de impedirle movilizar tropas en defensa del territorio disputado. I había que andar lijero porque Chile hacia construir dos blindados en Inglaterra. Esta era la idea. La manera de realizarla la siguiente: Bolivia declararía que no respetaba el Tratado de 1866 que era el vigente en esa fecha i ocuparía el territorio a que alegaba derechos, es decir toda la zona salitrera. Naturalmente Chile no soportaría el ultraje i declararía la guerra. Había que procurar que la iniciativa de la ruptura partiera de Chile. Después se solicitaría de Inglaterra el embargo de los buques chilenos en construcción en nombre de la neutralidad, i entrarían en acción el Perú i la Argentina con sus flotas. Nombro a la Argentina porque formaba parte del proyecto de Pardo buscar la cooperación de este país. La hoja de parra con que se cubría esta política era la palabra *arbitraje*. Las escuadras aliadas obligarían a Chile a someter al arbitraje lo que les conviniera, el que en caso de efectuarse, sería con el Pacífico dominado por ellas i con el territorio en disputa ocupado por Bolivia.

Nadie puede anticipar juicios sobre lo que no se ha realizado. Sin embargo, no es temerario creer que si Pardo consigue su objeto no se habría vuelto a hablar de arbitraje. ¿Es concebible que él, el fuerte, teniendo en la mano la rejión salitrera, su aspiración suprema, la entregase voluntariamente a las eventualidades de un juicio contradictorio?; ¿La Argentina, dueña del Pacífico llevaría a un tribunal sus pretensiones a la Patagonia cuando precisamente en esos momentos la gran divergencia consistía en su negativa tenaz de incluir la Patagonia en el arbitraje? Este es, crudamente espuesto, el sentido del Tratado secreto. Nunca corrió Chile mayor peligro, ni se eligió mejor el momento para dejarlo reducido a aquel sobrante que no le interesaba a ninguno de los complotados. La ventaja de cada uno era clara. Bolivia crecería tres grados sobre la costa: la Argentina se apoderaría de todos nuestros territorios orientales hasta donde quisiera: el Perú se haría pagar por Bolivia con la rejion salitrera. La síntesis del Tratado secreto era esta: la ocasión, el desarme de Chile: el pretexto para producir el conflicto, Bolivia: utilidad del negocio, la Patagonia i los salitres. (1911. Tomo I: 61-63).

Barros Arana, no fue más sutil con estas acepciones, al afirmar que desde 1873, la actitud de Bolivia había cambiado frente a Chile, presentándose provocadora y belicosa: “ni por un instante pasó por su mente la idea de que el Perú, que cada día se mostraba más cortés i amistoso en sus comunicaciones con Chile, fuese el verdadero i único autor de aquellas dificultades, preparadas tan artificiosamente desde Lima por medio del tratado secreto. (1880:42).

Más claras aún fueron las alusiones a Perú en diversas proclamas en Chile al estallar la Guerra del Pacífico en relación al tratado defensivo. Si bien se mencionó constantemente la supuesta violación boliviana a “pactos solemnes” como una de las causas de la guerra, con más energía se presentaron las mencionadas “ingratitude” y “traición” de Perú hacia Chile que tendrían como primer fruto la firma del pacto secreto con Bolivia. Por ejemplo, fue ilustrativo este discurso pronunciado por el gobernador eclesiástico de Valparaíso, Mariano Casanova en la celebración de un *Te Deum* para agradecer por los triunfos bélicos chilenos en marzo de 1881:

Tres veces ha sentido ya Chile la voz divina que le decía: levántate y camina hacia Perú. Primero le llamó para que en prueba de la fraternidad cristiana fuera a darle la libertad haciéndole participante de la felicidad de que gozábamos con la emancipación política. Era un hermano que iba a sacrificarse por su hermano y el Perú fue independiente.

En seguida nuestras legiones desbarataron los planes ambiciosos de un terrible caudillo y consolidaron la autonomía de dos repúblicas. El pabellón chileno se paseó triunfante en tierra y en mar, entrelazado con el peruano y pudo creerse que la unión sería sincera. Mas no fue así; y cuando disolvíamos nuestros regimientos y poníamos en subasta pública nuestras naves, el Perú urdía en secreto planes de venganza cuyo origen no nos es

desconocido. Entonces Dios robusteció nuestro brazo y armó a la patria con rayos de venganza y la envió invencible a castigar al ofensor de los más justos derechos”. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 234).

Miguel Emilio Letelier, ilustre político e intelectual chileno del Siglo XIX, en un discurso pronunciado en Talca en marzo de 1879, manifestó que “el Perú se ha mostrado hostil a Chile, firmando secretamente un pacto deshonesto con Bolivia en nuestra contra”. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 258).

Igualmente, las versiones chilenas aseguraron que Chile no conoció la existencia de este Tratado a no ser en 1879, lo que fue el motivo para declarar la guerra a Perú. Insistieron que fue una sorpresa y un trago muy amargo, porque Perú y Bolivia de 1873 para adelante le ofrecían amistad y con Bolivia incluso llegó a firmar el acuerdo de 1874, una amistad que, según estas versiones, fue fingida y para ganar tiempo para que Perú adquiriera blindados de guerra o impida que Chile obtuviese los que había mandado a construir en Europa. No obstante, las recriminaciones por ello, se dirigieron más hacia Perú porque, además según estas interpretaciones, luego de la ocupación chilena de Antofagasta, este país se brindó a Chile como mediador, mostrando una doble cara, todo para ganar tiempo mientras se preparaba para la guerra. Bulnes acotó:

En cambio en Chile nadie conoció el Tratado que era el secreto a voces en el Perú, en Bolivia i en la Argentina. Oyeron hablar de él Godoi, Blest Gana, Ibáñez, pero no supieron su alcance ni sus estipulaciones. Los hombres más interiorizados en nuestra política no creyeron en su realidad cuando el público lo aseguraba en la prensa i en los mitins (sic) que se celebraban en Santiago i Valparaíso antes de declararse la guerra. Hai declaraciones de don Manuel Montt, de don Domingo Santa María, de Vicuña Mackenna, de don Antonio Varas, que así lo aseguran, i a ellos puedo agregar el nombre del Presidente Pinto, pues tengo motivos personales para saber que en marzo de 1879 no creía en la realidad del Tratado secreto. Esto explica la oleada de indignación que despertó en Chile la confirmación oficial de la existencia de ese Pacto, i mayor hubiera sido si se hubieran sabido entonces las proyecciones siniestras que entrañaba para nuestra integridad territorial. (1911. Tomo I: 100).

3.3.1 El fantasma de Argentina

Como se anotó con anterioridad, existió la posibilidad de que Argentina integrase el pacto de alianza entre Perú y Bolivia. Esta suposición alimentó aún más, en las versiones chilenas que explicaron las causas de la Guerra del Pacífico, esa idea de que el plan final

de Perú, Argentina y Bolivia era suprimir a Chile como nación o dejarlo como un Estado subalterno y a merced de estos dos primeros países como seculares rivales.

En este sentido, al igual que entre Chile y Perú, la rivalidad argentino-chilena se remontó a mucho antes de la consolidación de las Repúblicas independientes. Así como existe el mito en Chile de que chilenos “liberaron a Perú”, en Argentina se alimentan los discursos chovinistas con el planteamiento de que fueron argentinos los que, al mando de San Martín, dieron la independencia a Chile, interpretación que no es muy bien recibida por las expresiones nacionalistas chilenas. (Estremadoiro, 2011: 148).

Además, hubo una pugna constante entre Argentina y Chile debido a la pretensión de convertirse en la nación dominante en la geopolítica del sur de Sudamérica, con varias situaciones que casi llevan a desenlaces bélicos. (Ibid).

La susceptibilidad de Chile frente a sus vecinos, incluida Argentina, puede ilustrarse en este discurso de Miguel Emilio Letelier, que aseguró:

Hace algún tiempo, señores, que algunas naciones vecinas, tales como el Perú, la República Argentina y Bolivia, nos miran con cierta ojeriza o envidia que sienta muy mal en repúblicas que poco ha se titulaban nuestras hermanas [...]

Nada diré de la República Argentina, porque todos vosotros recordáis todavía los hechos de ayer: usurpación, altanería, insultos; nada omitió el argentino para nosotros, confiando tal vez en nuestra paciencia y el espíritu de paz, perjudicial a veces, que anima a nuestros gobernantes. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 258).

Justamente estas palabras, dichas en marzo de 1879, dieron cuenta de la posibilidad de que Argentina se sumara a la Guerra del Pacífico a favor de Perú y Bolivia.

No obstante, el hecho de que representantes de Perú hayan sido los que gestionaran la adhesión de Argentina al Tratado de Alianza, aumentó, en las visiones desde Chile, las recriminaciones contra Perú y la acepción de que el mayor enemigo de Chile era este país, justificando, por tanto, la dureza de Chile frente a Perú durante la guerra, su ocupación y las consiguientes pérdidas territoriales que resultan terriblemente desfavorables para Perú.

Así, al haberse dado la neutralidad Argentina frente a la guerra y resuelto las discrepancias que tenía con Chile por la vía diplomática, a diferencia de los discursos de algunos

notables chilenos y de la prensa del momento, los historiadores de Chile, fueron muy cautos para referirse a Argentina y estrellaron todas las culpas hacia Perú, que, como ya se anotó, fue mostrado como el organizador de todas las conjuraciones contra Chile: “El Perú dio al Tratado su verdadero alcance internacional. El lector conoce ya los esfuerzos que desplegó con Bolivia para que precipitase la ruptura en 1873, i con la Argentina para que hiciese causa común con ellos contra Chile”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 101).

Esta actitud de Perú que “había echado tanto combustible en el caldero de la guerra” (Ibid: 101), de acuerdo a la historiografía chilena, se matizó cuando llegó el primer blindado que Chile encargó en Europa, augurando una guerra inminente que después Perú quiso evadir.

**IV. Matar o morir: La construcción mítica heroica y “antiheroica” en la
Guerra del Pacífico**

IV. Matar o morir: La construcción mítica heroica y “antiheroica” en la Guerra del Pacífico

1. Bolivia

*Este país tan solo en su agonía,
Tan desnudo en su altura,
Tan sufrido en su sueño,
Doliéndole el pasado en cada herida.*
Gonzalo Vásquez

Lo que caracteriza a las cimentaciones míticas bolivianas relacionadas a la Guerra del Pacífico es una construcción, por un lado, lacerante y doliente que refuerza el papel boliviano no sólo como uno de los países que capituló en la guerra, sino respecto a las consecuencias de la misma que implicaron su mediterraneidad, particularidad que se perfila como la más dolorosa de la historia del país. En ese entendido, los autores bolivianos que abordaron el tema de la Guerra del Pacífico presentaron inculpaciones a personajes de la época y frente a las élites gobernantes, constituyéndose una serie de leyendas negras frente a la actuación boliviana en la misma.

Por otra parte, cual sumiéndose en una especie de polaridad, hay también un reforzamiento “heroico” que rescató ciertas efigies que se convirtieron en hitos muy arraigados en la conciencia colectiva boliviana, como una forma de consuelo y expiación y que se refuerzan a partir de la recordación de la Guerra del Pacífico y sus consecuencias, como acontecimientos que son reproducidos, como ningunos otros de la historia boliviana, por la educación escolar y militar, los medios de comunicación y los aparatos del Estado y sin importar las coyunturas históricas y políticas. A continuación, revisaremos esas construcciones míticas.

1.1 La luz en el abismo o la mitificación heroica boliviana de la Guerra del Pacífico

1.1.1 *“Que se rinda su abuela”*

Siguiendo los acontecimientos posteriores al 14 de febrero de 1879, cuando el ejército de Chile ocupó Antofagasta, para las interpretaciones desde Bolivia sobre la Guerra del Pacífico, el hecho histórico más importante fue la intervención chilena en Calama, donde unos pocos civiles bolivianos realizaron una dolorosa resistencia. De ahí se desprendió el aniversario que Bolivia recuerda en relación a la guerra, el 23 de marzo, denominado “Día del Mar” y se enarbó al mayor héroe boliviano de la Guerra del Pacífico, Eduardo Abaroa. Baptista, analizó que la intervención militar en Bolivia fue tan desastrosa, que las visiones bolivianas se aferraron a alguien que hubiera puesto la cara dignamente y que hubiera muerto con entereza, y eso representó la figura de Abaroa. (Entrevista a Mariano Baptista, 2011).

En este sentido, la literatura sobre el tema abunda en enaltecimientos al suceso, característicos de las visiones históricas “nacionales” y/o hegemónicas que serán las que se insertarán en la conciencia colectiva y se transmitirán, masivamente, a partir de la educación escolar, los cultos militares, los medios de comunicación y la celebración y exaltación de la efeméride cada año.

A pesar de lo infortunado del suceso en sí donde fueron inmolados la mayoría de los resistentes bolivianos, logrando, el ejército chileno, la toma de Calama con cierta facilidad, en estas versiones, se destacó la “valentía” de los defensores de Calama, que decidieron “ofrendar su vida por la patria”, más allá de las condiciones desfavorables. En las representaciones sobre el acontecimiento, pareció no importar tanto la derrota, sino al contrario, se realzó la misma y mejor si fue trágica, como sinónimo de sacrificio. Reafirmando este sentir, se construyeron los imaginarios sociales relacionados a la Guerra del Pacífico en Bolivia y la constitución mítica de sus héroes, corroborando una arraigada autopercepción que sustenta un sentir doliente.

Sobre el episodio de Calama, el historiador Roberto Querejazu fue elocuente en cuanto a la narración de la desventaja de los bolivianos frente a las tropas chilenas, lo que enalteció su heroísmo:

Los 135 eran bravos, tanto más resueltos cuanto más solos se sentían en medio del desierto. Su estado psicológico tenía dos firmes puntales: Ladislao Cabrera y Eduardo Abaroa” [...] Agotadas las municiones, rota en varios puntos la débil línea defensiva, con el fuego de los tuscales incendiados por los atacantes avanzando sobre sus refugios, Cabrera y su gente no tuvieron más alternativa que el repliegue. Su actuación en esa memorable mañana fue en el fondo nada más y nada menos que un gesto, un bello gesto de coraje y patriotismo. Un gesto que, aunque no pudo lograr su objetivo material de detener al invasor, dejó a salvo el honor nacional. (1979: 293; 300).

Realzando el valor de su resistencia, el mismo Ladislao Cabrera (que lideró la misma), en una proclama a los ciudadanos de Calama indicando que no aceptarían la intimación de rendición de los chilenos, escribió que no se acobardaba ante la superioridad numérica del enemigo:

Conociendo yo vuestro abnegado patriotismo y vuestro incontrastable valor, he contestado que defenderemos hasta el último trance la integridad del territorio de Bolivia. Bien sabéis que Chile en la guerra que nos hace, no tiene otro recurso que la superioridad numérica. Con esa superioridad se apoderó de Antofagasta y Caracoles y pretende ahora que con esa superioridad numérica entreguemos las armas que hemos empuñado para defender la patria. Que sepa Chile que los bolivianos no preguntan cuántos son sus enemigos para aceptar el combate. (Citado en Querejazu, 1979: 290).

También, fue ilustrativa la narración de Mesa sobre la resistencia de Calama y Abaroa:

Los defensores se parapetaron en varios puntos de las afueras de la población y resistieron valientemente los ataques de la caballería chilena bajo la enérgica conducción de Cabrera. Aunque tenía varios flancos, la agresión se concentró en el Puente del Topáter sobre el río Loa. Después de repeler un par de andanadas, el grupo en el que estaban Eduardo Abaroa, Juan Patiño y Saturnino Burgos, intentó un contraataque, pero la superioridad numérica chilena arrasó a los defensores, muchos quedaron muertos, otros se retiraron ante la inutilidad de la defensa, pero Eduardo Abaroa herido en la garganta se negó a la retirada y enfrentó a un contingente de más de 100 soldados de Chile. Solo, disparó y mantuvo a raya a los atacantes hasta que se le acabó la munición, estaba ya muy débil por la sangre que manaba a borbotones de su garganta. Los oficiales chilenos le intimaron rendición y el hombre, convertido en un emblema de la nación respondió con la frase que lo llevó a la inmortalidad: ¡Que se rinda su abuela carajo! Dos disparos le cegaron la vida. Las tropas invasoras tomaron el lugar, pero admiradas por el valor del héroe lo enterraron en el cementerio de Calama. (Mesa, 2003: 456-457).

Para ilustrar la emotividad que despierta este episodio y la construcción de la figura heroica de Abaroa, veamos lo que explicó Querejazu, cuya prosa en esta fase de su obra, se tornó aún más sensible:

El hombre que se quedó en su puesto nació en San Pedro de Atacama. Tenía a la sazón 41 años. Era casado y tenía cinco hijos: dos muchachos y tres niñas⁹⁴. En su infancia, el viento y el frío de la puna templaron su cuerpo y su espíritu [...] Al llegar a la madurez era un hombre alto, delgado, de movimientos tranquilos. Cabello encanecido prematuramente. Frente amplia y despejada, cejas hirsutas, ojos claros, mirada franca y bondadosa, nariz regular, labios y mentón cubiertos de bigotes y barbilla haciendo triángulo [...] Fue el primero de los civiles en ofrecerse como voluntario a don Ladislao Cabrera. Se convirtió en su brazo derecho para los preparativos de la defensa. Cuando todo estuvo listo, Cabrera le aconsejó que volviese al lado de su familia. Él le contestó: ‘Soy boliviano, esto es Bolivia y aquí me quedo’.

El 23 de marzo, se lanzó a la lucha con inquebrantable decisión. No le bastó quedarse en una de las trincheras del Topáter. Cruzó el río encabezando al mayor Patiño, el oficial Burgos y los ocho rifleros. Patiño, Burgos y los soldados cayeron prisioneros. Él permaneció en una zanja armado del Winchester que llevaba desde el principio de la refriega y de otros dos recogidos de compañeros caídos a su lado. El peón que vino con él desde San Pedro de Atacama le ayudaba a cargarlos. Abaroa era tan Quijote que tenía hasta su escudero.

Quería multiplicarse en un loco afán de contrarrestar la superioridad numérica del enemigo. Una bala enemiga lo hirió en la garganta. La sangre salió a borbotones. Siguió disparando, saltando de un lado a otro de su escondite. Había llevado consigo una provisión de 300 proyectiles. El toque de retirada le dolió en el alma. ¿Irse? ¿Retroceder? ¿Ceder el campo al matón? No oyó más los disparos de sus compatriotas. Despidió al indio con un postrer mensaje para su esposa y se quedó solo, inmensamente solo frente al invasor. En ese momento dejó de ser un guerrero para convertirse en un símbolo, en el símbolo de una nación que se alzaba como un solo hombre para cumplir el mandato de Antonio José de Sucre, de morir antes de ceder un palmo del solar patrio [...]

Mas el combate unipersonal de Abaroa contra Chile no pudo durar sino lo que duraron sus balas. Cuando los chilenos llegaron hasta la zanja lo encontraron apoyado en una de las paredes, sucio de pólvora, sangre y tierra, tratando de mantenerse erguido, pese a que con el desangre de dos heridas había perdido mucho de su vitalidad. Seguía en actitud desafiante, con el Winchester dirigido a sus enemigos, empuñando fuertemente las dos manos.

Se le intimó a la rendición. Abaroa contestó con voz ronca, como un rugido:

-‘¡Que se rinda su abuela...Carajo!’.

⁹⁴ Otras versiones históricas sostienen que Abaroa no se casó oficialmente, sino que convivía con la madre de sus hijos que era de pollera (vestimenta típica de la mestiza boliviana), cosa que, en la época, no era muy bien vista por los prejuicios raciales decimonónicos, por lo que no se destacó aquello en algunas interpretaciones históricas. Otras, más actuales, al contrario, acentúan este aspecto de su vida privada para catalogarlo como un boliviano que incluso traspasó los estigmas del contexto en que vivía, y, siendo de tez blanca, se juntó con una mestiza. Se enfatizó que antes de partir a Calama, se casó finalmente con la mujer para asegurarle su heredad, por lo que presentía que podía perder la vida en Calama.

Porque no tenía más proyectiles blandió la frase como una espada, con la palabrota final como el filo que hendía en la conciencia de Chile.

Se hicieron dos disparos, que equivalían a fusilar a un moribundo.

Quienes lo mataron, al ver derrumbarse su cuerpo, creyeron que abatían su rebeldía, que derribaban su insolencia, que silenciaban su grito de cólera. Se equivocaron. Lo hicieron inmortal. Lo colocaron sobre un pedestal desde el cual, con su imagen perpetuada en bronce, sigue hoy alentando a sus compatriotas a no cejar en sus esfuerzos hasta recuperar una salida al mar.

Los mismos chilenos lo enterraron la tarde del 23 de marzo en el cementerio de Calama⁹⁵. Su epitafio habría podido ser su propia frase: ‘Soy boliviano, esto es Bolivia y aquí me quedo’. (Querejazu, 1979: 300-306).

La frase pronunciada por Abaroa, donde se negó a rendirse, es repetida constantemente como homenaje, principalmente en el “Día del mar” y no hay boliviano que no la conozca. Es más, justamente en lo que se hace más hincapié en la enseñanza masiva sobre la Guerra del Pacífico es en la descripción del episodio de Abaroa y la defensa de Calama con argumentos y metáforas tan emotivas como las que citamos. Como ejemplo sobre lo que se enseña en la escuela respecto a la fecha cívica del 23 de marzo, tomamos un texto escolar de Estudios Sociales del profesor Simeón Villca, dirigido a niños de 5to de Primaria, en el que se exaltó: “Como justo homenaje a la heroica defensa de Calama, en la que Abaroa y un puñado de hombres ofrendaron sus vidas en aras de la dignidad nacional, el 23 de marzo de cada año, se exalta y reafirma el ideal marítimo latente en el corazón de todo boliviano”. (Villca, s/a: 131).

Replicando esas narraciones heroicas, “El libro del mar” recuerda que “Eduardo Abaroa prefirió la muerte antes que rendirse en el puente del Topáter el 23 de marzo de 1879. Es el máximo héroe civil de Bolivia”. (Op. Cit.: 21).

⁹⁵ Paradójicamente se conoce de Abaroa y su valentía, por información proporcionada por los soldados chilenos que quedaron asombrados por la decisión indeclinable en no rendirse. Querejazu citó al subteniente chileno Carlos Souper que narró en una carta (publicada en un diario de Valparaíso) lo siguiente: “Cuando el enemigo desamparó bien las trincheras fuimos avanzando, saltando fosos y cercas, llegando a un cerco chico, donde había muchos matorrales y un fosito de diez varas de largo, con un puentecito de menos de una vara de ancho por donde había que pasar. Nos sorprendió constatar que un boliviano desde dentro hiciera fuego a más de cien hombres, entre caballería y el 2º de Línea, que iban a pasar por allí. Pues, amigo, nos dio balas, duro, y fue imposible pillarlo por mucho que se lo buscaba”. (Citado en Querejazu, 1983: 72).

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

Asimismo, se ha compuesto el “Himno a Abaroa” que se enseña desde las escuelas y se entona en cada efeméride nacional, en especial en el “Día del Mar”. Sus estrofas, dicen:

Cantemos

Un himno nuevo al valor,

Buscando

Un ritmo bello de amor.

Al hombre que supo

Audaz defender,

La Patria amada,

Que le vio nacer.

Llenemos de amor y gloria,

Al hombre que supo morir.

Abaroa es el sol de la gloria

Que en los campos de muerte brilló,

Pregonando canción de victoria

Que el coraje su frente ciñó.

Es por eso, que Eduardo Abaroa

Irá en los pliegues del bello pendón

Reflejando su imagen de gloria

Palpitando su gran corazón”⁹⁶.

⁹⁶ La letra y música de este himno es de Luis Felipe Arce.

1.1.2 Otros héroes

Como es característica de toda visión de guerra narrada por las historias “nacionales” (marcadas por los nacionalismos y expresiones de patriotismo político), hay una fuerte presencia de las representaciones militares, a pesar de la derrota boliviana en la Guerra del Pacífico. El enaltecimiento de los “héroes” es parte del reforzamiento del sacrificio de la nación vencida, así en las interpretaciones históricas bolivianas se enarbolan más protagonistas.

Dos de ellos son principalmente mencionados en las versiones destinadas a la escuela y que reproducen constantemente los medios de comunicación, al ser una joven y un niño. La joven, llamada Genoveva Ríos, habría “salvado” la bandera boliviana en la ocupación chilena de Antofagasta, guardándola bajo sus ropas. Sobre ella, en el documental de la Guerra del Pacífico, escrito y dirigido por el historiador Pablo Michel, indicó: “En esos momentos se vio el valor, el amor, el honor y compromiso con la patria como el de la niña Genoveva Ríos que salvó la última bandera boliviana que flameó en Antofagasta”.

El otro héroe niño es más emblemático, al punto que el gobierno de Evo Morales, colocó su nombre en un bono escolar que cada año se reparte a los estudiantes de las escuelas públicas. Según se dice, Juancito Pinto, niño tamborilero del Regimiento “Colorados de Bolivia”, cambió su tambor por un fusil para sumarse a la lucha donde perdió la vida: “Juancito Pinto, el héroe niño, es símbolo y guía de nuestra juventud. En defensa del mar boliviano, cambió su tambor por un fusil y murió luchando con los Colorados de Bolivia en la Batalla del Alto de la Alianza”. (Villca, s/f: 102)⁹⁷.

Para reforzar estas visiones, cada año en la entrega del “Bono Juancito Pinto” en las escuelas y suele escenificarse el episodio donde los Colorados de Bolivia se enfrentaron a las tropas chilenas.

Otros héroes que se suman a la simbología de Bolivia sobre la Guerra del Pacífico, aunque con menos resonancia que Abaroa, son Ladislao Cabrera, que organizó la defensa de Calama, y Rafael Bustillo, que antes de la guerra había “advertido” sobre la “expansión chilena” y fue conocido por ser uno de los representantes bolivianos que más entredichos diplomáticos tuvo con el Estado chileno. Además, Bustillo escribió unas alegóricas

⁹⁷ Libro escolar del Estudios Sociales dirigido a estudiantes de 5to de Primaria.

misivas al presidente boliviano Agustín Morales sobre los conflictos diplomáticos que finalmente derivaron en el Tratado de 1874 y donde reflexionó sobre el “carácter de los chilenos” de forma no muy halagadora⁹⁸. Por tales “advertencias”, fue reconocido por gran parte de los autores bolivianos como un “patriota”.

Entre otras figuras bolivianas, se destacó Julio Méndez, ministro de Hilarión Daza que le aconsejó enfrentar a Chile con una guerra de guerrillas con base en el altiplano boliviano, plan que para algunos historiadores fue el único que se generó desde Bolivia en la guerra, pero que nunca se llevó a cabo⁹⁹.

Por último, tan emblemático como Abaroa y Juancito Pinto, fue el Regimiento “Colorados de Bolivia”, que funge en tiempos de paz como escolta presidencial. Su participación en la batalla del Alto de la Alianza generalmente es glorificada. Se dijo que entraron en la batalla entonando marchas y con una tela que una “madrina de guerra” les coció como una especie de faja mortuoria, que a juicio del historiador Pablo Michel, puede ser considerada una “sábana santa” (Documental “La Guerra del Pacífico”, 2011). A pesar de que también el ejército peruano-boliviano fue derrotado en esta batalla, se contó que cuando ingresaron los “Colorados”, lo hicieron con un grito que, al igual que el dicho de Abaroa, se convirtió en un lema repetido tanto por estudiantes, como soldados, en Bolivia. Explicó Villca:

Cuando el batallón peruano era dominado por los chilenos, los soldados del Batallón ‘Colorados de Bolivia’, animados por su jefe Cnl. Idelfonso Murguía, se presentan como leones al grito de ‘temblad rotos, que aquí entran los Colorados de Bolivia’.

El ejército aliado, pese a su espíritu combativo, es derrotado por la superioridad numérica del enemigo. (Villca, s/f: 101).

Desde la historiografía profesional, también Mesa acentuó la actuación de los “Colorados” en la Batalla del Alto de la Alianza:

Entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde se combatió fieramente, el episodio más destacado fue la intervención heroica de los Colorados de Bolivia que cargaron para reforzar la debilitada ala izquierdista del Coronel Camacho¹⁰⁰. El empuje de los Colorados

⁹⁸ Se analizará parte de lo dicho en estas cartas en capítulos posteriores.

⁹⁹ Este plan proponía combatir a Chile mediante una guerra de guerrillas, pero suponiendo que Chile buscaba entrar a territorio boliviano más allá de la zona costera, cosa que nunca estuvo entre los planes chilenos, ya que, en cambio, avanzaron hacia Perú.

¹⁰⁰ Militar boliviano a cargo del ala izquierda de la resistencia aliada.

representó un fuerte avance aliado que hizo retroceder a la primera división chilena y resistió con entereza la carga chilena de caballería de Yavar¹⁰¹ [...] Fue el último momento en que se pudo pensar en una victoria aliada. (Mesa, 2003: 464).

Estos relatos fueron frecuentes al momento de abordar las batallas de la guerra en las que participó Bolivia.

1.1.3 Exaltación de las batallas desde Bolivia

Como fue característico en los otros países estudiados, en las visiones bolivianas sobre la Guerra del Pacífico también se generó el enaltecimiento de algunas batallas que reforzaron la construcción mítica y heroica sobre la guerra. En el caso de Bolivia, sobresalieron principalmente los relatos sobre la batalla del Alto de la Alianza o Tacna. En los mismos, se hizo hincapié en las condiciones desfavorables de los aliados, frente a las ventajas bélicas de los chilenos o un mayor número de éstos, como forma de comprender la derrota¹⁰².

Sobre la batalla del Alto de la Alianza, Querejazu explicó la situación de desmoralización y menoscabo de los bolivianos antes de la contienda:

Los chilenos habían descansado bien durante la noche, estaban alimentados y llevaban el engreimiento de sus campañas anteriores. Los aliados habían pasado la noche en vela, en una absurda caminata. Los peruanos recibieron algún alimento. La mayoría de los bolivianos ninguno. Muchos peruanos tenían la experiencia de la defección de San Francisco y del triunfo de Tarapacá. Entre los bolivianos, unos conservaban el amargo recuerdo de Pisagua y San Francisco, otros de Camarones y del forzoso destierro de un año en Tacna, los nuevos, del vagar sin sentido, durante meses, en el gélido altiplano. No obstante, ningún peruano ni boliviano se sintió desfalleciente. Las músicas marciales y alegres que ejecutaban las bandas retemplaron sus espíritus. Cada uno se preparó a su modo para jugar su vida en la sangrienta lotería que iba a decidir el futuro de su patria. (1979: 540).

Asimismo, esta batalla vuelve a remitir al heroísmo de los “Colorados de Bolivia”, cuyo destaque hizo el escritor Alcides Arguedas:

¹⁰¹ Militar chileno a cargo de la caballería de Chile. Otros autores lo denominan “Javar”.

¹⁰² Cabe recalcar que igualmente en las versiones chilenas abundaron las narraciones que resaltaron supuestas desventajas de los oriundos de Chile frente a los aliados, como forma de magnificar sus victorias, se verá ese tema más adelante.

La marcha de los Colorados bajo el fuego enemigo ha sido magnífica como valor tranquilo y temerario. Murguía con voz vibrante y de simpático timbre, ordena el avance del batallón que al punto se mueve como un solo hombre, sin perder ni un momento la pureza de su línea y se lanza al combate cual si entrase a uno de esos campos de maniobra que en las solemnidades organizadas para festejar los caudillos bolivianos, constituían el encanto de las gentes en los despejos. El jefe, alta la mirada, la espada firme en su puño de acero, sigue a la tropa a veinte pasos de distancia y montado en su caballo rosillo.

Es tan marcial la marcha de esos hombres bronceados y de rostro enérgico, que los demás batallones a cuya retaguardia desfilan, quedan paralizados de admiración y secreta envidia. (Arguedas, 1922: 406-407).

Por otro lado, Campero que asumió la presidencia de Bolivia después de la deposición de Daza y que dirigió a los aliados en la batalla del Alto de la Alianza, fue igualmente nombrado como un héroe, principalmente por sus esfuerzos para organizar el ejército peruano-boliviano más allá de las falencias internas. Arguedas ilustró esa percepción junto con hacer ahínco en los imaginarios lamentosos que devienen de las consecuencias de la Guerra del Pacífico para Bolivia:

Su gesto es simbólico. El viejo soldado lleva consigo un pendón plegado a la fuerza en esas playas donde ya de pronto no volverá a lucir sus colores, porque el arrogante e implacable vencedor mutilará atrozmente la patria de los libertadores colombianos, privándola injustamente de su salida al mar, es decir de los atributos propios de su soberanía y reduciéndola a la condición de un estado vasallo que para comunicarse con el mundo habrá de rendir tributo y sometimiento al señor del suelo, por donde trajine, y esto impunemente y hasta con la complicidad de todos los demás Estados del continente, fríos y arrogantes ante las innecesarias desventuras de un pueblo pobre y desgraciado. (Arguedas, 1922: 409-410).

Por último, por la belleza de la prosa y porque también refuerza las exaltaciones heroicas, está esta descripción de las “rabonas” bolivianas. Las “rabonas” fueron mujeres que acompañaron la marcha del ejército peruano-boliviano a lo largo de las duras batallas:

El cuadro no era sólo de mortandad. Tenía un elemento vivo, pero mucho más triste que las figuras de los muertos. Mujeres vestidas con mantas y polleras descoloridas, algunas cargando una criatura en la espalda o llevando un niño de la mano, circulaban entre los cadáveres, encorvadas, buscando al esposo, al amante y quizás al hijo, que no volvió a Tacna. Guiadas por el color de las chaquetas, daban vuelta a los restos humanos y cuando reconocían al que buscaban, caían de rodillas a su lado, abatidas por el dolor, al comprobar que el ser querido, al que habían seguido a través de tantas vicisitudes, con tanto esfuerzo y sacrificio, había terminado su vida allí, en esa pampa maldita, de una manera tan cruel, desfigurado por un proyectil, polvoriento y ensangrentado, convertido en un miserable

pingajo de carne pálida y fría que comenzaba a descomponerse bajo un sol sin piedad y un cielo inmisericorde. ¡Oh rabona boliviana, tan heroica como los guerreros yacentes! Heroica desde tu infancia en un hogar paupérrimo. Heroica como chola, paradigma de coraje, resistencia e imaginación para la lucha por la vida. Heroica al caminar detrás de los batallones, cargando víveres y ollas en las manos y a veces un hijo en la espalda. Heroica cuando los hombres fuertes caían rendidos al término de las largas jornadas y tú todavía tenías que buscar el agua y la leña y cocinar lo que sostendrá al compañero. Heroica al servir al soldado de apoyo moral, de cocinera y de amante. Heroica al hacer diariamente el milagro de un 'chairo' o una 'lagua' sin más recurso que unos centavos, que él quiere que también alcancen para cigarrillos y alcohol. Heroica al saber que ha comenzado la batalla y esperar estoicamente el resultado, con el corazón ahído de terribles premoniciones. Heroica al lavar con lágrimas la sangre del compañero de tu miseria. Heroica al cavarle una tumba con tus uñas y cubrirlo con arena que se llevará el viento.

¡Oh rabona boliviana, la más anónima de los héroes anónimos, nunca nombrada en las crónicas o los libros, sin un solo nombre propio registrado por la historia, no obstante de haber hecho méritos sobrados para tenerlo grabado con letras de oro en los altares propios. (Citado en Querejazu, 1979: 560-561)¹⁰³.

1.2 Las encarnaciones de las culpas

1.2.1 *Daza o el antihéroe boliviano*

Entre las varias derrotas que sufrió Bolivia en la Guerra del Pacífico, unas fueron más realizadas que otras desde las interpretaciones históricas bolivianas, ya sea por el sacrificio de los soldados o el abuso del enemigo, siguiendo un imaginario lacerante. Desde estas aristas, se edificaron la escaramuza de Calama, donde se elevó Abaroa como héroe máximo de la guerra, y la batalla del Alto de la Alianza con los “Colorados de Bolivia” como símbolos del empuje y sacrificio de Bolivia.

Sin embargo, hay otros hechos, poco esclarecidos, que fomentaron la idea de una mala dirección de la guerra desde el Estado boliviano, que, a pesar de la “valentía” de sus soldados, precipitó al país a la capitulación. El más emblemático fue la “retirada de Camarones” que se sumergió en el imaginario colectivo como un acto de cobardía que es atribuido al presidente Daza que se constituyó como el principal antihéroe boliviano de la Guerra del Pacífico.

¹⁰³ Este pasaje está atribuido a una mujer boliviana que fue al teatro de la Guerra del Pacífico, como enfermera voluntaria. Su nombre era Ignacia Zeballos. Sin embargo, en el libro de Querejazu, el pasaje se presenta sin comillas o algún signo que indique que se trata de una cita. Tal vez se trate de un error de edición.

Se contó que los soldados bolivianos marcharon a Iquique para auxiliar al ejército peruano, pero por el desgaste y la sed en pleno desierto como argumentos formales, Daza decidió dar marcha atrás. Este es uno de los aspectos, en las visiones bolivianas, por los cuales mayormente se culpó a Daza por el infortunado papel de Bolivia en la guerra donde, incluso, se calificó a la decisión como “traición” o “cobardía”. Se cuestionó el supuesto hecho de que se les otorgara vino en lugar de agua a los soldados que, derrotados por la sed y el exceso de alcohol, no hubieran podido resistir la misión.

El incidente de Camarones fue tan mal visto tanto por la opinión pública boliviana- como por la peruana-que, una vez se conoció el suceso, los aprestos golpistas contra Daza se intensificaron al punto que tuvo que retornar al centro de poder boliviano desde el campo de batalla, para intentar contrarrestar la situación, aunque sin mayor fortuna. Sobre la “retirada de Camarones”, Mesa explicó:

Sean cuales fueren las razones que condujeron a esta decisión (confabulación soterrada pro-chilena en algunos oficiales, venalidad, desesperanza, situación realmente precaria de la tropa), la primera responsabilidad le corresponde al conductor y jefe máximo, el Presidente y General Hilarión Daza y, en menor medida, pero igualmente grave, a los miembros del mando que lo acompañaban. (Mesa, 2003: 460-461).

Asimismo, algunas versiones históricas bolivianas se preguntaron si Daza fue mal aconsejado para dar marcha atrás en Camarones por los que querían deponerlo del gobierno y dar por finalizada la participación de Bolivia en la contienda, es decir, la elite minera de la plata que sostuvo siempre una posición crítica frente a la Guerra del Pacífico y procuró su ocaso lo antes posible. Otras interpretaciones más duras, plantearon la posibilidad de que Daza pudo ser “comprado” por Chile para boicotear la participación de Bolivia en la guerra y la alianza con Perú. Indicó Querejazu:

El General Daza, que desde que llegó a Tacna se mostraba ansioso de enfrentarse con los chilenos, en una conducta que la historia aún no ha terminado de aclarar y que muestra serios indicios de que hubiera sido comprado por Chile para romper la alianza, hizo marchar sus tropas (2.350 hombres) en las horas de más calor, contrariando el consejo del Presidente Prado y otros jefes peruanos, con cantimploras llenas de vino en vez de agua y sin suficiente acumulación de este segundo e indispensable elemento en la primera etapa. Después de una caminata desorganizada de dos días sobre un arenal calcinado que se jalonó con muertos de sed, desde Camarones telegrafió al Supremo Director de la Guerra diciéndole que su ejército se negaba a seguir adelante. El Presidente Prado le pidió que lo hiciese volver. Así se efectuó. (Querejazu, 1983: 98).

Por otra parte, siguiendo representaciones de una autopercepción boliviana dolorosa relacionadas con la “fatalidad de la raza” (tema que se verá en los capítulos que siguen), Daza también fue repudiado por la elite boliviana de la época por su mestizaje y por no pertenecer a ninguna de las “nobles familias blancas” que históricamente manejaron el poder. Siendo de origen humilde, como otros dictadores bolivianos, ascendió en la carrera castrense participando en las distintas asonadas y golpes de Estado que marcaron el Siglo XIX en Bolivia, catapultándose como el brazo militar de Melgarejo. También fue conocido por su coraje y valentía en el campo militar. Empero, cuando se encumbró en el poder, tuvo como principales enemigos a los plutócratas de la plata que, por un lado, cuestionaron su origen y lo llamaron “ignorante”, y luego el débil intento proteccionista contra los capitales británicos y chilenos con el famoso impuesto al salitre. Fue llamado “sátrapa indígena” por el historiador Gabriel René Moreno y también repudiado por el escritor Alcides Arguedas como muestra indeseable de lo que acontece cuando los “cholos” toman el poder (lo llamó “nuevo mandón mestizo”¹⁰⁴), atribuyéndole toda la carga de la derrota de la Guerra del Pacífico.

Años después y desde otro espectro ideológico, el fundador del nacionalismo revolucionario boliviano, Carlos Montenegro, se refirió a Daza como expresión de los intereses extranjeros que manejaban Bolivia en ese tiempo y que la catapultaron como una nación que no supo defender sus fronteras:

Daza es una personificación operante y vital de la tendencia extranjerista. Conducta, sentimiento y también sangre ajena a la nación, hacen de él una figura emblemática de tal tendencia [...] Tiene mayor sindéresis el supuesto de que el gran culpable del desastre nacional de 1879, carecía de sensibilidad patriótica, a causa del ambiente espiritual en que maduró su conciencia política. Su acervo de sangre extranjera fue por cierto un buen coadyuvante para decidirle a elegir una línea de conducta que siguió, sin la más leve repugnancia, hasta desembocar en la felonía con la patria. Su actuación pública y también personal proceder hablan en voz bien alta de ello. No se sentía boliviano, evidentemente. De ahí la disonancia con que el carácter de su gobierno se muestra como cosa postiza o incoherente dentro del proceso histórico de Bolivia. De ahí, asimismo, el sello grotesco y al par trágico de su paso por el poder. (Montenegro, 2003: 173-174).

Así Daza, como antagonista de la figura de Abaroa, es el principal antihéroe de las representaciones bolivianas sobre la Guerra del Pacífico, muriendo asesinado años

¹⁰⁴ Arguedas, 1922: 370.

después, a manos de militares bolivianos, luego de un largo exilio en Europa y cuando volvió a Bolivia para defenderse de la acusación de “traición”. Es más, el mismo asesinato de Daza, todavía no esclarecido, fue ilustrativo de la figura que representó. Hay hipótesis que involucran al mismo Estado boliviano y a la oligarquía de la plata, ante la supuesta intención de Daza de “revelar” aspectos de las culpas de guerra que involucrarían a los plutócratas y otros poderosos. Sin embargo, la versión oficial es que la muerte de Daza fue planificada para “lavar con sangre el honor del ejército boliviano”. Según el documental de Pablo Michel, cuando Daza volvió del exilio y se instaló en el pueblo de Uyuni, podían leerse graffitis como “Uyuni será la tumba del traidor Daza” o “No pasará de Uyuni, el traidor de Camarones”.

Entre los mitos que se erigieron alrededor de la figura de Daza está el que dice que prefirió festejar el carnaval antes que organizar la preparación boliviana ante la guerra inminente luego de la ocupación de Antofagasta por Chile en febrero de 1879. Estas versiones realzaron el carácter “alegre” e indisciplinado del Presidente y contaron que, por ejemplo, para la celebración de su onomástico se había decretado una semana de festejos con paradas militares, verbenas, corridas de toros, etc., accionar típico de los caudillos militares de este periodo (Entrevista a Pablo Michel, 2011). En tal medida, se culpó a Daza por priorizar el festejo del carnaval (para el que, según la leyenda negra, habría adquirido un fastuoso disfraz) antes que asegurar los preparativos de guerra. Posiblemente este hecho, cuya validez sigue siendo discutida por los historiadores, sea uno de los mitos más arraigados desde las interpretaciones de Bolivia: esa moraleja de que mientras se andaba de fiesta, se inició una cadena de acontecimientos que derivó en la mutilación territorial y en la “pérdida del mar”.

De la misma forma, se le cuestionó el abandono de Calama a su suerte ante la inminente ocupación chilena, para la cual desde el Estado no se habría tomado ninguna previsión, más allá de la escueta defensa que se organizó por civiles. Al respecto el propio Ladislao Cabrera, el civil boliviano que organizó la defensa de Calama, escribió:

Los días pasaban sin que el prefecto del Departamento y el comandante general se hubieran situado el primero en Cobija y el segundo en Tocopilla, remitiendo a Calama ningún recurso de guerra, lejos de esto de retuvieron nueve quintales de pólvora fina que remitían a Calama los patriotas Manuel Morris y el Coronel Juan Baza. De los diez quintales remitidos, sólo se recibió en Calama uno, los nueve restantes se detuvieron con la frase: ‘¿Para qué el Dr. Cabrera necesita tanta pólvora?’. Con un quintal de sobra, nueve

quintales de pólvora fina habrían servido para la defensa de los tres puentes sobre el río Loa donde tuvo lugar el combate. ¿Qué hacía el gobierno mientras se preparaba con tan escasos elementos la defensa de Calama? Ocultó la noticia de la ocupación de Antofagasta por razones fútiles y rehusó conceder permiso a los Coroneles Juan María López y Ramón Gonzales que solicitaron reiteradas veces para ir al auxilio de Calama. El General Daza no permitió que los cuerpos del ejército mandados respectivamente por López y Gonzales del regimiento Úsares y Batallón Illimani se pusieran en marcha sobre Calama. Decía: ‘Cabrera es un ambicioso que no se propone sino hacer bulla’. (Citado en el Documental de Pablo Michel sobre la Guerra del Pacífico, 2011).

Así, tal actitud fue atribuible a la desconfianza de un caudillo militar para armar a otros líderes que pudieran arrebatarle el poder, práctica común en la época.

Sin embargo, particularmente desde los historiadores y pensadores más actuales, hubo una tendencia a rescatar a Daza de su papel de antihéroe. Lo primero que se destacó desde esta tendencia, fue la “fidelidad” de Daza al aliado peruano, rebatiendo la hipótesis de que fue pagado por Chile para boicotear la alianza. Se enfatizó que Daza rechazó todos los intentos de Chile de romper la alianza y ganar a Bolivia a su favor, y se realzó el hecho de que incluso comunicó a Perú la tentativa de Chile de ganar a Bolivia a su terreno, acentuando la “ética” y “lealtad” del presidente boliviano para con sus aliados a pesar de las tentadoras propuestas chilenas.

Otros autores se mostraron favorables al impuesto al salitre que promulgó en su gobierno, destacando que fue un único intento proteccionista y propio de un sutil “nacionalismo económico” desde un Estado acostumbrado a “entregar” los recursos naturales de Bolivia a manos de extranjeros; Daza, según estas versiones, por lo menos, quiso obtener algo de provecho del salitre.

Por otro lado, otros escritores cuestionaron la validez de los mitos tejidos en torno a Daza, como el que habría preferido festejar el carnaval antes de la preparación para la guerra, y los atribuyeron a “leyendas negras” que fueron articuladas por la plutocracia de la plata y los sectores elitistas tradicionales bolivianos que nunca apreciaron la figura de Daza y menos su medida impositiva al salitre, además de otras políticas que habrían afectado a los sectores pudientes. Por ejemplo, el historiador Alexis Pérez reflexionó que Daza puso en su verdadero valor a la moneda feble, afectando los intereses mineros porque con ello saldó la deuda que el Estado tenía con este sector. Igualmente, incrementó el impuesto a la minería y confiscó, ante la guerra inminente, las acciones chilenas de la mina

“Huanchaca” de propiedad del magnate de la plata, Aniceto Arce, rompiendo el delicado nexo entre la plutocracia de la plata y los capitales chilenos, lo que precipitarían los intentos conspirativos al gobierno de Daza. (Entrevista a Alexis Pérez en el Documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel, 2011).

Algunos autores, igualmente, se enfocaron en los “aspectos positivos” de su gobierno como la promulgación de una Constitución liberal y avanzada para la época, en 1878.

De la misma forma, versiones más ligadas a estudios militares, aseguraron de que se rescata de Daza el hecho de ser “corajudo”, “valiente” y “nacionalista”, pero con falta de preparación para ser presidente en una situación crítica. (Documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel, 2011).

Otras interpretaciones bolivianas se negaron a cargar todos los errores y males de la guerra en un solo personaje, enfatizando que la Guerra del Pacífico y sus consecuencias, fue resultado de múltiples y más complejos factores. De acuerdo a ello, el historiador Fernando Cajías, rescató el impuesto al salitre como un intento de aprovechar en algo este recurso, pero, por otro lado, mencionó su actuación política y militar “hormonal” como desfavorable al no tener una estrategia de guerra y dejarse llevar por los dictámenes peruanos, lo que propició sucesos como la retirada de Camarones. (Entrevista a Fernando Cajías, 2011).

La historiadora María Luisa Soux, coincidió en rescatar lo positivo de Daza como su “nacionalismo fuerte” y la fidelidad a sus aliados y aseguró que no es correcto aceptar como explicación última, la voluntad de un solo hombre para comprender el desenlace de la guerra. (Entrevista a María Luisa Soux, Documental “La Guerra del Pacífico de Pablo Michel, 2011).

En este sentido, fue ilustrativo lo que apuntó Gutiérrez cuando reforzó la reflexión de que las causas de la guerra son más profundas que la coyuntura que se gestó en el gobierno de Daza:

Si el gobierno de Daza no hubiera existido, si las reclamaciones salitreras que se iniciaron ante este gobierno y que fueron tan deplorablemente conducidas, lo hubieran sido por verdaderos Metternichs¹⁰⁵ (sic) de la altiplanicie, esa guerra no habría sido evitada; porque

¹⁰⁵ Alusión a Klemens von Metternich, Primer Ministro y Ministro de Asuntos Exteriores austriaco de la primera década del Siglo XIX, conocido por ser un eximio estratega.

fluía de intereses colectivos, de un estado social que ya no podía modificarse, porque era un efecto ineludible de una política que había durado treinta años y que había creado en aquellas poblaciones centros netamente chilenos, que requerían protección de la bandera.

Los ciegos, los ilusos, no fueron Daza y sus consejeros, sino los que gobernaron Bolivia desde 1842 y que, viendo agravarse ese aluvión inmigratorio, conociendo los peligros de su acrecentamiento continuo, no supieron adoptar esos recursos que encauzan poblaciones y encarrilan los intereses económicos y políticos. (Gutiérrez, 1917: 77).

1.2.2 “Pacifistas” versus “guerristas” y la conformación de los primeros partidos políticos institucionalizados de Bolivia

Aparte de Daza como el principal antihéroe boliviano de la guerra, como anotamos precedentemente, también se imputó el papel que jugó, primero, la oligarquía de la plata antes, durante y después de la guerra y, segundo, los gobiernos del Partido Liberal, ligados a la plutocracia del estaño, en cuya gestión se firmó el Tratado de 1904. En tal medida, los historiadores y escritores que cuestionan la imposición de todas las cargas de la guerra a individuos, realzaron el rol de las elites económicas y políticas bolivianas del momento.

Sobre la crítica de la oligarquía de la plata, en relación a la Guerra del Pacífico, se les atribuyó una posición pro-Chile y en contra de la guerra al verse afectada su ligazón con los capitales chilenos, que en ese tiempo era estrecha. Es más, algunos autores van más lejos al asegurar que desde el inicio boicotearon la participación de Bolivia en el conflicto armado y apuntaron a su rendición temprana. Se los vinculó con la salida de Daza del poder, con la esperanza de que con ello la participación boliviana en la guerra cesara. Igualmente, se les atribuyó la firma del Pacto de Tregua de 1884.

En tal medida, algunos autores pretendieron rescatar la figura de Daza de su papel de antihéroe, asegurando que verdaderamente fue un “patriota” traicionado y depuesto del poder por los que verdaderamente querían evitar la continuidad de la guerra con Chile, aunque, como consecuencia, se perdiera la costa, y que estos personajes serían los reales “traidores de la patria”. En este sentido, las acusaciones se estrellaron contra la oligarquía de la plata y sus exponentes.

Por ejemplo, el periodista e historiador Hugo Roberts Barragán ensayó la hipótesis de que la plutocracia de la plata, desde un principio, tuvo una posición “chilenófila” ya sea por la ligazón de sus intereses económicos con capitales chilenos y británicos, como también

por la pertenencia de sus principales exponentes a logias masonas, lideradas desde Chile, por lo que atribuyó un papel importante a la “masonería chileno-fila” en el desenlace luctuoso para Bolivia en la guerra. (Roberts Barragán, 2000: 1-15; 367-415).

Justamente y para seguir ilustrando la importancia de la Guerra del Pacífico en la configuración política de Bolivia, a partir del retiro físico de Bolivia de la guerra en 1880, se perfilaron dos posiciones que marcarían la política boliviana y que inaugurarían la formación de los primeros partidos políticos institucionalizados y formales de la República luego del largo periodo de caudillismos militares: Los “pacifistas”, representantes de la plutocracia de la plata y que conformaron el Partido Conservador y los “guerristas” que estructuraron el Partido Liberal que incorporó a una oligarquía naciente en ese entonces, ligada al estaño.

De tal forma, en torno al debate de si Bolivia debía retornar a la guerra con mayores recursos o asegurar un tratado de paz con Chile, en 1884, se dieron las primeras elecciones para la conformación de un clásico gobierno civil decimonónico en Bolivia, resultando ganador el Partido Conservador que encumbró directamente al poder a los plutócratas de la plata en el periodo continuo entre 1884-1899¹⁰⁶. Los Conservadores, en sus gestiones de gobierno, se aseguraron de que la tregua con Chile firmada en 1884 perdurara y que no se materializaran los aprestos de los “guerristas” que consideraron tal tregua como una claudicación ante el enemigo y una “traición a la patria”.

En consecuencia, el pragmatismo de los Conservadores se tradujo en la idea de que lo importante no era la salida al océano perdida en la guerra, sino las vinculaciones, principalmente ferroviarias, de las que carecía el país. Este pragmatismo se plasmó primero en el Pacto de Tregua y luego en el Tratado de Paz y Amistad de 1904, paradójicamente firmado en los periodos de los Liberales “guerristas”.

Así, los gobiernos conservadores de Pacheco, Arce, Baptista y Alonso, priorizaron la construcción de infraestructura ferroviaria, especialmente el régimen de Aniceto Arce, al punto que Arce fue apodado como “El Tren” al montar en su gestión líneas férreas que mejoraban el vínculo entre Bolivia y Chile, lo que a juicio de los “guerristas” se constituyó en un “peligro” porque podía significar la “invasión chilena”. (Mesa, 2003:

¹⁰⁶ Para algunos autores el periodo conservador se inició en 1880 con Campero, sin embargo, Campero fue un convencido “guerrista” a diferencia de los líderes del Partido Conservador.

498-500). También, durante el gobierno de Mariano Baptista se intentaron acordar con Chile los Tratados de 1895 para asegurar la salida al mar por Arica o Tacna, encontrando una dura oposición de los Liberales (“guerristas”) en el Congreso, que enjuiciaron tales propuestas, nuevamente, como una claudicación ante Chile.

Por ello, fue paradójico que luego de la asunción del Partido Liberal después de una cruenta guerra civil¹⁰⁷, fueran ellos los que materializaran en mayor medida el pragmatismo que tanto criticaron en los Conservadores, al firmar el Tratado de 1904 y sellando la pérdida de los territorios costeros en la Guerra del Pacífico, sin la otorgación de salida al mar alguna y donde casi la única compensación para Bolivia fue, justamente, la construcción del ferrocarril Arica-La Paz.

Es en este sentido que las críticas en relación a la Guerra del Pacífico y sus consecuencias en las visiones bolivianas, no solamente se ensañaron con los Conservadores y magnates de la plata, sino también se estrellaron contra los Liberales y la plutocracia del estaño. Comúnmente, principalmente desde las versiones históricas y análisis desde las ciencias sociales que devienen desde la segunda mitad del Siglo XX, se generalizó y se acentuó las responsabilidades de la “oligarquía” sin especificar si fue de la plata o del estaño, como expresión conjunta de un Estado denominado en la cultura popular como “rosca minero-feudal”.

Son varios los autores que tienen una posición crítica al rol de la oligarquía boliviana en general, antes, durante y después de la Guerra del Pacífico. Por ejemplo, Becerra de la Roca se preguntó ante la firma del Tratado de 1904:

¹⁰⁷ Llamada “Revolución Federal”, como en otros países latinoamericanos, fue el enfrentamiento armado entre los dos principales partidos que a su vez encarnaban distintos sectores de la elite ligados a rivalidades regionales. La oligarquía de la plata representada por el Partido Conservador se encontraba en una creciente decadencia económica, por la baja del precio del mineral a nivel internacional y, al mismo tiempo, no pudo resistir la oposición del Partido Liberal que encumbraba a una floreciente plutocracia en torno al estaño, que empezó su auge a fines del Siglo XIX. Al mismo tiempo, los Conservadores y magnates de la plata asentaron su centro de poder en la ciudad de Sucre, en ese entonces, capital constitucional y sede de gobierno de Bolivia. Por su parte, la nueva oligarquía del estaño, se centró en La Paz, una ciudad que fue adquiriendo mayor poder económico y demográfico. Por otro lado, se gestó un debate en torno al modelo de Estado boliviano; los Conservadores abogaban por mantener el Estado unitario y los Liberales, por la transición a un modelo federal. Finalmente, todas estas diferencias se resolvieron en esta cruenta guerra civil, donde resultaron vencedores los Liberales, cambiándose la sede de gobierno de Sucre a La Paz, aunque nunca se gestó el modelo de Estado federal, lo que demuestra que la lucha no fue tanto ideológica o para cambiar el modelo de Estado, sino para asegurar un recambio en el poder entre una elite decadente y otra floreciente.

¿Cómo pudo suceder esto? ¿El gobierno de entonces estuvo en tal Estado de indefensión que no atinó a reaccionar? ¿Les nubló el entendimiento los implacables acontecimientos de la guerra o fue la incompetencia a tal grado que sucumbieron anonadados o entonces, como ahora, nuestros negocios se manejaron subordinados a los intereses personales o de clase, bajo la nefasta influencia del usurpador? Pero después, ¿por qué no se estudió el problema en su descarnada realidad? Abruma el abuso, la ambición y la prepotencia de Chile pero también el vergonzoso vasallaje y esa aceptación pasiva de los gobernantes bolivianos que no supieron arrostrar al agresor la infamia de sus propósitos [...] Golpe audaz de uno y apocamiento del otro. (Becerra de la Roca, 2006: 168).

Concluyó:

Es que cuando analizamos las relaciones de Bolivia con Chile quedamos estupefactos, ya sea por la incapacidad de nuestros gobernantes bárbaros, la irresponsabilidad de los letrados, cuanto por la traición que ha ensombrecido la conducta de Conservadores y Liberales. Improvisación, reacciones emocionales, falta de estudio de los problemas, prosternación ante la soberbia y la falta de entereza y patriotismo, fueron los móviles de quienes dirigieron los destinos de la Patria. Estas circunstancias provocaron los avances araucanos que prodigó (sic) sus mimos a un gobierno detestable y se aprovechó de la insensatez con que nuestros gobiernos manejaron este asunto antes y después de la agresión. (Op. Cit.: 14).

Albarracín, se mostró aún más duro al referirse al gobierno liberal que aprobó el Tratado de 1904:

El Siglo XX boliviano fue moldeado por la minería del estaño; el protectorado chileno aceptado por el gobierno liberal a través del Tratado ejecutado como política de Estado y despotismo convulsivo de la sociedad oligárquica. Estos fueron a su vez, hechuras del superestado del estaño patinista¹⁰⁸, el Tratado montista¹⁰⁹ de 1904 con Chile y el aplastamiento de los movimientos políticos y sociales por la represión oligárquica caracterizados por golpes de Estado, pérdidas de territorios en guerras internacionales y grandes agitaciones políticas y sociales, duramente reprimidas. En la médula de estos acontecimientos históricos estremecedores, la nación tuvo que soportar la presencia de grandes catástrofes sufridas por Bolivia con la invasión de 1879 y con el Tratado de dominación absoluta y perpetua de Bolivia, hoy vigentes, como emblemas de la ‘amistad’ armada de Chile. (Albarracín, 2005: 16).

Refiriéndose a la oligarquía en general que acusó de “chilenófila”, exclamó:

Las invasiones, la guerra y las depredaciones padecidas han llegado a causar grandes pústulas y llagas políticas en la sociedad oligárquica, allí donde hasta antes de la guerra

¹⁰⁸ Alusión al empresario del estaño Simón I. Patiño, que, a juicio de muchos historiadores, significó el poder tras el poder en los periodos liberales y los gobiernos anteriores a la Revolución de 1952.

¹⁰⁹ Alusión a Ismael Montes en cuyo gobierno se firmó el Tratado de 1904.

sólo había heridas causadas por conflictos menores. De la descomposición histórica sufrida en el pasado, con la turbia política militarista boliviana, han irrumpido personajes apátridas como Melgarejo, Montes y otros que, con su catastrófica chileno-filia perversa, han dejado indefensa a Bolivia con el actual enclaustramiento colonial, el libre tránsito tributario, el contrabando institucionalizado, las depredaciones intermitentes y la demencial corrupción apátrida del entreguismo a la oligarquía chilena. (Op.Cit: 95).

El historiador Pablo Michel, no obstante, insistió en que se debe separar a la oligarquía minera frente a otra ligada a la explotación de la tierra, los terratenientes, en cuanto a su rol en la guerra. Destacó que la oligarquía terrateniente tuvo otro comportamiento al organizar regimientos con sus propios recursos. Explicó que uno de sus representantes más grandes, Nataniel Aguirre, quedó en la pobreza por organizar ejércitos para la defensa de Bolivia. Realizó que como en Bolivia en ese entonces no existía el servicio militar obligatorio, acudieron a la guerra los hijos de las elites porque podían pagar sus armamentos, uniformes y pertrechos de guerra, siendo estos voluntarios una gran parte del ejército boliviano. (Entrevista a Pablo Michel, 2011).

Con todo, los imaginarios relacionados con la visión negativa de las oligarquías bolivianas tuvieron lecturas similares a las vistas respecto a la responsabilidad boliviana de la Guerra del Pacífico y sus consecuencias. El eximio sociólogo boliviano, René Zavaleta, como ejemplo, hizo una relación de la Guerra del Pacífico como un enfrentamiento de dos gobiernos igualmente oligárquicos, aunque con dos élites diferentes:

Distinto por cierto era el caso de Chile donde existía una oligarquía adusta, astuta y específica, compuesta por cateadores de minas pobres y agricultores que, por medio del talento político de Diego Portales, crea un Estado oligárquico con ideas más bien claras acerca de los intereses justos e injustos de su patria, que logra asociarse de un modo por lo menos ocasionalmente ventajoso para sí con los objetivos del Imperio Británico. Por contraste, la oligarquía de Bolivia no sirvió sino para recrearse en un carnaval grotesco y sin fuerza a las mismas horas en que la república oligárquica de Chile podía emprender con éxito una guerra de conquista. Desde el principio la oligarquía boliviana no sirvió ni siquiera como oligarquía y hasta hoy ha sido lo que podríamos llamar una oligarquía birlocha, aprisionada por su propia sensualidad. Adormecida en su falta de sentido de la historia. Primero con Portales, que pensaba ya en Chile como Chile, y Santa Cruz, que pensaba en la Confederación Perú-boliviana, ambos con planteamientos oligárquicos pero nacionales, y después en la propia Guerra del Pacífico, se realiza un enfrentamiento entre dos oligarquías en el que sale triunfante la que tenía más vigor. (Zavaleta. Obras completas. La Paz, Plural, 2011: 132).

Cajías, equivalentemente, profundizó este análisis al indicar que las elites bolivianas respecto al Litoral y sus recursos, tenían una política muy precaria atendiendo otras prioridades (la minería de la plata o del estaño), incluyendo una enredada política interna y la ausencia de un empresariado capaz de ir más allá de las montañas, lo que incluyó una pésima división militar, intereses encontrados en un país muy dividido y centrado en sus conflictos internos, lo que coadyuvó a la materialización de las duras consecuencias que trajo la Guerra del Pacífico para Bolivia. (Entrevista a Fernando Cajías, 2011).

1.2.3 “El mar” a cambio de un ferrocarril

Aunque varían los matices de la crítica al gobierno liberal de Montes por la firma y defensa del Tratado de 1904 que dio por finiquitada la guerra entre Chile y Bolivia, este hecho fue duramente cuestionado desde las visiones bolivianas posteriores. Si bien sobrio en su diatriba, Mesa explicó:

La responsabilidad histórica de los gobiernos liberales que actuaron en este tema es muy grande. La mentalidad empresarial mezquina, sin un concepto mínimo de responsabilidad histórica de largo plazo, marca una de las decisiones más desastrosas de política internacional boliviana, cuyas consecuencias vivieron todos los gobiernos posteriores que intentaron una negociación con Chile para reivindicar el territorio usurpado”. (Mesa, 2003: 530).

Querejazu, anotó:

En lo internacional, concretamente en las relaciones con Chile y el problema de la mediterraneidad, los Liberales, que en la oposición actuaron como los campeones de la reivindicación del litoral perdido, una vez en el poder cambiaron su armadura y ánimo de Quijotes por el practicismo y ropaje de Sanchos Panzas. (Querejazu, 1983: 140-141).

Fernando Cajías también admitió la responsabilidad de los Liberales en la firma del Tratado de 1904, pero como resultado de un contexto difícil posterior a otra guerra internacional donde Bolivia también perdió territorio (la Guerra del Acre), una sangrienta guerra civil con la que se inició el Siglo XX (la Guerra Federal) y la mentalidad de la época, muy preocupada por las vinculaciones ferroviarias. (Entrevista a Fernando Cajías, 2011).

Menos templados en su crítica fueron Becerra de la Roca y Albarracín. El primero, reclamó directamente al representante boliviano que firmó, de parte de Bolivia, el Tratado:

Dejar la pérdida del territorio al sur del paralelo 23, como un caso fenecido, aceptar la imposición de la fuerza y reconocerle oficiosamente a Chile el dominio absoluto y perpetuo de esa zona con una aceptación tácita de la falsedad, arbitrariedad e ilegalidad de una apropiación oprobiosa, es el hecho más condenable de Don Alberto Gutiérrez que, no obstante, ha gozado de los privilegios de la función diplomática por un cuarto de siglo más. Paradojas que se repiten en estos países en que se idearon las Repúblicas donde sólo se regodean las oligarquías, pues de Repúblicas sólo llevan el nombre. Don Alberto Gutiérrez durante ese largo tiempo en función diplomática pudo vindicarse estudiando la ilegalidad de la apropiación chilena, pero ahora le quedará el baldón de cómplice y traidor con que se le conocerá siempre. (Becerra de la Roca, 2006: 149).

Albarracín no es menos severo en sus apreciaciones al respecto:

Desde que el gobierno liberal, ruin y depravado, promulgó el Tratado en 1905, elevándolo a rango de Ley de la República, la oligarquía montista no cesó de elogiar las ‘bondades’ del Tratado hasta caer en la infamia de la deshonra al lisonjearlo con alabanzas viles como llamarlo el comienzo del ‘renacimiento prodigioso’ del país y el acontecimiento mayor de la ‘regeneración’ de la República. El Tratado chileno de enclaustramiento marítimo, firmado en años oscuros de barbarie política, fue convertido por el montismo en su programa de gobierno. Tal fue el grado de la ruindad en la que cayó Bolivia bajo el poco conocido gobierno de los terratenientes liberales, llamados ‘doctrinarios’. (Albarracín, 2005: 18).

De esta manera, el mito que, en cierto sentido, se insertó en la conciencia colectiva, principalmente desde la segunda mitad del Siglo XX, es que los gobernantes bolivianos de entonces, “timoratos” y “entreguistas” aceptaron el canje de la salida al mar por un ferrocarril. Las culpas se atribuyeron al gobierno de Ismael Montes y su diplomacia, pero quedó la idea de que las “elites antinacionales” rifaron por nada el mar boliviano, lo que alimentó la representación negativa ampliamente difundida contra el “pasado oligárquico” de Bolivia y, por añadidura, a todo lo que pueda asemejarse a ese pasado en la actualidad; en ese sentido, críticas similares suelen reproducirse hacia los gobiernos que hayan intentado cualquier acercamiento con Chile¹¹⁰.

¹¹⁰ Como en el caso del gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada que intentó realizar la exportación del gas boliviano hacia Estados Unidos, vía Chile, al ser la opción más barata. Este intento despertó una ola de conflictos en Bolivia el 2003 conocidos como la “Guerra del gas” y que precipitaron la abrupta salida del

M. Rocío Estremadoiro Rioja
La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades
en Bolivia, Perú y Chile

poder de Sánchez de Lozada. Aunque las causas de estos hechos son variadas y de mayor profundidad, como una crisis institucional que décadas antes ya sufría el Estado boliviano, no deja de ser relevante que lo que despertó la ira popular contra este gobierno, fuera un intento de exportar el gas por Chile. Seguiremos abordando este tema más adelante.

2. Perú

De forma análoga al caso de Bolivia, también en Perú se mitificaron algunos personajes de la Guerra del Pacífico y acontecimientos determinados enarbolados como gestas “heroicas”.

Lo que más se resaltó de la mitificación de ciertos personajes en la Guerra del Pacífico por parte de las visiones peruanas, fue que ante los relatos desde donde se impuso la derrota, el despojo, el abuso y otros sinsabores de la guerra, además de los fallos de los “malos gobernantes”, de una elite corrompida y/o de un Estado frágil, fragmentado y desordenado, se magnificaron las figuras heroicas y sus gestas, percibidas como la expresión de “lo mejor de Perú” o del “verdadero espíritu” peruano que resurgiría a pesar de la tragedia y de las faltas colectivas. Como ejemplo, no fue casual que Basadre evocara el recuerdo de Miguel Grau como “un antídoto frente a cualquier tipo de conducta desorganizada o irracional; y también como un reproche a la decadencia de la moral pública y de la moral privada”. (1983: 98).

Igualmente, así como atribuyeron a una serie de factores exógenos las causas y resultados de la guerra, constituyéndose Chile como el principal responsable de la misma y en menor medida, Bolivia¹¹¹, también se inculcó a factores internos el fatal desenlace de la contienda para Perú. En ese marco, tanto en las imputaciones que realizaron los pensadores y hombres clave de la época, como en la historiografía peruana, se perfilaron “antihéroes” enmarcados en algunos políticos, militares y dirigentes del momento.

En lo que sigue, revisaremos estos aspectos.

2.1 Héroes y gestas heroicas

2.1.1 El “binomio” Grau-Huáscar

El principal héroe peruano de la Guerra del Pacífico, es Miguel Grau. Inmolado en la batalla de Angamos, su muerte “heroica” constituye un mito muy similar al de Eduardo Abaroa de Bolivia y Arturo Prat de Chile, destacándose los relatos en los que el aludido y su tripulación nunca se rindieron y prefirieron dar la vida y hundir el barco que comandaban, antes de hacerlo. De la misma forma, resaltó la mitificación del acorazado

¹¹¹ Temas a ser profundizados más adelante.

Huáscar, hoy en manos de Chile como un “trofeo de guerra” y todavía reclamado por Perú.

Así, fueron muy comentadas las “hazañas” del Huáscar y su comandante y ello es destacado por las visiones peruanas. Se narró que por varios meses el Huáscar mantuvo en jaque a la marina chilena, a pesar de su superioridad bélica. Se insistió en que, por ello mismo, los chilenos no sólo temían al Huáscar sino que estaban obsesionados con su captura, a sabiendas que sin el Huáscar, Perú perdería la guerra marítima. También, se contó que el Huáscar era motivo de admiración internacional por sus proezas.

Paz Soldán, por ejemplo, explicó que aunque el Huáscar incluso salió a los mares sin una necesaria reparación, de igual forma ocasionaba “pánico” en la marina chilena. Resaltó que el acorazado surcaba los puertos chilenos como en su casa y se centraba en maniobras que retaban constantemente a los marinos de Chile, “prodigiosas operaciones marítimas que la muy inferior y diminuta escuadra” realizaba por fuerza de la pura “audacia y destreza”. (1884: 228). Congrains Martin enfatizó que el Huáscar, un buque muy inferior a los blindados chilenos, se “mofaba” de ellos, manteniendo muy alto el pendón de Perú frente a un adversario más fuerte y más preparado (1978. Tomo 1: 100); Caivano habló del “pequeño Huáscar” como la “pesadilla” de Chile que se enfrentó solo contra toda su potencia naval (1979. Tomo II: 174), y comentó cómo los periódicos extranjeros realizaban sus “glorias” (Ibid: 186-187); Basadre se refirió a un Huáscar que, a pesar de ser menos poderoso que los blindados chilenos, se mantuvo como “dueño del mar”. (1983: 60-61).

Ilustrando la significación del Huáscar para Perú, y que parece no perder vigencia, Congrains Martin, incluso dirigió cartas públicas en 1973 a los gobiernos de Allende y Pinochet en Chile, exigiendo la devolución del buque:

Para el pueblo peruano constituye dolorosa afrenta el estado cautivo de nuestro monitor en aguas extrañas, cautiverio que por la especial significación que para nosotros posee el monitor Huáscar, representa motivo de alejamiento y no de acercamiento con ustedes [...] Si por motivos de alta política no fuese posible la simple y lisa devolución, eliminemos, a favor de una sincera amistad, la dolorosa presencia del monitor preso y objeto de curiosidad inconveniente; por lo que sugiero que sea remolcado a punto limítrofe de nuestros mares y allí hundido por las naves capitanas de nuestras respectivas armadas; que el mar sea tumba de la gloria de los más destacados marinos de nuestros países [...] Estoy consciente de que la solución que postulo podrá ser ignorada, mi voz silenciada,

pero, tarde o temprano, el airado clamor del pueblo peruano será escuchado **por la razón o por la fuerza**, tal cual reza en el escudo de vuestro país. (Carta abierta de Eduardo Congrains Martin a Augusto Pinochet, 9 de octubre de 1973. Extraída de Congrains Martin, 1978. Tomo 1: 141-142. El resaltado es del autor).

Respecto al comandante del Huáscar, Miguel Grau, la construcción mítica es aún más intensa. En primer lugar, se subrayó de Grau una biografía ejemplar y se llegó a afirmar que “sobre un pedestal de fuego desgarradoramente patético, en el que por las culpas de unos y las faltas de otros, se iba a producir el holocausto de la patria, aparece sencilla y serena la figura del piurano modesto que era también un cristiano viejo y un criollo auténtico” (Basadre, 1983: 72-73). Se dijo que Grau era “excepcional” al carecer de los “vicios hispanoamericanos de la improvisación, el desorden, la exageración, la sensualidad, la mezquindad”, que entrega un “incorruptible tesoro espiritual: hierro de heroísmo, plata de aptitud, oro de bondad” (Ibid: 79), que “como del carbón sale el diamante, así de la negrura de esta guerra, sale Grau” (Ibid: 72) y que “sobre la sangre puso luz”. (Ibid: 79).

De los atributos que más se resaltaron de Grau, estuvo una célebre caballerosidad, que le llevó a escribir respetuosas condolencias a la viuda de su rival, Arturo Prat y también un espíritu “civilizado” que significó, de acuerdo a los historiadores peruanos, que nunca bombardeara puertos u objetivos civiles. Al respecto, Congrains Martin se remitió al “humanismo y caballerosidad de Grau para con los invasores de su patria” (1978. Tomo 1: 82) y Paz Soldán recalcó que Grau, no sólo no bombardea poblaciones chilenas indefensas, sino que en los puertos chilenos en los que desembarcó, incluso compro víveres a justo precio en lugar de saquearlos: “En ese corto tiempo hizo una campaña gloriosa pero sin el provecho que la Nación pudo y debió reportar, si el marino peruano no hubiera tenido un corazón noble, generoso y humano, incompatible con lo que exigía la guerra salvaje que Chile le hacía al Perú”. (1884: 185).

No obstante, lo que más se destacó de Grau fue su muerte “heroica” en la batalla de Angamos, constituyéndose esa gesta en la más importante para Perú en la Guerra del Pacífico. Al respecto, abundaron las canciones, los poemas y otras expresiones artísticas que alimentan en mito.

De igual manera, los relatos históricos realzaron la mitificación. Congrains Martin describió que a pesar de las desventajas, nunca se arrió el pabellón peruano en el Huáscar y se le defendió con la gallardía, entereza y dignidad que sólo los grandes hombres poseen. (1878. Tomo 1: 106-107). Caivano aseguró que el Huáscar luchó contra la marina chilena en una proporción de diez a uno, que el buque fue un “cementerio de héroes” y que para describir su resistencia y lucha sería necesaria “la pluma de Dante u Homero” (1979. Tomo II: 180). Basadre escribió que Grau pudo huir y no lo hizo, prefiriendo la muerte y que, siguiendo su ejemplo, el resto de los hombres del Huáscar emularon el gesto hasta el último minuto optando por hundir el barco antes que la rendición. (1983: 77-78). Paz Soldán enfatizó que no se arrió la bandera después de la muerte de Grau y aún cuando no se tenía jefes vivos y el barco se iba a pique. (1884: 262). También este autor, reprodujo el último discurso de Grau, rescatado como parte fundamental del mito:

Valientes del Huascar: La suerte nos coloca por tercera vez al frente de los enemigos y dentro de breves minutos nos empeñaremos en la lucha. No excito vuestro arrojo y serenidad, porque ya habeis probado elocuentemente que os sobran para combatir y confundir á los enemigos. No importa que sus fuerzas sean superiores porque teneis un corazón aun mucho más fuerte, pues se halla blindado por el ardiente fuego del patriotismo; y vencereis porque vuestra causa es santa, porque defendemos no solo la honra de nuestra querida patria, sino también la de una república hermana y aliada, injusta y alevosamente ofendida por los mismos enemigos. Tripulantes del Huascar: ¡Viva el Perú! (Citado en Paz Soldán, 1884: 183-184).

Por último, destacar que la fecha distintiva en la que Perú recuerda la Guerra del Pacífico, es justamente la que se refiere a la batalla de Angamos. En ese sentido, fueron relevantes las palabras de Congrains Martin sobre la significación de dicho combate, de Grau y del Huáscar: “Aquel 8 de octubre de 1879, el Huáscar y Grau sucumbieron para vivir eternamente en la memoria de un país que los venerará y recordará con reverente admiración”. (1978. Tomo 1: 123).

2.1.2 Los héroes de Arica y el morro glorioso

Otra de las gestas heroicas de la Guerra del Pacífico más enarboladas por Perú, fue la batalla de Arica. Por ello, la misma locación de la batalla y en especial el morro de

Arica¹¹², han adquirido un simbolismo importante para Perú, incluso aún después de que esta ciudad pasara a ser definitivamente de soberanía chilena luego del tratado de 1929 entre Chile y Perú.

Sobre el simbolismo de Arica y particularmente de su morro, fueron ilustrativas estas palabras de Congrains Martin: “Nuestro morro fue, es guía y paradigma de un pueblo que recuerda y respeta quienes les dieron cabal prueba de amor patrio”. (1978. Tomo 5: 41). También, el autor prometió que llegará “el día en que nuestra bandera tricolor volverá a ondear en nuestro morro de ayer y de siempre” (1978. Tomo 6: 13). Basadre, calificó a Arica como “Termopilas” peruana y enalteció al morro y a la ciudad porque se vieron “empapados de sangre peruana”. (1983: 179).

Sin embargo, lo que más se destacó de la batalla de Arica fue el sacrificio de sus héroes, los principales, Francisco Bolognesi y Alfonso Ugarte.

Lo primero que enfatizaron los relatos al respecto, fue una resistencia tan heroica como inútil porque los “defensores” de Arica sabían que perderían el combate, dadas las condiciones del ejército peruano frente al chileno. Bolognesi, “el titán del morro” que lideraba a los combatientes peruanos en esa plaza, había mandado unos desesperados telegramas a los jefes militares, pidiendo ayuda para defender la ciudad, principalmente refuerzos, e indicando que aún sin el auxilio, resistirían y se sacrificarían hasta la muerte. No recibió nunca una respuesta. Finalmente, ante la solicitud de rendición por parte del ejército chileno, convocó a una junta, de la cual salió una respuesta encumbrada como uno de los lemas “gloriosos” para Perú en la Guerra del Pacífico: “Quemaremos el último cartucho”. Además, al respecto, Basadre acotó que “no se trató, pues, de la bravata de un jefe sino del voto de una junta” (1983: 168).

Así, Bolognesi y sus hombres terminaron sucumbiendo en la defensa del morro de Arica, después de resistir dos días. En ello se resaltó igualmente la inmolación de Alfonso Ugarte, un joven acaudalado que se aventó al abismo desde las alturas del morro, caballo y todo, antes de rendirse o morir en manos del enemigo.

Sobre la significación del heroísmo de Bolognesi, Basadre manifestó:

¹¹² Una especie de colina que hay en la ciudad de Arica, en la que se libraron los últimos combates de la batalla y donde se inmolaron los principales héroes peruanos de ésta.

Cuando todo se apagaba, él y sus camaradas obtuvieron allí con su decisión irrevocable que los revestía de una sagrada tristeza y los circundaba de una perenne claridad. En ellos la dignidad humana fue superior a la muerte. Antes de pronunciar sus famosas palabras, la mirada silenciosa y honda del héroe conoció y superó todas las infamias del mundo, vio toda la guerra con la extraña soledad que infunden el honor y la energía del hombre libre y el limpio afán de proceder bien. Un pueblo entero pasó en unos minutos por aquella habitación desmantelada con sus equivocaciones y sus pecados y sus sueños de grandeza y su futuro esplendoroso. Le cayeron los años sobre el rostro al viejo coronel y habló como después de muerto. Una llama clara e intensa le brilló en los ojos mientras el aire de la mar jugaba con sus cabellos canos. Su palabra centelló como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. Dijo sólo una frase breve y ella quedó viva callando luego el estrépito combate y las dianas de la victoria. Flamea como una bandera al viento de la historia [...] Para el ejército peruano Bolognesi es con Cáceres lo que Grau para la marina. Cada año los cadetes juran ante su recuerdo fidelidad a la bandera. Con los elogios que en prosa y en verso se ha dedicado y dedica a ambos, podrían formarse muchos volúmenes. Buques de guerra, provincias, caletas, colegios, puentes, calles, avenidas, teatros, clubs deportivos llevan sus nombres. Casi no hay población peruana sin monumentos o bustos suyos. Sus retratos adornan las oficinas públicas y el despacho del Presidente de la República como también casas y tiendas humildes. Lo mejor que el Perú de la reconstrucción pudo albergar, en Grau y en Bolognesi y en Cáceres se inspiró. (Ibid: 173).

Respecto a Ugarte, el mismo autor explicó que murió a los 33 años, es decir, a diferencia de Bolognesi que era mucho mayor¹¹³, tenía mucho por vivir y un futuro prometedor, porque además era un joven acaudalado. Contó que por sacrificarse en la guerra, aplazó un matrimonio, no viajó a Europa y puso su fortuna al servicio de la guerra, llegando a armar y vestir a un batallón, y que sufrió en la misma de paludismo y fue herido, pero sin que por ello claudicara. Igualmente, narró que la madre de Ugarte aceptó el sacrificio filial, exclamando: “Si todas las madres retirasen del ejército a sus hijos, ¿quién defendería a su patria?” (Citado en Basadre, 1983:182).

En tal medida, la hazaña de Ugarte, ese aventaje al precipicio antes de rendirse, también se inscribió en los cultos heroicos de Perú sobre la Guerra del Pacífico.

2.1.3 *El héroe de Breña y el etnocacerismo*

Otro de los héroes más representativos de Perú es Andrés Avelino Cáceres, el “héroe de Breña”¹¹⁴ que, además de ser descrito como un feroz combatiente de la Guerra del

¹¹³ Bolognesi tenía más de 60 años.

¹¹⁴ Conocido así por liderar la “Campaña de la Breña”, como también es denominada la resistencia peruana en la sierra frente a la ocupación chilena.

Pacífico, fue célebre por la organización de la resistencia en la sierra peruana durante la ocupación chilena del país, lo que lo constituyó en un símbolo de la “patria” en resistencia, leyenda alimentada por las tradiciones orales, y que lo convirtió en un caudillo muy apreciado en las clases populares y sectores indígenas¹¹⁵.

Sobre la exaltación heroica de Cáceres, fue representativa esta apreciación de José María Químper, que data de 1887:

¡Bella figura, en efecto, la del Coronel del Zepita¹¹⁶, de pie sobre las crestas de los Andes, desafiando impávido las iras del vencedor y anonadando con su desdeñosa sonrisa a los espíritus apocados que, bajo fútiles pretextos, entraban en pláticas con los verdugos de su patria! (Citado en Pereyra, 2010: 261, nota 17).

También, fueron muy ilustrativas las palabras que Basadre dedicó en su honor, asegurando que “él solo hizo la tarea de muchos hombres”, en especial en lo que significó la resistencia de la sierra peruana ante el invasor chileno:

Cáceres comenzó teniendo en la guerra con Chile una actuación notable en la campaña del sur, en San Juan y Miraflores. Su figura vino a ser un símbolo de una continuidad esencial en el valor y en la destreza de lo mejor del ejército peruano, a través de esa serie inconexa y constante de infortunios. Sin amilanarse ante las horribles entrañas de la derrota, cuando tantos creían con lógica forense que todo estaba perdido, empezó la pelea sin más compañía que su desasosegado corazón y unos pocos leales, con una sublime sencillez para el abandono de la comodidad y el regalo de una loca firmeza en el mantenimiento de la indómita voluntad de seguir en la brega. Se volvió así a enrollar como un recluta en las filas de la patria que ya no existían e hizo trepidar la cordillera cubriéndola de luz y de galopes y alguna vez los cascos de su caballo echaron polvo sobre Lima [...] Fue como la proa de una nave que caminaba aunque fuese mutilada. Los harapos de sus soldados brillaban como una bandera al sol. Parecía este puñado de hombres llevar la patria en brazos. Y hubo momentos en que pudo decirse que en el Perú no relucía oro de más quilates que la espada de Cáceres. (1983: 344-345).

Congrains Martín, acentuó su carácter de efígie de la resistencia peruana: “Andrés A. Cáceres, el gran héroe de La Breña, es prueba palpable y comprobación histórica de que

¹¹⁵ Cáceres inició una exitosa carrera política, en parte, gracias a su mitificación. Fue presidente constitucional de Perú en dos ocasiones y cuando la Guerra del Pacífico aún estaba fresca, entre 1886 a 1890 y de 1894 a 1895.

¹¹⁶ Se remite al batallón de Zepita que Cáceres comandó en las campañas del sur durante la guerra.

la guerra no había terminado en 1880, que no terminó en 1884 y que en 1973¹¹⁷, aún no concluye desde aún hay departamentos irredentos”. (1978. Tomo 8: 64).

Cáceres, como terrateniente de la sierra, conocía muy bien el idioma quechua, así que no le fue difícil reclutar a miles de indígenas con los que, mayormente, encaró la resistencia. En ese sentido, en una época donde las relaciones sociales en Perú estaban marcadas por un profundo desprecio, discriminación y sometimiento a lo indígena, Cáceres no sólo es recordado por defender la contribución de los indígenas peruanos en la resistencia y en la guerra, sino que se le atribuye ser precursor de un “indigenismo” temprano que inspiraría a esa corriente cuando se consolidara su emergencia en el Siglo XX.

Al respecto, Pereyra comentó que incluso existieron interpretaciones, a partir del enaltecimiento de la campaña de la sierra, que idealizaron a los indígenas como “país auténtico” y presentando un nacionalismo desde este sector que, por sus condiciones sociales y económicas y por la negación y abandono implícito a la que los sometía el Estado peruano, en ese tiempo era incipiente y en el mejor de los casos instintivo y defensivo ante los abusos practicados en la sierra por el ejército de Chile. En ese sentido, el mismo Cáceres ejecutó a algunos de sus seguidores indígenas cuando bajo el argumento de escarmentar a los “chilenistas”, propiciaron una “guerra de razas”, violentando a todo “blanco” o “ciudadino”. Similarmente, Cáceres, cuando fue presidente de Perú, matizó su defensa de las “montoneras” que lo apoyaron¹¹⁸. (Pereyra, 2010: 271-290).

Sin embargo, Cáceres llegó a ser una especie de excepción de su tiempo al destacar la actuación de los indígenas en la campaña de la Breña, al elogiar el humilde compromiso y “patriotismo” que ese sector habría demostrado y al concebirlos como parte fundamental de lo peruano¹¹⁹.

¹¹⁷ Se refiere al año en el que escribió la obra estudiada.

¹¹⁸ Manrique y Brooke Larson interpretaron las acciones de Cáceres contra sus seguidores indígenas que se manifestaron, en sus acciones, a favor de una “guerra de razas”, como las represalias de un terrateniente que finalmente traicionó la causa indígena, en miras a una carrera política que se potenció con la alianza de las élites latifundistas. Ver Pereyra, 2010: 269-302.

¹¹⁹ Por ejemplo, Cáceres escribió que si bien pondría coto al “desborde” indígena que propiciara una “guerra del razas”, comprendía que esas manifestaciones eran consecuencia del “carácter acomodaticio de las clases superiores” que llegaron a transigir con los “enemigos del país y con los traidores” y “hay que convenir en que la raza indígena no es tan culpable como se la pinta, careciendo como se carece del ilustrado criterio que es necesario para establecer distinciones; habiendo sido, antes de la guerra, como es notorio, por parte de los mestizos y los blancos, objeto de especulaciones clamorosas y despotismo sin nombre”. (Citado en Pereyra, 2010: 301-302).

Ese “indigenismo” temprano, ha derivado en el “etnocacerismo” y se ha constituido en una corriente política importante en Perú, tendencia que se ampara en la imagen heroica de Cáceres y sus seguidores indígenas, demostrando el valor de la mitificación de Cáceres en la actualidad. De tendencia ultranacionalista, antisistémica e indigenista, propugnaron, entre otros planteamientos, un retorno al Imperio Incaico (por lo menos simbólicamente), el establecimiento del socialismo económico y la primacía de la “raza indígena” en Perú. Igualmente, llegaron a cuestionar el tratado de 1929 entre Chile y Perú y plantear la reivindicación de los territorios perdidos por Perú en la Guerra del Pacífico. No obstante, si bien, en sus inicios, los etnocaceristas se presentaron como un grupo que lideró diversas movilizaciones e intervenciones armadas calificadas como indigenistas radicales, hoy, al ser uno de sus representantes (Ollanta Humala), ex presidente de Perú, han mutado su discurso para adecuarlo al gobierno moderado y pragmático que condujo, incluso en las relaciones con Chile¹²⁰.

De todas formas, la existencia del “etnocacerismo” evidencia la importancia de Cáceres como figura “heroica” en Perú y que a diferencia de los otros héroes concebidos como más representativos de “todo” Perú, él es un símbolo no sólo “universal”, sino también exclusivo del indigenismo peruano.

2.1.4 El Perú heroico en las peores condiciones

Contrastando con la clase dirigente de Perú, que, como veremos, fue duramente criticada en las visiones peruanas sobre la Guerra del Pacífico, hubo la tendencia a enaltecer al “pueblo” expresado en los soldados anónimos que combatieron en la guerra, en los civiles que, estoicamente, soportaron la ocupación chilena y, como ya anotamos, en los héroes que trajo para Perú este acontecimiento.

En consecuencia, fueron bastante resaltadas las pésimas condiciones en las que combatieron los soldados y marinos de Perú, subrayando las abismales desventajas frente al poderío militar chileno y rescatando recurrentemente el “valor” y “esfuerzo” con que

¹²⁰ El etnocacerismo tiene como principales fundadores a la familia Humala. La más famosa de sus acciones fue octubre de 2000 contra el gobierno de Alberto Fujimori, cuando los hermanos Humala se sublevaron y tomaron con varias decenas de soldados armados, la propiedad de la minera Southern Perú Copper Corporation. Igualmente, lideraron una asonada contra el gobierno de Toledo. Ollanta Humala fue presidente de Perú desde julio de 2011 hasta julio de 2016.

combatieron, haciendo que las dificultades y obstáculos magnificaran más aún el heroísmo y la resistencia.

En este marco, lo primero en destacarse fue el enfrentamiento de los buques peruanos, principalmente el “Huáscar”, con los dos blindados chilenos mucho más modernos y poderosos. Como se anotó antes, es en esos combates donde se inmoló el mayor héroe peruano, Miguel Grau, y se constituyó la mayor mitificación heroica de Perú en la Guerra del Pacífico.

Equivalentemente, fueron enaltecidas las batallas terrestres donde no sólo se subrayó un mayor número de combatientes chilenos frente a los aliados o los peruanos, sino las malas condiciones permanentes del ejército aliado (que se traducían en la carencia de armas adecuadas, vestuario suficiente, víveres, agua y otros elementos vitales), el desorden y desorganización en que se encontraban, la falta de mandos eficientes y la afectación de las rencillas y rivalidades de los líderes políticos y militares que hasta habrían generado un supuesto boicot de algunos peruanos a su propio ejército.

Sobre la exaltación heroica de los soldados peruanos, contrastando con sus duras circunstancias, la actuación reprochable de los dirigentes y las enormes ventajas de los chilenos, Congrais Martin fue el autor estudiado que más abundó en el tema. Primero, en las diversas batallas que se generaron durante la guerra, resaltó una abrumadora mayoría chilena, allende un mejor condicionamiento y preparación bélica. En contraste, describió a los peruanos y aliados como carentes de todos los elementos importantes, pero motivados por su valor y patriotismo. Por ejemplo, así se refirió a la batalla de Pisagua:

Había poco más de diez mil soldados (seis mil peruanos y el resto bolivianos) para oponerse al preparado ejército chileno que constaba de más de diecisiete mil soldados; nosotros habíamos armado a nuestros improvisados soldados con cuanto rifle se encontró en los arsenales, tan es así que había más de siete diferentes sistemas y calibres, lo que no sólo recargaba el trabajo de intendencia sino que se prestaba a numerosos errores. La defensa de Pisagua fue un verdadero ejemplo de lo que se podía hacer frente a un enemigo que sólo atacaba cuando tenía todos los elementos a su favor, y nunca, dígame lo que se diga, en inferioridad de condición numérica. (1978. Tomo 2: 10).

Respecto a la batalla de Tarapacá, dicho autor recalcó que “nuestros soldados están acostumbrados a caer frente a un adversario pero nunca a ofrecerles sus grupas” y que cubrieron “con sangre y heroísmo una de las más gloriosas páginas de nuestra historia

militar” (Ibid: 18; 92); sobre la batalla de Arica describió a los “homéricos defensores de nuestro Morro” (1978. Tomo 5: 13); que en San Juan atacaron “como titanes” y sin deserciones (1978. Tomo 9: 160); y en relación a la batalla de Miraflores aseveró que 1500 peruanos hicieron retroceder a 4500 chilenos y que al final se impuso la superioridad numérica al valor. (1978. Tomo 10: 107).

Haciendo un esbozo de las batallas y del porqué de las derrotas peruanas, explicó:

(Los chilenos) en San Francisco triunfan gracias al desbande boliviano y a la escasa firmeza de quienes nos dirigían. En Tacna nos vencieron sólo gracias a que tenían, y utilizaron angustiosamente, una reserva que entre nosotros no existía. En San Juan, Miraflores y Huamachuco vencen, como veremos más adelante, siempre tras haber sufrido serios reveses iniciales. Cinco oportunidades en que nos faltó reserva humana. Dábamos el puntillazo inicial pero nos faltaba la estocada final. (1978. Tomo 5: 28).

Después, halagando las supuestas cualidades “raciales” de los soldados peruanos y aludiendo al Imperio incaico y a la hazaña del héroe peruano Francisco Bolognesi, alegó:

Nuestros soldados son indómitos y arrojados como pocos; valientes y audaces como dignos herederos de una raza que creó e hizo florecer el mayor imperio de nuestro continente. Nuestro temple, nuestra fibra es tal que nuestros hombres prefieren arrojarse al ignoto abismo antes que entregar la enseña patria al enemigo. Valientes y arrojados, sí; indómitos y audaces, también; pero nunca –que sepamos- magos y sólo un ser dotado de tal facultad podría ir en contra de la lógica y hacer que 1858 venciesen a 8300¹²¹. (Ibid: 29-30).

También, el autor abundó en los errores y estrecheces de los líderes peruanos que hicieron desaprovechar a su ejército de varias oportunidades para vencer al adversario y sobresaliendo la actuación individual y fragmentada de sus fuerzas, siendo que “nada se hizo, nada se coordinó”. (1978. Tomo 4: 66).

Finalmente, Congrains Martin concluyó que el pueblo peruano “nunca aceptó ser derrotado y que constantemente no sólo luchó contra el alevoso invasor, sino contra los avatares de una campaña mal llevada desde el principio” (1978. Tomo 7: 19), que “nosotros fuimos los agredidos, nosotros los invadidos, nuestro ejército estaba sin preparación, más se luchó, se defendió el suelo patrio con pundonor, hombría y amor

¹²¹ El autor está haciendo referencia a la batalla de Arica y a la inmolación del héroe peruano, Francisco Bolognesi.

propio, mucho más que con elementos ofensivos” (1978. Tomo 8: 64), y que “al Perú le faltaron buques y no hombres”. (1978. Tomo 5: 74-75).

En el mismo sentido, Paz Soldán explicó que Perú se caracterizó por una mala dirección de guerra, pero que sus soldados asombraban por su resignación y heroísmo para resistir la sed, el calor, el frío y la desnudez. (1884: 335-336). Caivano reflexionó que eran muchas las cualidades del soldado peruano, caracterizado por su heroísmo, valentía, obediencia e indiferencia al peligro, pero mandado por “oficiales incapaces”. (Ibid: 193, 221).

Siguiendo un tono similar, Caivano destacó el combate de Pisagua, en el que aseguró que combatieron un puñado de hombres que sumaban novecientos aliados contra diez mil chilenos en un ejército profesional y que a pesar que los aliados sabían que el “heroísmo” era inútil, se batieron como “leones”. (1979. Tomo III: 191). Paz Soldán también escribió sobre esta batalla en términos similares y subrayando que el triunfo no se debió a la inteligencia o pericia, sino al número, porque los soldados chilenos caían por centenares, pero eran reemplazados de inmediato. (1884: 307).

Igualmente, se resaltó bastante la batalla de Tarapacá, la única que ganaron los aliados, pero territorio que tuvieron que abandonar por falta de recursos y víveres, dejando que el mismo fuera ocupado por los chilenos. Por eso, este hecho fue bastante citado tanto por representar la única victoria de Perú y Bolivia en el combate terrestre, como por revelar las carencias de sus fuerzas militares. Sobre las condiciones de los soldados peruanos en el periplo de Tarapacá a Arica fueron ilustrativas las palabras de Modesto Molinari, director del Boletín de Guerra de Perú:

Con una resignación que asombra, el soldado soportó el hambre y la sed hasta la desesperación. Su cuerpo venía cubierto apenas de un jirón de vestido, sahumado por la pólvora del combate; sus pies se habían tostado al calor de la arena de la pampa, brotando sangre al pisar el risco de los cerros; pero su espíritu altivo no se doblegó jamás, ni de su brazo se desprendió el arma triunfadora, en unas dieciséis jornadas en que tuvo que lidiar contra la naturaleza, una lucha más titánica que la de Tarapacá. (Citado en Congrains Martin, 1978. Tomo 2: 20).

Al respecto, Caivano comentó que eran recurrentes las carencias del ejército peruano y que tuvieron que marchar en estado deplorable, desnudos, descalzos y luchar contra la intemperie, el cansancio y el hambre, situación que se debía al abandono del ejército por

parte de los dirigentes peruanos obnubilados por la indisciplina y sus rivalidades. (1979. Tomo III: 196-206) y Paz Soldán describió cómo algunos soldados de Perú hasta tuvieron que tomar el vestuario y zapatos del enemigo muerto porque llevaban la misma ropa ocho meses antes, llegando a Arica en andrajos. (1884: 360-361).

Respecto a la situación de los soldados peruanos en la batalla de Tarapacá, Basadre apuntó que los peruanos vencieron aún con falta de caballería, artillería y municiones y sin plan de batalla y alimentos buenos y suficientes, y que la victoria no sirvió de mucho porque, por el aislamiento y la escasez de todo, tuvieron que marchar a Arica sin alimento, ni descanso y dejando armas, municiones e incluso a los heridos. (1983: 121-123).

Otros acontecimientos resaltados por Basadre, fueron la batalla de Miraflores, donde recalcó el heroísmo de los peruanos que no ganaron por falta de refuerzos y municiones; y la resistencia de Cáceres en la sierra que se realizó con poquísimos recursos, armas primitivas, ropas harapientas, pero aún así no fueron doblegados en dos años. (Ibid: 281-298). Algo similar comentó en relación a la batalla de Huamachuco (Ibid: 336-337) y sobre el heroísmo civil y silencioso en la campaña de Lima, donde abundaron los ejemplos de sacrificio personal y patriótico (Ibid: 356). Basadre, insistió en que no se puede negar la resistencia y sacrificio peruano en condiciones desfavorables y:

Si las masas chilenas impresionan en estas jornadas que duraron de abril de 1879 a octubre de 1883, como conjuntos dentro de la desorganización y el aturdimiento peruanos, emergen de pronto, más de una vez, cumbres. No son muchos – sin alarde retórico- los pueblos que tienen a figuras como Grau y a los que honraron la sucesión en el comando, Bolognesi y los jefes y los demás defensores de Arica, los vencedores de Tarapacá, los que fueron al sacrificio conscientemente en San Juan, el Morro del Solar y Miraflores, los protagonistas de la resistencia en la Sierra. (Ibid: 361).

2.2. Los antihéroes, las culpas y consecuencias de la guerra

De manera similar a lo que aconteció en Bolivia, posiblemente debido a la derrota y por lo dura que se configuró esta guerra para Perú, fue que se intentó, con bastante ahínco, el imputar de las faltas y los luctuosos resultados de la misma a ciertos personajes importantes del momento, concebidos como lo inverso a las mitificaciones heroicas descritas. En ese marco, los gobernantes de la época fueron los que recibieron más inculpaciones, fue el caso de Prado y Piérola que se constituyeron como los principales “antihéroes”.

En el caso de Prado, se le incriminó una mala dirección del desempeño de Perú en la guerra y el haber abandonado a su país después de la batalla del Alto de la Alianza. A pesar de que presentó un comunicado público, explicando que iba a Europa para adquirir “personalmente” los blindados de guerra que necesitaba Perú, su viaje fue tomado por la mayor parte de las visiones históricas estudiadas como una “fuga”.

De esa manera, Paz Soldán relató que cuando salió del suelo peruano, Prado fue calificado, especialmente por los militares que apoyaron después a Piérola, como “traidor”. Una vez Piérola en el poder, oficializó esta acusación, declarándolo “traidor de la patria” y quitándole la ciudadanía peruana. Al mismo tiempo, Paz Soldán atribuyó a Prado una pésima dirección de la guerra, siendo que la mayor parte de los desastres sufridos por Perú en la misma, “en gran parte eran obra suya”. (1884: 343). Respecto a su viaje, Paz Soldán aceptó que Prado pudo ser capaz de un sacrificio personal por su país, al punto de dejar todo en procura de buques, pero:

[...] no estaba dotado, sin embargo, de aquella lucidez de inteligencia, ni de aquella intrepidez y firmeza tan necesarias en el hombre de Estado para dominar cualquier situación difícil en un momento dado y aferrado á su espíritu de conciliación, esperaba mas bien se desarrollaran y se resolviesen por si mismos, ántes que asumir una actitud decisiva para imprimirles un rumbo determinado, siempre que con ello hubiera de chocar con algunas ideas ó intereses políticos; ó lo que era peor, seguía su pernicioso sistema de los términos medios, mas inaparente que nunca, cuando se atraviesan situaciones comprometidas como la en (sic) que se encontraba el Perú. (1884: 364).

Así, Paz Soldán remató diciendo que esos factores, más el abatimiento como consecuencia de las derrotas peruanas y la presión de Piérola que claramente quería tomar el poder, terminaron haciendo que Prado evadiera la situación. (Ibid).

Caivano realzó que a pesar de su proclama, el viaje de Prado fue tomado en Perú como una deserción:

Porque todos sabían cuan poco apto fuese para semejante misión, y la poca confianza que podía y debía tener él mismo en el éxito de su empresa, aún suponiendo que la hubiera concebido de buena fe en un primer momento de ilusoria confianza en sus propias fuerzas. Todos pensaban que los desgraciados sucesos de Tarapacá, de los cuales le cupo no escasa responsabilidad, aunque indirecta, y la poca confianza que se inspiraba a sí mismo para proveer seriamente a la defensa del país, hubiesen instantáneamente paralizado su ánimo de por sí tan pusilánime, y que con el pretexto de ir en busca de algún buque de guerra, no buscarse en realidad más que sustraerse a las recriminaciones, que amenazadoras, preveía verse llegar de todos los puntos de la República. Además esto se encuentra

perfectamente en armonía con la poca actitud que siempre demostrara. (1979. Tomo II: 236).

Congrains Martín fue todavía más duro con Prado al afirmar que lo de comprar armas y buques fue un pretexto y que se le confiaron los fondos de las recaudaciones con ese objetivo y no para “fines particulares”. Complementó que no se supo del destino de esos recursos: “Este es un capítulo realmente doloroso de nuestra historia, sobre el cual aún no se ha dicho la palabra final”. (1978. Tomo 3: 16).

Basadre, más moderado, si bien censuró el periplo de Prado, porque desde su juicio, la ausencia de Prado significó un mayor peligro de anarquía y guerra civil en Perú, consideró que inculpar a una sola persona por los desastres de la Guerra del Pacífico, se debía a apreciaciones apresuradas, simplistas, subjetivas y sujetas a las rivalidades políticas que asolaban a Perú:

Lo probable hubiese sido que por las faltas y errores del pasado y las nuevamente exhibidas, la campaña naval y la primera campaña terrestre, hubieran tenido de todos modos de un modo u otro, resultados adversos; pero las desilusiones de los entusiasmos patrióticos en muchos y las hirvientes pasiones políticas en algunos, no profundizaban en las hondas y graves causas de esos desastres y los explicaban simplemente por los defectos o las fallas de un solo hombre que entonces era Prado y que más tarde fue, ante contrastes análogos, Piérola. (1983: 145).

De esa forma, para Basadre el insinuar que Prado se apropió del dinero destinado a la compra de buques, es una versión “calumniosa”. (Ibid).

Por otra parte, si bien se presentó a Prado como un “antihéroe” o por lo menos como un personaje negativo para las versiones peruanas de la Guerra del Pacífico, al respecto, mucho más tinta se ha gastado en Nicolás de Piérola, reciamente descalificado por la mayor parte de las visiones históricas peruanas abordadas.

Piérola, quien tomó el poder luego del viaje de Prado, era ya un político conocido en Perú por sus constantes aunque infructuosos intentos de hacerse del poder en la década de 1870. Entonces, lo primero que se le imputó es el haberse aprovechado de la situación de guerra de Perú, para arrebatarse el mando del Estado al Vicepresidente La Cotería que sucedió a Prado, un hombre ya entrado en años. Se recalcó que por ello, Perú estuvo cerca de una guerra civil entre los adictos a Piérola y los que apoyaban la sucesión

constitucional de Prado, pero que finalmente los segundos aceptaron el gobierno de Piérola para no derramar más sangre peruana por problemas internos, en medio de una guerra internacional, y esperando que bajo la dirección de Piérola, tal como prometía en sus continuos discursos, la actuación de Perú en la misma diera un giro menos trágico.

No obstante, de acuerdo a las apreciaciones de las versiones históricas peruanas abordadas y de los políticos detractores de Piérola del momento, las expectativas fueron rápidamente decepcionadas. Así, no solamente se atribuyó a Piérola una serie de errores y faltas que habría cometido Perú en la guerra, sino, incluso, se llegó a decir que él fue el culpable de la derrota peruana y la consecuente desmembración territorial.

Resumiendo, a Piérola se le increpó el hecho de que Perú, en el momento oportuno para hacerlo, no adquirió blindados porque los fondos para ello fueron gastados en repeler sus asonadas. Se le increpó que ejerció un gobierno dictatorial donde la prensa y los opositores fueron duramente reprimidos y en el que el Ejecutivo manejaba a su antojo el Poder Judicial, y que aprovechando ello, intentó maquillar las derrotas peruanas durante su gestión, con un trivial barniz de triunfalismo. Se le incriminó una vanidad y exhibicionismo frívolo, que estuvo más preocupado de su propia vestimenta y de, por ejemplo, los uniformes de los vicarios, que de organizar una defensa estratégica. Se le acusó de que con el afán de alejar a sus enemigos políticos, colocó jefes improvisados y sin experiencia al mando de las FF.AA. peruanas, lo que afectó el desempeño bélico de Perú. Igualmente, se le culpó por negociados cuestionables y turbios con la empresa ganera Dreyfus e hijos¹²².

También, se le imputó el haber boicoteado al ejército del sur porque estaba al mando de Montero, su enemigo político, y de esa manera haber colaborado indirectamente en las

¹²² Como Ministro de Hacienda en el gobierno de José Balta, en 1869, Piérola firmó en París el contrato Dreyfus, por el que dicha compañía se comprometía a comprar al Perú 2 millones de toneladas de guano por unos 70 millones de soles. Dreyfus adelantaría 2 millones en dos mensualidades al momento de la firma del contrato y también asumió el compromiso de entregar cada mes, hasta marzo de 1871, la suma de 700 mil soles. Se encargaba, además, de todo el negocio del guano peruano y a cancelar la deuda externa del país con las ganancias obtenidas por su venta. No obstante, el dinero de la empresa no bastó para cancelar la deuda peruana, finalmente el Estado tuvo que recurrir nuevamente al crédito externo. Para 1872, Perú no sólo era concebido como el país más endeudado de Sudamérica, sino que se vio en una terrible crisis económica. Así, el contrato Dreyfus fue muy criticado, en especial por los consignatarios peruanos y extranjeros que se vieron afectados por el monopolio ganero de Dreyfus. Los detractores de Piérola, además, insistieron en que hubo manejos poco claros y corrupción en esta negociación y acusaron a Piérola de beneficiarse, de manera personal, con el contrato y sin que haya sido beneficioso para Perú.

victorias chilenas y también, al no ser militar ni conocer ese oficio, por la organización deficiente de la defensa de Lima. Se dijo que no quiso seguir ningún consejo de gente experimentada y que prefería la derrota antes que algún líder que no fuera él mismo, pudiera adjudicarse las glorias de una victoria. Se le echó en cara que frente a los desastres militares sufridos por Perú, siempre respondía que tenía un plan que cambiaría el curso de las cosas, pero que, finalmente, mandó al ejército al sacrificio y terminó huyendo ante la inevitable toma de Lima por los chilenos.

En ese entendido, fueron muy duras las palabras contra Piérola por parte de Paz Soldán¹²³, Congrains Martin y Caivano, siendo que estos estudiosos reflejaron, de alguna manera, la leyenda negra que sobre Piérola, ha marcado a la historia peruana.

Paz Soldán manifestó que cuando Piérola instauró su gobierno, derribó lo poco de institucionalidad que aún existía en Perú y dejó en escombros el edificio gubernamental, lo que tuvo como consecuencia inmediata en un ejército sin unidad de mando y en obras de defensa inconclusas y, por si fuera poco, remató que si bien antes de la dictadura de Piérola las fuerzas peruanas estaban desatendidas por las distancias y la falta de recursos, con el nuevo régimen se encontraron aún en peores condiciones, debido a los recelos del dictador con sus enemigos políticos y por la vanidad que caracterizaba cualquier acción suya (1884: 377, 417).

De esa manera, concluyó que Piérola fue el principal responsable de las desgracias de Perú en la guerra y que por su causa, Perú, que debía cantar glorias, lloraba desventuras, y que con tal dirección de guerra fue imposible la victoria (Ibid: 450, 458, 622): “La historia hará siempre responsable á don Nicolás de Piérola de todas las desgracias y calamidades que han pasado por el Perú, que no habría sido dado á éste a esperar de ni sus más encarnizados enemigos”. (Ibid: 525).

Caivano, indicó que Piérola (al que calificó como “alucinado” y “perturbado mental”), trajo al Estado peruano los odios y desconfianzas típicas de un conspirador, además de

¹²³ Paz Soldán como un personaje importante de la época e igualmente un político del momento, al pertenecer a las filas de los civilistas, opositores de Piérola, (fue ministro en los gobiernos de José Balta y Mariano Ignacio Prado), fue uno de los principales detractores del personaje. Al respecto, Basadre, aunque rescató el valor historiográfico de Paz Soldán, anotó que como todos los hombres de su tiempo, se dejó llevar por las pasiones políticas al momento de plasmar apreciaciones sobre las responsabilidades de algunos peruanos en relación al desenlace de la Guerra del Pacífico. Ver Basadre, 1983: 70.

una vanidad delirante, y en lugar de unir fuerzas en el momento en que Perú más las necesitaba, las dividió, malgastó y destruyó, siendo que bajo su mando el ejército peruano-boliviano fue condenado a la derrota (1979. Tomo II: 234-244, 253, 302, 338):

Todo debía ceder ante las absurdas exigencias de la ambición y de la vanidad del dictador: y fueron éstos los principales autores de las fáciles victorias de Chile, desde Tarapacá en adelante; como otras causas no muy diferentes, provenientes siempre de hechos extraños a Chile, habían sido las que únicamente le favorecieron hasta entonces. (Ibid: 295).

Congrains Martin fue todavía más explícito para descalificar a Piérola al que le dedicó un tomo de su obra. Primero le imputó su golpe de Estado en una situación en la que Perú estaba invadido; después argumentó que destruyó el último vestigio de legalidad en el “aletargado país”, lo llamó “ególatra”, “demagogo de opereta”, lo comparó con el emperador romano César y resumió su gobierno como inútil aunque lleno de decretos y “grandilocuencias” (1978. Tomo 3: 17-21, 25, 38. Tomo 7: 7). Lo culpó por boicotear a Montero y aseguró que “lo que debió ser triunfo se convirtió en derrota” (Ibid: 99). Por otro lado, criticó su conexión “siniestra” con la compañía Dreyfus y aseguró que la defensa de Lima que organizó fue “ridícula”. (Ibid. Tomo 8:112).

En suma, aseveró que Piérola fue “artífice de la derrota peruana” (Ibid. Tomo 8: 65-66), lo nombró responsable “por las desgracias que hoy abruman al Perú” y por “la desmembración de nuestro territorio patrio y por “el holocausto de miles y miles de peruanos que ofrendaron sus vidas” (Ibid. Tomo 8: 130, Tomo 9: 48), aseguró que los chilenos encontraron en Piérola un “aliado interno” (Ibid. Tomo 9: 21) y lo acusó de traición y cobardía (Ibid. Tomo 9: 144). Finalmente, como evidencia de que las secuelas y heridas de la Guerra del Pacífico se imprimen en la conciencia colectiva, pidió que se realice un “juicio histórico” a Piérola:

Para los traidores el tiempo no debe ser refugio. El tiempo no debe ser sinónimo de conmutación y olvido, sino tribunal, frío y objetivo, donde se juzgue y condene o absuelva a quien, en nuestro juicio, fue causal directo del enlutamiento de miles de hogares peruanos y del desmembramiento de nuestro sagrado e infraccionable (sic) territorio patrio. En nombre de todo ello, pido que se abra un juicio histórico para enjuiciar el proceder de don Nicolás de Piérola y Villena, en el periodo comprendido entre 1880 y 1883. Que la nación sea su juez. (Ibid. Tomo 9: 183).

Basadre, en cambio, al igual que con Prado, fue moderado respecto a la crítica a Piérola. Si bien consideró que el mencionado personaje pudo ser relativamente culpable por la falta de orden, estabilidad y la violencia y odios partidistas en Perú desde la década de 1870, no lo inculpó por el desarme peruano (la no adquisición de blindados). Resaltó que si bien adoleció de vanidad y soberbia, también demostró “abnegación y heroísmo por asumir el gobierno en un país invadido, políticamente perturbado, navalmente desaparecido, militarmente maltrecho, económicamente exangüe y contra poderosos y arrogantes vencedores”. (1983: 148).

Igualmente, citó lo que concibió como logros de Piérola, como el intento de rehacer la institucionalidad con un estatuto provisorio que, aunque centralista y autoritario, era una tentativa de constituir una base jurídica en un periodo de crisis. Aunque nombró los “decretos pomposos y delirantes”, aceptó que la dictadura buscó nuevos recursos para sobrellevar la guerra, se mostró a favor del pobre y del indígena, decretó el servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos¹²⁴, organizó dos ejércitos y la defensa de Lima, tomó los bienes de la Iglesia, sancionó a los hacendados a favor de la causa nacional y levantó el ánimo del país: “mucho se hizo, pero muchísimo más quedó por hacer”. (Ibid: 189-210).

Basadre concluyó que si bien pudieron ser veraces las inculpaciones a Piérola, posiblemente sin su concurso en los acontecimientos, tal vez no hubieran impuesto al invasor, una resistencia porfiada y heroica, lo que lo constituyó como un “símbolo nacional aglutinante”. (Ibid: 207-219, 363-364).

2.2.1 De héroe a antihéroe

Uno de los personajes peruanos más polémicos de la Guerra del Pacífico fue Miguel Iglesias, quien pronunció un manifiesto instando a Perú a aceptar la realidad de la derrota, dejar la resistencia inútil y aceptar las condiciones de Chile para la paz y así acelerar desocupación del país¹²⁵. En consecuencia, Iglesias fue enarbolado como presidente de

¹²⁴ Basadre anotó que una de las causas de la popularidad de Piérola en los sectores humildes y las “muchedumbres”, fue por haber obligado a los ciudadanos de las clases pudientes a enlistarse en la guerra al igual que el resto, lo que a su vez ocasionó aversión en los representantes de los sectores privilegiados. Ver Basadre, 1983: 247-248.

¹²⁵ Este pronunciamiento de Iglesias es conocido como el “grito de Montán”, lugar desde donde lo realizó.

Perú con la ayuda del ejército chileno con el objetivo de que se existiera una autoridad competente con quien firmar un tratado de paz bajo sus condiciones, tratado que finalmente fue refrendado en Ancón en 1883.

Iglesias, sobresalió por su desempeño en la guerra y fue catapultado como el “héroe del Morro Solar” en la defensa de Lima, y enaltecido en ese sentido, pero se transformó en un personaje despreciado duramente al momento en que aceptó las condiciones de Chile para la desocupación de Perú y la consolidación de la paz, las que incluían la cesión de Tarapacá y la ocupación de Tacna y Arica.

Sobre el enaltecimiento de Iglesias como “héroe”, fueron ilustrativas las palabras de Caivano al afirmar que Iglesias luchó “como valiente contra todo el ejército chileno”: “Lucha retrocediendo con sus diezmadas fuerzas hasta la cumbre del Morro Solar; y una vez allí, lucha siempre sin tregua ni reposo hasta las dos de la tarde, a cuya hora, rodeado por todas partes por el ejército enemigo, cae prisionero junto con su Estado Mayor y todos los soldados que le quedan”. (1979. Tomo II: 306). Basadre, destacó que el heroísmo de Iglesias en esa batalla se potenció por el hecho de que allí murió su hijo y que después de esa derrota, el héroe dio la guerra por perdida. (1983: 313-314).

No obstante, las mayores referencias a Iglesias lo tildan como “traidor”. Fue repudiado por los principales personajes peruanos del momento como Montero, Piérola y Cáceres¹²⁶, quienes apodaron a las fuerzas de Iglesias, como “puercos desnudos”, “chileques” o “argollistas” (Basadre, 1983: 343), fuerzas intensamente combatidas por Cáceres y sus hombres.

Ese sentir se plasmó en no pocos historiadores de Perú. Paz Soldán llamó a Iglesias “indigno peruano” y enfatizó que “llevado el traidor á Lima firmó cuanto quiso Chile; entonces lo sentó en la silla presidencial y allí lo sostiene con sus armas”. (1884: 767). Congrains Martin explicó que Iglesias “olvidando la memoria de los defensores de Lima que vio caer a su rededor, entre ellos a su propio hijo, se avino éste (Miguel Iglesias) a firmar un tratado de paz aceptando a Chile lo que ningún, léase bien, **ningún** peruano le

¹²⁶ Pereyra anotó que hubo un enfrentamiento no sólo físico entre las fuerzas de Cáceres y las de Iglesias, sino una “guerra mediática”, donde el diario cacerista “Prensa libre” fue el puntal de la leyenda negra de Iglesias. Ver Pereyra, 2010: 159-220.

había aceptado ni aceptará jamás: la cesión del departamento de Tarapacá”. (1978. Tomo 8: 64. El resaltado es del autor).

De esa manera, incluso Piérola, al ser comparado con Iglesias, fue rescatado por los historiadores y escritores que lo recriminaron constantemente, como “patriota” y “valiente” por su “resistencia”, más allá de sus errores.

Basadre y Pereyra, sin embargo, quisieron ver el accionar de Iglesias como un “colaboracionismo por supervivencia” y procuraron comprender sus motivaciones para asumir un papel histórico tan infortunado e incomprendido, cual forma de sacrificio personal por el futuro bien de Perú.

Primero, ambos autores aclararon que Iglesias procedió por sí mismo y no manejado por los chilenos y la prueba de ello es que éstos, al principio, desconfiaron de su decisión. Argumentaron que su actuación buscó evitar más derramamiento de sangre peruana y así culminar con las penurias de la ocupación chilena, atreviéndose a mirar lo que, a su juicio, era la realidad. Basadre acotó que en esa idea estaban la mayoría de los terratenientes del norte y centro peruanos, lugares asolados por los invasores, habiendo, en su gesto, sinceras actitudes patrióticas:

Iglesias apareció con la actitud humillada de ir sumisa y voluntariamente de acuerdo con lo que, a sus ojos, era el vendaval de la historia creyendo que no podía ser detenido y responsabilizándose por sus consecuencias. Lo deben mirar como uno de los suyos quienes, de un modo u otro, intentan expresar la realidad desengañada frente a las ilusiones heroicas, quienes pagan con coraje las deudas dejadas por el pasado, quienes adoptan la terrible decisión de olvidar y ensuciarse para seguir adelante. Parece viejo mientras que a su lado, Cáceres y García Calderón parecen jóvenes. Representó a su manera, la muerte del ensueño. No está espiritualmente lejos de quienes, en todo tiempo, aspiraron, en distintas esferas, a grandes cosas que pudieron ser, según los casos, el poderío, la riqueza, el amor, la creación artística, la gran contribución científica, el disfrute de la vida en sus formas más gratas, para concluir aceptando la mediocridad, la limitación, el desencanto [...] Puede ser que otro tratado hubiese sido siquiera menos duro. Pero hay un hecho que dignifica al Perú: este hombre, el defensor del Morro Solar, por encima del error o del acierto y a pesar de las apariencias y de las acusaciones y aunque recibió y aceptó el apoyo del invasor, ante sus propios ojos y ante su conciencia fue un patriota sincero y un hombre honesto. (1983: 327).

2.2.2 *Los colaboracionistas*

Se denomina “colaboracionistas” a los que por diversas motivaciones, terminan colaborando con el adversario de guerra. En la Guerra del Pacífico y en el caso específico de Perú, se designó como “colaboracionistas” a todos los que buscaron un entendimiento con Chile. En tal medida, el principal “colaboracionista” fue Iglesias, pero antes de él, fue llamado así Francisco García Calderón, quien asumió la presidencia de Perú ante la dimisión de Piérola.

Como presidente, García Calderón aceptó iniciar tratativas de paz con Chile, pero no hizo lo mismo frente a las condiciones de la paz chilena que exigían la cesión territorial. En consecuencia, finalmente, fue apresado y deportado a Chile. En ese marco, si bien en un inicio es acusado de “traidor” por Piérola y sus seguidores o acusado como “agente de Chile” por algunos pensadores de la talla de Ricardo Palma¹²⁷, por su negativa a aceptar las condiciones chilenas, terminó siendo rescatado como “patriota” de forma generalizada y hasta apoyado por Montero y Cáceres, a diferencia de lo acontecido con Iglesias. De ese modo, fue halagado por Paz Soldán quien lo asumió como “patriota” y “presidente legítimo del Perú (1884: 739; 767)¹²⁸, y citado como “héroe civil” por Basadre (1983: 310).

Otro “colaboracionista” que no corrió tanta suerte respecto a las calificaciones de sus actos, fue José Antonio Lavalle, el diplomático que intentó frenar la guerra inminente en 1879 como delegado en Chile por Perú y que en 1883, se constituyó como representante de Iglesias para negociar la paz con Chile, lo que le significó valoraciones similares a las imputaciones contra Iglesias, aunque también la comprensión de Basadre y Pereyra al incluirlo entre los “colaboracionistas por supervivencia”.

Análogos “colaboracionistas” fueron los hacendados que apoyaron a Iglesias, incluso combatiendo a las fuerzas caceristas y ayudando a los chilenos en sus expediciones y, por tanto, acusados también, de “traidores” y de beneficiarse de manera personal con la venta de tierras y haciendas a título de “beneficencia pública” para costear la guerra, pero

¹²⁷ Eminente escritor peruano. Acusó con esos términos a García Calderón en la correspondencia que sostuvo con Piérola. No obstante, de acuerdo a Basadre, su animadversión hacia García Calderón, al igual que en el caso de Piérola, se debió a que García Calderón pertenecía al bando político “civilista” y Palma a los seguidores de Piérola, sus rivales. Ver Basadre, 1983: 256, nota 1.

¹²⁸ Cabe aclarar que Paz Soldán, al igual que García Calderón, pertenecía a los “civilistas”.

después pasarse, fácilmente, a apoyar al enemigo, principalmente porque temían a los montoneros indígenas de Cáceres¹²⁹. Sobresalieron en ello Luis Milón Duarte y Manuel de la Encarnación Vento, sobre los que se ha constituido una mitificación negativa, aunque menor a la de Iglesias, Piérola y Prado.

2.3 La visión peruana sobre los tratados de la guerra

Culpando a Iglesias y a los “colaboracionistas”, los autores estudiados, no recibieron bien el tratado de Ancón que estableció la tregua de la guerra entre Chile y Perú y confirmó la pérdida peruana del territorio de Tarapacá. En ese sentido, oscilaron en calificarlo como una “traición” o, por lo menos, como un error o una medida precipitada. De esa manera, Paz Soldán, al calor de la coyuntura, dijo que Iglesias estuvo sostenido en el poder mediante las armas chilenas y que por ello firmó lo que Chile quiso. No obstante, “el Perú se levantará de su actual postracion, volverá á recuperar su elevado puesto en la América del Sur, en no lejano tiempo y pedirá cuenta severa á sus enemigos, y á sus ingratos hijos”. (Paz Soldán, 1884: 767-768).

También al calor del momento, otro tanto manifestó Caivano al calificar al pacto como “tratado de conquista” (Caivano, 1979: 286) o “despojador tratado de paz” que no hubiera sido firmado sin la invasión a Lima (: 332), imponiéndose “condiciones de paz crueles y tiránicas” (:339).

Autores más contemporáneos como Congrains Martin, tampoco escatimaron en su rechazo al tratado: “La paz de Ancón fue la paz del traidor”. (Congrains Martin, 1978. Tomo 8: 64-65).

Basadre, si bien aceptó que el tratado significó el cercenamiento y ruina de Perú (por lo menos en los primeros años después de la Guerra del Pacífico), rescató la valentía y resignación de Iglesias para percibir la realidad ineludible de la derrota peruana en la guerra y recalcó que si bien el pacto fue impuesto por Chile, alude a los argumentos de sus defensores (la gente de Iglesias) de que era la única salida que quedaba para Perú en esos instantes. (Basadre, 1983: 350; 369).

¹²⁹ Para mayores detalles, ver Basadre, 1983: 341-344 y Pereyra, 2010: 195-227.

Por su lado, como ya se revisó, para Pereyra, Iglesias y sus adeptos eran “colaboracionistas por sobrevivencia” y el tratado de Ancón, fruto de ello (192) y que tuvo una actitud “patriota” “aunque apresurada” porque pudo haber visto otras alternativas antes de resignarse a la firma del acuerdo. (Pereyra, 2010:196-206).

El periodista Carlos Batalla, comentó que si bien, en su momento, el tratado de Ancón tuvo más detractores que defensores en Perú, en los años posteriores la tendencia fue a no tocarlo y revisarlo, ni en el gobierno de Cáceres, dando cuenta que Perú había aceptado las terribles consecuencias de la derrota. (En <http://elcomercio.pe/blog/huellasdigitales/2013/10/el-tratado-de-ancon-una-histor>).

Por otra parte, buscando saldar el último asunto pendiente derivado de la Guerra del Pacífico, se firmó el tratado de 1929 entre Chile y Perú cuyas generalidades fueron revisadas en capítulos anteriores. Así, para las visiones históricas peruanas, en el tiempo transcurrido entre el tratado de Ancón y el de 1929, Perú tuvo que soportar la “chilenización” de Tacna y Arica, la política en la que Chile procuraba lograr que el referéndum establecido en el tratado para definir la soberanía de esos pueblos, se diera a su favor. En ese sentido, los estudiosos de Perú resaltaron el hostigamiento constante que sufrieron los peruanos de esas zonas que tenían como objetivo final su expulsión o, por lo menos, un amedrentamiento suficiente para evitar que se realizaran campañas para que el resultado sea favorable para Perú: “el primer caso de national cleansing del Siglo XX en el mundo”. (Calderón, 2000: s/p).

Igualmente, para ese tiempo, Perú se recuperaba a duras penas de las secuelas de la guerra, no contaba con una capacidad bélica que pudiera hacer frente a la de Chile (que había fortalecido su capacidad armamentista) y adolecía de problemas limítrofes con Bolivia, Brasil, Ecuador y Colombia. En consecuencia, durante el gobierno de Leguía, predominó la idea de que era menester saldar cuanto antes esa cuestión pendiente con Chile porque el mantenimiento de la ocupación chilena en esas zonas favorecía a un statu quo que si se prolongaba podía implicar que Chile se apoderara de todo el lugar, dada la agresión a los habitantes peruanos. Así, el hecho de haber recuperado Tacna en semejantes condiciones, a pesar de perder Arica, fue percibido como un logro del gobierno y la diplomacia peruana:

Suscrito el Tratado de 1929, no fue por cierto el Perú el gran ganador, puesto que se perdió definitivamente Arica. Pero, tampoco fue el gran perdedor. Para Chile, el Tratado de 1929 significó el fin de un quemante problema, logrando retener Arica a cambio de sujetarla a una serie de servidumbres. El Perú pudo recuperar más de 7,000 kilómetros cuadrados sin disparar una sola bala ni movilizar legiones de jóvenes provincianos hacia el sur, aparte de conservar una presencia en Arica por la vía de los establecimientos y zonas donde su comercio de tránsito está llamado a gozar de la independencia propia del más amplio puerto libre” [...] Leguía entró a la negociación a sabiendas que era el terreno escogido por la otra parte para acabar con este cincuentenario litigio. Lo más probable es que no haya estado dispuesto a resolver ese diferendo a cualquier precio. Pero, al final, tuvo que contentarse con el menor de los males, dejando ‘a los profesionales de la guerra la recuperación de Arica’, como le dijo exaltado a la señora Larrivieri, según el testimonio de su hija Carmen, luego de una conversación decisiva que sostuvo en el Palacio de Gobierno con el embajador estadounidense en Lima, Alexander Moore, en marzo de 1929. Y decimos que el Tratado de 1929 fue el menor de los males, porque pudo haber sido peor para el Perú que se dejara escapar esa oportunidad, refugiándose en la posición extremista e intransigente del todo o nada sistemático. (Calderón, 2000: s/p).

No obstante, principalmente la oposición a Leguía, acusó al mismo de “reo de lesa patria” o de haber procedido a la firma del tratado por “miedo”. Basadre también expresó cierta reticencia al acuerdo, aunque admitiendo que Chile igualmente tuvo que sacrificar algo:

(Chile) bien pudo no hacer nada o plantear fórmulas imposibles y dejar que el tiempo terminara de consolidar el estado posesorio sobre el territorio en disputa. Ni el presidente Ibáñez ni su canciller Conrado Ríos Gallardo, escogieron esa política, buscaron con previsión y valor moral la rehabilitación de Chile, para ello sacrificaron Tacna (‘sin importancia estratégica’) y un poco de dinero..., y cubrieron con un título jurídico la chilenización de Arica. (Basadre, 1983. Vol. 13: 172 -173).

Finalmente y más allá de perspectivas de los nacionalismos belicistas y/o el patriotismo político, parece ser que en Perú fue primando una posición más pragmática que terminó por conformarse con la recuperación de Tacna, ello a pesar del simbolismo que encierra Arica como uno de los lugares en los que se consagró el heroísmo peruano. De esa forma, no existe demanda internacional por parte del Estado peruano que trate o procure la recuperación de esa plaza.

3. Chile

Respecto a la construcción mítica relacionada a la Guerra del Pacífico y sus consecuencias, en el caso de Chile hay factores que diferencian a este país frente a los casos de Bolivia y Perú. En primer término, la victoria chilena en esta guerra ha marcado fuertemente su constitución identitaria nacional, situando a la guerra o las guerras, como elementos fundamentales para comprender a Chile o la “chilenidad”. En ese marco, también se sitúa la importancia de lo militar en Chile y la influencia de sus FF.AA. en la toma de decisiones a lo largo de su historia posterior a la Guerra del Pacífico.

Esa misma victoria alimentó una mitología e imaginarios sociales que serán desarrollados en los capítulos que siguen, en especial, el “mito de la excepcionalidad chilena” frente a los otros países latinoamericanos y, en especial, respecto a Bolivia y Perú. En ese sentido, la retórica relacionada a la guerra y los relatos históricos sobre la misma, estuvieron repletos de un cariz triunfalista, con realce permanente de héroes específicos, pero también de un heroísmo generalizado, atribuido a todo el país. Conformemente, se destacó la ausencia de “antihéroes”.

Por otra parte, durante el transcurso de la Guerra del Pacífico, el Estado chileno se destacó por generar un clima belicista que articuló y movilizó exitosamente a la población a favor de la guerra, al punto de que la misma se constituyó como un espectáculo masivo. A continuación, se revisará esas particularidades.

3.1 El “Chile guerrero”

3.1.1 *La guerra como necesaria*

Como parte de la identidad nacional chilena es muy fuerte la autopercepción del “Chile guerrero”, imaginario que se constituye desde la Guerra de Arauco y las guerras internacionales de Chile, primero, contra la Confederación Perú – Boliviana, la Guerra Hispanoamericana y después con la Guerra del Pacífico (aunque, en algunos relatos históricos, desde la guerra de independencia del país se enarbó al “Chile guerrero”).

Es más, como mencionamos antes, se sitúa a las guerras y al ejército como eje fundamental para la constitución de la retórica identitaria chilena, al punto que Diego Portales, enarbolado como figura primordial para comprender las bases del Estado

chileno y la constitución de su identidad nacional, vio a la guerra contra la Confederación Perú-boliviana como “la segunda independencia” de Chile, al concebir a la guerra como motor y “virtud de los Estados nacientes”. (Ugarte, 2011: 83).

Sobre la importancia de la guerra desde esta visión, fue ilustrativa la posición del ejército chileno transcrita en el “Memorial del Ejército de Chile”, que presentó a la guerra como fundamental:

Se consideraba la permanencia de la guerra como un hecho histórico. Un análisis riguroso permitía apreciar que ‘las guerras son y han sido un elemento de indiscutible valor, e indispensable para la marcha general del progreso, y que alcanzan fines altamente convenientes y laudables, que no pudieron llevarse a cabo de otro modo’. (Citado por San Francisco y Soto, 2006: 14).

Un artículo de 1916 que se encuentra en el Memorial del Ejército de Chile, señaló que la guerra era “un hecho inevitable a pesar de las aspiraciones pacifistas de todos los tiempos” (: 15). Para rematar, el artículo aseguró que “esa fue la situación de Chile en 1879, cuando se enfrentó a Perú y Bolivia”. Por consiguiente, el Capitán J.C. Pérez, autor del texto, llamaba a “educar a los conciudadanos en el sentido de mantener la paz, pero que no debía desestimarse la posibilidad de una guerra futura, para la cual había que estar preparados”. (Extraído de San Francisco y Soto, 2006: 15-16).

El hecho de que en la mítica de guerra se enarbolaran guerras “victoriosas”, junto con la incorporación de nuevos territorios, fomentó el mito de la “excepcionalidad de Chile”, al repensarse el país también en términos geopolíticos, destinado a “dominar y vencer”.

Explicó Ugarte, citando a Mario Góngora:

Uno de los principales defensores de esta tesis es Mario Góngora. Esta versión militar racial ‘le concede un rol central a la guerra en la formación de la identidad nacional chilena. Es a través de ella que Chile se fue construyendo, primero venciendo a los mapuches y ocupando el territorio durante la colonia, después derrotando a los españoles y obteniendo la independencia de Chile y Perú, y posteriormente venciendo a Perú y Bolivia, logrando así consolidar y estabilizar la república’. El hecho de tratarse de guerras victoriosas hace que se genere un sentimiento de orgullo y beneficio de la victoria. (Ugarte, 2011: 106).

De esta forma, según el autor citado, las FFAA fueron ocupando un rol fundamental en la visión del Estado chileno como institución antecesora y forjadora de la nación y como tal, depositaria de los valores de la “nacionalidad”. En ese marco, la versión militar

histórica ha sido la dominante en la enseñanza en el ámbito educativo y también parte de la cultura política. Apuntó Larraín:

La guerra de Arauco, la guerra contra la Confederación Perú-boliviana y la Guerra del Pacífico figuran como tres hitos decisivos en la formación de la identidad chilena. En especial el texto de Frías Valenzuela¹³⁰, en el que se formaron generaciones de estudiantes chilenos, reafirma la idea de que la guerra de Arauco conformó una identidad en que sobresalen los valores de resistencia, valentía y sobriedad. Las dos guerras posteriores habrían sido cruciales para consolidar nuestra unidad territorial y nacional, pero además reflejarían el triunfo de la identidad chilena sobre otras identidades. La afirmación de la identidad chilena pasó necesariamente por la derrota del enemigo. (Larraín, 2001: 156-157)¹³¹.

Debido a eso, las visiones históricas “nacionales” más difundidas en Chile han enarbolado específicamente a la Guerra del Pacífico como un acontecimiento “necesario”, no sólo porque habría “salvado” a Chile de “desaparecer como nación” o de una crisis económica que sufrió a inicios de la década de 1870, sino porque la “guerra” en abstracto, fue vista como un “mal imprescindible” desde la concepción de un “Chile guerrero”, “civilizado” y “excepcional” que, por tanto, estaba destinado a conquistar nuevos territorios y expandirse, ello muy vinculado a las teorías de geopolítica guerristas y nacionalistas decimonónicas. (Concha, 2011: 81).

En ese sentido, como apunta el estudio de Mc Evoy, los discursos de políticos, intelectuales y autoridades religiosas decimonónicas jugaron un rol central en la justificación de la Guerra del Pacífico y la movilización de la población para su apoyo:

En plena guerra, oradores de la talla de Benjamín Vicuña Mackenna e Isidoro Errázuriz y predicadores de la categoría de Salvador Donoso, Ramón Ángel Jara y Mariano Casanova construyeron de manera simultánea, la narrativa y la estética de un evento que influyó como ningún otro, la trayectoria cultural del Chile republicano. (Mc Evoy, 2010: 24).

¹³⁰ Historiador chileno muy difundido en las escuelas y cuarteles. Volveremos más adelante con este punto.

¹³¹ En parte por esta visión, no sólo se explicó la agresividad hacia el “enemigo externo” por el “Chile guerrero”, sino la saña contra el “otro” interior, sean los mapuches, los balmacedistas en la guerra civil de 1891 o la izquierda reprimida y asesinada durante la dictadura militar de Pinochet: “La identidad nacional basada en la guerra, por lo tanto, se afirma en la necesidad de tener algún enemigo para destruir. Y no se trata sólo de enemigos externos”. (Larraín, 2001: 107). Sobre lo que significó este aspecto, por ejemplo, en el caso de la guerra civil de 1891, es importante lo que manifestó Mc Evoy: “No cabe la menor duda de que el uso de un lenguaje arcaico para definir una guerra que, en teoría, debió enrumbar a la nación por nuevos derroteros tuvo consecuencias concretas en el futuro de la República de Chile, que en 1891, debió enfrentar una sangrienta guerra contra ella misma”. (Mc Evoy, 2010: 110).

Así, antes, durante y después de la Guerra del Pacífico, fue frecuente la enunciación de la guerra como “necesaria” o hasta se la calificó como la “salvación” de Chile, primero porque había despertado a un Estado destinado a “engrandecerse”, también porque le había otorgado “unidad”. Igualmente, varios oradores de la época justificaron la guerra como una ley “universal” e inevitable que puede traer bienes para los “pueblos justos”. Por ejemplo, el entonces Obispo de la Concepción, José Hipólito Salas, abril de 1879, citó a Joseph de Maistre¹³²:

La ley terrible de la guerra, ha dicho un gran filósofo, es un capítulo de la ley general que rige al universo. En el vasto dominio de la naturaleza reina la violencia, y desde que sale del reino insensible, se encuentra la muerte violenta escrita sobre la fachada misma de la vida. Los seres animados se destruyen recíprocamente y por todas partes se ve seres vivientes devorados por otros seres [...] La guerra tiene además, cierto atractivo inexplicable que arrastra a los hombres a ella y sus resultados ordinariamente escapan absolutamente de la previsiones humanas. Hay guerras que envilecen a las naciones y las envilecen para siglos; otras las perfeccionan de todos modos y, lo que es más extraordinario, reemplazan bien pronto las pérdidas momentáneas con aumentos visibles de riquezas y población. La historia nos ofrece muchas veces el espectáculo de poblaciones ricas tomando incremento en medio de los combates más sangrientos. (Extraído por Mc Evoy, 2010: 149-150).

Isidoro Errázuriz en 1881, específicamente describe el legado de la Guerra del Pacífico en Chile:

Una transformación profunda y de consecuencias incalculables se ha operado en nuestra vida nacional. En demanda de justicia y reparación, hemos salido de nuestras fronteras, y hemos desplegado ante el extranjero fuerza y pujanza que no nos atribuía la opinión general. La esfera de nuestro dominio se ha ensanchado; nuestros recursos han crecido de un golpe; ha despertado en nosotros la consciencia de nuestro deber y de nuestro derecho respecto a las naciones vecinas; hemos salido de nuestro aislamiento para aceptar la comunidad internacional con sus pasiones y sus intereses, sus zozobras y sus grandezas,

¹³² Joseph de Maistre fue un célebre filósofo conservador. El párrafo que se cita corresponde a “Las veladas de San Petersburgo o coloquios sobre el gobierno temporal de la providencia”, obra considerada como monumental del pensamiento conservador y guerrista. En ella, el citado filósofo tiene varias referencias a la guerra y a la profesión militar como forma de perfeccionar sociedades e individuos: “Uno de los fenómenos más dignos de atención es que la profesión de la guerra lejos de degradar al hombre, lejos de imprimir el carácter de ferocidad al que la ejerce, tiende por el contrario a perfeccionarlo y suavizarlo [...] Y ni por eso el espectáculo de la guerra endurece el corazón del verdadero militar; en medio de la sangre que vierte puede ser tan humano, cuanto puede ser casta la esposa fiel en medio de los transportes del amor: Desde que vuelve la espada a la vaina, recobra sus derechos la santa humanidad y los sentimientos más exaltados y generosos se encuentran entre los militares”. (Maistre, Joseph de. “Las veladas de San Petersburgo o coloquios sobre el gobierno temporal de la providencia”. México, Aldus: 2007. En: <http://www.letraslibres.com/mexico/libros/las-veladas-san-petersburgo-o-coloquios-sobre-el-gobierno-temporal-la-providencia-joseph-maistre>).

sus solidaridades y sus antagonismos. La edad viril ha comenzado para Chile. (Extraído por Mc Evoy, 2010: 344).

La prensa, también jugó un rol importante en azuzar y justificar la guerra. Por ejemplo, el Mercurio, publicó una nota en febrero de 1879, que indicaba:

¿Quién no sueña con victorias que levantan el espíritu nacional del sopor en el que han sumergido al país, haciéndolo casi perder la memoria de su glorioso pasado, la molición enervadora por una parte, la miseria que envilece por otra, y la corrupción sobre todo, que desde las altas regiones del poder se ha venido desparramando durante tantos años sobre la sociedad entera?

Nadie mejor que el gobierno puede decir si esto es verdad. Abandonado ayer por la opinión, desfallecido por el peso de sus errores, sin lazo alguno que le uniera al corazón del pueblo, todo ha sido verle cambiar la timidez en energía, el desaliento en acción, para que todos, sin excepción alguna se hayan apresurado a demostrarle que no hay sacrificio, por grande que sea, que no estén dispuestos a sufrir por la defensa del derecho y dignidad de Chile¹³³.

También desde los análisis contemporáneos y menos apasionados, la Guerra del Pacífico fue efectivamente una tabla de salvación para Chile que se encontraba en una aguda crisis económica desde 1873. La crisis había generado discordia y creciente malestar social, que se fue matizando con el inicio de la confrontación bélica. La retórica de guerra tuvo la capacidad de trasladar el malestar interno hacia los sambenitos de los enemigos externos, la guerra terminó por canalizar toda frustración colectiva e incluso unificar mediante el discurso “patriótico” a un Chile históricamente desigual. Afloró con éxito el patriotismo político y el nacionalismo cultural¹³⁴ en toda su magnitud.

Asimismo, durante la guerra, con la ocupación de Antofagasta y Tarapacá, Chile hizo uso de los recursos salitreros tanto para financiar la guerra como para paliar la crisis. Culminada la guerra, Chile pudo repuntar su economía con los nuevos recursos que se adjudicó con la victoria. En ese sentido, se comprenden las interpretaciones que sitúan al acontecimiento como una “refundación de Chile”, no sólo por la incorporación de nuevos territorios y cuantiosos recursos, sino porque permitió la maduración del discurso

¹³³ El Mercurio, 24 de febrero de 1879.

¹³⁴ De acuerdo a las definiciones de Knight. Ver los antecedentes conceptuales del Capítulo I.

“patriótico” integrador. Luis Ortega en su análisis de la Guerra del Pacífico y los beneficios que significó para la oligarquía chilena, apuntó:

Lo que sí resulta evidente es que a partir de 1879, la fortuna volvió a sonreír a los empresarios chilenos y también a su Estado. La guerra en primer lugar, introdujo un cambio notable en la evolución del país: relegó inmediatamente a un plano secundario las preocupaciones acerca de la delicada situación socioeconómica que se enfrentaba. No sólo aportó un factor de demanda y medidas fiscales que actuaron como reactivadores del sistema económico; desde un punto de vista político-social, actuó como un catalizador que unió a la población en torno a un objetivo común. (Extraído en Baptista, 1999: 164).

Por todo lo señalado, fue relevante lo que mencionó Góngora sobre la importancia de la Guerra del Pacífico y lo militar en la constitución de la identidad nacional chilena: “El siglo pasado (Siglo XIX) está pues marcado por la guerra, y el símbolo patriótico por excelencia es Arturo Prat, un marino caído en un combate perdido. Todavía en la primera década de este siglo subsiste en el exterior la imagen de Chile como país guerrero”. (Góngora, 1985: 67). Imagen que a juicio de esta investigación, igualmente, perdura en el Chile actual.

3.1.2 La guerra en manos de Dios

En un contexto decimonónico, donde se percibió el fuerte predominio político de la Iglesia Católica, la influencia de las autoridades religiosas en la justificación del “Chile guerrero”, de la Guerra del Pacífico en particular y en la movilización de la población para el apoyo a la misma, fue importante. (Mc Evoy, 2010: 22-29).

Desde los púlpitos de las iglesias, sacerdotes de altas jerarquías enunciaron en su retórica varias de las pautas discursivas e imaginarios relacionados a la Guerra del Pacífico. No obstante, lo que se destacó en los discursos religiosos fue la justificación de la guerra y la victoria chilena como expresión de la “voluntad divina”, lo que fundó una especie de “patriotismo sobrenatural”.

En esta retórica, se presentó constantemente a Chile como el “pueblo elegido de Dios” por su “grado de civilización” y “virtudes”, y a Perú y Bolivia como “naciones pecadoras” y “bárbaras” que Dios “castigó” a través de Chile. Se aludió a la guerra como una “ley divina” que puede significar “premios” para los pueblos a los que Dios da la mano, y ruina para los que quiere escarmentar por sus “pecados”.

Se mencionaron como ejemplo, las “guerras santas” como las cruzadas, o se hizo referencia a los apartados bíblicos guerristas (como “Macabeos”) y frecuentemente se comparó a Chile con Israel, Esparta, Persia, catalogados como “pueblos virtuosos” y a Perú, principalmente, con “Babilonia” o “Sodoma”. El mayor héroe chileno de la Guerra del Pacífico, Arturo Prat, fue nombrado como “Moisés” o “Leónidas”. Incluso se aseguró que Chile fue el “vengador” de la “sangre de Abel”.

Seguidamente, hubo implícita una sutil amenaza a la población chilena, que debía mantenerse en “oración” y “fe”, si no quería que “Dios” se volcara contra Chile y fuera convertida en la nación “castigada”. Se reforzó a la guerra como “regeneración” de los pueblos que “se estaban perdiendo en el pecado” o en “la ausencia de fe”, permitiendo que se vuelquen hacia las “enseñanzas divinas” para asegurar la victoria. Para los que no fueron beneficiados por el triunfo, también la guerra y sus males significarían una “regeneración” como un cuerpo que ha sanado de su “enfermedad”, mediante la “sanación” de las armas del “pueblo elegido”.

Tomaremos algunos ejemplos de esta retórica. En abril de 1879, acabada de iniciar la guerra, el sacerdote Esteban Muñoz Donoso, aseguró:

Abrid señores, la historia de las naciones y veréis que toda ella se reduce a la ejecución de este juicio tremendo de Dios, que las engrandece, las humilla o las borra de la faz de la tierra según sean las virtudes o los vicios sociales [...] Aquellos remotos imperios del Oriente que en su tiempo llenaron el mundo con la gloria de su nombre, son una prueba de esta verdad. Se alzó la Asiria como un gigante de fierro y oro, temblaron en su presencia todos los pueblos del Asia. Pero la soberbia y la tiranía lo hicieron abominable a los ojos de Dios, y cayó y fue suplantado por el frugal y valeroso pueblo de los persas [...]

¿Qué es por fin la guerra? ¡Ah! Señores, es la ira de Dios que vuela con alas de llama vengadora sobre torrentes de lágrimas y sangre, precedida de turbación y de luto, seguida de la miseria, el hambre y la desolación: a su pavoroso paso los reinos florecientes se tornan en vastos cementerios.

Cuando Dios quiere castigar y anonadar a los pueblos suelta contra ellos el monstruo de la guerra [...]

Abramos el corazón a la esperanza: yo creo firmemente que esta guerra en que a su pesar se ve sumergida nuestra patria, será para Chile una prueba fecunda en beneficios y tremendo castigo para el Perú y Bolivia. Como el Señor se valía de Israel para castigar a los cananeos y filisteos, se valdrá hoy de Chile para castigar a nuestros gratuitos enemigos. (Extraído de Mc Evoy, 2010: 129-132).

En pleno transcurso de la guerra, de forma similar se explicaron las victorias chilenas, exaltando el supuesto de que Chile se había enfrentado a dos países en condiciones desiguales y desfavorables, pero venciendo gracias a la preferencia divina, lo que alimentó la retórica de enaltecimiento heroico del ejército chileno y también fundamentó la unidad entre Iglesia y ejército, alianza enarbolada por las huestes conservadoras y militaristas de Chile a lo largo de su historia:

Era de esperarse señores que un ejército de seis mil combatientes que se batía contra otro de once mil quinientas plazas, como sucedió en el famoso encuentro de Dolores, debiera ser completamente exterminado; era de presumir que hombres extenuados por los rigores de una larga y forzada travesía, y que tenían que habérselas con enemigos perfectamente parapetados y que luchaban en su propia casa, temblarían de miedo y rehusarían el combate. ¡Oh! No, de ninguna manera, llenos de ese indomable valor que engendra la fe cristiana, reblanquecidas sus almas en el baño saludable del sacramento de la penitencia y tremolando al aire el bello estandarte de María y a la par con el tricolor bendito, vencieron a sus numerosos adversarios, cogieron una multitud de prisioneros y obligaron a huir a las tropas, que el enemigo amedrentado abandonó cobardemente sus cañones, fusiles y muchos otros pertrechos de guerra [...]

Esos soldados que veis intrépidos escalar el campamento enemigo, destrozando trincheras enormes erizadas de cañones y fusiles y clavar en lo más empinado de las fortalezas el pabellón nacional, esos bravos militares son cristianos y cristianos fervorosos, son hombres que no viven sólo del pan, sino que ávidos de la palabra de Dios, como aquellas turbas que seguían a Jesús por el desierto, han escuchado en el tiempo oportuno la voz amiga, llena de unción y de virtud de sus celosos capellanes, son hombres que todo lo emprenden por Dios. (Oración fúnebre pronunciada por el presbítero Francisco Bello, celebrada en honor a las víctimas de la guerra el 11 de agosto de 1880. Extraído por Mc Evoy, 2010: 209-210).

Incluso, cuando claramente la victoria estaba definida y el Estado chileno buscó la tregua para consolidar los territorios ocupados y cuando se generó la resistencia peruana en la sierra ante la ocupación de Lima, los representantes de Iglesia abogaron por la “reconciliación” de los “hermanos” y aseguraron que Chile perdonaría con “generosidad” a sus enemigos. Hasta llegaron a ver “señales divinas” que anunciaban la paz:

¿No visteis, señores, al ponerse el sol del nefasto 15 de enero, un bello arcoíris que, vistiendo las nubes de variado color, caía desde el horizonte de los Andes sobre los hogares de esa ciudad amenazada de horrenda catástrofe? Parece que la Divina Providencia nos anunciaba entonces que ya era tiempo de envainar las espadas y de firmar la paz. (“Oración fúnebre por los jefes, oficiales y soldados chilenos muertos en los combates de Chorrillos y Miraflores, predicada en la Catedral de Lima el 3 de febrero de 1881 por el presbítero Don Salvador Donoso”. Extraído por Mc Evoy, 2010: 231).

En el marco del balance del significado “divino” de la Guerra del Pacífico para Chile, las justificaciones sacras de la misma y de la actuación chilena, son destacadas con mayor ímpetu en los albores de su epílogo, por llevar implícita la soberbia y regocijo del vencedor.

3.1.3 La guerra como espectáculo

Fue muy notable cómo en Chile durante la Guerra del Pacífico, se generó todo un libreto ideológico y una serie de rituales y espectáculos “patrióticos” para justificar la incursión del país en la contienda.

Las batallas, las victorias chilenas y sus héroes, fueron presentados como parte del espectáculo donde sobresalió la exaltación al “heroísmo chileno” de una forma simplista y maniquea, tal cual hoy la industria cultural nos vende las historietas de invencibles superhéroes que vencen fácilmente a los “villanos”.

Si bien la exaltación heroica y maniquea de las guerras, junto con el realce de hazañas de “héroes” y el repudio a los “antihéroes”, fue similar en Bolivia y Perú y es común en toda interpretación militarista y patriótico-política que se alimenta justamente de acontecimientos de este calibre, lo que asombra en el caso de Chile fue la capacidad de haber generado desde su Estado, la prensa y sus personajes más influyentes, toda una cultura de apoyo y movilización en fomento a la participación de Chile en la Guerra del Pacífico, lo que fue convirtiendo a este hecho en fundamental para la construcción de representaciones que reforzaron la identidad chilena.

De acuerdo a lo examinado por Mc Evoy, la población civil de varias localidades de Chile se fue movilizando para dar muestras de apoyo a la guerra, a través de donativos públicos y, principalmente, mítines masivos donde se realizaron encendidos discursos. Como vimos antes, algo similar ocurrió en las iglesias, donde los sermones de los sacerdotes cumplieron el mismo fin.

Adicionalmente, el espectáculo fue aún mayor a partir de “ritos” como los recibimientos de los combatientes y “héroes” (vivos y muertos), muchos de los cuales dieron “giras” por las principales ciudades, o las celebraciones de los triunfos bélicos, que incluían misas de agradecimiento a la “Providencia”, fiestas populares y banquetes con la asistencia de

las principales autoridades políticas, eclesiásticas e intelectuales. Es más, de acuerdo a la autora citada, no faltaron organizadores específicos de tales espectáculos:

Entre 1879 y 1884, los espectáculos públicos fueron masivos y lograron niveles de sofisticación nunca antes vistos en la historia republicana. Uno de los más importantes promotores de espectáculos patrióticos multitudinarios fue sin lugar a dudas Adrién Horeau. En febrero de 1880, el creativo empresario se presentó en la Intendencia de Santiago para solicitar la aprobación de un programa para celebrar las fiestas patrias. Horeau creía necesario que ‘Chile entero’ debía ‘ponerse de pie’ para solemnizar los futuros triunfos de los expedicionarios. Su programa contemplaba grandes simulacros de batallas, representando en Santiago los hechos de Calama, Pisagua, Dolores, Agua Santa y Tarapacá. (Mc Evoy, 2010: 91).

El programa incluía el combate de toros “chilenos” contra toros “peruano-bolivianos” y no faltaron juegos y cantos populares y hasta la coronación de la “joven más virtuosa de la ciudad”, todo ello aderezado con fuegos artificiales, globos y flores en alusión a los símbolos patrios chilenos y a los héroes. Para las representaciones, Horeau, solicitó a la Intendencia un batallón de infantería, cañones antiguos, caballos y uniformes chilenos, bolivianos y peruanos, para representar las batallas ante los miles de chilenos que no podían “asistir” a los enfrentamientos reales. (Ibid).

Según lo anotado por la autora, Horeau no fue el único en la idea de transformar la guerra en un espectáculo público, sino que se generaron otras propuestas, como una puesta en escena de los araucanos que llegarían a Valparaíso para enrolarse y que antes de ello podrían ofrecer un “espectáculo guerrero” con sus vestidos tradicionales.

De acuerdo a Subercaseoux, el contexto de la guerra, igualmente, permitió un afloramiento mayor de la poesía con el tema de la exaltación patriótica, el homenaje a los héroes o el destaque del “roto” como símbolo guerrero, todos como ejes simbólicos de la integración social de Chile en torno a la guerra, lo que no sólo fortaleció las expresiones de “patriotismo político”, sino permitió la maduración del nacionalismo propio de un Estado-nación joven:

Se generó así un clima favorable para la inclusión de lo popular en lo nacional, sobre todo en el momento de la Guerra del Pacífico, en que el pueblo y el “roto” estuvieron en primera línea (de esa época procede la mitificación del *roto chileno* como ejemplo de entrega, sufrimiento y valentía).

Fueron años en que se produjo una confluencia de la poesía culta y de la poesía popular, en un registro patriótico de exaltación de lo chileno. Tanto en los sonetos como en las

décimas se homenajeaba a Arturo Prat o se brindaba por el honor de los marinos nacionales. Se dio así un ambiente favorable para la circulación de hojas de versos populares impresas, en las que se solía también hacer un comentario en décimas de los hechos de actualidad. (Subercaseoux, 2014: 455).

No obstante, uno de los mayores despliegues masivos se forjó alrededor de los “trofeos de guerra”, como el monitor peruano Huáscar capturado por los combatientes chilenos, considerado el “buque altar” por la inmolación de Arturo Prat en el mismo. Fue exhibido en varios puertos a los que acudieron romerías de gente, para lo cual hasta se habilitaron trenes especiales para recoger a pobladores del interior. Algo similar ocurrió con una serie de objetos rescatados de las batallas, como un tornillo de la torre del monitor peruano, una taza, una bandera y una corona de laurel, pertenencias del héroe peruano Miguel Grau, artículos que fueron expuestos bajo la organización de Vicuña Mackenna en Santiago. El objetivo de la exposición, según su organizador, fue acercar al público a los trofeos que representaban las glorias de Chile. (Mc Evoy, 2010: 92).

Bulnes también relató el “recibimiento” del “buque altar en que se había consagrado el sacrificio de los mejores hijos de Chile” presentado en varias poblaciones para que toda persona, no importando condición y sexo, pudiera verlo con la bandera chilena. (Bulnes, 1911. Tomo I: 501-503).

Sobre la importancia de los “trofeos de guerra” como parte de la parafernalia de la construcción mítica de la guerra el Chile, fue también ilustrativa una misa y celebración que se hizo por la colocación de un estandarte peruano del Batallón de Iquique N° 1 en una iglesia de Chillán. Al respecto, el presbítero encargado de realizar la ceremonia religiosa, recordó en su discurso “lo que es un estandarte, y lo que un estandarte arrancado victoriosamente al enemigo. Para una nación nada hay más ignominioso, nada más tristemente fatal”. (Discurso religioso-patriótico pronunciado por el Cura Vicario de Chillán, Presbítero Don Vicente de las Casas, en la solemne recepción y colocación que se hizo en la Iglesia Matriz del estandarte peruano del Batallón de Iquique N° 1 de las Guardias Nacionales, el 9 de septiembre de 1880. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 218).

En la arenga de Estanislao Del Canto (Comandante del 2do de Línea), antes de la batalla de Tacna, se puede percibir, a la par, el culto a los trofeos de guerra, como un exaltado

deseo de “venganza” contra Perú, incluyendo la orden de que no se hicieran prisioneros de guerra (es decir, se ultimara a los vencidos):

Compañeros, vengad nuestra afrenta, no hagáis prisioneros en el campo de batalla. Pues bien, soldados, es preciso que hoy no haya prisioneros, y que ni un solo chileno sea cobarde; sobre todo, acordaos que somos huérfanos de la Patria, porque nuestra bandera está en poder de aquellos que tenemos al frente; y que, para tener derecho de usar nuestro estandarte, es preciso arrebatarse al enemigo tres o cuatro; y si no tiene banderas, cautivaremos algunos jefes de Regimiento y os presentaremos, rodeados de bayonetas, a nuestro General en Jefe¹³⁵. (Discurso de Estanislao Del Canto en la batalla de Tacna. Extraído de <http://www.laguerradelpacifico.cl/cantota.htm>).

Sobre la premisa de la “defensa” de los estandartes de guerra, Bulnes resaltó la defensa del estandarte de Coquimbo en la batalla de Tacna, asegurando que los soldados chilenos prefirieron morir antes de que sea tomado por el enemigo. (Bulnes, 1911. Tomo II: 340). Respecto a la “recuperación” del estandarte del Regimiento N° 2, perdido en el combate de Tarapacá y, según lo que indica, el único emblema chileno que estuvo en manos del ejército de Perú, explicó:

Aunque el hecho en sí parezca nimio no lo era. Era un asunto de sentimiento. El Regimiento sentía que algo le hacía falta. Su gloria no era completa mientras no recuperara aquel emblema suyo i por el que se le vió en Tacna precipitarse a fondo en la línea enemiga a quitar otro que supliera el que faltaba. El Gobierno no había querido darle uno nuevo en vez del perdido, i, recuperando el propio en Tacna, el Jeneral Baquedano no se lo devolvió sino en Lurin para que lo ennobleciera en los combates memorables que se libraron a las puertas de Lima. (Ibid: 389).

Análogamente, como “trofeo” fue justificada la toma y posesión de Arica por el Estado chileno, siendo el Morro, su máxima expresión:

Con tales jefes i con tales soldados, en fin, Arica, la inexpugnable, rodeada al norte, sur i oriente de fortificaciones insalvables i del mar al occidente, en su interior repleta de volcanes, Arica será chilena. Es que un solo lugar, señores, le queda sin defensa, su cielo; i toda resistencia es inútil, la ira de Dios ha caído sobre Perú i el robusto cóndor de los Andes prenderá vuelo sobre sus formidables i altísimos baluartes i descenderá rápido, imponente, vengador, sobre Arica, i clavará su poderosa garra en el corazón de ella i plantado allí el tricolor victorioso, arrancará de su Morro este mismo gloriosísimo trofeo,

¹³⁵ Además, como parte de su exaltado discurso, Del Canto, amenazó a sus soldados en estos términos: “Si desgraciadamente hubiese algún chileno cobarde, enrolado en las filas del 2º de Línea, queda facultado el compañero para atravesarlo con su bayoneta, si es de primera fila; y si es de segunda, su compañero de primera pierde un tiro, y se lo aplica por cobarde, dejando atrás a esa basura”. (Discurso de Estanislao Del Canto en la batalla de Tacna. Extraído de <http://www.laguerradelpacifico.cl/cantota.htm>).

para testimonio eterno de la gratitud hacia Dios i del heroísmo sin nombre del chileno. (Ibid: 222).

Tomando estos rituales y la retórica que los sustentaron, se puede comprender el empeñamiento del Estado chileno, ante los reclamos del Perú, para no devolver el monitor Huáscar, actualmente anclado en Iquique, fungiendo como un “museo” de la Guerra del Pacífico, u otros “trofeos de guerra”, como el monumento de “Los Leones”, extraído de Lima y que figura en una plaza chilena con ese nombre, objetos que son motivo de reclamo permanente por Perú. También se entiende el valor simbólico de Arica, que finalmente nunca fue cedida a Bolivia ni devuelta a Perú, con el argumento de que es un monumento gigante de las “glorias de guerra de Chile”.

Similarmente, llaman mucho la atención los ostentosos y meticulosamente organizados recibimientos masivos en varias ciudades de Chile, particularmente en Valparaíso y Santiago, a los soldados sobrevivientes chilenos o a los restos de los “héroes” inmolados. En ello sobresalieron las celebraciones para dar la bienvenida a uno de los héroes más emblemáticos, Carlos Condell y otros sobrevivientes del buque “Covadonga” en Santiago y Valparaíso, o a los restos de los caídos del barco Esmeralda, ceremonias que incluyeron multitudinarios recibimientos en las estaciones, misas, grandiosos banquetes y donde se expresaron los más sentidos discursos; ritos en los que las ciudades fueron ostentosamente adornadas para la ocasión. Explicó Mc Evoy:

Las dos ciudades que compitieron en la organización de celebraciones multitudinarias en honor a los que regresaron al seno de la patria y en la preparación de solemnes funerales para despedir a los que dejaron sus vidas en tierras extrañas fueron Valparaíso y Santiago. Más allá del despliegue de la ya conocida oratoria cívica y de la cultura de la movilización, lo que debe resaltarse en ambos casos son los recursos materiales de los que se sirvieron los organizadores de los sofisticados rituales patrióticos en honor a los militares que pelearon en la Guerra del Pacífico. La góndola de flores que paseó a Condell y a sus hombres por la capital de la república, el inmenso cóndor de cristal con el nombre del comandante formado por violetas y juncos y que se coronaba con un escudo nacional en el que se leía la palabra victoria, los asientos adornados con ramos de flores o los castillos de pastelería exhibiendo los apellidos de los caídos el 21 de mayo dan cuenta de una industria de la celebración patriótica que, junto con la de los espectáculos masivos, prosperaron durante la guerra. (Mc Evoy, 2010: 96).

También fue ilustrativa esta narración que apareció en el “Boletín de la Guerra del Pacífico el 4 de julio de 1879, sobre el viaje de Condell y sus compañeros entre Valparaíso y Santiago, pasando por las estaciones intermedias:

El viaje de Condell y su oficialidad, de Valparaíso a Santiago, fue una verdadera marcha triunfal. En todas las estaciones los pobladores locales y de los alrededores habían acudido por centenares, ávidos por ver de cerca a los vencedores de Iquique.

En Limache todo el pueblo acudió a la estación: las señoritas, provistas de ramilletes y coronas de flores, abordaron-por decirlo así-los vagones y a porfía se apresuraban a manifestar a los bravos marinos los sentimientos de admiración que llenaban sus almas de ángeles.

En Llay-Llay toda la población se hallaba embanderada; y al llegar el convoy, repetidas salvas de fusilería saludaron su arribo, y los moradores se estrechaban en la estación para admirar de cerca al que tan alto había levantado el pabellón de la república.

En la estación de Renca se pronunciaron elocuentes discursos dirigidos a los marinos, y se les obsequió con un sinnúmero de coronas y ramilletes.

Condell y sus oficiales, profundamente conmovidos ante esas espléndidas manifestaciones de cariño y de gratitud, derramaron más de una lágrima en presencia de ese pueblo chileno que sabe pagar con usura los beneficios que recibe. (Boletín de la Guerra del Pacífico, Santiago, 4 de julio de 1879. Recopilado por Mc Evoy, 2010:269-270).

Otra descripción relevante fue la de uno de los banquetes ofrecidos a Condell y compañía en Santiago:

Al día siguiente se les obsequió con otro banquete en el Club de la Unión.

Todo lo que la pluma llegue a decir de esta manifestación, será pálido al lado de la realidad. Penetrar al espléndido salón de billar del Club, convertido en regia sala de banquete, sentirse completamente dominado por la belleza, era todo uno.

Aquí trofeos, allá banderas, acá flores, más allá preciosos candelabros y jarrones, luces a millares, cristales, magníficas porcelanas, todo reproducido al infinito por los magníficos espejos que decoraban las paredes. Verdaderamente que el arte había transformado aquello en una sala de hadas más hermosa y fascinadora que la imaginada en sus sueños por los poetas. El Club de la Unión quiso festejar regimiento a nuestros héroes y a fe que lo consiguió de modo magnífico. (Ibid: 282).

Bulnes también describió estos festejos y recibimientos:

Seria inútil referir las manifestaciones de aquellos días en las salas de banquetes, en la Iglesia, en las calles porque los entusiasmos populares se asemejaban en lo bueno i en lo malo; en su aplauso caluroso al vencedor i en su olvido a los preparadores de la victoria.

Escenas más tiernas que estos lejítimos entusiasmos se desarrollaron en las capitales de provincias, donde fueron a licenciarse los cuerpos que habian llevado su nombre, los que habian paseado por los desiertos el orgullo de sus pueblos natales. Aquello tenia los caracteres de una tierna fiesta de familia: el abrazo para los que vuelven, el llanto para los que allá quedaban. (Bulnes, 1911. Tomo II: 720)¹³⁶.

3.1.4 *La epopeya inmortal o la nueva Esparta*

Durante la Guerra del Pacífico, en los discursos exaltadores del patriotismo chileno, se fueron construyendo los imaginarios que solventaron la victoria chilena que son recogidos por su historia “nacional” y/o hegemónica. Por sus “hazañas” de guerra, Chile fue descrito como la “nueva Esparta” y también fue comparado con Roma, Grecia o, en la retórica religiosa, con Israel. También, como ya se comentó, se resaltaron los “héroes” comparados a figuras heroicas míticas como Leónidas, Odiseo, Moisés, etc.:

A medida que los expedicionarios fueron avanzando victoriosamente sobre territorio enemigo, la oratoria, en sus versiones sagrada y cívica, empezó a describir la guerra como

¹³⁶ Otras anécdotas que realzan el espíritu “patriótico” que dominó a la guerra como espectáculo, se refieren no sólo a la masividad de los recibimientos o de las ceremonias, sino al hecho de que hasta niños son utilizados como portavoces de los discursos más ilustrativos respecto a los imaginarios que dominan el patriotismo político chileno en el marco de la guerra y su visión frente a los antagonistas. Fue ilustrativa esta cita de Bulnes sobre cómo se recibió la noticia de la toma de Lima en las calles, donde hasta los niños vivaban a Chile y las calles y plazas se llenaron de gente en un ambiente festivo: “En el entretanto habia brotado en la plazuela de la Moneda un enjambre de chiquillos que supieron, Dios sabe cómo, que habia buenas nuevas i que principiaron a gritar vivas i a decir que se habian tomado a Lima. Pocos momentos más tarde la plazuela, los patios i piezas de la Moneda estaban llenos de jente que devoraban los telegramas que se sucedian. La noche entera fue de fiesta”. (Ibid: 698-699). En otra ocasión, en medio de banquetes y festejos, la niña Celia Allende, se expresó en honor a Manuel Baquedano que fue recibido en Santiago: “Este inmenso concurso de pueblo os probará, general, que entráis en esta gran capital victorioso, si los violentos latidos de vuestro corazón guerrero, no os lo hubieran advertido cien veces. ¡Ah!, ¡qué gloria, general! ¡Y pensar que no es la primera capital del continente que os abre de par en par las puertas de la opulencia! ¡Qué hijos tiene Chile, general! ¡Qué gloria tan pura y tan inmensa le procuran! Pero permitidme hacer una salvedad en homenaje al sentimiento patrio. Entráis en este gran día a la capital de Chile en son de victoria y arrullado por el universal concierto de vítores y aplausos, pero sólo y únicamente, permitidme decirlo muy alto, general, porque lo hicisteis otra vez con paso de vencedores y llevando por guía una espada brillante de triunfos no interrumpida en la histórica, menguada y falaz capital de los Pizarro”. (Discurso de Celia Allende en honor del General Don Manuel Baquedano, Santiago, 14 de marzo de 1881. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 331). Por su parte, “para que aprenda a ser valiente”, en una de las celebraciones, Vicuña Mackenna, no dudó en presentarle a su hijo de tres años a Condell, como una alegoría del exaltado “patriotismo” que dominaba ese contexto. (Citado Boletín de la Guerra del Pacífico, Santiago, 4 de julio de 1879. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 274).

una epopeya gloriosa en la cual un grupo de titanes chilenos vencía a las fuerzas de la naturaleza y a sus cobardes enemigos. La idea del surgimiento de una ‘nueva Esparta’ sudamericana que se repitió en los discursos y también en los artículos periodísticos dedicados al tema bélico. La imitación de la Antigüedad clásica nacida al pie de la cordillera de los Andes había igualado sino superado a los hechos mitológicos que le sirvieron de modelo. Los actos de heroísmo exhibidos por los expedicionarios fueron descritos como únicos en la historia mundial. (Mc Evoy, 2010: 105).

Según la misma autora y también verificado en la retórica de la época que ella recopiló, esta construcción mítica llegó a su máxima expresión después del combate de Iquique, justamente cuando Chile enarboló su efeméride (21 de mayo) para recordar la Guerra del Pacífico y donde se gestó la hazaña de su mayor héroe, Arturo Prat.

En la “Oración fúnebre en honor de los chilenos muertos en la jornada naval de Iquique, el 21 de mayo de 1879” pronunciada en la Catedral de Santiago por el religioso Esteban Muñoz Donoso, en presencia del presidente de Chile y demás autoridades, haciendo apología de una batalla “desigual”, expresó:

¡Ah! Hermoso triunfo, señores, digno de tan hermoso heroísmo. Una fragata soberbia, orgullo de los mares, con muchos y poderosos cañones, escudada por su férreo blindaje, es vencida y pulverizada por una débil goleta de madera. Nunca se aplicaron mejor las palabras de Macabeo: ‘no pende la victoria del número de los ejércitos, sino de esa fortaleza que viene del cielo’ [...]

Esos mártires del patriotismo han enseñado a las naciones que Chile engendra héroes dignos de la epopeya, que el egoísmo y los placeres no enervan a sus hijos, y que le sobran robustos brazos para defender sus derechos, su honor y libertad. Las naciones lo han oído con estupor y entusiasmo, porque hazañas como la de Iquique son honra de la humanidad. Chile ha sido ensalzado por los más poderosos pueblos de la Tierra, y hasta su crédito público ha reportado frutos del heroísmo de sus hijos. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 171-177).

Siguiendo con la exaltación del combate de Iquique y sus héroes, Ramón Barros Luco, aseguró que “el combate naval de Iquique ha sido, a juicio de los primeros marinos del mundo¹³⁷, un hecho de armas sin precedente en los fastos de las más gloriosas guerras marítimas” y José Antonio Tagle Arrate remató indicando que “llega el 21 de mayo de 1879, y se verifica en las afortunadas aguas de Iquique el hecho más heroico y glorioso que caso cuentan los anales del mundo”. (Op. Cit.: 264 y 307).

¹³⁷ Parece aludir a Gran Bretaña.

A partir del combate de Iquique y asegurando que desde ese suceso “nadie quiere quedarse atrás, todos desean aproximarse a esa altura”, vienen los combates de Pisagua, Dolores, Tarapacá, Arica y el enaltecimiento a las victorias chilenas y a sus héroes, fue una constante, realizando “el heroísmo del chileno que todo lo vence, todo lo quebranta, todo lo sacrifica en el altar de la patria”¹³⁸. Se destacaron las supuestas condiciones desiguales de Chile frente a “dos” países, además con “mayor número” de soldados que peleaban en “su” terreno, teniendo que enfrentarse, Chile, también a la “geografía”. El presbítero Salvador Donoso en un sermón de julio de 1880, explicó:

Cuando Chile recogía el guante lanzado a su rostro por los que el día anterior le brindaban fingida amistad, no habréis olvidado señores, que la prensa toda del viejo y del nuevo mundo compadecía nuestra suerte. ¿Cómo, exclamaban, dos millones de hombres declaran la guerra a cinco millones? ¿De qué lado podrá estar la victoria?

Tenían hasta cierto punto razón. Pero ignoraban que esta tierra, especialmente bendecida por la Divina Providencia, tenía en su seno leones de bronce y águilas de acero en lugar de hombres comunes. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 189).

Luego de esta sentencia, el religioso enumeró las batallas más importantes, siempre destacando la “minoría” chilena frente a sus enemigos y la hostilidad del entorno:

¡Oh! No sabría pintaros mi admiración y mi asombro por todos y por cada uno de nuestros hermanos tan heroicos como magnánimos. En la historia de otros ataques de pueblos famosos por su valor, encontramos uno que otro héroe, a veces cientos de héroes como los trescientos espartanos de las Termópilas hasta hoy asombro del mundo. Pero aquí en el Alto de Tacna, hay miles de héroes, todos son héroes, jefes y soldados, sin que podamos decir, éste fue más arrojado, aquel más intrépido. (Ibid: 189-191).

El presbítero Francisco Bello, fue más explícito al nombrar, en esos términos, las batallas:

Pero ¿quién se ha atrevido jamás a poner en duda que el soldado chileno es un león en la hora del combate, un Hércules, una fiera que jamás esquiva el golpe y que si puede ser devorada en desigual condición, no sabe lo que es rendirse? [...]

Episodios como los del famoso 21 de mayo en Iquique, y los de Pisagua, Punta Angamos, Tacna y Arica no desdican de los más célebres que se registran en los poemas de Homero y de Virgilio y en las titánicas luchas de Esparta, Cartago, Grecia y Roma. (Ibid).

¹³⁸ Discurso de José Antonio Tagle Arrate en la recepción de los restos de los caídos en la batallas de Tarapacá y Arica. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 307.

El vicario de Chillán, el presbítero Vicente de las Casas, en el rito de colocación de un estandarte militar peruano como “trofeo”, antes de comparar a los soldados chilenos con los héroes míticos de Kotiros y Spires Alostros, manifestó en septiembre de 1880:

¿A quién podré comparaos, ínclitos hijos de mi patria? Vosotros, que en un instante sólo os hicisteis iguales, y por vuestra fe superiores, a toda esa pléyade de colosos guerreros que sobresalieron grandiosas en Grecia, Esparta, Troya y Roma, pero que eclipsaron, sí, sus humanas glorias con borrones de debilidad o malicia. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 219).

Salvador Donoso en la misa predicada en la Catedral de la Lima tomada por el ejército chileno en 1881, fue más exaltado:

Debía lucharse no sólo contra las balas enemigas, sino contra todos los elementos de destrucción agrupados en la larga y penosísima jornada de Antofagasta hasta Lima. Mañana, la historia, juez frío e imparcial de los grandes acontecimientos que acaban de desarrollarse en las playas que barda el mar Pacífico, dirá al orbe todo, cuál ha sido la pujanza y el esfuerzo de nuestros jefes y soldados para recorrer los áridos desiertos de Tarapacá, para escalar las empinadas cimas de Pisagua, para coger en una red de acero el Morro de Arica, para allanar las famosas trincheras del Campo de la Alianza, sobre todo para llegar hasta las puertas de esta ciudad, después de haber rendido uno a uno los fuertes y poderosos reductos de Villa, San Juan, Chorrillos y Miraflores. ¡Ah! Señores, Roma y Esparta, en sus mejores días, no han contado con guerreros más valientes ni con proezas más heroicas. (Ibid: 228).

En un banquete de 1881, en homenaje al general Manuel Baquedano, después de que el aludido respondiera a múltiples discursos halagadores en los términos de: “¡Esta guerra ha probado que el enemigo sabe que a los hijos de Chile no les es desconocida la senda del triunfo! En Esparta se hizo legendario el valor, en Chile ya está grabado que el valor es patrimonio de sus soldados” (Ibid: 327), Vicuña Mackenna, añadió:

Señores: Lo que se ha verificado en esta doble campaña del nauta y del guerrero, no tiene precedentes, no tiene semejanzas, no tiene emulaciones en la historia de América, antes de la conquista ni después de la conquista, antes de la independencia, ni después de la independencia [...]

Señores: Lo que tales hombres han hecho, nadie lo hiciera antes que ellos; nadie lo hará probablemente después de ellos. Y entonces, señores, si es cierto que la gloria es una resurrección, Bolívar desde la cumbre del Chimborazo, San Martín en la cima de los Andes chilenos, Sucre en la cresta del Condorcanque, Bulnes en la falda volcánica del Punyam, Cochrane y Blanco en lo alto de la cofas de sus naves-almirantas, descubre hoy su yerta frente, y arrojando a las banderas los fragmentos de sus coronas, gritan a la

muchedumbre que asiste al desfile de los que pelearon por el mar y por la tierra, desde el pórtico de la inmortalidad: -¡Paso a los titanes! [...]

Los titanes legendarios que combatieron a los dioses, fueron vencidos al fin de porfiada lucha, por el rayo del Olimpo.

Pero los titanes de Chile, que llevando a su cabeza el ilustre caudillo, cuyo acento de guerra acabáis de oír, apagada por las justas ovaciones de la gratitud, escalaron una en pos de otra las seis cumbres de Pisagua y San Francisco, de Los Ángeles y de Tacos, de Arica y de Chorrillos, y esos titanes del Nuevo Mundo, no fueron, señores, jamás vencidos. (Ibid: 329-330).

De tal manera, las historias “nacionales” y/o hegemónicas en Chile sobre la Guerra del Pacífico se convirtieron en una apología a la “gesta heroica” o la “epopeya inmortal”, como se verá en las líneas que siguen.

3.2 Los héroes pasados, los héroes presentes, las gestas heroicas y la ausencia de antihéroes

Como coinciden varios autores¹³⁹, hubo toda una construcción simbólica en Chile, lo que incluye a los relatos de sus principales historiadores, que alimentó una especie de “religión cívica” llena de ritos, emblemas y símbolos “heroicos” que solventó el nacionalismo moderno chileno, fuertemente nutrido por sus victorias en la Guerra del Pacífico.

En eso, la influencia de las versiones militares de la historia fue fundamental, tanto en la educación de civiles como de los miembros del ejército. Sobre la primera, fue llamativa una clase a niños de primaria, en pleno Siglo XXI, filmada en el documental “Epitafios de una guerra”, donde el profesor, aludiendo a la batalla de Iquique, contaba cómo Chile venció a un “enorme acorazado” con un “barquito de madera”, triunfando “la astucia de los chilenos”.

Respecto al adoctrinamiento de los militares, fue notable lo que arguyó el “Memorial del Ejército de Chile”, al recalcar que conocer la historia militar ocupaba un lugar relevante en la formación del chileno, como lo expresó el “Reglamento de Servicio de Campaña”: “El estudio de la historia de la guerra educa el criterio del oficial y le da la medida de

¹³⁹ Autores como Jocelyn-Holt, Salazar, Subercaseoux, Góngora y Ugarte.

comparación para apreciar lo que realmente está conforme con la guerra y lo que sólo es posible realizar en la paz”. Para eso era necesario “el conocimiento de las guerras disputadas, internacionales e internas – la del Pacífico y la civil de 1891, por ejemplo eran materias indispensables para ser estudiadas por los oficiales chilenos”. (Rafael Poblete, “Historia Militar. Reflexiones sobre la importancia de su estudio”. En Memorial del Ejército de Chile, primer semestre, 1919: 20-21).

Alimentando esa mitificación, durante la Guerra del Pacífico, fue permanente en la retórica la exaltación de Arturo Prat y otros héroes y su comparación con próceres pasados. Así, desde dicho acontecimiento, se reforzó en Chile, con más ímpetu, el culto “heroico”.

Por ejemplo, En el “Memorial del Ejército de Chile” se lee ininterrumpidamente, la interpretación de las guerras que había enfrentado Chile, resaltando la presencia de héroes y figuras militares para “el recuerdo y homenaje”. Aparecen varios soldados de la Guerra del Pacífico, como el general Baquedano o Estanislao del Canto como “ejemplo de patriotismo, de servicio al ejército y dignos de ser imitados”. (Ibid: 20-21).

También, en los discursos durante la guerra, el culto a los héroes pasados, como Bernardo O’Higgins o los protagonistas de la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana, como ejemplo a seguir para los soldados chilenos, fue permanente. Ilustrando eso, Isidoro Errázuriz, en un discurso a las tropas embarcadas apenas iniciado el apronte bélico en Chile en febrero de 1879, les recomendó:

Vais a probar a las tropas enemigas que el valor del chileno no ha decaído un solo momento y que sois dignos sucesores de los soldados combatientes como buenos en los campos de Yungay y que escribieron gloriosos hechos en el recuerdo de Casma. Vais a probar que tantos años de próspera calma y tranquilidad productora no han enervado vuestro valor, vais a retemplar vuestros ánimos en presencia del enemigo y a colocar el nombre del soldado chileno sobre el nombre de todos los soldados americanos. La infantería chilena no debe olvidar las glorias de Yungay, la caballería chilena debe inspirarse en los grandes recuerdos que le legó el ilustre Baquedano; todas las armas del ejército chileno deben continuar dignas de sus antiguas glorias. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 252).

Vicuña Mackenna, haciendo un balance de la victoria chilena en 1884 y del vencimiento de Perú, también relacionó las guerras pasadas con la Guerra del Pacífico y vinculó a sus héroes como parte de una misma proeza:

Y cuando, conducidos en seguida al hinchado empuje de la flota de guerra más formidable que cruzara el mar Pacífico desde Anson a Cochrane, y desde Blanco a Prat, vosotros, soldados y marinos de Chile, llegasteis a los valles tropicales que envuelven en perfumes y deleites al Nápoles de América, en dos mañanas le quitasteis sus dos coronas: la corona del mar del Callao; la corona de los Andes en Lima, y entre vuestros trofeos, las trajisteis. (Ibid: 342).

Empero, más que la comparación con las “gestas heroicas” anteriores a la Guerra del Pacífico, lo que sobresalió en la retórica durante la guerra y en la historiografía que trata de ella, fue la gestación de los nuevos héroes que fueron enarbolados tanto o más que los anteriores. En eso, se distinguió la figura de Arturo Prat, que emula a Eduardo Abaroa de Bolivia o Miguel Grau de Perú, porque también en torno a su participación en la guerra, se mitifica la “muerte heroica”.

Así como en la construcción mítica boliviana, Abaroa se enfrentó sólo ante decenas de hombres y prefiere morir a rendirse, algo similar se contó de Prat que, ante el hundimiento del barco Esmeralda, antes de capitular, prefirió saltar al blindado peruano Huáscar gritando, supuestamente, “un chileno no se rinde jamás”.

Como ejemplo de su mitificación, en la “Oración fúnebre en honor de los chilenos muertos en la jornada naval de Iquique, el 21 de mayo de 1879”, el presbítero Esteban Muñoz Donoso, fue contundente respecto a la mentada hazaña de Prat:

Largas horas de sangriento y desigual combate tienen la Esmeralda llena de estragos, heridos y cadáveres. El enemigo desesperando ya de ver arriar el glorioso tricolor chileno resuelve cantar su vergonzosa victoria. Aquella inmensa roca de acero se lanza contra nuestra frágil y despedazada nave. Esta le opone los pechos de sus valientes y en vano el choque siembra muerte y destrozos, porque sólo se oyen los vítores a la patria, ¡nadie se rinde! El sublime Prat hace un esfuerzo supremo, da el grito y el ejemplo de abordaje y, hacha y revolver en mano, salta sobre la cubierta del Huáscar, esperando quizás poder estrellarlo contra las rocas [...]

Prat y sus guerreros sabían bien que convenía sentar heroicos antecedentes en los principios de la tremenda lucha a que ha sido arrastrada la nación. Dar en tales circunstancias un glorioso trofeo al enemigo, era envalentonarle y sembrar el desaliento entre nosotros, al mismo tiempo que abrir el camino de la deshonor. Por eso el héroe decía a sus marinos: Nunca se ha arriado el pabellón chileno en nuestras naves; no seremos nosotros los primeros en cometer tamaña cobardía, ¡antes de la muerte! Ellos dieron un ejemplo sublime a nuestros soldados de mar y tierra, y estoy seguro de que tendrá imitadores. Sí, valientes, sí, jóvenes que me escucháis, así se ama a la patria, así se pelea por ella, como Condell y sus marinos de la Covadonga; así se muere por ella, como Prat y sus marinos de la Esmeralda. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 171-177).

El entonces Intendente de Valparaíso, Eulogio Altamirano, también recordó a Prat en la recepción de los “héroes de la Covadonga” en dicha ciudad:

¡Ah! Haber tenido parte en esa jornada legendaria que pasará a las más remotas edades con el título de combate de Iquique, haber tenido parte en la ejecución de este cuadro maravilloso: allí la Esmeralda batiendo con el Huáscar y contestando a las intimaciones de rendición de su poderoso enemigo con la frase sublime de su inmortal comandante: ‘un chileno no se rinde jamás’, y hundiéndose, en efecto, con su amado tricolor sin soltar la espada ni abandonar los cañones. (Ibid: 266).

Análogamente, el religioso Salvador Donoso, en la recepción de los sobrevivientes del buque Esmeralda en Valparaíso en diciembre de 1879, se expresó llamando a Prat “el Moisés de esta brillante contienda”, a sus tropas como “la porción escogida del nuevo pueblo de Dios” y a barco Esmeralda como “arca santa”. (Ibid: 290-291).

Aunque menor, también se gestó la figura del comandante del navío Covadonga, Carlos Condell, que venció al blindado peruano Huáscar, que fue homenajeado con recibimientos en varios puertos de Chile, banquetes y celebraciones masivas, como ya fue descrito. También se destacó a Manuel Baquedano, el mismo enarbolado por la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, que lideró las últimas batallas en la Guerra del Pacífico y fue igualmente pomposamente agasajado. Algo similar pasó con otro listado de héroes, vivos o muertos en ese momento.

Lo que se destacó de esta narración “heroica”, también plasmada en las visiones históricas chilenas sobre la Guerra del Pacífico, fue la ausencia de “antihéroes” y la no cabida para una sola derrota. Ello se explica por el rol victorioso de ese país, pero también por otra representación relacionada con la guerra, referida a que la Guerra del Pacífico “unificó a Chile”, lo que se convirtió en una paradoja en un país tan históricamente desigual, pero, por la misma razón, se constituyó como un mito de mucho poder.

En consecuencia, en la historiografía chilena “nacional” abundan los relatos triunfalistas de las gestas heroicas y la consagración de los héroes de la Guerra del Pacífico. En ese sentido, tanto Barros Arana como Bulnes en sus respectivos trabajos, presentaron las batallas de la Guerra del Pacífico como un enfrentamiento entre unos siempre valientes, patrióticos y temerarios chilenos contra unos cobardes adversarios. Fueron recurrentes las narraciones que insistieron que hasta con la mera presencia del ejército de Chile, los

aliados “huyeron”. Igualmente, se destacó que Perú era una potencia militar y que se enfrentó contra un Chile que no estaba preparado para una guerra y además sufría una crisis económica. Se realzó que no solamente desafiaron a dos países que juntos casi les duplicaban en población, sino que los chilenos se encontraban en territorio enemigo. Como sucedió con la retórica de guerra, además, se mitificó el supuesto de que la “nación en armas”, no sólo combatió contra los contrincantes, sino contra la naturaleza a la que termina doblegando, como metáfora del triunfo de la “civilización”.

Bulnes, allende de que en varios momentos de su trabajo insistió en su “imparcialidad”, al inicio del mismo no pudo dejar de comentar que “este libro me ha enseñado que el amor de la Patria es un sentimiento que se debe cultivar hasta por egoísmo. Estudiado i escrito en medio de terribles sufrimientos morales que mi débil naturaleza creía insuperables, he encontrado alivio en la esperanza de que mi país aprovechará este trabajo ya que recordarle sus glorias es hacerle un llamamiento a sus deberes”. (Bulnes, 1911. Tomo I: IX).

Así, estos relatos fueron más explícitos en las representaciones que encerraron cuando se refirieron a los hechos heroicos más emblemáticos para Chile como la inmolación de Prat y la caída del buque Esmeralda, las hazañas de la Covadonga, el combate de Angamos o la toma de Tacna y Arica. Por ejemplo, está esta descripción de Barros Arana sobre el enfrentamiento del buque Esmeralda con el monitor Huáscar y de las naves Covadonga e Independencia. Después de comparar el poderío de las naves y ultimar que las chilenas eran apenas “barquitos de madera” que enfrentarían a un monitor y a una fragata encorazada, concluyó:

Sin vacilar un instante, los dos jefes chilenos convocaron a consejo a sus oficiales, i allí resolvieron todos pelear hasta morir. ‘La bandera chilena no se rinde jamas’, fué la voz de orden impartida a las tripulaciones [...]

El fuego persistente de sus cañones reveló al enemigo que los chilenos no se rendian [...]
El comandante Prat aprovecha ese momento para saltar sobre la cubierta del monitor del enemigo dando a los suyos la voz de ‘¡al abordaje!’ [...]

La muerte heroica del comandante Prat exalta el ardor de sus subalternos. La Esmeralda está sembrada de cadáveres despedazados: su máquina invadida por las aguas, no funciona ya; pero nadie piensa sino en pelear. El teniente don Luis Uribe toma el mando del buque al grito de ‘¡los chilenos no se rinden!’ [...]

Pero la Esmeralda resiste todavía. I cuando el tercer golpe del ariete del enemigo la ha destrozado, i cuando se sumerge en el mar, los artilleros mandados por el guardia-marina don Ernesto Riquelme, hacen su última descarga a la voz de ‘¡Viva Chile!’ La bandera chilena fue lo último que desapareció bajo las aguas después de cerca de cuatro horas de la más sublime resistencia. (Barros Arana, 1880: 93-94).

Después, Barros Arana adjuntó una serie de crónicas periodísticas principalmente europeas, que ensalzaron el combate y el heroísmo de los chilenos como “único en el mundo” y donde se incluyeron las comparaciones con las hazañas míticas de Esparta: “El combate de Iquique produjo una profunda impresion en todo el mundo. La prensa de Europa i de América no hallaba palabras bastante ardientes para pintar el heroismo de los chilenos”. (Ibid: 95).

Bulnes, tampoco escatimó en halagos para el “heroísmo” chileno en la emblemática batalla de Iquique, recalando que Perú tenía escuadra de guerra, mientras Chile estaba desarmado con corbetas de madera, pero que en cambio contaba con un ejército con la textura de un pueblo moldeado en la legalidad y disciplina como gloriosa escuela (Bulnes, 1911. Tomo I: 187), y eso se tradujo en un heroísmo que el mundo entero homenajeó. De esa manera, el tono con el que se presentó el combate fue similar a los otros relatos:

Prat estaba en el puente, Uribe en el castillo de proa. Los toques de corneta no decayeron mientras el buque estuvo a flote. Un testigo de vista, llama la atención a este detalle. Al referir cada una de sus peripecias repite: ‘I la corneta sin cesar al ataque iba tocando’. Del seno de aquella nave no salían protestas, ni quejas, sino voces de alegría, especialmente cuando un tiro daba en el blanco: ‘¡Hurra! ¡Viva Chile!’

La corbeta estaba engalanada como para una fiesta. Era la víctima de los viejos cultos que marchaba ataviada al sacrificio. Banderas por todas partes: una en el pico de mesana; otra en el palo mayor; otra en el de trinquete; un gallardete en el palo más alto, que serpenteaba sacudido por el viento. (Ibid: 294).

La Esmeralda convertida en una boya, cubierta por banderas, continuaba flotando, i el corneta tocando a degüello. Uno había sido muerto. Otro recojió el instrumento i siguió tocando hasta que un proyectil le voló la cabeza. Tomólo (sic) entonces un tercero quien tocó a zafarrancho mientras el buque se mantuvo a flote. (Ibid: 301).

Embistió el Huáscar por tercera vez sobre el centro de la Esmeralda, i fué recibido con una descarga cerrada de los pocos cañones que tenían proyectiles, pero la herida que el ariete le abrió en las entrañas fué tan grande que el noble barco se inclinó de proa, como ave que dobla el cuello para morir. Iquique presencié atónito que a medida que el buque

se sumergía los cañones seguían disparando, i que un tiro resonó cuando la proa estaba perdida en el agua. Se dijo que ese disparo lo hizo el guardiamarina Riquelme, noble joven que se distinguió por su heroísmo en el combate. La tripulación se lanzó al agua, i la gloriosa corbeta se hundió en el mar. Lo último que se vió fue la bandera”. (Ibid: 301-302).

En relación a los héroes, Bulnes destacó:

Prat, Serrano, Aldea, Condell, Orella, en una palabra todos los combatientes de la Esmeralda i de la Covadonga, escribieron ese día un precepto que se resume en esta frase: ‘la obligación de luchar hasta la muerte sin tomar en cuenta el poder del adversario’. Además para Chile el combate de Iquique era una gloria de su Escuadra. Cualquier nación puede contar con un héroe, pero más glorioso que tener un Prat es poseer una institución completa que sea capaz de ponerse a su nivel, ya sea que la inspire su ejemplo, como sucedió en la Esmeralda, o procediendo espontáneamente como en la Covadonga. La decisión del combate fué igual en los tripulantes de una i otra nave. Fué una Escuadra, una institución, la que se irguió en Iquique a la altura de inconmensurable gloria. (Ibid: 310).

De forma similar fue descrito el combate de Angamos, donde Perú perdió al monitor Huáscar y a su mayor héroe, Miguel Grau. No sólo se realizó la versión de que Grau era hábil para huir de los posibles combates más difíciles, sino también destacaron que la tripulación peruana, de forma “cobarde”, escapó y permitió que su bandera sea arriada, a pesar de que tripulaban la nave más poderosa de Perú. En el combate de Dolores, se subrayó la victoria chilena cuando los “cobardes enemigos” eran el doble, pero sin poder vencer a los “rápidos” y “astutos” chilenos (Ibid: 158), que siendo 6.000 hicieron huir a 11.000.

En el relato de la batalla de Tarapacá, Barros Arana describió una supuesta victoria aliada como pírrica porque los chilenos tenían la desventaja de haber marchado por el desierto, de sufrir sed e insomnio, mientras los adversarios no solamente los duplicaban en número, sino que estaban alimentados y descansados. No obstante los “hombres de fierro avezados a los duros trabajos de la industria”, con vigor físico y moral y principalmente con el orgullo del “vencedor”, resistieron con heroísmo, vendiendo muy “caras sus vidas” para luego retirarse en “perfecto orden”. El autor terminó preguntándose quién ganó esta batalla verdaderamente, ya que igual Chile ocupó la plaza. Finalmente anotó que si Perú obtuvo la victoria sería “la más desastrosa de la historia”. (Ibid: 174-178).

Bulnes, por su parte, admitió la derrota de Chile en Tarapacá, pero sin dejar claro que “el heroísmo de la oficialidad i de la tropa corrigió esos errores a costa de inauditos sacrificios y los que es admirable es que en las pésimas condiciones en que se halló no se oyera una voz que hablara de rendicion, i que no se soltaran las armas de las manos desfallecientes sino cuando la vida se escapaba del pecho. En este sentido, Tarapacá es una página de honor y de eterna y duradera enseñanza”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 695-696).

En ese marco, la misma autocrítica que realizó el presidente chileno de ese entonces, Pinto, por la derrota de Tarapacá, está impregnada de triunfalismo: “Estamos poseidos de la idea de que un soldado chileno puede levantar la cordillera de los Andes en la punta de la bayoneta i guiados por este sentimiento no es de extrañar que cometamos imprudencias como la de Tarapacá”. (Citado en Op. Cit.: 701-702).

Para describir el combate de Tacna, donde según Barros Arana, los chilenos lucharon “con el pecho descubierto”, dicho historiador se remitió a una crónica del diario santiaguino “El Ferrocarril”, donde un oficial francés escribió que “para mí, desde los primeros momentos de la batalla, fue seguro el triunfo de los chilenos. Todo me indicó en ellos una superioridad incontrastable; i abrigo la convicción que, si los aliados hubiesen sido superiores en número con los dos tercios de su tropa, sólo habrían conseguido retardar un poco más su derrota”. (Barros Arana, 1880: 289).

Bulnes enfatizó que no se pudo concebir posición más favorable para el ejército aliado, pero aún así terminaron huyendo ante la gallardía de los chilenos que asombraron a extranjeros testigos del episodio con sus maniobras y hasta los peruanos llegaron a exclamar: “Por eso ganan los chilenos pues, ¡qué gracia!”. (Bulnes, 1911. Tomo II: 346).

El cuadro de la batalla de Arica, reforzó más aún la epopeya, donde se aseguró que, a pesar de la natural fortificación del lugar y la organización de su defensa que duró más de un año, el ejército chileno con “ardor, rapidéz y decision inquebrantables”, tardó apenas 55 minutos en ver colocada su bandera en el Morro, poniendo en “vergonzosa fuga” a los contrincantes “sobrecogidos de pavor” y lanzándose al mar, “prefiriendo esta vergonzosa muerte a la del combate”¹⁴⁰.

¹⁴⁰ Alusión a la hazaña del héroe peruano Alfonso Ugarte, es decir lo que para las visiones peruanas fue un acto de heroísmo, para las chilenas fue una demostración de cobardía.

De la toma de Arica para adelante, lo que incluyó la ocupación de Lima y los combates contra la resistencia peruana en la sierra, no mermaron las narraciones heroicas. Bulnes aseguró, por ejemplo, que la batalla de Chorrillos y las jornadas de Lima son las más grandes de Sudamérica por el número de combatientes involucrados (Ibid: 657), terminando con una avance triunfal y con los tres morros de Perú coronados con la bandera chilena y sobresaliendo el “decoro” y la “disciplina” del ejército chileno durante la ocupación (Ibid: 697): “La bandera de Chile ondeará en la capital del Perú, en su primer puerto, en poblaciones de la costa, en las fronteras de Bolivia, en las márgenes de los ríos amazónicos”. (Ibid: 726).

Durante la ocupación de Lima y las expediciones de presión a Perú, los relatos “heroicos”, resaltaron que en buena parte del tiempo el ejército chileno tuvo que lidiar más que con la resistencia peruana, con los obstáculos de la naturaleza y con enfermedades para ellos poco habituales. Se reforzó la idea del “chileno civilizador”, que se vio obligado a pelear con los “indígenas” de Cáceres, lo que implicó que los enfrentamientos adquirieron un matiz “bárbaro”, justificando de esa forma algunas de las arbitrariedades y abusos que cometió el ejército chileno en este periodo, ya sea contra poblaciones civiles o contra los combatientes de la sierra. A pesar de ello, Bulnes no dejó de remarcar, que al tener que luchar solamente contra “indígenas”, muchos soldados se sumieron en un profundo “aburrimento” que resultó en desertiones que sumaron mayores cantidades que los caídos de Chile en las batallas.

No obstante, el autor, en aras de la “imparcialidad” que dijo mantener en su trabajo, se vio obligado a admitir algunos abusos del ejército chileno, demasiado escandalosos, como fue el caso de las expediciones de Letelier¹⁴¹.

¹⁴¹Como ejemplo, Bulnes comentó que la fracción chilena comandada por Letelier realizó una verdadera carnicería de indígenas, que murieron por centenares e impuso una Ley Marcial extrema sin que hubiera motivo para ello, ya que el pueblo de Junín no se mostró hostil. Bulnes indicó que estas acciones más que expediciones de campaña, parecían requisas de dinero a mano armada. Ello significó más de una airada protesta de legaciones extranjeras y, finalmente, Patricio Lynch mandó a investigar y castigar estos desmanes que incluyeron unas crónicas del propio Letelier donde aseguró que 80 chilenos habían luchado contra 5000 indígenas, matando a 1500 y con sólo dos bajas, lo que Lynch no sólo consideró poco creíble, sino, de ser cierto, era una matanza que no aumentaba el prestigio de Chile y menos era digna del “honroso pasado del ejército chileno”. No obstante, esta crónica demuestra el grado de triunfalismo que invadió al ejército chileno, que rayó muchas veces en una especie de delirio, un triunfalismo fomentado por la retórica de guerra por los principales pensadores, políticos y militares del momento, la prensa y que es recogido por los historiadores más difundidos. Las exageraciones fantásticas de Letelier, responden a esa dinámica. Por otra parte, la imposición de cupos de guerra a Junín no fue una práctica excepcional y aislada, al contrario,

Otro combate que se realizó en el podio “heroico” de Chile en este periodo, fue el de La Concepción donde todos los chilenos murieron, según indicaron, rechazando pedidos de rendición y luchando por más de 20 horas: “Lucharon i murieron con la fe del heroismo i con el nombre de la patria en los labios”. (Bulnes. Op.Cit: 257). De acuerdo a Bulnes, la mayoría eran casi “niños” entre 20 y 18 años y fueron atacados por fuerzas cinco veces superiores, recalando los indígenas de Cáceres expusieron sus peores pulsiones de “crueldad” y “barbarie” contra estos “niños” y contra tres mujeres que los acompañaban, que fueron expuestas desnudas en la plaza del pueblo y luego despedazadas por lanzas. Los cadáveres de los combatientes fueron mutilados sin piedad, pero aún así uno de los “niños” exclamó que “los chilenos no se rinden jamás”. Bulnes enfatizó: “Una muchachada heroica, igual espíritu de sacrificio; el recuerdo de la patria alentando el último latido de sus valerosos corazones; el precepto de una inflexible tradicion de honor”, y que los colocó al mismo nivel que los héroes de la Esmeralda¹⁴². (Ibid: 300).

La batalla de Huamachuco, que cayó justo un año después de los sucesos de La Concepción, reflejó deseos de “venganza” por lo acontecido en esa plaza, porque se fusilaron a prisioneros peruanos, incluyendo comandantes. Empero, ello no impidió que el autor narrara otra gesta “heroica” al afirmar que se enfrentaron unos 3800 peruanos contra 1500 a 1600 chilenos y que a pesar de su número, los peruanos terminaron huyendo llenos de pavor, arrojando sus armas. (Ibid: 483).

Otros episodios que se repitieron en las narraciones de Barros Arana y Bulnes se refirieron a la “lucha” entre el ejército chileno y la naturaleza, que fue calificada como hasta más ardua que las batallas entre hombres, enalteciendo principalmente la marcha por el

este tipo de medidas fueron una de las principales fuentes para mantener los gastos de ocupación. Bulnes justificó esto indicando que “la guerra, la dura guerra, puede autorizar la imposición de sacrificios semejantes a los que soportó la sierra peruana”. (1911. Tomo II: 41). Cabe recalcar que a pesar de los desmanes de Letelier y su gente, Bulnes igualmente los colocó en el podio de los héroes de Chile, al relatar un episodio “heroico” en Sangra, donde son protagonistas, destacando que 78 chilenos, incluyendo un niño “corneta” de 10 años, se enfrentaron a 300 peruanos y que al verse rodeados, los chilenos, se rehusaron a rendirse y al contrario pidieron al “corneta” que “toque calacuerda”. (Ibid: 46).

¹⁴² Desde “la hecatombe” de La Concepción, según Bulnes, la autoridad chilena en Perú, en represalia por tanta “atrocidad”, impuso medidas de mayor dureza, como mayores cupos de guerra en Lima y el apresamiento y exilio de una serie de notables de la ciudad y otras zonas. También, no pudo evitar los deseos de “venganza” entre los soldados chilenos que, a su nombre, justificaron más abusos y desmanes en sus campañas en la sierra. (1911. Tomo II: 300).

desierto. Bulnes agregó que “la hazaña del Atacama era la demostración de que no habría en el Perú nada capaz de sujetar la marcha de los chilenos”. (Bulnes, 1911. Tomo II: 232).

Poniendo broche de oro al relato de las “gestas heroicas” durante la ocupación de Perú, Bulnes recurrió al enaltecimiento de los héroes chilenos en la guerra contra la Confederación Perú –boliviana y las guerras independentistas de Sudamérica, cuyos héroes serían los únicos capaces de alcanzar la intrepidez del ejército chileno y sus héroes en la Guerra del Pacífico. Al paso del ejército de Chile por Huaraz, Bulnes recalcó que “tuvo el honor de que desfilaran por sus arbolados los colombianos de Bolívar, camino de Junín y de Ayacucho, y quince años después vió pasar a un ejército chileno que iba a escribir en los anales de su patria los nombres de Buin i de Yungay” y que los peruanos esperaban “que el nuevo campo secase el laurel plantado en 1839”, mientras los chilenos estaban “ansiosos de renovar en el mismo sitio las hazañas de sus antepasados. Los chilenos querían probar que no desmerecían de sus padres”, en esas altas serranías americanas, donde “de San Martín en Chile, de Bolívar en la Nueva Granada, de Sucre en el Ecuador. I sus descendientes, o sea, el ejército cuyas proezas recuerdan estas páginas, convirtieron las altas mesetas cordilleras i sus salvajes i empinados boquetes en el teatro de sus marchas diarias, de sus evoluciones tácticas y de sus paseos triunfales”. (Ibid: 454-456).

No obstante, y esta es una visión que fue permanentemente remarcada por Bulnes, sintetizando los imaginarios triunfalistas de las visiones históricas chilenas de la guerra, la gesta heroica de Chile en la Guerra del Pacífico, rebasó con creces lo acontecido en la década de 1830 porque:

“No fué la obra de un ejército, de tal o cual número, como el de 1838, que sale i vuelve con su Jeneral a la cabeza, dejando en el territorio enemigo las bajas de sus glorias. Esta vez es la Nación en armas la que forma sus filas, las llena con treinta y tantos hombres de buena voluntad por cada profesional, sin más educación previa que el patriotismo, lo cual hace predominar la tendencia civil lo mismo en las filas que en las esferas más elevadas”¹⁴³. (Ibid: 618).

¹⁴³ Un tema que será subrayado tanto por Barros Arana como por Bulnes, lo que incluyó a las principales autoridades del momento, fue la preeminencia civil en la dirección chilena de la Guerra del Pacífico, lo que se contrastó, según estas visiones, con las directrices de Bolivia y Perú que devinieron de caudillos de cuartel. Este tema es profundizado en acápite siguientes.

Finalmente, Bulnes concluyó como resumiendo todos los mitos y representaciones que constituyen la percepción del “Chile guerrero”, en relación a la Guerra del Pacífico:

Se cubrieron de inmarcesible gloria, los que cruzaron el desierto, los que escalaron esa cuesta, los que arrollaron las líneas de Tacna i asaltaron los reductos de Arica. I ese mérito se aquilata más cuando se considera que ese ejército era la Nacion en armas; que el oficial habia cerrado una botica ó salido de un mostrador para ingresar a las filas, i el soldado era el labriego de los campos, el minero de los cerros, el jornalero pacífico de las ciudades. Entonces, la accion de aquel ejército aparece en su verdadero carácter, como la expresion de un pueblo fuerte, forjado en el yunque de la guerra secular que sus antepasados sostuvieron contra los primitivos dueños de su suelo. (Ibid: 391).

3.3. El triunfalismo de Chile se traslada a su percepción de las consecuencias de la guerra y sus tratados

Los imaginarios triunfalistas relacionados con el “Chile guerrero” y la guerra como necesaria y fundamental en la historia de este país, fueron recogidos en la posición chilena respecto a lo que obtuvo en la Guerra del Pacífico, en especial las anexiones de territorios que fueron peruanos y bolivianos, que son justificadas por el “sacrificio” el “esfuerzo” y “heroísmo” que le costó a Chile su victoria. En ese sentido, el Tratado de Ancón de 1883, el Pacto de Tregua con Bolivia de 1884 y el Tratado de 1904 con Bolivia, reflejaron las condiciones que Chile impuso a los países perdedores de la guerra. En el caso del Tratado de 1929 con Perú hay mayor negociación, pero sin que ello haya mellado el cariz triunfalista con el que Chile encaró las consecuencias de la Guerra del Pacífico. Debido a que estos procesos son abundantes en cuanto a la ilustración de la “otredad” (en este caso, la percepción desde Chile frente a Perú y Bolivia), el análisis de los tratados derivados de la guerra y las consecuencias de la misma desde las interpretaciones chilenas, se ha trasladado al capítulo VI, que trata de las visiones de la alteridad constituidas a partir de este acontecimiento.

No obstante, hacer hincapié que el cariz triunfalista con que Chile encara la Guerra del Pacífico y sus resultados, se materializa en la consigna ampliamente divulgada y aceptada en ese país de que “no le debe nada” a ninguno de sus antagonistas desde que se

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

refrendaron los tratados, que son concebidos como expresión de lo que Chile mereció como país victorioso¹⁴⁴.

¹⁴⁴ Ese convencimiento surge, en especial, respecto a la demanda marítima boliviana frente a la cual, en Chile, ha habido una misma respuesta: “Chile no le debe nada a Bolivia”

**V. De historias, geografías, civilizaciones y razas: La influencia de la
Guerra del Pacífico en la constitución de las identidades nacionales**

V. De historias, geografías, civilizaciones y razas: La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de las identidades nacionales

1. Bolivia

Mi patria tiene montañas

No mar.

Olas de trigo y trigales

No mar.

Cielos de esmalte fundido

No mar.

Y el coro ronco del viento

Sin mar.

Oscar Cerruto

Siguiendo las pautas que definimos en los antecedentes conceptuales, en cuanto a la construcción de las identidades nacionales en base a redes de pertenencia y oposición, en el caso de Bolivia, hay una serie de auto-percepciones de la “realidad nacional” y su historia que solventan identidades muy arraigadas y se reproducen en una serie de imaginarios sociales. En ese sentido, como se anotó antes, la Guerra del Pacífico fue uno de los acontecimientos más importantes de la historia boliviana al momento de alimentar ciertos imaginarios muy afincados en la conciencia colectiva, en especial por el hecho de que la demanda marítima ante Chile, como mayor secuela de la guerra para Bolivia, es la política internacional más importante del país desde hace más de un siglo y una herida permanente.

Por ende, dados los resultados de la guerra que significaron que Bolivia perdiera un acceso soberano al océano Pacífico, las representaciones relacionadas con este suceso suelen estar teñidas de un sentir lamentoso, culpable, de sensación de injusticia no saldada.

De acuerdo a aquello, primero se estudiará una serie de “fatalidades” que, supuestamente, caracterizaron a Bolivia, afectando su trágico desempeño en la Guerra del Pacífico y su devenir pasado, presente y futuro. Luego, se examinarán los imaginarios que se resumen como “xenofobia defensiva”, o las apreciaciones que perciben a los “extranjeros” como los eternos vulneradores de la heredad y soberanía de ese país, imaginarios muy relacionados a las lecturas bolivianas de la Guerra del Pacífico y que se activan al encarar la demanda marítima boliviana. Posteriormente, se explorarán los imaginarios que se relacionan con la pérdida boliviana de una salida soberana al mar y que refuerzan una sensación colectiva de encierro, claustrofobia y desventaja frente a los otros países, y cómo estas representaciones también sellan la semántica y la simbología que acompañan a la demanda marítima boliviana. Por último, analizaremos cómo todas estas pautas condicionan una autopercepción identitaria que, como ya se indicó, marca un sentir lamentoso y trágico.

1.1 El país de las fatalidades

1.1.1 La “fatalidad de la raza”

Algunas representaciones que influyen intensamente en la identidad boliviana se fecundaron con la insurgencia de su Estado nacional, pero nacieron de una lectura del pasado precolombino y colonial.

En primer lugar, aunque haya habido variaciones sutiles en los Siglos XIX, XX y XXI, en Bolivia se tiende a idealizar el periodo precolombino.

En el Siglo XIX y parte del Siglo XX, esta visión tendía a oscilar entre dos polaridades. Por un lado, el realce de las “razas” de los pueblos indígenas que habitaban el territorio antes de la colonia, principalmente las comunidades aymaras y quechuas y, en especial, del Imperio Inca, catalogado como una “gran civilización” que en su apogeo fue interrumpida por la Colonia.

Esta visión romántica del indígena o “indio”, tendrá su contraparte en los planteamientos que justificaron una división social del trabajo heredada de la Colonia, basada en los orígenes étnico-culturales, en la que los habitantes de ascendencia indígena ocupaban el

último lugar en la escala, en condiciones de semi-esclavitud y a los que, hasta la mitad del Siglo XX, se les negó incluso la ciudadanía con derechos civiles y políticos¹⁴⁵.

A ello se sumó el imaginario de la dicotomía “civilización versus barbarie” y donde lo indígena se asumió como lo “bárbaro”, “salvaje”, incluyendo en este polo a lo “rural” y a la “naturaleza”, mientras que la “civilización” fue lo “blanco” y la “urbe”, al ser las ciudades europeas el referente civilizatorio de la época. A la par, al edificarse la “dualidad estructural”¹⁴⁶, atributo de la formación social de los países latinoamericanos, en el cual la riqueza, el poder político, los derechos y las oportunidades, etc. se concentraban en las ciudades, efectivamente, se gestó una asimetría campo-ciudad que potenció estos imaginarios. Los mismos indígenas o mestizos adquirieron el menoscabo a su propio origen al relacionar las posibilidades de progreso con la “urbe”, lo “blanco”, y a la “pobreza”, el abuso, la servidumbre, la explotación (un destino que nadie desea para sus hijos) con lo indígena.

Esta estructura social conllevó una mentalidad racista frente una mayoría de la población boliviana: en suma, el color de la piel, el apellido, “la sangre”, determinaron el papel que se ocupara en esa escala social que se perpetuó a través de redes familiares endogámicas, un Estado excluyente y una economía preponderantemente semi-feudal.

Esta bipolaridad traducida en la lectura idealizada del periodo precolombino, pero al mismo tiempo, de desprecio a lo considerado indígena, repercute en la autopercepción identitaria boliviana, que suele oscilar entre un orgullo forzado por el “origen” y una especie de acomplejamiento y resentimiento por ese mismo “origen”. Justamente, la mentalidad que marcó a los que manejaron el Estado boliviano en el Siglo XIX, principalmente, fue de veneración por lo “blanco”, “extranjero”, en especial, lo “europeo”, siendo, al mismo tiempo, algo “no palpable” en las características físicas y

¹⁴⁵ Como indicaron Wallerstein y Balibar (1991), la formación de los Estados nacionales latinoamericanos basó su división social del trabajo en la “etnificación de la fuerza de trabajo” heredada de la colonia. Es decir, se ordenó jerárquicamente para que las labores más duras y peor o nada retribuidas sean realizadas por ciertos grupos identificados por origen étnico, cultura, religión o pasado y clasificados como “indios” o, en el caso de existencia de poblaciones afrodescendientes, como “negros”. De esta forma y según los autores citados, el racismo fue elemental en el espectro ideológico que amparó la etnificación de la división social del trabajo, justificando relaciones de dominación a través de imaginarios sociales que mentalizaron a orígenes étnicos con determinados roles en la sociedad.

¹⁴⁶ Término acuñado por Kaplan para explicar la histórica asimetría estructural entre las grandes urbes latinoamericanas, como arquetipos de la concentración del poder económico y político, frente a otras regiones del mismo país, adquiriendo, la desigualdad, tintes regionales. (1968: 171-174).

fenotípicas de la mayoría de la población de Bolivia, lo que conllevó a cierto complejo de inferioridad frente a otros países con ascendencia más “caucásica”.

Esta interpretación llegó su máxima expresión al tratar de ligarla a la explicación de algunos “atributos” de la formación social boliviana como la pobreza y el subdesarrollo (también desde una autopercepción), atribuyéndolos a la “desventaja racial” de gran parte de sus habitantes.

Incluso la herencia más importante del periodo colonial, el mestizaje, para el caso de Bolivia, fue leído como una “fatalidad” más, ya que de la mezcla entre el “blanco” y el “indígena”, de acuerdo a estas interpretaciones, se dio a una “raza maldita” a los que despectivamente en Bolivia se les denominó “cholos”.

Alcides Arguedas, muy famoso escritor boliviano, reflejó en sus escritos claramente la bipolaridad a la que nos referimos. En “Raza de bronce” (1945), una de las obras literarias más leídas de Bolivia, por un lado, nos presentó la idealización del “indígena” boliviano, aquel que mantuvo su pureza al no mezclarse con el “blanco”, y al que, a pesar de sus virtudes, se le explotó salvajemente en las haciendas bajo el yugo del “pongueaje”¹⁴⁷.

Por otra parte, en otro de sus trabajos fundamentales, Arguedas fue más allá en su metaforización de la realidad boliviana y sus habitantes desde la literatura y dio paso a una interpretación “sociológica” que denotó profundo desprecio y dolor frente a esa realidad “racial”. En “Pueblo enfermo”, el autor buscó comprender “las cosas de su patria, de sus hombres, de sus instituciones, con la serenidad y convicción con que lo hace en estas páginas”. (Arguedas, 1936: X). Fuertemente influenciado por las ideas positivistas y darwinistas sociales, clasificó al “pueblo boliviano” en tres “razas” fundamentales: La “raza indígena”, el “mestizo” y el “blanco”. De sus supuestas características y de sus “falencias”, procuró explicar el porqué de la tendencia boliviana al “subdesarrollo”, “a la derrota, a la vergüenza y a la desmembración”, siendo la formación social boliviana poco

¹⁴⁷ Sistema de trabajo de carácter feudal. El “pongo”, a cambio de una pequeña parcela de tierra para cultivar y subsistir, trabajaba las tierras del señor feudal o “patrón”. La servidumbre se extendía a la familia del “pongo” que solía prestar servicios en las viviendas de los patrones en labores domésticas y otro tipo de faenas ofrecidas gratuitamente. El “pongueaje” incluía todo tipo de abusos, como el “alquiler” de la fuerza de trabajo a terceros, el abuso sexual a las mujeres y niñas de la familia del trabajador, los castigos corporales y el asesinato punitivo al mejor estilo del esclavismo.

apta a “las nuevas condiciones de cultura y civilización” que debiera devenir con la con la creación de la República. (Citas de Arguedas, 1936: XI).

Primeramente, describió al “indígena aymara” como una extensión de la pampa altiplánica, lúgubre, triste, colmado de odios:

El aspecto físico de la llanura, el género de ocupaciones, la monotonía de éstas, ha moldeado el espíritu de manera extraña. Nótase (sic) en el hombre del altiplano, la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas. El ánimo no tiene fuerza para nada, sino para fijarse en la persistencia del dolor. Llégase (sic) a una concepción siniestramente pesimista de la vida. No existe sino el dolor y la lucha. Todo lo que nace del hombre es pura ficción. La condición natural de éste es ser malo; y también la naturaleza. Dios es inclemente y vengativo; se complace en enviar toda suerte de calamidades y desgracias. (Arguedas, 1936: 35).

Le sumó “la ausencia completa de aspiraciones, la limitación horrida (sic) de su campo espiritual”; “no gusta placeres, ignora lujos. Para él, ser dueño de una ropa llena de bordados con la que pueda presentarse en la fiesta del pueblo o de la parroquia y embriagarse lo mejor que le sea permitido y el mayor tiempo posible, es el colmo de la dicha”; y “en la casa del indio no hay nada sino suciedad”. (Arguedas, 1936: 35-36).

Aunque Arguedas atribuyó tales caracteres al milenarismo sometimiento de este pueblo tanto por el Imperio Inca como por la Colonia, sus aseveraciones reflejaron lo que de alguna manera se pensaba del aymara (o del “indio” en general) no solamente desde las elites letradas, sino como un eco de la propia conciencia colectiva boliviana que se fue reproduciendo a lo largo de su historia, como resonancia de la estructura social que espoliaba a esos indígenas.

El “indígena quechua” o de los valles, si bien fue menos vilipendiado que el aymara, igualmente fue descrito con dureza como un ser sumiso, antes “adiestrado” por la autocracia incaica y luego corrompido por los “vicios” de los conquistadores españoles:

La otra variedad de la raza y el núcleo vivo y dirigente de la población incásica, la quechua, que por el Norte hacia el Cusco y por el Sud en los comienzos de la región del plata, amuralla a la aymara, tiene rasgos fisionómicos casi idénticos a ésta, distinguiéndose solamente por su mayor adaptabilidad a la vida en común con el blanco y una marcada suavidad de sentimientos y costumbres que engendró el amor instintivo por la poesía, aunque sin darle una superioridad visible sobre la otra, pues ambas han sufrido idéntica presión exterior y fueron sometidos al mismo régimen de violencia [...].

Entonces, ante la brutalidad del blanco, busca, como toda raza débil, su defensa en los vicios femeninos de la mentira, de la hipocresía, la disimulación y el engaño. Pero estos mismos vicios no son innatos de la raza. Los ha adquirido por contagio. (Arguedas, 1936: 49-51).

Aún así, se destacó uno de los aspectos de la bipolaridad referida anteriormente, en relación al pasado precolombino, al realzar el Imperio Incaico como un Estado ordenado y a sus habitantes perfilados con la fragilidad de lo “femenino” vulnerada por la violencia de la conquista:

Y vinieron los conquistadores, ásperos, brutales, duros, sin entrañas y dominados por apetitos feroces. Son egoístas, sensuales, interesados. Como los más son gente de baja ralea y están en flor de la edad, no tienen grandes nociones sobre nada ni les adornan bellas virtudes, a no ser las del coraje y la audacia sin freno. Y ven en el natural y sus riquezas un cebo de fácil explotación para su desenfrenada codicia. Su brutalidad choca con la suavidad de los nativos; su desenfrenada sensualidad con la moderación reglamentada de los goces sexuales en las indias; la tremenda codicia de los buscadores de oro hace fácil presa en la peligrosa ignorancia que tiene el nativo del valor representativo de los metales preciosos; el espíritu adormido y gregario del aborigen desaparece ante el fuerte individualismo ibero; el alma femenina y dulce del autóctono se funde y aniquila al contacto del carácter rudo, áspero y violento del invasor. (Arguedas, 1936: 50).

Como fruto de este choque violento, nacería el “mestizo”, que, de acuerdo al mismo autor, sería la mayor parte de la población boliviana y heredaría las peores cualidades de la “raza blanca” y la “raza indígena”. El hecho de que la composición demográfica boliviana tuviera tales “características” fue leído como una fatalidad intrínseca que explicó “los males” que estigmatizaron la identidad nacional boliviana y su devenir histórico, incluyendo la Guerra del Pacífico y sus consecuencias para Bolivia. Enmarcó en esta categoría a algunos personajes de la política de Bolivia del Siglo XIX que pasaron a la historia como “antihéroes”, en estrecha relación con los acontecimientos de la guerra, en especial, Mariano Melgarejo e Hilarión Daza. Describió al mestizo de la siguiente manera:

Del abrazo fecundante de la raza blanca, dominadora, y de los indios, la raza dominada, nace la mestiza, trayendo por herencia los rasgos característicos de ambas, pero mezclados en una gama estupenda de veces, porque determina contradicciones en ese carácter que de pronto se hace difícil de explicar, pues trae del ibero su belicosidad, su ensimismamiento, su orgullo y vanidad, su acentuado individualismo, su rimbombancia oratoria, su invencible nepotismo, su fulanismo (sic) furioso, y del indio, su sumisión a

los poderosos y fuertes, su falta de iniciativa, su pasividad ante los males, su inclinación indomitable (sic) a la mentira, el engaño y la hipocresía, su vanidad exasperada por motivos de pura apariencia y sin base de ningún gran ideal, su gregarismo, por último, y, como remate de todo, su tremenda deslealtad [...]

El cholo político, militar, diplomático, legislador, abogado o cura, jamás y en ningún momento, turba su conciencia preguntándose si un acto es o no moral, entendiéndose por moral, 'la armonía de actividades en vista del bienestar general' – según la concepción positivista -, porque únicamente piensa en sí y sólo para satisfacer sus anhelos de gloria, riqueza y honores a costa de cualesquiera principios por sobre toda consideración, ferozmente egoísta e incomprensivo. Nadie como él tiene un concepto tan desolador de las relaciones humanas y el valor moral del hombre. Para él, el hombre es bajo, egoísta, falso, interesado y despreciable. Y es que juzga según los dones de su criterio, sus propias observaciones o experiencia, según las fuerzas vivas que siente bullir dentro de él. (Ibid: 57-58).

Por su parte, el “blanco” boliviano, aunque también desacreditado con “defectos” a priori por el autor, fue sometido a menos desprecio, pero no escapó a la crítica, porque se asumió “contaminada” su “hidalguía” por la interacción con las otras “razas”:

La raza blanca, no llevando pura la masa de su sangre, tiene ciertos rasgos salientes que la diferencian notablemente de la que procede, pero, de igual modo, por causas de medio físico y educación, es impotente de desplegar sus energías por impulsión directa o espontánea. Medida y parca en ambiciones, está atacada del vicio de la empleomanía, lo que demuestra en ella viejos atavismos de dominación: diríase que aún no ha adquirido el hábito de vivir libremente y gobernarse por sí misma. Débil de voluntad, sólo obedece el blanco a sus impulsiones del momento, y uno de sus más graves defectos es el de la imprevisión. Sus facultades de adaptabilidad al medio son envidiables: es generoso, inteligente, delicado. Menos interesado que el cholo, como este es profundamente conservador y su fatal característica consiste en faltarle casi en absoluto el sentimiento del deber y en no saber imponerse fuertes disciplinas mentales y morales.

Su hidalguía ha venido a menos, se ha mestizado, puede decirse. (Ibid: 62-63).

Entonces, al final, las “falencias” de la realidad boliviana estarían estrechamente relacionadas con la mezcla resultante de la Colonia y más propiamente dicho, con la dosis de sangre indígena en el boliviano amestizado como mayoría, lo que vendría a diferenciarlos de otras naciones latinoamericanas, lo que ya antecedió una visión inhibida frente a otros países incluido, en el marco de lo que estudiamos, Chile:

De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo, habría dado el país orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral y, estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos

por corrientes inmigratorias venidas del viejo continente. Esto es fácil de observar no sólo en Bolivia, donde una gran parte de la población ha conservado casi puros sus principales rasgos etnológicos, sino, con mucha mayor razón, en pueblos sometidos por motivos de vecindad, o comercio, o cualesquiera otras causas, el influjo de otros de distinta conformación psicológica que, en suma y según las tendencias de la mayor parte de los sociólogos modernos, parece ser el principal distintivo de las razas. En pueblos así, aunque persisten muchos de los caracteres propios al primero en sus manifestaciones de orden moral, son más coherentes y están mejor orientados. Ejemplos, Chile, Argentina, Uruguay. (Ibid: 32).

En tal sentido, la “fatalidad de la raza” (o la poca preponderancia de la “superior” sangre europea) fue la condicionante definitiva que marque la percibida historia “malhadada” de Bolivia:

(El cholo) es la clase dominadora, desgraciadamente en Bolivia; por eso el país tardó en conquistas de orden práctico, o mejor, económico, ha perdido fugaz preponderancia que ejerciera en los primeros años de la independencia, cuando surgidos todos los pueblos, mediante la impulsión vigorosa dada por hombres de gran carácter y mucho talento, entregáronse (sic) al uso desmedido de una libertad conquistada tras heroicos esfuerzos y no pocos sacrificios.

La historia de este país, Bolivia, es pues, en síntesis, la del cholo en sus diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de empresa”. (Ibid: 61-62).

Así, se tendió a relacionar las tristes consecuencias de la Guerra del Pacífico para Bolivia con la “fatalidad” racial¹⁴⁸. Por ejemplo, en su obra sobre la historia de Bolivia, Arguedas refiriéndose a una de las batallas de la guerra, aseveró:

El 27 (de noviembre de 1879), se efectuó la acción de Tarapacá donde los dispersos de San Francisco infligieron una derrota al enemigo que no tuvo mayores consecuencias que

¹⁴⁸ Cabe recalcar, que como hasta mediados del Siglo XX el centro de poder estará concentrado en la zona andina y de los valles de Bolivia, el oriente llanero, el sur del Chaco y el norte amazónico serán prácticamente, “tierras de nadie”, con escasa población y ausencia del Estado. Por tanto, los indígenas de esas zonas tendieron a ser de poca significancia en relación a la cimentación de la identidad nacional hasta muy entrado el Siglo XX, aunque son igualmente discriminados y explotados por los pobladores “blancos” de esos territorios. Sin embargo, Arguedas dedicó unos pocos párrafos para describir a los indígenas de las zonas amazónicas y platenses: “La distribución étnica de estas tres regiones en su variedad indígena ofrece una marcada diferencia, porque si en la andina se hallan las razas que formaron el imperio incásico del Tahuantinsuyo, en los lindes extremos o en las selvas de las otras dos, lejos de las urbes, vegetan tribus bárbaras alejadas de todo contacto civilizador [...] Viven ofreciendo todas las características de los seres primitivos y en pleno contacto con la naturaleza, sin nociones de deberes políticos o sociales, diferenciándose apenas de ciertos animales a quienes las necesidades de defensa y propia conservación les obligan a unirse en rebaños y ponerse bajo la protección del más fuerte o del más experimentado”. (Arguedas, 1936: 21).

echar un chispazo de brillo a esa campaña lamentable y desacertada porque, en suma, el rasgo principal que caracteriza a esta guerra, es la inconsciencia.

Con inconsciencia se concurre a los campos de batalla, ignorando el poder del enemigo, su organización, su elevado espíritu nacionalista, su exaltación patrioterica y su superioridad indiscutida en elementos políticos y militares preparados.

Con inconsciencia se obra en la campaña dando preferencia a las aparatosidades vistosas, improvisando diplomáticos y militares, fomentando inconsiderablemente los motivos de celos, inquinas y profundos odios entre los soldados de la alianza.

Con inconsciencia de primitivo cumple Daza su misión directora, ajeno del todo a los imperiosos dictados del deber, sin sospechar ni remotamente las consecuencias terribles que un desastre militar acarrearía a su patria por la que nunca pudo sentir apego inteligente porque siendo, como era, fruto del pasado ominoso, carne y espíritu de plebe, sólo le preocupaban los afanes del momento, sus éxitos personales, las fruiciones de su espíritu pequeño y la satisfacción de sus goces ordinarios. (Arguedas, 1922: 392-393).

Aclarar que se toma el pensamiento de Arguedas para abordar la “fatalidad de la raza”, porque fue un referente muy ilustrativo de estas ideas y una expresión de lo que creían las élites letradas y gobernantes de ese contexto, ideología que, como ya se indicó, se extendió al resto de sectores sociales¹⁴⁹.

A este tenor, la “fatalidad de la raza” se constituye como una especie de “trauma colectivo” hacia lo que se “es” en Bolivia. El racismo en Bolivia fue, y es todavía, un problema social recurrente, lo suficientemente extendido como para catalogarlo un fenómeno sociológico y una de las mayores preocupaciones de los gobiernos de Evo Morales, cuya imagen y simbolismo que generaron la legitimidad social y electoral que obtuvo, justamente, descansan en el hecho que después de “500 años” de sometimiento, racismo y abuso, un indígena asumió el poder en Bolivia. En consecuencia, reconociendo al racismo como un problema social importante, en uno de sus periodos de gobierno se promulgó una “Ley contra el racismo y toda forma de discriminación”¹⁵⁰.

¹⁴⁹ Las obras de Arguedas fueron tan ampliamente difundidas que, por lo menos hasta finales del Siglo XX, hasta eran material de lectura en los colegios fiscales y particulares.

¹⁵⁰ Ley promulgada en octubre de 2010. La semántica de la Ley presenta apartados que expresan esa inquietud “traumática” respecto al racismo en Bolivia como un problema social e histórico. Entre sus definiciones, indica que el racismo es “toda teoría tendente a la valoración de unas diferencias biológicas y/o culturales, reales o imaginarias en provecho de un grupo y en perjuicio del otro, con el fin de justificar una agresión y un sistema de dominación que presume la superioridad de un grupo sobre otro”. Especifica a la “raza” “como una noción construida socialmente, desarrollada a lo largo de la historia como un conjunto de prejuicios que distorsiona ideas sobre diferencias humanas y comportamiento de grupo. Utilizada para asignar a algunos grupos un estatus inferior y a otros un estatus superior que les dio acceso al privilegio, al

Para el caso que nos atañe, Arguedas ilustró no sólo esos imaginarios enlazados fuertemente a la autopercepción identitaria boliviana, sino la visión de que la derrota en la Guerra del Pacífico y otros sucesos infortunados de la historia de Bolivia, tienen una explicación en un componente racial desfavorable que caracterizaría al país, lo que coincide con las interpretaciones de Perú y Chile que también incorporaron el tema racial para comprender su capitulación o su victoria en la guerra, lo que será abordado más adelante.

1.1.2 La “fatalidad geográfica”

Otra de las facetas que ha marcado la identidad nacional boliviana, son una serie de imaginarios sociales que podemos denominar “fatalidad geográfica”, entendida como ideas e interpretaciones que pretenden explicar el “carácter” de los bolivianos como resultado de la condición geográfica en la que habitan, ligando estos planteamientos a ciertas particularidades de la formación social nacional autolacerantes, como la pobreza, el subdesarrollo, la débil institucionalidad, etc.

Sin denigrar las teorías antropológicas y sociológicas que relacionan la geografía con las características de los grupos sociales que la habitan, esta interpretación en Bolivia está muy arraigada en la conciencia colectiva desde el inicio de su gestación como Estado independiente y también no deja de ser un referente de cómo se ve al país desde el exterior.

En tal medida, como segunda “fatalidad”, estaría la diversidad geográfica del país, entre andes, valles, selvas y llanos que históricamente han estado pobremente comunicados. A ello se ligó el aspecto de una geografía “rica”, pero accidentada, y, por tanto, propensa a la desvinculación y a la fragmentación.

Para ilustrar aquello, Alcides Arguedas describió esa “fatalidad” como determinante en lo que “es” Bolivia. Solamente, el título del primer capítulo de “Pueblo enfermo”, dio luces de por dónde fue el argumento: “El medio físico opuesto al desarrollo material del

poder y a la riqueza. Toda doctrina de superioridad basada en la diferenciación racial es científicamente falsa, moralmente condenable, socialmente injusta y peligrosa y nada en la teoría o en la práctica que permite justificar la discriminación racial”. (Ley contra el racismo y toda forma de discriminación, 2010: 3).

país”. En él, el autor describió una realidad que marcó a Bolivia hasta muy entrado el Siglo XX: Primero, el abandono casi total de sus territorios amazónicos y platenses, después, la diversa y difícil geografía como dificultad para la vinculación caminera y ferroviaria y, por último, la “calidad” racial de la mayoría de los pobladores bolivianos, a su vez afectados por las particularidades geográficas. Indicó:

Compréndese (sic), pues, que en un suelo tan irregular, tan lleno de contrastes, tan caprichosamente formado y en el que vegeta más de un millón de indígenas, no sea fácil hazaña emprender grandes obras de vialidad, a no ser imponiendo el sacrificio de fuertes sumas de dinero, jamás ha habido en las arcas de la nación para esta clase de trabajos”. (Arguedas, 1936: 23).

En su “Historia general de Bolivia”, Arguedas introdujo:

Nuestro país, por su ubicación en el continente y su variedad prodigiosa de productos; por el relieve de su suelo y la variedad de formas de vida animal y vegetal en él acumuladas, tiene innegablemente una potencialidad en absoluta desproporción con los elementos humanos y económicos que hoy pudieran aprovecharla. (Arguedas, 1922: VIII).

Igualmente, otros autores relacionaron el “encierro” de la difícil geografía boliviana, con la mentalidad miope, cortoplacista, deshonesto y conservadora de sus habitantes. Sobre las características esencialistas del “boliviano” o “altopperuano” y su relación con la interpretación de la historia del país y ciertas características geográficas, fue ilustrativo lo que reflejó Charles W. Arnade¹⁵¹, en su “Dramática insurgencia de Bolivia”. Aunque este autor, a diferencia de Alcides Arguedas, no se refirió a causalidades esencialistas como base de su análisis, siendo, además, bastante crítico a este tipo de explicación, sí ilustró una noción no muy alentadora del “altopperuano” y su comportamiento que, de alguna manera, reflejó la percepción de sí mismo del boliviano. Para Arnade, la “mentalidad altopperuana” fue producto de “estrecho provincianismo” que fue heredado del corazón de Charcas, Chuquisaca:

La mentalidad altopperuana parece ser más el resultado de un extremo provincianismo, causado por el ‘encierro andino’¹⁵² de Chuquisaca, y agravado por un falso y desviado sentimiento de la importancia de su ciudad, conjuntamente con la falta de cualquier

¹⁵¹ Historiador de origen alemán, pero cuyas obras sobre aspectos de la historia de Bolivia, se consideran entre las más completas, lúcidas y objetivas.

¹⁵² Acá Arnade cita el artículo “Casimiro Olañeta, progenitores y ambiente social en que nació”. La Razón, La Paz, 20 de noviembre de 1949.

empresa económica provechosa. Esto dio nacimiento a un carácter peculiar, dado al juego flojo de palabras y frases ambiguas en las cuales el individuo rara vez podía pronunciarse por uno y otro bando, sino más bien manejar todas las creencias, sin decidirse jamás por ninguna. La apreciación clásica de René Moreno, llamando a esto ‘dos caras’ (two faced) tiene mucho de verdad¹⁵³. La explicación elemental de Simón Rodríguez (el brillante maestro que vino a Chuquisaca para establecer una escuela modelo y fracasó) de que era un extremo egoísmo, es una sobre simplificación. Las expresiones racistas de René Moreno y Alcides Arguedas hacen poca impresión hoy en día. El esbozo de René Moreno acerca de la mentalidad altoperuana es correcto y sincero, pero sus razones son erróneas. En resumen la sociedad de Chuquisaca fue sofista y motivada por un insano conservadurismo. (Arnade, 1972: 99).

De este contexto devendría Casimiro Olañeta, considerado por Arnade y otros estudiosos, como el verdadero fundador de Bolivia como nación autónoma, pero que, para tal empresa, jugó el papel de “dos caras” al apoyar tanto las causas realistas (ancladas en Lima) y las independentistas (desde Buenos Aires), y al final optar, más por ambiciones políticas y conveniencia particular que por “patriotismo”, por una opción independiente para Bolivia. Aún siendo visto como el real precursor de Bolivia, Olañeta, el “dos caras”, es en la historia boliviana un personaje negativo como Mariano Melgarejo e Hilarión Daza, lo que refuerza una autopercepción marcada por el infortunio¹⁵⁴.

Así, contrastados con héroes de la independencia de América del Sur como Bolívar, Sucre o San Martín, los fundadores de una Bolivia independiente, se caracterizaron por una dudosa calificación en cuanto a sus virtudes éticas, morales e intelectuales, dando lugar a una especie de “nación fallida” desde un principio, como los personajes que dominaron su acontecer, aspecto relacionado con otra arista del pensamiento boliviano que se centra en la crítica de sus élites económicas y dirigentes.

Por otro lado, como base de la identidad boliviana, tendió a predominar una concepción andino-céntrica influenciada por un centralismo altiplánico (andino) y valluno en el manejo del Estado, debido a la histórica ubicación de los centros políticos. Por consiguiente, el intento de construcción de una “conciencia nacional” en el sentido del

¹⁵³ Arnade cita a Gabriel René Moreno. “Últimos días coloniales en el Alto Perú. Documentos inéditos de 1808 y 1809”. Santiago, 1901. El historiador Gabriel René Moreno es otro autor que fue conocido por expresar el pensamiento político racista decimonónico.

¹⁵⁴ No olvidemos que los imaginarios históricos y, efectivamente, toda percepción de “uno mismo” y del “otro”, tienen una base real en acontecimientos que ocurrieron y personajes que sí existieron. Por tanto, no es intención de este análisis desvirtuar la relevancia histórica de los trabajos de Arnade y de los otros autores citados.

nacionalismo moderno y el nacionalismo cultural, ha conllevado la imposición hegemónica de las regiones que se han catapultado como centros de poder, pero al mismo tiempo, alimentado una culposa autopercepción de esas zonas, además relacionada con los “males” de las “razas” que las habitan. Una descripción de ese mito de “lo altiplánico”, también puede leerse en Arguedas cuando aseveró:

Allí no sorprende la vida, sino la nada. En medio de esa quietud petrificada, de esas sábanas grises y polvorosas, donde las caravanas, por numerosas que sean, semejan grupos de hormigas decrepitas sobre la vasta extensión de un plano, se siente tal abandono, tal soledad, que el espíritu no tiene ánimo de remontarse, de soñar. De ahí la ausencia de toda poesía en las razas que lo pueblan. (Arguedas, 1936: 18).

En tal sentido, recién desde mediados del Siglo XX, se visibilizó el hecho de que la mayor parte del territorio boliviano no es andino, sino llanero y amazónico, empero, aún así, el centro de poder se mantiene en el influjo de los andes, aunque con un cada vez mayor reclamo de parte de Departamentos del norte, este y sur del país en su derecho de ejercer protagonismo en el Estado. Así, la lucha política desde mediados del Siglo XX ha trascendido las clases sociales y los partidos políticos al interactuar y mezclarse con intereses e imaginarios regionales y/o departamentales como expresión de la complejidad y diversidad de la formación social boliviana.

Como consecuencia más visible de estas representaciones, la mayor expresión y reproducción del imaginario de la “fatalidad geográfica”, fue enunciado en la construcción de nuevas identidades regionales en los siglos XX y XXI, principalmente en el oriente boliviano, con la ciudad de Santa Cruz como centro¹⁵⁵.

Como acontece en las regiones de desarrollo económico acelerado, sumado a la auto-diferenciación cultural que se asumía desde y hacia el occidente boliviano como centro de poder, en Santa Cruz se tendió a un regionalismo creciente que elaboró una propia lectura de la historia y realidad de Bolivia. Se concibió al eje del poder histórico (“el occidente”, “lo altiplánico”, “lo andino” o “lo colla”) como el opresor permanente de las regiones nor-orientales y como culpable del “atraso” del país, lo que venía a

¹⁵⁵ Mediante los cambios que trajo la revolución de 1952, se hicieron una serie de reformas destinadas a incorporar a la vida económica y política del país al oriente boliviano, particularmente, al Departamento de Santa Cruz. Esto transformó la capital cruceña que experimentó una fuerte migración de todo el país y se consolidó en una región de crecimiento económico acelerado con la formación de una nueva burguesía agroindustrial y la constitución de una élite más allá de tradicional plutocracia minera.

contraponerse con el “progreso” cruceño, reforzando además las ideas de la “fatalidad geográfica” leída exclusivamente como “andina”.

Los imaginarios regionalistas adquirieron un fuerte contenido racista contra los habitantes del occidente del país, principalmente, contra los campesinos de origen quechua y aymara, denominados, despectivamente, “collas”, que pasaron a considerarse como “los que no prosperan” e, incluso, la parte “fea” de Bolivia. Como corolario, la interpretación histórica en y desde Santa Cruz, ha ido construyendo la identidad “cruceñista”, alimentando los imaginarios regionalistas y reforzando las redes de pertenencia y oposición basadas en la región y la “antiregión”. (Estremadoiro, 2010: 48).

Finalmente, recalcar que los imaginarios de la “fatalidad geográfica” se potenciaron con la percepción de la significación de la mediterraneidad boliviana como principal consecuencia de la Guerra del Pacífico para Bolivia, lo que será detallado en los acápites que siguen.

1.1.3 Un mendigo sentado en trono de oro o la inexistencia de la conciencia nacional boliviana

Coincidiendo la mayor parte de los historiadores, sociólogos y pensadores de Bolivia, solamente después de la Guerra del Chaco acaecida en la década de 1930, el país pudo hablar de una gestación de una conciencia nacional en base lo estipulado en la categoría del nacionalismo moderno, siendo lo pasado a este acontecimiento, solamente un conjunto de visiones dispersas desde las élites con acceso a la educación, en un país donde la mayor parte de su población no ejercía los mínimos derechos de ciudadanía y no tenía noción de un Estado que los aglutine. La cohesión parecía devenir sólo de los “patrones” en esa estructura económica semi-feudal en las haciendas y semi-esclavista en las minas, relaciones de producción basadas en la segregación racial. En otras palabras, la “nación”, no existía.

Así, a partir de la Guerra del Chaco, surgieron interpretaciones alternativas en el pensamiento boliviano y críticas a la matriz liberal-positivista-racista que amparó a los pensadores del Siglo XIX e inicios del Siglo XX. Influenciados por la primera ola marxista y nacionalista que apareció en América Latina en las primeras décadas del Siglo

XX, hubo la tendencia a dejar de lado los esencialismos étnicos para centrarse en el análisis de la estructura económica, incluyendo una fuerte crítica sus élites.

Bolivia entró en lo que fue concebido como un proceso de la construcción de una conciencia nacional, que años antes fue divisada como inexistente. Justamente, se encuentra el análisis de que para el periodo donde ocurrió la Guerra del Pacífico, no existía en Bolivia una “conciencia nacional” entendida como la aceptación de una identidad boliviana asumida como propia; en otras palabras, la asunción de un constructo que pueda ser calificado como “nación” en la mentalidad de los bolivianos, y ello habría afectado el desempeño infortunado de Bolivia en la guerra, al no haberse materializado un nacionalismo moderno integrador que permitiera al país encarar, con unidad y fortaleza, un conflicto internacional.

Los análisis históricos recuentan que aquello sería constituido mucho después, a partir de un trauma bélico más para Bolivia, es decir, la Guerra del Chaco, que afectó profundamente a los jóvenes soldados que fueron a encontrarse de frente con la realidad social y estructural boliviana que parecía ignorada hasta entonces. Se especificó que en el campo de batalla, se dio la convivencia y camaradería entre los jóvenes hijos de las familias privilegiadas y los indígenas y campesinos que también fueron reclutados. Esto desembocó en una toma de conciencia de la realidad nacional que se plasmó en la política, las artes y la literatura, eclosión conocida como la “Generación del Chaco”.

En cambio, en la Guerra del Pacífico, las poblaciones indígenas no fueron reclutadas en parte porque el imaginario de la “fatalidad de la raza”, hacía que no se consideraran a los indígenas como parte de Bolivia, sino simplemente como fuerza de trabajo, por más duro que suene, en similar jerarquía que los animales de carga. Igualmente, este desconocimiento y prejuicios contra el indígena desembocaron en cierto temor hacia éste, por lo que el Estado se negó a proporcionarles armas, así sea para “defender a la patria”. También, no existía el servicio militar obligatorio, sino se formaban milicias voluntarias que podían pagarse los costos de uniformes y armas. Por ello, el ejército boliviano de ese entonces fue conformado, principalmente, por jóvenes provenientes de las élites y clases medias.

En este sentido, desde la segunda mitad del Siglo XX, los planteamientos de la “fatalidad de la raza” o la “fatalidad geográfica” sufrieron cierta transformación, ello a pesar de que el racismo se mantuvo como parte de la mentalidad de los bolivianos. Si antes los pensadores bolivianos al estilo de Arguedas, como expresión letrada de sus élites económicas y políticas y de un orden social excluyente, eran lacerantes con sus críticas a la mayoría de la población boliviana, las ideas gestadas luego de la Revolución de 1952, se estrellaron contra esas elites y el ordenamiento que representaban.

Esto significó, en ámbitos ideológicos, la ruptura del liberalismo, ideología hegemónica de la “rosca” minero-feudal que sustentó el poder hasta la Revolución del 52, dando lugar, a partir de 1935, a la formación del cuerpo ideológico del Nacionalismo Revolucionario (NR) que se mantuvo como principio hegemónico dominante. (Antezana, 1983).

Bajo un claro intento de sobrellevar la edificación de un nacionalismo moderno, el patriotismo político y hasta de potenciar una suerte de nacionalismo cultural, en los términos de Alan Knight¹⁵⁶, este cuerpo ideológico antepuso lo que llamaron “nación” que eran todos los sectores de la “alianza de clases” de la revolución (obreros, campesinos, clases medias y la “burguesía nacional”) versus la “antinación” que fue vista como la expresión de resabios de la Colonia española en la depuesta plutocracia minero-feudal. De acuerdo a esta interpretación, la verdadera independencia de Bolivia del coloniaje, nuevamente leído como un “mal heredado”, no se había dado con la creación de la República, porque el viejo orden colonial permaneció intacto a través de la conducción del Estado por los regímenes oligárquicos. Por ende, la Revolución del 52 y sus reformas, fue percibida como la real independencia y construcción de la “nación”.

Se intentó agrupar a la compleja amalgama de diversidades de la formación social boliviana para poder articular lo más homogéneamente posible el constructo de “nación” y una identidad nacional definida. En ella, se buscó rescatar al mestizo como símbolo de la identidad nacional boliviana y al indígena como una “víctima” redimida por los cambios revolucionarios¹⁵⁷.

¹⁵⁶ Anotados en los antecedentes conceptuales del Capítulo I.

¹⁵⁷ Sin embargo, las ideas de la “fatalidad de la raza”, en algunos pensadores “nacionalistas”, no parecieron sino mutar a visiones si bien, más benévolas, igual de diferenciadoras en relación a las distintas “razas” de Bolivia. Aunque no se puede negar el intento de inclusión de los indígenas con los cambios revolucionarios, a los que por fin se les reconoció la ciudadanía otorgándoles el derecho de votar y poder ser elegidos y

Como efecto de los cuestionamientos al pensamiento político anterior a la Revolución de 1952, los pensadores bolivianos desde la segunda mitad del Siglo XX se centraron en el análisis de la estructura económica y su manejo por las elites, desvirtuando a las interpretaciones esencialistas en lo étnico y geográfico y relacionando este pensamiento como la base ideológica de estos órdenes sociales.

En detrimento de la “fatalidad geográfica” se reconoció una Bolivia “bendecida” por su riqueza natural, conformada por vetas de diferentes minerales en la zona andina, en los valles, suelos fecundos para la agricultura, y una selva inexplorada siempre vista como ofrenda para un futuro prometedor. En ese contexto, a diferencia de otros países menos favorecidos en “riquezas”, por tanto “obligados” a mayor esfuerzo¹⁵⁸, surgiría una elite “parasitaria”, acostumbrada a vivir del sudor exhalado de trabajadores en condiciones semi-esclavistas, poco proclive a la inversión y despilfarradora de los excedentes en consumo suntuario. Por tanto, de acuerdo a esta interpretación, no hubo indicios de una real “burguesía nacional”, hasta muy entrado el Siglo XX y hasta hoy se discute si existe.

En este sentido, el énfasis en la “psicología de la elite”, desplazaría a los planteamientos que atribuían los males de Bolivia, al “indio” o “mestizo”, y sería una dura crítica a esa interpretación. En este aspecto, es elocuente uno de los mayores pensadores ligados al nacionalismo y la izquierda boliviana, Sergio Almaraz, al hablar de la “psicología de la vieja rosca”¹⁵⁹:

Se sentían dueños del país pero al mismo tiempo lo despreciaban. En ningún momento pensaron que el dinero y el poder que poseían lo debían a un pueblo que los había aceptado pasivamente, inconscientemente, sin resignación ni rebeldía, porque fueron fruto de una entraña feudal descompuesta. Descendían por la misma línea histórica de los criollos adinerados que llegaron a la Asamblea Nacional de 1925 para proclamar la independencia del Alto Perú, después de haber sido liquidados los guerrilleros

mediante la reforma agraria y educativa, se procuró categorizarlos como “campesinos”. Asimismo, por largos años se constituyeron en una masa acrítica con la que el partido que lideró la Revolución de 1952, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), al estilo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano, garantizó su reelección por 12 años. Una de las reformas consecuentes fue la prohibición del uso del término “indio” en la Constitución, como un intento de lucha contra el “racismo” del orden vigente anterior. Este hecho es visto como una tentativa de asimilar a los indígenas en un Estado paternalista en el que imperaba el “monismo jurídico” y cultural (Yrigoyen, 2000: s/p). En tal medida, los estereotipos continuaron en el pensamiento nacionalista boliviano y en las vertientes izquierdistas.

¹⁵⁸ Percepción que se tiene de Chile, cosa que veremos más adelante.

¹⁵⁹ Se refiere a la “Rosca minero-feudal”, la alianza económica y política, perpetuada con el establecimiento de redes familiares, de los empresarios mineros (de la plata primero, del estaño, después) y de los señores feudales de los valles, ambos, sectores preponderantes de la elite boliviana hasta la Revolución de 1952.

altoperuanos en los 15 años de lucha contra el poder español. La república fue proclamada sobre el vacío: sus creadores estaban muertos.

Así el criollaje se encontró viviendo en un país de indios, pequeño y pobre, al que, sin la competencia española, dominaban totalmente, pero esto no significaba aceptarlo. La oligarquía, después de 1850, inició su divorcio psicológico alentado por el contacto con Europa que introdujo elementos ideológicos y culturales que acentuaron la separación. En el fondo se sentían ofendidos sobre el país. Esta es la motivación íntima de Arguedas. Ellos querían un medio a la europea, moderno, limpio, con indios vestidos con overol y zapatos, sin sospechar que la occidentalización capitalista no era posible precisamente a causa del poder feudal del que eran expresión material. Mientras subsistiese el feudalismo habría campesinos sucios y medio imbecilizados (sic).

Esta oligarquía causante de tanta miseria y atraso, fue creando un mecanismo psicológico autojustificativo a través del cual se adaptaba sin aceptar y se daba a sí misma los elementos de diferenciación entre la elite y el pueblo”. (Almaraz, 2009: 449).

Otro de los grandes pensadores bolivianos, René Zavaleta Mercado, relacionó el pasado esplendor del Potosí, hoy empobrecido, con esa república en el fondo inexistente, que parecía gestarse para beneficio del consumo suntuario de una elite ajena y ciega a su realidad nacional que en su propio derroche, la sepultaba:

La de Potosí es una historia de esplendor inútil y de una riqueza sin sosiego. No le guardaron las verjas custodiadas sus piñas de plata en las petacas escondidas porque los fantasmas ávidos de las riñas potosinas entraron lo mismo a disputarse la muerte, como si tuviera plata. [...]

Potosí provee y financia el mercantilismo europeo y lo desencadena pero no podía hacerlo sin hacerse mercantil él mismo. Grandes masas indígenas asisten atónitas a la Colonia como atestiguando indiferentes, petrificadas y marginales la creación del mestizaje altoperuano y sus formas culturales, que conllevan los supuestos económicos e ideológicos que trajeron los conquistadores. En las alforjas de Pizarro, que era iletrado como un verdadero conquistador, vinieron algunas nociones que Pizarro no conocía. Concurren los indios con sus brazos, con la mita y el yanaconazgo pero la pirámide social de la Alta Colonia culminaba en los ‘mediterráneos y entendidos’ doctores dos caras de Charcas¹⁶⁰ cuya presencia a lo largo de todo el ciclo republicano iba a ser decisiva, formadora y deformadora. La república oligárquica será tan decadente como los propios doctores de Chuquisaca [...]

Los doctores dos caras eran el único dirigente del que podía disponer entonces el Alto Perú y por eso la república nace decadente. Acostumbrados a las chacotas fáciles, al esplendor provinciano que podría proporcionar el uso del pongueaje, al feudalismo zonzon y corrupto, no podían ofrecer sino una jarana doctoral, un pensamiento de retruécanos locales, de intrigas dóciles y de un desarraigo practicante. (Zavaleta, 2011: 128-131).

¹⁶⁰ Se refiere a los fundadores de la República de Bolivia, los “doctores dos caras” analizados por Arnade en la obra citada.

Al mismo tiempo, los indígenas, tanto como campesinos en condiciones de servidumbre o como obreros de las minas, antes vilipendiados en la autopercepción boliviana, fueron realzados como los mártires de un orden social injusto, pero al mismo tiempo, como la base de la identidad nacional que procuró desde ese momento, encumbrarlos como estandarte, cimiento de esa dolorosa Bolivia¹⁶¹. Almaraz, fue elocuente al describir sus condiciones de trabajo en las minas, como centro de la opulencia de y desde Bolivia:

La riqueza se troca en miseria. Y allí, en ese frío, buscando protección en el regazo de la montaña, dónde ni la cizaña se atreve, están los mineros. Campamentos alineados con la simetría de prisiones, chozas achaparradas, paredes de piedra y barro cubiertas de viejos periódicos, techos de zinc, piso de tierra, el viento de la pampa se cuele por las rendijas y la familia apretujada en camas improvisadas-generalmente bastan unos cueros-si no se enfría, corre el riesgo de asfixiarse. Oculto en esos muros está el pueblo del hambre y de los pulmones enfermos, los de las ‘tres puntas’ diarias de trabajo, los del ‘venticuatro’¹⁶². Sin pasado, ni futuro, esta miseria lo ha envuelto todo [...]

Esta vida no puede resistir mucho tiempo. Los obreros de 38 años ya son viejos. Por cada año de trabajo en minas profundas, calurosas, mal ventiladas, envejecen tres. Las partículas de sílice producidas por los taladros al perforar la roca, quedan adheridas en los pulmones endureciéndolos gradualmente hasta producir la muerte lúcida y lentamente. (Almaraz, 2009: 477).

De tal forma, la metáfora para vislumbrar a esa otra modalidad de la Bolivia dolorosa y culpable será aquella del mendigo sentado en un trono de oro. El mendigo, sería el “pongo” o el trabajador minero; el trono del oro, las riquezas del “privilegiado” territorio boliviano. Se reforzó de este modo, una nueva percepción negativa frente a lo que se “es” pero desde las condiciones económicas, en este caso, un indígena sometido a las peores situaciones de dominación, cuya riqueza es su maldición, como lo fue para Potosí, el Cerro Rico¹⁶³, hoy un cementerio hecho de ruinas de lo que fue su esplendor colonial.

Fue a partir de estos planteamientos en el pensamiento político boliviano y en los relatos históricos que se atribuyó el triste papel de Bolivia en la Guerra del Pacífico, no tanto a las “fatalidades” esencialistas o a individuos determinados vistos como antihéroes, sino

¹⁶¹ Aunque, a pesar de la reivindicación de indígenas como “campesinos” o “trabajadores mineros” como eje de la identidad nacional, la diferenciación de estos colectivos marcada por fenotipos étnicos y/o raciales, igual perdura en la conciencia colectiva.

¹⁶² Se refiere a jornadas de 24 horas seguidas dentro de la mina, cumplidas por trabajadores mal pagados a destajo.

¹⁶³ Donde se descubrieron los ricos cimientos de plata que alimentaron la bonanza europea en el periodo colonial.

al rol de las elites en el manejo del Estado, en la estructura económica y, por tanto, en las consecuencias infortunadas en el devenir de su historia, ese fue el caso de las “culpas” atribuidas a la plutocracia minera. No obstante, si bien las inculpaciones pasaron de la “raza”, la geografía o los antihéroes, a las elites decimonónicas y sus expresiones, no dejó de existir un fuerte dejo de “país culpable” en esas autopercepciones. Al mismo tiempo, la arista de este pensamiento que acusaba a las élites bolivianas como favorables a los intereses extranjeros en detrimento de la “nación”, caló en otra serie de imaginarios igualmente extendidos y potenciados por las consecuencias de la Guerra del Pacífico para Bolivia, representaciones que pueden resumirse como “xenofobia defensiva”.

1.2 Xenofobia defensiva

1.2.1 *La permanente presencia de la “invasión extranjera”*

Complementando las “fatalidades” que, supuestamente, sellaron en devenir boliviano, una de las características que marcó el pensamiento del país y que determinó la identidad boliviana en relación a la Guerra del Pacífico, fue la idea de que, a partir de la colonia y en adelante, lo foráneo o “extranjero”, sería el principal beneficiario de los recursos naturales y humanos que encerraba y encierra el territorio de Bolivia. A pesar de las interpretaciones del Siglo XIX donde lo “extranjero” fue sinónimo de “civilización” o “superioridad” y fue percibido entre la admiración y la imitación (relacionado éste además con atributos raciales), en la conciencia colectiva boliviana caló la idea de que el “extranjero” es un “eterno invasor”, “saqueador” y/o “aprovechador”.

En la dicotomía del fundador del nacionalismo moderno boliviano, Carlos Montenegro, aquello se perfiló en su concepción de “antinación” como resultado de intereses foráneos que alienaban la mentalidad de las elites oligárquicas y las sometían a sus intereses a cambio de su fácil enriquecimiento, todo ello visto como una perpetuación del Coloniaje en la república: “El extranjero de este modo, concluye por ser sujeto y objeto exclusivo de la historia de Bolivia, y es él, no el boliviano quien se enaltece, ennoblece y fortalece con ella”. (Montenegro, 2003: 14).

Al mismo tiempo, la crítica también fue a la mentalidad de las elites bolivianas en especial las decimonónicas, siempre con la mirada puesta en el exterior, ya sea cuando vivieron de los recursos bolivianos pero en otras latitudes, o residieron en Bolivia, pero con la

cabeza afuera, al imitar y añorar la “civilización”, como sinónimo de lo “extranjero”, lo que significaría una negación de Bolivia, al satanizar lo “nativo” y exaltar lo “extranjero”.

Explicó Montenegro:

El desánimo del sentimiento nacional habló en efecto de ello, con patetismo fatal, en los conflictos internacionales, desde la época en que el antibolivianismo se hizo dueño de la cultura boliviana. Habla hoy, también, en el comedimiento con que se sacrifica, el lucro del extranjero, las reservas nutricias de la comunidad. Habla, con expresión más significativa, en la inmoralidad con que la personajía (sic) política se enriquece mientras la nación se empobrece. (Montenegro, 2003: 16).

Otros pensadores importantes, compartieron estas ideas. Almaraz (1969) dijo que “los hombres del 850 depositaron sus esperanzas en la inversión extranjera que un siglo después sobrevive en algunos bolivianos con enfermiza ilusión. (Almaraz, 2009: 300).

Zavaleta fue más categórico cuando manifestó:

Potosí es una clave para explicar hasta qué punto lo que ahora llamamos Bolivia es un cuerpo histórico ininterrumpido, invadido, saqueado y distorsionado por los extranjeros. Sin remitirnos, siquiera precariamente, a este punto, es difícil describir las características del actual nacionalismo boliviano así como de la historia política de Bolivia en los treinta años últimos¹⁶⁴. No hay nada en Bolivia que no arranque de aquel Potosí. Dicen los árabes que el pasado se parece al futuro como una gota de agua a otra y cuando se hace el recuento de los personajes del presente parecería, en efecto, que no se trata sino de una disputa de fantasmas resurrectos (sic). En sus grandes lineamientos, la historia del país es el escenario en el que se contradicen, a menudo violentamente, los invasores y el ser nacional pero esta aseveración tiene toda la quietud y la simplificación de los esquemas en general. Los dos personajes centrales se concretan en una serie no poco compleja de matices y con frecuencia usan como soportes humanos y ejecutores o héroes a hombres o grupos que no siempre tienen una conciencia global del personaje al que están sirviendo. La conciencia de la víctima no es necesaria para que la tragedia ocurra y, en consecuencia, tampoco en todos los casos el espíritu de los invasores o la Anti-Nación se expresa en una conciencia devastadora por parte de sus ejecutores, y por otra parte, muchas veces los bárbaros encarnan mejor los intereses de la nación que los civilizados. (Zavaleta, 2011: 128).

De esta forma, más allá de la veracidad de tales análisis, la idea de la “invasión extranjera” como hecho fundamental para explicar algunos caracteres de la formación social boliviana que refuerzan su identidad, como el “subdesarrollo”, el “atraso” o la “derrota”, se insertó como parte de esa autopercepción lacerante y reforzó una encarnada

¹⁶⁴ Este ensayo fue publicado por primera vez en 1967.

desconfianza hacia el “extranjero” que era atributo de distintos sectores de la sociedad boliviana, principalmente de los indígenas, cuando percibieron a aquel “foráneo” como su explotador en la etapa colonial y después en la época republicana.

Lo paradójico es que la herencia de tal interpretación, mantiene esa especie de desmembración y fragmentación social en Bolivia, donde por los rasgos físicos como el color de la piel o, por otra parte, por la pertenencia étnica o regional, unos y otros pueden ser considerados “extranjeros” en su propio país.

1.2.2 El enemigo viene de fuera

Desde los antagonismos contruidos a partir de la Guerra del Pacífico se solventó el imaginario del extranjero invasor y usurpador como parte de la consolidación de la autopercepción identitaria boliviana.

Para ilustrar esta visión, fueron significativas estas palabras de Arguedas, que aunque intentó analizar las “razones” para que la “raza indígena quechua” fuera “artera” y “desleal”, lo que describió respecto a la desconfianza frente al extranjero, puede aplicarse a una percepción sobre éste relativamente generalizada en Bolivia:

Y de entonces los empleará como una formidable arma de defensa, primero contra todo el que ostente los signos característicos visibles de la raza dominadora, y, después, con el extraño aún de la misma raza, pues llegará con el tiempo a la conclusión desoladora de **que el enemigo viene de fuera**, cualesquiera sean su condición y casta. (Arguedas, 1936: 51. El resaltado es mío).

Así, se vislumbra que en la conciencia colectiva boliviana el mayor exponente del “extranjero invasor” es Chile, al punto que hasta en los juegos de los niños, “los villanos” suelen ser “los chilenos”, todo como consecuencia de las lecturas que se tienen de la Guerra del Pacífico y que se siguen reproduciendo en el tiempo. Lo que se complementa con la percepción de Bolivia como un “país débil”, por tanto, más vulnerable al abuso.

En tal medida, suele realizarse la “ingenuidad”, “generosidad”, “pasividad” de Bolivia frente al extranjero que termina “sometiéndola”. Gutiérrez, argumentó como, en los albores de la Guerra del Pacífico, fue tratado el oriundo de Chile visitante en Bolivia, para acentuar lo mal que le pagaría a futuro:

Sabían tan bien, las gentes de entonces, mostrar su liberalidad y su sinceridad hacia el extranjero y sabían con tanta obsequiosidad compartir con él el pan negro de su hospitalidad modesta, que aún en medio de una gran masa de indiferentes o de desagradecidos, los espíritus superiores que visitan este suelo quedaban cautivados con la ingenuidad y espontaneidad de nuestro afecto”. (Gutiérrez, 1917: 205).

Acrescentando la carga negativa y relacionándola con la percepción contra la Colonia y sus resabios (como mayor expresión en los imaginarios bolivianos de lo que sucede cuando llega “el de fuera”), que se ha acentuado en Bolivia en los últimos 70 años, Albarracín estaba convencido de que el objetivo final de Chile, con el Tratado de 1904, iba más allá de la invasión, buscando convertir a Bolivia en una colonia o “protectorado” suyo:

El dominio de Chile, calificado de absoluto y perpetuo en 1904, ha cambiado hoy de aspecto, pasado un siglo; el ‘dominio’ chileno no sólo recae sobre ‘los territorios ocupados’¹⁶⁵ en 1884, sino sobre toda la costa marítima, las ciudades y los puertos del Litoral; con el Tratado de 1904, este ‘dominio’ se ha extendido, en nuestros días, a todo el país [...] Lo fundamental de la reivindicación boliviana, como todos deben saberlo, no consiste en tramitar un callejón marítimo de salida al mar; lo esencial es levantar el dominio global que, con el Tratado, ejerce Chile sobre Bolivia, es acabar con el enclaustramiento geográfico que afecta a la soberanía del Estado, es terminar con el ‘libre tránsito’ tributario que sangra las finanzas y la economía del país e impide el desarrollo industrial y comercial de la nación, acentuando la opresión internacional provocada por el Tratado que empuja a la decadencia de la República y condena al país a sufrir mayores niveles de incultura, atraso social y opresión política acercándola a una virtual situación colonial. (Albarracín, 2005: 89-90).

Becerra de la Roca fue del mismo parecer:

Chile ha de sostener a raja tabla su posición de que el tratado enterró nuestras diferencias, porque es el instrumento a través del cual ha diseñado el sometimiento de nuestra independencia y el bloqueo de nuestro desarrollo, con la complicidad de la chilenofilia (sic) encaramada en la Cancillería y otros puestos claves. Por esta última trabazón Bolivia en cien años no ha podido diseñar a su vez, una definida y sostenida política marítima que destruya el vasallaje y la dependencia económica y política con que continúa asfixiándonos el país transandino, consistiendo más bien, mayores actos predatorios sin solución hasta el presente. (Becerra de la Roca, 2006: 170).

En una entrevista para esta investigación, Becerra de la Roca reiteró estos argumentos y subrayó que Bolivia aparenta ser un dominio de Chile y que nunca ha mantenido una

¹⁶⁵ El autor parafrasea lo estipulado en el Tratado de 1904.

política de dignidad frente a este país, sometiéndose al “vencedor”, ya que el más mínimo sentimiento de dignidad debía haber hecho desviar el comercio interno hacia otros rumbos que no sean de Chile, en cambio, “los chilenos nos han amarrado a Antofagasta, Arica e Iquique” y “somos los financiadores del desarrollo de esas zonas”, “porque toda la riqueza que sale de ese territorio, que fue nuestro, sirve para engrandecer a la burguesía de Santiago y de Valparaíso, no para desarrollar el suelo de donde extraen las riquezas, que lo dejan a los bolivianos, hacerlo”. (Entrevista a Rodolfo Becerra de la Roca, 2011).

Con todo ello, se acentuó aún más la crítica a las elites bolivianas que condujeron la Guerra del Pacífico y que fueron ligadas al capital extranjero, y chileno en lo específico. Esos cuestionamientos, abarcaron a la oligarquía en general y en particular a la plutocracia minera, cuyas aspiraciones se perfilaron hacia afuera y cuyo desprecio se tradujo en la realidad demográfica y geográfica de Bolivia.

Para dar cuenta de la fuerza de las representaciones nacionalistas y patriótico-políticas contra Chile, hay una hipótesis de que ese país estuvo detrás de los conflictos que regionales que se ensalzaron en Bolivia a partir del año 2000. Incluso, la creación de la “Nación Camba”¹⁶⁶, fue relacionada con supuestas oscuras intenciones del Estado chileno para dividir y acabar con Bolivia.

Como ejemplo de estas visiones, una Editorial boliviana, editó y presentó el libro de Augusto Pinochet “Geopolítica de Chile”, con el objetivo de “desenmascarar” “la constante e ininterrumpida geofagia” de este país hacia Bolivia, Perú y Argentina. En el prólogo se resaltaron ciertas apreciaciones de Pinochet que concibe a Chile como Estado poderoso y de natural expansión (“Estado ameba”¹⁶⁷) y se relacionó la “geofagia” chilena con el “imperialismo estadounidense”, también una representación colectiva muy marcada en Bolivia contra el “extranjero invasor”. Igualmente, se hizo una crítica a la “oligarquía boliviana achilenada”, que estaría personificada en años recientes por los “gobiernos neoliberales”, y por los movimientos autonomistas y separatistas del oriente boliviano.

¹⁶⁶Movimiento político de tintes separatistas, cuyo epicentro es el Departamento de Santa Cruz. Su planteamiento es la separación de Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija (Nación Camba) del occidente boliviano “colla”, que pasaría a ser, simplemente, “Alto Perú”.

¹⁶⁷Imaginario que trataremos en los capítulos sobre Chile.

De acuerdo a este texto, el objetivo de Chile no sólo sería dividir a Bolivia, sino “apoderarse” del gas natural y otros recursos que fueron la manzana de la discordia que potenciaron los conflictos que se suscitaron el 2003 y tumbaron del poder al expresidente Gonzalo Sánchez de Lozada, todo para convertir a Bolivia en una colonia. Incluso se “denunció” de que en Santa Cruz, “están establecidos 15.000 chilenos” como política de invasión. Resumiendo estas percepciones, el prólogo concluyó:

A través de este resumen se percibe como la opinión pública nacional ha sido sometida constantemente a la acción de ablande mediante sus emisarios empresariales, diplomáticos, políticos y otros con franco y abierto respaldo de sus similares nacionales con mentalidad chilénfila, que ha llegado a calar hondamente hasta en el sentimiento y el pensamiento de altas autoridades nacionales y departamentales y las direcciones de algunos comités cívicos, dominados y dirigidos por las oligarquías locales a quienes más les preocupa lucrar y proteger sus intereses y privilegios empresariales y de clase, antes que los intereses y la proyección de la patria.

En este contexto, una vez más vuelven a mostrar sus intenciones y lanzan propuestas de federalismo, autonomías, ‘refundaciones’, independencia, etc., precisamente en momentos difíciles sin importarles la patria y la unidad del país [...].

Habiéndonos adormecido a los bolivianos a vivir (sic) cotidianamente en los términos del absurdo y de la razón de la sinrazón, aceptando esta aberración alentada por los quintacolumnistas sostenida por los grupos de presión y grupos de choque (sic), y favorecida por elementos del empresariado privado, algunos partidos políticos y medios de información con mentalidad chilénfila, vemos con fastidio e indignación que en ese panorama general que ha diseñado el neocolonialismo norteamericano a través del Pentágono que mueve sus hilos en toda América Latina, actuando a Chile como un aliado estratégico de Estados Unidos, tiene aprisionada a Bolivia bajo un régimen colonial. Es decir, una colonia, dentro de otra colonia. (El Cóndor Boliviano, Editores, 2003: 45).

1.3 Claustrofobia espiritual

1.3.1 *El encierro de Bolivia*

Alimentando las representaciones de la “fatalidad geográfica” y “xenofobia defensiva” desde el desenlace de la Guerra del Pacífico en la conciencia colectiva boliviana se ha fortificado la autopercepción de un país que además de todos los “males” geográficos que conlleva, sin salida propia al océano, se encuentra enclaustrado y sin conexión autónoma con el mundo, por tanto, en desventaja frente a sus vecinos y las demás naciones.

Es tan generalizada la idea de este encierro forzado, que se puede decir que los bolivianos sufren una especie de claustrofobia espiritual y una obsesión por lo que fue su territorio

marítimo aunque en los tiempos que lo poseía no fue fundamental ni en la conformación del Estado, menos en la constitución de los centros de poder vinculados al altiplano y a los valles interandinos. Así, como dando razón al dicho “no se sabe lo que se tiene hasta que se lo pierde”, a partir de ese entonces, la añoranza por el “mar cautivo” ha traspasado tiempos y coyunturas y se ha convertido en la principal demanda internacional de Bolivia.

Parafraseando al antropólogo y escritor boliviano, Winston Estremadoiro García, “el resentimiento por el mar arrebatado por Chile ha sido el desayuno escolar con que se han nutrido los bolivianos desde 1879”¹⁶⁸, y con ello la autopercepción de encierro y una suerte de privación frente a los otros países y, particularmente, de cara al antagonista de Bolivia en este sentido: Chile.

Haciendo un análisis semántico sobre las interpretaciones de la Guerra del Pacífico de Chile y de Bolivia, Mónica Hirtz acentuó que del lado boliviano abundan las referencias al “problema de la mediterraneidad boliviana” o al “enclaustramiento boliviano” como percepción de cruciales consecuencias de la guerra para Bolivia. (Hirtz, 2004: 173).

Efectivamente, en la gran mayoría de las versiones bolivianas, rebosa un sentir lamentoso y el realce de la sensación de encierro, de invasión, de amputamiento, de injusticia, de tragedia, de desventaja. Como ejemplo, en un texto escolar de Estudios Sociales, dirigido a niños de 5to de Primaria, luego de haber estudiado la Guerra del Pacífico, se les entregó como tarea la búsqueda del significado de las siguientes palabras: “invasor”, “despojo”, “tragedia”¹⁶⁹.

En este aspecto, los historiadores, diplomáticos, políticos y pensadores bolivianos de todos los tiempos y posición política, parecen coincidir, especialmente en el reclamo marítimo a Chile. Alcides Arguedas, a inicios del Siglo XX, por ejemplo, escribió a la escritora y poetisa chilena Gabriela Mistral, diciéndole a Bolivia le falta lo que a Chile le sobra, el horizonte del mar:

[...] saber si un pueblo que nació a la independencia con su patrimonio de costa, ha de quedar recluso entre sus altas montañas sólo porque tuvo el infortunio de no haber vencido en la guerra. Este es un problema de injusticia internacional y habrá de solucionarse tarde o temprano en fuerza misma de esa justicia. Si así no fuese habría que

¹⁶⁸ “Prejuicios chilenos y el mar para Bolivia”. En La Patria en línea, 12 de junio de 2012.

¹⁶⁹ Villca, Op.Cit: 111.

desesperar de ese concepto y llegar al convencimiento de que sólo la fuerza ha de seguir siendo la razón suprema de naciones. (Carta de Alcides Arguedas a Gabriela Mistral, 10 de junio de 1922. Citado en Epistolario de Arguedas, 1979: 289).

Incluso, el diplomático Alberto Gutiérrez, a pesar de haber defendido lo estipulado en el Tratado de 1904 y asegurar que eran más importantes las vinculaciones ferroviarias que los puertos perdidos, igualmente, en 1917, no dejó de aseverar que privar a Bolivia de una salida al Océano podía significar su destrucción como nacionalidad. (Gutiérrez, 1917: 320).

Tres décadas después, Alberto Ostría Gutiérrez, el diplomático boliviano que llevó a cabo un intento de negociación con Chile en 1950 para obtener una franja costera en el norte de Arica, refiriéndose a la polémica que desató en Bolivia tales negociaciones, advirtió quejumbroso:

Amputada por sus cuatro costados, Bolivia tiene una sensibilidad internacional que se justifica en la más dura de las experiencias: la del infortunio.

Por eso es natural que al tratarse del asunto portuario-que atañe al capítulo más doloroso de la historia de Bolivia a la vez que al más sagrado de los ideales de la nación-surjan la inquietud, la preocupación, inclusive la alarma, avivadas por la fantasía”. (Nota de prensa de Alberto Ostría Gutiérrez, Periódico La Razón, La Paz, 31 de agosto de 1950. Citado en Ostría, 1998: 101).

Ostría, recapitulando a los intelectuales bolivianos que fueron acordes con las negociaciones de 1950, destacó lo que indicó Enrique Baldivieso en el Prólogo al libro “Puerto para Bolivia” de Juan José Vidaurre. En dichas líneas, se destacó:

Bien se puede afirmar que, liquidados como han sido todos los diferendos y litigios internacionales entre las repúblicas de este continente, el único problema que quedó irresoluto, con su tremendo dramatismo, es la asfixia lenta e inexplicable de un país que nació a la vida independiente con extensa costa sobre el Pacífico y está hoy constreñido en el corazón de los Andes, llevando una vida trunca, mientras los demás colman su ritmo de progreso y acrecientan su bienestar. (Citado en Ostría, 1998: 217).

Fue también ilustrativa esta descripción biográfica sobre el plenipotenciario de Bolivia Mariano Baptista¹⁷⁰, que fue designado para asistir a las fallidas negociaciones entre Chile, Perú y Bolivia en 1880, en el barco estadounidense de Lackawanna:

Han terminado estérilmente las conferencias a bordo del Lackawanna. Aquí está el mar azul y verde, dilatado en el horizonte hasta juntarse con el cielo. En ese cielo y en ese mar estaban las esperanzas sacrificadas. Allá están las montañas adustas y fieras con sus blancos picachos apuntalando el infinito. **Detrás está Bolivia, sola y mutilada, en su cárcel de granito.**

El mar que no conoció ni amó por completo, con su líquido vaivén ausente, fanatizará sin embargo su corazón y su memoria. En su angustia mediterránea se asfixiará en las alturas y no olvidará ya nunca el mar distante y prohibido, el mar arrebatado. Frente al mar, (Baptista) con los brazos en cruz de soledad, no es más el plenipotenciario, el estadista o el orador. **Es simplemente un hombre en contacto con la tragedia, cuyo tenebroso y ondulante curso, en el camino de los tiempos, le asalta como una visión de pesadilla.** En la hora negra de su vencimiento, siente en el pecho empozada la amargura. Con angustia ascensional el pozo de amargura se revuelve. El limpio horizonte se nubla tornándose empañado, y, después, acuoso como el mar salobre. Lágrimas escurren de los ojos por las mejillas y en la quietud de la costa bañada por el Pacífico estallan los sollozos de Baptista, el delegado de Bolivia sin fortuna¹⁷¹. (Citado en Baptista, 1999: 12. El resaltado es mío).

Uno de los descendientes del citado Mariano Baptista, el escritor e historiador del mismo nombre, al hacer referencia a este pasaje, complementó:

Ni mi padre ni mi abuelo conocieron el mar, yo me asomé al océano por primera vez a mis veinte años viajando como periodista hacia los Estados Unidos y en la escala en la Habana tuve la impresión sobrecogedora y gratificante del Caribe.

Y di la razón a Albert Camus quien, al evocar los días de su infancia, decía que pese a la pobreza nunca fue más feliz que entonces porque vivió junto al mar y que ni la fortuna ni el reconocimiento universal de su obra significaron tanto para él como esos años transcurridos en la playa del Mediterráneo. Mi abuelo y mi padre murieron sin asomarse al mar. Mis hijos de quince y nueve años, respectivamente, han podido conocer el Pacífico gracias al nombramiento que me hizo el gobierno boliviano como Cónsul General en Santiago, de manera que podemos hablar hasta ahora de cuatro generaciones de bolivianos que han crecido y han transcurrido su vida hasta la vejez y la muerte sin tener la menor idea física de lo que es el mar.

¹⁷⁰ Eminente político, escritor y orador boliviano que posteriormente fue Presidente de Bolivia (1892-1896) en los regímenes conservadores vinculados de la oligarquía de la plata. Es también uno de los principales bolivianos que se posicionó a favor de las propuestas chilenas de la “política boliviana” antes, durante y después de la Guerra del Pacífico.

¹⁷¹ Biografía escrita por el escritor boliviano Augusto Guzmán.

‘Todo hombre algún instante de su existencia-dice Herman Melville-siente la atracción del mundo líquido. Hasta los millares de ciudadanos que vemos por las tardes veraniegas acodados en los muelles de Nueva York, la sienten, sí señor. Por sus ojos desfila la quimera azul y verde de los mares remotos, de aguas y horizontes que nunca verán. Pero sueñan. Sueñan con un barco que los lleve sobre las olas de la imaginación hasta remotas, ilusorias playas. Unos por curiosidad, otros por misterioso instinto, otros por simple vocación marina... todos sueñan con el mar y su grandeza, sus aventuras, sus tragedias’. **La motivación en el caso de los bolivianos es aún más profunda. Se sienten enclaustrados en una cárcel cuyo muro a occidente es la Cordillera de los Andes y al oriente las llanuras infinitas que colindan con otros países. Espiritualmente, los bolivianos, desde hace un siglo, padecen de una claustrofobia tenaz, persistente, insoportable**’. (Baptista, 1999: 12-13. El resaltado es mío).

Haciendo referencia a la “fatalidad geográfica” de Bolivia, rematada con la privación de una salida al mar, en 1900, el político y diplomático Boliviano Eliodoro Villazón, en ese entonces, Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, en respuesta a la dura misiva de Abraham König¹⁷², explicó la precaria situación de Bolivia careciendo de alguna forma de comunicación con el mundo:

En relación a la sensación de encierro que perdura en los bolivianos, fue también Que un puerto sobre el océano sea útil para una nación es una verdad de evidencia incontestable. En América todos los Estados están dotados de una costa más o menos extensa; la única excepción es el Paraguay que, en cambio, posee un río navegable que le permite comunicar libremente con el mundo civilizado [...]

La decadencia de Bolivia, su atraso en el camino del progreso, se debe en gran parte a la única causa de no haber tenido amplia y libre comunicación con el mundo civilizado, ora por los obstáculos enunciados, ora por su situación geográfica.

Aún en la época en la que se hallaba en posesión de su litoral, a causa del extenso desierto que la separaba hasta la costa, tuvo que buscar otras vías de tránsito, celebrando tratados y haciendo concesiones de todo género [...] **Toda la historia de Bolivia, desde su independencia, todas las dificultades internacionales, han provenido de la única causa de no haber tenido libre e independiente comunicación**. (Carta del Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Eliodoro Villazón al Plenipotenciario de Chile en Bolivia, Abraham König, 1900. El resaltado es mío).

Bastante ilustrativo lo que comentó el escritor boliviano Néstor Taboada Terán, que fue invitado por el ex presidente chileno, Salvador Allende, a su posesión como mandatario. Según Taboada Terán, Allende le habría sugerido su intención de “reparar el daño histórico” que Chile infringió a Bolivia en la Guerra del Pacífico, con la otorgación de

¹⁷² Recordar que Abraham König fue el plenipotenciario chileno que se dirigió a Bolivia con una dura misiva donde especificaba que Chile no le debía nada y menos una salida al mar.

una salida marítima. Ante ello, Taboada Terán, exclamó: “**Mi alma enclaustrada vibra**”. Todo mi ser invadido por una intensa emoción. Y ahí estaba, frente a frente, la personalidad más extraordinaria de la historia latinoamericana, señalando nuevos rumbos de convivencia a nuestras naciones”. (Taboada Terán, 2004: 33. El resaltado es mío).

Yendo al otro lado del espectro político, el entonces dictador boliviano Hugo Banzer, en 1976, al ser entrevistado por una periodista chilena, aseguró:

Agarre usted a un boliviano y lo lleva a la orilla del mar, verá que se para en algún momento y la deja a usted sola. Y se pone a mirar con una mirada de nostalgia, de tristeza o de alegría. A la parte sentimental, se une lo económico. La necesidad de un puerto propio por donde entrar y sacar las mercaderías, un puerto moderno para un país que avanza rápido y que necesita exportar anualmente millones de litros de petróleo, toneladas de estaño, azúcar, algodón, café, carne, frutas. A cambio de mar, Bolivia ofrece todo eso que tiene en abundancia, más cuatro millones de hermanos¹⁷³. De amigos que estarían dispuestos a cualquier cosa por Chile. (Entrevista a Hugo Banzer de Malú Sierra para la revista “Paula”. Recopilado por Baptista, 1999: 152-153).

Por su parte, resaltando esa visión trágica del enclaustramiento de Bolivia y su posición sobre el Tratado de 1904, lo que anotó Murillo de la Rocha, fue significativo:

Es fácilmente comprensible que bolivianos y chilenos mantengamos posiciones diametralmente opuestas respecto del Tratado suscrito el 20 de octubre de 1904. Visiones distintas y encontradas. Para unos significó el cúmplase de la derrota, el despojo, el enclaustramiento. Una suerte de úkase con ropaje jurídico, que el vencido debía aceptar sin posibilidad de resistencia. Para los vencedores representó la anexión de nuevos y extensos territorios, los medios, recursos para potenciarse, y el espacio vital que los liberaría de los temores que tanto atormentaban a Diego Portales.

Ese momento aciago para Bolivia y de regocijo para Chile, colocó la barrera que ha impedido, en los últimos cien años, una relación solidaria y cooperativa entre ambos países. Y, mientras siga incólume, anulará cualquier intento por cambiar las cosas. No es una percepción pesimista o exageradamente subjetiva. Es, lamentablemente, un dato histórico incontestable [...]

Desde el momento mismo en que se produce la ocupación, Bolivia pasa a ser un país enclaustrado. Y, por lo tanto, dependiente y vulnerable. ¿Se puede consentir libremente desde el encierro? En la esencia de la libertad reside la facultad para elegir, sin que ella esté sujeta a ningún otro poder. ¿Se puede sostener, en consecuencia, que Bolivia estaba en capacidad de escoger su destino cuando firmó el Pacto de Tregua y el Tratado de 1904? La lógica más simple exime de la necesidad de apelar a los argumentos elaborados. Es categórica: ambos documentos fueron impuestos en las condiciones más duras. Jamás un país podría aceptar el despojo de su libertad. Ejercer la libertad para consentir en perderla es el contrasentido más grosero. (Murillo de la Rocha, 2004: 103; 116).

¹⁷³ Población boliviana aproximada en ese entonces.

Salazar presentó un argumento de cariz similar:

Una situación particular es la de Bolivia que, hasta el presente, soporta las consecuencias del injusto enclaustramiento geográfico que se le ha impuesto [...] Bolivia con su litoral militarmente ocupado, sin puertos ni facilidades de tránsito, soportando la administración chilena de aduanas bolivianas, suscribió el Tratado de Paz del 20 de octubre de 1904, lo que significó la pérdida de su costa y de su consiguiente acceso libre y soberano al Océano Pacífico.

A cambio de la cesión de su litoral, Chile le confirió a Bolivia un régimen de libre tránsito, una indemnización de 300.000 libras esterlinas y una línea férrea de Arica a La Paz, con el tramo chileno bajo la administración de su gobierno.

De esta manera se consolidó el enclaustramiento marítimo de Bolivia”. (Salazar, 2006: 63).

El reclamo fue parecido en el Informe que Bolivia presentó a la Asamblea de la OEA de 1979, donde se lee que “Bolivia vive desde hace un siglo, una situación forzada de encierro geográfico como consecuencia de la guerra emprendida con Chile en 1879” y donde el presidente boliviano en ese momento, Walter Guevara Arce, recalcó que “lo que Bolivia tiene es la imperativa urgencia de llegar al mar para sobrevivir y desarrollarse como un país independiente e igual a los otros del hemisferio”. (Citado en Baptista, 1999: 263).

Becerra de la Roca aseguró que “somos un país enclaustrado, el enclaustramiento no solamente ha sido marítimo, ha sido mental, nos han enclaustrado mental, social, políticamente, históricamente, los efectos del encierro son muy graves”. (Entrevista a Rodolfo Becerra de la Roca, 2011).

De esta forma, la mediterraneidad es asumida como un escollo fundamental que afecta el normal desenvolvimiento de Bolivia como país independiente, rematando y confirmando las “fatalidades”, principalmente la “fatalidad geográfica”, como terrible cuño que condiciona negativamente al país y a su autopercepción identitaria.

1.3.2 La mediterraneidad como sinónimo de atraso y subdesarrollo

Siguiendo con las representaciones que conforman el imaginario del enclaustramiento boliviano, uno de los argumentos más fuertes y divulgados para justificar la demanda marítima boliviana, es que la mediterraneidad es un factor que ha perjudicado a Bolivia, al punto de que se le atribuyó el atraso y subdesarrollo que la caracteriza en su propia

percepción¹⁷⁴, siendo un elemento determinante en relación a las otras naciones de América Latina frente a las cuales, Bolivia, estaría en desventaja. Allende de si efectivamente la mediterraneidad incide en el desarrollo económico y social de los Estados, lo cierto es que en las representaciones bolivianas es un elemento fundamental y condicionante que le alteraría negativamente.

Sobre ello, fueron bastante ilustrativos los alegatos que en varias ocasiones y coyunturas ha presentado el Estado boliviano al defender la demanda marítima ante Chile.

En el informe presentado a la Asamblea de la OEA en 1979, donde Bolivia reclamaba por su mediterraneidad, se indicó:

Dicha mediterraneidad forzada es, a la luz de los preceptos citados, una situación que desde hace cien años, conspira contra la paz y la seguridad de las naciones del continente; es también una posible causa de dificultades y conflictos no sólo para las naciones directamente involucradas, sino para la subregión y para el continente, por las proyecciones que puede generar; y es, en fin, un factor retardatorio para el desarrollo y progreso de Bolivia como nación y como parte integrante del Grupo Andino, de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, del Tratado de la Cuenca del Plata y del Acuerdo Amazónico. Todo lo cual significa un obstáculo para el desarrollo, la prosperidad y el bienestar de la comunidad continental. (Citado en Baptista, 1999: 273-274).

Dos décadas después, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, en 1999, manifestó:

La irrenunciable demanda boliviana se funda en consideraciones históricas, políticas y económicas que nadie puede desvirtuar. Junto a los incuestionables derechos que la respaldan, están las exigencias del desarrollo boliviano en igualdad de condiciones con los otros pueblos hermanos del continente.

Diversos estudios, como el que realizó la Junta de Comercio y Desarrollo de Naciones Unidas en 1983, o los que orientaron las deliberaciones de la Comisión del Acuerdo de Cartagena en 1979, han probado que la situación mediterránea es un escollo para el crecimiento económico y social. Recientemente, un conocido profesor de la Universidad de Harvard¹⁷⁵ publicó un ensayo en el que afirma, como resultado de un análisis de rigor científico, que los países sin acceso al mar pierden anualmente en sus tasas de crecimiento un porcentaje equivalente al 0,7% del producto, específicamente como efecto de esa situación.

¹⁷⁴ Como hablamos de las percepciones e imaginarios colectivos, no es tema de este trabajo afirmar o refutar la pertinencia y/u objetividad de tales afirmaciones.

¹⁷⁵ Se refiere al estudio de Jeffrey Sachs que analizaremos con mayor detalle en las líneas que siguen.

Eso quiere decir que si Bolivia hubiera mantenido la conexión soberana con el Pacífico, sus niveles de producción y sus tasas de crecimiento habrían sido sensiblemente superiores a las que tuvo. Desde luego, también significará darles la oportunidad para que ejercite plenamente su proyección geográfica, significará que podremos construir de manera más positiva la integración latinoamericana. (Recopilado por Baptista, 1999: 299-300).

Actualizando estos postulados “El Libro del mar”, presentado en 2014, argumentó:

Como consecuencia de la invasión chilena suscitada el 14 de febrero de 1879 y de posterior pérdida de su Litoral, Bolivia dejó de ser un país costero sin limitaciones para su comunicación con el resto del mundo. Esta situación tiene implicancias negativas para su desarrollo económico y social. Además de perder una superficie territorial de aproximadamente 120.000 Km cuadrados, Bolivia fue privada de los recursos naturales existentes en aquel territorio y en la zona costera adyacente”. (Op. Cit.: 55).

En este sentido, el Estado boliviano presentó un documento donde se estudió las pérdidas de Bolivia por su mediterraneidad, basado en el análisis del profesor de Harvard Jeffrey Sachs, hecho en 1997 y donde relacionó la mediterraneidad con condiciones desfavorables para el desarrollo económico¹⁷⁶. Dicho estudio volvió a ser citado en “El libro del mar”.

En el documento, el Estado boliviano primero exteriorizó las cifras que representaron para Chile la explotación de los recursos del que fue territorio boliviano, subrayando los beneficios del guano, salitre y cobre que se generaron, pero recalando que la pérdida de mayor significación para Bolivia fue la de una salida soberana al océano, lo que trajo las siguientes consecuencias:

- Imposibilidad de utilizar y explotar los recursos marinos en 200 millas de mar territorial.
- Desviación del comercio exterior, al concentrar un país mediterráneo su comercio exterior principalmente en los países vecinos que no siempre ofrecen las condiciones más ventajosas.
- Mayores obstáculos para aprovechar la globalización e integración económica.
- Desviación de la inversión extranjera que tiende a asentarse en lugares con mayor acceso al resto del mundo.

¹⁷⁶ Dicho estudio es recopilado por Baptista, 1999: 283-293.

- Actitud nacional menos abierta al mundo que repercute en menor desempeño productivo, menos información y menores inversiones, además de consolidar una mentalidad conservadora.
- Falta de contacto con las poblaciones migratorias del Siglo XIX y de principios del Siglo XX lo que limita el capital humano, no permitió la ampliación de los mercados internos y limitó el influjo de tecnología, mentalidad empresarial y laboral más eficiente, capital de inversión, contactos internacionales, entre otros.
- Tendencia a que la economía boliviana se concentre en sí misma, perdiendo la posibilidad de desarrollar sus ventajas competitivas potenciales.

En resumen, comparando los Índices de Desarrollo Humano (IDH) de Bolivia y sus vecinos, el documento concluyó:

La población de los países mediterráneos en desarrollo, han alcanzado condiciones de vida significativamente menores que las de sus vecinos con costas. Esta evidencia no es casual ya que se están comparando en general países con procesos históricos, características culturales y recursos materiales relativamente similares. (“Costo de la mediterraneidad boliviana”. Unidad de Política Económica, Ministerio de Hacienda, mayo de 1998, s/p).

Después, se especificó que “así, mientras el IDH de Bolivia en 1994 fue 0.589, el IDH promedio ponderado de los países vecinos (Brasil, Argentina, Chile y Perú) llegó a 0.798, 26 % mayor al del país. Individualmente los países vecinos no mediterráneos también tienen IDH's (sic) mayores al de Bolivia”. (Ibid).

De este documento, es interesante realzar el alegato referido a que una de las consecuencias de la mediterraneidad boliviana, es una mentalidad “conservadora” y menos “abierto al mundo” junto con la menor posibilidad de recibir corrientes migratorias que poblaron otros países. Estos planteamientos, de alguna manera, se relacionan con las representaciones de la “fatalidad geográfica” y de la “fatalidad de la raza”, ya que para los pensadores que han defendido esta postura, uno de los “males” bolivianos fue justamente la no recepción de flujos migratorios que recibieron otros países.

Recogiendo y actualizando estos planteamientos “El libro del mar” detalló que “un país que no posee acceso soberano al mar se encuentra en desventaja en comparación a los países que sí lo poseen, privado de las riquezas marinas y limitado en su comercio

marítimo. Los Estados Sin Litoral (sic), debido a su dependencia de los países de tránsito, enfrentan mayores costos de transporte y logística, los cuales encarecen su comercio exterior”. Puntualizó que los “Estados Sin Litoral” se encuentran entre los más pobres de sus regiones, que su comercio exterior se ve encarecido por mayores costos de logística y transporte y otros costes directos e indirectos y que en el caso de la carga boliviana, al transitar principalmente por puertos chilenos, enfrenta costos adicionales como gastos de alimentación y estadía de los transportistas asumidos en un territorio ajeno. Se aseguró que los costos de transporte del comercio de los “Estados Sin Litoral” son 15% más altos que los de los Estados costeros, que los “Estados Sin Litoral” no logran atraer la inversión extranjera a una escala suficiente y que ven afectadas sus posibilidades de desarrollo humano y que por su mediterraneidad “a pesar de la tendencia creciente en desarrollo humano, Bolivia sigue manteniendo una distancia importante con los países de la región”. (Op. Cit.: 59-60).

También una parte importante de las versiones bolivianas que acentúan la mediterraneidad como un obstáculo, centraron las comparaciones entre Bolivia y Chile, en especial, cuantificando las ganancias chilenas con los territorios adjudicados en la Guerra del Pacífico, que son comprendidos como sinónimo de lo que Bolivia perdió. Dicho en otras palabras, se lee el “enriquecimiento y progreso” de Chile como sinónimo del “empobrecimiento y atraso” de Bolivia. Al respecto, haciendo una comparación de Bolivia con Chile, el historiador José Luis Roca explicó que “(la nación chilena) nos condenó a la mutilación, la asfixia y la pobreza mientras ella, a costa nuestra, iba edificando la prosperidad que ahora disfruta”. (Prólogo a Becerra de la Roca, 2006: 9).

Con el mismo argumento, el informe presentado por Bolivia a la OEA en 1979, aseguró:

En el territorio perdido por Bolivia como consecuencia de la guerra, fueron descubiertos en el siglo pasado, los fabulosos yacimientos cupríferos de Chuquicamata, considerados entre los más importantes del mundo. Gracias a ellos, Chile se convirtió en el primer exportador mundial y en el segundo productor de cobre después de los Estados Unidos [...] Con mucha justificación el Presidente chileno Salvador Allende calificó a Chuquicamata como ‘el sueldo de Chile’. Un sueldo que durante un siglo está pagando Bolivia con los recursos provenientes de minas situadas en el territorio que fue suyo. (Recopilado por Baptista, 1999: 270).

En “El libro del mar”, se enumeraron los recursos perdidos “a consecuencia de la invasión chilena de 1879 y la Guerra del Pacífico”. Se especificó al guano y salitre, plata, cobre (se recordó, también, que “es el sueldo de Chile”), litio y recursos marinos. Igualmente, se indagó sobre los perjuicios y limitaciones del libre tránsito otorgado a Bolivia por puertos chilenos por el tratado de 1904, mencionando una limitada autonomía aduanera en los puertos de Arica y Antofagasta, donde las autoridades chilenas “intervienen la carga boliviana con controles discrecionales, escaneos y aforos de acuerdo a sus criterios y a su conveniencia”, el servicio portuario sometido al monopolio de empresas concesionarias privadas contratadas por el Estado chileno, cobros por almacenaje de cargas peligrosas y de impuestos a los servicios aplicados a la carga boliviana en tránsito, entre otros. (Op. Cit.: 55-57).

Otros autores fueron más lejos al señalar que la mediterraneidad boliviana fue y es una política deliberada de Chile para anular al vecino que puede ser su competencia, potenciando las representaciones de la “xenofobia defensiva”. Alcides Arguedas, en este sentido, fue categórico al subrayar el destino injusto y trágico de la Bolivia mediterránea:

Y de ahí que metida Bolivia en lo hondo del corazón de América, privada de toda clase de relaciones y comunicaciones, para ponerse en contacto con los países conductores del mundo y modernizarse, tenía y tiene que atravesar el suelo de **países rivales y parecidos en estructura y formación y que en su desbarajuste esperan sacar provechosos frutos y les conviene que permanezca obscura, ignorante, ignorada, pobre, sin crédito.** (Arguedas, 1936: 26 El resaltado es mío).

Décadas después, Murillo de la Rocha refiriéndose a la justificación chilena de que los territorios son un pago de los costos de la guerra al vencedor, insinuó:

En realidad, Bolivia en más de veinte años de ocupación de su litoral, había pagado ya en demasía los costos de la guerra, y hoy mismo los sigue pagando. Chile, durante más de dos décadas, se benefició con la explotación de los recursos existentes en ese inmenso territorio: el guano de Mejillones, el salitre de Atacama, la plata de Caracoles y el cobre de Chuquicamata. Las recaudaciones eran íntegramente percibidas por el erario chileno. Pero, nada sería suficiente, porque, al parecer, el objetivo geopolítico era otro: tener un vecino aislado, vulnerable y dependiente. (Murillo de la Rocha, 2004: 117).

Este planteamiento fue relacionado con la visión que se tiene de Chile como un país “expansionista” desde su intervención contra la Confederación Perú-boliviana. Hay posiciones como la de Albarracín (2005: 9-16), que indicaron que, en el fondo, lo que

Chile ejerció sobre Bolivia desde la firma del Tratado de 1904, fue una especie de coloniaje o protectorado que le benefició enormemente y que mutiló a Bolivia.

En suma, las representaciones analizadas en este acápite, contribuyeron a reforzar esa autopercepción identitaria boliviana con cierto complejo de inferioridad ante Chile y sus vecinos, donde las representaciones de la “la “fatalidad geográfica”, la “fatalidad de la raza”, el “saqueo” histórico que sufrió el país o la idea del extranjero como usurpador permanente, fueron fortalecidas con la carga que se le atribuye al “enclaustramiento”, a la mediterraneidad y al papel de Chile en esas consecuencias de la Guerra del Pacífico para Bolivia.

1.3.3 La mediterraneidad de Bolivia como problema internacional

Más allá de los imaginarios y emociones que encierra el sentimiento de enclaustramiento marítimo como principal consecuencia de la Guerra del Pacífico para Bolivia, las visiones bolivianas intentan realzar este hecho como un problema continental y como algo que aunque se haya gestado en el Siglo XIX (y, se supone, se solventó con la culminación de la guerra y los tratados de paz), no se ha resuelto todavía, siendo un escollo en las relaciones entre los tres países involucrados y, por tanto, un obstáculo en la unificación americana.

Con ese argumento, junto con el destaque de la injusticia que significa un país otrora marítimo y ahora privado del acceso propio al océano, el Estado boliviano, como una de las principales estrategias en relación a la demanda marítima, en numerosas y diversas coyunturas ha intentado recibir apoyo de otros países y de los organismos interamericanos y mundiales a su reivindicación marítima, buscando formas de presionar en este sentido a Chile. Como indica la brasileña Mónica Hirtz, Bolivia todavía no acepta los resultados de la guerra:

Una victoria militar total sólo podrá ser reconocida como tal cuando el lado vencedor logra alcanzar los fines políticos que lo llevaron a la guerra. Casi 125 años después de finalizada la Guerra del Pacífico se constata que Chile obtuvo ese resultado con Perú, pero no con Bolivia. Vencida militarmente y comprometida formalmente con los términos del acuerdo de 1904, la nación boliviana se rehúsa a aceptar los costos territoriales de su derrota”. (Hirtz, 2004. En Maira y Murillo de la Rocha, 2004: 178).

Para ilustrar la visión boliviana respecto al enclaustramiento marítimo como un problema continental, veamos lo que argumentó Alberto Gutiérrez, todavía esperanzado por la otorgación de una salida al mar por Tacna o Arica, ya que sus palabras fueron anteriores a la firma del Tratado de 1929:

Ese peligro no limitaría a esta zona territorial los riesgos de la contienda; todo el continente ardería en llamas, ya que no hay, como en 1879, merced a circunstancias que no podrán repetirse, la posibilidad de una expectación silenciosa de los extraños. Una chispa en América es guerra continental.

Un problema geográfico existe claramente manifiesto. El encerramiento de Bolivia, privada de sus tradicionales vías de comunicación con el mundo, es un peligro de todos los instantes. Los hombres de Estado no pueden perderlo de vista y la más vulgar percepción de las cosas aconseja proveer a la solución de esa dificultad que todos los estadistas de Chile divisaron desde antes de la guerra de 1879 y que los estadistas bolivianos percibieron desde los albores de la independencia, buscando como condición de esas comunicaciones con el mar, que ellas correspondan en lo posible a la configuración geográfica de la república". (Gutiérrez, 1917: 320).

Como expresión de que esta visión no ha cambiado en las interpretaciones históricas bolivianas, casi un siglo después, Becerra de la Roca, advirtió

Mientras no sea resuelto el grave problema de la mediterraneidad, mientras nuestra demanda de reivindicación no sea atendida en términos de equidad y justicia, no podemos hablar de paz y amistad, porque no es suficiente rotular un tratado con estos términos para que ellos imperen en nuestras relaciones. Cuando sea atendido nuestro derecho, no aspiración como repiten los chilenos, se podrá construir una verdadera relación de amistad entre nuestros pueblos. Tendrán que reintegrarse a la madre patria sus territorios cautivos; sólo después, forjaremos una vecindad de fraternidad y solidaridad con mutuos beneficios para ambos países. (Becerra de la Roca, 2006: 180).

En ese tono, en el informe del Estado boliviano a la IX Asamblea de la Organización de Estados Americanos, realizada en Bolivia en 1979 y donde el país planteó tocar el tema marítimo, se leyó:

La guerra de 1879 debe terminar. El estado de agitación que persiste en el Pacífico sur, debe desaparecer. El enclaustramiento centenario de Bolivia, íntimamente vinculado a esas situaciones, debe concluir. Es preciso buscar un estatuto de paz y estabilidad de la región. Esa es competencia indiscutible de la Organización de Estados Americanos y es su deber contribuir a una oportuna solución del problema. (Recopilado por Baptista, 1999: 275).

Igualmente, el presidente boliviano de ese entonces, Walter Guevara Arce, declaró ante la Asamblea de la OEA, refiriéndose a la persistencia de Bolivia en su demanda marítima:

Esa persistencia cada vez más vigorosa no podrá menos que preocupar de modo creciente a las otras naciones. Porque constituimos, como Austria en el Siglo XIX, una especie de sismógrafo de América. La frase no es mía y fue formulada por un estadista de aquella época. Lo que ocurre y afecta a Bolivia de alguna manera se percibe y se registra en las otras naciones. A la figura retórica del sismógrafo podría añadirse la de epicentro. En efecto muchas conmociones continentales a partir de los orígenes de la independencia y a lo largo de nuestra historia se han originado aquí”. (Recopilado por Baptista, 1999: 279).

Veinte años después, el ex Ministro de Relaciones Exteriores y Culto de Bolivia, Javier Murillo de la Rocha, manifestó en otra Asamblea de la OEA, realizada en Caracas en 1999, lo siguiente:

Hoy podría decirse que la persistencia del enclaustramiento boliviano en el corazón del continente es, sin duda, un obstáculo para la conformación de un gran espacio económico regional. Es un freno al proceso, una realidad injusta que le quita coherencia práctica y principista. Afecta, en consecuencia, al empeño con que estamos trabajando en procura de integrarnos. Y esa es, señor Presidente, la razón que ahora explica el interés y atención de los países americanos en el más que centenario conflicto del Pacífico. (Recopilado por Baptista, 1999: 299).

Más de una década después, el 2012, nuevamente Bolivia puso en el tapete el tema, en la 42 Asamblea de la OEA, realizada en Bolivia al igual que en 1979. De la misma forma que ese año, se intentó lograr el apoyo de la OEA a la demanda marítima aunque sin un resultado contundente. En dicha Asamblea, el actual Presidente boliviano, Evo Morales, aseveró que “apelar a tribunales internacionales sigue vigente. Debo reconocer que no es tan sencillo preparar una demanda, pero yo tengo confianza en el diálogo multilateral. No es un problema bilateral. Falseamos la verdad ante el pueblo latinoamericano”. (Citado en Los Tiempos, 05/06/2012).

El Canciller boliviano, David Choquehuanca también indicó que “el enclaustramiento impuesto a Bolivia, entendido a lo largo de la historia, hace que el tema se haya constituido en interés hemisférico e integración en la región” y aseguró que “es de interés hemisférico permanente encontrar una solución equitativa mediante la cual Bolivia obtenga acceso soberano y útil al océano Pacífico”. (Citado en Los Tiempos, 05/06/2012).

Yendo aún más lejos, en octubre de 2012, el presidente Evo Morales hizo la siguiente declaración en Lima, en el marco de la III Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de América del Sur y Países Árabes (ASPA):

No es posible que sus altas autoridades (de Chile) digan que van a usar todas las fuerzas del mundo. ¿Qué es mi percepción?, ¿qué es mi evaluación? (sic). Eso no solamente es una amenaza para Bolivia, sino también para el Perú; por tanto, a la cabeza de algunas altas autoridades de Chile, **Chile es un peligro para la región** porque estamos en tiempo de integración y en tema de integración tratar de usar todas las fuerzas contra un vecino, contra un pueblo; yo no entiendo. (Citado en La Razón, 2 de octubre de 2012. El resaltado es mío).

Finalmente, como parte de la estrategia de posicionar la demanda marítima ante Chile como un tema internacional y en la búsqueda de justicia más allá de las fronteras de ambos países, Bolivia ha interpuesto una demanda a la Corte Internacional de La Haya con el objetivo de que la justicia internacional obligue a Chile a negociar con Bolivia para la obtención de una salida al mar.

1.3.4 “El mar nos pertenece por derecho, recuperarlo es un deber”

Si en algo coinciden por unanimidad todas las interpretaciones bolivianas, incluyendo a los representantes del Estado de todo tiempo y coyuntura, es en exigir una salida soberana al Océano Pacífico como un derecho imprescriptible. Así, como consigna repetida permanentemente, desde las escuelas, las FF.AA., el aparato gubernamental y los medios de comunicación e insertándose en la conciencia colectiva, el lema “el mar nos pertenece por derecho, recuperarlo es un deber”, resume esta percepción. En relación a ello, uno de los historiadores bolivianos más reconocidos, José Luis Roca, aseveró:

Muchos se preguntarán cuál es el beneficio que obtiene Bolivia al recordar estos luctuosos acontecimientos y a qué conduce tanta autoflagelación. Dirán también, en consonancia con la posición chilena, que lo sensato es ‘mirar hacia adelante’ y trabajar al lado de ese país que muestra buena disposición de ánimo para cooperar con nosotros en asuntos como complementación económica y acuerdos comerciales. Quienes sostienen esta posición, agregan que si no restregamos la herida, está abierta la posibilidad de un corredor marítimo por territorio que, sin embargo, Perú reivindica como suyo.

Como respuesta a posición tan conformista, cabe recordar la necesidad de crear y fortalecer una conciencia de patria que se exprese en el anhelo irrenunciable de una reparación histórica así para ello tenga que transcurrir otro siglo. Para los bolivianos, el

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

Litoral es como la Tierra Prometida a la cual volvieron los descendientes de las doce tribus de Israel después de dos milenios”. (Prólogo para Becerra de la Roca, 2006: 12).

Por su parte, Albarracín manifestó:

La historia le ha reservado a Bolivia este último milagro: reabrir las puertas del altiplano para retornar al mar. No todo está perdido si la historia pone a Bolivia de pie [...]

Nadie le va a dar mar a Bolivia si ella misma no recupera lo que se le ha arrebatado. Esto es, históricamente, lo decoroso. (Albarracín, 2005: 109).

Murillo de la Rocha, afirmó:

Se ha desperdiciado el largo periodo de cien años. Pero las lamentaciones o las recriminaciones mutuas no resolverán nada. Lo que no puede permitirse es que pase otro siglo y que las cosas sigan como están ahora. Sería imperdonable. Queda demostrado que sin cerrar el pasado no se puede abrir el futuro, y que el reencuentro entre bolivianos y chilenos tendrá que darse en una costa sobre el Océano Pacífico. (Murillo de la Rocha, 2004: 167).

De tal forma que permanentemente los representantes bolivianos, desde la culminación de la Guerra del Pacífico hasta la actualidad, en toda oportunidad han manifestado que Bolivia nunca renunciará a la demanda marítima hasta verla hecha realidad. Así rezan las estrofas del “Himno al mar”, memorizado por todo boliviano desde tiernas edades y entonado en fechas cívicas:

Adelante bolivianos
Marchemos hacia el Mar¹⁷⁷
Que la Patria nos reclama
El cautivo Litoral.
Todo anhelo y esperanza
Es volver a nuestro Mar
Que pronto tendrá Bolivia,
Otra vez, su Mar, su Mar
Antofagasta, tierra hermosa
Tocopilla, Mejillones junto al Mar
Con Cobija y Calama
Otra vez a la patria volverán.

¹⁷⁷ La referencia al “mar” es sentida tan vehementemente, que generalmente en este tipo de expresiones, la escriben con mayúsculas.

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

Seguidamente, suele cantarse otra marcha que dice así:

Recuperemos nuestro Mar
Recuperemos el Litoral
Aún a costa de la vida
Recuperemos el Mar cautivo
La juventud está presente
Bolivia en alto, reclama el Mar
Tras este siglo de injusticia
Morir es digno que tolerar
Recuperar, recuperar
Es nuestro grito y voluntad
Recuperar, recuperar
El Litoral y el ancho Mar.

1.4 El lamento boliviano o los lentes que empequeñecen

Como consecuencia de las percepciones bolivianas alimentadas por los imaginarios descritos precedentemente, junto con las lacerantes lecturas de los resultados de la Guerra del Pacífico como el “enclaustramiento” y los obstáculos de la “mediterraneidad forzada”, se han fortalecido en Bolivia visiones con cierta percepción de inferioridad frente al resto del mundo y especialmente ante sus antagonistas históricos. En este sentido, el escritor boliviano Gustavo Adolfo Otero, ilustró esta situación al afirmar que pareciera que los bolivianos nos vemos con unos lentes que empequeñecen o con el revés del prismático donde la imagen se capta como pequeña y lejana. (Otero, 1922: 67).

De esta forma, tanto en la mayoría de los historiadores, escritores, diplomáticos y políticos de Bolivia, así como en las expresiones de los medios de comunicación y la conciencia colectiva, las referencias al país siempre van encabezadas de adjetivos como “país débil” o “pobre”, “atrasado” e incluso, a pesar de contar con una extensión considerable más aún si es comparada, por ejemplo, con los países europeos- se habla de un “país pequeño” o “pequeña nacionalidad”. Al respecto fue ilustrativo lo que afirmó Gutiérrez que en relación a la Guerra del Pacífico y sus consecuencias, hizo alusión a

Bolivia cuando se remitió a la importancia de los “países pequeños” en el concierto internacional y por tanto instando a que se apoye su demanda marítima:

Ya hemos visto que, dentro de la relatividad de las cosas humanas, no hay pueblos suficientemente grandes y fuertes para estar seguros al frente de la coalición de otros intereses, ni hay **colectividades suficientemente pequeñas o débiles** que pudieran pasar ignoradas en el concierto internacional. Todas tienen un rol político y social que muchas veces excede su propio valimiento intrínseco”. (Gutiérrez, 1917: 14. El resaltado es mío).

Hasta en las palabras de Rafael Bustillo, el nacionalista boliviano que advirtió al presidente Agustín Morales de no aceptar la venta del territorio disputado con Chile antes de la guerra, no dejó de expresarse sobre Bolivia en los siguientes términos que parecen una suerte de premonición frente a lo que se avecinaba:

Bolivia, señor, es una nación pobre, pero muy pundonorosa y, créame, V.E¹⁷⁸. que ella condenaría en masa si siquiera supiese que habíamos iniciado una negociación encaminada a mutilar su territorio, a arrebatar su Litoral, empequeñeciéndolo hasta el extremo, a disminuir su población, a menguar su importancia política, a degradarla, en una palabra, poniéndola a los pies de Chile”. (Carta de Rafael Bustillo a Agustín Morales, 1872. Citada en Gutiérrez, 1917: 48).

Alcides Arguedas en una de las cartas a Gabriela Mistral, ejemplificó la visión que muchos bolivianos “cultos” tenían de Bolivia al momento de escribir esas palabras. Al tener como referentes a las naciones de Europa, encontraban que el país siempre quedaba estrecho a sus aspiraciones, más aún por las características de su demografía, ya que la mayoría de sus habitantes no seguían los patrones y estereotipos de lo “europeo”, lo que alimentaba la idea de la “fatalidad de la raza”:

No me llevan grandes proyectos a Europa, Gabriela. Cuando más educar a mis hijas dentro de un ambiente de alta cultura y, si posible, publicar algunos librecitos que hace tiempo tengo pensados y aún escritos, en parte. Al buscar esto fuera de mi país, quiere decir que el ambiente moral e intelectual de mi medio es deficiente y no llena mis aspiraciones ni como escritor ni como padre. Y esto puede ser triste para mi bolivianismo; pero por desgracia es la verdad. (Carta de Alcides Arguedas a Gabriela Mistral, 10 de julio de 1922. Arguedas, 1979: 287)¹⁷⁹.

¹⁷⁸ Vuestra Excelencia.

¹⁷⁹ Para ilustrar la percepción de Alcides Arguedas que revisamos ahora y en los acápites precedentes, en relación al imaginario de la “fatalidad de la raza”, es elocuente el párrafo que se encontró cuando se descubrió su extensa correspondencia: “¿Cuántos años pasarán antes de que sean descubiertos estos papeles? ¿A qué categoría de gente pertenecerá quien los descubra? ¿Será un indio iletrado, un cholo indolente o un blanco con cultura?”. (Arguedas, 1979: 11).

Satirizando la visión del “país de las fatalidades” de los intelectuales del Siglo XIX, aunque tal percepción no parezca haber cambiado mucho desde entonces, Baptista al comparar las visiones de sí mismos de los escritores chilenos (que tienden a la autoexaltación), con sus pares bolivianos, se quejó: “Imaginemos a Don Gabriel René Moreno o a Don Alcides Arguedas, escribiendo alguna lindeza parecida de sus compatriotas”. (Baptista, 2004: 53).

Lo paradójico es que las referencias negativas o lamentosas sobre Bolivia son subrayadas con mayor intensidad cuando el Estado boliviano hace el reclamo de su demanda marítima ante otras naciones y organismos internacionales, como si se quisiera remozar la situación de “desgracia” del país y, de esa forma, ganar apoyo a esta causa. Esto igualmente es reforzado en los reclamos formales hacia Chile. Por ejemplo, en el documento oficial del Estado boliviano, denunciando la ocupación chilena de Antofagasta en los albores de la Guerra del Pacífico, se leyó:

Chile ha asumido ex abrupto el papel de invasor armado, y faltando a los compromisos que contrajo como una de las repúblicas signatarias del pacto de alianza del 66¹⁸⁰, ha roto los vínculos de la Unión Americana: ha violado las reglas y prácticas del derecho internacional y presentado un escándalo más en la historia de estas repúblicas, que será un siniestro precedente para las relaciones de los **Estados débiles con los fuertes**, y que romperá la valla del derecho en las controversias diplomáticas frecuentes de las naciones americanas. (Impugnación oficial del Estado boliviano ante la ocupación chilena de Antofagasta, 1879. Citado en Becerra de la Roca, 2006: 110-111. El resaltado es mío).

También, esta percepción estuvo plasmada en la respuesta de Eliodoro Villazón a Abraham König en referencia al ofrecimiento de este último de un libre tránsito para Bolivia en puestos chilenos, en vez de una costa:

Dados estos antecedentes, el libre tránsito que ofrece V.E., bajo la denominación de puertos francos y de facilidades comerciales y aduaneras no puede considerarse jamás como una comunicación libre e independiente. Es más bien una servidumbre que se acuerda en conformidad con el Derecho Internacional, a un **país vencido y débil, para que no se muera de asfixia y una servidumbre**, con todos los inconvenientes de los reglamentos y restricciones que el soberano tiene derecho a imponer. (Carta de Eliodoro Villazón a Abraham König, 1900. El resaltado es mío).

¹⁸⁰ Se refiere al Pacto de Alianza entre Chile, Perú y Bolivia contra España debido a la ocupación española de las islas Chinchas.

En otro momento, anotó que “**Bolivia, por débil que sea**, es una nación independiente y soberana, al nivel de las otras y en las negociaciones tiene derecho a proceder consultando tranquilamente sus conveniencias”. (Op. Cit. El resaltado es mío).

En ese marco, como resabio de las representaciones descritas en la autopercepción identitaria boliviana y partiendo de la derrota en la Guerra del Pacífico, otras frustraciones como los de la Guerra del Acre y la Guerra del Chaco, donde, en este último enfrentamiento bélico pierde frente a otro país mediterráneo, han reforzado en Bolivia la idea de que no importando lo que se haga, el país está condenado a la capitulación y al fracaso. Así, la conciencia colectiva boliviana, pareciera alimentarse de derrotas sin poder salir de esa tendencia que ha reforzado fuertemente su identidad. Desde la niñez se desayuna el imaginario de que el país ocupará siempre el lugar de los perdedores, en el deporte, en la cultura, en las artes, en la ciencia.

Michel, analizó el efecto de esta visión en la conciencia colectiva boliviana y destacó que los bolivianos sólo recuerdan las derrotas militares y las pérdidas territoriales, acentuadas en la historia que se enseña desde la escuela. En ese sentido, una de las peores consecuencias de la Guerra del Pacífico para Bolivia fueron las secuelas que marcan la percepción negativa de Bolivia y su mediterraneidad. (Entrevista a Pablo Michel, 2011).

Como miscelánea y resultado de los imaginarios analizados, la tendencia, tanto en las interpretaciones de la historia de Bolivia, en el pensamiento político y social, en las expresiones más cotidianas de la conciencia colectiva y en las manifestaciones culturales y artísticas, es una visión lacerante y de lamento que caracteriza a la autopercepción identitaria boliviana.

Ya sea realzando la “fatalidad de la raza” (o la “hibridación” de ellas), la geografía “difícil” de la “fatalidad geográfica” o, por otra parte, la “triste” historia de un país “rico” en recursos pero saqueado, abusado e invadido permanentemente por los “extranjeros” y, por tanto, condenado al fracaso, encerrado entre sus llanos y montañas y, sobre todo, mediterráneo, se edificó una autopercepción culposa, pesimista y de poca valoración y/o estima sobre el país.

Zavaleta calificó a las nociones amparadas en las “fatalidades” “de la raza” o “geográfica” como elementos falaces de un “país culpable” en el que las expresiones de sus elites

rezaban el mea culpa entre avergonzados y condenados por su origen boliviano. (1967: 45-55). Sin embargo, aún en la crítica a estos planteamientos desde las visiones contemporáneas, donde las connotaciones más sociológicas como el análisis de la estructura económica y de la división social del trabajo, son referentes del acontecer boliviano, igualmente, perdura el talante poco alentador de lo que fue y es Bolivia (como claramente se vislumbra en los imaginarios analizados). Todo ello encontró un eco en la lectura de la Guerra del Pacífico y sus consecuencias, un eco que con ello, parece potenciarse y hacerse ensordecedor.

En resumen, como consecuencia de la Guerra del Pacífico, se confirmó la visión de un país “incompleto” o “mutilado”, confinado en el encierro, cuya llave de libertad fue arrebatada por dos “carceleros” (Chile y Perú). Donde la visión de pesadilla de la “invasión colonial” pareció repetirse con una nueva intervención de extranjeros (Chile) que extirparon la posibilidad de un futuro prometedor a este país signado por el destino como un mendigo sentado en un trono de oro, impotente espectador de cómo “los otros”, “el extranjero” le arrebataron, una vez más, lo que fue suyo, y se enriquecieron a su costa. País que históricamente fue traicionado y engañado por propios y extraños; gobernado por unas elites que aborrecieron sus orígenes y le negaron una identidad orgullosa y que fue cómplice del saqueo al que fue sometido y que, en consecuencia, fue condenado al atraso, al subdesarrollo y a la miseria. País enaltecido por el valor de héroes sacrificados, cuya expiación es el espejo de la realidad nacional, y vilipendiado por antihéroes irresponsables, bárbaros y antipatriotas.

Y, como si fuera poco, asumido como un país débil o de escasa trascendencia en el concierto internacional y cuyos reclamos parecen no tener mayor repercusión, sonando como sonidos huecos y constantes como el viento entre las llanuras del altiplano sin que nadie los escuche; condenado a la “falta de voz”. Sin mar en el horizonte, y mientras se mantenga esa situación, sin oportunidades, sin esperanza¹⁸¹.

¹⁸¹ Estas autopercepciones muy arraigadas en Bolivia fueron captadas de forma muy escueta, pero certera, por una canción de pop de los años 90, que paradójicamente fue muy popular y cantada en Bolivia. Nos referimos a “Lamento boliviano” de la banda argentina “Enanitos Verdes”, cuya letra, en parte, dice así: “Es mi situación/Una desolación/Soy como un lamento/Lamento boliviano/Que un día empezó/Y no va a terminar/Y a nadie hace daño”.

2. Perú

*De las cenizas humeantes de la guerra emergía
ahora el conflicto de una sociedad consigo misma*

Heraclio Bonilla

De acuerdo a las visiones “nacionales” y/o hegemónicas en Perú, además de reforzado constantemente por los estudiosos del tema, tanto por su significación como por sus consecuencias, la Guerra del Pacífico fue uno de los acontecimientos históricos que ha marcado la identidad nacional peruana, al punto de que se suele citar a dos grandes guerras peruanas fundacionales: la Guerra de la Independencia y la Guerra del Pacífico.

De esa manera, Basadre se refirió a la Guerra del Pacífico como una conmoción que, como ninguna, encendió el territorio peruano, afectó a todo habitante de la época y destruyó el armazón estatal, pero, a pesar de ello, la “persona nacional” de Perú siguió viviendo, aunque amputado y dolorido, como “país yacente” (1983: 368). Lo que más recalcó el autor, fue la influencia del acontecimiento en una constitución identitaria donde la derrota, la ocupación y las secuelas de la guerra desembocaron en una carga fuertemente negativa. (Ibid: 369). Igualmente, se realzó una tendencia en la historiografía peruana a tratar la Guerra del Pacífico como un tema flagelante y autodestructivo, destacándose una historia de resentimientos, vivencias negativas, rivalidades, etc., es decir, “sólo la visión negra de las cosas peruanas”. (Citado en Pereyra, 2010: 372).

Pereyra, también fue ilustrativo al calificar a la Guerra del Pacífico como una “tragedia colectiva” para Perú y que trajo como secuela “la consternación, la inseguridad la sensación de caos, de fragmentación partidaria, de desunión nacional y de convulsión social”. (2010: 230), afectando todo ello a la identidad nacional.

El eximio pensador peruano, Carlos Mariátegui, explicó que la derrota en la Guerra del Pacífico “no sólo significó para la economía nacional la pérdida de sus principales fuentes: el salitre y el guano. Significó, además, la paralización de las fuerzas productoras nacientes, la depresión general de la producción y del comercio, la depreciación de la moneda nacional, la ruina del crédito exterior. Desangrada, mutilada, la nación sufría una terrible anemia”. (2007: 16).

En ese sentido, exploraremos cómo se expresa la autopercepción identitaria peruana en relación a la Guerra del Pacífico, dividiendo este acápite entre los principales imaginarios que hemos encontrado en ese sentido. Así, se pasará de una autopercepción identitaria que, principalmente antes de la Guerra del Pacífico, estaba llena de jactancia por el pasado peruano concebido como “cuna de civilizaciones”. Después de la guerra, los imaginarios que parecieron marcar la identidad peruana (algo similar a lo que acontece con Bolivia), se transmutaron a una serie de visiones autocríticas de la realidad social peruana, sus élites y gobernantes. No obstante, a diferencia de Bolivia, Perú, por lo menos en lo que respecta los imaginarios sociales, logró superar de mejor manera la derrota en la Guerra del Pacífico, al punto que si bien persistieron algunas demandas territoriales ante Chile como secuela de la guerra o perviven ciertas representaciones que solventan la rivalidad y desencuentros entre los dos países, a comparación de la demanda marítima boliviana, no parece existir en Perú una herida tan abierta y profunda como consecuencia de la guerra, por lo que los mismos historiadores y estudiosos peruanos, se remiten a un Perú que, a pesar de la tragedia que implicó para el país este conflicto internacional, finalmente, pudo reconstruirse.

2.1 La “cuna de civilizaciones”

Algo que de manera recurrente estuvo presente, tanto en los discursos de los personajes de la época, como en la historiografía y estudios peruanos relacionados a la Guerra del Pacífico, fue una autopercepción que aludió a un pasado majestuoso que habría constituido a Perú como un eje civilizatorio y de grandes y desarrolladas organizaciones societales, primero con el imperio incaico y después por convertirse en centro virreinal durante la Colonia. Igualmente, hubo alusión a Perú como “potencia sudamericana” cuyo apogeo se desarrolló, principalmente, en la primera mitad del Siglo XIX.

En consecuencia, pareciera que se procuró realzar ese pasado glorioso tanto para matizar la tragedia colectiva que significó la Guerra del Pacífico para Perú, como para subir una autoestima mellada por la derrota en la guerra, permitiendo, estos imaginarios, el replanteamiento y reconstrucción de la identidad nacional orgullosa, a pesar de los avatares y aflicciones históricas.

A partir de ello, destacó el rescate del pasado peruano precolombino desde una idealización al indígena andino, del imperio incaico y la del pasado colonial con eje en el Virreinato de Lima, que habría significado el “encuentro” entre dos mundos.

Respecto a la importancia del Incaico en la construcción de lo “peruano”, Mc Evoy se refirió a la “nacionalización del pasado” como un proyecto político que dató desde la independencia de Perú. (Mc Evoy, 1999: 27).

A su vez, Basadre analizó la existencia de una fuerza centralizadora estatal que aglutinó a lo que se conoce como Perú y que se remitió a periodos anteriores al Incaico, al Incaico mismo, a la Conquista, el Virreinato, la independencia y la república, permitiendo que el armazón estatal peruano gozara de una antigüedad que otros países no presentaron. (Citado en Pereyra, 2010: 373). No obstante, dicho autor admitió que el armazón estatal peruano, caracterizado por la heterogeneidad, la desigualdad de castas y la fragmentación, no llegó a solventar una conciencia nacional, en términos del nacionalismo moderno, lo suficientemente estructurada, principalmente durante el Siglo XIX.

De este parecer fue Pereyra, que analizó que el proceso de construcción de la identidad peruana se remontó al traumático y trágico encuentro entre Pizarro y Atahualpa, lo que significó la anulación y la marginación de los vencidos, pero sin poder evitar que su legado sea parte de “lo peruano”. (2010: 383-390).

Mariátegui profundizó sobre este tema, resumiendo a la formación social peruana como una dualidad entre la fuerza de trabajo indígena ignorada que habitaba el territorio antes de la Conquista y la élite blanca propietaria, heredera de los atributos coloniales:

Somos un pueblo en el que conviven, sin fusionarse aún, sin entenderse todavía, indígenas y conquistadores. La República se siente y hasta se confiesa solidaria con el Virreinato. Como el Virreinato, la República es el Perú de los colonizadores, más que de los regnícolas. El sentimiento y el interés de las cuatro quintas partes de la población no juegan casi ningún rol en la formación de la nacionalidad y de sus instituciones. (2007: 85-86).

Así, y similar con lo que acontece con el mapuche chileno y los indígenas bolivianos, la idealización del indígena peruano se insertó más en cierta retórica romántica que en las praxis sociales, porque, como en otros países de América Latina, la formación social peruana se asentó sobre el desprecio y marginación de ese mismo indígena que se

constituyó como el “otro” interno desde un pensamiento decimonónico que justificaba la discriminación racial para amparar una división del trabajo basada en fenotipos étnicos.

Como sucedió en casos análogos, la percepción de la herencia indígena en Perú osciló entre dos polos: o fue menospreciada o fue magnificada. Mariátegui, se refirió a un orden social republicano en el que, a través de una constitución y leyes liberales, en teoría buscó reivindicar al indígena, pero en la práctica lo siguió concibiendo como siervo en una economía preponderantemente feudal:

La fecundidad de la República, desde las jornadas de la Independencia, en decretos, leyes y providencias encaminadas a amparar a los indios contra la exacción y el abuso, no es de las menos considerables. El gamonal de hoy, como el “encomendero” de ayer, tiene sin embargo muy poco que temer de la teoría administrativa. Sabe que la práctica es distinta. (2007: 30).

El programa liberal de la revolución comprendía lógicamente la redención del indio, consecuencia automática de la aplicación de sus postulados igualitarios. Y, así, entre los primeros actos de la República, se contaron varias leyes y decretos favorables a los indios. Se ordenó el reparto de tierras, la abolición de los trabajos gratuitos, etc.; pero no representando la revolución en el Perú el advenimiento de una nueva clase dirigente, todas estas disposiciones quedaron sólo escritas, faltas de gobernantes capaces de actuarlas. La aristocracia latifundista de la Colonia, dueña del poder, conservó intacto sus derechos feudales sobre la tierra y, por consiguiente, sobre el indio. Todas las disposiciones aparentemente enderezadas a protegerla, no han podido nada contra la feudalidad subsistente hasta hoy. (Ibid: 35).

No obstante, a pesar de la primacía de ese orden social, no faltaron las referencias a un orgulloso pasado precolombino en las interpelaciones identitarias peruanas que se potenciaron durante la Guerra del Pacífico y que también se imprimieron en la narración histórica del hecho, como si a partir de lo indígena se reforzara la identidad peruana. Por ejemplo, Basadre no evitó referirse a una “sede orgullosa de Incas” (1983: 361) y Congrains Martin, de manera recurrente y cuando quiso consagrar el heroísmo de los peruanos, aludió a la “raza imperial”, a la “raza de los andes”, con relatos de este estilo: “Nuestros soldados son indómitos y arrojados como pocos; valientes y audaces como dignos herederos de una raza que creó e hizo florecer el mayor imperio de nuestro continente”. (Congrains Martin, 1978. Tomo 5: 29-30).

Sin embargo y haciendo mayor eco en los imaginarios coloniales, en los relatos revisados son mayores las referencias a Lima como centro virreinal, reseñas caracterizadas por el

enaltecimiento del poder, el prestigio y la riqueza que eso habría representado, sin contar que hay insinuaciones que destacaron un legado “aristocrático”, principalmente adjudicado a los limeños y a la costa peruana.

De esa manera, Basadre relató el contraste de las penurias y destrucción que significaron la guerra y la ocupación chilena, con la magnificencia de la otrora Sede de Virreyes (1983: 361). Paz Soldán, desolado, describió la ocupación del antiguo “Palacio de los Virreyes” reforzando que Lima, por sus riquezas y bellezas, había excitado siempre a los chilenos. (1884: 699-700).

Congrains Martin, que de forma frecuente se remitió a la “opulenta ciudad de los virreyes”, fue ilustrativo al describir “el ancestral odio de Chile” a un Perú como eje del imperio incaico y de la conquista, engendrándose la rivalidad de ambos países:

El ancestral odio de Chile hacia nuestro país nace que desde las victoriosas huestes del Inca Túpac Yupanqui lograron extender las fronteras del imperio cuzqueño hasta más allá del río Maule; más adelante cuando ya la conquista florecía en el Perú y nuestra generosa tierra colmaba de riquezas al ávido español, el Adelantado de Chile se colmaba de engaños y penalidades, constatando que no toda tierra nueva era un Perú en potencia[...] Ya en la época del virreinato, mientras que en Lima reinaba la opulencia comercial y era el centro de las miradas de todo español, la Capitanía de Chile afrontaba una lucha con ribetes de genocidio contra los feroces e indómitos araucanos de la cual salió muy desgastado el generoso espíritu español, tanto como el altivo del araucano, el ‘roto’ está ya roto en cuerpo y alma. (1978: 110-111).

Desde esos imaginarios, fueron muy evidentes las palabras de Nicolás de Piérola que en la inauguración de la “Ciudadela Piérola”¹⁸², exaltó a la ciudad virreinal y a un Perú como base de tres imperios:

(Chile) ha soñado con ocupar la ciudad de Pizarro, la ciudad de los titanes de 1821 e imponer desde ella la ley al Perú y a la América del Sur. Ha soñado venir a Lima [...] Corramos a él como acuden los leales y los buenos, como acuden los que guardan las gloriosas tradiciones de tres imperios, los que se han sentado en el trono de Manco Kápac, de Pizarro, de los libertadores de un continente. (Citado en Congrains Martin, 1978. Tomo 8: 111-112).

¹⁸² La “Ciudadela Piérola” fue una especie de fortificación que construyó el mencionado presidente peruano para hacer frente a la inminente entrada del ejército chileno a Lima. La obra fue muy criticada por los detractores de Piérola y la historiografía. Fue calificada como “inútil”.

Refiriéndose a estas ínfulas, con ironía, Mariátegui anotó:

Criatura de un siglo aristocrático, Lima nace con un título de nobleza. Se llama, desde su bautismo, Ciudad de los Reyes. Es la hija de la Conquista. No la crea el aborígen, el regnícola; la crea el colonizador, o mejor el conquistador. Luego, el Virreinato la consagra como la sede del poder español en Sudamérica. Y, finalmente, la revolución de la independencia, movimiento de la población criolla y española—no de la población indígena— la proclama capital de la República. (2007: 184).

Fueron también recurrentes las exaltaciones al Perú republicano que, por lo menos en la primera mitad del Siglo XIX, ejerció primacía en Sudamérica. En consecuencia, no faltaron citas a la “antigua reina del Pacífico”, (Paz Soldán, 1884: 287), al “patriciado” que ejercía Perú en América (Basadre, 1983: 32), que “era el Perú y no Chile el primer país de la costa del Pacífico de la América del Sur”. (Ibid: 45).

En ese marco, fue ilustrativa la metáfora que presentó Pereyra desde una visión crítica, realzando el pasado aristocrático de Perú, pero robado y empobrecido por la guerra y sus propios defectos nacionales: “Nunca había venido más a propósito al postrado país que era el Perú de 1886 la metáfora del aristócrata robado por sus descuidos, empobrecido por su propio sentido práctico y cargado de deudas por su espíritu de derroche”. (2010: 111).

Por otra parte, de forma similar a los relatos de las visiones chilenas sobre la Guerra del Pacífico, se plasmó en las interpretaciones peruanas la dicotomía “civilización versus barbarie” cuando hicieron referencia a su actuación en la guerra, adjudicándose un carácter “más civilizado” frente a sus adversarios que representarían lo “bárbaro” o “salvaje”.

Así, por ejemplo, Paz Soldán relató que cuando la guerra estuvo declarada, nadie ultrajó a los chilenos residentes en su país porque se encontraban en “el seno de una sociedad civilizada” y que hasta el pueblo protegía y custodiaba a los Cónsules de Chile, “nueva prueba de su ilustración”. (1884: 119-120). En el marco de los imaginarios “aristocráticos” que marcaron la identidad peruana, recordó que a diferencia de los chilenos en Perú, principalmente obreros, los pocos peruanos que residían en Chile eran de alta condición social. (Ibid: 131). Similarmente, realzó que las bibliotecas y

universidades limeñas, eran “las primeras en Sudamérica” y que por ello mismo avivaron la codicia de Chile. (Ibid: 700).

También, destacó que, a diferencia de “la usanza de Chile”, Perú nunca bombardeó pueblos costeros indefensos y, cuando les hizo falta, hasta compraron víveres en los puertos chilenos por su “justo valor”, demostrando “un profundo respeto que la nación peruana profesa por los principios tutelares del derecho internacional y la magnanimidad característica de sus hijos”. (Ibid: 211-212). De la misma forma, manifestó que ante las derrotas peruanas, en ningún momento el pueblo del país se desbordó en protestas y expresiones de descontento (aclarando que ello sucedía frecuentemente en Chile), sobrellevando las desgracias “con estoica resignación propia sólo de los espíritus superiores”. (Ibid: 261).

El máximo héroe peruano, Miguel Grau, justamente, encarnaría la expresión de la “civilización” característica de Perú en esos relatos. En ese sentido, los escritores peruanos no sólo resaltaron lo ya indicado (que no atacó a objetivos civiles), sino el comportamiento “caballeroso” del personaje que incluso escribió una carta a la viuda de su rival, Arturo Prat, enviándole sus objetos personales y unas sentidas y respetuosas condolencias. Todo ello demostraba que el marino peruano era “incompatible con lo que exigía la guerra salvaje que Chile hacía a Perú...” (Ibid: 185). A su vez, Basadre realzó que Grau, como muestra de su humanidad, perdonó al barco chileno Matías Cousiño que había sido rendido y capturado por el monitor Huáscar, recibiendo por parte de su capitán, una carta de agradecimiento y un cajón de vino como forma de retribuir a ese gesto muy extraño en un contexto de guerra. (1983:61).

En suma, por el hecho de que coincidieran en un mismo territorio diferentes centros de poder (centros prehispánicos con la capital del incario, el centro virreinal, centro republicano), por las ínfulas de una herencia “aristocrática” y/o por los relatos de una actuación peruana más “civilizada” en la guerra, la consecuencia fue la exaltación de un país que, más allá de su derrota en la Guerra del Pacífico, se concibió a sí mismo como “cuna de civilizaciones”.

No obstante, otras particularidades de ese mismo país, leídas de manera no tan positiva, se fueron articulando en una autopercepción que si bien recurrió a la exaltación

consoladora, también se sumergió en las aguas profundas de la inculpación y las recriminaciones.

2.2 El país fragmentado

En el Perú lo único que se halla bien definido es la naturaleza.

Carlos Mariátegui

2.2.1 La dualidad estructural

Una de las caracterizaciones más recurrentes en la autopercepción identitaria peruana, se refirió a una descripción del país como “fragmentado”, caracterización atribuida a lo social, cultural, político, etc.

Así, en primer término, de manera similar al caso de Bolivia, se detalló una geografía que, por su diversidad, se presentó como dificultosa para la integración del territorio. A partir de ello, se reflexionó sobre la dualidad estructural¹⁸³ entre costa y sierra, donde la región de la costa, que representa a la capital limeña, históricamente concentró el poder político, el desarrollo económico, las oportunidades educativas y culturales, etc., mientras que la sierra peruana tendió a ser una de las regiones más pobres y abandonadas de Perú. Igualmente, se comentó que la parte de la Amazonía, y más aún durante el Siglo XIX, se encontraba más desvinculada todavía y con una casi nula presencia estatal.

Esta característica de Perú, por un lado, habría significado la imposibilidad de poblar el sur peruano y la explotación estatal de sus recursos, lo que trajo como consecuencia la migración de obreros y capitales chilenos, situación que se intentó saldar con la nacionalización del salitre de 1876, pero sin que la medida evitara que parte de la fuerza de trabajo en Tarapacá fuera de nacionalidad chilena. Por otro, el centralismo y predominio limeño implicó que en la zona de la sierra, imperara un sistema de explotación feudal muy alejado de los avances capitalistas y centrado en la sobreexplotación de los indígenas bajo condiciones de trabajo denigrantes, explotación cuyos excedentes se concentraban en las regiones privilegiadas y principalmente en la capital, lo que generó

¹⁸³ Recordar que este término es presentado por Kaplan para describir el fenómeno de cuando el poder económico, político y las oportunidades se concentran en una fracción territorial determinada de los países latinoamericanos, generalmente cercana a las capitales y sedes de gobierno, todo ello ligado al imaginario de urbe. (1968: 171-174).

un permanente malestar colectivo desde las zonas menos favorecidas por el Estado¹⁸⁴.

Sobre estos aspectos, Mariátegui fue categórico:

La dualidad de la historia y del alma peruanas, en nuestra época, se precisa como un conflicto entre la forma histórica que se elabora en la costa y el sentimiento indígena que sobrevive en la sierra hondamente enraizado en la naturaleza. El Perú actual es una formación costeña. La actual peruanidad se ha sedimentado en la tierra baja. Ni el español ni el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes. En los Andes, el español no fue nunca sino un pionero o un misionero. El criollo lo es también hasta que el ambiente andino extingue en él al conquistador y crea, poco a poco, un indígena. (2007: 170-171).

Por ende, la dualidad estructural en Perú, resultó en una serie de imaginarios que subestimaban a los habitantes no limeños, en especial a los de la sierra, discriminados por su ascendencia indígena, y relacionados, desde esos estereotipos, con la pobreza, las carencias, lo salvaje, en el marco de la famosa dicotomía de “civilización versus barbarie”.

Por todo ello, la fragmentación que implicaría esta dualidad fue citada como una de las causas del desarrollo de un nacionalismo moderno tardío en Perú, ya que los pobladores de las regiones desfavorecidas durante el Siglo XIX, por razones obvias, no sintieron como propio al Estado peruano y menos se identificaron como parte de esa comunidad aglutinante.

El desarrollo de una conciencia nacional tardía, de acuerdo a esas visiones, fue uno de los factores que influyó en la gestación de la Guerra del Pacífico y en la derrota peruana, tanto por la miopía centralista y egocéntrica de los que detentaban el poder que miraban sólo a Lima y dejaban de lado a las otras regiones que después resultaron cercenadas por la guerra, como también por la falta de identificación nacional sólida que afectó el desempeño bélico de Perú.

Según Cotler, y siguiendo el planteamiento de Mariátegui, esta situación se agravó porque el poder político era la expresión de “señoríos gamonales” y caudillismos militares cuyos intereses egoístas fragmentaron aún más la formación social peruana y sepultaron la inclusión social necesaria que requiere un proyecto de nación:

¹⁸⁴ No por nada un movimiento insurgente como Sendero Luminoso, caracterizado por la violencia extrema, surgió en la sierra peruana.

Con la eliminación del estrato colonial dominante y la desarticulación de las masas populares se produjo un vacío de poder, que ni los jefes militares ni las fracciones oligárquicas pudieron llenar, por su incapacidad de integrarse políticamente y, en consecuencia, tampoco pudo integrar a la población dominada, restando así posibilidades para la construcción real de un Estado y una nación. (Cotler, 2005: 86).

Sobre todas estas dificultades de la formación social peruana (y en comparación con la chilena), fueron ilustrativas las palabras de Basadre que detallaron los problemas de definición nacional en Perú los primeros años después de su emancipación, la desarticulación regional reflejada en sus centros vitales (Lima y Arequipa) que se presentaban como mundos distintos, la tardía organización e institucionalización de la clase dirigente, las insurrecciones constantes, la inestabilidad gubernamental y el atolondramiento por la riqueza fácil del guano, en suma, “circunstancias de orden social, económico y hasta racial, así como el problema de la distancia geográfica, crearon peculiares dificultades para el desarrollo del Perú”. (1983: 44-45).

De la misma forma, Basadre mencionó dos “fallas esenciales” que significaron que Perú no afrontara con éxito la dura prueba de la guerra: “la supervivencia del Estado empírico” y del abismo social”:

El Estado empírico quiere decir el Estado inauténtico (sic), frágil, corroído por impurezas y anomalías. Es el Estado con un presidente inestable, con elecciones a veces amañadas, con un Congreso de origen discutible y poco eficaz en su acción, con democracia falsa. Estado empírico quiere decir, asimismo, que en él no abundan como debieran las gentes capaces y bien preparadas para la función que les corresponde ejercer en la administración y que no hay garantías para formar esos cuadros o para permitirles actuar. Estado empírico hasta llegar a lo increíble era el que había despilfarrado millones locamente en la época de las consignaciones y luego en la época de los grandes empréstitos para desembocar en la bancarrota. Estado empírico era el que carecía de institutos armados medianamente organizados, de mandos competentes, oficialidad bien formada, tropa debidamente atendida, equipo moderno, servicios de administración eficientes [...] El Estado era empírico y reposaba sobre un abismo social: he aquí, en una frase, la explicación del desastre. La despreocupación de la época republicana por el problema indígena originó la ausencia de una mística nacional en esa masa, a pesar de las grandes pruebas de abnegación dadas por vastos sectores de ella.

En suma, el peruano del Siglo XIX no había tecnificado el aparato estatal ni había abordado el problema humano del Perú y en ese sentido sí que cabe responsabilidad a quienes lo gobernaron desde la Independencia. La derrota, la ocupación, el aniquilamiento de la riqueza pública y privada, la amputación de la heredad nacional vinieron a ser una expiación. (Ibid: 47-48).

Pereyra, igualmente, se remitió a estos factores estructurales al asumir que para la época de la Guerra del Pacífico una “europeizada Lima seguía viviendo de espaldas a la sierra y vislumbrando apenas la selva”, que el ejército peruano era un cuerpo “arcaico” y la marina estaba reducida a su mínima expresión, que la educación primaria y secundaria estaba notablemente atrasada, o la terrible situación de cuasi servidumbre de los indígenas. (2010: 109-110). Todo ello devendría en una noción de nación con mucha debilidad inicial que hizo que el Estado peruano descuidara sus fronteras. (Ibid: 372).

En ese entendido, para Bonilla, la Guerra del Pacífico puso en evidencia la falta de solidez de los cimientos de la república peruana fundados en un Estado oligárquico excluyente que se dislocó como consecuencia de esa tragedia:

Esta guerra, como es bien conocido, terminó con el desastre militar, económico y político de la clase dirigente peruana. Pero al margen de esta tragedia, el proceso mismo de la guerra brinda al historiador una oportunidad excepcional para testear la solidez de los supuestos nacionales con los que el Perú se había convertido en República sesenta años antes. (1980: 51).

La desaparición del Estado oligárquico como consecuencia de la guerra revelaba toda la precariedad de la sociedad peruana y la profunda vulnerabilidad de la cohesión obtenida por la dominación oligárquica. (: 55).

Degregori fue de similar parecer al subrayar que la Guerra del Pacífico puso en evidencia la incapacidad de la élite peruana en consolidar a Perú como nación y defender su suelo:

Por un lado, la catastrófica derrota la obliga a reflexionar sobre la fragilidad o inexistencia de la unidad nacional y, por tanto, la precariedad de su dominio. Por otro lado, se ve en la necesidad de responder, acosada por el desarrollo del capitalismo, la insurgencia del movimiento campesino y popular, y las formulaciones de otras clases: la pequeña burguesía y el proletariado. (Degregori, 1978: 22-26).

Por ende, en la constitución de la autopercepción identitaria peruana sobresalió la idea de la desarticulación del país alimentada por esa extrema heterogeneidad social y cultural que lo caracteriza y por una geografía extensa y compleja que dificultó las comunicaciones, ahondando, aún más una desintegración que se remonta desde los tiempos del encuentro traumático entre Atahualpa y Pizarro y que continúa manifestándose en la actualidad. Indicó Pereyra:

En primer lugar, puede sostenerse que el conjunto del acervo cultural y de las tradiciones acuñadas por las sucesivas generaciones de peruanos (considerando este término en un sentido amplio), desde mucho antes de la conquista española, podría dividirse en una herencia favorable para la construcción de una nación moderna, y en otra herencia que es claramente un obstáculo para el logro de este objetivo. Estos últimos rasgos negativos tienen muchas veces una relación directa con la supervivencia del abismo social heredado del pasado, que opone todavía hoy a un sector pobre y marginado con otro moderno e integrado al ámbito internacional. Estos rasgos perniciosos también tienen que ver con la ausencia de una tradición científica y con la supervivencia de conductas políticas arcaicas, de claras tendencias clientelistas y autoritarias, que anidan, todavía hoy, en la entraña misma de muchas instituciones consideradas formalmente modernas. En segundo lugar, debido a la heterogeneidad de su cuerpo social, puede concluirse que no existe todavía en el Perú una nación integrada a plenitud, en el sentido europeo y estándar que se le da a esta expresión”. (Ibid: 398-399).

2.2.2 La “fragmentación racial”

Un aspecto que fue puntualizado y que se complementó con lo anterior, fue la fragmentación “racial” que marcaría históricamente a Perú. De esa manera, durante el Siglo XIX y parte del Siglo XX, la “heterogeneidad” de orígenes étnicos era leída como una característica desfavorable para los países que la detentaban, mientras que la “homogeneidad” de la población era lo deseable, relacionando tales caracteres con la derrota de Perú en la Guerra del Pacífico y, como contraparte, con la victoria de Chile, un país que, en comparación a Perú y Bolivia, fue catalogado como más “homogéneo”¹⁸⁵. En relación a ello, Mariátegui después de referirse a la abismal dualidad entre el indígena serrano y el criollo costeño como base de la desigualdad y malestar peruanos, puntualizó:

El cruzamiento del invasor con el indígena no había producido en el Perú un tipo más o menos homogéneo. A la sangre ibera y quechua se había mezclado un copioso torrente de sangre africana. Más tarde la importación de coolies debía añadir a esta mezcla un poco de sangre asiática. Por ende, no había un tipo sino diversos tipos de criollos, de mestizos. La función de tan disímiles elementos étnicos se cumplía, por otra parte, en un tibio y sedante pedazo de tierra baja, donde una naturaleza indecisa y negligente no podía imprimir en el blando producto de esta experiencia sociológica un fuerte sello individual. (2007: 203).

¹⁸⁵ Recordar Chile fue considerado tanto por los pensadores decimonónicos chilenos, bolivianos, peruanos y extranjeros como un país más “homogéneo”, lo que fue percibido como una ventaja frente a Bolivia y Perú, visión que se reprodujo en el Siglo XX y que tiene cierto eco en nuestros días. Esta visión es recogida por la historiografía “nacional” y/o hegemónica y el pensamiento político en los tres países y será profundizada en los acápite sobre Chile.

Similarmente, la “fragmentación racial” peruana (cuya principal materialización fue en la división social del trabajo marcada por fenotipos étnicos y que devenía en profunda desigualdad) devino en la falta de unidad nacional que se tradujo en pugnas entre los representantes de distintas “razas” que habitaban el Perú, antes que concentrar los esfuerzos contra el enemigo externo en la Guerra del Pacífico. Así, se habló de la lucha entre indígenas contra blancos, particularmente virulenta en la resistencia cacerista de la sierra peruana, o de chinos contra blancos, de negros contra blancos, chinos e indígenas, etc.¹⁸⁶.

En ese sentido, los episodios más mencionados fueron los desbordes de algunos líderes indígenas de la sierra que apoyaban a Cáceres en la resistencia a la ocupación chilena y que, aprovechando el estado bélico de la zona, arremetieron contra todo “blanco” o ciudadano bajo el pretexto de que colaboraban con los chilenos. Si bien, para ese entonces, se habían enfrentado por las armas las fracciones políticas peruanas que abogaban por la paz o por la resistencia¹⁸⁷, el mismo Cáceres tuvo que admitir los desbordes de algunos de sus subordinados indígenas, ejecutando a los mismos para sentar precedente¹⁸⁸. Este tipo de desbordes, sin embargo, fueron justificados por la mayoría de los autores estudiados, debido a que era comprensible ese ancestral odio étnico que se contenía en la sierra por las terribles condiciones de trabajo a que eran sometidos los indígenas en las haciendas de la zona y por la marginación y discriminación que sufrieron a lo largo de la historia peruana colonial y republicana¹⁸⁹.

En consecuencia, Bonilla glosó que al primar la herencia estructural de la Colonia en el Perú republicano, era casi imposible solicitar un mayor compromiso con la “patria” a los colectivos históricamente despreciados y oprimidos en su nombre, tal fue el caso de los indígenas: “Durante la Independencia, la población indígena había sido marginada en la

¹⁸⁶ Al respecto, Basadre mencionó un incidente en el Valle del Cañete, donde descendientes de esclavos negros, en plena guerra, arremetieron de manera muy violenta contra chinos, debido que ambos grupos rivalizaban como fuerza de trabajo. (1983: 364-365).

¹⁸⁷ Por ejemplo, se enfrentaron los que apoyaban a Cáceres contra los que respaldaron a García Calderón y después los caceristas lucharon contra los que seguían a Miguel Iglesias.

¹⁸⁸ El caso más famoso fue el del guerrillero Tomás Laymes que asesinó a varios hacendados serranos arguyendo que colaboraban con los chilenos. Laymes, incluso, desafió la autoridad de Cáceres. Fue ejecutado por órdenes del mismo Cáceres. Para más detalles ver Pereyra, 2010: 269-299.

¹⁸⁹ Posiblemente en esto, como representante de su época, la excepción sea Paz Soldán que repudió estos desórdenes. También, los personajes políticos de momento, rivales de Cáceres, llegaron a acusar a éste de fomentar el “comunismo” o la “guerra de razas” en la campaña de resistencia en la sierra.

construcción de la nación peruana; en 1879 ella era convocada a defender la patria en peligro. Luego de seis décadas, ¿era posible esperar que los indios pasaran de la exclusión al compromiso?” (1980: 64).

Otro aspecto comentado y que también, en cierto sentido, ahondó la histórica fragmentación peruana, fue el caso de los trabajadores chinos (conocidos como “coolies”) que prestaron colaboración al ejército chileno y que, por ello, fueron duramente repudiados por los peruanos de ese entonces. No obstante, en los relatos históricos también se abordaron las causas que explicaron esta actitud de los chinos contra los peruanos, es decir, las condiciones de semiesclavitud a las que estaban sometidos en las haciendas¹⁹⁰.

En ese marco, el desorden de la guerra potenció que saltaran los pedazos de esa fuerte “fragmentación racial”, incluso haciendo que los sectores oprimidos se enfrentaran entre ellos:

La segmentación y opresión colonial no sólo que impedía la articulación de los intereses del conjunto de la población oprimida, sino que también ahora, como antes y como después, ocultaba al enemigo, desplazaba el conflicto y permitía la autodestrucción de las masas populares. (Bonilla, 1980: 63).

Igualmente, la actuación de las clases dirigentes en el marco de la guerra reflejó la profunda animadversión que sentían frente a su fuerza de trabajo. En ese marco, algunos prefirieron la tutela de la invasión chilena frente a la reacción indígena que, principalmente, se perpetuó en la sierra con los ejércitos organizados por Cáceres y que pudo haber hecho peligrar la estructura social feudal, siendo uno de los motivos por los que Perú, finalmente, aceptó las duras condiciones de paz ofrecidas por Chile:

A un oligarca limeño o a un altivo terrateniente serrano no le fue muy difícil decidirse entre Chile y el despojo de sus propiedades por turbas exaltadas que no sólo habían sido secularmente sus explotados, sino que, para colmo ¡eran negros, chinos e indios! Es este profundo miedo social el que explica la ansiedad del alcalde de Lima por la pronta ocupación de la ciudad por el ejército chileno, así como el deseo de la clase propietaria de que continuase la ocupación. (Bonilla, 1980: 56).

¹⁹⁰ Por ejemplo, contrastó la descripción de la opulenta y lujosa hacienda “Palo Seco” (que fue saqueada e incendiada por los expedicionarios chilenos al mando de Patricio Lynch), con las condiciones en las que tenían viviendo a sus trabajadores chinos que fueron encontrados por los chilenos, reclusos en una jaula. Al respecto ver Paz Soldán, 1884: 532.

Por otra parte, principalmente en el caso de los pensadores de la época de la guerra, no faltaron las explicaciones racistas y esencialistas de la derrota peruana a consecuencia de la presencia de la numerosa masa indígena que componía la población de Perú. Así, al igual que en Bolivia, se develó el intento de culpar a la herencia indígena por la fragmentación y el desorden político, administrativo y social que vivió Perú, factores de los que resultaría su derrota en la guerra.

Sobre este aspecto, el discurso de algunos personajes importantes de la época de la guerra fue ilustrativo. Por ejemplo, estuvieron estas inolvidables palabras del diplomático José Antonio Lavalle que escribiéndole a Miguel Iglesias, aseguraba que a Perú no lo regeneraría nada mientras no tuviese unidad étnica de una sola raza y deje de ser una híbrida combinación de sangres:

A los pueblos no los regenera nadie, se regeneran ellos mismos, y esa es la obra de años y aún de siglos, cuando tienen condiciones para regenerarse. ¿Las tiene el Perú? No, a mi ver, mientras la base de su población sea la confusa mezcla de razas híbridas que la constituyen hoy. No hay que pensar pues en regeneración, ni hablar de ella. (Citado en Pereyra, 2010: 147).

En tal medida, Aljovín de Lozada comentó que no fueron pocos los intelectuales peruanos de la época que creyeron que el problema del Perú y su derrota estaba en la raza indígena, describiéndola como un grupo humano “mediocre” y que postularon a futuro una solución en el fomento a la migración europea. Otros, menos esencialistas, apostaron por la educación de estos grupos marginados. (1999: 16-17).

No obstante, no fue de ese parecer el héroe peruano Cáceres, que respondiendo a una entrevista en 1921, indicó que Perú perdió la guerra debido a que “la discriminación racial fue determinante. No hubo armonía cultural ni política”. (Citado en Correo, 22 de abril de 2015).

Respecto a las tendencias a adjudicar la derrota peruana en la Guerra del Pacífico a la calidad racial de la población del país, los historiadores peruanos más recientes fueron críticos, fue el caso de Basadre que rechazó toda connotación racial para explicar la capitulación, y de Pereyra que analizó críticamente las dos caras de la moneda sobre lo indígena en Perú, como síntoma de la histórica y estructural falta de integración de los indígenas al Estado peruano.

Al mismo tiempo, una de las consecuencias que trajo la Guerra del Pacífico para Perú fue el surgimiento de las bases del indigenismo y otras tendencias rebeldes que, en el transcurso del Siglo XX, se convirtieron en corrientes importantes en el país y en reacción a las ideologías que justificaron el racismo decimonónico¹⁹¹. Indicó Degregori:

La pequeña burguesía va a desarrollar con más fuerza y nitidez el indigenismo propiamente dicho, como ideología de vieja democracia para la forja de una imagen del Perú integral, que abarca los diferentes campos de la superestructura: política, artes, literatura, etc. Estos sectores hacen su entrada de manera agresiva y rotunda luego de la derrota en la Guerra del Pacífico, en la figura de González Prada, quien enfila sus ataques contra las clases dominantes. (Degregori, 1978: 22-26).

En ese marco, son relevantes las palabras de uno de los principales pensadores que reflejó esa corriente, Carlos Mariátegui, al afirmar que la formación social peruana tenía como centro al “problema del indio” que no era un aspecto secundario, sino, “el tema capital”. (2007: 165): “La nueva generación peruana siente y sabe que el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no signifique el bienestar de la masa peruana que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina”. (2007: 37).

Otro pensador, Luis Varcárcel, aseguró que la nacionalidad peruana, antes negada, descansaba en los indígenas de la sierra:

Perú es un pueblo de indios. Significa este hecho la rehabilitación de la mayoría de los pobladores del país. Significa su emancipación verdadera de la esclavitud en que yace. Significa –sobre todo y ante todo- que ha nacido la conciencia nacional, que ya el Perú no es un pueblo caótico y sin rumbo. Sabiéndose el Perú un pueblo de indios, está trazada la ruta que debe seguir. La gran luz que proyecta su propia verdad no ha menester de extrañas y débiles linternas [...] La sierra es la nacionalidad. (Citado en Ugarte, 2011: 65).

Como se indicó anteriormente, estas ideas se fueron potenciando durante el Siglo XX, influyendo en el nacionalismo militar de Velasco Alvarado en las décadas de 1960 y 1970 y en la constitución del “etnocacerismo”, cual corriente política importante en Perú.

¹⁹¹ Referentes de ello son Manuel Gonzales Prada, Carlos Mariátegui, José María Arguedas, Ciro Alegría, Víctor Haya de La Torre, Luis Varcárcel, entre los más importantes.

Desde esas aristas, el cuestionamiento del desempeño de Perú en la Guerra del Pacífico fue centrado en las clases dominantes y la fragmentación política que expresaron y en la negación de un Perú con una mayor parte de la población de origen indígena. En otras palabras, el centro de las imputaciones se constituyó en el orden social que hizo que el Estado nacional peruano no se desligue de las asimetrías coloniales, la principal: la subsistencia del feudalismo como base de su estructura societal.

2.2.3 El “gamonalismo”

Uno de los pensadores más influyentes del Perú, Carlos Mariátegui, analizó que una de las causas principales para explicar la derrota peruana en la Guerra del Pacífico, se debió a una formación social que, como consecuencia de los resabios coloniales en las mentalidades de sus élites, no salió de un modo de producción predominantemente feudal, cuando el aprovechamiento de las riquezas de Perú y la presencia estatal en las zonas en las que se encontraban, requerían de una mentalidad capitalista. Igualmente, la falta de iniciativa y comodidad, corrupción y visión cortoplacista propias de las actitudes feudales, habría afectado el desempeño peruano en la guerra, saliendo victoriosa una élite con más vigor, empuje y más cercana a un proyecto burgués. El investigador Aníbal Quijano, se refirió a este aspecto en la obra de Mariátegui:

El tema del indio, y con él una de las cuestiones centrales de todo el orden oligárquico, entraba al debate, no solamente porque la derrota frente a Chile había puesto de manifiesto de qué modo la dominación terrateniente sobre la masa indígena, en un característico régimen de “colonialismo interno”, era el fundamento de la falta de integración nacional, a su vez factor decisivo de esa derrota, sino ante todo porque en ese mismo momento comenzaba un nuevo ciclo de las luchas del campesinado indio en el país”. (Prólogo a Mariátegui, 2007: XXVI).

En ese sentido, de acuerdo a las concepciones racistas que predominaban en la clase gobernante (como ya fue subrayado), se obvió a la inmensa mayoría de la población peruana de origen indígena, a no ser como fuerza de trabajo; se potenció en centralismo anclado en Lima; y las élites se encontraban acostumbradas a la riqueza fácil correspondiente a este sistema “gamonal”, lo que también hizo que el manejo de lo público fuera susceptible a la corrupción, a la inestabilidad política y a la ineficiencia administrativa, características que son leídas para comprender el por qué la Guerra del

Pacífico encontró a Perú desprevenido, desorganizado, fragmentado y sin una consciencia nacional sólida. Manifestó Mariátegui:

En los primeros tiempos de la Independencia, la lucha de facciones y jefes militares aparece como una consecuencia de la falta de una burguesía orgánica. En el Perú, la revolución hallaba menos definidos, más retrasados que en otros pueblos hispanoamericanos, los elementos de un orden liberal burgués. Para que este orden funcionase más o menos embrionariamente tenía que constituirse una clase capitalista vigorosa. Mientras esta clase se organizaba, el poder estaba a merced de los caudillos militares. (2007: 14-15).

La feudalidad es, como resulta del juicio de Vasconcelos, la tara que nos dejó el coloniaje. Los países que, después de la Independencia, han conseguido curarse de esa tara son los que han progresado; los que no lo han logrado todavía, son los retardados. Ya hemos visto cómo a la tara de la feudalidad, se juntó la tara del esclavismo. (: 48).

La revolución encontró al Perú retrasado en la formación de su burguesía. Los elementos de una economía capitalista eran en nuestro país más embrionarios que en otros países de América donde la revolución contó con una burguesía menos larvada, menos incipiente. (: 53).

Bajo esa lógica, la crítica de Mariátegui destacó en las élites peruanas de ese tiempo, la trasnochada herencia colonial española que se caracterizaron por la acumulación de riqueza a través del trabajo de las masas indígenas, y que no supieron dar el salto capitalista correspondiente a mentalidades más aventureras, dinámicas, arriesgadas, esforzadas, trabajadoras y menos parásitas¹⁹²:

Pesan sobre el propietario criollo la herencia y educación españolas, que le impiden percibir y entender netamente todo lo que distingue al capitalismo de la feudalidad. Los elementos morales, políticos, psicológicos del capitalismo no parecen haber encontrado aquí su clima. El capitalista, o mejor el propietario, criollo, tiene el concepto de la renta antes que el de la producción. El sentimiento de aventura, el ímpetu de creación, el poder organizador, que caracterizan al capitalista auténtico, son entre nosotros casi desconocidos. (: 24).

En relación a ello, es también ilustrativa esta cita a Manuel Vicente Villarán:

El Perú debería ser por mil causas económicas y sociales, como han sido los Estados Unidos, tierra de labradores, de colonos, de mineros, de comerciantes, de hombres de trabajo; pero las fatalidades de la historia y la voluntad de los hombres han resuelto otra cosa, convirtiendo al país en centro literario, patria de intelectuales y semillero de

¹⁹² Observar cómo estos atributos imputados a una clase capitalista (y no feudal) son parte de la autopercepción chilena que explicó su rol victorioso en la Guerra del Pacífico. Ver el acápite siguiente.

burócratas. Pasemos la vista en torno de la sociedad y fijemos la atención en cualquiera familia: será una gran fortuna si logramos hallar entre sus miembros algún agricultor, comerciante, industrial o marino; pero es indudable que habrá en ella algún abogado o médico, militar o empleado, magistrado o político, profesor o literato, periodista o poeta. Somos un pueblo donde ha entrado la manía de las naciones viejas y decadentes, la enfermedad de hablar y de escribir y no de obrar, de ‘agitar palabras y no cosas’, dolencia lamentable que constituye un signo de laxitud y de flaqueza. Casi todos miramos con horror las profesiones activas que exigen voluntad enérgica y espíritu de lucha, porque no queremos combatir, sufrir, arriesgar y abrirnos paso por nosotros mismos hacia el bienestar y la independencia. ¡Qué pocos se deciden a soterrarse en la montaña, a vivir en las punas, a recorrer nuestros mares, a explorar nuestros ríos, a irrigar nuestros campos, a aprovechar los tesoros de nuestras minas! Hasta las manufacturas y el comercio, con sus riesgos y preocupaciones, nos atemorizan, y en cambio contemplamos engrosar año por año la multitud de los que anhelan a todo precio la tranquilidad, la seguridad, el semirreposo (sic) de los empleos públicos y las profesiones literarias. En ello somos estimulados, empujados por la sociedad entera. Todas las preferencias de los padres de familia son para los abogados, los doctores, los oficinistas, los literatos y los maestros. Así es que el saber se halla triunfante, la palabra y la pluma están en su edad de oro, y si el mal no es corregido pronto, el Perú va a ser como la China, la tierra prometida de los funcionarios y de los letrados. (Citado en Mariátegui, 2007: 88-89).

Este círculo vicioso, igualmente habría marcado el manejo económico del guano y del salitre que acentuó la manía de la riqueza fácil y el colapso que significó la pérdida de estos recursos en la Guerra del Pacífico:

La fácil explotación de este recurso natural dominó todas las otras manifestaciones de la vida económica del país. El guano y el salitre ocuparon un puesto desmesurado en la economía peruana. Sus rendimientos se convirtieron en la principal renta fiscal. El país se sintió rico. El Estado usó sin medida de su crédito. Vivió en el derroche, hipotecando su porvenir a la finanza inglesa. (Mariátegui, 2007: 14).

Otra faz de este capítulo de la historia económica de la República es la afirmación de la nueva economía como economía prevalentemente costeña. La búsqueda del oro y de la plata obligó a los españoles, –contra su tendencia a instalarse en la costa–, a mantener y ensanchar en la sierra sus puestos avanzados. La minería –actividad fundamental del régimen económico implantado por España en el territorio sobre el cual prosperó antes una sociedad genuina y típicamente agraria–, exigió que se estableciesen en la sierra las bases de la Colonia. El guano y el salitre vinieron a rectificar esta situación. Fortalecieron el poder de la costa. Estimularon la sedimentación del Perú nuevo en la tierra baja. Y acentuaron el dualismo y el conflicto que hasta ahora constituyen nuestro mayor problema histórico. Este capítulo del guano y del salitre no se deja, por consiguiente, aislar del desenvolvimiento posterior de nuestra economía. Están ahí las raíces y los factores del capítulo que ha seguido. La Guerra del Pacífico, consecuencia del guano y del salitre, no canceló las otras consecuencias del descubrimiento y la explotación de estos recursos, cuya pérdida nos reveló trágicamente el peligro de una prosperidad económica apoyada

o cimentada casi exclusivamente sobre la posesión de una riqueza natural, expuesta a la codicia y al asalto de un imperialismo extranjero o a la decadencia de sus aplicaciones por efecto de las continuas mutaciones producidas en el campo industrial por los inventos de la ciencia. (: 15).

Por ende, para Mariátegui la Guerra del Pacífico puso al descubierto esta realidad histórica que sólo podía ser resuelta con la abolición del latifundio y la incorporación real del indígena peruano a la nacionalidad, lo que se constituyó como eje central de su pensamiento y praxis política.

2.2.4 La fragmentación política y los malos gobernantes

Cual secuela importante de la fragmentación estructural y social peruana en el sistema político, principalmente en lo que respecta la historiografía “nacional” y/o hegemónica y a los actores de la época, se hizo bastante alusión a la división de las distintas corrientes políticas que dominaban a Perú para explicar la derrota en la Guerra del Pacífico, lo que se traducía en una permanente inestabilidad política, una institucionalidad débil y en desorden administrativo, lo que implicó que Perú no se organizara eficientemente para contrarrestar la Guerra del Pacífico. Incluso se narró que las divisiones y rivalidades partidarias muchas veces hicieron que se perdiera de vista al enemigo común y se gastaran las energías en la lucha contra el contrincante político.

Al respecto, fue relevante el hecho de que los personajes más importantes del periodo se refirieran al fraccionamiento político que históricamente afectó a Perú para explicar la derrota en la guerra. De este parecer fueron Prado, Piérola, Cáceres e Iglesias y aunque, como expresión de ese mismo fraccionamiento, buscaron responsabilizar de ello al adversario, de todas formas aludieron a una segmentación política estructural que caracterizó al país.

Por ejemplo, Prado en un discurso que fue antesala de los primeros combates marítimos de la Guerra del Pacífico, aseguró que “los elementos de discordia que desde tantos años han venido socavando las instituciones, y llevando al Perú al borde del precipicio en que hoy le contemplamos”. (Citado en Paz Soldán, 1884: 154). También, al momento de su

salida de Perú, supuestamente para adquirir personalmente blindados¹⁹³, en una carta pública que justificó su accionar, explicó que era necesaria su presencia para la adquisición de los buques y otros elementos de guerra debido a que los delegados peruanos en Europa, por sus rivalidades, no pudieron avanzar en ello. Se quejó de la falta de apoyo a su gobierno por parte de políticos importantes. (Citado en Basadre 1983: 142).

Por su parte, Piérola culpó de “los desastres sufridos” al régimen de Prado contra el cual dijo luchar por más de diez años (citado en Basadre, 1983: 138), e Iglesias, en su “grito de Montán”, increpó la práctica de los políticos peruanos de atacar a sus adversarios y predecesores. En su discurso al entrar a Lima para la toma del poder, acusó a los bandos políticos de haber perdido a Perú. (Citado en Basadre, 1983: 316, 356).

Cáceres aludió al fraccionamiento y la traición de los “sectores pudientes” y al hecho de que hubo “demasiados generales cuyos conocimientos y aptitudes no pudieron destacarse en la contienda, por falta de disposición de un comando totalmente politizado” y que sin esos defectos, Perú hubiera podido ganar la guerra: “Con toda la superioridad numérica y armamentística del ejército chileno, creo, firmemente que sí (Perú pudo ganar la guerra). La desunión, el desatino, la ambición política y la carencia de identidad en los sectores acomodados nos perdieron”. (Citado en Correo, 22 de abril de 2015).

Este tema también fue comentado por la historiografía peruana. Paz Soldán, advirtió contra la “eterna gangrena de las disensiones de partido que desde tanto tiempo ha venido corroyendo las entrañas del Perú” (1884: 413) y, quejándose por la dictadura de Piérola, manifestó que “increíble pareciera por su monstruosidad, en cualquier país en el que las revueltas políticas y las más necias pretensiones de caudillos, sin otro mérito que su impavidez, no se hubiesen erigido en sistema y aun en doctrina política en el Perú”. (Ibid: 365). Congrains Martin aludió en varias ocasiones a un “país turbulento” que prefirió el camino de las revoluciones (1978. Tomo 2: 74.75); Basadre explicó que hasta la marina peruana estaba terriblemente dividida (1983: 72), que “el fraccionalismo político ahogaba la voluntad de una acción concertada frente al enemigo común” (Ibid: 149), y se remitió a un “alma nacional disuelta en cincuenta años de revoluciones y trastornos que no había

¹⁹³ Recordemos que la salida de Prado del país, y que implicó su destitución del poder, es un tema muy polémico en Perú, ya que muchos personajes de la época lo acusaron de “fuga” e incluso de robarse los recursos para esa supuesta compra de blindados.

logrado cuajar en un Estado orgánico”. (Ibid: 190). Pereyra describió “la consternación, la inseguridad y la sensación de caos, de fragmentación partidaria, de desunión nacional y de convulsión social que dominaron en el Perú” en la época de la Guerra del Pacífico. (2010: 230).

Caivano fue más contundente al aseverar que Chile se aprovechó de las “desgracias interiores del Perú para derrotarlo” y que tanto Perú como Bolivia “no fueron de ninguna manera vencidas por el enemigo, sino que se echaron a sus pies ellas mismas, desechas y aniquiladas por sus facciones políticas internas, y por todos aquellos vicios que eran una consecuencia natural de sus muchos años de revolución y desgobierno” (1979. Tomo II: 233). Concluyó que Perú:

Más que por el enemigo agresor, es roído y derrotado por los inveterados hábitos de sus larga vida revolucionaria y sus gobernantes que, elevados por las revoluciones del día o de la víspera, no son de modo alguno la expresión de la mente y la voluntad del país, no saben o no quieren aprovechar de todos los recursos de los cuales éste es capaz, y lo arrastran fatalmente de error en error, no a la derrota sino al suicidio [...] No fue Chile quien venció al Perú; el Perú cayó por sí mismo a los pies de un enemigo ansioso de sus despojos. (1979. Tomo II: 348).

En suma, “la guerra nacional entre Perú y Chile ahora daba paso y acompañaba a una pugna interna mucho más significativa a aquella que oponía las clases y clientelas políticas de una sociedad profundamente dividida”. (Bonilla, 1980: 55).

En base a lo anotado, hasta se llegó a hablar de enemistades personales y de pugnas caudillistas que también afectaron el desempeño de Perú en la guerra al estar, los caudillos, líderes o aspirantes a ello, más preocupados por la toma o el mantenimiento del poder, que por el devenir de la guerra. Sobre ello, Basadre fue explícito cuando sostuvo que Perú fue dominado por “hombres de rencor” (1983: 94), y que “quizás en ningún pueblo hayan abundado tanto los ejemplos de patriotismo y abnegación que en el pueblo peruano; pero habrá muy pocos donde la pretensión de que se acepten y se sigan las ideas de cada uno, se haya llevado a mayor grado de exageración”. (Ibid: 224). Inclusive, dicho autor descubrió ese “espíritu de virulencia frente al adversario” en los documentos de todos los caudillos de la guerra, “a veces con más saña que la desplegada contra el enemigo común”. (Ibid: 263).

En relación a eso, lo más comentado fue la aversión de Piérola sobre Montero, enemigos políticos y personales de larga data, acusando al primero de no sólo de no haber proporcionado elementos suficientes al ejército que comandaba el segundo en el sur, sino de boicotarlo abiertamente, al punto que se atribuyeron a esta acusación muchas de las derrotas sufridas por Perú y el ejército aliado. También, fueron citados los odios entre Prado y Piérola y las diferencias entre Cáceres, García Calderón e Iglesias, hasta el punto de llegar a combatir entre ellos, olvidándose del enemigo externo. Adicionalmente, se mencionaron las rencillas, celos y rivalidades de mandos menores tanto en la administración del aparato público como en el mismo seno del ejército y la marina peruana, situación que intensificaba la desorganización que caracterizaba a los cuerpos armados, lo que habría contribuido a la tremenda desventaja bélica de Perú y los aliados, frente a un Chile que se representa como unido y compacto.

Así, uno de los temas más recurrentes en las visiones peruanas para explicar la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico, estuvo relacionado con el enaltecimiento de un pueblo “heroico” y “patriota”, pero gobernado y administrado de manera deficiente. Similar crítica se realizó a los altos mandos de las FF.AA. De esa forma, la derrota fue también comprendida tanto como resultado de la desorganización y desorden administrativo e institucional de Perú, como por las permanentes rencillas, rivalidades y mezquindades de los líderes políticos, funcionarios gubernamentales y jefes militares, cuestión que fue asumida como un lastre histórico de larga data.

Estas apreciaciones se plasmaron en los principales personajes de la época, como en el caso de Cáceres que en una carta al Cabildo de Ayacucho que data de 1883¹⁹⁴, expresó:

Dos clases de elementos ha contado el Perú en la lucha sangrienta a que Chile lo provocara. El elemento de los capitalistas y de los audaces: compuesto el primero de comerciantes enriquecidos con la fortuna pública, y el segundo de empleados civiles y militares sin talento y sin carácter encumbrados por su propia miseria a la sombra de revoluciones injustificables que han desmoralizado la República . (Citado en Pereyra: 300).

¹⁹⁴ Instancia que se conformó en el marco de la resistencia a la ocupación chilena de Perú y con el objetivo de continuar la guerra.

Respecto a las rencillas partidarias, fueron ilustrativas las palabras de Manuel de Mendiburu en una carta de 1883 dirigida a otro notable del momento, José Aranibar:

Después de la última batalla me la he llevado desaprobando tanto desatino y desunión [...] Me ratifico en ello: aún no basta a mis compatriotas haber causado tan inmensos males y aún quieren consumir la destrucción del país. Los peruanos son incapaces de gobernarse ni de proceder bien. Si usted viera hoy los escritos que aquí publica el partido de Piérola y los que en Arequipa publican los civilistas se expondría usted a caerse muerto. Las mayores atrocidades, todas las vergüenzas y todas las miserias del país sin escapar una salen a la prensa como si no hubieran enemigos extraños delante, y éstos fomentan estos odios y rencores para que no haya una sola alma que se apiade del Perú. (Citado en Pereyra: 259).

Las visiones históricas también recalcaron esta temática. Paz Soldán habló de los desaciertos de las administraciones gubernamentales peruanas antes de la Guerra del Pacífico (1884: 115) y de un ejército desorganizado, mal direccionado, poco preparado y donde cundía la indisciplina (Ibid: 110, 155, 335). Sobre las condiciones del ejército, detalló:

De un lado, teníamos jefes atolondrados ó profundamente desprestigiados; de otro una direccion absurda e históricamente débil, y por último un ejército que, aparte de las pocas condiciones satisfactorias en que debía encontrarse respecto de su armamento, equipo y organizacion, por consecuencia de los mismos efectos anotados, llevaba en su seno el germen de la infidencia y la deslealtad. (: 314-315).

Sobre este aspecto, fue principalmente crítico con el régimen de Piérola, al que acusó de dejar en andrajos al ejército del sur conducido por Montero, debido a sus rencillas con él, y también imputó a Piérola por dividir al ejército y privarlo de los mejores elementos de mando por susceptibilidades vinculadas a un miedo de que le arrebatasen el poder, indicando que todos estos factores afectaron la defensa de las principales plazas peruanas, porque si bien antes de la dictadura pierolista las fuerzas militares estaban mal atendidas por las dificultades de la distancia y la escasez de recursos, con el nuevo régimen el abandono fue completo, además, los jefes militares se disputaban el mando y ello contribuyó al desorden (: 417, 468, 523, 587, 621): “con tales jefes y tales hombres no podia defenderse el territorio”. (: 579).

En ese sentido, culpó a las rivalidades políticas y disensiones de partido, afirmando que se asemejaban a “una eterna gangrena [...] que desde tanto tiempo ha venido corroyendo las entrañas del Perú”. (:413).

Por su parte, Basadre señaló un Perú desarticulado y sin estabilidad institucional, lo que se traducía en permanentes insurrecciones, golpes de Estado, regímenes violentos y muy pocos presidentes legales (1983: 44-45) y que era tal el desorden administrativo que cundía, que incluso antes de la guerra, importantes funcionarios diplomáticos no conocían el tratado de alianza con Bolivia (Ibid: 23). En otro momento manifestó que a Perú le faltó una clase dirigente verdaderamente patriota (183) y que “el faccionalismo político ahogaba la voluntad de una acción concertada frente al enemigo común”. (: 149).

Igualmente, se refirió a una marina fraccionada e indisciplinada (y sin la unidad que presentaba la marina chilena), por efecto de las conspiraciones, revueltas, el desorden administrativo y la escasez (: 73) y a un ejército con elementos insuficientes y anticuados, muy poca disciplina y con oficiales y jefes desunidos, irresponsables y un cuerpo tan desorganizado que no contaban ni con mapas de las zonas estratégicas y no pocas veces hasta carecían de brújula. (:156).

Al respecto, Congrains Martin no solamente se remitió a la inepticia e inestabilidad administrativa peruana (1978. Tomo 1: 12), al caos, desconfianza y ambición de poder de los dirigentes (1978. Tomo 3: 12), o al caciquismo y parasitismo burocrático (Ibid: 37-38), sino subrayó la improvisación y desunión que caracterizó a las FF.AA. peruanas en la guerra (1978. Tomo 6: 36) y una campaña militar mal llevada desde el principio (1978. Tomo 7: 19): “Más que derrotarnos ellos (los chilenos), nos derrotó la ambición, el egoísmo, la mezquindad y la mediocridad de nuestros dirigentes en aquel oscuro 1879”. (1978. Tomo 3: 52).

Caivano fue explícito al resaltar las virtudes del soldado peruano, pero mandado por oficiales incapaces, formados en revueltas, facciosos, turbulentos, viciados y enemigos de disciplina por las revoluciones endémicas (1979. Tomo III: 193). Citó el abandono del gobierno al ejército que carecía de lo esencial, padeciendo, continuamente de hambre, frío, escasa vestimenta y de insumos de guerra. (Ibid: 96-206). Para Caivano, al deber los altos mandos militares su título a la buena o mala voluntad de los caudillos de turno, no

los hacía militares de carrera, además de que todos en mayor o menor medida, se disputaban el poder, lo que generaba rivalidades permanentes. (Ibid: 219-220):

Es simple cuestión de desarreglo o corrupción del sentido moral; y mientras no acabara el militarismo su desgraciada y desordenada escuela revolucionaria, aquellos países por tantas razones llamados a ser grandes y poderosas naciones, al mismo tiempo que no conocerán nunca los goces de la prosperidad interior, serán siempre fácil presa del primer puñado de aventureros armados que pongan el pie en sus territorios. (Ibid: 221).

Por ende, Basadre arguyó que no se podía culpar sólo a Prado o Piérola por males endémicos en Perú expresados en “errores y defectos colectivos” (1983: 368), pero sí se les podía imputar haber sido parte de los odios y violencia partidista que influyeron en la catástrofe. (: 15-16).

2.3 Del trauma de la guerra a la reconstrucción

No piensen en resistir que la ira de Dios ha caído sobre el Perú.

Lizardo Montero

Tanto por la desmembración de lo que era, en ese entonces, su territorio más rico, por la prolongada y dura ocupación e incursión chilena que incluyó a la capital peruana, la sierra y parte de la Amazonía, por el hecho de que después de la Guerra del Pacífico, Perú quedó sumido en una profunda crisis social, política y económica y porque luego de la misma quedaba por enfrentar el intento de “chilenización” de Tacna y Arica, Perú percibió a la Guerra del Pacífico como un verdadero trauma colectivo que dejó en ruinas su armazón estatal, descubrió el abismo estructural y fragmentación de su formación social y que, a juicio de Basadre, incluso significó una especie de “complejo de inferioridad” como secuela de la derrota.

Basadre aseguró que no existió país en el que la guerra haya hecho tanto daño como a Perú (1983: 325) y se refirió a la generación de peruanos que enfrentaron la guerra como “enterradores de muertos y lamentadores de infortunios”. (Ibid: 94). Al representar la situación de Perú en 1884, no fue muy alentador al afirmar que a los males propios de la guerra, como la derrota, la anarquía, la ocupación, el aislamiento y las penurias, se sumaban peligros latentes como el colapso y la subyugación de Perú. (: 362).

Bajo ese talante, describió el luto de numerosas familias, las ruinas y destrozos en las ciudades, puertos, campos, museos, bibliotecas y unidades educativas, cómo los restos del ejército peruano combatían entre sí y cómo abrumaba a la economía pública y privada, el empobrecimiento y miseria generalizada, la depreciación de la moneda, la semiparalización del comercio exterior, la liquidación de los bancos y la imposibilidad de pagar una deuda externa enorme ante el cercenamiento de Tarapacá que incluyó la totalidad del salitre y parte del guano; y por si fuera poco, problemas latentes con Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia y Brasil. Pero:

Había algo todavía peor que la desolación inmediata, la angustia económica privada y pública, la debilidad, la soledad y las acechanzas de los países vecinos: era el complejo de inferioridad, el empequeñecimiento espiritual, perdurable jugo venenoso destilado por la guerra, la derrota y la ocupación. (: 369).

Siguiendo esa autopercepción pesimista, el mismo autor narró una historia peruana llena de infortunios antes de la Guerra del Pacífico, lo que hizo que Perú se encontrara debilitado para hacer frente al conflicto internacional.

Recordó que entre 1836 y 1839, Perú fue escenario de la lucha entre chilenos y bolivianos, mientras que éste se encontraba dividido en tres bandos políticos fratricidas, que en la década de 1840 sufrió amenazas de invasión de Bolivia y Ecuador y que en 1866 sufrió una guerra contra España. También enfatizó los despilfarros de sangre y dinero consecuencia de estos hechos y los conflictos internos, y los errores y defectos colectivos que afectaron su ser nacional, sin contar maremotos, terremotos y otros desastres naturales que asolaron a Perú durante el siglo. Pero, resaltó, no hubo nada que se compare a la Guerra del Pacífico: “Fue el sacudimiento más tremendo que el hombre peruano sintió en ese siglo”. (: 368).

En consecuencia, al calor de esa poco alentadora autopercepción peruana como secuela de la guerra, no fue de sorprender apreciaciones esencialistas (aunque muy comunes en la época) como ésta que plasmó Paz Soldán en su trabajo al referirse al “carácter” de los peruanos comparado al de los chilenos: “El peruano, por el contrario, es pacato. Nunca intenta introducirse en círculos sociales, si no tiene motivos para ser presentado, consecuencia de esto es la falta de vanidad personal y nacional”. (1884: 112).

Al respecto y como se vio anteriormente, Pereyra anotó que, siguiendo las ideas positivistas de la época y el enaltecimiento de Europa como referente de “civilización”, los sectores letrados de Perú ensayaban especulaciones para explicar la derrota, centrándose en una supuesta debilidad nacional debido a la presencia de los indígenas, condenando la realidad del mestizaje (2010: 147. Entrevista, mayo de 2016). De esa forma, al igual que en Bolivia, se alimentó un complejo de inferioridad que giraba en torno a la “calidad” demográfica del país, argumento que pretendió “comprender” los sinsabores históricos, incluyendo la Guerra del Pacífico. Entrado el Siglo XX, y también como en el caso de Bolivia, las inculpaciones pasaron a la élites gobernantes de la época y a la estructura social desigual y fragmentada.

No obstante, se destacó que a pesar de toda la desgracia que significó la Guerra del Pacífico para Perú, el país no “desapareció” como algunos vaticinaron¹⁹⁵, sino se reconstruyó, lo que a juicio de los principales historiadores y pensadores peruanos de toda vertiente, fue una prueba de la grandeza y fortaleza de esa nación.

En el caso de Paz Soldán, al haber escrito su libro en 1884, prometió que “El Perú se levantará de su actual postracion; volverá á recuperar su elevado puesto en la América del Sur, en no lejano tiempo, y entonces pedirá cuenta severa á sus enemigos y á sus ingratos hijos”. (1884: 767-768).

Congrains Martin insistió que la guerra no terminó ni en 1880 o 1884 (1978. Tomo 8: 64) y que su patria podrá ser “invadida, humillada, derrotada una y diez veces, pero nunca doblegada y vencida”. (1978. Tomo 10: 118).

Basadre preponderó la “rebeldía patética ante el infortunio” de los peruanos (1983: 218) y que más allá de las desgracias y peligros “se afirmaron al fin, una vez más, a pesar de todo, el destino de libertad y de independencia y de soberanía del Perú. Y el Perú siguió siendo el Perú”. (Ibid: 361-362).

¹⁹⁵ Basadre, por ejemplo, anotó que una de las preocupaciones de los peruanos que vivieron la Guerra del Pacífico se refería al peligro de un “protectorado” chileno sobre Perú, si se prolongaba indefinidamente la ocupación, o la tuición de una potencia que igualmente significaría la cesión de cierta soberanía. (1983:362-369). Pereyra, al recalcar que la guerra fue “una tragedia colectiva” para Perú, recordó que hasta se habló de su “desaparición”. (2010: 230) y citó a Manuel de Mendiburu que mencionó un plan desde Chile para “extinguir la nacionalidad peruana”. (Citado en Ibid: 259, nota 6). También, como se vio precedentemente, las interpretaciones chilenas de la Guerra del Pacífico, en especial los discursos de algunos militares y políticos de la época, aludieron a la destrucción de Perú como objetivo de guerra.

Pereyra al analizar la tendencia en Perú de percibir a la Guerra del Pacífico como un tema autodestructivo, rescató el aporte de Basadre como principal historiador peruano (en el marco de la Guerra del Pacífico) porque, en el contenido como en el tono de su obra, mutó esa percepción y se opuso, tanto a una visión chauvinista que le hiciera perder cierta objetividad¹⁹⁶, como a la repetición de una “leyenda negra” sobre el Perú por la derrota, en ese marco, rescataría por igual los errores peruanos como los méritos, optando por un patriotismo “sano y no aguerrido” (2010: 364, 367):

Para Basadre, la guerra y sus consecuencias fueron la gran prueba del país. Bien ha destacado Basadre que, pese a la catástrofe, el Perú no se desmembró, sino que al poco tiempo, se encaminó en una senda de reconstrucción, esencialmente en base al uso de su potencial interno. (Ibid: 378).

De esa manera, puede comprenderse la importancia de la Guerra del Pacífico y sus consecuencias en la constitución de ciertos rasgos que marcan la identidad peruana, pero también el hecho de que Perú, a diferencia de Bolivia, parece mostrar mucho más superados los traumas y secuelas de la misma, al no existir una reivindicación tan arraigada, recurrente e influyente en las políticas de Estado y en los sentires colectivos, como la demanda marítima boliviana ante Chile¹⁹⁷.

¹⁹⁶ De chauvinismo y apasionamiento que les habría hecho perder cualquier indicio de objetividad al tratar la historia de la Guerra del Pacífico, son acusados los principales historiadores chilenos por Paz Soldán, Caivano, Congrains Martín, Basadre y Pereyra. Por ejemplo, Pereyra, destacando el valor histórico de Basadre en comparación con Gonzalo Bulnes, afirmó: “No obstante, en **ningún caso**, Basadre llegó a sacrificar el sentido crítico y la verdad en aras del sentimiento patriótico o de consideraciones subjetivas. Se trata de un fenómeno de objetividad y de ponderación notables, sobre todo si lo comparamos con otros casos análogos en la historiografía latinoamericana. Llama la atención, por ejemplo, el caso de **La Guerra del Pacífico** del chileno Gonzalo Bulnes, famoso trabajo de difusión en el que su autor afirma con desconcertante aplomo que, antes de la guerra, el Perú ‘había querido destruir a Chile’”. (2010: 374. El resaltado es del autor).

¹⁹⁷ Si bien Perú ha demandado exitosamente a Chile ante la Corte de La Haya por límites marítimos que, a juicio de Perú, estaban sin determinar, y que también hay voces peruanas que reclaman la devolución del buque “Huáscar” y otros “trofeos de guerra” que Chile se llevó de Perú, ninguna reivindicación peruana es comparable, por su intensidad, recurrencia y grado de influencia en las políticas estatales y en los sentires colectivos, a la demanda marítima boliviana.

3. Chile

Por la razón o la fuerza

(Lema inscrito en el escudo chileno)

Así como analizamos los imaginarios sociales bolivianos y peruanos relacionados con la Guerra del Pacífico que influyeron en su identidad nacional, con Chile haremos algo similar, trabajando con aquellos que a juicio de esta investigación, se considera que son los más relevantes en cuando a la autopercepción chilena, analizando cómo ciertas representaciones tuvieron estrecha relación con la interpretación de Chile de la Guerra del Pacífico, al punto que la misma fue posicionada como uno de los referentes más importantes para la construcción de su identidad nacional. En ese sentido, la victoria chilena en la guerra, ha nutrido una serie de representaciones que pueden resumirse en lo que se ha denominado el “mito de la excepcionalidad chilena”. En ese acápite, abordaremos las que se consideran más importantes y las más vinculadas con la Guerra del Pacífico y sus resultados.

Para guiar los apartados de este acápite, nos remitimos a una acepción de Gonzalo Bulnes y cuya cita resume la autopercepción identitaria chilena en el marco de su victoria en la guerra: “Lo que venció al Perú fué la superioridad de una raza i la superioridad de una historia: el orden contra el desorden, un pais sin caudillos contra otro aquejado de este terrible mal”. (Bulnes, 1911. Tomo II: 699).

En ese sentido, en primer término, no referiremos a los imaginarios que se enmarcan en la primera parte de la afirmación de Bulnes, “la superioridad de una raza”, que se remite a los mitos de la “raza chilena” (incluyendo el rescate del mapuche y el “roto” como parte de la “chilenidad”) y la “homogeneidad” del país, analizando el rol de la Guerra del Pacífico para “confirmar” estas percepciones en base al enaltecimiento de un país “unificado” o “de una sola pieza”.

A continuación, trabajaremos con la “superioridad de una historia”, que se remonta a las percepciones de una supuesta formación social “superior” en Chile y, que desde esas visiones, permitió su victoria en la Guerra del Pacífico, haciendo énfasis en una serie de imaginarios sociales como los de la “temprana constitución del nacionalismo en Chile”,

la “institucionalidad chilena” y el triunfo de la “civilización” y “progreso” que existiría en ese país, en contraparte de sus rivales de guerra.

En el penúltimo apartado trataremos el tema de los mayores referentes de Chile, situados en Europa, que influyeron en su constitución identitaria y en el reforzamiento de las representaciones anteriores.

Por último, como conclusión del acápite, se ve cómo todos estos imaginarios se suman y resumen en la percepción de Chile como un país “excepcional” en América Latina, lo que, siguiendo estas interpretaciones, explicaría y confirmaría su victoria en la Guerra del Pacífico, justifica lo obtenido como vencedor y sirve de armazón inexpugnable frente a las secuelas de la guerra.

3.1 La “superioridad de una raza”

3.1.1 La “raza chilena”

Uno de los imaginarios que fue apuntalado por la Guerra del Pacífico y que configuró una fuerte autopercepción identitaria en Chile, se refiere al supuesto que existiría una “raza chilena” que diferenciaría a este país del resto de América Latina y, particularmente, de sus rivales en la guerra, en claro potenciamiento de los maniqueísmos propios del nacionalismo cultural.

De acuerdo a los autores que han estudiado esta representación, la significación de la “raza chilena” llegó a alcanzar su mayor expresión como consecuencia de la victoria chilena en la Guerra del Pacífico, lo que coincidió con el afloramiento de “teorías” sociales y políticas racistas a fines del Siglo XIX que influyeron en los pensadores latinoamericanos. Sin embargo, antes y durante la guerra ya se percibió este mito que también vino a justificar a ese Chile “guerrero” que venció a sus vecinos, imaginarios inmersos en la retórica “guerrera”¹⁹⁸.

¹⁹⁸ Por ejemplo, en el discurso de Indalecio Segundo Díaz, pronunciado en Valparaíso en la recepción pública de los restos de combatientes chilenos de las batallas de Tarapacá y Arica en 1880, luego de asemejar a Chile con Esparta, se dijo lo siguiente: “Porque nuestra raza es una raza especial como ninguna otra de la de América, de hombres nacidos al pie de la cordillera y de hombres nacidos a la orilla del mar, de hombres nacidos en la aridez de los desiertos y de hombres nacidos en la vegetación de los jardines, descendientes de esa mezcla singular de raza araucana; que es como ninguna otra, pero jamás de aquellos incas que se dejaban asesinar en tiempos de la conquista, como manadas de corderos, en un solo día”.

No obstante, como explicó Subercaseoux, después de la Guerra del Pacífico, a fines del Siglo XIX y principios del Siglo XX, se articuló, claramente, el mito de la “raza chilena”. El autor, por una parte, atribuyó ello a las ínfulas que se generaron por la victoria de guerra y, al mismo tiempo, por la necesidad de “integrar” a todos los sectores de la población a través de la retórica nacionalista que marcó la constitución de la identidad nacional chilena y que reforzó su participación en el conflicto. (2007: 29-31).

También, estuvieron muy en boga en este periodo, ciertas variantes de ideas darwinistas sociales, positivistas, naturalistas, etc. que pretendieron darle un cariz “científico” a una supuesta clasificación racial que diferenciaría a la humanidad, ideas que marcaron a los intelectuales de América Latina y particularmente de Chile¹⁹⁹.

Siguiendo estas pautas, varios pensadores de Chile se propusieron “estudiar” las características de la “raza chilena”, para reforzar el mito de una supuesta “superioridad” frente a sus vecinos que “se confirmó” en la Guerra del Pacífico. A partir de este planteamiento, el “secreto” de Chile y sus “triumfos”, correspondería a su “raza”.

Entre varios otros que siguieron estas ideas, sobresalió Nicolás Palacios y su libro “Raza chilena”. En dicha obra, Palacios, siguiendo a los pensadores racistas europeos, explicó que en Chile se dio la mezcla de dos razas “similares”: Los godos (españoles) y los

(Extraído por Mc Evoy, 2010: 297). Igualmente, Justo Arteaga Alemparte fundador del diario “La Libertad”, ese mismo año, aseguró que el chileno es excepcional al ser difícil distinguir a un argentino de un colombiano o a un peruano de un mexicano, pero era imposible no reconocer a un chileno, siendo “un tipo aparte”. (Mc Evoy, 2010: 36).

¹⁹⁹ Subercaseoux detalló que en Chile se difundieron bastante las teorías raciales de Gustave Le Bon, Francis Galton, el Conde de Gobineau, Hipolito Taine, el germano Alfred Ploetz o de los que se decían seguidores de Spencer y Darwin como Georges Vacher de Lapouge. Específicamente, los planteamientos de Le Bon tuvieron muchos seguidores en Chile y de acuerdo a Subercaseoux, fue el darwinista social más leído y citado en América Latina. Dicho autor planteaba el estudio de la “sicología social” de los pueblos que dependía de las razas de las que supuestamente devenían: “Leído con fruición en Chile, fue el principal difusor de la teoría de que la historia y el devenir de un país depende, más que de sus instituciones, de su carácter y de su raza”. (Subercaseoux, 2007: 34). En tal medida, según estas ideas, el devenir de un pueblo no dependería de condiciones objetivas o las fortalezas institucionales, sino de lo irracional, de lo inconsciente que estaría insertado en la herencia genética de la “raza histórica” a la que pertenece, por ello los sistemas políticos no funcionarían igual para todos: “El carácter (de un pueblo), por ende, depende de la herencia biológica y del inconsciente, factores ambos inscritos genéticamente en la raza. El concepto de raza que utiliza engloba tanto lo biológico como costumbres y tradiciones comunes”.

Así, habría “razas históricas” y “razas artificiales”, siendo las últimas fruto de conquistas y migraciones. La manutención de las “razas históricas” sería lo deseable para la evolución de las sociedades porque la “mezcla” que degeneraría en “razas artificiales” significaría la articulación de varios pueblos con constituciones mentales diferentes, que difícil podrían convivir en el mismo sistema social. (Subercaseoux, 2007: 34-35). En todo caso, siendo la “mezcla” inevitable, Le Bon recomendaba que surgiese entre razas con características “similares” y no muy disímiles.

araucanos (mapuches), ambas razas de estirpe “masculina” y “fija” y, por ende, “guerrera”. Así, Chile estaría edificado en torno a una “raza excepcional”, a diferencia de otros países latinoamericanos donde la mezcla se dio entre razas muy diferentes o de vertiente “femenina” e “inferior”. Anotó Subercaseoux, citando al mencionado autor:

Anclado en un aparataje científico racial, el esquema de Palacios tiene como hilo conductor la idea de la existencia de una raza chilena con rasgos homogéneos, base étnica de la nación. Se trataría de una raza histórica, conformada a través de varios siglos, por la conjunción de dos razas guerreras de filiación patriarcal: los godos (conquistadores españoles) y los araucanos (mapuches). Esta raza tendría una fisonomía moral uniforme: ‘todos sentimos y pensamos de idéntica manera en las cuestiones cardinales, sobre las que se apoyan y giran todas las demás: referentes a la familia o a la patria, a los deberes morales o cívicos’. Esta uniformidad psicológica se explica por la ‘singular similitud de las almas de nuestros progenitores’. Las condiciones que han hecho posible—según Palacios—la formación de una raza mestiza permanente y uniforme obedecen a algunas consideraciones de genética racial: el número de los elementos o componentes de la raza son dos; dichos elementos poseen psicologías patriarcales semejantes; las dos razas primitivas (godos y araucanos) fueron razas con cualidades estables y fijas durante varias generaciones. Se cumplen así las condiciones para la constitución de una raza de excepción. (Subercaseoux, 2007: 40).

De esta forma, exaltando las supuestas “cualidades” masculinas de la “raza chilena”, se fusionaron tanto ideas racistas como sexistas²⁰⁰ y no sólo se tomó como “inferiores” a las supuestas razas que compondrían Perú y Bolivia, sino también, en un sentido hasta erótico, se las “feminizó”.

Lo interesante y siguiendo con la influencia de la Guerra del Pacífico en los imaginarios que van constituyendo esa mitificación, es que el libro “Raza chilena” de Palacios fue textualmente escrito de un chileno para los chilenos, editado por la “Editorial Chilena” y presentaba el escudo chileno en su portada, todo como una recordación y homenaje a la

²⁰⁰Las teorías racistas también tenían un fuerte componente sexista que buscaba explicar las “diferencias biológicas” entre hombres y mujeres con el mismo sesgo, miopía y prejuicio con que clasificaban a las “razas”. Así, se imputaba al “patrimonio biológico” de las mujeres, una serie de características que reforzaban su “rol maternal”, y al de los hombres, ciertos atributos que marcaban su papel proveedor y regente. Se concluía que el hombre poseía mayor inteligencia que la mujer, porque, para desempeñar el “rol de madre” no hacía falta “mucho cerebro”, sino otros caracteres como la “abnegación”, la “ternura”, la “sumisión”, etc. Por tanto, la administración de los recursos, la toma de decisiones y el manejo de poder, eran roles genéticamente predispuestos para los machos, teniendo las hembras que conformarse con un papel privado y pasivo. Como ejemplo de estas tendencias, el pensador chileno Nicolás Palacios llegó al extremo de realizar una clasificación de las “razas” de acuerdo a su grado de “masculinidad” o “feminidad”, siendo las primeras, las “razas superiores” porque lo “masculino” era sinónimo de “razón”, “fuerza”, “orden”, mientras que “lo femenino”, simbolizaba la “fragilidad”, “mansedumbre”, “sentimentalismo”, lo que hacía a las “razas matriarcales”, más proclives a la “decadencia”.

guerra. Tanta alusión a “lo chileno”, para Subercaseoux, no fue casual, porque en dicha obra y otras similares se presentó la “raza chilena” como sinónimo de la “nación chilena” en una suerte de exaltado “nacionalismo cultural”, a partir de la lectura del Chile “guerrero” y “victorioso”, en el marco de la Guerra del Pacífico:

Los rasgos de esta raza homogénea: la valentía, el sentido guerrero, la sobriedad, el amor a la patria, la moralidad doméstica severa, el rechazo a los afeites, el carácter parco, el predominio de la sicología patriarcal etc. son para Palacios rasgos atávicos aportados por los progenitores. Rasgos que se manifiestan de preferencia en el roto, especie de síntesis de la raza, y también en los araucanos que forman parte de ese crisol étnico. (Op. Cit.: 41).

Así, Palacios comenzó su trabajo a partir de un ultranacionalismo cultural y patriotismo político fanático, definiendo la “ternura patriótica” como la expresión más emotiva del “amor por la patria” al punto de rayar en lágrimas cuando se canta, por ejemplo, el himno de Chile²⁰¹, expresiones que, según él, abundaron en el transcurso de la Guerra del Pacífico, en la que el autor participó activamente²⁰². A partir de su experiencia en la guerra, Palacios alimentó el mito de la “raza chilena”: “el libro está traspasado por el tipo de emoción que se siente cuando se escucha la canción nacional antes de un encuentro deportivo en que juega el equipo local, un sentimiento fuerte y solidario, pero también provisto de una zona irracional, baja y oscura”. (Subercaseoux, 2007: 37).

Por consiguiente, el universo “nacional” que presentó Palacios estuvo signado por una serie de dicotomías de lo que sería Chile y de lo que no sería y en este caso, lo que no sería, distinguiría a los “enemigos” de Chile tanto internos como externos. Los “peligros” internos que podrían alterar a la “raza chilena” y destruir así la “nacionalidad”, estarían representados principalmente por las migraciones especialmente de “razas” de vertiente latina, mediterránea o judía, al ser, para Palacios, de índole “matriarcal” y no “patriarcal” y también en la influencia de ideas “foráneas” y “mujeriles” que se percibían, por ejemplo, en el modernismo francés decimonónico. En lo externo advirtió el peligro en los enemigos y antagonistas históricos de Chile, particularmente Perú y Argentina.

²⁰¹ Las lágrimas fáciles, pero por motivos “machos” como el “amor por la patria”, sería herencia de los araucanos, según Palacios. Así comparó a rusos y alemanes con los chilenos, ya que también estos dos pueblos serían proclives a “llorar” por la emoción de deviene de su “patriotismo”.

²⁰² Según Subercaseoux, Palacios se alistó como médico y participó en la Batalla de Tacna. Pidió que si muriera, se le enterrara envuelto en una bandera chilena. (2007: 37).

Por otra parte, rescató al “roto” como mayor prototipo de la “raza chilena”, lo que no coincidió con la percepción de la elite chilena, cuyos imaginarios de linaje y abolengo denigraban justamente al “roto”. No obstante, efectivamente durante la Guerra del Pacífico, se percibió un rescate del “roto” para enaltecer la figura del soldado chileno y asegurar la incorporación simbólica a la guerra de toda la población unificada, entrando en segundo plano los imaginarios castistas tan marcados en Chile. De acuerdo aquello, Palacios presentó una serie de dualidades que resumirían una identidad basada en la fuerte percepción de lo que no se “es”, la noción del “otro” y que también inconscientemente dio cuenta de la polarización social en Chile²⁰³:

Tras este imaginario late una nueva imagen de nación: una nación matriarcal que corresponde a lo foráneo, a la oligarquía afrancesada, al ocio y la especulación, a la raza latina en decadencia, a los inmigrantes, al modernismo y a las poéticas cosmopolitas, al parlamentarismo ineficiente, a la belle époque criolla, a los juegos de azar y a los políticos pusilánimes. La nación patriarcal, en cambio, corresponde a la industria, al espíritu emprendedor y guerrero, al roto, al régimen presidencial, a las figuras de Portales y Prat, al orden, a la raza gótico araucana, a una literatura que no debía ser escapista y que debía rescatar las tradiciones vernáculas. La imagen de nación camino a ser adulta y masculinizada, conlleva, entonces, un proyecto y una vocación por transformar el país, animada por un nacionalismo nuevo, de cuño integrador y mesocrático”. (Subercaseoux, 2007: 54).

Más allá de la clara subjetividad de esta propuesta de Palacios, Subercaseoux aclaró que estas ideas no serían excepcionales, sino, al contrario, marcarían una tendencia en Chile que se intensificó después de la Guerra del Pacífico. Señaló que “son cientos los discursos intelectuales, políticos, sanitarios, patrióticos y militares que permiten demostrar lo afirmado. Hubo también, por supuesto, discursos críticos, que planteaban que no había que ensimismarse en la idea de raza, pero eran los menos” (2007: 47). Así, para el autor, se vislumbró esa representación en las obras de escritores, políticos y educadores como Luis Orrego Luco, Eduardo Pourier, Alejandro Venegas, Julio Vicuña Cifuentes, Mariano

²⁰³ Dualidades como las siguientes: Sicología patriarcal versus sicología matriarcal; industria – comercio; patria – humanidad; militares– letrados; guerra – paz; pueblo – aristocracia; roto – caballerito; sobriedad – afeites; lenguaje directo– rebuscado; anglosajón – latino; germano– judío; empresarios – mercaderes; Estados Unidos – Francia; valientes – cobardes; pueblo emergente – aristocracia decadente; ideas incorporadas al cuerpo social-ideas sobrepuestas; sectores bajos que conservan la tradición – sectores altos con tendencia cosmopolita; educación orgánica – educación aplicando modelos extranjeros. (Subercaseoux, Op. Cit.: 46).

Latorre, Francisco Antonio Encina, Tancredo Pinochet, Alberto Cabero e incluso el escritor Vicente Huidobro.

El mismo autor también advirtió estas visiones en la prensa y en los propios proyectos de las políticas públicas. Por ejemplo, contó cómo las propuestas de fomento a la eugenesia²⁰⁴ fueron una constante gubernamental e institucional a partir de organismos como la Liga Chilena de Higiene Social, La Asociación Nacional de Educación y hasta la Universidad de Chile, proyectos que consideraban al alcoholismo o la mortalidad infantil como “enfermedades sociales” que ponían en peligro las facultades innatas de la “raza”. Al mismo tiempo, se promovió al deporte y educación física como formas de “preservar” y “desarrollar” “la raza” e incluso se llegó a incentivar concursos de los bebés “mejor constituidos”, todo en el marco de las ideas de eugenesia²⁰⁵.

Sobre la influencia del mito de la “raza chilena” en la época, fue pertinente lo que realzó Subercaseoux:

Este conjunto de representaciones o imaginarios no es por supuesto de uso exclusivo de Palacios, está presente, con distintos énfasis, en casi todos los pensadores de las primeras

²⁰⁴ O el “arte del buen engendrar”, se refiere al auspicio de matrimonios planificados pensados para la preservación de la raza. Se atribuye estas ideas a Francis Galton (primo de Darwin). (Subercaseoux, 2007: 56). Incluye también a la eugenesia negativa, es decir, el evitar la procreación de los que se considera que reproducirían “genes defectuosos”, como “enfermos”, “locos” o “delincuentes”.

²⁰⁵ Subercaseoux citó un proyecto de 1910 del profesor Germán Muñoz para la constitución de la “Sociedad Nacional de Protección y Fomento de la Raza Chilena”. Sus fines serían los siguientes: “1. Hacer un estudio científico sobre la mejor manera de seleccionar naturalmente una raza chilena sana de músculo y cerebro. Servirían como principales fuentes de información las asociaciones que aisladamente en el país se ocupan directa o indirectamente de la raza, ya sea como instituciones de beneficencia, de propaganda antialcohólica, de enseñanza física etc. 2. Formular en un plan de trabajos los resultados a que haya llegado el estudio científico anterior y vulgarizarlo en todas las esferas sociales del país por cuanto medio de propaganda estuviere a su alcance. La Sociedad no invadiría el campo de la beneficencia; su acción se orientaría hacia el cultivo del individuo sano. 3. Celebrar exposiciones anuales de homocultura para discernir premios a los mejores ejemplares de raza chilena que se exhiban cultivados conforme a las instrucciones de la sociedad. Reglamentos especiales regirán la forma de estas exposiciones, como asimismo la dación de datos sobre los individuos expuestos. 4. La Sociedad procuraría influir con sus consejos en el cultivo científico del hombre desde su nacimiento hasta los veinte años a lo menos, en los dos sexos. 5. La Sociedad contribuiría a la formación de estadísticas etnográficas del pueblo chileno. 6. Abrir en el Local de la Sociedad Nacional de Agricultura una sección especial para premiar al mejor grupo de inquilinos que se presente, social, económica, moral y antropológicamente considerados, grupos que servirían de tipo modelo para recomendarlo a los demás hacendados de la República, y finalmente: 7. Como un homenaje al Centenario de la Independencia abrir en el presente año en el Instituto de Educación Física una exposición de guaguas menores de un año, es decir de todas las nacidas en el Centenario de 1910, otorgando premios a las más sanas y mejor constituidas”. (Citado en Subercaseoux, 2007: 50). El autor también descubrió un aviso en la prensa promocionado por la Liga Chilena de Higiene Social que anunciaba un “profiláctico pro raza chilena” para prevenir “enfermedades de trascendencia social”. (Citado en Subercaseoux, 2007: 58-59).

décadas²⁰⁶. Lo que hace Palacios es ampliar la trama nacionalista hacia la raza, y darle la respetabilidad y el formato de un tratado. Sin embargo, el conjunto de oposiciones corresponde en gran medida a una semántica operante en la época. Eso explica que la idea de una supuesta raza chilena se adopte de modo rápido y acrítico. Carece de importancia si ésta tiene o no un correlato real, objetivo: se la adopta porque funciona, y funciona porque es una representación que integra a sectores antes excluidos; porque inventa una tradición que prolonga el mito de la excepcionalidad del país; porque crea una suerte de ciudadanía étnico-cultural más amplia que la ciudadanía política. Funciona por su nacionalismo estridente. Funciona porque apela a una unidad nacional que se justifica en una integración racial; funciona también porque asume una idea muy difundida en las primeras décadas: la idea de que la sociedad era un organismo análogo a la naturaleza; un “cuerpo” sujeto a cambios y a evolución a través del tiempo, proceso en el que la idea de raza y de selección social formaban parte. Funciona, por último, porque le da aire y espacio a la vieja ideología de la homogeneidad y de la excepcionalidad del país. En síntesis, funciona porque funciona. (Subercaseoux, op. cit.: 47).

A este tenor, como es evidente, estos imaginarios estuvieron presentes en los relatos históricos sobre la Guerra del Pacífico en Chile. A pesar de que los historiadores chilenos que ilustraron las visiones hegemónicas insistieron en la “objetividad” e “imparcialidad” de sus estudios, recogieron los planteamientos de la “raza chilena” y en ello, al igual que los políticos, pensadores y dirigentes de la época, fueron vanguardia Barros Arana y Bulnes.

Al respecto, como en otras ocasiones, Barros Arana recurrió a “observadores” europeos de lo acontecido en la Guerra del Pacífico que destacaron las “cualidades” de Chile frente a sus vecinos. Por ejemplo, citó a un Ministro diplomático de Gran Bretaña, M. Horacio Rumbolt, que después de comparar a Chile con su país, aseguró que el gran contraste entre Chile y los otros Estados americanos del mismo origen (Perú y Bolivia), se debía entre otros factores a la mezcla considerable de sangre extranjera (europea) que corría en las venas de su población. (Barros Arana, 1880: 9-10).

Después, el autor citó al publicista francés M. A. Rabutaux que escribió un artículo sobre Chile donde enunciaba como primera causa de su “excepcionalidad”, la cuestión racial:

Se ha preguntado de dónde ha venido á la república de Chile este feliz privilegio, i que favorables circunstancias le han valido un destino tan diferente del de las otras democracias del sur. Se han indicado muchas causas...la pureza de la sangre criolla, que se ha mezclado poco con los indios i por este medio ha conservado su vigor y su

²⁰⁶ Del Siglo XX.

superioridad moral – el carácter distintivo de esta raza activa i seria, que desea igualarse a los ingleses, i que un viajero compara con la familia holandesa – el profundo sentimiento nacional que está dotada, su gusto por los negocios i por el comercio – el aislamiento del país que lo ha protegido contra la ambición de sus vecinos – en fin la disposición territorial de este mismo país que no puede prestarse a largas guerras civiles i donde toda querrela debe decidirse pronto²⁰⁷. (Citado en Barros Arana, 1880: 11).

Bulnes fue aún más explícito y abundante con el tema de la “raza excepcional” de Chile, no sólo mediante su famosa síntesis de la “superioridad de una raza y la superioridad de una historia”, sino a partir de otras aseveraciones a lo largo de su obra sobre la Guerra del Pacífico.

En varias ocasiones se refirió a una “raza chilena” de trabajo y expansión que arrancó los tesoros del desierto, que se constituiría como “excepcional” o “fuerte” frente a Perú y Bolivia, y que sería la que permitió el desarrollo de las zonas de Antofagasta y Tarapacá, siendo el “estandarte de la civilización”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 172). También, realzó, principalmente durante las batallas más emblemáticas de la guerra, el vigor físico y moral de un pueblo “innatamente” patriota y heroico.

Asimismo, estos imaginarios se presentaron en la retórica nacionalista de las FFAA chilenas, que en más de una ocasión, con énfasis expusieron estas ideas. Por ejemplo, el Capellán Bernardino Abarzúa, en 1923, en la conmemoración de toma del morro de Arica, dijo ante las FFAA:

Roguemos a Dios que bendiga los esfuerzos y las empresas; que mantenga las condiciones de la raza; que aumente el patriotismo hereditario; que perpetúe la vitalidad de nuestras instituciones republicanas [...]; que el Ejército de Chile, tan respetado, tan querido, tan ligado a la patria azul al foco que la produce, conserve incólume la tradición de fuerza, de sacrificio y de libertad. (“Alocución patriótica que el Capellán don Bernardino Abarzúa pronunció en la plaza de Arica, el 7 de junio de 1923, para conmemorar la toma del Morro”. Memorial del Ejército de Chile, marzo, 1925: pag 17).

Se consideró a la institución militar como “la mejor escuela de civismo, por la grande influencia que está llamada a ejercer en la regeneración física y moral de la raza”.

²⁰⁷ Rumbolt, el autor inglés que citó Barros Arana, también habló del aislamiento territorial de Chile como una causa de su mayor progreso y desarrollo, porque lo mantuvo lejos de la influencia de los otros países “bárbaros” de Sudamérica y le generó la necesidad de trabajar más un suelo no tan privilegiado en riquezas como el de sus vecinos. Lo paradójico es que el aislamiento territorial, fue también uno de los ejes que marcó la identidad nacional en Bolivia, pero como una causa de atraso económico, político y social.

(“Conferencias del Gral. Vial Guzmán. Política militar. II. El Servicio Militar Obligatorio”. Memorial del Ejército de Chile, 1911).

Ugarte citó la historia publicada por el Estado Mayor General entre 1980 y 1985, donde se valoró la supuesta homogeneidad de la raza chilena que nace de la mezcla de españoles y araucanos, pero con mayor “sangre europea”: “En el siglo XVII, entre el Aconcagua y el Maule, casi no existían habitantes de pura raza indígena. Todos eran mestizos. El soldado español y el encomendero criollo empiezan a mezclar su sangre con jóvenes mestizas, lo que produjo un tipo mestizo muy blanqueado, muy cargado de sangre blanca europea”. (Citado en Ugarte, 2011: 129).

En consecuencia, los planteamientos que enaltecieron la “raza chilena”, no sólo tendrían cierto eco durante la Guerra del Pacífico y los periodos cercanos a este acontecimiento, consolidándose como una semántica que caracterizaría al Chile de fines del Siglo XIX e inicios del Siglo XX, sino que perduraron en lo posterior desde la articulación del mito de la excepcionalidad chilena, imaginario muy difundido e insertado en la conciencia colectiva, teniendo en cuenta que la mayor parte de la historia “nacional” hegemónica se alimentó de autores como Barros Arana y Bulnes, junto con lo expuesto por los principales políticos, pensadores y prensa de la época.

En ese marco, Subercaseoux, subrayó la influencia de la idea de la “raza chilena” y de los planteamientos de la eugenesia mucho después de los inicios del Siglo XX e incluso en las vertientes políticas más mesocráticas de Chile como las plasmadas por los gobiernos de Alessandri Palma, Pedro Aguirre Cerda e incluso Salvador Allende con medidas de fomento al deporte bajo los supuestos del “mejoramiento de la raza”. (Subercaseoux, Op. Cit.: 60-62).

3.1.2 El rescate de los mapuches y el “roto” en el marco de la Guerra del Pacífico

Bajo las representaciones de la “raza chilena”, fue que la retórica nacionalista y las visiones históricas chilenas durante y después de la Guerra del Pacífico, rescataron la herencia mapuche de la “chilenidad” y también el destaque de las clases populares o “el roto”.

En relación a ello, Subercaseoux, nos presentó dos momentos constitutivos del nacionalismo chileno: Antes de la Guerra del Pacífico, cuyos simbolismos estuvieron más ligados a los emblemas nacionales abstractos, y después de la guerra, cuando se generó el “tiempo de la integración” y se articuló como símbolos a los sectores históricamente despreciados, en el afán de encontrar un pasado común, un origen y raíz cultural para “lo chileno”, y también para “integrar” a Chile en el reforzamiento de su identidad nacional. (2014: 72).

Es a partir de aquello que, en primera instancia, se redimió al mapuche como principal símbolo del “Chile guerrero”, recordando su “fiera” y “valiente” resistencia frente a la dominación española, aspecto que habría sido heredado por los chilenos y, de esa forma, se podía comprender el “Chile jamás vencido” en las guerras, comenzando por la guerra de independencia:

El referente indígena fue instalado por los criollos, los que se consideraron los legítimos herederos del valor araucano. El carácter heroico del mapuche otorgaba una fuerza mítica a la construcción nacional [...] Además de ser una particularidad de Chile, el referente mapuche venía a reforzar la idea de España como tirano, haciendo alusión a la guerra de Arauco, y a la constancia y audacia con que el indígena es presentado. (Silva, 2008. Citado por Ugarte, 2011: 93).

Así, desde la percepción del “Chile guerrero” se fue consolidando el rescate del indígena mapuche como símbolo. Más allá de la praxis claramente discriminatoria que tuvo y tiene el Estado chileno frente a este colectivo, se lo glorificó por sus supuestas dotes “guerreras” lo que sería su mayor aporte a la identidad chilena²⁰⁸. Al respecto, fue relevante lo que indicó Totoro Taulis sobre la construcción del mito de una “raza militar”:

El sistema de educación en Chile, enseña desde los primeros años que la araucana fue una raza militar y que la característica ha sido heredada, generación tras generación, a sus descendientes mestizos chilenos [...] El chileno mestizo adicto a este pensamiento aborrece su herencia indígena, salvo en sus genes belicosos: se siente inglés con lanza y porra. (Citado en Baptista, 2004: 34).

²⁰⁸ En ese sentido, el poema “La Araucana” de Alonso de Ercilla, donde se idealizó la capacidad guerrera del mapuche, ha marcado la visión de generaciones enteras al ser catalogada como obra fundamental en la construcción de la identidad nacional chilena.: “La analogía entre la situación de los araucanos en el siglo XVI y la situación de los patriotas criollos en el Siglo XIX se hizo común”. (Larraín: 2001: 86).

Según Larraín, estas ideas no fueron excepcionales: “Juan Egaña, Camilo Henríquez, José Miguel Carrera, José Miguel Infante y una gran variedad de escritores y periodistas ensalzaban la gesta de la resistencia araucana como una fuente originaria de la identidad que había marcado la ruta de la Independencia”. (Larraín 2001: 86).

Subercaseoux complementó:

Los criollos independentistas republicanos se consideraban herederos legítimos de los araucanos, a quienes concebían -por su espíritu libertario- como un mito patriótico. El pensamiento republicano -tal como se infiere del primer escudo nacional (1812)- percibía en el pasado indígena su época clásica; consideraba, sin embargo, a los pueblos originarios en una perspectiva de educación y asimilación progresiva. El adjetivo ‘araucano’ llegó a ser un modo de decir ‘chileno’, fue, como señaló Mario Góngora, ‘una glorificación idealizada’. (Subercaseoux, 2014: 32).

Ugarte acotó:

La creación de distintos medios de comunicación con nombres indígenas como ‘El Araucano’ fue una muestra de ello, así como el simbolismo indígena plasmado, entre otras cosas, en el escudo nacional. Pero esto sólo en cuanto a la creación consciente de una imagen cuyo norte es la configuración de una comunidad vinculada por elementos comunes, que de todas maneras no tenía mayor relación con un cambio significativo en las estructuras sociales. (Ugarte, 2011: 94-95).

En el imaginario de la “raza chilena” igualmente se subrayó el “aporte” “araucano”, asumido como “raza guerrera” y por tanto, según los planteamientos de Palacios, una “raza fija” y “patriarcal” que junto a los “godos” también con los caracteres referidos, configurarían la “raza chilena” esencialmente “guerrera” y por tanto “varonil” y “superior”, mito articulado luego de la Guerra del Pacífico para explicar por qué Chile “siempre vence” a sus enemigos.

Estas acepciones racistas y sexistas, como se dijo líneas arriba, no fueron extravagantes, sino reflejaron una corriente recurrente en el marco del “Chile guerrero”. En la retórica de la Guerra del Pacífico fueron constantes las alusiones a lo “varonil”, “guerrero” “don de fuerza” y “vocación de las armas” de todo chileno y en ese contexto se vieron múltiples alusiones a los “araucanos”.

Bulnes, asimismo, se refirió a la preparación del ejército chileno en los enfrentamientos contra las “valerosas tribus” araucanas (Bulnes, 1911. Tomo I: 168) o también como la “raza indómita que vivía sobre sus veloces caballos”. (Bulnes, 1911. Tomo III: 617).

No obstante, eso no evitó que haya primado la lógica de la dicotomía de “civilización versus barbarie” y con ella se justificara, al mismo tiempo y paradójicamente, un proceso de franca hostilidad hacia los mapuches. El mismo Bulnes, se remitió a ellos como los primeros antagonistas del ejército chileno, formado y endurecido en las batallas de la Araucanía.

Por otro lado, otro posicionamiento importante de este “tiempo de integración”, se generó en torno a la figura del “mestizo de araucano y español”, el “roto chileno”, que llegó a simbolizar al soldado de este país, a la “raza chilena” y también a la “unificación” de Chile, todo ello a pesar del desprecio secular a este colectivo tan marcado, aún hoy²⁰⁹, en las representaciones chilenas.

A partir de esto, el “roto” como fruto de la mezcla de “dos razas guerreras” fue también constituido como eje central del “Chile guerrero”, construyendo un nexo entre los mapuches “aguerridos” de la conquista y el “roto” soldado. Por ejemplo, Vicuña Mackenna al rescatar los versos de “La Araucana”, recordó que los antepasados de los “rotos” de Chile fueron aquellos valientes mapuches. Comentó esta tesis, Gabriel Cid: “Vicuña Mackenna formuló la propuesta esencial de su argumento: para que el roto contemporáneo fuese verdaderamente el roto histórico, debía tomar las armas, pues ‘el verdadero, el único roto genuino es el roto armado, el roto de guerra’”. (Citado en Ugarte, 2011: 122).

Entonces, al igual que el mapuche, el “roto” fue destacado por sus cualidades en la guerra y específicamente en la Guerra del Pacífico: “la fuerza física y su capacidad para la lucha fueron los únicos elementos rescatables que la élite vio en este grupo social, y supo aprovecharlo en una ola de sentimientos nacionalistas en el momento adecuado, por oposición al *cholo* peruano”. (Ugarte, 2011: 119. Las cursivas son del autor).

²⁰⁹ En la polarizada estructura social chilena, la idea del “roto” conlleva un tinte despectivo que busca reflejar la marginalidad social, sea por cuestiones de “raza”, sea por “abolengo”, “origen”, “apellido” o clase social. En la actualidad, “roto”, tiene una significación de “mal educado” o “sin modales”, en otras palabras, “bárbaro”.

En ese ímpetu por encontrar un origen étnico propio para consolidar la singularidad del nacional chileno y que lo diferenciase de sus vecinos (todo ello propio del potenciamiento del nacionalismo cultural), el roto se ensalzó como ese prototipo. Comentó Cid: “(la Guerra del Pacífico) produjo la coyuntura precisa para la movilización, por parte de la elite, del roto como ícono nacional, pues propició en la sociedad chilena una etnización clara del nacionalismo, contexto clave para levantar estereotipos sociales –como el roto– basados en una ‘racialización’ de la nación”. (Citado en Ugarte, 2011: 120).

Así, de acuerdo a Cid, la apoteosis del roto comenzó a hacerse manifiesta después de la batalla de Pisagua. En los discursos se enaltecieron no solamente su fuerza física o valor, sino su “patriotismo sin igual e innato” que permitió que el soldado chileno, “prefiera morir antes que perder la guerra”:

El roto sacrificado-otro de los temas del discurso nacionalista chileno- fue descrito como incansable en la paz y terrible en el combate. El poblador del Chile rural moría tranquilo, habiendo perdido en ocasiones ‘hasta su nombre para tomar un número en el regimiento’, al cual servía con tesón. (Mc Evoy, 2010: 101).

Desde esta percepción fue comentado el alistamiento “masivo” y “patriota” que nutrió a los batallones de Chile en la guerra. Por ejemplo, respecto de las “virtudes” del roto en la Guerra del Pacífico, en agosto de 1880, el religioso Francisco Bello, elogió:

Se comprende perfectamente que veteranos aguerridos y esos hombres de fierro de nuestra raza, para quienes las más dolorosas penalidades son el pan cotidiano de su existencia, y que en la hercúlea configuración de su cuerpo parecen desafiar las contrariedades y peligros de la más adversa naturaleza, se comprende, digo, que no les infunda terror alguno el monstruo de la guerra”. (Oración fúnebre pronunciada por el presbítero Francisco Bello celebrada en honor a las víctimas de la guerra el 11 de agosto de 1880. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 201-202).

Justo Arteaga Alemparte, a nombre de la prensa en uno de los tantos homenajes a los soldados en Valparaíso, expresó en marzo de 1881:

Conocíamos a los soldados de Chile. Sabíamos que eran de esta raza chilena que no conoció el miedo ni la fatiga, y que poseen esas dos grandes virtudes que forman a los grandes pueblos: el trabajo en la paz, el heroísmo en la guerra.

¿Qué no han vencido estos invencibles, ya como hombres de paz o ya como hombres de guerra?

Hombres de paz, han arrancado a los Andes sus tesoros, han vestido nuestros campos de doradas espigas, han suprimido montes, ríos y precipicios para nuestras comunicaciones, que debían servir a nuestra grandeza en la paz.

Hombres de guerra, han escalado las cimas más escarpadas para conquistar las banderas del enemigo, y han suprimido las fortificaciones más inexpugnables, saltando por sobre crestas y tomándolas a la bayoneta, para abrir camino a las victorias de Chile. (En Boletín de la Guerra del Pacífico, Santiago, 16 de mayo de 1881. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 333).

De esta forma, se glorificó al roto “por todas las clases sociales, tomando mano además de una serie de prácticas preexistentes que hicieron posible su mitificación como héroe colectivo” (Ugarte, 2011: 121) y “en un contexto de proclive a la difuminación de las tensiones étnicas en pos de la unidad nacional, la figura del roto como encarnación de la nación representaba mayores potencialidades de socialización como ícono en un país cuya población era mayoritariamente mestiza”. (Cid. Citado en Ugarte: 121).

En suma, el rescate del “roto armado” fue una invención como consecuencia de la Guerra del Pacífico y no anterior, a partir de la segunda etapa de la construcción de la identidad nacional chilena (el nacionalismo moderno e integrador), justamente como legado de la guerra, aunque hay autores que posicionaron al “roto” como prototipo heroico desde la guerra contra la Confederación Perú- boliviana, enarbolando el “mito de Yungay”.

De acuerdo a la investigación de Subercaseoux, se comprende que se haya reeditado la celebración de la batalla de Yungay desde 1880, en el contexto de las victorias chilenas de Miraflores y Chorrillos y que, a partir de ese momento, se haya conocido como la “fiesta del roto chileno”. La historia “nacional” hegemónica, entonces, construyó un vínculo simbólico entre la guerra contra la Confederación Perú-boliviana y la Guerra del Pacífico, al colocar al “roto” como centro de una celebración patriótica de la primera guerra y realzando las significaciones de la segunda. En tal sentido, existió una parafernalia que vinculó la guerra contra la Confederación Perú-boliviana al “roto chileno”, contando tal simbología, a parte de la “fiesta del roto chileno”, con un himno (Himno a Yungay) y una serie de monumentos como el de la Plaza de Yungay en Santiago. Explicó el autor:

En efecto, lo que se buscaba conscientemente era vincular al ícono heroificado en la Guerra del Pacífico con la victoria de Yungay, en un ejercicio premeditado de otorgarle un mayor espesor histórico a una figura claramente funcional y contingente. Se producía

así ‘la invención de la tradición del roto vinculado a Yungay, a través de una escenificación mítica y que a partir de 1889 dio paso a la ‘fiesta del roto chileno’, conmemorada cada 20 de enero. Es importante recalcar que en la guerra contra la Confederación nunca se mencionó siquiera al roto en documento alguno respectivo a la victoria de Yungay, ni durante, ni mucho menos, después de la guerra. A pesar de esto, uno de los mitos más difundidos por la historiografía nacional, y sobre todo por obras de divulgación, es afirmar que el roto chileno tuvo su origen en los campos de Yungay, lo que no tiene ningún apoyo documental, más allá de una lectura nacionalista retrospectiva’. (Subercaseoux, 2014: 252)²¹⁰.

De esta manera, es que después de la Guerra del Pacífico y potenciándose con el festejo del Centenario de la independencia de Chile en 1910, se terminó de articular el mito de la “raza chilena”, con su fenotipo en el “roto”, como un puntal identitario nacional-cultural que alimentó la literatura criollista, las historias “nacionales” y/o hegemónicas y los tratados ultranacionalistas inspirados en el darwinismo social como el citado libro de Nicolás Palacios “Raza chilena”. Todo desde un complejo conjunto de acciones, discursos y praxis promocionadas desde el Estado en Chile con el fin de promover la “raza”²¹¹.

Una cuestión paradójica y también para comprender la importancia de las rivalidades que están implícitas en la Guerra del Pacífico y en el reforzamiento de identidades y alteridades en Chile, es que, según Concha²¹² este denominativo de “roto” provino de Perú, específicamente de la elite limeña, que tendió a ver con desprecio a los chilenos, al

²¹⁰ Para ilustrar la fuerza de esta leyenda, veamos algunos fragmentos del “Himno a Yungay”:

“Cantad ciudadanos/Hermanos cantad,
Que hoy Chile al soldado/Levanta su altar. (...)
Él deja los goces/La tierra y hogar,
Por irse a los campos/De guerra a pelear
Manejando el arma/Con brío y soltura,
Como la herramienta/De su agricultura...”

²¹¹ Sin embargo, fue menester reforzar el mito ante los cuestionamientos de una real retribución al roto por su labor en la guerra, dado que después de la misma las estructuras sociales que lo condenaban a ser un sector social marginado, se mantuvieron. Como ejemplo, en 1888 se decidió hacerle un homenaje más manifiesto con un monumento al “roto chileno” en la plaza de Yungay. Para ello, se escogió una obra premiada en París y Santiago, llamada “Un héroe del Pacífico” y en cuya inauguración se contó con la presencia del presidente Balmaceda. Lo interesante, es que la explotación del salitre bajo soberanía del Estado chileno, gracias a los territorios anexados por la guerra, estructuró a un proletariado cada vez más consciente y que también fue influenciado por las ideas marxistas y anarquistas que se comenzaron a difundir en América Latina las primeras décadas del Siglo XX, cuyo puntal justamente, fue la clase obrera chilena. Aquello derivó en visiones alternativas para tratar la Guerra del Pacífico y sus consecuencias y en ese marco, el papel del roto transmutó de ícono patriótico funcional y abstracto a un sector social espoliado en la guerra y en la paz.

²¹² Entrevista a José Miguel Concha, octubre de 2011.

haber sido una pequeña capitania que dependió en su pasado colonial del “gran Virreinato” con centro en Lima.

Supuestamente, el mote surgió de la rivalidad de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, que había llegado de una expedición en Chile luego de haber fracasado en su búsqueda de oro. Almagro fue llamado despectivamente por los seguidores de Pizarro, situados en la rica Lima, como “roto”, es decir, “andrajoso” o “pordiosero”. Desde entonces, Chile fue visto como una especie de “pariente pobre” de un Perú históricamente opulento y así fueron estigmatizados los chilenos por sus rivales perennes: fueron menospreciados como los “rotos” de Chile²¹³.

Esta rivalidad y sus consecuentes estigmas se fueron profundizando luego de la Guerra de Independencia, donde, según las visiones históricas chilenas, las tropas al mando de San Martín, pero con una mayoría de chilenos, le “obligaron” a declarar la independencia a Perú. Posteriormente, la competencia de los puertos de Valparaíso y El Callao, acrecentaría las hostilidades que finalmente derivaron en la guerra entre Chile y la Confederación Perú-boliviana y en la Guerra del Pacífico²¹⁴.

No obstante, lo notable es que el estigma del “roto” haya sido de tal manera apropiado en Chile que hasta hoy en este país siga teniendo una connotación despectiva, más allá de todos los intentos retóricos que buscaron darle un cariz funcional durante y después de la Guerra del Pacífico.

3.1.3 El mito de la homogeneidad chilena

Uno de los atributos más importantes que ha marcado la autopercepción chilena es el de una supuesta homogeneidad de su población, imaginario que ha variado en matices porque puede abarcar lo “social”, lo “histórico”, lo “cultural” o lo “racial”. Esta interpretación, además, vendría a diferenciar a Chile de una América Latina caracterizada por la diversidad cultural.

²¹³ Ibid.

²¹⁴ Desde este “trauma” se puede comprender la permanente alusión en la retórica chilena guerrista a la opulencia de Lima, “tomada”, “menguada” y “humillada” por la otrora “pequeña capitania” que terminó venciendo al “gran Virreinato”. Veremos ese tema más adelante.

En ese marco, se ha socializado exitosamente la imagen tan bien resumida por el ilustre pensador chileno José Victorino Lastarria que indica que “Basta ver a un chileno, para conocerlos a todos”. (Citado en Subercaseoux, 2014: 128).

Esta representación le dotó a la identidad chilena de un discurso integrador, que, por un lado, hizo desaparecer las contradicciones sociales que no dejaron de caracterizar a su formación, lo que incluyó el exterminio e incorporación violenta de los mapuches al proyecto nacional y la asimilación simbólica de los grupos menos favorecidos en la estructura social, pero por otro, la diferenciación de Chile con los “otros” países.

Se presentó a Chile como una sociedad homogénea desde los inicios de la República o por lo menos, más uniforme que otras naciones latinoamericanas. De acuerdo a varios autores, esto fue mayormente reforzado luego de la Guerra del Pacífico cuando se terminó de articular el concepto de “raza chilena”, presentada con menor “mezcla” y por tanto, dadas las “teorías” racistas de la época, “superior” y con más propensión a la estabilidad política, y este último aspecto fue utilizado por diversos estudiosos para explicar el “mayor éxito” que habría tenido Chile en la cimentación de un nacionalismo moderno, en la constitución de sus instituciones estatales y en su desempeño en la Guerra del Pacífico. La representación de la “raza chilena”, terminó de articular la supuesta “homogeneidad” social y política que se presentó como uno de los mayores mitos de la identidad chilena.

Llama la atención que incluso en los autores de nuevas generaciones y críticos a los imaginarios más recalcitrantes del nacionalismo chileno, se encuentre arraigada la idea de la “homogeneidad (racial) chilena”, en especial en comparación con sus antagonistas (en este caso, Perú). Por ejemplo, Ugarte explicó las razones para la más “exitosa” formación de conciencia nacional en Chile:

Nuestro país, por razones tan diversas como la mayor homogeneidad racial, una elite más pequeña y cohesionada, la ventaja del territorio más fácil de manejar, entre otras, pudo llegar a la meta de manera más rápida.

Un pequeño alcance sobre la homogeneidad chilena. Hay que hacer la aclaración que hablar de “mayor homogeneidad” no quiere decir de ninguna manera que los chilenos seamos un pueblo único racialmente, sino simplemente que las diferencias étnicas en Chile son sensiblemente menores que en otros países de América Latina (como el Perú), donde la diversidad cultural del país ha sido suprimida sistemáticamente por el Estado y que la autonomía política de las regiones no ha tenido un espacio significativo para

expresarse. Sin embargo, las diferencias existen, y a mi juicio la mayor diferenciación interna que caracteriza a Chile no es étnica, sino social. La enorme desigualdad del país se traduce, para mi percepción, en la existencia de una gran heterogeneidad social, con grandes diferencias de clases que constituyen abismos de pensamiento, cultura, vivencia y objetivos distintos entre ellos y que podemos apreciar incluso en una misma ciudad. Pero a comparación con el Perú, y para efectos de nuestro estudio, resulta absolutamente certero decir que Chile es un país mayormente homogéneo racialmente, siendo la gran mayoría de su población de origen mestizo. (Ugarte, 2011: 139).

Otros autores, más que hablar de una “homogeneidad racial” general, se refieren a una elite más pequeña y compacta, aunque asentada en una mayoría invisibilizada. Salazar, apuntó:

La historia política de Chile perfila nítidamente un arquetipo de construcción estatal, a saber: la transformación de la diversidad civil en una unidad política se ha logrado sustituyendo el diálogo ciudadano por un ‘consenso operacional’, que ha consistido en la imposición de una determinada forma estatal (unilateral) con ayuda de las Fuerzas Armadas. La ‘ilegitima’ tarea de alcanzar la homogeneización política de la sociedad a partir de un proyecto unilateral se ha resuelto con el uso de la fuerza”. (Salazar, 2011: 20).

Aquello conllevó a la negación de los colectivos indígenas en Chile como mapuches y aymaras, grupos que al ser minoritarios fueron fácilmente “integrados” por la “razón o la fuerza” o, simplemente, invisibilizados a partir del realce de la sociedad chilena como “mestiza”:

La sociedad chilena no es una sociedad dual como las hay muchas en Hispanoamérica (...) no se ha dado entre nosotros distancias lingüísticas insalvables, y tampoco ha habido focos de resistencia cultural fundados en grandes civilizaciones pre-hispánicas; en este sentido, el mundo mapuche siempre ha sido un tanto marginal. (Jocelyn-Holt, 1997: 186).

Por ende, fue ilustrativo lo que mencionó Subercaseoux al analizar ese imaginario homogenizador en un contexto donde la “integración” finalmente fue impuesta, pero bajo una base social desigual y, en el fondo, polarizada: “una nación que simbólicamente busca integrar a sus habitantes pero que en la realidad es excluyente”. (Subercaseoux, 2014: 469). Todo ello más allá del rescate “heroico” del mapuche y el “roto”, por esencia prototipos de la exclusión social en Chile.

3.1.4 *La Guerra del Pacífico unificó a Chile*

Bajo la tutela de los íconos funcionales del “roto chileno” y el “mapuche guerrero”, durante y después de la Guerra del Pacífico, se enarboló el mito de que la misma “unificó a Chile”, a pesar de su histórica polarización y estructura social vertical y desigual, lo que igualmente alimentó el mito de la homogeneidad chilena.

Se reprodujo el mensaje de que todos los sectores sociales de Chile apoyaron la guerra incondicionalmente, porque los unificaba su “amor a la patria”, supuesto que se potenciaba con los ritos que presentaron a la guerra como un espectáculo, efectivamente, masivo, y también con el reforzamiento de los antagonismos y alteridades que se concentraron en los “enemigos externos”. Además, se planteó de tal forma la situación, como si durante la guerra habrían desaparecido las clases sociales, las divisiones de castas y las diferencias políticas, subrayando la incorporación de mapuches y “rotos” a la nacionalidad en términos simbólicos. Explicó Mc Evoy, citando algunos discursos ilustrativos durante la guerra:

Uno de los temas reiterados tanto por la oratoria sagrada como la cívica fue la noción de que las barreras sociales se disolvían en los actos tendientes a celebrar a los ‘manes de la república’. La ‘universalidad del júbilo’, a la que se refirió Altamirano²¹⁵ en el discurso de bienvenida a los prisioneros de la Esmeralda, refrendó la idea de que todas las clases sociales se agrupaban alrededor de los héroes con la finalidad de mostrarles su gratitud, que era finalmente, ‘la gratitud del país’. En ese escenario tan especial era posible que el hombre de letras, el estadista, el banquero, el artesano, el mozo de cordel y el gañán conformaran ‘un solo corazón’ y ‘una sola alma’. El discurso de la unión apelaba a un imaginario en el que, tal como lo sintetizó la banderola colgada en las puertas del cementerio de Santiago, Chile se convertía en ‘un solo pensamiento’. (Mc Evoy, 2010: 99).

Como referentes de ello, tenemos a la oración fúnebre en honor a los muertos de la batalla de Iquique pronunciada en junio de 1879, donde el religioso Esteban Muñoz Donoso aseguró que “cuando la inaudita victoria de Iquique estremeció de gozo nuestros corazones, se vio a hombres separados por odios personales o de raza estrecharse con abrazo fraternal”. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 173).

En marzo de 1881 el Gobernador Eclesiástico de Valparaíso Mariano Casanova, expresó:

²¹⁵ Se refiere al entonces Intendente de Valparaíso.

La sombra de la patria ultrajada recorre en un momento toda la República que se pone de pie cual un solo hombre. El entusiasmo es general en todas las clases sociales por defender nuestra inmaculada bandera. La juventud, es bella y escogida juventud, olvida su porvenir y sus halagos, ciñe el casco del guerrero y empuña en su delicada mano el pesado fusil. La azada, el arado y los instrumentos de la minería y de la agricultura se convierten como por encanto en espadas, en rifles y cañones [...] Los partidos políticos olvidan sus rencores; los ricos prodigan sus tesoros; los sacerdotes truenan desde la sagrada cátedra; las vírgenes oran y las madres bendicen a sus hijos que marchan al combate. (Ibid: 235).

Salvador Donoso, en la misa celebrada en la Catedral de Lima, luego de la ocupación de esa ciudad, también fue elocuente:

Desde la hora siniestra en que fuimos provocados a la guerra, la chispa divina de ese fuego sagrado se inflamó en todas las almas, y de un extremo a otro de nuestra floreciente República, no hubo más que un solo pensamiento, un solo deseo, una sola ambición: la defensa y gloria de Chile. [...] Mas señores, mientras subía al trono del Eterno la incesante plegaria del sacerdocio y del pueblo, del niño y del anciano, de la virgen y de la matrona, que se ponían bajo el amparo de la Divina Providencia, los hombres capaces de empuñar el acero, sin distinción de clase ni condiciones, desde el obrero acaudalado de las grandes ciudades hasta el labriego pacífico de nuestras feraces campiñas, corrían a aumentar las filas de nuestro ejército. (Ibid: 227).

Guillermo Feliú Gana, en exaltado discurso en el meeting de Talca de marzo de 1879, también recomendó:

Al grito de guerra acuda el joven y el viejo, el pobre y el rico y que todos estrechándose en un noble y fraternal abrazo, formen la coraza de acero en que vengan a embotarse los dardos cobardes e indignos de los que ayer se titularon nuestros hermanos y hoy son nuestros más encarnizados enemigos [...] Probemos que ante la patria en peligro, desaparecen los rangos, desaparecen las fortunas; que sólo quedan ciudadanos dispuestos a vender caras sus vidas antes de empañar con un baldón ese glorioso estandarte". (Ibid: 260).

Asimismo, otra representación sustentada en la Guerra del Pacífico fue que mediante la participación heroica en la misma, significaba la posibilidad de ascender de rango social, no importando la casta, clase o "raza", sino el heroísmo y las hazañas de guerra: "Además de colaborar en el fortalecimiento del espíritu de unidad en un contexto caracterizado por la polarización entre clases sociales, la guerra permitió establecer mecanismos, tanto reales como simbólicos, de movilidad social". (Mc Evoy, 2010: 99).

No sólo se aseguró que “roto” no era estigma, “es ahora un timbre de honor”²¹⁶, sino también se hizo la promesa de que un héroe de guerra tendría “igual” posición que cualquier ciudadano de “buena cuna”. Altamirano, el intendente de Valparaíso, fue concluyente al entregar unas medallas a los soldados sobrevivientes del buque “Esmeralda”, tanto en la condena a los aludidos a ser “siempre heroicos”, como respecto al capital social que significaba el “heroísmo” en la guerra:

Estas medallas os recordarais que un día fuisteis grandes y harán que siempre lo seáis. Estas medallas os recordarán que vuestro ilustre jefe os mira desde el cielo y sigue vuestros pasos para que nunca os apartéis de la senda del deber. No olvidéis que estáis condenados a ser siempre heroicos, siempre bravos, siempre grandes. Si algún día os sentís débiles, mirad vuestra medalla y ella os hará fuerte.

Al ir a visitar a vuestras madres y a vuestras esposas llevad esta medalla en el pecho, y las veréis orgullosas y felices.

Cuando conduzcáis a vuestras hijas al pie del altar para que el sacerdote bendiga su amor, prended esta medalla en vuestro traje; vuestras hijas levantarán entonces con altivez la frente, mirando de igual a igual a las más encumbradas posiciones, porque podrán decir que, si no son hijas de la fortuna, son las hijas del heroísmo y del honor”. (Extraído por Mc Evoy, 2010: 293).

En lo que respecta a las interpretaciones históricas, sobre este tema Bulnes tuvo abundantes referencias. Resaltó el hecho de que la “nación en armas” fue capaz de constituir, con pocos recursos y en tiempo record, un ejército que empezó con 2000 hombres y al finalizar la guerra llegó a 70000 y que fue conformado por todas los segmentos sociales y poblaciones de Chile, “moléculas vivas de la sociedad chilena de todas las clases, ricos i pobres, analfabetos e ilustrados, labriegos toscos y representantes de la vida social más refinada”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 740). Recalcó:

El patriotismo se iba despertando hoy, con el paso de un cuerpo que venia de la frontera de Arauco i que al cruzar las poblaciones que hay á lo largo de la via sembraba un reguero de entusiasmo; mañana con otro que se embarcaba en Valparaiso, en medio de las aclamaciones de multitudes apiñadas á su pais; aquí la puja de la juventud acomodada por llenas las filas, los escritorios que se vaciaban, los bancos que se despoblaban, los empleados de las oficinas públicas que desertaban de sus puestos, i en todas partes la presión popular, dominante e invisible, empujaba a las filas, rodeando con su simpatía al que partía al norte, con su menosprecio al que no lo hacía. Este cuadro no tiene nada de recargado. Al revés, lo encontrarían pálido los que sintieron la impresión de aquellos

²¹⁶ Discurso de Eduardo de la Barra en la Recepción a los prisioneros de la Esmeralda en Valparaíso, diciembre de 1879.

días. Así se fue engrosando el ejército como la ola que se hincha azotada por el viento”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 172).

En otro momento, remarcó la “competencia” de las localidades por “entregar” a sus “hijos” al sacrificio de la guerra:

Cada uno de estos cuerpos representaba el inagotable esfuerzo de las localidades por hacerse representar en la guerra, las que miraban en esos batallones la imagen de ellas mismas. Colchagua no quería ser menos que Aconcagua; Concepción ofrecía alegremente a sus hijos; Melipilla los suyos; Atacama se despoblaba para seguir la gloriosa senda del primer cuerpo de su nombre, i así sucesivamente las provincias se disputaban la gloria de distinguirse, poseídas del heroico ardimiento que es el privilegio de las razas fuertes en los momentos de peligro. La pluma del historiador chileno no puede menos que vibrar ante el recuerdo de aquellos días. El sacrificio no desalentaba á nadie. Al contrario, estimulaba á todos en la resolución inquebrantable del éxito final i ella se propagaba en el país por ondas que sacudían el alma nacional en las faenas mineras, en los villorios, en los campos. Es una justicia reconocer que en aquellos memorables días nadie en Chile quería ser menos i que el espíritu público latía en todas partes con la misma intensidad i vigor”. (Bulnes, 1911. Tomo II: 108-109).

Cabe repetir que estos pasajes resumen de manera magistral los principales imaginarios que son motivo de este estudio.

3.2 La “superioridad de una historia”

3.2.1 *La temprana constitución del nacionalismo en Chile*

Una de las fábulas más difundidas desde las visiones históricas chilenas, el marco de la Guerra del Pacífico, fue aquella encumbrada por Bulnes: Contó que un almirante francés no podía comprender el resultado de la guerra a favor de Chile, porque había visto las fortificaciones en Lima, que juzgó muy poderosas. Al consultarle su opinión a Patricio Lynch²¹⁷, éste lo llevó a preguntar a heridos de guerra de Perú, que estaban prisioneros, por qué pelearon, uno contestó que por Piérola y otro que por Iglesias. En cambio, al hacer la misma pregunta a un soldado chileno, contestó que luchó por “la patria”. La conclusión de Lynch, plasmada en letras por Bulnes, fue: “Por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria, los otros por don fulano de tal [...] Era eso lo que había vencido:

²¹⁷ Recordar que Lynch fue un militar chileno de la Guerra del Pacífico que fue Comandante en Jefe del Ejército en varias batallas importantes y máxima autoridad durante la ocupación chilena de Lima. Es considerado como parte de los héroes nacionales de Chile.

la superioridad de una historia sana i moral sobre otra convulsionada por los intereses personales”. (Bulnes, 1911. Tomo II: 699).

De esta forma, hubieron y hay muchos pensadores chilenos que explicaron la victoria de Chile en la Guerra del Pacífico porque en Chile durante el Siglo XIX había logrado articular un nacionalismo moderno²¹⁸ que desembocó en una conciencia nacional mucho más conformada que unos Perú y Bolivia signados por plutocracias sin visión nacional, caudillismos interesados y cortoplacistas y una mayoría de la población ignorada y sin derechos ciudadanos que no sentía pertenencia a esos Estados.

Siguiendo el ejemplo de Bulnes, los historiadores e intelectuales que respondieron a las posiciones más recalcitrantes del nacionalismo chileno, destacaron constantemente esta supuesta característica de la formación social chilena. El historiador Sergio Villalobos, por ejemplo, enfatizó que su país tuvo “conciencia nacional” desde la década de 1830, mientras los en los países vecinos se turnaban en gobernar caudillos sin proyectos que puedan calificarse como nacionales²¹⁹.

De tal manera, la acepción de que Chile es un país más exitoso en la articulación nacionalista frente a sus vecinos, también fue componente de los rasgos de la autopercepción chilena más allá de la validez objetiva de tal supuesto²²⁰: “Es por ello que parafraseando a Hayden White, es posible afirmar que el nacionalismo chileno es real no tanto porque existió como cifra estadística, sino porque sus productores tuvieron la habilidad de construir imágenes imborrables”. (Mc Evoy, 2010: 16).

Así, para la mayoría de los análisis desde Chile, a partir de la independencia chilena, la elite, principalmente las vertientes ilustradas y liberales, fue apuntalando la constitución de una conciencia nacional desde un Estado con rasgos autoritarios (la “era portaliana” y su legado), pero también con dosis “progresistas” que buscaban convertir a Chile en un referente de los ideales de “progreso”, “civilización” y “libertades civiles”. Ugarte (2011), recopilando la visión de varios autores, concluyó que la construcción de la nacionalidad

²¹⁸ Remitirse a las categorías de los antecedentes conceptuales del Capítulo I.

²¹⁹ Entrevista a Sergio Villalobos en el documental chileno-boliviano-peruano, “Epitafios de una guerra”, 2004.

²²⁰ Como aclaramos para el caso de Bolivia, muchos imaginarios sociales también pueden basarse en análisis menos esencialistas o chovinistas y en pautas objetivas de la realidad política y social, que a su vez son potenciadas por la inserción del imaginario en la conciencia colectiva.

chilena fue un esfuerzo de arriba hacia abajo, antecediendo el Estado a la nación (lo cual se adecúa a la definición del nacionalismo moderno).

Para ello se creó una especie de “religión cívica” sumida en el enaltecimiento del patriotismo político, que tuvo la virtud de apuntalar a la población chilena para justificar las guerras internacionales donde participó Chile y que por ello, principalmente en relación a la Guerra del Pacífico, pudieron calificarse como “guerras nacionales”, en el marco de que su sentido se convirtió en parte de un discurso hegemónico que integró en la “chilenidad” a la población a pesar de las marcadas diferencias sociales.

Como se vio anteriormente, en la cimentación del nacionalismo chileno, la Guerra del Pacífico fue de vital importancia, al punto de que buena parte de los estudiosos de Chile coincidieron en que en el proceso de construcción de su identidad nacional, hubo dos etapas, una antes de la guerra donde los simbolismos patrios se fueron consolidando, y otra posterior que se caracterizó por un nacionalismo maduro, integrador y triunfalista.

En ese sentido, la contribución fundamental de la retórica de guerra fue la afirmación de la identidad chilena mediante la diferenciación con el “otro” (el enemigo) y al haberse tratado de “guerras victoriosas”, se enaltecó a Chile, levantando el “mito de excepcionalidad chilena”, compuesto de varios referentes simbólicos que desarrollamos en esta investigación.

Igualmente, Mc Evoy (2010), analizó como los rituales de guerra fueron cimentando la exaltación de la “chilenidad”: “El Estado chileno trató así de crear una “religión civil”, con sus símbolos, ritos y ceremoniales sacros”. (Citado en Ugarte, 2011: 96).

Aquello fue continuado por la historiografía “nacional” hegemónica, como se evidencia en esta investigación y en otras citadas, dominada por el triunfalismo, y toda una industria cultural en relación a la Guerra del Pacífico o más propiamente al “heroísmo” de Chile. Sobre el papel de las interpretaciones históricas en esta construcción simbólica, fue relevante lo que mencionó Ricardo Iglesias:

La historiografía novelizó la historia llenándola de héroes y epopeyas que son el sustento de los ritos nacionales en torno a efemérides y devoción al panteón de la patria, que por cierto tienen su origen en la Independencia. La historia nacional se dedicó a exaltar las virtudes cívicas que florecieron en el naciente Chile republicano. (Citado en Ugarte: 99).

A partir de ello, se reforzó la posición chilena frente a los resultados de la Guerra del Pacífico y lo que obtuvo como vencedor, en el entendido de que fueron efectos de esa tan mentada “historia superior” y del nacionalismo maduro que hizo que Chile se constituyera como país más avanzado que sus vecinos, por tanto, casi con derecho a la expansión.

3.2.2 El mito de la institucionalidad chilena

Relacionada con las anteriores representaciones estudiadas, una de las aristas que más distingue a la autopercepción hegemónica en Chile en el marco de la Guerra del Pacífico, fue una supuesta “institucionalidad” que habría caracterizado al Estado chileno desde muy temprano, lo que significó que el país se destacara por el “orden” y “paz social” interna.

Más allá de los estudios autocríticos que atribuyen estos factores a los legados decimonónicos de un Estado oligárquico con tintes autoritarios controlado por redes familiares y solventado por una democracia restringida y una sociedad civil que no tuvo una cultura política de participación, lo que analizaremos en este acápite es cómo esas representaciones colectivas que destacaron la “institucionalidad”, el “orden” y/o la “paz social” como supuestas cualidades de Chile, se han arraigado en la cimentación de la autopercepción chilena en relación a la Guerra del Pacífico y sus secuelas.

De esa forma, este mito fue y es reproducido por variadas fuerzas políticas y sociales de diversas ideologías. Está arraigado en las interpretaciones históricas, políticas y sociales de connotados e ilustres pensadores chilenos, se representa en la educación cívica y escolar y se avista en la percepción de un buen promedio de la población chilena, lo que denota su clara articulación en la conciencia colectiva.

En ello, mediante las visiones históricas y análisis politológicos y sociológicos como articulados para “confirmar” estas particularidades, se atribuyó la enarbolada institucionalidad chilena, a las políticas de Portales y sus seguidores; es desde ese punto que se alimentó el culto a este estadista chileno, en especial, desde las vertientes más cerradas del nacionalismo chileno²²¹.

²²¹ En sus propias palabras, Portales habría enunciado como elementos sociales positivos “la mantención del orden” y el “desarrollo de los negocios”, factores que, según él, sólo podían darse en Chile gracias al “peso de la noche”, es decir la mantención del orden desde las jerarquías y cierta dosis de autoridad. Los

En este sentido que la mención de estos supuestos fue una constante en los discursos políticos del Siglo XIX, principalmente, para anteponer a Chile frente a otros países de América Latina que, desde la misma concepción, fueron considerados “caóticos” y “poco institucionales”, visión que fue bastante recurrente a consecuencia de la Guerra del Pacífico para diferenciar a Chile de Perú y Bolivia.

Para dar ejemplo de estas acepciones en la retórica de la época, fue ilustrativo lo que dijo el entonces Gobernador Eclesiástico del Valparaíso, Mariano Casanova, en una misa en marzo de 1881, celebrada para enaltecer la victoria de Chile en la Guerra del Pacífico y donde participaron las autoridades políticas más importantes del momento:

Diré sí que efectuada nuestra emancipación política, Chile solamente pensaba en consolidar sus instituciones, en perfeccionar sus leyes, en dar garantías al trabajador honrado, en mejorar la educación del pueblo y en favorecer a todos los poderosos agentes del progreso moral, intelectual y material que hacen felices a las naciones. Nuestra querida patria ha pensado en todo menos en la guerra. La generación presente no sabe siquiera lo que quiere decir revolución o motín y nunca ha visto a los ciudadanos armados unos contra los otros en treinta años de paz interior”. (Extraído por Mc Evoy, 2010: 233).

Incluso los liberales decimonónicos chilenos, a pesar de ser críticos hacia la figura de Portales y a la tendencia política que representó, también subrayaron como particularidad de Chile al orden y estabilidad, lo que sería causa de la conformación de instituciones fuertes y requisito para el progreso del país. El ilustre liberal Miguel Emilio Letelier, en un discurso pronunciado en Talca que tuvo como objetivo el anuncio a las multitudes que Chile se preparaba para la Guerra del Pacífico, al comparar a su país con sus vecinos, aseguró: “No pueden soportar nuestros vecinos que tengamos un grado de civilización tan superior a la que ellos poseen. Nos envidian la paz y tranquilidad en que vivimos,

dos primeros atributos se constituyeron en Chile en una especie de “norte” que resumió el modelo social a seguir y se insertaron en bases fundamentales para la construcción de la “comunidad imaginada” chilena, tanto desde las corrientes conservadoras y ultranacionalistas, cuya mayor representación son las FFAA, como en la Iglesia Católica, el régimen portaliano fue el mayor referente de la vanagloriada “institucionalidad” chilena: “Con el objetivo de condensar en la tradición católica la historia y el pasado de la patria, la Iglesia desarrolló en esa época dos símbolos: uno de carácter histórico-cívico en torno a la figura de Diego Portales, y otro de carácter escatológico-militar en torno a la Virgen del Carmen, patrona del ejército y de la patria. Portales y la Virgen del Carmen cumplieron de este modo -como ha señalado Maximiliano Salinas- una función de nexo entre la Iglesia y el Estado, entre la religión y la patria”. (Subercaseoux, 2014: 419).

porque ellos están siempre en continuas luchas interiores que atrasan considerablemente la marcha de su progreso”. (Extraído por Mc Evoy, 2010: 258).

En 1884, el Ministro de Guerra Carlos Antúnez, en encendido discurso en ocasión de la repartición de medallas a los soldados de la Guerra del Pacífico, dijo que “Chile (estaba) entregado con avidez a labrar su porvenir hacia la vida de la paz, esa vida civil de un pueblo que organiza concienzudamente sus instituciones, dirigido el talento de sus estadistas y bajo la salvaguardia de sus patriotas ciudadanos”. (Extraído por Mc Evoy, 2010: 338).

Indistintamente, tanto Barros Arana como Bulnes, hicieron hincapié en esta supuesta particularidad chilena para explicar su victoria en la Guerra del Pacífico.

El primer autor, nuevamente recurriendo a las opiniones de europeos como referente²²², realizó un Chile “templado”, que se caracterizó por la tranquilidad y el orden, lo que facilitó su progreso. Recalcó que a pesar de que desde la colonia fue la zona más pobre y descuidada de Sudamérica, supo vencer esas dificultades en el periodo republicano mediante gobiernos regulares y ordenados con sucesiones legales y muy pocas “conmociones”, siendo un “ejemplo raro” en la América española. Recordó que Portales consolidó la paz y los hábitos de orden y prudencia política, alejándose de las “revoluciones”. Todo ello, según del autor, permitió comprender cómo Chile pasó de la más pobre colonia a ser un Estado de prosperidad y riqueza sin precedentes. (Barros Arana, 1880: 7-16). Con ironía, acotó que Perú y Bolivia percibían a Chile como país “débil” porque gastó más en educación que en las FF.AA. (Ibid: 24-27). Subrayó que antes de la guerra tenía un ejército “insignificante” y poco armamento porque el país vivía en “paz i tranquilidad”, con una administracion seria, sin revoluciones y derroche, mientras Perú y Bolivia estaban habituados a las armas. (Ibid: 83-85).

Continuó subrayando que Chile, cuando se organizó para la guerra, con “frialdad” y “mesura”, procuró una “guerra inteligente” o “culta”, “tal como la hacen las naciones civilizadas”, ayudándose de todos los inventos de la “ciencia moderna” (Ibid: 112-114) y manteniendo los gastos con “orden i economia”. (Ibid: 118). El autor también resaltó que

²²² Cita al historiador alemán G. G. Gervinus, al británico M. Horacio Rumbolt y al francés M. A. Rabutaux.

durante la guerra se mantuvo el régimen constitucional y hasta se dieron el lujo de celebrar elecciones. (Ibid: 109).

Por último, Barros Arana aseguró que tanto Bolivia como Perú, miraban con envidia y rabia el progreso de Chile alcanzado con paz, trabajo y honradez y que por ello, desde mucho antes de la Guerra del Pacífico, le prepararon un complot. (Ibid: 217).

Bulnes, por su parte, también tuvo numerosas acepciones en este sentido, recalando que el ejército chileno brilló por su orden y disciplina: “La contestura del ejército era propia de un pueblo como el nuestro que se ha desarrollado en la legalidad i en la paz”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 188). Siguiendo con el planteamiento de la “guerra inteligente” o “cultura”, destacó que en las filas se mantenía a los soldados alejados de los vicios y la “taberna” y bajo ocho horas de entrenamiento (Ibid: 345) e incluso aseguró que, durante la invasión a Lima o a la sierra peruana, se destacó por su corrección²²³, porque respondían a un pueblo “pacífico” y “trabajador”: “No podían menos que reconocer la tenida irreprochable de la tropa, la estrictez i moralidad de los oficiales” (Bulnes, 1911. Tomo II: 565), o “el decoro i disciplina del ejército vencedor arrancaba palabras de sorpresa a los nacionales i de aplauso a los extranjeros”. (Ibid: 697).

Bulnes llegó incluso a asegurar que durante la intervención en la sierra, las poblaciones peruanas “sin Dios ni ley” recibían a los chilenos con entusiasmo, por el orden que traían a esos lares. (Bulnes, 1911. Tomo III: 260).

Otra cosa que fue bastante resaltada por Bulnes se refirió al carácter civil de los gobiernos de Chile que dirigieron la guerra, que se contrastaban con los caudillismos militares de Bolivia y Perú. Al igual que Barros Arana, insistió en que la guerra no alteró el orden constitucional de Chile, lo que no siempre favoreció al país, pero que valía la pena tal mantenimiento organizacional, porque así se demostraba la persistencia de la institucionalidad chilena por sobre todas las dificultades: “El poder civil mantuvo la preeminencia en la dirección general, dejando a los militares desenvolverse libremente en los combates”. (Ibid: 616)²²⁴.

²²³ Lo que se contradice contundentemente con las visiones peruanas de aquellas intervenciones.

²²⁴ Lo paradójico es que el mito de la “institucionalidad” chilena, está más arraigado en los círculos militares, siendo que, en los pensadores del Siglo XIX e inicios del Siglo XX, se vislumbró el desprecio a lo militar y el enaltecimiento a la dirección civil. Chile, en lo posterior, se constituyó como un país

En ese marco, si bien para algunos analistas, el Estado portaliano feneció en la guerra civil de 1891, el imaginario de la “institucionalidad” chilena como fruto del “orden” y “la paz y estabilidad social” perdura en el Chile de los Siglos XX y XXI en la articulación de su identidad nacional.

Esas ínfulas se fecundaron en los discursos militares que justificaron las guerras en las que Chile se vio involucrado en el Siglo XIX y también la “intervención” de las FFAA distintos momentos de la historia chilena para “preservar el orden y el respeto a las instituciones”. Al respecto, una cita ilustrativa fue la alusión del militar Víctor M. Chaves Dailhé a “la democracia ordenada, obediente y limpia” que imperaría en Chile a lo largo de su historia. (“Reflexiones y deducciones sobre la enseñanza cívica de los cuerpos de tropas”. Memorial del Ejército de Chile, segundo semestre, 1923. En San Francisco y otros, 2006: 197).

En 1998, en el Memorial del Ejército de Chile²²⁵, se indicó:

(América Latina) es un continente de realidades desiguales, donde, mientras Chile goza de estabilidad institucional y buena salud económica, el resto de los países vecinos sufren inestabilidades de toda índole, incluyendo flagelos como el populismo, el terrorismo y el narcotráfico. (“El gasto militar y modernización de las Fuerzas Armadas: criterios para proyectar el potencial militar en América Latina”. Memorial del Ejército de Chile, N° 459, 1998. En San Francisco y otros, 2006: 197).

Por otro lado, esta percepción referida a la “institucionalidad” chilena, también suele encontrarse en los trabajos académicos contemporáneos. Por ejemplo, Maira analizó el legado de Portales:

Una de las claves principales del curso seguido por la historia chilena tiene que ver con la acción del principal estadista conservador, Diego Portales, quien aprovechó las ventajas de una elite pequeña y homogénea en un territorio sin grandes conflictos regionales para hacer de Chile un país fundado en la preeminencia del gobierno civil, la eliminación del peso de los militares en la vida política y la construcción de instituciones estables. (Maira, 2004: 19).

fuertemente militarista (y cuya figura máxima, es se sentido, es Portales), particularmente durante y después de la dictadura de Pinochet.

²²⁵ Recordar que el Memorial del Ejército de Chile es una revista del ejército donde se analizan varios temas desde la perspectiva institucional. Se publica desde 1906.

En otro momento, complementó comparando a Chile con Bolivia:

En Chile, en cambio, luego de algunos años iniciales de inestabilidad tras proclamar la independencia definitiva de España en 1818, se inició en 1831 una larga etapa de ordenamiento institucional que determinó que en los 40 años siguientes hubiera sólo cuatro Presidentes de la República (con mandatos de 5 años y reelecciones), todos pertenecientes a la misma corriente política. En ese lapso se aprobó la Constitución de 1833, que con modificaciones importantes en 1925, rigió hasta el golpe de Estado de 1973. (Op. Cit: 17-18).

Concha, por su parte, enfatizó que “la fortaleza de la institucionalidad nacional, la estabilidad política y los triunfos militares habían generado una suerte de asombro, respeto y temor por parte de muchos países latinoamericanos”. (Concha, 2011: 81).

Empero, no todas las visiones desde Chile coincidieron con estas interpretaciones. Jocelyn-Holt concluyó que el orden portaliano es más un mito y una exageración:

[...] El régimen de gobierno, inicialmente por lo menos, y hasta 1860, fue incapaz de consolidar el orden. En los primeros 30 años de la Carta de 1833 el país estuvo casi la mitad de tiempo sometido a regímenes de emergencia, lo que hizo que el orden constitucional operara en un sentido a lo más nominal. Más aún, estallaron por lo menos dos guerras civiles menores y la principal figura política –Portales- fue asesinada [...]. Es una exageración decir que el estado como tal pudo garantizar la coexistencia pacífica o moldear a la sociedad a su antojo mediante políticas públicas. (Citado en Ugarte, 2011: 85).

Ugarte, que coincidió en este aspecto con Jocelyn-Holt, sin embargo, en otro momento de su investigación arguyó que Chile es “políticamente estable y cohesionado” (Op.Cit.: 137). Apuntalando estos imaginarios, aseguró que Chile es un referente para Perú por su mayor “institucionalidad”:

La admiración sincera por la institucionalidad chilena; la añoranza de una figura como Diego Portales, a quien en el Perú se lo ve como enemigo pero también como “organizador” de Chile; el paso de la antigua Capitanía General pobre, lejana y olvidada a ser un interesante, pero imperfecto, modelo de desarrollo han hecho que los peruanos no puedan dejar de mirar al sur”. (Ugarte, 2011: 136).

3.2.3 *La civilización versus la barbarie*

Como en otros países de la América Latina decimonónica, una de las principales retóricas apuntaladoras de la identidad nacional y del sistema político y económico en Chile, fue

aquella que presentó como dicotomía principal la “civilización versus barbarie”. Este discurso fue potenciado en las guerras internas y externas de Chile, es decir, en la llamada “pacificación de la Araucanía”, en la guerra contra la Confederación Perú-boliviana y, principalmente, en la Guerra del Pacífico.

Desde esta semántica, el Estado chileno se presentó como el puntal civilizatorio, primero contra los “salvajes araucanos” y después frente a los pueblos “bárbaros” como en varias ocasiones fueron calificados Perú y Bolivia.

En tal medida, la elite chilena decimonónica (y posterior) compartió ideas comunes fundamentales como la elucubración del referente civilizatorio en Europa o países anglosajones (sea Francia, Inglaterra o España y, en lo posterior, EEUU); la exaltación de las libertades y derechos individuales; la educación como fuente civilizadora en el sentido iluminista; la exacerbación del “progreso” industrial y material; y una apreciación sesgada y negativa de lo indígena que también incluyó a los sectores que se encontraban fuera de los grupos dominantes encumbrados bajo la estructura social dividida en castas. Así, las diferencias ideológicas y los distintos proyectos políticos del Siglo XIX y parte del Siglo XX, no afectaron las bases más sólidas de la estructura económica y social que se mantuvieron todo el periodo.

Sobre ello, es pertinente lo que dijo Mc Evoy, citando los planteamientos de Mariano Engaña y Vicuña Mackenna, ambos pensadores liberales chilenos muy importantes, que enarbolaron al Chile “civilizado” en el marco de la Guerra del Pacífico:

La civilización española se salvó en Chile y lo mismo ocurrió con el espíritu local defendido por los araucanos. En Chile, opinaba Engaña, se dieron las dos batallas decisivas de la independencia y desde ahí partió la expedición que derrotó al último bastión colonial. Por si ello no fuera suficiente Chile era ‘el único país organizado’ en América. Por ser depositaria además de la benefactora ‘civilización europea’, la República de Chile requería, de acuerdo a Engaña, de una consideración especial. La idea de civilización operó como una suerte de viga maestra tanto de la retórica bélica como del periodismo de guerra surgidos en 1879. De acuerdo con Vicuña Mackenna, eximio abanderado de la tesis civilizatoria y defensor a ultranza de la guerra contra la Alianza²²⁶, para mediados del Siglo XIX la era de la Independencia había llegado a su fin y Chile comenzaba a transitar por la ‘era de la civilización’. (Mc Evoy, 2010: 35).

²²⁶ Se refiere a la Guerra del Pacífico y a la alianza peruano-boliviana.

Desde el otro espectro ideológico, la Iglesia Católica también se empapó del discurso civilizatorio mediante la concepción de la “civilización cristiana” que igualmente justificó la Guerra del Pacífico y azuzó los aprestos bélicos en Chile, incluyendo en ello a la “pacificación de la Araucanía”:

Los liberales no fueron los únicos preocupados en transformar a Chile en un faro cuyos destellos civilizadores debían alumbrar a las repúblicas vecinas. Un par de años después de que Vicuña Mackenna estableciera la agenda para lograr un Chile republicano y liberal –lo que también puede ser considerado como la puesta en marcha de los principios del maestro Andrés Bello y del hombre de letras Domingo Faustino Sarmiento-, La Revista Católica señaló en un artículo titulado ‘El clero y la civilización’, que una interpretación meramente material del progreso dejaba de lado no sólo la fe, sino todas las ideas ‘elevadas y luminosas’ que el clero se había formado respecto ‘al bienestar de la humanidad’. En los años siguientes, la Iglesia en Chile, mediante el reforzamiento de su apuesta por la civilización, desafió a quienes intentaron presentarla como una institución retrógrada. (Mc Evoy, 2010: 37)²²⁷.

Por otro lado, más allá de los “bárbaros externos” antepuestos al “Chile civilizador” en torno a la Guerra del Pacífico, también se constituyó la “barbarie interna” encarnada en los mapuches y también en los sectores populares tildados como “rotos”. Ambos grupos, aunque enarbolados en abstracto por el “Chile guerrero”, se convirtieron en la retórica dominante en el principal “escollo” de la “civilización” y, por tanto, en los objetivos mayores para “civilizar”, lo que tuvo como consecuencia fáctica en la llamada “pacificación de la Araucanía” de la década de 1860²²⁸ y después en una más encarnizada

²²⁷ Desde la retórica civilizadora, la educación adquirió un papel preponderante para el Estado chileno, principalmente en el decenio de Bulnes, donde el mismo Domingo Faustino Sarmiento, asilado en Chile, jugó un protagonismo fundamental. Ricardo Iglesias explicó que “el Estado y la nación demandaban en propiedad la construcción y moldeamiento de sujetos que reconocieran en ellos los portadores de la civilización y el progreso de una racionalidad que los emancipara de otros referentes”. (Iglesias, Ricardo: “El papel de la educación en la construcción del Estado nacional”. Citado en Ugarte, 2011: 100). Sobre el papel de la educación en la constitución del “Chile civilizado”, fue relevante lo que apuntó Ugarte: “La educación es el elemento principal en el afán de nacionalizar las costumbres. El positivismo de la época ejerció una poderosa influencia en los modelos educativos chilenos. En el afán diferenciador inherente a estos procesos se pretendió poner un contraste con los tiempos coloniales incentivando el trabajo. El sentido del negocio, la ocupación, la industriosisidad y la utilidad de los conocimientos es uno de sus más fuertes discursos”. (Ugarte, 2011: 98).

²²⁸ Si bien, en un inicio, son muchos los patricios liberales y republicanos que intentan “rescatar” al indígena mapuche (araucano) como una representación de la nueva República independiente y anticolonial y también como “símbolo patriótico” del “Chile guerrero” e ingrediente fundamental de la “raza chilena”, en la praxis, todos los sectores de la elite, finalmente, erigieron a este colectivo como la representación de lo “salvaje” que había que civilizar o asimilar (“chilenizar”), lo que significó la conquista armada del sur del país, en clara arremetida de los postulados del nacionalismo moderno que, de forma vertical, busca homogenizar – o eliminar- los particularismos. Aquello fue manifiesto desde la década de 1860, cuando comenzó la llamada “pacificación de la Araucanía”. Este proyecto generó un debate en el parlamento chileno, por

segunda intervención en la zona, durante la Guerra del Pacífico y paradójicamente como consecuencia y reforzamiento del mito del “Chile guerrero”²²⁹.

Es importante notar que, aún en la actualidad, la población chilena en su conciencia colectiva lleva inserta una fuerte percepción contra el indígena mapuche y que hasta hoy, este colectivo tiene fricciones con el Estado chileno que muchas veces se traducen en duros enfrentamientos desiguales, donde el mayor perdedor sigue siendo el mapuche.

De manera similar, aunque con menos desprecio que respecto a los mapuches, y ligado ello a la fuerte división de castas que caracterizó a Chile, un “otro” interno fue “el roto”, también relacionado a la “barbarie”. Al respecto, Gabriel Cid, matizó que hasta la Guerra

demás ilustrativo de las posturas del momento. Por un lado, estaban los que, Como Vicuña Mackenna, asumían que la asimilación del pueblo mapuche debía ser por la vía militar, es decir por la fuerza y sin mayor contemplación. Otros insistían que no era necesario recurrir a las armas y que debía procurarse una inserción gradual, llevándoles la “civilización” desde la paz, de este parecer hubo figuras como el escritor José Victorino Lastarria. (Subercaseoux, 2014: 210).

²²⁹ Sobre la visión de desconfianza y repudio que inspiraban los mapuches (como expresión interna de la “barbarie”) en los mayores pensadores de la elite chilena, fue ilustrativa esta argumentación de Vicuña Mackenna sobre los motivos que abrigaba la “pacificación de la Araucanía”: “Se invoca la civilización a favor del indio, ¿pero qué le debe nuestro progreso, la civilización misma! Nada, a no ser el contagio de barbarie con que ha inficionado nuestras poblaciones fronterizas, por la que la conquista del indio es esencialmente como lo ha sido en Estados Unidos, la conquista de la civilización. El indio ha hecho esclava a la mujer. Ella trabaja, ella siembra, ella ensilla aún el caballo en que el indio, convertido en salteador, sale a sus malones. Basta ya de novelas y poemas. El bárbaro vende a sus hijas y vende también su propia patria... Por cierto que el bárbaro es valiente, ¿pero qué salvaje no lo es? Es cierto que el indio defiende su suelo; pero lo defiende porque odia la civilización, odia la ley, el sacerdocio, la enseñanza. La patria que él defiende es la de su libre y sangrienta holgazanería, no la santa patria del corazón, herencia de nuestros mayores, santificada por sus leyes, sus tradiciones y sus tumbas”. (Citado en Subercaseoux, 2014: 211). Respecto a la significación de la segunda intervención estatal chilena en la Araucanía, Subercaseoux, anotó: “La ocupación de la Araucanía entre 1881 y 1884 trajo consigo la desestructuración cultural del mundo mapuche. A partir de 1882, cuando el gobierno anuló el reconocimiento del dominio araucano, se inició desde Angol la colonización de la Frontera, que se realizó en gran parte con alemanes, en su mayoría artesanos y no agricultores. En los censos de la época se dan cifras detalladas de la presencia de extranjeros; a los mapuches, en cambio, ni siquiera se les consideraba entre los habitantes del país. Apenas se señala en una nota aparte que las cifras totales de población censada no incluían a los 50.000 indios que se suponía que existían en la zona. El ingeniero belga G. Verniory, que trabajó en la prolongación de la línea ferroviaria hacia el sur, refiriéndose a dos amigos, ‘caballeros santiaguinos’, comenta que lo que ‘les decía de la Araucanía les era tan extraño y ajeno como si les hubiera hablado del centro de África’. El advenimiento de un nuevo escenario no fue, en definitiva, una experiencia social y vital unitaria. Todo indica que el campo quedó bastante al margen, y que allí el nuevo escenario coincidió con la persistencia del antiguo”. (Subercaseoux, 2014: 327). Subercaseoux citó un fragmento de “Republique du Chili”, documento en francés publicado en Leipzig en 1903, preparado por el Estado chileno para atraer la migración europea: “Después de haber reprimido con energía, en 1882, el último alzamiento de los araucanos que todavía pueblan algunos puntos del sur del país, el Gobierno tomó la decisión de ofrecer gran parte de esas tierras fértiles a la inmigración europea. En el curso de este esfuerzo, entre 1883 y 1890, el Gobierno ofreció condiciones extremadamente ventajosas a los colonos europeos. La República de Chile cubre una parte de los gastos de viaje y le entrega tierras a los colonos, en pocos años varios de ellos lograron importantes éxitos. Y hoy, en esas vastas tierras incultas, donde hasta 1882 sólo vagabundeaba el indio salvaje, hoy se levantan pueblos, caseríos, villas y campos intensamente labrados, cubiertos de legumbres, cereales y de todos los tipos de frutas que se encuentran en Europa”. (Citado en Subercaseoux, 2007: 44).

del Pacífico el “roto”, no era bien visto y que se lo mitificaba como un escollo para el desarrollo de la “civilización” y se lo asociaba a la marginalidad social que conllevaba males como alcoholismo, delincuencia, flojera, etc. (Citado en Mc Evoy, 2010: 35).

Así, la segregación que se intentó realizar en Chile entre el “mundo civilizado” y la “barbarie” hasta fue perceptible en la planificación urbana. Ugarte (2011) especificó cómo en las reformas citadinas realizadas por Benjamín Vicuña Mackenna en Santiago, se buscó la separación de los barrios elitistas del otro contexto “popular” en Chile: “La creación del ‘Camino de cintura’, actuales avenidas Vicuña Mackenna y Matta, tenía por misión poner de un lado al mundo decente y civilizado, y del otro, a la barbarie, a los ‘otros’. Se prohibieron algunas chinganas, el comercio ambulante y se intentó por todos los medios alejar a los ‘rotos’ de la nueva ciudad”. (Ugarte, 2011: 118).

No obstante, entre los estereotipos que la elite ilustrada chilena atribuyó al roto, más allá de su supuesta vulgaridad, falta de higiene y maneras toscas, también se realizó su fuerza física y su “sed de aventuras”, lo que lo condicionaban no sólo como cotizada fuerza de trabajo, sino como un soldado ejemplar. Igualmente, como ya dijimos, al mapuche se le atribuyó una tendencia guerrera indomable.

Entonces, cuando se desató la Guerra del Pacífico los estigmas tan negativos frente al mapuche y el “roto” oscilaron del desprecio constante a una exaltación de su carácter “guerrero”, “trabajador” y “patriótico”. Recordemos que después de la guerra, estas ideas se consolidaron para enaltecer al mapuche y a su mezcla con el español como componentes de una “raza superior” que buscaron confirmar la “excepcionalidad chilena”. Eso significó la integración simbólica de los mapuches y “rotos” a la nacionalidad en Chile, aunque en la praxis siguieron ocupando el mismo rol en la división del trabajo y en la estructura social, lo que ilustra con creces una posición dual y oscilante hacia los “bárbaros internos” en la formación social chilena.

Por otra parte, alimentando la dicotomía civilización versus barbarie, otra de las pautas que solventó la identidad chilena, fue la autopercepción de que la población de Chile se ha caracterizado por una especie de culto al trabajo y al esfuerzo individual, al mismo tiempo, se la relacionó con la “astucia” y la “sed de aventuras”, que serían unas de las causas para su expansión geopolítica, para el enarbolado “desarrollo económico” chileno

y los ingredientes del “puntal civilizatorio” que habrían representado en la Guerra del Pacífico.

En parte, estos imaginarios se explicaron por la fuerte influencia que tuvieron las ideas de la ilustración en Chile desde muy temprano en su vida republicana. Así, luego de la guerra contra la Confederación Perú – Boliviana y particularmente en el decenio de Bulnes, se difundió el imaginario iluminista de los “adelantos” de Chile. (Subercaseoux, 2014: 216).

Empero es a finales de 1860, lo que coincidió con la expansión minera y salitrera, que los idearios del positivismo comenzaron a extenderse de forma determinante en las elites ilustradas liberales de Chile. Esas representaciones fueron difundidas principalmente en las ciudades de Santiago y Valparaíso y por los sectores vinculados a las industrias salitreras y mineras en su expansión al norte que, estableciendo redes familiares con los terratenientes tradicionales, fueron actores que figuraron como un sector cada vez más importante en la política y economía chilena:

La lucha de los liberales antifusionistas por reformas políticas, educacionales y religiosas, la mayor influencia de los sectores vinculados al comercio y a la industria extractiva, la presencia inglesa y la explotación del salitre, configuran, entonces, las circunstancias que posibilitan el arraigo y la difusión del positivismo. (Subercaseoux, 2014: 218).

Así, de acuerdo a esas representaciones, se idealizó y exaltó la “industria”, el “progreso” y la urbe como modelo a seguir. Se fueron difundiendo las ideas que sitúan al progreso como fin último de la historia y a la razón, la ciencia, la educación y la industria como herramientas para llegar a él, complementando esto con las retóricas civilizadoras que emplazaron a Chile como “país excepcional”, planteamientos que fueron recogidos por los “nacionalistas” exaltadores de la “raza chilena” que colocaron al trabajo y a la industria como tendencias innatas de la raza y como mecanismos para mejorarla, destacando lo “varonil” de tales actividades frente a otros colectivos más propensos al “ocio”. Se realzó el esfuerzo y el mérito individual como motor del progreso.

En ese sentido, la retórica nacionalista y patriótico-política en Chile estuvo llena de referencias a esas representaciones. Mc Evoy analizó, por ejemplo, cómo se manifestaron en un homenaje a uno de los mayores héroes patrióticos chilenos, Bernardo O'Higgins, cuando llegaron sus restos mortales en enero de 1869 a Valparaíso (después nombrada

como “ciudad de los negocios” por Vicuña Mackenna en 1880). Uno de los oradores, Adolfo Ibáñez, manifestó que un Valparaíso “moderno” recibía a su héroe, lo que contrastaba con su pasado “atrasado y oscuro”. Resaltó que el Valparaíso moderno se caracterizaba por “sus centenares de carruajes, el martillo del artesano, el choque de las máquinas y el continuo movimiento del comercio”, también destacó la electricidad y el vapor y aseguró que gracias a la independencia propiciada por figuras como O’Higgins, se habían sentado las bases para el progreso de Chile, convirtiéndolo en una próspera y pujante civilización. (Mc Evoy, 2010: 45-46). Así mismo, Jacinto Chacón, enunció que como frutos de la independencia chilena estaban “los ferrocarriles, telégrafos; el comercio extendido a lejanos continentes; la sólida organización del poder público; las maduras producciones del arte y de la ciencia y esa culta sociabilidad”. (Citado en Mc Evoy, 2010: 46).

La victoria chilena en la Guerra del Pacífico, apuntaló aún más la construcción mítica de “civilización versus barbarie” en Chile. En la retórica de guerra y en las visiones de la historia hegemónica, fue lectura primordial la “certeza” de que la “civilización” había vencido a la “barbarie”, lo que alimentó el imaginario colectivo triunfalista en Chile y el mito de su “excepcionalidad” en América Latina y frente a sus vecinos y rivales.

Al respecto, fue ilustrativo lo que manifestó Isidoro Errázuriz en febrero de 1879, al asegurar que Chile iría a la guerra a “tender sobre el territorio que fue un día chileno, un arcoíris de paz, de justicia y de civilización”. (Discurso de Isidoro Errázuriz en la “Ceremonia patriótica en Valparaíso en ocasión de la declaratoria de guerra a Bolivia”. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 247).

En la misma ceremonia, Máximo R. Lira, expuso que Chile había llevado industria y civilización a los “tristes desiertos de Bolivia”:

Un día se oyó en los tristes desiertos de Bolivia el ruido de unos pasos repercutidos por los ecos prolongados de aquellas pavorosas soledades. Eran, señores, los pasos atrevidos de los exploradores chilenos que iban a arrancar a aquella tierra que parecía maldita, el secreto de los tesoros que ocultaba en su seno.

Más tarde se oyó en esos en esos mismos desiertos el ruido de la azada, de la barreta y del combo. Eran los industriales chilenos, eran los peones chilenos que habían llevado a aquellas soledades la industria activa, el trabajo fecundo, el progreso y la civilización universal.

Y después se escucharon allí todavía los agudos silbidos de la locomotora y los multiplicados rumores de un enjambre de hombres de acción, genio creador logró hacer del desierto un emporio de riqueza, y de aquellos arenales un campo abierto a las manifestaciones más atrevidas de la actividad humana”. (Ibid: 249-250).

En diciembre de 1879, el “Boletín de la Guerra del Pacífico” hizo una síntesis de los discursos que se pronunciaron en una recepción celebrada a los marinos sobrevivientes del barco Esmeralda, que habían retornado a Valparaíso, celebración a la que asistieron las más importantes personalidades políticas, militares e intelectuales del momento. En uno de ellos, pronunciado por el anfitrión Eduardo de la Barra, se dijo que Tarapacá correspondía por derecho a Chile, no sólo porque allí se inmoló su mayor héroe, Arturo Prat, sino porque “chilenos han sido los que, escalando los Andes, barreta y combo en mano, han construido las líneas férreas que las cruzan en todas las direcciones, y han dado vida a industrias que jamás hubieran sabido explotar los desidiosos hijos del Perú”. (Boletín de la Guerra del Pacífico, Santiago, 19 de diciembre de 1879. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 289).

Asimismo, el diputado liberal Augusto Orrego Luco en abril de 1879, aseguró que Tarapacá estaría mejor administrada por Chile, porque antes sus valiosos recursos fueron la fuente del despilfarro del Perú y que con Chile serían “elementos poderosos de prosperidad y engrandecimiento”. (“El Pueblo chileno”. Antofagasta, 22 de abril de 1879. Citado por Mc Evoy, 2010: 90).

En los discursos religiosos igualmente hay una constante mención a la “civilización cristiana” que fue la que venció en la guerra. Igualmente, se comparó en “antes” y “después” de la irrupción de pobladores oriundos de Chile en los territorios en disputa. Por ejemplo, el boletín “El estandarte católico” y el diario “La Patria” de Caracoles, realizaron que la incursión chilena en Antofagasta significó la restauración de la iglesia que antes estaba casi “desierta” y que habían redundado en una mejora de “los ornamentos y útiles”, además de llevar la palabra divina a los “infelices” que nunca visitaron el templo cuando estuvo al mando de un “sacristán semianalfabeto” boliviano. (Mc Evoy, 2010: 76).

En otro de sus encendidos discursos, el Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, Mariano Casanova, en marzo de 1881, destacó que a pesar de un mayor número de los ejércitos

enemigos y de la geografía adversa, Chile venció por ser baluarte de la “civilización cristiana” y que además con guerra y todo, protegido por la “Providencia” (siguiendo con la explicación “sobrenatural” de la victoria chilena), no detuvo su “progreso”. (Citado en Mc Evoy, 2010: 235).

Similarmente, también se realizó constantemente al “Chile del progreso” o a la cualidad trabajadora del chileno, no sólo para contrastarlo contra los supuestos Perú y Bolivia “holgazanes”, sino asegurando que solamente mediante el trabajo chileno se desarrolló la industria salitrera y las zona otrora peruanas y bolivianas y que, bajo la administración de Chile, los recursos de Tarapacá serían mejor aprovechados.

Miguel Emilio Letelier en marzo de 1879, aseguró que “el chileno es cuerdo, trabajador incesante y prefiere mil veces la vida independiente conquistada con el sudor de su frente antes que preocuparse de vivir del presupuesto público como se verifica con cinismo sin igual en nuestras repúblicas vecinas”. (Citado en Mc Evoy, 2010: 258).

Isidoro Errázuriz manifestó en 1884 que fue una ilusión el hecho de que bastaba ser un “pueblo laborioso para vivir tranquilos”, pero que ante la guerra, cambiaron “los instrumentos de trabajo por el fusil del infante”. (Citado en Op. Cit.: 345).

Respecto a los relatos históricos, tanto Barros Arana como Bulnes, tuvieron abundantes enunciaciones sobre el Chile “excepcional” por el grado de progreso y civilización alcanzada, lo que explicaría su destaque en el conflicto internacional. Barros Arana fue específico:

Podríamos señalar otras causas de esta situación excepcional de Chile, pero ello nos llevaría un poco lejos. Para nuestro objeto nos basta dejar constancia de que esta pequeña república, merced al orden que allí existe i al espíritu trabajador i emprendedor de sus hijos, ha sabido levantarse de la situación lastimosa de la última i más pobre colonia de la España á un estado de prosperidad i riqueza á que no han podido llegar algunas de sus hermanas que fueron más favorecidas por la naturaleza i por la protección de sus antiguos soberanos. Chile en efecto no sólo se adelantó á las otras en la constitución de un gobierno regular i en el establecimiento de la tranquilidad interior, sino que acometió antes que ninguna otra las obras que representan el progreso de un pueblo. Fué la primera que abolió la esclavitud, la primera que organizó en vasta escala la instrucción pública, i que sancionó la más amplia libertad comercial, como fué la primera que tuvo ferrocarriles i telégrafos en toda América del Sur. (Barros Arana, 1880: 11-12).

Sobre una Tarapacá mejor gestionada por Chile, Barros Arana manifestó que ante el “desorden i desamparo industrial” que caracterizó a la administración peruana durante la guerra, Chile le proveyó de empleados civiles para una mejor administración, un régimen liberal para las aduanas, facilidades al comercio, nuevos tribunales de justicia, una policía de aseo y seguridad, hospitales y nuevas escuelas bajo el sistema educativo que imperaba en Chile:

Dos meses después de la ocupación chilena, el orden i la regularidad administrativa estaban satisfactoriamente establecidos. El comercio de Iquique cobró nueva vida á la sombra de ese estado de cosas. Fundáronse allí nuevas imprentas i la prensa periódica comenzó a funcionar bajo el régimen de absoluta libertad que existe en Chile. (Barros Arana, 1880: 246).

Bulnes destacó que en la Tarapacá peruana, el aseo estaba “encargado” a los gallinazos que se alimentaban de los residuos y que por ello estaban estas aves hasta “protegidas por la policía”. En contraste, bajo la administración chilena, se habría instituido un servicio de aseo “civilizado”, “destituyendo de sus altas funciones á los gallinazos que emigraron al norte en busca de autoridades más propicias”, aumentando el prestigio de Chile en Tarapacá más que por las armas, por el “régimen de limpieza, de higiene, de orden, de economía que hasta entonces era desconocido en ese territorio”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 723-724).

Algo similar se contó respecto a la Lima administrada por Patricio Lynch y sus subalternos. No solamente se resaltó el “porte” y “maneras” de Lynch, educado, según dijeron, a la “usanza británica”, sino que fue denominado el “mejor Virrey de Perú”, porque habría organizado la aduana, la justicia, el correo, tesorería, etc. que se vieron en condiciones de “orden” nunca antes vistas bajo la administración peruana:

Lynch reunió las facultades del municipio i del Intendente en el cargo de Jefe Político de la capital y designó para este puesto a su secretario Guerrero (7 de diciembre). Éste mejoró los servicios locales introduciendo un orden no conocido. Arregló las cuentas del alumbrado público que estaban impagas hacia mucho tiempo; limpió la ciudad decretando visitas domiciliarias para extraer las basuras que se arrojaban a las azoteas por una costumbre inveterada del Perú; ordenó que todas las casas se pintaran exteriormente; contrató el servicio de aseo; estableció orden en las rentas poniendo en remate el arriendo de las contribuciones. Lima cambió de aspecto. Pudo conjurar el peligro de la fiebre amarilla, que ese año asoló varias ciudades de la costa i que tuvo manifestaciones en el Callao. Otro tanto hizo el Jefe Político de este puerto, el Coronel Amunátegui i la

administración chilena se prestigió por su previsión i su vigor. (Bulnes, 1911. Tomo III: 180).

Resumiendo estas pautas que sellaron redes de pertenencia y oposición que marcaron la justificación de la Guerra del Pacífico en Chile, fue relevante lo que analizó Mc Evoy:

Desde sus inicios, la Guerra del Pacífico fue definida mediante un vocabulario que se sostenía en una malla de significaciones y de oposiciones valóricas. Civilización-barbarie, virtud-vicio, regeneración-corrupción, trabajo-ocio, mérito-privilegio, progreso-atraso, por sólo nombrar algunas de ellas, constituyeron el vocabulario fundamental de las arengas, discursos y artículos periodísticos que empezaron a circular en Chile con ocasión de la declaratoria. (Mc Evoy, 2010: 88).

Así, estas interpretaciones que enarbolaron al Chile de orden, progreso y civilización que se impuso en la Guerra del Pacífico frente a unos vecinos mucho menos “avanzados”, marcaron fuertemente la autopercepción chilena, imaginarios que asentaron esa visión del “chileno trabajador”, del “país progresista y civilizado” y luego del “chileno empresario” o del “milagro económico de Chile”, representaciones recogidas mucho tiempo después y plasmados en la autopercepción del Chile actual. Sobre aquello es pertinente lo que explicó Ugarte, citando a Bernardo Subercaseoux:

Chile país diferente, Chile país ganador y Chile país moderno. Un intento diferenciador de Chile respecto a América Latina (país frío, de rasgos europeos); una actitud dinámica y triunfalista con base en el despegue económico y; un país eficiente que crece y se desarrolla aceleradamente. Estas ideas-fuerza privilegian las dimensiones económicas y tecnocráticas de la modernización. Destaca el empuje, el dinamismo, el éxito y la ganancia”. (Ugarte, 2011: 133).

3.3 Los referentes extranjeros de Chile

Como también fue constante en otros países de América Latina, desde su fundación Chile tuvo referentes políticos, económicos y sociales europeos bajo ese objetivo implícito de “europeizar Hispanoamérica”, ello relacionado con los imaginarios de “civilización” y de “progreso” cuyo modelo se encontraba en Europa. Como anotó Subercaseoux, los principales pensadores chilenos del Siglo XIX de toda posición política, fueron divulgadores de las ideas gestadas en ese continente. Algo similar ocurrió con las expresiones artísticas como la literatura, las artes plásticas o el teatro. (2014: 310).

Así, procurando dejar atrás la matriz colonial española, en el Siglo XIX, Chile tuvo dos grandes referentes identitarios, Francia e Inglaterra.

La influencia de Francia se generó mediante las corrientes derivadas de la Revolución Francesa y después a partir de pensadores positivistas como Augusto Comte o el influjo de los intelectuales racistas como Gustave Le Bon.

No obstante, se vio un mayor predominio francés en el arte, la filosofía, la literatura, la arquitectura y en las praxis culturales de las elites decimonónicas, principalmente en sus vertientes liberales y modernistas. El culto a “lo francés” se insertó en los imaginarios del “buen tono” y “linaje” de las elites y también como sinónimo de “civilización” y “cultura”. De forma similar, a fines del Siglo XIX, esta apropiación cultural caracterizó los gustos de la plutocracia finisecular: “todo ello se manifiesta en un considerable incremento de la importación de suntuarios y también en un aumento del intercambio material y cultural con Europa, particularmente con Francia”. (Subercaseoux, 2014: 310). Los gustos artísticos, la moda, el consumo cultural tuvieron el claro influjo de París y hasta en los “bailes” aristocráticos el menú estaba en francés. Igualmente, en las reformas urbanas de Santiago, el modelo fue la arquitectura parisina²³⁰.

Sin embargo, la influencia más fuerte en la identidad chilena, cuyo legado se vislumbra en el Chile actual, fue el patrón inglés o anglosajón. Si bien, antes de la Guerra del Pacífico los conservadores ya se identificaban con Inglaterra y España como herencia de la concepción identitaria portaliana²³¹, fue a fin del Siglo XIX, en parte por el influjo de los capitales británicos que controlaban parte de la explotación del salitre, que se enaltecó el modelo anglosajón en desmedro del francés.

Por consiguiente, los intelectuales nacionalistas y esencialistas de Chile, cuyas expresiones de la mesocracia en ascenso, siguiendo la visión que tenían los conservadores y portalianos, realizaron el “pragmatismo”, el “orden”, el utilitarismo y la meritocracia inglesa como modelo a imitar por los chilenos, atributos que, supuestamente, irían más acordes con las facultades de la “raza chilena”.

²³⁰ Barros Arana insistió, por ejemplo, que los uniformes de los soldados chilenos en la Guerra del Pacífico eran de la máxima calidad porque provenían de los mejores modelos de París. En cambio, asegura que los soldados peruanos y bolivianos vestían “harapos”. Indignado, exclamó: “¡I estos son los que nos llaman rotos!”. (Barros Arana, 1880: 142).

²³¹ Se atribuye a Portales la denominación de Chile como los “ingleses de América del Sur”.

También, el utilitarismo mercantil “inglés” a nombre de la “modernización” del Chile “civilizado”, fue la base ideológica para la poderosa plutocracia que se consolidó durante y luego de la Guerra del Pacífico, empero, respecto a las modas y praxis culturales, lo francés siguió ocupando el lugar central. En palabras de Rubén Darío, el “brazo” de Chile era de Londres (por lo mercantil) y el alma era de París (por lo espiritual). (Subercaseoux, 2014: 393).

Vinculando el “espíritu empresarial” de Chile, sus ideas de “progreso industrial”, “civilización” y “esfuerzo individual”, junto con “el orden y estabilidad institucional”, además de realzar la “frialdad” del chileno para los “negocios” y “la guerra”, sus supuestas “facciones europeas”, más el “pragmatismo” de su comportamiento, se construyó el mito de que los chilenos son los “ingleses de América del Sur”, en la reafirmación de la “excepcionalidad” de Chile. Incluso, algunos intelectuales como Alberto Cabero y Eduardo Pourier, le atribuyeron un componente “anglosajón” a la “raza chilena”. (Subercaseoux, 2007: 48).

En consecuencia, estos elementos representativos se expresaron en las visiones chilenas sobre la Guerra del Pacífico. Los principales historiadores recurrieron periódicamente a los juicios de extranjeros europeos para recalcar lo “correcto”, “civilizado” o “heroico” de la actuación de su país en la Guerra del Pacífico.

Barros Arana, como ya mencionamos, de forma constante colocó como referentes las opiniones de extranjeros, principalmente de franceses e ingleses, para sustentar la interpretación chilena de la Guerra del Pacífico. Por ejemplo, citó al diplomático inglés Rumbolt en una comparación bastante ilustrativa entre Chile e Inglaterra y donde subrayó la influencia de los extranjeros en el país sudamericano:

En realidad su destino, semejante en algunos puntos al de nuestro país (la Inglaterra), ha sido materialmente influenciado por condiciones de clima i posición geográfica. En fin, no debe poco, i Chile no debe olvidarlo a la energía i á la ayuda de los extranjeros, principalmente de los ingleses, á las jentes de otros países que han combatido por él, instruido á sus hijos, construido sus ferrocarriles i llevado el comercio a sus puertos i la mezcla bastante considerable de sangre extranjera que corre en las venas de su población”. (Citado en Barros Arana, 1880: 10).

Lo paradójico es que tanto Barros Arana como Bulnes, historiadores muy importantes en relación a la Guerra del Pacífico, casi en ningún momento aludieron a la cooperación

británica en la guerra a favor de Chile, cosa que sí es estudiada por la historiografía crítica y no tanto por la “oficial”. Bulnes, incluso, en algún momento insinuó que si a alguien prestó ayuda Gran Bretaña, fue a Perú. Probablemente esta omisión se deba a un intento de realzar el “heroísmo”, “patriotismo”, o “fortaleza” de Chile, presentando la guerra y sus victorias únicamente como obra suya²³². Algo similar pasó con la retórica de guerra que tampoco aludió a la influencia británica.

Por otro lado, en otras lecturas chilenas sobre la Guerra del Pacífico, en el marco del “Chile guerrero”, se relacionó este suceso con la Guerra Franco-prusiana, identificando a Chile con una Prusia victoriosa con sus anexiones territoriales en desmedro de Francia, que, en estos relatos, es comparada a Perú. Al respecto, explicó Concha:

En Chile, las autoridades no podían evitar establecer similitudes entre la Guerra Franco-Prusiana y la Guerra del Pacífico. Guardando las proporciones, la conclusión de ambos conflictos poseía elementos para un análisis comparativo. En ambos casos una potencia regional había logrado un triunfo completo sobre su adversario principal; había consolidado su predominio tanto militar como económico en el área, y las compensaciones producto de la guerra habían implicado entregas de territorio donde existía un porcentaje significativo de población del Estado derrotado (Alsacia y Lorena/Tacna y Arica)²³³. (Concha, 2011: 29).

Según el autor citado, la percepción de Chile como la “Prusia de América Latina”, no sólo se gestó en este país sino trascendió a otros del subcontinente, que veían a Chile con recelo y admiración. Sobre este imaginario fue ilustrativo lo que mencionó Mario Barros Van Buren:

Chile se perpetuó como un país militarista cuyos anhelos territoriales no se pararían en Tarapacá. Antofagasta, Tacna y Arica. La impresionante regularidad de nuestros triunfos militares, la máquina de gobierno, la estabilidad política, el hecho asombroso de haber realizado una guerra en cuatro años y medio con los recursos ordinarios del presupuesto fiscal, crearon en América que no conocía estos fenómenos, la impresión inequívoca de que Chile había montado la empresa bélica con una frialdad de cálculo ajena al genio racial hispanoamericano. (Citado en Concha, 2011: 81-82).

²³² Bulnes, apenas en una ocasión, se refirió a una “cooperación simpática” entre Chile y Gran Bretaña. (Bulnes, 1911. Tomo III: 78). En otro momento mencionó, como de pasada, unas conferencias periódicas entre Lynch y el ministro inglés Sir Spencer Saint John (Ibid: 127), y en otra parte aludió al “espíritu justiciero de Gran Bretaña” frente a la presión estadounidense a favor de Perú. (Ibid: 371).

²³³ Según la investigación de Concha (2011), así como Prusia se procuró de un aliado (Hungría), Chile buscó ese aliado en Bolivia, a través de la denominada “política boliviana”.

Después de la guerra civil de 1891, estas ideas se fortalecieron aún más cuando el ejército chileno fue reestructurado bajo el mandato del militar prusiano Emilio Körner, bajo el modelo de Prusia. Especificó Subercaseoux:

Después del conflicto de 1891 se produjo una reorganización y profesionalización del ejército liderada por el brigadier general Emilio Körner y por una misión de oficiales alemanes. Como parte de este proceso se realizaron reformas en la formación de oficiales; se amplió el contingente y en 1901 se instauró el servicio militar obligatorio. El ejército, que a comienzos de la Guerra del Pacífico tenía solo 2.440 plazas, llegó en 1900 a más de 9.000 efectivos y en 1901 a 17.385". (Subercaseoux, 2014: 356).

San Francisco y Soto, que recopilaron la versión militar de estos sucesos a través del Memorial del Ejército de Chile, justificaron las reformas de Körner relacionándolas a la Guerra del Pacífico y sus secuelas:

El origen de la reforma está en el triunfo chileno en la Guerra del Pacífico, ya que a pesar de la victoria se produjo también una autocrítica en relación con el Estado de atraso en que se encontraba el Ejército en términos de formación y de medios técnicos. A ello se sumaban dos temas importantes: todavía Chile tenía problemas pendientes con Perú y Bolivia, países que tenían resentimientos y demandas en materia territorial, derivados de la Guerra del Pacífico; por otro lado, Chile también tenía algunos asuntos con Argentina, los que casi llevaron a ambos países a la guerra en 1898. Por lo tanto, había que estar preparados en materia militar. (San Francisco y Soto, 2006: 7-8).

Entonces, de acuerdo al Memorial, las miradas se dirigieron a ejército prusiano, vencedor contra Francia y símbolo de "adelanto militar y científico" en "el arte de la guerra". El presidente Santa María inició gestiones para llegada de Körner: "Como resultado, la guerra comenzó a ser considerada una ciencia, el ejército debía convertirse en un factor de progreso nacional y, por tanto, el país debería contar, al decir de Enrique Brahm, con un ejército 'preparado para la guerra'". (Op. Cit.: 8).

Conformemente, se creó la Academia de Guerra²³⁴, curso de "instrucción militar y científica" para oficiales del ejército. En palabras de Körner "exactamente según el ejemplo de la *Kriegsakademie* de Berlín" (Citado por Op. Cit: 8. Las cursivas son del autor). Militares chilenos viajaron a Alemania como parte de su formación para "germanización" del ejército y oficiales alemanes arribaron a Chile a enseñar.

²³⁴ Ello en 1886, todo bajo el mando de Körner que en la guerra civil se sumó a los antibalmacedistas. Después de este acontecimiento se reestructuró por completo el ejército chileno. (Subercaseoux, 2014: 356).

Desde otra perspectiva, la migración de alemanes, principalmente al sur chileno, también repercutió en la identidad chilena, dejando huella en las praxis culturales. De igual forma, para algunos liberales decimonónicos como Valentín Letelier el modelo educativo alemán fue un referente a seguir.

Asimismo, principalmente a principios del Siglo XX, EEUU se fue convirtiendo en un referente para Chile, sea por la “meritocracia” que fue valorada por pensadores chilenos diversos, o por su liberalismo utilitarista que fue rescatado por los positivistas, legado que luego fue absorbido y reeditado por la dictadura pinochetista que dejó el mando de la economía a los discípulos del ultraliberal Milton Freemann, conocidos como los “Chicago Boys” en alusión de la institución donde estudiaron con su mentor. De esta manera, nuevamente, se destacó el “espíritu empresarial” chileno y su cualidad de “país desarrollado” en un subcontinente de “tercer mundo”, en otras palabras, “el milagro económico chileno”²³⁵.

Por último, aunque en menor medida, también subrayando los imaginarios de la “estabilidad” y “organización” de Chile, se lo compara con Suiza.

En resumen, el referente extranjero de origen europeo fue crucial para la autopercepción identitaria chilena, imaginarios alimentados por el desempeño de Chile en la Guerra del Pacífico y en relación a la constitución de alteridades en base a sus enemigos. Una síntesis de ello es apuntada por Ugarte, citando a Jorge Larraín:

A partir de la Independencia, el rol de referente que había hasta entonces desempeñado España fue reemplazado por Inglaterra y Francia, los promotores del liberalismo, la democracia y el nuevo orden moderno. Mientras Inglaterra pasó a ser un referente en el campo político-económico, la influencia francesa se hace sentir con más fuerza en las

²³⁵ Durante la Guerra del Pacífico hubo una fuerte injerencia del gobierno estadounidense para que cesen las hostilidades chilenas en Lima y la sierra peruana y para que Chile no obtuviera una indemnización de guerra con cesión territorial. Para Bulnes, eso se debió a intereses de algunos empresarios estadounidenses que tenían en miras al salitre de Tarapacá y que en algún momento influyeron en su gobierno. En la narración de estos hechos, se subrayó la negativa chilena de conceder a esta presión y hasta se llegó a insinuar que no descartaron un enfrentamiento con EE.UU. si intervenía a favor de Perú. Se destacaron unas palabras de Santa María que manifestaron: “Oiremos las palabras amistosas de todo el mundo, pero no sesgaremos de lo que es el precio de la sangre de nuestros soldados. Nosotros seremos prudentes pero no débiles”. (Citado en Bulnes, 1911. Tomo III: 146). Finalmente, la política de EE.UU. de presión sobre Chile cambió por otra de no intervención, según Bulnes, debido a la incidencia de los sectores cultos, que, como sucede en una “real democracia”, manejaba el timón de su gobierno. Ante eso, de acuerdo al relato de Bulnes, un admirado Santa María escribió: “Se sorprende de la organizacion i orden de ese pais, atribuyendo a que es mandado no por la canalla i los cholos i los soldados como en otros pueblos americanos, sino por la clase ilustrada y de antecedentes”. (Citado en Bulnes, Ibid: 209).

letras y la cultura. ‘Sin embargo, Inglaterra es la que en definitiva predominó en la autoimagen de la élite chilena, al autocalificarse de los ingleses de América del Sur, expresión que cuenta con adeptos hasta el día de hoy’. Después de la Segunda Guerra Mundial son los Estados Unidos los que relevan a ingleses y franceses en el imaginario referencial, manteniendo esa posición de privilegio hasta el día de hoy. ‘Estados Unidos se ha constituido, especialmente desde 1973, en el gran modelo económico de Chile. Se imitan sus instituciones, sus políticas y sus estilos de vida’. (Ugarte, 2011: 108).

Desde una visión más crítica Pedro Godoy, recalcó:

El prurito de singularizarnos no es nuevo. Se atribuye a Portales sostener que ‘somos los ingleses de América del Sur’. Peor, el pluriministro (sic) precipita a Chile a la guerra contra la Confederación Perú-boliviana. De allí en adelante comienza esta actitud aislacionista y agresiva. Supone un complejo de superioridad respecto a las otras patrias de nuestra América y complejo de inferioridad en relación a las megapotencias. En suma no queremos ser latinoamericanos. Nuestra crisis de identidad se alimenta de excepcionalismo. (Citado en Baptista, 2004: 41-42).

3.4 Los “lentes de aumento” o el mito de la “excepcionalidad” de Chile

Sintetizando todas las representaciones que se han analizado en relación a la Guerra del Pacífico, pensado en el “Chile guerrero”, en el Chile “homogéneo” y de la “raza chilena”, el de la “consciencia nacional consolidada”, en el país del “orden y estabilidad institucional”, en el Chile de la “civilización” y del “trabajo y progreso” y recordando a “los ingleses de América del Sur” o la “Prusia o Suiza de América Latina”, todas estas pautas se suman para configurar el mito de la “excepcionalidad chilena”.

Así, siguiendo la metáfora de Adolfo Otero, si Bolivia se mira con “lentes que empequeñecen”, Chile se contempla con “lentes de aumento”. (1922: 67). Respecto a la importancia del mito de la “excepcionalidad de Chile”, fue importante lo que explicó Subercaseoux:

El sentido de excepcionalidad, de ser un país de excepción. Por todos lados está el mito de la excepcionalidad chilena, y eso es como un rasgo permanente, eso de ser la Suiza o la Inglaterra de América Latina. Aunque esas cosas son construidas, porque es un mito. El mito de la excepcionalidad de Chile es un mito permanente. Ha cambiado de colores, pero es un mito permanente. (Citado en Ugarte, 2011: 92).

Así, esta autopercepción se vislumbró claramente en la retórica que justificó y azuzó la Guerra del Pacífico aún en sus primeros días. En los discursos guerristas, son constantes

las alusiones a Chile como “la cumbre de los pueblos americanos”, “Chile de campeones”, las “hazañas de Chile como patrimonio humano”, “el primer pueblo de América del Sur” o hasta el “pueblo más poderoso del mundo” (ver Mc Evoy, 2010), ello sin contar las menciones del país glorificando su accionar en las batallas como la “nueva Esparta”. Al respecto, damos sólo dos ejemplos de los tantos que ya hemos ido abordando en este capítulo:

Pero no habían acertado a estudiar ni habían sospechado siquiera a este Chile grande, infatigable, heroico, fundido en moldes de titanes; a este Chile que no lo detiene ni la sed ni el sol, ni el desierto con sus arenas que abrasan y sus nieblas que hielan, ni los campos atrincherados, ni las cimas, ni las plazas coronadas de cañones, ni el número, ni la muerte; a este Chile que resolvió volver con su escudo cubierto de laureles, o sobre su escudo cubierto de laureles empapados en lágrimas del patriotismo reconocido y asombrado; a este Chile que ha probado que no dice palabras de jactancia cuando dice: ¡O vencer o morir! Ha vencido y ha levantado a Chile al rango del primer pueblo de la América del Sur”. (“Discurso pronunciado por Don Justo Arteaga Alemparte a nombre de la prensa a propósito de la llegada de los expedicionarios a Valparaíso, marzo de 1881. En Boletín de la Guerra del Pacífico, 16 de mayo de 1881. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 334).

El religioso Mariano Casanova, en uno de los discursos que pronunció sobre la Guerra del Pacífico en marzo de 1881, aseveró que “las hazañas de nuestros guerreros y marinos son tan asombrosas que delante de ellas se nos representan cual pálidos y fríos los hechos más gloriosos de la antigüedad y los sacrificios más ilustres de los siglos”. (Ibid: 234).

Después de la Guerra del Pacífico, cuando se terminó de solventar la identificación con el “Chile guerrero” o la fábula de la “civilización” que venció a la “barbarie” y cuando potenció la idea de la “raza chilena excepcional”, el mito de la “excepcionalidad chilena” se manifestó en su máxima expresión: “El triunfo de 1879, por otra parte, fomenta un delirio patriótico, la creencia en un protagonismo chileno y la reafirmación del mito de un país superior y excepcional”. (Subercaseoux, 2014: 249). Sobre el punto, reflexionaron Joaquín Fernandois y Mariana Perry:

La Guerra del Pacífico fortaleció el patriotismo en Chile de una manera tal, que se puede decir que se creía en una suerte de ‘Chile patriótico’, una suerte de credo laico, que podía también, ser religioso, que ha sido otro cimiento a la idea de muchos chilenos respecto de que viven en un país ‘excepcional’. Ha constituido un exitoso ‘cemento de la sociedad’ y todavía cumple un papel a comienzos del Siglo XXI. (Citado en Ugarte, 2011: 103).

Un aspecto fundamental del mito de “excepcionalidad chilena”, es su matiz “diferenciador” de Chile frente al resto de los países de América Latina, es decir, la representación del chileno como “tipo aparte”. La percepción de la “homogeneidad de Chile” como población que, al mismo tiempo, se diferencia del resto de latinoamericanos como si fueran de “otro” continente, más propiamente de Europa (“los ingleses de América del Sur”, la “Prusia de América Latina”, etc.), encierra, implícitamente, la negación de su componente indígena o más bien se lo adecua a la construcción de la “raza chilena excepcional”, “muy cargada de sangre europea”²³⁶. De esta forma, se comprende esta acepción popular de que “Chile es un buen país en un mal vecindario”.

Estos “lentes de aumento” pudieron incluso percibirse en los pensadores jóvenes y críticos frente a las visiones hegemónicas. Por ejemplo Ugarte al concluir sobre el “rescate” del “roto” en Chile como consecuencia de la Guerra del Pacífico, afirmó:

El roto chileno fue ensalzado, a contrapunto del cholo y el indio peruano, y el Perú pasó a ser a ojos de los chilenos el otro débil, cobarde, derrotado, incapaz de defender su rica tierra ante las implacables armas de un pueblo pobre, **pero joven y aguerrido, destinado a ser un actor de primera plana en la historia de América**”. (Ugarte, 2011: 137. El resaltado es mío).

De la misma manera, esta visión siguió siendo enarbolada por el Chile contemporáneo, por ejemplo, desde la reinterpretación del discurso de la dictadura militar de Pinochet que destacó el hecho de que el modelo económico neoliberal ha tenido casi un único “éxito” en América Latina: Chile, como “milagro económico”. Ello colocó al “empresario” como nuevo modelo identitario en Chile y, al mismo tiempo, encerró una promesa al estilo del “sueño americano” pero desde este país sudamericano “desarrollado” cuyos imaginarios sociales insisten en “distinguirlo” en la América Latina en “vías de desarrollo”.

No obstante, el mito de la “excepcionalidad chilena” fue elevado en especial cuando se hizo referencia al “otro”, es decir, a los vecinos y rivales históricos que se han tornado en la “otra cara en el espejo” de la autopercepción identitaria chilena, en especial, sus antagonistas en la Guerra del Pacífico. Al mismo tiempo, al constituir a ese Chile

²³⁶ Alusión a lo descrito en los libros de historia publicados por el Estado Mayor General entre 1980 y 1985 que hemos citado anteriormente.

“orgullosa” y “superior”, se generó una identidad poderosa que traspasó los contextos históricos y sociales y los problemas que devinieron de la misma Guerra del Pacífico:

La incertidumbre, la pérdida de identidad e incluso el persistente reclamo de los vecinos derrotados no eran un problema para una nación que, a partir de la victoria de la Guerra del Pacífico, reformuló su excepcionalidad levantando fronteras mentales con la finalidad de blindarse contra los problemas derivados de una inquietante modernidad”. (Mc Evoy, 2010: 110).

Sobre este mito de la “excepcionalidad chilena” en base al triunfo en la Guerra del Pacífico, fue relevante lo que anotó Paz Milet: “Permitió la persistencia de la noción de unas fuerzas armadas ‘jamás humilladas y jamás vencidas’ y generó un sentimiento de excesivo orgullo nacional, que condicionó y condiciona la vinculación futura con sus vecinos del norte, determinando la agenda de política exterior y de defensa a nivel gubernamental”. (Citado en Ugarte, 2011: 138).

Conformemente, se puede argüir que, así como Bolivia y Perú han tatuado la derrota en su autopercepción e identidad, Chile, después de la Guerra del Pacífico, quedó embriagado con la victoria, permaneciendo indeleble su autopercepción de “excepcionalidad”: “Después de la Guerra del Pacífico en Chile se produce un proceso de sobreestima, de creer que ahora sí a Chile no lo para nadie”²³⁷.

²³⁷ Entrevista a José Miguel Concha, octubre de 2011.

**VI. El otro: La constitución de alteridades en el marco de la Guerra del
Pacífico**

VI. El otro: La constitución de alteridades en el marco de la Guerra del Pacífico

1. Bolivia

1.1 La percepción de Chile en la interpretación boliviana de la Guerra del Pacífico

Como parte de la interpretación de sí que va construyendo Bolivia a partir de la Guerra del Pacífico, se va articulando la percepción del antagonista, del “otro”, y en este caso, las principales redes de oposición serán configuradas desde una visión de Chile que alimenta los imaginarios sociales relacionados a la guerra y sus consecuencias. Así, sobre Chile se va configurando una rivalidad que tiene tintes entre el desprecio, el acercamiento y la reivindicación.

Al respecto, hay ciertos mitos que parecen no trascender ni modificarse y, al contrario, se reproducen en el tiempo, fortaleciendo las interpretaciones que Bolivia articula sobre la Guerra del Pacífico, la demanda marítima y su principal interlocutor que a la vez se convierte en el némesis de Bolivia.

A continuación, revisaremos los que consideramos son los principales imaginarios que se han construido respecto a la visión que se tiene de Chile desde Bolivia, en relación a la Guerra del Pacífico.

1.1.1 El “ladrón aventurero”

En algunas lecturas bolivianas sobre la Guerra del Pacífico, pueden encontrarse interpretaciones esencialistas sobre el “carácter” de “los chilenos” que procuran explicar las razones de su intervención en la Guerra del Pacífico y en las duras consecuencias que devienen para Bolivia, imaginarios que refuerzan una visión negativa del antagonista.

Reproduciendo a su modo algunos mitos de los cuales Chile también va construyendo su propia autopercepción identitaria, parte de estas visiones describen a los habitantes de Chile como aburridos y poco productivos agricultores, que ante una creciente crisis económica que se generó en ese país en la mitad del Siglo XIX, se vieron en la necesidad de migrar y buscar suerte en el norte. Igualmente, según tales relatos, las expediciones a la Araucanía y la conquista de esos territorios fue moldeando el “carácter” de los chilenos y los hicieron proclives a la “aventura” que caracterizaría a la existencia de los “ladrones”

y “busca tesoros”, lo que incluye la tendencia a la “codicia”, al “despojo” y la “invasión”, no importando los medios para hacerse “ricos”.

En uno de los documentos bolivianos que se publicaron en los inicios de la guerra, como refutación a la ocupación chilena del Litoral escrita en 1879 por los diplomáticos bolivianos Zoilo Flores y Serapio Reyes Ortiz, se leyó que el carácter de los chilenos estaría marcado por un “espíritu aventurero y accesible a los estímulos de la codicia, lo inclina irresistiblemente allí donde hay ventaja que obtener, una riqueza que explotar, una usurpación que hacer, si fuere necesario, para la realización de sus propósitos. Para el carácter chileno “el mejor título es la posesión, la ocupación, sean legítimas o atentatorias”. (Refutación de Zoilo Flores y Serapio Reyes Ortiz, 14 de abril de 1879: Citado en Becerra de la Roca, 2006: 91). Luego, la visión de este documento se endureció más aún:

He aquí a Chile sacrificando toda consideración de decoro, todo sentimiento de justicia ante los estímulos de la codicia, que siempre han despertado en su ánimo los salitres de las Salinas, los guanos de Mejillones, la plata de Caracoles, el bórax de Atacama y el cobre de Chacaya, de Naguayan, de Cerro Gordo y de San Francisco de la Selva; he aquí a Chile abatido por el hambre de su pueblo, por la falta de retornos para su comercio, por el déficit de su presupuesto, por el elemento disolvente de la ignorancia y ferocidad de su bajo pueblo, procurando, a mano armada, satisfacer esas necesidades y evitar esos peligros a costa de sus vecinos, pero no de los vecinos que pueden oponer poderosos blindados a su escuadra, noble altivez a su arrogancia, poder veril a su poder ficticio; sino de vecino inerme por carecer de escuadra, por estar separados de su litoral por un desierto de difícil acceso y por haber confiado más en la lealtad y los respetos que entre naciones civilizadas, inspiran los derechos legítimos, que en la eficacia de los estímulos de la codicia y del titulado derecho de la fuerza bruta. (Citado en Op. Cit.: 98).

En el documento oficial del Estado boliviano, publicado en 1879 denunciando la guerra ante otras naciones, se presentaron argumentos similares cuando aseguraron que “el gobierno chileno, veía, años atrás, con sentimiento de despecho el rápido desarrollo y engrandecimiento del puerto de Antofagasta, codiciaba las riquezas de Caracoles y miraba los guanos de Mejillones, como medio seguro para aliviar las necesidades de su pueblo exhausto; y ha aprovechado la primera ocasión para arrebatar a Bolivia esas posesiones. El incentivo del lucro, estimulado por la facilidad de empresa, ha sido el verdadero móvil de la invasión chilena”. (Citado en Becerra de la Roca, 2006: 109).

Alberto Gutiérrez, acusado por los historiadores bolivianos más recalcitrantes de “pro chileno”, a pesar de que en varios momentos expresó admiración y simpatía por este país, en su análisis de las causas de la Guerra del Pacífico, no pudo dejar de referirse al “carácter innato” de los chilenos que fueron ocupando los territorios bolivianos. Explicó que una mayoría de los habitantes chilenos pasaron de ser tímidos agricultores a buscadores de tesoros por la necesidad, el aburrimiento y la ambición. Con el descubrimiento de las minas de Copiapó, despertó su codicia que después fue trasladada a su migración hacia el norte. Detalló:

El bienestar reposado en el trabajo agrícola, no despertaba los entusiasmos de aquellos luchadores que no comprendían la riqueza al precio de años enteros de economía y de esfuerzo, sino al azar de un golpe de barreta en las soledades del desierto [...] Esos agricultores del sur, que habían hecho la prosperidad de la región central de la república, fueron trasladándose, al incentivo de la riqueza minera, a los desiertos del norte y no sólo las poblaciones de Copiapó y de Caldera, sino a las ciudades y puertos bolivianos de Cobija, de Antofagasta y de Tocopilla, fueron atrayendo a esa ola trabajadora que no se sentía seducida por las lentas y pesadas labores de la agricultura y de las industrias fabriles [...] La población aventurera que había luchado en la vieja Araucana y que había explotado las hulleras del sur de Chile, fue a sentar sus reales, atraída irresistiblemente por los descubrimientos de Atacama. (Gutiérrez, 1917: 167-168).

En las páginas siguientes, Gutiérrez fue todavía más explícito en sus apreciaciones sobre “los chilenos”. Como otros pensadores de su tiempo, Gutiérrez atribuyó ciertas características desfavorables “innatas” a la raza misma:

En el fondo en el alma popular, existe una inclinación innata al despojo por medio de la violencia. En la criminalidad chilena se advierte el predominio de ciertos actos que demuestran esa tendencia popular que no ha borrado el progreso de la cultura general. El hurto, el robo tímido y silencioso son vicios poco generalizados. El robo, para hacerse atrayente, debe hacerse con efracción y violencia. Algo queda, a pesar de los refinamientos de la educación y de los adelantos de la cultura general, en las clases dirigentes de eso que forma la base de la nacionalidad, de eso que constituye una modalidad de la raza misma. Y así se comprende que dentro de las prácticas políticas y diplomáticas, exista una tendencia visible al despojo. Muchos ejemplos podríamos citar de esta inclinación psicológica que es uno de los distintivos de las razas del sur.

Advertimos en los altos poderes del Estado una lucha casi continua por reprimir en sí esos impulsos agresivos. No siempre tales empeños resultan eficaces y a medida que son menos cultivados los gestores de la cosa pública, aquella tendencia de la raza se manifiesta con mayor violencia. (Op. Cit.: 184-185).

Como continuación de esta desafortunada visión sobre el “carácter” de “los chilenos”, la mayor parte de las versiones bolivianas, aseguran que lo que caracterizó a Chile, antes, durante y después de la Guerra del Pacífico fue su tendencia al “expansionismo” y la “invasión” que son interpretadas como la peor y más violenta forma de despojo que se estrelló sobre Bolivia.

1.1.2 Chile “expansionista” e “invasor”

Para la mayoría de las visiones bolivianas, lo ocurrido desde el 14 de febrero de 1879, donde empezaron las maniobras militares de Chile en el territorio que Bolivia se adjudicaba, se tradujo en una invasión como resultado de más de treinta años del proceso “expansionista” de Chile.

Siguiendo con estas versiones, la principal consecuencia de la Guerra del Pacífico, para Bolivia, fue primero, esta invasión y ocupación de su territorio y, luego, el enclaustramiento marítimo. En ese sentido, en “El libro del mar” se habló constantemente de la “invasión chilena” a Bolivia como detonante de la guerra:

Sin recurrir al mecanismo de arbitraje previamente acordado, Chile invadió militarmente el puerto boliviano de Antofagasta el 14 de febrero de 1879, sin previa declaratoria de guerra. Bolivia fue arrastrada a una conflagración que no buscó ni deseó, razón por la cual tuvo que defender su soberanía y, en aplicación del Tratado de Alianza Defensiva suscrito con Perú en 1873, intentó detener, junto a su aliado, el avance de las tropas chilenas que llegaron a ocupar todo el Litoral boliviano, las provincias peruanas de Tarapacá, Tacna y Arica e incluso la capital peruana. (Op. Cit.: 20).

Al respecto, una de las interpretaciones más ilustrativas fue la de Juan Albarracín, uno de los más duros críticos de Chile en el marco de la Guerra del Pacífico. Este autor resumió en tres etapas el “proceso de invasión”:

La primera, a nivel de la agresión de 1879, cuando en el Litoral boliviano-en el Tratado²³⁸ se habla sólo de ‘territorios’-fue puesto, militarmente, bajo posesión de hecho del ejército chileno. La segunda, a nivel del Pacto de Tregua de 1884, ajuste anexionista impuesto a Bolivia con las armas en la mano, para cambiar la posesión de facto en posesión de jure, modificación que no dejó de ser una reiteración de la ocupación militar hasta 1904, con Chile ‘gobernando’ el Litoral boliviano bajo la ley chilena. La tercera instancia, a nivel del despojo, con Chile convirtiendo con el Tratado de Paz, la ‘ocupación’ forzada de 1884, en ‘dominio absoluto y perpetuo’, del Departamento del Litoral, sin mencionar su

²³⁸ Se refiere al Tratado de 1904.

costa marítima del Pacífico (sic), sus puertos, ciudades y poblaciones, con inmensos recursos nacionales, con minas universalmente ricas como Chuquicamata, Caracoles, Huanchaca, Llallagua y salitreras, guaneras, borateras y cuantiosos minerales de asombrosa diversidad, entre otras riquezas. (Albarracín, 2005: 30-31).

Mesa, igualmente habló de una invasión que fue percibida como unilateral y abusiva al no existir todavía, el 14 de febrero de 1879, una declaratoria oficial de guerra:

El 14 de febrero de 1879 se produjo la invasión. Los habitantes antofagastinos vieron en el horizonte el humo del blindado Cochrane y la corveta O'Higgins que se sumaban al blindado Blanco Encalada surto en el puerto varios días antes. El prefecto Zapata²³⁹ carecía de un mínimo de efectivos con que encarar una defensa por lo que el desembarco de las tropas chilenas que en número aproximado de 200 tomaron la plaza, fue un paseo. Los chilenos obligaron a Zapata, los funcionarios bolivianos y los pocos guardias armados, a abandonar la ciudad. De los 6.000 habitantes de Antofagasta, 5.000 eran chilenos y sólo 600 bolivianos, el resto eran de varias nacionalidades. La población chilena celebró la invasión y el señor Hicks²⁴⁰, representante de la Compañía de Salitres, furibundo antiboliviano, fue liberado y recuperados los bienes de la empresa. (Mesa, 2003: 455).

De la misma manera, la circular oficial del Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia de esos años, dirigida a otras naciones, fue elocuente en argumentos similares, resaltando el hecho de que no hubo previa declaratoria de guerra y que se intentaba resolver por la vía diplomática los entredichos resultantes del impuesto a la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta. En ese sentido, el gobierno boliviano denunció:

La agresión de Chile en plena paz, sin previa declaratoria de guerra, ni otro trámite, y pendientes aún las negociaciones entabladas en esta ciudad por el señor Videla, Encargado de Negocios del gobierno chileno, no ha podido menos que sorprender a mi gobierno y tomarle plenamente desprevenido. [...]

La indefensión y remota distancia del Litoral del Pacífico, al centro de acción y de poder del gobierno boliviano; lo sorpresivo y exabrupto del hecho; lo encubierto del pensamiento lenta y tranquilamente preconcebido, desde tiempo atrás, son circunstancias que afectan la honorabilidad del gobierno de Chile y que dan su verdadero carácter y colorido al crimen consumado contra Bolivia y contra el derecho público de las naciones. (Citado en Becerra de la Roca, 2006: 107).

²³⁹ Prefecto del Departamento del Litoral.

²⁴⁰ Representante de la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta que fue detenido por las autoridades bolivianas, al ser el 14 de febrero de 1879, el plazo que dio el Estado boliviano a la empresa para que pague los impuestos devengados al salitre. Al no ser pagados estos gravámenes, se procedió a embargar los bienes de la compañía y a arrestar a su principal representante.

De tal forma, las versiones bolivianas realzaron la idea de que no se buscó la guerra y menos estaba preparado el Estado boliviano para aquella, lo que alimenta una concepción que refuerza el sacrificio de Bolivia y sus héroes que pelearon con valentía aunque tuvieran todas las de perder. Advirtió la circular oficial citada:

Bolivia no ha deseado ni buscado la guerra, porque es esencialmente pacífica y sabe respetar el derecho de las demás naciones, pero no la teme; la acepta de buen grado, y no omitirá esfuerzo ni sacrificio para repeler la fuerza con la fuerza, para reintegrarse en sus derechos y conservar la incolumidad del honor nacional. (Citado en Op. Cit.: 111).

Del carácter “innato” de “los chilenos”, para las visiones bolivianas, era casi natural su tendencia al expansionismo a costa de sus vecinos, lo que incluyó la “invasión” de la costa boliviana y de territorio peruano. Como ya explicamos anteriormente, se entrevió esta tendencia desde el advenimiento de las ideas de Diego Portales contra la Confederación Perú-boliviana y se vendría a consolidar con la Guerra del Pacífico cuyas causas, en Bolivia, son atribuidas principalmente al deseo de expansión y ambición de Chile.

Para Michel, la expansión de Chile hacia Bolivia y Perú fue una cuestión de necesidad ya que desde sus inicios como república, “tiene que sobrevivir” siendo el país más pobre y austero de la región y por estas condiciones es que se tiene que mover. Siguiendo la visión del “chileno busca-tesoros” su población fue percibida como “gente que trabaja durísimo” y acostumbrada al éxodo. El autor citó un documento donde se constataba que en la “fiebre del oro” de EEUU en la década de 1940, se ve un gran número de nacionales chilenos, porque “es su vocación, poblar, colonizar o morir, es su razón”. (Entrevista a Pablo Michel, 2011).

Así, Chile fue visto como un potencial invasor e incluso, más de un siglo después de la guerra, hay voces en Bolivia que advirtieron sobre el peligro latente de tener a Chile en la vecindad próxima porque puede significar una invasión futura. Gutiérrez, no pudo dejar de señalar:

No entendemos, ni de manera lejana, referirnos a empresas florecientes en que el capital chileno comparte honradamente con el nuestro las riquezas del suelo boliviano. Pero esta invasión del capital, puede convertirse a la larga en una invasión de la población y entonces no podrán dejar de producirse, a despecho del gobierno de Chile, los mismos fenómenos que entonces ocurrieron. (Gutiérrez, 1917: 79).

En el marco de una reflexión más actual, Albarracín fue tajante cuando aseguró:

El 'dominio' que Chile le impuso a Bolivia con el Tratado de 1904, fue sobre territorios bolivianos ocupados de tres departamentos, el Litoral, Oruro y La Paz; hoy este dominio se ha hecho a toda la nación con el 'libre tránsito' tributario, el enclaustramiento marítimo, la pérdida de soberanía marítima, el contrabando masivo organizado contra el comercio y la economía del país. (Albarracín, 2005: 89).

Con esa carga se pesan otras dificultades que Bolivia ha tenido y tiene con Chile como el uso de recursos hídricos encontrados en el territorio boliviano y desviados y usufructuados por Chile en diversas coyunturas, el libre tránsito y comercio entre los dos países estipulado en el Tratado de 1904, visto como otra forma de asegurar la intervención chilena en Bolivia, y cualquier otro proyecto que se haya intentado realizar con este país, que tiende a generar rechazo en varios sectores de la población boliviana. Albarracín fue más explícito cuando afirmó:

Las fuerzas patrióticas que en Bolivia sostienen la independencia de la nación, deben actuar unidas en todos los escenarios donde haya que demandar el mar de Bolivia hasta sacarla de su estado actual de grave sometimiento de su soberanía a la voraz oligarquía vecina que trabaja, después del Tratado de 1904, en un anunciado plan de apoderamiento de nuevos objetivos como la red hídrica del altiplano, de adueñamiento (sic) de los hidrocarburos del sudeste; de toma de las riquezas del Salar de Uyuni y el Mutún; de despojo de nuevas fuentes de riqueza, con el pretextado tratado de libre comercio sin salida al mar y en lucha imposible contra el gigantesco contrabando organizado desde los puertos del Pacífico que ahoga el mercado nacional e imposibilita la industrialización de Bolivia. (Op. Cit.: 91-92).

Murillo de la Rocha, habló de la creciente agenda negativa entre Chile y Bolivia que aumenta las tensiones entre ambos:

De otro lado, lamentablemente, el historial de las relaciones boliviano-chilenas está saturado de incidentes que alimentan los resentimientos del pueblo boliviano. Existe una agenda negativa muy extensa.

En 1962, Bolivia se vio obligada a romper relaciones diplomáticas por el desvío de aguas del río Lauca, sin compensación alguna. La drástica disminución del caudal de ese curso de agua condenó a que vastas zonas se convirtieran en desiertos y expulsaron del lugar a numerosos pobladores.

Desde hace un siglo, Chile viene utilizando las aguas de los manantiales del Silala. Ubicadas íntegramente en el Departamento de Potosí (una de las regiones económicas más deprimidas). [...] En los años setenta, Chile sembró más de medio millón de minas terrestres en la frontera, y se niega a retirarlas a pesar del compromiso asumido al suscribir

la Convención de Ottawa. ¿Qué peligro puede representar Bolivia a la seguridad de Chile? [...] En consecuencia, lo difícil para recomponer una relación normal y cooperativa con Chile radica en que no se trata solamente de olvidar los agravios del pasado, sino de modificar las realidades del presente, despejando, por ejemplo, la cargada agenda negativa, para construir una vinculación futura distinta. (Murillo de la Rocha, 2004: 163-164).

Becerra de la Roca, vinculó a la “invasión chilena” con los malestares internos que tuvo Bolivia desde principios del Siglo XXI, como los problemas políticos entre regiones y subrayando una “inmigración peligrosa” de Chile hacia Bolivia:

La penetración del capital chileno en áreas estratégicas de la economía: banca, energía, ferrocarriles, comunicaciones, cemento y otras; la sigilosa migración de nacionales chilenos que adquieren extensiones de tierras en el oriente y otros lugares, asociados a oligarcas o por medio de testaferros; el escandaloso anuncio de que inversionistas chilenos estarían entrometidos en la explotación del Mutún y una proyectada industria petroquímica; la quinta columna que alienta movimientos separatistas en el oriente bajo el disfraz de autonomía que será fortalecida con la reciente eliminación del pasaporte que incrementará esa inmigración peligrosa, son hechos y actos que no consultan el interés nacional y se alinean en esa política de dominación que ejecuta Chile sistemáticamente, con los auspicios de la Cancillería boliviana, que, o no estudian los antecedentes históricos, o actúan en complicidad. (Becerra de la Roca, 2006: 170).

Sin ir más lejos, alimentado esa visión del Chile “invasor” y “usurpador”, en años recientes hasta hubo una fuerte indignación general en Bolivia cuando se evidenció que en algunas localidades nortinas de Chile, se festejaban fiestas religiosas con bailes folclóricos que Bolivia se atribuye como parte de su patrimonio cultural. Ante ello, salieron sendos comunicados gubernamentales y no gubernamentales dispuestos a probar que dichas expresiones artísticas pertenecen a Bolivia y no a Chile y acusando a este país de “robarle incluso la cultura” a Bolivia. Algo similar ocurrió cuando algunas autoridades chilenas regalaron charangos a nombre de Chile a delegaciones diplomáticas de otros países. Inmediatamente, el Estado boliviano se movilizó para aclarar que el charango es propio de Bolivia y no de Chile²⁴¹. Sobre estos puntos, fue ilustrativo lo que argumentó Baptista:

(Chile) que con el argumento de que se trata de música del ‘norte’ presenta como chilenas en festivales, dentro y fuera de su país, danzas y música boliviana no sólo andina, sino

²⁴¹ El presidente de Bolivia, Evo Morales, con ironía, llegó a obsequiar un charango a nombre de Bolivia a Michelle Bachelet.

también oriental o afro, copiando o comprando de Bolivia los trajes e instrumentos como el charango, la quena, el pinquillo, la zampoña, la tarka. A tal extremo ha llegado el despojo de décadas que se ha creado artificialmente una festividad de La Tirana para atribuirle ese origen geográfico a la inmensa gama de danzas bolivianas, como la diablada, la morenada, los caporales, etc. (Baptista, 2004: 28).

En los últimos años, el entredicho de Chile y Bolivia por las aguas del Silala se ha potenciado con la intención de los pobladores bolivianos de esa zona de cerrar las vertientes para, supuestamente, para realizar proyectos de riego. Chile reaccionó con demostraciones militares en la frontera y a su vez Bolivia insistió en que al estar estas aguas en su territorio puede hacer con ellas lo que le parezca más conveniente.

1.1.3 Los tratados de la fuerza

Si bien en el análisis del Pacto de Tregua de 1884 entre Chile y Bolivia no hay tanta tinta desde el punto de vista boliviano, como la existente para la interpretación del Tratado de 1904, se puede resumir la visión del Pacto de Tregua desde Bolivia como la confirmación y consolidación de la “invasión” chilena de los territorios disputados. De tal forma, se consideró al periodo entre 1884 y 1904 como una etapa de asfixia a Bolivia por tal ocupación, ya que los únicos puertos con los que contaba se encontraban en manos de Chile y, por tanto, se consolidó una forma de presión que se definió después favorablemente a los intereses chilenos con el Tratado de 1904. Además, “El libro del mar” arguyó que Chile impuso ese pacto a Bolivia bajo la amenaza de invadir su territorio. (Op. Cit.: 22).

Entre las aristas que se barajaron en el abordaje de este periodo, también se incluyó la propia “conveniencia” de la oligarquía boliviana, que buscó un acuerdo con Chile lo más rápidamente posible, al ser los puertos ocupados la salida de sus exportaciones de minerales que se encontraban estancadas.

Para ilustrar esta visión frente al Pacto de Tregua, veamos lo que sostuvo el Informe del Estado boliviano sobre el problema marítimo presentado a la IX Asamblea de la OEA en 1979:

En 1884, Bolivia tuvo que firmar un Pacto de Tregua. Por ese documento Chile quedó ocupando los territorios bolivianos conquistados con la guerra, intervino las Aduanas e impuso, además, ventajas para internar libremente sus productos hacia territorio

boliviano. Debido a ese Pacto, Bolivia, con su litoral militarmente ocupado, sin puertos ni facilidades de tránsito, soportando un agobiador dogal aduanero, vivió una asfixia económica de tal naturaleza, que se vio obligada a firmar el Tratado de 1904. (Informe del Estado boliviano a la IX Asamblea de la OEA. Citado en Baptista, 1999: 265).

Querejazu describió una situación similar:

El jaque a Bolivia, más que con la amenaza de una invasión, era una dura realidad con la ocupación de los puertos bolivianos de Atacama y los peruanos de Arica y Mollendo. El comercio del altiplano con el exterior estaba a merced de la buena o mala voluntad de Chile. En otras palabras, Chile tenía a cogida a Bolivia por la garganta. Estaba en su arbitrio estrangularla o dejar pasar para ella alimentos y mercadería. (Querejazu, 1983: 132).

Así, el Pacto de Tregua fue visto como una especie de preámbulo o hasta un presentimiento de lo que venía con el Tratado definitivo de 1904, no obstante admitir que en ese tiempo el Estado boliviano abrigaba esperanzas de que Chile otorgara a Bolivia un acceso al mar cuando se definiera la situación de Tacna y Arica, motivo por el cual no se habría suscrito un acuerdo definitivo de paz²⁴².

Por otra parte, uno de los temas que más se ha escrito en Bolivia, en relación a la Guerra del Pacífico, es sobre el Tratado de 1904. La mayoría de las interpretaciones coincidieron en que el Tratado se firmó por la fuerza, es decir, por la presión que Chile ejercía como ganador de la guerra y por la asfixia aduanera como resultado de la ocupación chilena de las costas de Atacama, Arica, Tacna y Mollendo. También se realizó el hecho de que Bolivia no hubiera podido defenderse si Chile exigía la firma del Tratado de Paz con algún tipo de ofensiva: “Estando bajo ocupación militar de Chile el Litoral boliviano, sin acceso a puertos propios, con notables dificultades para el tránsito y la administración chilena de sus aduanas, Bolivia suscribió el Tratado de Paz y Amistad el 20 de octubre de 1904”. (“El libro del mar”, Op. Cit.: 22).

A pesar del intento del gobierno de Ismael Montes para defender el Tratado, en cuya gestión se refrendó enumerando las supuestas bondades que dicho acuerdo traería para Bolivia, estos argumentos no calaron en la conciencia colectiva boliviana que de manera general percibe al tratado como negativo y forzado y, hasta nuestros días, distintos

²⁴² Este último argumento es fundamentado en “El libro del mar”, Op. Cit.: 22.

gobiernos han clamado por su revisión. Veamos algunos ejemplos de las apreciaciones bolivianas sobre el Tratado de 1904. Murillo de la Rocha, indicó:

El Tratado suscrito el 20 de octubre de 1904 estaba destinado a reflejar, en su espíritu y contenido, los objetivos que llevaron a Chile a desatar la llamada Guerra del Pacífico, a consolidar sus resultados.

Su meta principal era anexar definitivamente los territorios conquistados. Establecer los nuevos límites, esto es, señalar los espacios hasta donde se extendería el poder soberano del vencedor, a quien, por lo visto, no le interesaba asegurar las condiciones que promovieran hacia adelante una relación de vecindad normal con Bolivia. Ello explica el hecho de que, a pesar de llamarse de paz y amistad, sus cláusulas no traducen el concepto de vinculación fronteriza o de la búsqueda de una relación cooperativa. No hay prescripciones en su texto encaminadas a promover y alentar el intercambio entre las respectivas poblaciones. El criterio es marcadamente delimitatorio, restrictivo y excluyente. Sus términos tienen un efecto de tapiado que, finalmente, colocaron las barreras de separación entre los pueblos boliviano y chileno, que hasta hoy no han podido removerse. (Murillo de la Rocha, 2004: 104-105).

El historiador y periodista, Mariano Baptista, igualmente subrayó la imposición del Tratado de 1904, en una entrevista realizada en una radio chilena en 1999:

En realidad era una época en que dominaba un aire prusiano en América y Bolivia no tenía otra forma de sacar sus minerales sino por los puertos tradicionales del norte de Chile que hasta la guerra fueron de Bolivia o por Arica que era parte del Perú, de manera que el tratado del año 4 como dice bien el Canciller Insulza²⁴³ se firmó 24 años después. Esto significó que Bolivia no aceptaba perder su calidad marítima y se firmó porque no había otro remedio, sino lo firmábamos, no exportábamos nuestros minerales. (Entrevista a Mariano Baptista en Radio Chilena, 1999. Citada en Baptista, 1999: 245).

Becerra de la Roca, indicó con mayor vehemencia:

Es que al Tratado de 1904 se lo aceptó por la imposición de las amenazas y de la fuerza concurrentes en ese tiempo; por eso el gobierno de Bolivia fue impelido a celebrarlo sin cuestionamientos, a fardo cerrado, sin tener en cuenta que estaba siendo burlado de la forma más ignominiosa y así, resultó una verdadera tomadura de pelo, porque entregó su territorio a Chile a cambio de nada. (Becerra de la Roca, 2006: 175).

Albarracín fue todavía más contundente y apasionado con argumentos similares como “el Tratado de 1904, como se ve hoy por sus consecuencias, es un Tratado de dominación y de fuerza, de castigos de guerra, como el enclaustramiento, de ‘libre tránsito’ tributario y

²⁴³ José Miguel Insulza, Canciller chileno en el momento de la entrevista.

de políticas de opresión despótica nacional e internacional”. (Albarracín, 2005: 35). En otro momento, anotó:

El ‘dominio absoluto y perpetuo’ que Chile pretende, no se origina en la ley, sino en la fuerza y la violencia. Chile ganó la guerra, ocupó los territorios invadidos, y sin más, entró en posesión de los territorios bolivianos; con el Tratado esta ‘ocupación’ se convirtió en ‘dominio’ de éstos. Bolivia perdió con esta guerra su capacidad militar, política, económica y diplomática, no obstante, no perdió el derecho de propiedad de su patrimonio nacional, el mar, su costa y sus puertos que en el futuro, serán la llave de su emancipación y su recuperación legal, frente a esta dominación sobrepuesta. (Op.Cit.: 90).

En documentos oficiales del Estado boliviano se presentaron argumentos similares. En el discurso del presidente boliviano Walter Guevara Arce a la IX Asamblea de la OEA en 1979, se manifestó:

Es cierto que Bolivia suscribió un tratado legalizando formalmente su enclaustramiento mediante la cesión a perpetuidad de su litoral sobre el Pacífico. No es el único país que se vio forzado a suscribir un convenio internacional lesivo a sus intereses más vitales. La ‘circunstancia’ de la época, aquellas de carácter local, como el hecho de tener su territorio militarmente ocupado por el vencedor o como la asfixia económica resultante del control de sus puertos por otra nación, explican, pero no justifican ese tratado. (Citado en Baptista, 1999: 277).

Enarbolando esas percepciones del Tratado de 1904 como impuesto por la fuerza, en diversas ocasiones y hasta la actualidad, los gobiernos bolivianos, siguen clamando por su revisión para modificar la que sería su principal consecuencia: la mediterraneidad de Bolivia: “...dicho tratado, cuyo cumplimiento aún es parcial, no resolvió las consecuencias del encierro ni puso punto final a las negociaciones entre Bolivia y Chile sobre un acceso soberano al mar”. (El libro del mar. Op. Cit.: 22).

No obstante, como una excepción a la mayoría de planteamientos desde Bolivia, el gobierno de Montes y sus funcionarios, al haber suscrito el Tratado de 1904, fueron sus convencidos defensores. Como subrayó Querejazu (1983: 143), en ese periodo la vinculación ferroviaria de la que carecía Bolivia, parecía ser más importante que un puerto lejano y con ese pragmatismo aceptaron las cláusulas del pacto que fueron vistas como convenientes al país. Alberto Gutiérrez, aunque en otros aspectos siguió las visiones generalizadas sobre las causas y consecuencias de la Guerra del Pacífico y el posterior

“enclaustramiento marítimo” boliviano, para firmar el Tratado a nombre de Bolivia, explicó las razones de tanto del Partido Conservador como del Partido Liberal para “aplazar” la reivindicación marítima y optar por los ferrocarriles:

Esa solución respondía a la aspiración transitoria de todos los partidos políticos. Todos ellos habían coincidido en aplazar sus aspiraciones a puerto propio y miraban como la salvación nacional la construcción de ferrocarriles [...] El Tratado firmado con Chile el 20 de octubre de 1904 era una evolución tan considerable en la economía nacional, que puede decirse que abarcaba todas sus necesidades fundamentales: ferrocarriles, instrucción, independencia aduanera y financiera. (Gutiérrez, 1917: 244-245).

Como se anotó antes, por tal posición, en el marco de las “culpas” relacionadas a la autopercepción identitaria boliviana en su papel en la Guerra del Pacífico, el gobierno de Montes en el imaginario colectivo y en una mayoría de las lecturas históricas bolivianas, fue tildado de “traidor” y “chilenófilo” al “entregar por un ferrocarril” la salida al mar de Bolivia.

1.1.4 Chile se enriqueció con el Litoral y sus recursos

Una de las aristas más importantes de las visiones bolivianas sobre Chile, en el marco de la Guerra del Pacífico, es que este país logró la prosperidad económica, de la que se considera referente en América Latina, gracias a los territorios que se ganó en la guerra, ricos no sólo en salitre y guano, sino en cobre, bórax y otros minerales. Como analizamos anteriormente, ello va ligado a la interpretación boliviana de las causas de la guerra y a las representaciones que sitúan a Bolivia en la “pobreza” y “subdesarrollo” resultado de su mediterraneidad, como parte de una autopercepción lacerante. En contraste, se aseguró que Chile, país que nació “pequeño” y “pobre”, se enriqueció a costa de esa desventura boliviana.

Becerra de la Roca indicó que toda la riqueza de Chile no se generó en su territorio tradicional, sino obtenido de Atacama y Tarapacá, “entonces de ese modo ellos modo han podido potenciar su industria en la parte central, han podido potenciar sus viñedos” [...]. Ellos se sienten superiores, pero no saben que esa superioridad la han obtenido por el dinero, por esa riqueza usurpada”. (Entrevista a Rodolfo Becerra de la Roca, 2011).

De esa manera, cuando se subrayó todo lo que perdió Bolivia en términos económicos, las mismas cifras vendrían a favorecer a Chile, convirtiéndole en un vecino más poderoso. Por ejemplo, se hizo alusión al cobre de las minas de Chuquicamata y se destacó que hasta fue llamado como “el sueldo de Chile”, por los propios chilenos, argumento actualizado en “El libro del mar”. En relación a todo ello, fue ilustrativo lo que indicó Albarracín:

Chile hubiera seguido, como antes, un pequeño país situado entre el mar y la Cordillera de Los Andes. Su expansión geográfica vino, a partir de su pobre mapa original, de la debilidad militar, económica, social mostrada por Bolivia, país vecino situado al norte de Chile, así como de las continuas migraciones extranjeras, particularmente europeas, que llegaron a su territorio. El ‘dominio’ que persiguió Chile, desde entonces, alcanzó a Bolivia. [...] Para mirar su porvenir en la aventura del futuro, Chile no encontró otra puerta abierta que la de Bolivia. Avanzar sobre Bolivia en busca de recursos naturales, fue su inevitable camino. [...] Conseguir ‘dominio absoluto y perpetuo’ fue para Chile una necesidad convertida en convicción, una imposición nacida del agobiante estado de falta de recursos. (Albarracín, 2005: 86).

Salazar, de manera similar, manifestó:

Más de un siglo ha pasado y, en términos reales, no hemos avanzado nada. La causa boliviana está, relativamente, donde estuvo al día siguiente de haberse firmado el Tratado de 1904. Sin embargo, Chile ha avanzado económicamente, en gran medida, en base a las riquezas del territorio que fue boliviano. (Salazar, 2006: 24).

Baptista, acotó:

(Chile) que siendo uno de los pueblos más pobres del continente hasta mediados del Siglo XIX, por efecto de la Guerra del Pacífico se ha enriquecido súbitamente, al extremo de que, por ejemplo, el Presidente Allende calificó a Chuquicamata como ‘el sueldo de Chile’, pues sus exportaciones de cobre, particularmente de esa mina (ex territorio boliviano) han dado prosperidad al país e incluso ingresos propios a las fuerzas armadas. Esa exportación representa tanto cobre como el que acumulan en sus territorios, varios continentes juntos. El guano fósil significó millones de toneladas de fertilizantes para la exportación. A partir de 1880, Chile exportó anualmente más de 12.000 toneladas de salitre. Estas riquezas representaron el 70% de los ingresos fiscales del país, para citar unos pocos ítems. (Baptista, 2004: 27).

Becerra de la Roca fue explícito en las comparaciones entre Bolivia y Chile en cuanto al enriquecimiento de este último a costa del primero:

Los hechos estudiados nos introducen a otra cuestión emergente que es el aumento de la riqueza del Estado chileno, a costa del empobrecimiento y sometimiento de Bolivia y es

esta, una situación de la mayor injusticia y con ribetes de calamidad para nuestro país. [...] El gobierno de Chile urdió unas figuras falsificadas de resolución y de reivindicación para apoderarse del territorio boliviano situado entre los paralelos 23 y 24 de latitud sur, que codiciaba desde mucho tiempo atrás maquinando diversas formas; primero, dictando una ley nula sobre territorio ajeno, ocupándolo por la fuerza y aún solicitando la compra del territorio en varias ocasiones y, finalmente, apropiándose de él.

Ese hecho le ha producido a Chile tanto incremento en su patrimonio como beneficios por la explotación de recursos que encierra ese patrimonio boliviano. (Becerra de la Roca, 2006: 156-157).

Seguidamente, Becerra de la Roca hizo síntesis de todos los beneficios obtenidos por Chile por la explotación de salitre, guano, cobre y otros minerales y recursos, recurriendo a los datos que proporcionaron los propios analistas chilenos, concluyendo: “No existe pues, en los anales de la historia del mundo, un despojo que hubiese producido tanta riqueza y beneficio al usurpador y tanto daño a la víctima, ante la mirada insensible y cómplice del mundo entero”. (Op. Cit.: 158).

1.1.5 Chile y sus rivalidades

Desde las interpretaciones bolivianas para comprender la “política expansionista” de Chile hacia el territorio boliviano y coincidiendo con las visiones peruanas, también hay algunos autores que hicieron hincapié en la necesidad de Chile para fortalecerse mediante su vecino más débil (Bolivia), debido a la creciente rivalidad con otros Estados poderosos: por un lado, con Argentina-por el dominio de la geopolítica del sur- y, por otro, con Perú, por el control del Pacífico sur. Así, antes que un enfrentamiento contra Argentina, Chile prefirió potenciarse en el norte, teniendo como objetivo final al Perú, y Bolivia fue, apenas, un lugar de paso. Anotó Murillo de la Rocha:

Los recursos naturales que Chile requiere para financiar su crecimiento económico de manera sostenible se encuentran al norte, pero más allá de Copiapó, es decir, más allá de sus límites. Paralelamente se percibe como una seria amenaza para su seguridad externa e interna la posibilidad de un creciente desarrollo de sus vecinos, especialmente de Argentina y Perú. [...] Chile se siente vulnerable geográfica, económica y políticamente. Necesita, con urgencia, aclarar sus fronteras con la Argentina en el extremo sur del Continente. Su producción minera es insuficiente. En el sector agropecuario no puede competir con su vecino, cuyo crecimiento y poderío se incrementan aceleradamente. Al propio tiempo, observa con enorme recelo la posibilidad de que las afinidades históricas, culturales y ancestrales entre Bolivia y Perú, pudieran reflejarse en acuerdos políticos. (Murillo de la Rocha, 2004: 105).

Como se ve, como consecuencia de estas susceptibilidades frente a Argentina y Perú, se interpretó también la intervención chilena contra la Confederación Perú-boliviana. Igualmente, los intentos chilenos de generar una alianza con Bolivia durante y después de la Guerra del Pacífico, son percibidos como causa de las tensas relaciones con Perú, visto como principal objetivo de guerra de Chile, y también con Argentina en diferentes diferendos limítrofes que tuvo con este país.

Respecto a la rivalidad chileno-argentina, en las visiones bolivianas, se insistió que la rivalidad entre Chile y Argentina fue manifiesta por el mismo hecho de que Argentina por poco integró la alianza defensiva entre Chile y Perú. Se enfatizó que las diferencias entre Chile y Argentina se perfilaron, primeramente, por territorios en la Patagonia, donde finalmente, Argentina, logró negociar con Chile en el diferendo limítrofe sobre la Patagonia en 1881, a cambio de su neutralidad en la guerra, consiguiendo que Chile reconozca la soberanía a su favor de la Patagonia Oriental bajo el criterio de delimitación “*divortium aquarum*”, dividiendo las aguas de vertiente pacífica para Chile y las de vertiente atlántica para Argentina.

Entonces, desde las interpretaciones bolivianas, los acuerdos entre Chile y Bolivia de 1895, de los que se habló en capítulos anteriores, se buscaron desde Chile como una forma de neutralizar a Argentina en tiempos en que este último país y Chile se encontraron al borde la guerra. Más aún cuando las FF.AA. de ambos países consideraban que la solución más “rápida” a cualquier diferencia era por las armas y se gastaron recursos cuantiosos en potenciar su poderío bélico²⁴⁴.

Se percibió que Chile se acercaba a Bolivia, prometiéndole una salida al océano, cuando tuvo conflictos con Estados más poderosos y estas promesas se desvanecieron una vez que Chile resolvió sus problemas con esos Estados.

Una lectura similar se tuvo con lo que ocurrió con la pulseta entre Chile y Argentina por el Canal Beagle en la década de 1970 cuando ambos países se encontraban gobernados férreamente por sus FF.AA. En ese contexto, se gestaron los intentos de acuerdo en Charaña entre Hugo Banzer y Augusto Pinochet, que según la historia hegemónica boliviana, quedaron en nada cuando nuevamente, Chile y Argentina resolvieron sus

²⁴⁴ Según Concha, la carrera armamentista de ambas naciones las situó entre las diez potencias navales más poderosas en el mundo en ese momento. (Entrevista a José Miguel Concha, 2011).

diferencias. Becerra de la Roca explicó que los acercamientos de Chile hacia Bolivia siempre han sido hipócritas, dependiendo de su situación internacional, es decir, de su relación con Argentina o Perú. (Entrevista a Rodolfo Becerra de la Roca, 2011; Entrevista a Pablo Michel, 2011).

Por esa lectura, se consolidó la percepción de Chile en Bolivia como “humilde con el fuerte y altivo con el débil”. (Refutación de Zoilo Flores y Serapio Reyes, 1879: Citado en Becerra de la Roca, 2006: 99).

1.1.6 “Por la fuerza o la fuerza” o los “antihéroes” chilenos para Bolivia

Muchos autores bolivianos en el análisis del “carácter de los chilenos” en base a la Guerra del Pacífico y sus resultados, les atribuyeron un rasgo más: una tendencia innata a la violencia y al autoritarismo para hacer valer sus intereses, ya sea que esos intereses sean leídos como los de una elite u oligarquía, o como de todos “los chilenos” en general. Así, se suele ironizar con el propio emblema chileno escrito en su escudo que dice por “la razón o la fuerza” y se realizó el hecho de que, por lo menos en lo concerniente al desarrollo de la Guerra del Pacífico, principalmente en cuanto a la “imposición” del Tratado de 1904 y a las relaciones Chile-Bolivia, ha primado la fuerza y nunca la razón²⁴⁵.

En ese entendido, Chile estaría moldeado por el uso de la fuerza no sólo en sus relaciones internacionales sino en su acaecer interno. Baptista, aseguró (refiriéndose a las visiones bolivianas sobre Chile): “Para los bolivianos los chilenos son (un pueblo) en el que las instituciones fueron marcadas a hierro por personajes como el mandatario Diego Portales

²⁴⁵ Miguel de Unamuno, al sostener correspondencia con el intelectual chileno Carlos Vicuña Fuentes, quien había sido expulsado de su cátedra universitaria por sostener públicamente posiciones favorables a la demanda marítima boliviana, conmovido por la reivindicación boliviana, le comentó en relación al emblema chileno de “por la razón o la fuerza”: “Por lo demás la medida despótica de que ha sido usted víctima prueba que el poder que le ha exonerado a usted de su cátedra, no cree en la justicia de la política antiamericana y antipatriótica contra la que usted se ha pronunciado. En resolver en justicia ese viejo pleito entre hermanos, entre consanguíneos de espíritu-sangre de éste es la lengua-no va sólo la paz de América, la prosperidad de Chile y la sangre de los hijos de esa patria; va el honor y el verdadero honor de ésta, va el honor de Chile. Y va su civilidad que es la civilización. Lo felicito, pues, por su actitud civil y humana, por su patriotismo americano, que es el más hondo patriotismo chileno, por su humanidad-en vano enseña usted humanidades-porque creo que la injusta medida de que ha sido usted víctima sirvió para encender y alumbrar la conciencia de los que allí sienten que entre pueblos hermanos-todos lo son entre sí- sólo se resuelven los pleitos por la razón, nada más que por la razón. ‘Por la razón o por la razón’”. (Citado en Baptista, 1999: 10-12).

que creó una república ‘aristocrática’, dejando al ‘rotaje’, disciplinado a palos, las tareas más duras”. (Baptista, 2004: 26).

Para ilustrar aquello, acentuaron la actuación de figuras como Diego Portales o Abraham König (“antihéroes” chilenos desde la visión Bolivia) como símbolos de la forma de pensar y actuar de un Chile donde la fuerza y el autoritarismo moldearon su formación social y su cultura. Baptista incluyó en ello a Pinochet, asegurando que la “estabilidad chilena”, fue sólo de apariencia, porque de otra forma no puede explicarse la dictadura pinochetista y su fuerte influencia, aún luego de la transición democrática. (Baptista, 2004: 26).

Respecto a la figura de Diego Portales, anotó Baptista:

Diego Portales a quien el historiador Vicuña Mackenna considera como el ‘creador de Chile’ fue sin duda la personalidad más influyente en su país en la primera mitad del Siglo XIX, figurando varias veces como Ministro. No creía en las ideas sino en el ejercicio del poder, dictatorial y personalista y fue tal su influencia conservadora que incluso moldeó el carácter chileno, dentro de rígidos patrones de conducta, donde unos mandaban y otros obedecían. (Baptista, 2004: 13).

De la misma forma, la carta de Abraham König a Eliodoro Villazón escrita en 1900 fue muy comentada por los historiadores y políticos bolivianos como una muestra de las verdaderas intenciones de Chile con la gesta de la Guerra del Pacífico y respecto a la idiosincrasia chilena expansionista, cuyo único lenguaje sería la amenaza del uso de la fuerza; la imagen de König, así se convirtió en un símbolo de aquello. Sobre ello, Murillo de la Rocha, comentó:

(König) desde el comienzo de sus funciones hizo gala de una suerte de exhibicionismo triunfalista. Lo prueba la carta-que le dio triste fama-que dirigió al Canciller boliviano de la época, en la cual, deja constancia, por escrito, que, efectivamente, su país desató una guerra de conquista con el objetivo de apropiarse de territorios y riquezas ajenos (sic). Pero aún más, cree pertinente enrostrar al vencido que el precio de su derrota le priva también de cualquier reclamo para evitar la condena de un enclaustramiento definitivo. (Murillo de la Rocha, 2004: 116-117).

Sobre el mismo tema, Mesa comentó que la carta reflejó la prepotencia chilena que le hizo honor al lema de su escudo (Mesa, 2003: 529-530) y Gutiérrez reflexionó que König expresó las ideas de la época, pero que en Chile adquirirían claridad desde la posición del vencedor: “La nota de König incluía declaraciones de una crudeza repulsiva, pero que

desgraciadamente se encontraban de acuerdo con los principios y las prácticas que se hallaban entonces en vigencia”. (Gutiérrez, 1917: 232).

El historiador boliviano Jorge Escobari Cusicanqui, aportó lo siguiente a esta visión: “König fue el exponente más conspicuo de la diplomacia chilena de aquella época. Antes de alcanzar seis meses de arribo a La Paz, dirigió a la Cancillería de Bolivia cuyo contenido demuestra que Chile se creía en efecto-como dice Eysaguirre²⁴⁶-la Prusia del Nuevo Mundo”. (Escobari Cusicanqui, 1975: 104).

A su vez, sobre König y su carta, Baptista expresó la repercusión que hasta ahora sigue teniendo en las percepciones bolivianas sobre la Guerra del Pacífico y sus consecuencias:

Ningún documento ha impactado tan duramente a la opinión pública boliviana, pese al tiempo transcurrido, que el que suscribiera el entonces Ministro chileno ante el gobierno de Bolivia, Sr. Abraham König [...] Desde entonces y alimentada por ofertas fallidas y sucesivas negociaciones frustradas se ha extendido en Bolivia la idea de que las expresiones de ese diplomático de origen teutón representan el pensamiento dominante de Chile. (Baptista, 1999: 7).

Cabe recalcar que en algunas de estas visiones se realza el “origen teutón” de König, lo que resume una percepción de un Chile de orígenes “caucásicos” (visión que también es alimentada desde Chile) frente a una Bolivia “indígena” o “mestiza”, en la cual, la “raza superior” vence. En algunas interpretaciones desde Bolivia, particularmente en los pensadores del Siglo XIX y principios del Siglo XX, que estuvieron convencidos de la influencia de las “razas” en los destinos nacionales, esta interpretación denotó una mezcla de admiración por ese Chile “blanco”, pero, por otro lado, de reclamo y de resentimiento por sus abusos frente a la “menos afortunada” Bolivia. En otro texto Baptista reflejó el rencor que la figura de König despierta en los autores bolivianos, al que también acusaron de “racista”:

El sujeto respondía al nombre de Abraham König y aunque no era de origen prusiano tenía la mentalidad de un káiser y el temperamento de un racista convencido de pertenecer a una raza superior. La nota que envió al gobierno boliviano, el 13 de agosto de 1900 ha quedado para la posteridad como el documento más brutal que pueda concebirse. [...] König fue bien recibido por la comunidad paceña como reconoce él mismo en sus memorias y tuvo algún romance frustrado. No se casó nunca, ni tuvo a su retorno a su país (sic) situaciones de importancia y murió amargado y solo. (Baptista, 2004: 15).

²⁴⁶ Historiador chileno.

Otro antihéroe chileno para las versiones bolivianas, fue Conrado Ríos Gallardo que al igual que König, es considerado un “enemigo declarado” de Bolivia. Ríos Gallardo fue Canciller de Chile al momento de la ejecución del Tratado de 1929 entre Chile y Perú y al que se le atribuye su autoría, principalmente en lo concerniente al “doble candado” con que se “encierra” a Bolivia. Baptista dijo al respecto:

Dado que no es un misterio que este personaje hizo siempre gala de su animadversión hacia Bolivia, demostrada con el protocolo reservado con el Perú de 1929, inspirado por él y por el cual ambos países se comprometieron a ‘no ceder a una tercera potencia la totalidad o parte de esos territorios sin previo acuerdo entre ellos’. La pícara maniobra estaba obviamente dirigida contra Bolivia y ella ha complicado aún más-como se vio por la respuesta peruana al acuerdo de 1975 entre Chile y Bolivia²⁴⁷- la solución del tema”. (Baptista, 1999: 119).

1.1.7. Entre la admiración y el desprecio

Muy a pesar de todas las percepciones negativas sobre Chile, en relación a lo acontecido en la Guerra del Pacífico y la consiguiente pérdida marítima boliviana, apreciaciones que se difunden aún hoy en el imaginario colectivo en Bolivia, no puede ocultarse una cierta admiración por ese Chile “poderoso” que se impuso en la guerra. Así, particularmente entre los autores del Siglo XIX e inicios del Siglo XX, se admiró de Chile lo que, a juicio de la autopercepción dominante, Bolivia carece. Admiración en la que se traslució una cierta carga negativa con tonalidades de amargura. El historiador Fernando Cajías analizó que esta percepción sobre un “Chile superior” ciertamente arraigada en algunos sectores principalmente de la élite boliviana, tendiendo a preservarse esa visión aún en nuestros días. (Entrevista a Fernando Cajías, 2011).

De esta forma, primero tendió a realizarse la mayor “pureza racial” de Chile, cuya población ha heredado rasgos más “caucásicos” y cuyo Estado ha recibido corrientes migratorias europeas. Alcides Arguedas y Gabriel René Moreno, fueron públicos enaltecedores de estas supuestas características y atribuyeron a ellas, en parte, el mayor progreso y desarrollo económico de ese país y con esas visiones, al mismo tiempo, condenaron a la Bolivia indígena y mestiza. Esas representaciones en menor o mayor

²⁴⁷ Se refiere a los intentos de acuerdo de Charaña entre Hugo Banzer y Augusto Pinochet, que fueron observados por Perú en el marco del Tratado de 1929.

medida fueron reproducidas, especialmente por los sectores pudientes y de clase media boliviana, aún desde la segunda mitad del Siglo XX y Siglo XXI.

Otra visión sobre Chile, siempre en comparación a Bolivia, se concentró en relación a la supuesta estabilidad institucional que caracterizaría históricamente al Estado chileno. Coincidiendo con la propia autopercepción identitaria chilena, se contrastó el hecho de que Chile tuvo una serie de gobiernos civiles, democráticos y estables, aún desde las décadas tempranas del Siglo XIX, mientras que Bolivia estuvo signada por caudillismos militares e inestabilidad institucional como marcas de su formación social. Incluso, la férrea dictadura de Augusto Pinochet, fue catalogada por algunos analistas bolivianos-y por la gente de a pie- como sinónimo de “orden”, duro, pero “orden” al fin, mientras que Bolivia se percibió como un país esencialmente “caótico”.

Así, la “pureza racial”; el “progreso” y “desarrollo económico”; y el “orden” y “estabilidad institucional”, son para algunos bolivianos los rasgos distintivos de Chile y seguramente serían objeto de la más profunda “admiración”, sino se cruzaran con las percepciones relacionadas a la Guerra del Pacífico, lo que hace que la visión sobre Chile oscile entre la admiración y el desprecio, más aún cuando se vincula estas “ventajas” de Chile a la fatalidad boliviana como resultado de la guerra. El enaltecimiento de Chile, suele leerse entre los imaginarios negativos sobre el mismo país, dando la impresión de una visión casi bipolar en relación a Chile. Baptista comentó al respecto: “No se olvide que a fines de siglo, Chile mostraba al continente el perfil de una nación casi europea por su estabilidad, la solidez de sus instituciones, el prestigio de sus hombres de letras y la gallardía de su ejército prusiano. Esa imagen también se difundió en Bolivia”. (Baptista, 2004: 39).

Gutiérrez, por ejemplo, a inicios del Siglo XX, no pudo ocultar su admiración cuando reflexionó:

La República de Chile comprendió cuerdamente que no era la impaciencia la que daba el éxito, sino el trabajo asiduo, la economía de la riqueza y la educación del pueblo. Hombres de grande iniciativa y de probada energía cimentaron con mano de hierro la paz de la república y la libraron de una vez y para siempre de las dolencias de la guerra civil. Al amparo de esa situación bonancible, el país pudo desenvolverse en condiciones superiores, dados los recursos de la época. Se estimuló y propagó la instrucción pública y a poco andar, de las universidades de Chile imbuidas ya de las ideas nuevas, surgieron

estadistas dotados de cualidades máximas de prudencia, de sabiduría y de honradez administrativa. (Gutiérrez, 1917: 170).

Ostria Gutiérrez en 1950, igualmente, consintió que “Chile tiene también sus dificultades económicas, pero que va superándolas con éxito, a base de orden y de ciertos sacrificios de los contribuyentes [...] La sola Corporación de Fomento de Chile tiene un presupuesto de cerca de 3.000.000.000 de pesos o sea más que el presupuesto nacional de Bolivia”. (Ostria, 1998: 143-144).

En el Siglo XXI, Salazar tampoco ocultó su asombro ante el “progreso” de Chile:

Una sobre estimación (sic) del ‘excepcionalismo chileno’ ha generado ya la percepción internacional, intra-regional e, incluso, extra-continental de que Chile se caracteriza por un alto crecimiento económico, una notable baja de índices de pobreza y una democracia pujante que arroja los índices más altos en América Latina de transparencia, probidad, eficiencia gubernamental y respeto por el Estado de derecho.

Consecuentemente uno se preguntará ¿a qué se debe el éxito de Chile? Una de las varias respuestas está en lo que Carlos Martínez Sotomayor sostiene explicando que la inserción internacional de Chile no fue tarea exclusiva del Ministerio de Relaciones Exteriores. La responsabilidad fue colectiva, algo así como una misión nacional. Pues ¿de qué otra manera puede explicarse la importante proyección de Chile en el mundo internacional? La proyección internacional de Chile ha sido una expresión de apertura, de capacidad receptiva a la cultura universal y de generosidad a su vez para abrirse a aquellos que algo podían recibir de su propio trabajo. En esencia, sólo una nación culturalmente integrada puede proceder a una vinculación no dependiente dentro del sistema internacional. (Salazar, 2006: 79-80).

Algo que también se observó de Chile en las visiones bolivianas, fue la formación temprana de su “burguesía nacional”, que como anotaba Zavaleta, contrastaba con la élite boliviana de la cual, aún ahora, se duda de su evolución hacia una burguesía propiamente dicha, estancándose en una idiosincrasia preponderantemente feudal y en el consumo suntuario, en detrimento de la inversión por el bien común y el engrandecimiento del país. En este sentido, el escritor Néstor Taboada Terán, luego de comentar que Chile es “uno de los países más cultos de América del Sur, que se enorgullece de exhibir sus estabilidad institucional”, arguyó: “Tiene una larga tradición de democracia representativa. Una burguesía nacional próspera, cuyo proceso de mayor desarrollo económico se ha dado después de la Guerra del Pacífico en que fueron derrotados Bolivia y Perú”. (Taboada Terán, 2004: 53).

Sin embargo, aún en la exposición de tales características de Chile, que en Bolivia se admiran o envidian, algunos autores no dejan de manifestar el desprecio por este país alimentado por los desencuentros desde la Guerra del Pacífico y edificando una serie de estereotipos sobre “los chilenos”. Por ejemplo, en los albores de la guerra, el diplomático boliviano Rafael Bustillo, cuando informó de su misión diplomática en Chile, aseguró:

Pero con estas gentes que tan conocidas son en todo el mundo, todo es difícil y enojoso, todo se estrella en la estrechez de sus cálculos, en la frialdad de su carácter y en la tiesura de sus maneras. Si V.E. me hubiera enviado a cualquier otra parte, seguro estoy que algo hubiera cosechado en bien de mi país, pues tengo conciencia del afán, celo y trabajo que he infundido. Verdad es que aquí los hombres públicos se muestran tan inaccesibles y tiesos, parte por su carácter y parte por la presión que sobre ellos ejerce el país. (Citado en Gutiérrez, 1917: 40).

El escritor Gustavo Adolfo Otero, a su vez, buscó “desenmascarar” los imaginarios sobre los que Chile construye la visión de sí mismo y los que han generado admiración en Bolivia:

En Chile al servilismo le llaman espíritu de amor respetuoso a las leyes. A la burocracia le llaman servir o sacrificarse por la patria. Y al militarismo le llaman salvación...Hay enfermedades que merecen la bendición de los dioses. Las tres enfermedades sagradas de Chile son esas. Ellas se mantendrán con singular cariño, mientras viva Chile, porque al mismo tiempo que son enfermedades, forman el esqueleto de la nacionalidad”. (Citado en Baptista, 2004: 41).

De la misma forma, Baptista reflexionó sobre parte de los imaginarios que en Bolivia se refieren a un Chile que por su mayor “ascendencia europea”, pecarían de “racistas”.

(Para los bolivianos los chilenos son) un pueblo profundamente racista que se cree europeo por la influencia de la minoría vasca colonial a la que se han sumado españoles de otras regiones, así como inmigrantes de varias nacionalidades europeas. Modernamente los chilenos se consideran los ‘ingleses’ de Sudamérica y se niegan a ver su rostro indígena, pues los mapuches han sido confinados en el extremo sur y se les ha arrebatado mañosamente sus tierras, mientras la minoría aymara del norte, de origen boliviano, es tratada con el mismo menosprecio que a los nacionales de Perú y Bolivia. (Baptista, 2004: 26).

Esta última apreciación parece coincidir con ciertas vertientes de la propia autopercepción identitaria chilena.

1.2 La percepción de Perú en las visiones bolivianas en el marco de la Guerra del Pacífico

Respecto al papel del Perú, en relación a la Guerra del Pacífico, la visión boliviana no es tan negativa y contundente como con el caso de Chile. Igualmente, sobre el rol de Perú en la guerra y sus consecuencias, las historias bolivianas “nacionales” y/o hegemónicas revisadas no abordan este tema de forma tan abundante.

No obstante, se han edificado ciertas percepciones e imaginarios en relación a Perú que pasaron por realzar su papel de aliado de Bolivia en la guerra, incluyendo el destaque de las “semejanzas culturales e históricas” que unirían a Bolivia y Perú, hasta visiones menos favorecedoras que aseguran que Perú nunca pensó en ayudar a su “hermana” Bolivia y que siempre se jugó por sus propios intereses, y hasta algunos autores hablan de “traición” por el papel peruano en la aprobación del Tratado de 1929 y en la “obstaculización” de algunos intentos negociadores entre Chile y Bolivia sobre la demanda marítima boliviana. A continuación, se revisará algunos imaginarios de la percepción boliviana sobre Perú en relación a la Guerra del Pacífico.

1.2.1 “*Preferimos a la hermana Perú*”

De los anhelos edificados por Andrés de Santa Cruz para la unión de Bolivia y Perú en la Confederación Perú-boliviana, se desprendieron posiciones en Bolivia que vieron a Perú como una “hermana” o como una extensión de una sola nación que solventaría las coincidencias culturales e históricas que unían a ambos países, soñando, incluso, en construir, a través de la Confederación, el Imperio Incaico. Así lo pensó Andrés de Santa Cruz y muchos otros que, aún en tiempos recientes, aseguraron que el destino de Bolivia y Perú hubiera sido grandioso si se lograba esa unidad.

Sin embargo, también en Bolivia, hubo posiciones en contra de la alianza y que lucharon en detrimento del proyecto de Santa Cruz, argumentando que era una forma soterrada de invasión de Perú a Bolivia, con lo cual Bolivia quedaría subordinada y sometida a un país extranjero. Así, la oposición boliviana a la Confederación Perú-boliviana contribuyó junto con la resistencia de ciertos sectores peruanos y de Chile y Argentina- al fracaso de este proyecto y al posterior destierro de Santa Cruz.

Desde ese entonces, en Bolivia se perfilaron las dos posiciones, una de acercamiento a Perú, siempre argumentando la solvencia de semejanzas históricas y culturales de Bolivia con ese país y otros que consideraban que toda proximidad a Perú podía significar la invasión peruana.

No obstante, a partir de 1842, cuando comenzaron los diferendos entre Chile y Bolivia, volvieron a surgir las ideas de un mayor acercamiento a Perú como una forma de fortalecerse contra Chile. De esta manera, se fueron dando sucesivas aproximaciones diplomáticas que culminaron con el Tratado de Alianza Defensiva de 1873.

El Tratado de Alianza pareció sufrir una suerte de olvido tanto por Bolivia como por Perú, hasta que se recrudecieron los entredichos entre Chile y Bolivia por el impuesto al salitre aprobado en el gobierno de Daza. Así, ante la inminente guerra con Chile, según algunos historiadores bolivianos, el Tratado de Alianza Defensiva fue visto como una carta bajo la manga a favor de Bolivia, por lo que no se tomaron mayores previsiones de guerra. En otras palabras, Daza, confiado en el apoyo peruano que estipulaba el acuerdo, no organizó al gobierno como debería haberlo hecho para encausar una guerra.

Así, una vez se dio la ocupación chilena de Antofagasta, se enviaron delegados bolivianos a Perú para exigir el cumplimiento del Tratado de Alianza Defensiva. En estas gestiones, volvió a surgir en los discursos, la visión crucista sobre un Perú, “hermano natural” de Bolivia e incluso se insinuó una futura unidad, anteponiendo redes de oposición contra Chile, asegurando que era el “enemigo común”, y solventando de ese modo la alianza peruano-boliviana.

Incluso se insinuó desde Bolivia que el objetivo final de la alianza sería la protección de las salitreras peruanas de Tarapacá y que si se evitaba la incursión de capitales chilenos en Atacama o si se les ponía ciertos frenos en la explotación de los recursos de la zona (el impuesto al salitre), sería para no generarle competencia a la “hermana Perú”, a la que se daría preferencia con esos recursos que podrían beneficiar a otro Estado que no sea Bolivia. (Gutiérrez, 1917: 200).

En la nota oficial dirigida al Estado peruano para activar el Tratado de Alianza Defensiva y denunciando la “agresión” de Chile en 1879, se recordó que Perú y Bolivia están unidas por “naturaleza”: “Y que irán juntas, formando una sola entidad, a recoger los laureles de

la victoria en los campos de batalla para contener la ambición loca de Chile que pretende ensanchar su territorio con la escandalosa usurpación del de sus vecinos”. (Nota Oficial de Bolivia a Perú, 1879. Citado en Becerra de la Roca: 112).

De ahí que al calor de la guerra, en varias ocasiones, salieron sendos pronunciamientos, tanto de Bolivia como de Perú, incluso proclamando la unión federal de ambos países, quimera que luego fue calcinada cuando ambos Estados perdieron la contienda.

Igualmente, a pesar de las fricciones entre los mandos peruanos y bolivianos durante algunas batallas-y las de los propios soldados- y los cuestionamientos posteriores (que incluyen acusaciones de “traición” en ambos casos), siguen habiendo posiciones en Bolivia que insisten que todo acercamiento comercial, diplomático o de otra índole con un Estado del Pacífico sur debe priorizar a Perú, como hermano y aliado histórico, y nunca a Chile. Becerra de la Roca refiriéndose a las carreteras que unen a Bolivia con el Pacífico a través de territorio chileno, sentenció:

Siguiendo presiones internacionales, donde se mueven bien los chilenos, empezamos a construir carreteras a la frontera con Chile, en lugar de romper, de una vez, la dependencia de los puertos chilenos y más bien negociar con el Perú, una autopista que nos lleve hasta Ilo y Mollendo. Los orureños, que han mostrado patriotismo en muchas ocasiones difíciles, están empeñados en la carretera a Pisiga, sin darse cuenta que es otra obra que favorece siempre a Chile, donde el contrabando, ocupación ilícita, está minando la moral de ese pueblo recio y trabajador, por falta de políticas de gobierno.

Urge pues, revisar y modificar la política de subordinación a ese país, mientras no se dé una relación de igualdad y mientras se resuelva nuestra anhelada reivindicación territorial y marítima, con la fuerza que da el derecho, sin ese apocamiento fruto del espíritu derrotista a que nos han acostumbrado. (Becerra de la Roca, 2006: 171).

En parte con ese cariz, a inicios de la década de 1990, en el gobierno de Jaime Paz Zamora se firmó un acuerdo con Perú, a la cabeza de Alberto Fujimori, concediendo a Bolivia uso y administración de un puerto con cinco kilómetros de playa en Ilo, incluyendo una zona franca, para resolver la demanda boliviana de acceso al océano. Si bien esta medida fue calificada por muchos como “inteligente” y “una carta de negociación importante en nuestra difícil relación con Chile” (Mesa, 2004: 761), también tuvo detractores que arguyeron que las condiciones del puerto no son las más propicias e insistieron en que la demanda debe ser lograda con Chile y no a partir de Perú. Hoy esta concesión parece olvidada por la población boliviana.

A la par, en el año 2003, se sucintaron hechos que ilustraron el imaginario de “todo por Perú, nada por Chile”. Como ya narramos anteriormente, se dieron posibilidades de exportar gas natural a Estados Unidos y se perfilaron dos posibilidades para realizar la exportación: o por puertos chilenos o peruanos. Más allá de la crisis del sistema político y económico como causas principales del desenlace del 2003- que incluyó la dimisión del entonces presidente Gonzalo Sánchez de Lozada- una de las interpelaciones más fuertes del movimiento fue la oposición a la exportación de las reservas de gas bolivianas a Estados Unidos por los puertos chilenos. Bajo la consigna de “ni una molécula de gas para Chile”, afloraron los maniqueísmos antichilenos. Al ser mucho más rentable la exportación de gas boliviano por puertos chilenos que la otra opción por puertos peruanos, el imaginario pegó más que la conveniencia. Se analizó, igualmente, la incidencia del Estado peruano en la alimentación de este imaginario que ofreció la alternativa de la exportación del gas boliviano por sus puertos, cuando el embajador peruano argumentó que “si Chile quiere mejorar la oferta peruana, la única forma de hacerlo es ofreciendo a Bolivia un puerto dotado de soberanía”. (Citado en Maira, 2004: 82)²⁴⁸.

En efecto, estallaron las protestas conocidas como la “Guerra del Gas” que enarbolaron consignas antichilenas y el gobierno fue acusado de “chilenófilo”, no sólo por las multitudes sino por varios intelectuales, historiadores y políticos, y se exigió que cualquier negociación de exportación del gas se haga por Perú.

Siguiendo estas percepciones, en la edición boliviana ya antes mencionada del libro de Pinochet “Geopolítica de Chile”, la editorial en su Prólogo, se manifestó a favor de Perú contra las élites “achilenadas” de Bolivia:

Los gobernantes empresariales, que forman parte de la oligarquía nacional, jamás desarrollaron políticas que orienten a mejorar las condiciones y potenciar nuestro acceso al mar a través de la hermana República del Perú, a la que nos une, origen, cultura, tradición, historia, etc., pese a tratados y convenios suscritos sobre integración económica y desarrollo social y cultural. Mucho menos han proyectado ni han demostrado interés en respetar y hacer respetar la soberanía apoyando y profundizando en beneficio de la nación estos convenios y tratados que son enormemente favorables. [...] Y por el contrario, prefiere mendigar y agachar la cabeza, aún a pesar de las afrentas y presiones que tenemos que soportar, como la de estos días en que los chilenos cumplen los convenios o levantan

²⁴⁸Algunos autores incluso lanzan la hipótesis de que Perú financió la “Guerra del Gas” con el objetivo de acaparar los mercados gasíferos. Al final, Bolivia no llegó exportar el gas a Estados Unidos, toda negociación fue disuelta con la nacionalización de los hidrocarburos en el gobierno de Evo Morales.

el nombre de éstos y de los tratados sólo cuando les conviene, entonces frente a este tipo de actitudes corresponde reforzar las relaciones y la alianza con el Perú y no debilitarla como se vino haciendo hasta el presente. (El Cóndor Boliviano Editores, 2003: 39-40).

No obstante, más allá de que efectivamente existen percepciones “pro Perú” y “anti Chile” como parte de un mismo maniqueísmo que refuerza redes de pertenecía y oposición relacionadas con la Guerra del Pacífico en Bolivia, también en varios historiadores, diplomáticos, políticos e intelectuales bolivianos, hay una fuerte crítica a Perú por su rol en la Guerra del Pacífico, principalmente desde la promulgación del Tratado de 1929 entre Chile y Perú. Este último país terminó siendo visto como un “obstáculo” más para la concreción de la demanda marítima boliviana. Por ejemplo, el historiador José Luis Roca, en el prólogo que hace a Becerra de la Roca, reconoció: “Becerra de la Roca se desentiende del papel que desempeñó el Perú en todo el proceso de expoliación del Litoral pues no examina las conflictivas relaciones boliviano-peruanas desde el comienzo de la república hasta la Guerra del Pacífico que condujo al desastre que sufrieron ambos países”. (Prólogo a Becerra de la Roca, 2006: 11).

Lo que se verá en los subtítulos que siguen.

1.2.2 Perú entró a la guerra por la presión de Chile

Entre las mayores críticas que se hicieron al papel del Perú en la Guerra del Pacífico desde las visiones bolivianas, estuvo el hecho de que supuestamente hasta la declaratoria de guerra de Chile a Perú y Bolivia, Perú no estaba seguro de entrar en la contienda y colaborar con Bolivia como lo estipulaba el Tratado de Alianza Defensiva de 1873. Según estas versiones, Perú buscó mediar entre Chile y Bolivia y hasta último momento evitó la guerra y se decidió a cumplir el Tratado de Alianza sólo cuando era manifiesto que Chile tenía como objetivo de guerra a Tarapacá. Se destacó que Perú exigió a Bolivia, a cambio del cumplimiento del pacto, financiar todos los gastos de guerra de ambos países, cosa que Bolivia terminó por aceptar en su desesperación. Querejazu comentó sobre la misión boliviana en Perú para reclamar el cumplimiento del Tratado de Alianza Defensiva:

El gobierno del General Mariano Ignacio Prado no podía negarse a la ejecución del tratado de alianza. Establecía claramente que si una tercera potencia cometía actos ‘dirigidos a privar a alguna de las Altas Partes Contratantes de una porción de su territorio’ la otra tenía que prestarle ayuda militar. Tuvo una desagradable sorpresa.

Luego de la ceremonia de presentación de sus credenciales, el Presidente del Perú le expresó ideas que ‘no eran favorables a la causa de Bolivia’. Criticó la improcedencia del impuesto de 10 centavos. En entrevistas posteriores, le oyó repetir: ‘El Perú no tiene armada, no tiene ejército, no tiene dinero, no tiene nada para una guerra’. (Querejazu, 1983: 77).

Se reforzó que Perú envió delegados a Chile y Bolivia con el propósito de mediar y asegurar el retiro de las tropas chilenas en Antofagasta y la derogatoria el impuesto al salitre por parte de Bolivia. Sin embargo, según resaltaron las visiones bolivianas, todo fue en vano porque el propósito final de Chile fue el territorio salitrero peruano. Y así, cuando las hostilidades chilenas contra Perú eran indisimulablemente claras, Perú aceptó la guerra:

Era evidente que el Perú no quiso cumplir antes sus compromisos con Bolivia. El presidente Prado manifestó al Congreso: ‘A pesar de las exigencias de los plenipotenciarios de Bolivia, mi gobierno, cumpliendo fielmente los deberes que le imponía su carácter de mediador, se negó en absoluto no sólo al dar cumplimiento al pacto de alianza, sino a proporcionar armas y otros auxilios que Bolivia le pedía’. Sin embargo, el Ministro Infante²⁴⁹ logró convencer a Don Serapio²⁵⁰ que su país entraba al conflicto por el noble y generoso deseo de colaborar con Bolivia a expulsar al invasor de su litoral. Por tanto, era justo que Bolivia corriese con todos los gastos de la guerra, los suyos propios y todos aquellos que incurriese el Perú, incluyendo los donativos dados por su población y el reemplazo de los buques que se hundiesen [...] El señor Reyes Ortiz no estaba en situación de argüir que la contienda que había comenzado contra Bolivia, ya no tenía su carácter original, sino otro muy distinto, que el objetivo principal de Chile era aplastar a Perú. Pudo decir, pero no lo hizo, que durante varias semanas el Perú había esquivado dar ejecución a la alianza y que si ahora lo hacía era por requerimientos de su propia defensa; que en las nuevas circunstancias era Bolivia la que iba a ayudar al Perú. Don Serapio siguió negociando con la misma desventaja de representante de una nación que no contaba con un solo barco, que se veía invadida en su costa por una nación marítima y pedía socorro a una hermana que tenía fuerza naval”. (Querejazu, 1983: 83-84).

Gutiérrez, luego de citar el Protocolo firmado entre Bolivia y Perú para que la primera incurra en todos los gastos de guerra (firmado el 15 de abril de 1879), fue del mismo parecer:

El Perú trataba de esquivar la responsabilidad que le tocaba en el conflicto o a lo menos, hacerla pesar por entero sobre el gobierno de Bolivia.

²⁴⁹ Facundo Infante, Ministro de Relaciones Exteriores de Perú en ese momento.

²⁵⁰ Serapio Reyes Ortiz, Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia.

Desesperado, Reyes Ortiz, al encontrar esa evasiva y esa resistencia a un acuerdo amigable entre las naciones aliadas, firmó todo cuanto se le propuso y se le pidió [...] La relación de estos antecedentes era necesaria para poner de manifiesto que el Perú no declaró voluntariamente el *casus faederis* (sic) sino que fue obligado por Chile. (Gutiérrez, 1917: 216).

Aunque el Protocolo del 15 de abril de 1879 fue modificado y Bolivia ya no corrió con todos los gastos de guerra, los autores bolivianos resaltaron aquello como una muestra de la mala disposición de Perú para colaborar con Bolivia. Se acentuó que Daza, en persona, entregó una considerable suma de dinero al presidente Prado como “primera contribución” boliviana a los gastos de guerra (con los fondos que se prestó el Estado del Banco Central de Bolivia y con recaudaciones de la población), esto cuando llegó a Tacna al mando del ejército boliviano. Es más, el historiador Alexis Pérez aseguró haber encontrado pruebas de que Prado se fugó con ese dinero, con la excusa de viajar para conseguir armas, y que luego se estableció en New York, malgastando los fondos en un barco turístico que compró y refaccionó. (Entrevista a Alexis Pérez en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

Simultáneamente, se aseguró que Bolivia se vio obligada a dejar como objetivo secundario la defensa de su territorio ocupado y, a la orden peruana, ayudar en el resguardo de Tacna, Arica y Tarapacá, lugares donde fueron “dispersados” los soldados bolivianos “desangrándose por defender el territorio peruano”. (Entrevista a Pablo Michel, 2011).

1.2.3 La “ineficiencia” estratégica y militar peruana

Siguiendo en los argumentos que criticaron el papel de Perú en la guerra, se aludió, como indicábamos anteriormente, que Bolivia se vio obligada a dejar la defensa de sus propios territorios y marchar a Perú cuando Serapio Reyes Ortiz, instado por las autoridades peruanas, telegrafió: “Chile declaró guerra al Perú. Salga ejército inmediatamente a Tacna” (citado en Querejazu, 1983: 84).

Para cumplir la orden, el ejército boliviano llegó a Tacna para solventar la “estrategia peruana” de proteger sus costas y territorios salitreros, estrategia que a juicio de algunos historiadores bolivianos, fue errada y significó un desangre de los recursos y soldados de Bolivia. El historiador militar Peña y Lillo consideró que el desperdigar a las tropas en

varios frentes a lo largo de los puertos peruanos fue un error de táctica porque, es una máxima militar que “quien quiere defender todo, no defiende nada”. (Entrevista a Peña y Lillo en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

De la misma forma, se realzó el valor de los soldados bolivianos y la “ausencia” de los peruanos en batallas tan importantes como la de Pisagua donde perecieron una mayoría de bolivianos, según estas versiones. (Entrevista a Luis. F. Sánchez en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

Otro argumento que se desglosó contra el rol del Perú en la guerra, fue que el armamento que Bolivia adquirió de Perú para robustecer su armada, fue de muy mala calidad, lo que reforzó la percepción de que Bolivia ayudó a un aliado que sólo pensaba en su propio beneficio. Explicó Sánchez:

Como un aliado le va a vender al otro, que ha ido a pelear a su lado, armamento inservible. El Perú después de que Chile le declara la guerra, para decirlo bien clarito con quien quería pelear Chile (sic). Y el Perú le obliga, prácticamente, a Bolivia, a firmar un pacto por el cual Bolivia se hacía cargo de todos los gastos de la guerra, de los dos aliados, de Bolivia y del Perú. Este tratado se arregló después, pero en el momento del que estamos hablando, en que Daza ha de salir de La Paz con su ejército hacia Tacna, etc. y la impresión que generó esto en la opinión pública es tremenda. La subordinación que el Perú, la línea estratégica peruana le generó a él y a su ejército, de llegar a Tacna y repartir las unidades del ejército boliviano por los puertos peruanos, sin siquiera la intención de ir, algún día, a retomar el litoral boliviano. (Entrevista a Luis F. Sánchez en el documental “La guerra del Pacífico de Pablo Michel).

1.2.4 La tensa relación entre soldados bolivianos y peruanos

Las percepciones descritas parecieron contribuir a una baja de la moral de los soldados y mandos bolivianos en territorio peruano, donde se generó más de un altercado con los pobladores y soldados de Perú. Según las versiones bolivianas, cuando las tropas de Bolivia llegaron a Tacna fueron muy bien recibidas, pero la situación fue cambiando cuando se vieron obligadas a permanecer por mucho tiempo en el lugar, esperando órdenes superiores. El malestar se debió al tedio de la espera y también a que el mantenimiento de las tropas era muy caro. Al respecto, fue ilustrativa esta misiva de un soldado boliviano a sus familiares:

Es posible que tengamos que retornar todos a Bolivia para hacer la guerra por Calama, es decir, campaña propia en un territorio propio, pues la estancia en Tacna, que parece

indefinida, no hace sino aniquilar a nuestras tropas y también los fondos de nuestra caja de guerra, la vida es carísima en esta ciudad, todo se ha triplicado desde nuestro arribo. (Citado en Documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

Querejazu, comentó: “La estancia en Tacna enervó el espíritu de los bolivianos. Su entusiasmo bélico se fue enfriando en una espera de semanas y meses. Se produjeron desertiones. Quienes tenían influencias de amistad o parentesco en los mandos o el cuerpo médico volvieron a Bolivia con subcomisiones o enfermedades”. (Querejazu, 1983: 92).

La estadía en Tacna, a la larga, resultó en roces entre las tropas bolivianas y la población tacneña y entre los soldados bolivianos y peruanos, cosa que se intensificó cuando las noticias que llegaban de las batallas no fueron alentadoras. Por ejemplo, luego de la retirada de Camarones, los soldados bolivianos se quejaron por haber recibido insultos y malos tratos por la población de Tacna, acusándolos de “traidores”. Igualmente, según historiadores militares bolivianos, las tropas bolivianas, para su manutención, recibían suministros menores y de inferior calidad que los peruanos, lo que fue alimentando asperezas. Ello porque, según indican los autores bolivianos, el Jefe de Estado Mayor de Perú, Belisario Suárez, parecía tener un “odio enfermizo por los bolivianos”. (Entrevista a Tomás Peña y Lillo en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel). Peña y Lillo, argumentó:

Lamentablemente, dependíamos en suministros de los peruanos, entonces las quejas que se tenían eran enormes; en el reparto de comida siempre los bolivianos al final, en el reparto de agua, los bolivianos al final. Es decir, él aplica una política de apartar a los bolivianos de cualquier situación en la cual hay un peruano al lado. Esto produjo un problema muy serio que en ese momento los peruanos no lo veían, produjo una animadversión de las tropas bolivianas ante el maltrato que recibían. Es lógico porque eran un ejército magnífico, orgulloso, que no tenía por qué someterse, además estaba con un aliado y defendiendo su tierra. (Entrevista a Tomás Peña y Lillo en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

Por otra parte, Peña y Lillo comentó un supuesto enfrentamiento entre soldados bolivianos y peruanos en la Batalla de San Francisco, donde la historiografía peruana acusó a las tropas bolivianas de disparar a las peruanas por la espalda. Los autores bolivianos no aceptaron tal culpa y aseguraron que lo que ocurrió fue una discusión por

agua entre soldados bolivianos y peruanos, como consecuencia del malestar y de los roces entre ambos ejércitos:

Cuando se produce la batalla de San Francisco, muchos historiadores peruanos dicen que produjo una discusión entre bolivianos y peruanos por tomar agua y se produce el primer disparo. No sabemos exactamente la verdad, si fue un cañón chileno o fue ese problema, pero fue una batalla inconexa, en la cual los batallones bolivianos avanzaron y los batallones que quedaron atrás, habían tropas peruanas y bolivianas avanzando, los soldados que quedaron atrás, fijados por el fuego de la artillería boliviana, comenzaron a disparar para apoyar a sus camaradas. Pero lógicamente, cuando uno apunta hacia arriba no mide el ángulo y la trayectoria del proyectil, entonces algunos proyectiles cayeron cortos y afectaron a las unidades que iban en primera línea, unidades bolivianas y peruanas. Y nació la leyenda de que les habíamos disparado nosotros a nuestros aliados por la espalda, lo cual es una gran mentira. (Entrevista a Tomás Peña y Lillo en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

Querejazu explicó que en el cerro de San Francisco se encontraban soldados chilenos y al verlos, las fuerzas bolivianas y peruanas que pasaron por ahí, se alarmaron pero decidieron acampar y no atacar hasta tener un plan definido. Estaban en ello, cuando:

Un disparo fortuito de uno de los soldados bolivianos alarmó a los chilenos de la cumbre del San Francisco que contestaron con un cañonazo. Los batallones bolivianos ‘Illimani’ y ‘Olañeta’ y los peruanos ‘Zepita’ y ‘Ayacucho’, que habían sido colocados al pie del cerro como vanguardia para el momento del ataque, creyendo que se había iniciado la acción se lanzaron cuesta arriba con gran arrojo. Llegaron a la cima, desalojaron a los artilleros enemigos estacionados al borde y se trenzaron en feroz lucha cuerpo a cuerpo con la infantería chilena. Mientras tanto, el resto de los aliados sin comprender bien lo que pasaba comenzó a disparar sin ton ni son hacia la cumbre, hiriendo a sus propios camaradas por la espalda.

Los del ‘Zepita’ y ‘Ayacucho’, ‘Olañeta’ e ‘Illimani’, viéndose diezmados y solos en el campo contrario, descendieron del San Francisco. La artillería chilena dirigió sus fuegos sobre la pampa. Se produjo una gran confusión y un desbande general. Los peruanos se dirigieron hacia el pueblo de Tarapacá. Los bolivianos (menos el ‘Loa’ que integraba una división de aliados), incluyendo jefes y oficiales, iniciaron un éxodo de varios días que no se detuvo sino detrás de la cordillera, en su suelo natal. Abandonaron una campaña en la que estaban siendo sacrificados por una causa que no era la de su patria: la reconquista del litoral perdido, sino la defensa del territorio de un país en el que se los trataba con desprecio. (Querejazu, 1983: 99)²⁵¹.

²⁵¹ Paradójicamente, según cuentan los historiadores de Bolivia, las peleas entre los bolivianos que no abandonaron el suelo peruano (y aguardaban en Tacna) y los peruanos, se resolvían con grandes fiestas y borracheras de “camaradería”.

Otra crítica se refirió a la actuación de Nicolás de Piérola en relación a la batalla del Alto de la Alianza, realzando las rivalidades políticas internas de Perú. Supuestamente, Piérola no mandó soldados peruanos suficientes a la batalla porque desconfiaba del comandante encargado de tal acción (Montero) ya que pertenecía a una facción política opositora:

El problema que tenía Piérola es que era un revolucionario inveterado y era un megalómano sin remedio, es decir, él estaba convencido que estaba por encima de todos, que era el único capaz de salvar al Perú en la guerra contra Chile y estaba convencido también de que tenía dotes superiores como líder militar y como líder político. De hecho él tenía un encono político terrible con el Almirante Montero, comandante del ejército del sur, del primer ejército del sur. Entonces este caudillo, líder, no quería que Montero gane ninguna batalla, porque lo veía como un enemigo. Es decir, él consideraba que si la batalla del Alto de la Alianza se ganaba, él estaba seguro de que Montero, lo iba a derrocar. Entonces se nota que es un hombre que pospone los intereses de su patria por sus intereses mezquinos. Qué pruebas hay de esto, pues la primera gran prueba es que el ejército del sur es dividido, se crea un nuevo ejército, el segundo ejército del sur en Arequipa. El ejército de Leiva. Y pone a Leiva, que era su hombre, un hombre de absoluta confianza. Y Leiva en ningún momento apoya, ni recibe, ni cumple las órdenes de juntarse con el ejército Perú-boliviano en Tacna. Por otro lado, él ordena que dos mil hombres de Arica por ningún motivo se junten con las fuerzas Perú-bolivianas de Tacna. Imagínese, resulta que tenemos un núcleo de once mil hombres en Tacna- Arica, dos mil hombres a quince minutos y Piérola ordena que no se junten; y tenemos tres mil hombres en Arequipa y Piérola, seguramente le dio órdenes específicas, porque nunca llegó Leiva a apoyar al ejército Perú-boliviano. Y eso porque, en algún momento, Piérola dijo, ‘sucumba ese ejército corrupto del sur’. (Entrevista a Tomás Peña y Lillo en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

Esta percepción sobre el gobierno y los mandos del ejército peruano, coincidió con la visión de Perú como un Estado inestable y plagado de caudillos, lo que afectaría definitivamente el desarrollo de la guerra, y que se ilustró con el hecho de que hasta los propios presidentes encabezan sus ejércitos como verdaderos caudillos (visión que también se atribuyó a Bolivia como autopercepción). Como contraste, los historiadores bolivianos antepusieron los imaginarios construidos sobre la visión de Chile, calificado como un gobierno “netamente liberal” que hasta se dio el lujo de hacer elecciones en plena guerra y cuyos presidentes no se movieron de la sede de gobierno porque contaban con profesionales de guerra que se ocupaban de aquello. Explicó el historiador Pablo Michel:

Es interesante y llama mucho la atención que justamente los dos presidentes de la alianza, Prado de Perú y Daza de Bolivia, acuden personalmente al teatro de operaciones una vez

que estalla la Guerra del Pacífico. Y los vemos ir como los caudillos, como el rey Arturo cuando salía con sus tropas, el rey, en este caso, el presidente va al frente. Una forma de gobierno muy caudillista. Entonces, tanto Daza y tanto Prado, asisten al teatro de operaciones siendo presidentes, y en cambio el presidente chileno, Aníbal Pinto, no se mueve de su Palacio de la Moneda en Santiago. No tiene por qué moverse porque para eso tiene sus generales, para eso tiene la gente que se encarga de la guerra. Es más, inclusive en plena Guerra del Pacífico, en Chile se dan el lujo de hacer elecciones, lo que nos muestra a tres países, Bolivia y Perú con una forma todavía caudillista, mientras que Chile es ya un país totalmente liberal. (Entrevista a Pablo Michel en documental “La guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

1.2.5. Bolivia fue leal a Perú hasta el final

Uno de los temas en donde difieren las interpretaciones históricas bolivianas y peruanas, fue que Bolivia consideró que fue leal a su aliado hasta el final de la guerra, a pesar de las proposiciones chilenas para que rompa la alianza y se una a Chile contra Perú, a cambio de ayuda en armas y dinero para asegurar para sí las costas peruanas de Tacna, Arica y/o aldeañas. Como vimos precedentemente, dicha propuesta fue dada a conocer no solamente durante la Guerra del Pacífico, sino en ocasiones posteriores. Al verse Bolivia en pésimas condiciones para una guerra que fue definida en el mar y con el fantasma de su futuro enclaustramiento, se acentuó, en las visiones bolivianas, su negativa frente a la propuesta, primando la lealtad a Perú antes que su propia conveniencia. En este sentido, se rescató la figura de Daza como paladín de esta fidelidad a Perú y luego a Campero, que continuó con la misma posición.

Durante la guerra, la propuesta chilena de alianza con Bolivia se oficializó con las “bases chilenas” llevadas por Gabriel René Moreno al presidente Daza y se obtuvo la contundente negativa y la socialización de ella al gobierno de Perú como prueba de la lealtad boliviana, hecho que fue destacado por los estudiosos bolivianos como una prueba más de esa fidelidad boliviana inquebrantable a su aliado.

Según enfatizaron los autores bolivianos, algo similar ocurrió luego de las conferencias de Lackawanna, donde Chile presentó su propuesta reservadamente a Bolivia, obteniendo una nueva negativa. Al respecto, fue ilustrativo lo que dijo Querejazu: “La falta de escrúpulos de la política internacional chilena se estrelló una vez más contra la integridad moral de Bolivia y su lealtad para con el aliado de allende del Titicaca”. (1983: 117)

Becerra de la Roca complementó que después de la derrota de la Batalla del Alto de la Alianza, Bolivia estaba destruida militarmente, a pesar del valor de los bolivianos “que fue contundente”, no teniendo ni capacidad, recursos, o implementos para salir a defender a Perú, pero aún así, mandó cañones y dinero al ejército de Arequipa. Entonces no estuvo ausente y menos traicionó a Perú. (Entrevista a Rodolfo Becerra de la Roca, 2011).

Sobre la lealtad boliviana hacia el Perú y la posición de Daza, como bandera de ésta, Sánchez, reflexionó:

En realidad Chile le proponía a Bolivia que lo abandone al aliado, que deje al Perú. Que Chile iba a continuar la guerra con el Perú y que más bien, Bolivia se alíe con Chile y que a cambio, Chile le iba a dar a Bolivia, todo el armamento, todo el dinero que necesite para su ejército y se iba a quedar con territorios que eran de la provincia de Tarapacá, Bolivia renunciaba al Litoral, pero se quedaba con esos territorios. Era una propuesta deshonesto, una propuesta que atentaba contra el honor del Estado, el honor de las personas. Daza podría haber tenido muchos defectos, pero no era un hombre que carezca de este honor, era un hombre valiente. Era ignorante y erraba en sus apreciaciones, pero lo que hizo fue lo correcto: lo despachó a Moreno y puso de inmediato conocimiento del presidente peruano, Mariano Ignacio Prado, la propuesta que le había hecho Chile. (Entrevista a Luis F. Sánchez en el documental “La Guerra del Pacífico” de Pablo Michel).

Complementariamente, de acuerdo a las interpretaciones bolivianas, la lealtad de Bolivia hacia Perú se manifestó incluso frente a continuas propuestas de firmar un pacto de tregua con Chile. Las autoridades bolivianas no dejaron de argumentar a los chilenos que todo pacto debía incluir el consentimiento de Perú, o por lo menos, Bolivia como aliada, le debía una consulta. (Querejazu, 1983: 129-130). Citan que, al respecto, en el año de 1882, el Vicepresidente de Bolivia, Belisario Salinas, manifestó:

Con el Perú seremos en todo caso indulgentes, tolerando sus injustas desconfianzas y sus quejas sin fundamento, si llegan a producirse, pues a esa lenidad nos obliga moralmente la inmensidad de sus desastres y la terrífica perspectiva de su futuro; para fortalecer esos propósitos mantendremos inflexiblemente el status quo bélico, con tendencia a organizar la defensa de nuestro territorio para el evento de un amago de invasión. (Citado en Querejazu, 1983: 130).

También se recalcó que los mismos escrúpulos dominaron al Estado boliviano en propuestas posteriores de los chilenos, como en 1895, ya que lo óptimo para algunos de los representantes bolivianos (como vimos anteriormente, hubo otros que se inclinaron

por aceptar la propuesta chilena) hubiera sido un acuerdo donde Perú no se vea perjudicado o se sienta traicionado.

1.2.6 El doble candado contra Bolivia y/o la obstaculización peruana a la demanda marítima boliviana

De acuerdo a las interpretaciones históricas bolivianas, como contraparte a la lealtad boliviana hacia Perú, en cambio, este país veló sólo por sus intereses, incluso en detrimento de su fiel aliada.

La primera acción que el Estado boliviano sintió como una puñalada por la espalda, fue la firma del Tratado de Ancón entre Chile y Perú en 1883, sin consulta a Bolivia. Según el Tratado de Alianza Defensiva, cualquier acuerdo entre los países firmantes y un tercero que significasen tratados o arreglos limítrofes, debía contar con el consentimiento del aliado:

Sin embargo y a pesar de las repetidas pruebas de indeclinable lealtad que Bolivia dio al Perú en el curso de la guerra y en lo que iba de la postguerra, el gobierno del General Iglesias, sin tomar en cuenta a su vecino y aliado, sin darle siquiera un aviso de cortesía, aceptó el tratado de paz con Chile que cedía a este país a perpetuidad, Tarapacá y, como consecuencia tácita, comprometía la situación del litoral boliviano ubicado más al sur. (Querejazu, 1983: 131-132).

En lo posterior, de acuerdo a las visiones bolivianas, Perú se convirtió en un obstáculo ante cualquier iniciativa chilena de entregar a Bolivia una salida al mar por Tacna, Arica u otros puertos aledaños que implicaran negociar con territorio que fuera peruano. Así, por ejemplo, fue contundente su oposición a lo sugerido por el estadounidense Frank B. Kellogg en 1920 que solicitó a Chile y Perú que se comprometieran de entregar a Bolivia Tacna y Arica (a cambio de compensaciones monetarias), en lugar de continuar con el conflicto que implicaba su posesión en ese momento. Querejazu indicó que el Estado peruano argumentó que “no podía aceptar la cesión propuesta a nadie, ni por compra ni de otro modo, porque el Perú, que venía defendiendo sus derechos sobre Tacna y Arica no podía convertir esos territorios en mercancía sujeta a precio, por grande que este fuera”. (Citado en Querejazu, 1983: 147).

Finalmente, como se vio en capítulos anteriores, la posesión de Tacna y Arica se resolvió con el Tratado de 1929 y su protocolo complementario que dificultó cualquier aspiración boliviana de obtener una salida al océano por dichos territorios, al ser divididos entre Perú y Chile, y estipulando que cualquier sesión de éstos a una “tercera potencia” debía contar con el consentimiento del otro. Aquello es considerado por las visiones de Bolivia como un golpe bajo de Chile y la mayor traición de su otrora aliado, Perú.

Por ende, para las versiones históricas bolivianas, el Tratado de 1929 entre Chile y Perú y su Protocolo complementario, que culminarían oficialmente todo asunto pendiente derivado de la Guerra del Pacífico, son considerados como un “doble candado” para la demanda marítima de Bolivia, al complejizar aún más toda negociación para una salida al mar por Tacna y Arica ya que para ello, Bolivia debía tener el consentimiento de ambos países. A partir de entonces, todo avance con Chile respecto a un acceso marítimo que no rompiera la continuidad territorial chilena (es decir por el norte de Arica), también contó con la resistencia de Perú y no se pudo llegar a acuerdo alguno por lo estipulado en dicho Tratado.

En este sentido, el Tratado de 1929 y su Protocolo complementario, fue percibido como el golpe de gracia contra Bolivia por parte de Chile y por su otrora aliado, Perú. Para expresar aquello, Querejazu fue elocuente:

De esta manera, el país que había sido aliado de Bolivia durante la guerra y para el que esta nación guardó inquebrantable lealtad, y Chile, que había ofrecido repetidas veces Arica, Tacna y Moquegua a Bolivia reconociendo que le era imprescindible una salida soberana al mar, se confabularon para encerrar a su vecina detrás de los Andes, quedando ellos dos como colonos y centinelas de su prisión, con el compromiso de que ninguno podría abrir la salida sin el consentimiento del otro.

Dos naciones que gozaban de la suerte de poseer miles de kilómetros de costa oceánica se pusieron de acuerdo para privar a la que llamaban su ‘hermana’ de todo acceso al mar, colocándola deliberadamente en flagrante situación de desventaja con relación a ellas mismas y al resto del mundo. Y esto en pleno Siglo XX, en el Nuevo Mundo, en el continente que alardea de ser campeón de la justicia y de la confraternidad internacional.

Ese crimen cumplió en 1979 cien años de duración, sin conmover la conciencia de los carceleros ni del resto de la comunidad de naciones (salvo algunos pronunciamientos líricos de escaso o ningún valor práctico), pese al constante clamor de las generaciones bolivianas por su libertad. (Querejazu, 1983: 147-148).

En relación a eso, Salazar, ilustró esta visión desde un punto de vista pragmático:

Este Protocolo fue, para Bolivia, la demostración más contundente de que en política exterior no existen amigos, solamente intereses. Los intereses del Perú fueron puestos de manifiesto aún a costa de su aliado que, en adelante, para retornar al Pacífico, tendría que negociar no con uno, sino con dos países. Perú argumentaba y todavía hay sectores que aún argumentan que si Chile quiere entregar el territorio que fue peruano, debería hacerlo al Perú y no a un tercero. El subterfugio de hablar de una tercera potencia²⁵², es decir Bolivia, no era otra cosa que adelantarse a evitar una solución directa entre Chile y Bolivia. En resumen, para Perú primero está su interés propio, después el del aliado o amigo. (Salazar, 2006: 67).

De esta forma, a partir de 1929, en Bolivia también se fue alimentando una percepción contra Perú, visto como “traidor”, y realzado la supuesta lealtad que le prodigó Bolivia durante la guerra al no pasarse del lado de Chile a pesar de las propuestas de alianza desde ese país. Por tanto, la firma de Perú del Tratado de 1929 y su Protocolo complementario fue asumida como un tiro por la espalda.

Sin embargo, para algunos pensadores bolivianos, fue comprensible esta posición de Perú, al tener también en sus imaginarios las heridas de la Guerra del Pacífico y reivindicar para sí, como símbolos de guerra, los territorios perdidos en ella. Es más, por más iluso que parezca, hay voces que clamaron por la recuperación de los territorios que fueron bolivianos y no por una salida marítima por el extremo norte de Chile, es decir, los territorios antes peruanos. Becerra de la Roca y Albarracín fueron de ese parecer. En tal medida, fue ilustrativo lo que indicó el primero:

El señuelo de Tacna y Arica, primero, y después, el estrecho corredor al norte de Arica, con que Chile nos adormece y alucina como con una carnada con la que nos distrae cuando llega el momento, no interesa a Bolivia, porque ese territorio que perteneció al Perú, en lugar de resolver nuestro problema, nos acarreará otros conflictos, porque este país no nos debe nada, pero al que Chile astutamente nos lleva a ese terreno (sic) para provocarnos otro problema y desligarse de toda responsabilidad ulterior. [...]

La solución que se plantee para volver a las costas del Pacífico, repetimos, debe tener como base la vía de la reivindicación, lo que quiere decir que deberán ser restituidos o devueltos territorios ocupados sin título legítimo por Chile a su verdadero dueño, lo que exime de toda compensación, contrariamente a lo que sostiene un numeroso grupo de personas, respetables por cierto, como único medio de reintegrarnos a la vecindad marítima. Esta tesis chilénofila es desacertada, contraria a la dignidad y a un comportamiento consecuente con la veracidad histórica. (Becerra de la Roca, 2006: 172-173).

²⁵² Acá el autor cita al Protocolo complementario del Tratado de 1929.

No obstante, la mayor parte de las negociaciones que se han intentado entre Bolivia y Chile para la recuperación boliviana de una salida al mar, se han anclado en propuestas en territorios al extremo norte de Chile y no en lo que fue el Litoral boliviano. Es decir, que en los términos prácticos de las negociaciones diplomáticas, por lo menos en este aspecto, ha primado una visión pragmática.

Equivalentemente, sobre el papel del Perú en relación a la demanda marítima boliviana y sus intentos negociadores, hay cierta discusión en las interpretaciones bolivianas. Algunos autores comprendieron la resistencia peruana a que la demanda sea saldada por los que antes fueron sus territorios, hoy bajo la titularidad de Chile, porque la cesión de esta zona a otra potencia que no sea Perú, sería una especie de claudicación a sus propias reivindicaciones nacionales y sus imaginarios “patrióticos”. (Murillo de la Rocha, 2004: 146). Se respaldó la posición de que Bolivia encontrará su acceso al océano por los territorios que fueron bolivianos, y no peruanos, y comprendieron y avalaron las reivindicaciones peruanas, especialmente sobre Arica.

Por otra parte, hay interpretaciones con una visión más crítica sobre la posición peruana en relación a la demanda marítima boliviana, asegurando que desde 1929, Perú se ha constituido en un obstáculo para la reivindicación boliviana ante Chile, que en el mejor de los casos, no pasaría de un hermetismo inmutable ante la demanda boliviana o de un recordatorio de que todo acuerdo entre Chile y Bolivia que implique a los que fueron sus territorios, debe contar con el consentimiento de Perú. El diplomático boliviano, Escobari Cusicanqui, describió en estos términos la posición peruana respecto a la demanda boliviana después de la guerra:

Desde 1879 se enfriaron pues los fraternales vínculos de bolivianos y peruanos. Durante más de noventa años las referencias a la acción conjunta de las naciones aliadas, han sido recibidas con recíprocas reticencias y suspicacias; en un ambiente de absoluta indiferencia que ensombrecía cualquier intento de recordar las glorias indiscutibles que compartieron en esas mismas jornadas los ejércitos de los dos países y, lo que es más grave, anulaba toda inquietud diplomática de Bolivia en el Perú para abordar en forma oficial o pública el derecho que tiene Bolivia de contar con una salida propia y soberana al Océano Pacífico. Se puso así en evidencia en Lima, un largo y desconcertante hermetismo. (Escobari Cusicanqui, 1975: 263).

Si bien el mencionado autor, luego se mostró optimista por algunos acercamientos entre Velasco Alvarado y Banzer en la década de 1970, luego de las truncadas negociaciones

de Charaña entre Chile y Bolivia, tuvo que admitir: “El Perú antepuso el afianzamiento de sus propios intereses a la solución del enclaustramiento boliviano...Su planteamiento resultaba más mezquino que el chileno”. (Citado en Baptista, 1999: 126).

Sobre las negociaciones posteriores a 1929 para tratar la demanda marítima boliviana, hay interpretaciones que no destacan tanto la resistencia chilena a un entendimiento que cumpla con la reivindicación boliviana, sino también acentúan el rol del Perú como un escollo más para el encuentro de los bolivianos con el mar.

1.2.7 El estigma en Bolivia contra los peruanos

Aunque posiblemente esto no tenga que ver con la percepción en Bolivia del papel de Perú en relación a la Guerra del Pacífico, llaman la atención ciertos estigmas y prejuicios que se parecen perfilar respecto a “los peruanos” en Bolivia.

Sin mayor correspondencia empírica, se mantiene el mito de que cada vez que hay un robo, hurto o asalto en Bolivia, es obra de un “peruano”. Aunque efectivamente, alguna vez, nacionales de ese país han llegado a Bolivia con fines ilícitos, se ha hecho casi una costumbre atribuir delitos relacionados con el robo a “peruanos”, muchas veces situación desmentida por las investigaciones ulteriores o quedando las acusaciones en simple “sospecha”.

Igualmente, en distintos foros, comentarios y páginas de internet, claramente de carácter xenófobo, usuarios que dicen ser bolivianos, acusan siempre a “los peruanos” de “ladrones” y “traidores”, esto último en relación con ciertas percepciones de Perú en el marco de la Guerra del Pacífico.

Aunque abundan las noticias, principalmente sensacionalistas, en este sentido, se comentará algunas.

En marzo de 2012, pobladores del altiplano boliviano acusaron a tres ciudadanos peruanos de “estafa” y fueron golpeados, azotados y humillados. Se resalta que les colocaron un letrero que decía “soy ladrón de Perú” y además la comunidad aseguró que, a partir de entonces, impediría el tránsito de “peruanos” por la zona. (Opinión, 20 de marzo de 2012).

En otra crónica que narró las advertencias en ciertas ciudades de Bolivia de hacer justicia por mano propia contra los “ladrones”, como justificante a la flagrante violación de los derechos humanos de las personas encontradas robando y/o los que se tilde como sospechosos (que son linchados por turbas enardecidas), llamó la atención que un taxista de la ciudad de El Alto haya justificado tales hechos porque “además hay muchos peruanos”. (El Clarín, 21 de enero de 2011).

En otras noticias, los titulares destacaron la frase “peruanos ladrones”, pero luego admitieron que la nacionalidad de los aludidos no estaba confirmada y simplemente fue una sospecha de los “vecinos”.

Por estas noticias y otras más que circularon por los medios bolivianos, en el 2012, la entonces Embajadora de Perú en Bolivia, Silvia Alfaro, expresó su preocupación por la difusión en medios bolivianos de acusaciones xenófobas hacia sus connacionales que radican en Bolivia. Dijo: “Yo les ruego a los medios de prensa que tengan realmente mucho cuidado y mucha responsabilidad cuando se trate de difundir imágenes o noticias que tengan que ver con algún tipo de acusación xenófoba contra la comunidad peruana”, manifestando que la comunidad peruana en Bolivia es “productiva” y “constructiva” y no puede ser discriminada por la eventual actuación de algunos “individuos peruanos”. (Los Tiempos, 28 de marzo de 2012).

Un suceso que generó una serie de discusiones entre peruanos y bolivianos en foros de internet, fue la presentación de una reina de belleza de Perú con un traje de diablada²⁵³ en un certamen internacional en 2009. Ante ello, hasta el propio gobierno de Bolivia, presentó quejas formales arguyendo que la danza (cuyo atavío llevaba la reina de belleza peruana) es patrimonio de Bolivia y no de Perú. Desde entonces abundan las páginas de internet donde se acusa a “los peruanos” de robar las danzas y trajes de Bolivia (notar que similar acusación se hace a “los chilenos”).

Así, no deja de ser alarmante que cuando se accede a foros y páginas de internet que difunden temas relacionados con la Guerra del Pacífico u otras temáticas de discordia que ilustran las diferentes interpretaciones de bolivianos, peruanos y chilenos, lo que abunda son las expresiones xenófobas que incluyen parte de los estigmas, prejuicios y odios que

²⁵³ Baile folclórico atribuido a la zona de Oruro.

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

se analizan en este trabajo, con tal efervescencia, que pareciera que dichos países no comulgaran tantas características comunes a la formación social de América Latina y que no se tratara de vecinos que comparten fronteras; menos aún que han pasado más de cien años del conflicto que ha enfrentado a estos países.

2. Perú

2.1 Alteridad: La percepción de Chile desde las visiones peruanas en el marco de la Guerra del Pacífico

2.1.1 *Los salvajes*

De manera similar a las interpretaciones chilenas sobre la Guerra del Pacífico, se vio cómo las versiones peruanas adjudicaban a Perú, en su papel en la guerra, un carácter más “civilizado” que el adversario, en el espíritu de la dicotomía “civilización versus barbarie” tan difundida en los imaginarios decimonónicos y reproducida en las interpretaciones históricas de ese tiempo y posteriores. Como contraparte a su autopercepción identitaria, las visiones peruanas de forma constante presentaron a un Chile o “chilenos” como consagración de lo “salvaje” o “bárbaro”.

En ese entendido, recordar que Piérola en uno de sus discursos comparó a los chilenos con las “tribus semi-salvajes del África y la Araucanía”, además haciendo alusión a la herencia indígena mapuche en Chile como si fuera un factor negativo, algo muy a la usanza del positivismo y darwinismo social dominante en la época.

De análoga manera, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Perú, al dar a conocer a las cancillerías extranjeras el fracaso de las negociaciones de Lackawanna, explicó:

Nosotros hemos ido hasta donde el honor y la dignidad lo permitían, sofocando nuestros justos sentimientos y la legítima indignación que el vandalismo chileno ha excitado y exacerba ahora mismo, en la conciencia nacional.

Todo lo que ha habido de inhumano, desastroso y abominable en la presente lucha y cuanto tendrá que acontecer hasta su definitivo éxito, será exclusivamente imputable a la república de Chile, que se ha dejado arrastrar por las más innobles y degradantes pasiones, cuya satisfacción no considera plena sino con el completo exterminio de sus adversarios, que contempla fácil en medio del vértigo de la sangre inocente derramada por sus desleales armas y sus propias iniquidades y depredaciones le han causado. (Citado en Congrains Martin, 1978. Tomo 8: 66-67).

Fue muy recurrente este tipo de calificaciones y recriminaciones hacia “los chilenos” de parte de historiadores o escritores como Paz Soldán, Caivano o Congrains Martin.

Paz Soldán, empezó por relatar el recibimiento del delegado peruano, José Antonio Lavalle en Chile, poco antes de la guerra. Contó que la policía tuvo que intervenir para que la multitud no se le viniera encima y reclamó que esa forma de actuar no era la de un pueblo civilizado. (1884: 68). Luego narró cómo turbas enardecidas arremetieron contra las legaciones peruanas en Santiago, indicando que eran “provocaciones apenas usadas en naciones semi-salvajes” y extrañándose de las “escenas de Salónica” en “un país cristiano”. (Ibid: 85). Respecto a la toma de Antofagasta reclamó que “los pueblos civilizados acostumbran á manifestar a las naciones neutrales los motivos que los obligan á hacer la guerra; pero Chile tiene una política distinta; el ataque y la sorpresa preceden á la manifestacion de su derecho”. (: 124).

Posteriormente, se remitió al “acto salvaje del bombardeo de Pisagua” (:149), al “salvajismo”, “hostilidad salvaje”, “salvaje diversion” de los barcos chilenos al bombardear puertos indefensos (:168, 197, 385), se refirió a la toma de Iquique donde se habrían cometido “actos bestiales en plena calle” (:342) y a las tomas y expediciones chilenas en distintos puertos y pueblos, que al ser saqueados e incendiados, se constituyeron en las peores expresiones de barbarie “que sólo acreditaba el instinto feroz y cobarde de los enemigos[...] entregados a la faena más digna que podían buscar los civilizados de la Araucanía”. (: 395, 398-399). Describió a la “soldadesca más impúdica y descarada que haya brotado jamás pueblo alguno civilizado” (:571). También mencionó en estos términos a la práctica de ultimar heridos y prisioneros (repasso):

Los soldados chilenos son por instinto feroces y carniceros; no se satisfacen con ver muertos á sus enemigos, y para dejar bien muertos á los muertos, terminada la batalla recorren el campo y ultiman á los heridos; á este acto de barbarie casi increíble le dan el nombre de repaso y de ello se jactan. (:477).

Acotó que esa práctica “se cumplió con un salvajismo no repetido en América después de la Conquista”. (: 494). De manera análoga, se remitió a las expediciones comandadas por Patricio Lynch como “actos piráticos y bárbaros” y “una serie no interrumpida de robos, salteos, incendios y de cuánta profanacion es imaginable” (: 541) y complementó que “la cínica frialdad con que los ejecutores de la devastacion y del pillaje y los corresponsales, testigos presenciales, narran los hechos, acreditan que la moral y los sentimientos de humanidad están muertos en esta gente”. (: 546). Sobre la toma de Lima, resumió los hechos como las “faenas de los siglos de barbarie” (:708). Finalmente,

sintetizó una “guerra llevada por cinco años, con un salvajismo que apenas puede igualarse al de los tiempos más antiguos”. (:104).

No faltaron apreciaciones esencialistas sobre “los chilenos”, al estilo de “la petulancia del chileno no tiene límites. Todo lo atropella por conseguir su objeto y si este se refiere a servir a su patria, cree que le es permitido atropellar hasta las más triviales reglas de moral y urbanidad”. (:112).

Caivano no fue más alentador frente a las adjetivaciones hacia Chile y sus habitantes. Señaló que en varias expediciones chilenas se generaba el “vandálico e inútil pasatiempo” de herir a mujeres niños y ancianos (1979. Tomo II: 163), reclamó que asesinaban a los naufragos y por las “correrías” en las que cundía el terror y el espanto, donde el saqueo, la devastación, la sangre, la orgía, la borrachera, el asesinato y las violaciones eran frecuentes, “barbaros excesos” de los soldados chilenos y tolerados por sus jefes y que en ello no respetaron ni a extranjeros, violando derechos fielmente cumplidos por los pueblos civilizados (Ibid: 261), siendo que invadieron y destruyeron “como ni siquiera los Hunos hubieran hecho”. (: 278).

Calificó a la forma de hacer Chile la guerra a Perú como “el triste espectáculo de una dominación que era una monstruosa y prolongada injuria a la civilización” (1979. Tomo III: 87), se alivió, siendo italiano, de que Chile estuviera lejos de Europa (Ibid. Tomo II: 298) y describió al soldado chileno en estos términos: “El soldado chileno, el roto, al cual no frenaba ya la disciplina militar, daba cada vez más rienda suelta a su estúpida brutalidad y a la ferocidad de su carácter”. (Ibid: 311).

Congrains Martin también redundó en expresiones análogas. Comparó “el humanismo caballerosidad” de Grau, con la “barbarie” de los marinos chilenos (1978. Tomo 1: 88). Relató la toma de Mollendo y otras plazas peruanas reforzando los actos de barbarie y salvajismo “como nunca antes se hubiese expectado (sic) en nuestro continente en ese entonces” (Ibid. Tomo 4: 60) y “como sólo podría hacerlo un pueblo bárbaro y salvaje”. (Ibid. Tomo 6: 103). Consideró que la práctica del repaso “es digna institución de un país salvaje y carente de principios morales” (Ibid: 119) y “borrón indeleble con que se manchó” el ejército de Chile, porque las “naciones civilizadas” respetaban a heridos y prisioneros (Ibid. Tomo 6: 98) y llamó a Lynch el “Atila chileno”. (Ibid. Tomo 7: 55).

Denunció una “campana salvaje y de salvajes” (Ibid. Tomo 7: 63), nombró recurrentemente al “ancestral salvajismo” chileno (Ibid. Tomo 10: 11), aseguró que Chile se configuró como una “nación que violaba todo principio o derecho internacional, comportándose cual horda de salvajes y no como miembros responsables de una comunidad internacional” (Ibid. Tomo 7: 96-97), y remató que “esto fue la única enseñanza que la ‘civilización’ chilena pudo mostrar a América”. (Ibid. Tomo 10: 63). Concluyó haciendo un recuento de todas las devastaciones que habría sufrido Perú en la guerra:

A ellos les corresponde responder ante la historia por la guerra que prepararon, provocaron y llevaron a cabo dentro las normas de un país bárbaro y no civilizado. Ellos repasaron a nuestros soldados, mataron a los prisioneros, incendiaron nuestras ciudades, devastaron los ricos valles azucareros y la campiña serrana, violaron a nuestras mujeres, quisieron arruinarlos económicamente y-en este Siglo XX- desperuanizaron brutalmente (a la chilena), Iquique, Arica y Tacna. (Ibid: Tomo 5: 50).

Basadre, siguiendo el matiz más moderado y menos maniqueo de su trabajo, fue más cauto y sosegado en sus apreciaciones sobre Chile, porque recurrió poco a las expresiones exaltadas que, como vimos, caracterizó el tono de los escritores precedentes. Pero, de todas formas, no dejó de referirse a algunos hechos ineludibles que caracterizaron la actuación de Chile en la Guerra del Pacífico, como los saqueos, incendios y otras devastaciones perpetuadas por los soldados chilenos en las poblaciones peruanas y la práctica del repaso a heridos y prisioneros.

Por ejemplo, describió los desmanes perpetuados en Chorrillos, Barranco y Miraflores, lujosos balnearios en las puertas de Lima reducidos a cenizas y donde, según se detalló, se violaron mujeres, se asesinaron a civiles y se destruyó todo, después de que se asaltaron las bodegas. Incluso, no faltaron los enfrentamientos entre los soldados chilenos, lo que resultó en bajas para su propio ejército. Sobre ello, Basadre expresó con amargura que pocas veces se vio tal destrucción y horror en los tiempos modernos. (1983: 233).

2.1.2 La hiel del odio y la envidia

Uno de los argumentos recurrentes desde las visiones peruanas para explicar la Guerra del Pacífico, como vimos anteriormente, se refiere a la histórica rivalidad entre Chile y Perú. Así, de acuerdo a estos relatos, habría movido a Chile para declararle la guerra a

Perú, un odio y envidia contenidos desde tiempos coloniales, al haber sido Perú la sede de, primero, una de las mayores civilizaciones precolombinas, después el centro virreinal colonial y, por último, un país catalogado como “rico” y “poderoso”, por lo menos en la primera década del Siglo XIX, frente a un Chile calificado como “pequeña capitania” o “país pobre”.

En ese sentido, no faltaron las comparaciones entre ambos países de las que germinarían el “odio” o “envidia” que un Chile soberbio sentiría por un Perú superior a él:

No hay nacion más jactanciosa y vana que Chile. El sistema de vanagloria y de petulancia ha sido acariciado siempre, por la opinion, por el gobierno y por la prensa de ese pueblo: se ha connaturalizado en sus hombres, como la hidalguia en el caballero de la Mancha. Para humillar la soberbia de Chile, bastaria hacer un paralelo político, económico, social y moral con el Perú, aún en la vida privada, desde la independencia hasta la fecha, y no es dudoso que la balanza se inclinaria á favor del Perú, de ese Perú que ellos pintan con los colores de su inveterado odio y envidia. (Paz Soldán, 1884: IX).

De esa manera, Paz Soldán narró cómo desde los tiempos de O’ Higgins, el “desafecto” se cernió en los primeros hombres de Chile contra Perú, sentimiento que se potenciaría y arraigaría en Chile a través de la figura de Diego Portales “en cuyo corazón se reconcentraba el odio y envidia al Perú” y por ese motivo, habría predicado la guerra contra la Confederación Perú-boliviana con el fin de “desmembrar” a Perú para debilitarlo. En consecuencia, para Paz Soldán la Guerra del Pacífico fue planificada principalmente contra Perú, ya que Chile soñó con su desmembramiento desde 1832 y en 1879 vio la oportunidad de realizar el anhelo. (Ibid: 3-6).

Para comprobar esta acusación, en un capítulo denominado “Causas del odio de Chile al Perú”, el autor mencionó que bastaba constatar que en los mítines belicistas que se desarrollaron en Chile, poco antes de la guerra, el “odio” popular tenía como principal blanco a Perú, sin contar la saña con la que se hizo la guerra contra ese país, todo explicado por:

El antiguo odio del pueblo de Chile al Perú, desde remotos tiempos, aumentado por la envidia y encendido por la codicia de los negociantes del salitre. El origen de este odio lo encontramos en el modo de ser político y social de Chile respecto al Perú en la época del coloniaje. Sabido es que entonces Chile dependía del Perú, y las veces que allá surgía algún alboroto, las fuerzas peruanas eran enviadas a reprimirlo; naturalmente el pueblo que veía tropas del Perú en sus provincias, las consideraba como enemigas; y esos recuerdos, esos odios le han transmitido sus antepasados, aun sin pensarlo. Si á esto se

agrega que el Perú, en aquella misma época veía a Chile con desdén, y sólo lo consideraba como un lugar de presidio, como Inglaterra veía a la Nueva Holanda y Francia a su Guayana, se comprenderá que todas estas circunstancias han debido contribuir a acentuar más la mala voluntad que, instintivamente, guardaba Chile al Perú; odio fomentado más tarde por hombres que como Portales y otros, lo atizaban por sus fines personales y políticos. Esos hombres han hecho desde los primeros años de la independencia una incesante propaganda de menosprecio y descrédito contra el Perú, logrando sembrar en el corazón de todo chileno, desde el bajo e ignorante pueblo, hasta las clases más ilustradas, odio, rencor y desprecio a todo peruano; en unos por envidia, en otros por codicia y en todos por ambición y por deseo de mejorar de fortuna o condición social a costa del Perú. Los epítetos de cobardes, ingratos, ociosos y otros que se prodigan a los peruanos son tan familiares en el lenguaje común, que aún los usan gentes que parecen cultas, sin embargo, en Chile, todos creen que el Perú es la tierra de promisión, en donde a poca costa y con poco trabajo, se adquiere riqueza y hasta nobleza, por todo esto la colonia chilena en el Perú, ha sido la más numerosa, aunque, por desgracia, la más inmoral y corrompida. (Ibid: 95-96).

Paz Soldán, además, remató indicando que ese “odio” y “envidia” fue aumentado en la guerra contra España de 1866, donde Perú tuvo un desempeño “con tanta gloria” y Chile “tan vergonzosamente”, debido a la rendición de Valparaíso ante la escuadra española, mientras El Callao, resistió heroicamente. (: 96).

Comentó que la destrucción, saqueo o incendio de diversos poblados peruanos en la Guerra del Pacífico se debió a que “su hermosura y magnificencia encendían de más en más su tanto tiempo comprimida envidia” y por tanto eran frecuentes “tan repetidas escenas de salvaje carnicería, de saqueos, de incendios del más implacable odio que jamás abrigó otro pueblo” (: 566; 691), concluyendo que “el odio de todo chileno al Perú es casi un instinto innato”. (: 706).

Los otros autores fueron similarmente elocuentes sobre ese tema. Caivano describió un “antiguo odio que se había convertido en signo de patriotismo y artículo de fe nacional” y al remitirse a la destrucción del lujoso balneario de Chorrillos indicó que “basta recordar los odios y las rivalidades chilenas contra la aristocracia peruana y la envidia que la demora favorita de ésta excitara siempre en Chile”. (1979. Tomo II: 286; 313).

Congrains Martín, se refirió a una “envidia nacional” en Chile hacia Perú desde los tiempos de la Confederación Perú-boliviana (1978. Tomo 1: 13). Análogamente a Paz Soldán, citó un remoto odio que dataría de tiempos precolombinos y coloniales desde que las huestes del Inca Túpac Yupanqui extendió sus fronteras más allá del río Maule,

pasando por el hecho de que la Conquista “florecía” en Perú y en el Virreinato de Lima reinaba la opulencia comercial, mientras que en Chile cundían sólo desengaños y penalidades porque “no toda tierra nueva era un Perú en potencia”. En tiempos de la Independencia, “Lima era la reina y señora de todas las capitales americanas y Santiago no pasaba de ser un villorio en el que se arrancaba el sustento diario con enormes esfuerzos de una tierra poco generosa”. (Ibid. Tomo 6: 110-111). Por todo ello, la Guerra del Pacífico sería una consecuencia previsible por el “tremendo complejo de inferioridad que siempre han tenido en relación con nosotros” (Ibid. Tomo 7: 46), y:

La única explicación posible a esta actitud es la convicción chilena en arrojarse una predestinación racial y cultural (cabe aquí recordar la mística prusiana de la raza superior) en nuestra América mestiza; esta obsesión de constituir una humanidad aparte, llevó a Chile a despreciar y odiar a sus vecinos más afortunados, sentimiento del cual emanó un complejo de castración cultural y social en el plano interno, lo que guarda peligrosa semejanza con otros tristes ejemplos que la historia atesora para enseñanzas futuras. (Ibid. Tomo 7: 110).

Basadre y Pereyra, siempre desde un cariz más moderado, de todas formas no dejaron de referirse a esa percepción. El primero indicó que por viejas rivalidades, el Estado chileno en el contexto de la ocupación, hasta buscó demorar la reconstrucción de Perú (1983: 351) y el segundo aseguró que existía un “rencor histórico” de Chile hacia Perú desde la época del Virreinato (2010: 91) y que Perú, al entablar con Bolivia el tratado de alianza de 1873, no supo medir los “odios chilenos” que perfilarían como consecuencia. (Ibid: 125).

2.1.3 Los ladrones y salteadores

Dando cuenta de la incorporación de Tarapacá y Arica a Chile, como principales consecuencias de la Guerra del Pacífico para Perú, de los “trofeos de guerra” adquiridos por Chile en el transcurso de la misma, de los saqueos que significaron las expediciones del ejército chileno en distintas plazas peruanas, y también en relación a la apropiación de libros, documentos, obras de arte y bienes públicos y privados durante la ocupación de Lima, en la historiografía peruana sobre la Guerra del Pacífico abundan calificativos hacia los chilenos como “ladrones”, “salteadores”, “bandoleros”, “rapaces”, “despojadores”, “piratas”, sin contar que estas apreciaciones también fueron muy frecuentes en los

peruanos de la época, basta recordar que Piérola calificó a Chile como país “de vándalos y salteadores”. (Citado en Paz Soldán, 1884: 550).

Paz Soldán se refirió a los saqueos en pueblos peruanos perpetrados por el ejército chileno como “latrocinios a mano armada” (1884: 284), y específicamente sobre la expedición a Mollendo indicó que con la mayor naturalidad irrumpieron en las viviendas para entregarse al “pillaje” y apropiarse de todo lo de valor, en especial los licores, dando rienda suelta a “sus acusados instintos” como “efecto de las expansiones del soldado chileno”. (: 397). Comentó que además de ejercer el “robo e incendio por acción popular”, los días siguientes llevaron a cabo el “robo, la destrucción y el incendio de carácter oficial”. (:403).

Explicó que “como de costumbre” algo similar sucedió en Moquegua, Pisagua, Isla de Los Lobos y otras plazas (:427; 511), ilustrando “el instinto de saltar” de los chilenos (: 529) y que las expediciones de Lynch fueron “de asalto y robo” al mejor estilo de una “pandilla de merodeo” (:530-531), concluyendo que “los 46 días que permaneció la expedición de merodeo en los pueblos y haciendas del norte del Perú fueron una serie no interrumpida de robos, salteos, incendios, y de cuanta profanación es imaginable”. (: 541). También se remitió al inventario que presentó Lynch enumerando lo “recolectado” en dichas expediciones, señalando que se detalló sólo la mitad de lo “robado”, pero no el oro ni la plata, rematando que “ese inventario demuestra también la ruindad de los invasores” y resaltando la “ratería ingénita de los expedicionarios”. (:546).

Otro suceso que fue abordado por Paz Soldán fue la preparación chilena para la ocupación de Lima. Contó que se alentaba a los soldados bajo la promesa de las “riquezas y beldades” de la ciudad, entregando, incluso listas con joyerías, almacenes, etc., todo para estimular “sus más ingénitos instintos de depravación y de codicia”. (: 577).

Así, relató cómo no habían pasado más de tres días de ocupación, cuando los libros de las bibliotecas, los muebles, las obras de arte, ya habían sido apiñados en carretas. Los más valiosos fueron destinados a jefes y autoridades chilenas y los de menos valor, vendidos a mercaderes ambulantes. Resaltó que Isidoro Errázuriz se apropió de la imprenta del gobierno peruano, cuyos bienes fueron encajonados y llevados a Valparaíso para beneficio particular del mencionado. También, reclamó por el robo de instrumentos científicos de universidades y un célebre cuadro de Merino (: 735-737): “y hasta las verjas

y puertas se acondicionaban para llevárselas á Chile; lo que no podía transportarse, por cualquier inconveniente, se destruía y esos escombros ó restos se vendían, y su producto lo aprovechaban los empleados en esas faenas de los siglos de barbarie”. (: 708).

Otra anotación relevante de Paz Soldán en este sentido, fue la relacionada con la “política boliviana”, es decir, la propuesta de Chile a Bolivia para que rompa la alianza con Perú y a cambio de su Litoral, coadyuvar con la toma boliviana de Tacna y Arica. Para el autor, tal proposición se podía resumir en “Dejad que os robe vuestro territorio, que yo os ayudaré a robar el de vuestro aliado y amigo, á cuya casa habéis ya entrado con este fermentado ropaje”. (: 280). El autor remató que con Bolivia, por sus afanes de conquista, Chile tenía la lógica de “la bolsa ó la vida”. (:441).

De manera similar, se quejó por los tenedores ingleses de la deuda peruana que aceptaron la ocupación de Tarapacá por Chile y una negociación para que con el guano de la zona, se cubriera la deuda peruana. Paz Soldán arguyó que los que aceptaron esa situación ayudaron en el robo de las riquezas de Perú y que la propuesta era “la del receptor al ladrón” y “una infamia, una indignidad, pero en Inglaterra como en otros pueblos, nunca faltan hombres capaces de cualquier acto, por indigno que sea, con tal que reporten alguna utilidad pecuniaria”. (: 446).

Desde un tono parecido, Congrains Martin aseguró que “la codicia del adversario nos arrebató más de 66 mil Km.”. (1978. Tomo 4: 8) y narró que en el acto de “robar” durante la guerra, no perdonaron ni a los muertos, ni a las iglesias. (Ibid. Tomo 4: 114; Tomo 6: 103). Entre otros aspectos, se remitió al hundimiento del barco chileno “Covadonga”, gracias a una celada que colocaron los peruanos. Se trataba de una lujosa chalupa que dejaron flotando en el mar y que los marinos chilenos del “Covadonga” recogieron admirados, sin esperar que contuviera un explosivo que detonó y hundió el buque. Al respecto, Congrains Martin expresó que los chilenos cayeron en la trampa porque no pudieron contener sus “innatos instintos de rapiña” y su “espíritu de bucanero”. (Ibid. Tomo 7: 38).

De aledaña forma, describió las expediciones de Lynch y lo llamó “buitre” y “salteador disfrazado de militar”. (Ibid. Tomo 7: 85; Tomo 9: 49). Aseveró que “la voracidad chilena quedó palpablemente descubierta con la simple revisión de la lista de los productos de sus correrías por nuestros desamparados departamentos del norte” (Ibid. Tomo 7: 96),

que incluso llegaron a valorar en público las joyas y otras alhajas robadas como “judíos venecianos”. (Ibid: 108). Reclamó que Chile llamaba merodeos, registros, cupos y contribuciones a lo que en realidad eran saqueos, pillajes, robos, hurtos, rapiña, latrocinio, chantaje y extorsiones que casi por tres años tuvo que sufrir todo peruano que tuviera algo de valor “deseado por la inextinguible codicia de nuestro montará invasor”. (Ibid: 108). Sobre la ocupación de Lima, demandó que “nada ni nadie pudo salvar del saqueo sistemático, de la rapiña, del robo, del hurto de sus más valiosas piezas culturales, artísticas, fabriles o pedagógicas”. (Ibid. Tomo 10: 36-37).

Finalmente, clamó, aludiendo a la demanda marítima boliviana, que “casi un centenar de años (los chilenos) viven del botín, del despojo y del enclaustramiento de un pueblo hermano al que hoy pretenden ofrecerle ridícula y misérrima franja costera como paliativo de los ricos y extensos territorios que ayer los robase por medio de una guerra injusta que es lo que menos se puede decir de la contienda de 1879”²⁵⁴. (Ibid. Tomo 10: 25-26).

Caivano no fue menos severo con Chile. Entre otras cosas que se abordó a partir de los otros autores, reclamó por el permanente saqueo, robo y vandalismo del ejército chileno en la guerra, que incluyó a extranjeros, como el caso de la pulpería de unos italianos en Tacna (1979. Tomo II: 264-265), calificando estos actos como “lucrativa como vituperante correría sobre las indefensas tierras del desventurado Perú”. (Ibid: 278).

Basadre en el marco de su moderación frente a los calificativos generalizadores contra Chile y los chilenos, no evitó citar el caso de una acaudalada mujer de Pisagua que se suicidó después del saqueo a su vivienda (1983: 104), los desmanes cometidos por las expediciones comandadas por Lynch en el norte de Perú (:214-215), el horror por la destrucción y saqueo de Chorrillos y Barranco (:232-242) y los robos de libros, obras de arte e instrumentos científicos de universidades, espacios públicos, bibliotecas y establecimientos privados en Lima, indicando que hasta se llevaron platos y ollas (: 250; 254) y rematando al afirmar que, antes de retirarse de Lima, los soldados chilenos “barrieron” con el Palacio de Gobierno, la Municipalidad, los cuarteles, acarreando espejos, pinturas, muebles, libros, papeles, mesas, alfombras, etc. (: 351).

²⁵⁴ Se refirió a los intentos negociadores entre el Chile de Pinochet y la Bolivia de Banzer en la década de 1970. En aquella ocasión, como en otras oportunidades, Chile ofreció a Bolivia una franja marítima al norte de Arica como manera de saldar su histórica demanda.

Pereyra, si bien en la obra que hemos abordado para esta investigación, no tocó este tema, subrayó que es demostrativo respecto a la actuación de Chile en la Guerra del Pacífico, el hecho de que en la historiografía chilena abundan las expresiones “botín de guerra” y “conquista”. (2010: 135. Nota 138).

2.1.4 Cuestión de números o los cobardes de Chile

Algo bastante resaltado en las versiones históricas peruanas abordadas, se refiere a que la derrota de Perú y su aliado en la Guerra del Pacífico, en la mayoría de las batallas, se debió a la superioridad numérica y bélica del adversario y no a otros factores que explicaron, desde las visiones chilenas, su victoria. Así, se rebatió, por ejemplo, los motivos esencialistas al estilo de una supuesta superioridad racial o institucional en Chile, muy frecuentes en las versiones chilenas, o las elucidaciones que enaltecieron la “valentía” y “heroísmo” de los chilenos.

En ese sentido, lo primero que se comentó fue la superioridad marítima de Chile a partir de los dos poderosos blindados que vencieron a los buques peruanos más importantes. Caivano argumentó que la contienda del barco peruano “Huáscar” contra los dos blindados de Chile Blanco Encalada y Cochrane era de una proporción de dos contra uno, pero aún así el “Huáscar” fue la “pesadilla” de la marina de Chile. (1979. Tomo II: 170-172). Basadre, manifestó que la superioridad marítima de Chile era descomunal, al punto que, en ese momento, era mayor a la estadounidense, y que los barcos peruanos no podían ni compararse a los buques chilenos. (1983: 13; 46). También comentó que, en general, el armamento de Perú era anticuado frente a los rifles nuevos y cañones “Krupp” de Chile. (Ibid: 46).

En cuanto a los combates terrestres, se destacó un mayor número de soldados chilenos, siempre en proporciones enormes frente a los peruanos y bolivianos. Congrains Martin indicó que en la batalla de Pisagua se contaban diez mil aliados con rifles improvisados contra diecisiete mil chilenos que solamente atacaban cuando tenían todo a su favor y nunca en inferioridad numérica. (1978. Tomo 2: 10). Caivano se refirió a novecientos aliados contra diez mil chilenos: un grupo de hombres contra todo un ejército. (1979. Tomo II: 191). Basadre habló de que en dicha batalla la superioridad numérica de Chile fue abrumadora. (1983: 102).

Respecto a la batalla de Tacna, Paz Soldán contó que la derrota se debió a que los chilenos duplicaban a los aliados: “el desastre de Tacna fue consecuencia no sólo lógica sino matemática; dos es mayor que uno” [...] Esta victoria, como otras de Chile, no fue el efecto de las sabias previsiones del Gobierno, ni de las prendas extraordinarias de los Generales, sino obra exclusiva de sus hijos y del mayor número”. (Ibid: 469; 479). Basadre anotó que si bien el ejército chileno fue “disminuido” por algunos autores de ese país, de cualquier manera, eran muchos más que los aliados. (1983: 156).

Haciendo alusión a la batalla de Arica, Caivano explicó que los soldados chilenos eran seis o siete veces más que los peruanos. (1979. Tomo II: 267-268). Paz Soldán reforzó que “ese ejército y esa marina sólo han triunfado porque desde el principio hasta el fin de la guerra han contado con mayor fuerza bruta de hombres, armas y elementos; con un tercio de estos bien dirigidos, ha podido conseguir el mismo resultado, desde que Perú y Bolivia carecían también de buenos directores”. (:485).

Sobre la campaña de Lima, Paz Soldán arguyó que el triunfo chileno era seguro y matemático porque contaban con el triple de hombres. (: 577). Congrains Martin complementó que en la batalla del Morro Solar se enfrentaron once mil chilenos contra cinco mil peruanos y que en Miraflores mil quinientos peruanos hicieron retroceder a cuatro mil quinientos chilenos en un combate de cinco a uno, imponiéndose, finalmente, el número al valor. (1978. Tomo 9: 144; Tomo 10: 110-111). En relación a la campaña de la sierra peruana, específicamente en la batalla de Huamachuco, Basadre desmintió, citando a Cáceres, que los peruanos duplicaban a los chilenos, tal cual narran las partes oficiales de Chile, y aseguró que sucedió lo contrario. (1983: 335).

Para la batalla de Tarapacá, la única que ganaron los aliados, Paz Soldán y Caivano insistieron en que los chilenos eran más que lo que cuenta su historiografía, detalló su prensa y narraron las partes oficiales que habrían disminuido, a propósito, su número, todo ello para admitir más fácilmente su única derrota. (1884: 346. 1979. Tomo II: 224).

De manera más frecuente que la cuestión numérica, se percibió en las interpretaciones históricas peruanas una argumentación que catapultó a los chilenos como “cobardes” que sólo obtuvieron la victoria por ser más y mejor armados y/o por los errores de las autoridades y jefes militares peruanos. Incluso, se llegó a afirmar que las hazañas y los héroes que Chile enarboló en la guerra, son inventados o exagerados.

En primer lugar y al remitirse al desempeño de Chile en la guerra, Paz Soldán advirtió que a los chilenos, “aunque les sobraba vanidad, les faltaba coraje”. (1884: 110). Para colocar como ejemplos de esta tendencia, hizo referencia a la ocupación de Antofagasta que se llevó a cabo “sin la menor resistencia”, pero la prensa de Chile la enarboló como su primera victoria. (Ibid: 128). Similarmente, describió uno de los primeros combates marítimos entre el barco peruano “Unión” y el chileno “Magallanes” que se habría “fugado”, pero en Chile fue celebrado, tal enfrentamiento, como una victoria. (:135). Aseguró que el buque peruano Independencia, tuvo la mala suerte de chocar contra una piedra y por eso se hundió y no fue, por tanto, una victoria de su adversario “Covadonga”, como celebraron en Chile. (:175).

Asimismo, Paz Soldán reforzó el planteamiento del “miedo” que inspiraba el “Huáscar” en los marinos chilenos, narrando que los “varoniles” tripulantes del almirante Williams Revollo le tenían tal temor, que veían un torpedo en cada madero y en cada humo, un “Huáscar”. (:201).

Sobre las batallas terrestres, Paz Soldán contó cómo los soldados chilenos huyeron despavoridos ante un espejismo que asemejaba al ejército de Hilarión Daza (: 317) y que en San Francisco no dispararon un solo tiro, sino sólo se escondieron. (: 334). En Tarapacá representó a un ejército chileno que, a pesar de todas sus ventajas, permaneció inactivo, situación inexplicable a no ser por el temor, la negligencia o la cobardía. (: 344). En Arica relató que en el único ataque serio los chilenos fracasaron y por eso bombardearon a la población indefensa, lo “que sólo acreditaba el instinto feroz y cobarde de los enemigos”. (: 395). En el marco de la batalla de Lima, sostuvo que “se temía al soldado chileno, no por su valor, sino por su salvajismo y crueldad”. (: 577).

A su vez, Congrains Martín afirmó que en Pisagua, novecientos soldados aliados hicieron retroceder a miles de chilenos (1978. Tomo 2: 47) y remitiéndose al combate de Morro Solar exclamó que “sólo con abrumadora mayoría, atacan, sólo con ella triunfan. ¡¡Viva el valor chileno!!” (Ibid. Tomo 9: 155), y respecto a la ocupación limeña, remató de que la ciudad se salvó de los saqueos, incendios y otros desmanes perpetuados en otras plazas peruanas, solamente por las amenazas del cuerpo consular extranjero, ya que los chilenos obedecían a una única voz, la de la fuerza. (Ibid. Tomo 10: 36-37).

Caivano, aseguró que Chile tuvo, en un inicio, mucho temor hacia Perú a pesar de sus fuerzas inferiores y por eso optó por una guerra larga y mezquina (1979. Tomo II: 161); que la práctica más frecuente del ejército chileno, era el saqueo de ciudades indefensas y que no se atrevía a dirigirse a los verdaderos focos de resistencia como Arequipa (1979. Tomo III: 86); que ante sólo el anuncio de la llegada del ejército de Daza, se generaba “pánico” en las huestes de Chile (Ibid. Tomo II: 206); y que en las batallas cerca de Lima, las victorias colosales a las que se refirió la prensa y escritores chilenos eran exageradas. (Ibid: 298). También, reclamó por el ataque a ciudadanos italianos en Barranco y Chorrillos y última que “para quien conoce el carácter de los chilenos, es indudable que no se hubieran atrevido a hacer y decir cuánto hicieron y dijeron contra Italia y los italianos, si hubiesen comparecido en las aguas del Pacífico un par, no más, de buenos buques italianos. ¡Oh, cómo hubieran sido entonces mansos y melifluos!” (Ibid: 319)²⁵⁵. Concluyó que el soldado chileno “solamente sabe hacerse fuerte y atrevido cuando se encuentra en grandes y compactas masas”. (Ibid: 333).

Basadre, siempre más sosegado, se remitió la resistencia de la sierra, cuando el batallón “Vengadores de Cajamarca” y los pobladores del lugar, cansados de los abusos, hicieron huir a los expedicionarios chilenos comprobando que los invasores “a pesar de todas sus ventajas, no eran invencibles”. (1983: 297). De la misma forma, destacó que en la batalla de Huamachuco, las fuerzas de Cáceres hicieron, nuevamente, escapar a los chilenos. (: 334-335).

Por otra parte, es llamativo el intento de los escritores estudiados de ensombrecer o negar las “gestas heroicas” que Chile concibe como sus más importantes “hazañas” en la Guerra del Pacífico, tal fue el caso de la batalla de Iquique y el enaltecimiento de Arturo Prat, como principal “héroe” chileno²⁵⁶.

Paz Soldán, refiriéndose al combate de Iquique, aseveró que “la necia y bombástica algazara de la prensa de Chile, que por enaltecer y deidificar (sic) a Prat y los suyos, supuso hechos falsos y físicamente imposibles”. Desmintió que con semejante situación

²⁵⁵ El autor se refirió al asesinato de trece residentes italianos y otros extranjeros en Chorrillos y Barranco, además de haber sufrido saqueos y otros desmanes. En Chile se justificaron estos actos indicando que unos setecientos italianos habrían combatido a favor de Perú, cosa desmentida oficialmente por el Estado italiano. Para más detalles ver Caivano, 1979. Tomo II: 316-319.

²⁵⁶ En este caso, la única excepción tal vez sea Basadre, que acepta y enaltece el heroísmo de Prat. Ver Basadre, 1983: 57-58.

en la que dominaban los estruendos de las bombas, Prat pudiera gritar consignas patrióticas como relatan los mitos chilenos: “se portó y murió como un valiente; su gloria no ha menester de necias falsedades para brillar como brillaria tan sólo á la luz de la verdad”. (1884: 175-176, nota).

Congrains Martin comparó al héroe peruano Alfonzo Ugarte con sus pares de Chile y arguyó que “aquella hazaña que ninguno de sus héroes inventados hubiera sido capaz de realizar, era algo que no podrían comprender”. (1978. Tomo 6: 92).

Sobre la campaña marítima de Chile, Caivano especificó:

De carácter esencialmente fanfarrón, el pueblo chileno sentía la necesidad de celebrar una clamorosa victoria que cubriese ante él y ante el mundo la impericia desplegada por sus escuadra en los 45 días transcurridos desde su entrada a la campaña, durante los cuales no supo hacer más que enfurecerse contra pueblecillos indefensos, y llegar tarde, después de 43 días, donde habría podido y debido llegar en menos de una semana – al Callao. Ardía el deseo de proclamarse grande, de crearse héroes chilenos; y festejar como victoria chilena, la desventura del enemigo. (1979. Tomo II: 168).

De esa manera, para Caivano (citando a la prensa chilena del momento), con falsedades y exageraciones proclamaron la batalla de Iquique como “el más heroico combate naval que registre la historia universal”²⁵⁷, cuando la famosa hazaña de Prat y la tripulación del barco “Esmeralda” no fue un abordaje del “Huáscar”, sino una caída por la embestida del segundo al primero: “he aquí unos héroes de nuevo cuño” y “extravagantes balandronadas y petulancia chilenas”. (Ibid: 170). Finiquitó que esa mitificación se debió “al exagerado amor propio nacional en Chile”, “característica presunción por la cual el chileno se cree el primer bípedo de la creación y considera como excelente cuanto es producto de mano o mente chilena, o que únicamente lleva el timbre patrio”. (Ibid: 173).

2.1.5 Las depredaciones de Chile

Relacionadas con algunas de las caracterizaciones más importantes sobre Chile que se encuentran en las visiones peruanas sobre la Guerra del Pacífico, como la adjudicación de los chilenos como “salvajes”, “bárbaros”, “asesinos”, “ladrones”, “cobardes”, etc., hay

²⁵⁷ Cita al periódico chileno “La Patria”. En Caivano, 1979. Tomo II: 169.

una serie de imputaciones al Estado y ejército chileno sobre excesos que habrían cometido en el transcurso de la guerra y la ocupación de Perú.

En ese marco, los escritores peruanos reclamaron por el bombardeo de los buques de Chile a puertos y poblaciones indefensas; por el “repasso” de heridos y prisioneros peruanos y bolivianos, práctica que describieron como bastante recurrente; por el saqueo, destrucción, incendio, violaciones y otros desmanes contra las poblaciones de Pisagua, Mollendo, Tacna, Arica, Moquegua, Miraflores, Chorrillos, Barranco y otras plazas, por las devastaciones cometidas por las expediciones de Patricio Lynch que incluyeron la incineración y saqueo de ricos ingenios azucareros y ostentosas haciendas, el establecimiento de duros cupos a poblaciones inermes bajo amenaza de su destrucción, el robo de objetos valiosos y la vejación de mujeres, ancianos y niños; las masacres de campesinos e indígenas en el intento de doblegar a la sierra peruana; y los abusos, extorsiones y robos constantes durante la ocupación de Lima.

Entre los hechos más citados y descritos con mayor detalle por los autores peruanos estudiados, tenemos la expedición chilena sobre Mollendo “eterno baldón y rubor á Chile” (Paz Soldán, 1884: 396), pueblo que fue saqueado e incendiado. También se acusó a los soldados chilenos de violar a las mujeres y vejar a civiles. Algo similar se anotó sobre Moquegua y otras poblaciones.

Otro suceso que fue bastante comentado, fue la destrucción de la hacienda azucarera “Palo Seco” y otras aldeañas por la expedición de Patricio Lynch. Sobre “Palo Seco” se narró cómo ante la negativa de su dueño a pagar un elevado cupo de guerra (negativa propiciada por el gobierno de Piérola que había amenazado con declarar “traidor” a todo aquel que pagara las “contribuciones” exigidas por los chilenos), después de que los jefes y soldados chilenos se repartieran las obras de arte, los libros de la biblioteca, los animales de lujo y todos los objetos de valor, se destrozó e incendió todo el inmueble y las maquinarias azucareras con ayuda de los chinos “colies” que los hacendados usaban como fuerza de trabajo. Algo equivalente ocurrió con la hacienda “San Nicolás”. Incluso se contó que los soldados chilenos llegaron a matar a palos a quinientas ovejas por no poder llevárselas y para impedir que sirvieran de alimento para algún peruano²⁵⁸.

²⁵⁸ Ver Paz Soldán, 1884: 531-547; Congrains Martin, 1978. Tomo 7: 59-75; Basadre, 1983: 214-219.

Análogamente citadas fueron las devastaciones chilenas en Chorrillos, Barranco y Miraflores. Se relató cómo los soldados chilenos, después de embriagarse gracias al asalto de las bodegas de cada vivienda o almacén, se dedicaron al saqueo y al incendio generalizado, casi como una diversión. Se denunció el asesinato de civiles, la violación de niñas, mujeres y ancianas y hasta la realización de orgías sangrientas y otros actos deplorables. Se relató cómo al calor de los excesos, los soldados chilenos incluso se mataron entre ellos en riñas relacionadas a la disputa por los objetos robados. Caivano, incluso, mencionó desmanes contra extranjeros (como se anotó precedentemente), Congrains Martin describió la violación y asesinato de una anciana y su nieta²⁵⁹ y Basadre especificó el homicidio de un anciano médico inglés en frente de su consulado²⁶⁰.

Todos los autores coincidieron que si Lima no corrió esa terrible suerte fue por la presión y las amenazas de las legaciones extranjeras, aunque, comentaron, eso no evitó el robo y hurto sistemático de bienes públicos, libros, obras de arte, inmuebles, etc.

Refiriéndose a la suerte de muchas mujeres peruanas en las poblaciones afectadas por las expediciones chilenas, Caivano expresó que en Lima se temía por el honor de las “encantadoras limeñas, enloquecidas por el terror, les parecía sentir ya sus delicadas carnes profanadas por el brutal abrazo del soldado, ebrio de vino y de lujuria; y más de una vez fue necesario detener su brazo, para impedirles atentar a su vida o a su belleza, que preferían destruir ellas mismas, más bien que dejarlas expuestas a tanta ignominia”. (1979. Tomo II: 341).

2.1.6 El Chile de la estabilidad y la organización

Como se ha evidenciado, la percepción de Chile en relación a lo que se narró sobre la Guerra del Pacífico en las visiones peruanas, no fue muy alentadora, algo comprensible al ser Chile no sólo el enemigo, sino el Estado que ocupó ese país.

No obstante, y paradójicamente, coincidiendo con uno de los aspectos más importantes de la autopercepción de Chile, en las visiones peruanas existieron ciertas apreciaciones que colocaron a Chile como un país más “estable”, “organizado”, “ordenado” o

²⁵⁹ Ver Congrains Martin, 1978. Tomo 10: 40-42.

²⁶⁰ Ver Basadre, 1983: 232-240.

“disciplinado” en comparación con Perú (y Bolivia), coadyuvando a alimentar ese mito tan presente en la constitución de la identidad chilena.

Paz Soldán comentó que a diferencia del ejército peruano, los chilenos levantaron mapas de la zona “muy prolijos” (1884: 115), aseguró que se prepararon muy bien para la guerra, disciplinando, armando y equipando a su ejército de antemano y que Chile aprovisionaba a su ejército con todo lo necesario y a tiempo. (: 118; 188; 456). Destacó que el ejército de Chile era “disciplinado, práctico en los campos de batalla y orgulloso de sus triunfos”. (: 521).

Congrains Martin explicó que durante el Siglo XIX no existían en América Latina gobiernos nacionales estables y fuertes exceptuando a Chile, enfrentándose en la Guerra del Pacífico la estabilidad chilena versus la inestabilidad peruano-boliviana y la “pobreza laboriosa” de Chile frente a la “riqueza fácil” de Perú y Bolivia. (1978. Tomo 1: 11-12). Describió a Chile como una “sociedad pujante y ordenada” y admitió que “...era indudable que el liderazgo correspondería al país mejor organizado y dirigido, el que estaba en posición de alcanzar-como lo logró, efectivamente- una integración nacional de amplias proyecciones”. (Ibid: 12).

En otro momento, comentó que Perú se enfrentó a un adversario fuerte y más preparado en todo sentido. (Ibid: 100). Reconoció que mientras en Perú campeaba la improvisación y la indolencia, en Chile perfeccionaban su ofensiva (Ibid. Tomo 4: 54), que su tropa se caracterizaba por la “férrea disciplina” (Ibid. Tomo 9: 18), por el moderno armamento e “inteligente” dirección (Ibid. Tomo 10: 103) y que nunca dejaron de recibir ayuda de su gobierno cuando la necesitaron. (Ibid. Tomo 9: 164).

Caivano puntualizó la herencia “teutónica” de Chile, calificándolo como un “país calculador, frío, egoísta, astuto” (1979. Tomo III: 90), que sus gobernantes eran inteligentes, calculadores y sagaces (Ibid. Tomo II: 176) y que su ejército luchaba unido y compacto. (Ibid: Tomo II: 348).

Basadre abundó más sobre este tema. Afirmó que Chile fue la primera potencia naval del momento (1983: 15-16), que era un “pueblo pobre pero fuerte” que se enfrentó a “débiles y desorganizados vecinos” (: 41) y que si bien entre Bolivia y Perú sumaban mayor extensión y más habitantes, Chile tenía la ventaja de que después de su independencia

contó con un largo periodo de paz y aislamiento, siendo que su aristocracia no tuvo los desgarramientos de la nobleza peruana, resultando ello en la estabilidad presidencial, mientras en Perú cundía la desarticulación, los problemas de definición nacional, las guerras internas y los gobiernos inestables. Resumió que “Chile con una clase dirigente en forma, no sólo había sabido conservar la paz y la continuidad de los gobiernos sino también establecer la estabilidad institucional y administrativa y afianzar su sentido de afirmación nacional”. (45). Haciendo comparaciones, detalló:

La Constitución chilena de 1833 expresó el firme propósito de obtener primero estabilidad dentro de una estructura legal y hacer surgir, al amparo de ella, el orden administrativo; y parece sobria, recia y hasta dura en contraste con las ilusas Cartas políticas del Perú de esa época, inclusive la de Huancayo de 1839. Hubo en Chile tres presidencias sucesivas de diez años: las de Prieto, Bulnes y Montt. Ellas hacen pensar en lo que pudieron significar en el Perú tres decenios análogos de Gamarra, Castilla y Manuel Pardo. En los cuarenta y ocho años transcurridos desde 1831 hasta 1879 seis presidentes se sucedieron constitucionalmente en Chile: Prieto (1831-41), Bulnes (1841-51), Montt (1851-61), Pérez (1861-71) y luego hasta 1879, Errázuriz y Pinto. El Perú, en cambio, tuvo en el mismo periodo veinte gobernantes, aparte de algunos interinos e accidentales. Ninguna insurrección triunfó en Chile desde 1830, a pesar del estallido de tres guerras civiles; en el Perú dentro del mismo plazo, trece regímenes surgieron violentamente y sólo siete presidentes por la vía legal sin consolidar un previo trastorno del orden público (Orbegoso, Menéndez, Echenique, San Román, Pezet, Pardo y Prado). Esta desproporción era mucho más considerable en el caso de Bolivia. (: 44-45).

En otras ocasiones, Basadre describió a una marina peruana fraccionada, sin la unidad de la de Chile (:72) e insistió en las ventajas de la organización y de la estabilidad institucional para explicar el desenlace de la guerra. (: 361).

Pereyra no dejó de resaltar a un Chile decimonónico que, en contraste con Perú, constaba con una burguesía temprana y una economía moderna. (2010: 125).

2.1.7 Las falsedades de las visiones chilenas

Uno de los aspectos abordados por las visiones peruanas, se enmarcó en “desmentir” las versiones que Chile presentó sobre la Guerra del Pacífico. De esa forma, los escritores peruanos se refirieron a supuestas “falsedades” que habría presentado la historia chilena, objetando las mismas con su propia interpretación. En ese sentido, en más de una ocasión,

los autores peruanos afirmaron que las interpretaciones chilenas mintieron, deformaron y exageraron hechos, denigrando a Perú de manera tendenciosa.

En consecuencia, Paz Soldán explicó que su obra fue una “respuesta” a los principales exponentes chilenos que deformaron los hechos de la guerra:

Pero como los escritores chilenos quieren engañar, no sólo á la generacion presente que ha presenciado los hechos, sino también á las futuras, para que su Nacion aparezca como un modelo de virtudes cívicas en la paz y de heroismo en la guerra, han circulado profusamente en Europa y América, libros, con el título de historia, llenos de falsedades las más groseras; escritos instantes después de terminados los combates. No debia imitar ese ejemplo sino esperar que vuelva la paz, la tranquilidad, la reflexion, casi el olvido, pero tampoco se puede consentir sereno en que la mentira tome asiento en el sagrado recinto de la Historia, por eso me he resuelto á publicar la presente obra [...] La presente obra tiene como objeto dar á conocer las verdaderas causas, fundamentales, y el objeto de la guerra que Chile declaró, primero á Bolivia, y después al Perú, y el modo como la ha hecho; así desaparecerán como humo las falsedades que Chile ha circulado [...] Muy generales y arraigadas se encuentran las falsedades que por largo tiempo, y en particular durante la guerra, ha propalado la prensa de Chile y su gobierno; es menester dar a luz para hacer conocer la verdad”. (1884. Prólogo: VI-IX).

Así, entre otros sucesos, Paz Soldán, por ejemplo, denunció en su trabajo algo que, indicó, fue omitido o endulzado en las versiones chilenas, es decir, las depredaciones que Chile habría cometido una vez ocupado Perú: “¿Cómo callar, ni esperar á que tomen asiento la multitud de falsos escritos, que no cesa Chile de circular en Europa y América? Es preciso que el mundo entero conozca, aunque á grandes rasgos, lo que ha hecho Chile después de vencedor del Perú”. (: 691-692).

Caivano, al remitirse a una versión de Barros Arana donde aseguró que los soldados peruanos después de la batalla del Alto de la Alianza, cometieron saqueos y excesos contra la población de Tacna, después de objetar esta versión e indicar que fue el ejército chileno el que cometió los desmanes, increpó:

De manera que, según el historiador chileno, los ladrones y los asesinos fueron los peruanos, y los beneméritos salvadores los chilenos; es decir que las culpas de unos se atribuyen a los otros, desnaturalizando y cambiando completamente los hechos. Pero todo esto no está permitido a la historia. Semejantes manejos, buenos solamente para alimentar bajas intrigas de menguada gente, y preparar a su fingida sombra pretensiones absurdas que no se tiene el valor de exponer francamente, no pueden, no deben encontrar cabida en un libro destinado a todos los pueblos y a la humanidad entera. La historia debe decir la verdad; y cuando no se conoce o no se quiere decir, se debe saber callar. Y cuando

tampoco callarse sabe, y se hace sin escrúpulos abiertamente partidaria, toca entonces a la historia verdadera e imparcial poner los hechos en su lugar correspondiente. (1979. Tomo II: 264).

Congrains Martin aparte de ironizar con que los historiadores chilenos hicieron de la Guerra del Pacífico la tarea de su vida (1978. Tomo 1: 109), indicó que han intentado modificar la historia para redimir o minimizar las barbaridades que cometió el ejército chileno en plazas como Chorrillos. (Ibid. Tomo 9: 176-177; Tomo 10: 17-20).

Pereyra enfatizó que los “los chilenos – o extranjeros filo chilenos- contemporáneos de la guerra dedicados al ámbito académico, no sólo buscaron expresar este punto de vista deformado y absolutamente hostil al Perú y Bolivia por medio de publicaciones, sino también a través de conferencias y noticias de prensa en el ámbito internacional”. (2010: 132. Nota 119).

Se hizo referencia a hechos inventados o exagerados por las visiones chilenas, ya sea para realzar sus victorias o para mitificar supuestos actos heroicos. Al respecto, Caivano se quejó que los historiadores chilenos magnificaron con una “poderosa fuerza de la inventiva” su triunfo en las puertas de Lima, lo que en realidad fue “otra fácil victoria”, al cundir la desorganización, improvisación y mala planificación en la defensa peruana. (1979. Tomo II: 298). Congrains Martin al referirse a lo narrado por Bulnes sobre el hundimiento del barco chileno “Covadonga”, reclamó que dicho autor presentó el suceso como un hecho “épico” cuando no lo fue, dando a luz una versión que fue “antojadiza y dictada por mentes de gran imaginación”. (1978. Tomo 7: 43). Basadre señaló que, en muchas ocasiones, algunos autores chilenos disminuyeron el número de su ejército para ensalzar sus éxitos. (1983: 156).

Por otra parte, hubo mención de los principales historiadores chilenos, como Barros Arana, Bulnes o Vicuña Mackenna, cual representantes “oficiales” de una visión sesgada y parcializada a favor de Chile y hasta como “odiadores” o “enemigos” de Perú.

Por ejemplo, Caivano tildó a Barros Arana como “apologista de Chile” (1979. Tomo II: 174). Congrains Martin aseveró que Bulnes y Vicuña Mackenna adolecían de una “reconocida virulencia a todo lo que fuese peruano”. (1978. Tomo 1: 100). Después sobre Vicuña Mackenna, complementó que “dicho historiador no es pródigo en manifestaciones de aprecio hacia nosotros”. (Ibid. Tomo 2: 54) y lo calificó como “antiperuanista

historiador” (Ibid. Tomo 6: 66) y “xenófobo” (Ibid. Tomo 9: 51). Basadre siempre de forma más elegante, afirmó que Bulnes fue un “historiador tan severo con Perú” (1983: 38) o que en muchas ocasiones “el rigor de su intenso patriotismo” “obnubila su claro criterio”. (: 335)²⁶¹.

²⁶¹ La visión peruana sobre los tratados con Chile que derivaron de la Guerra del Pacífico fue abordada en el capítulo IV.

2.2 De la alianza a la alteridad: La percepción de Bolivia desde las visiones peruanas en el marco de la Guerra del Pacífico

2.2.1 *Bolivia como aliada*

Una de las cosas que más llama la atención de las interpretaciones peruanas estudiadas, es la poca mención que se hace de su aliado en la Guerra del Pacífico, en comparación con la presencia permanente de Chile en los relatos. En ese marco, la mayor parte de las referencias a Bolivia son negativas, a partir del planteamiento de que Bolivia habría abandonado y/o traicionado a Perú. No obstante, también existieron percepciones que sitúan a Bolivia como un “hermano natural” de Perú, un aliado, un amigo o un vecino con el que se compartieron muchas similitudes, visiones que operaron, por lo que se aprecia, en miras a preservar, mantener o reeditar la alianza peruano-boliviana, en especial frente a las tentativas chilenas de incorporar a Bolivia de su lado.

Paz Soldán anotó que a pesar de las rivalidades de Gamarra y Santa Cruz, que databan de los tiempos de la Confederación Perú-boliviana, siempre existieron buenas relaciones entre ambos países. (1884: 45). Congrains Martin habló de una hermandad entre Perú y Bolivia que más que en los tratados, estuvo en la sangre y en el destino común. (1978. Tomo 8: 44). Caivano manifestó que la escuela y las costumbres de Bolivia y Perú son casi idénticas. (1979. Tomo II: 193). Basadre se remitió a un Perú “estrechamente ligado con la independencia e integridad de Bolivia”. (1983: 4). Pereyra resaltó los lazos históricos con Bolivia y las posibilidades de integración de Perú y Bolivia por sus similitudes. (2010: 321).

Durante la Guerra del Pacífico, el intento más serio de profundizar la alianza peruano-boliviana, incluso reeditando el antiguo proyecto de la Confederación Perú-boliviana, fue en los últimos días del gobierno de Piérola desde lo que se llamó “Estados Unidos Perú-bolivianos”, donde ambos países se unirían bajo un modelo de Estado federal. Si bien la mayoría de los autores estudiados calificaron al proyecto como una quimera o un acto ostentoso y distraccionista típico del régimen pierolista, este intento reflejó, por lo menos, una intención de continuar y profundizar la alianza. De acuerdo a Basadre, objetivo del proyecto fue alejar a Bolivia de Chile y sus propuestas de la “política boliviana”. (1983: 191). Finalmente, la tentativa fracasó porque no llegó a ser estudiado por el legislativo peruano, sumando las dilaciones bolivianas para tratar el tema. (Ibid).

Así, si bien no se plasmó una exaltación heroica sobre la actuación de Bolivia en la guerra al grado que se hace con Perú y, al contrario, suele haber silencio o poca mención de los héroes y logros bélicos bolivianos, hay algunas referencias favorables a Bolivia, sus dirigentes y soldados en los relatos peruanos, siempre en el espíritu de preservar la alianza peruano-boliviana.

De esa manera, Paz Soldán si bien no mencionó en su trabajo al mayor héroe boliviano de la Guerra del Pacífico, Eduardo Abaroa, se refirió a Ladislao Cabrera como un “patriota valiente”, destacando la defensa que organizó en Calama contra el ejército chileno y la actitud digna ante el pedido de rendición, a pesar de contar con civiles escasos y mal armados. (1884: 129). También destacó la calidad humana del ejército boliviano a pesar de sus malas condiciones (Ibid: 165), episodios como el enfrentamiento de chilenos y bolivianos en Río Grande (: 284), el heroísmo de los batallones bolivianos “Victoria” e “Independencia” en Pisagua (: 298) y la dirección militar de Campero y su valor en los combates. (:459; 461; 478).

Congrains Martin también destacó la actuación de los bolivianos en Pisagua, la “ferocidad” de los “Colorados”, en la batalla del Alto de la Alianza, (1978. Tomo 4: 98), la visión y conocimiento de Campero de las artes militares (Ibid. Tomo 4: 84-85) y la negativa boliviana “con hombría y honestidad” frente a las propuestas chilenas en relación a traicionar a Perú. (1978. Tomo 4: 50).

Caivano, el más crítico de los autores estudiados con Bolivia, igualmente recordó a Campero como “caso único” por su ilustración y honestidad (1979. Tomo III: 65), y la resistencia y entrega de los “Colorados”. (Ibid. Tomo II: 259, nota 10).

Basadre fue el autor que más destacó la actuación bélica de Bolivia, haciendo eco de sus gestas y mayores héroes. Sobre Abaroa presentó una biografía halagadora e indicó que contestó con altivas palabras cuando se le instó a la rendición: “Cayó luchando”. (1983: 53). Asimismo, subrayó la “heroica resistencia” de los bolivianos en Pisagua a pesar de la superioridad numérica abrumadora del enemigo (Ibid: 104), la actuación del batallón boliviano “Loa” en Tarapacá (: 121), el “heroísmo” de los “Colorados” en Tacna (: 161), y a diferencia de los otros autores, especificó que Bolivia intentó prestar auxilio a Cáceres y Montero después de la ocupación chilena de Lima, con la otorgación de armamento (: 265; 359) y con el envío de un batallón hacia Arequipa que, finalmente, retornó a La Paz

por la derrota peruana en Huamachuco y la negociación de Iglesias en miras a la paz. (: 360).

2.2.2 Bolivia culpable de la guerra

En la historiografía peruana estudiada, así como en las expresiones de los personajes más importantes de la época, como anotamos anteriormente, más se generaron referencias negativas hacia Bolivia. Así, hubo la tendencia de nombrar a Bolivia como “culpable” y/o “causa” de la Guerra del Pacífico, aunque, por supuesto, en menor medida respecto a las inculpaciones a Chile, limitándose a especificar que Bolivia y sus políticas salitreras más fungieron como un “pretexto”. De todas formas, se percibió cierto cariz que atribuyó a Bolivia ser parte de las causas que permitieron que Perú se viera envuelto en la guerra.

En ese sentido, Paz Soldán explicó que fue Bolivia la que abrió las puertas de la codicia chilena desde tiempos de Melgarejo, a partir de tratados “onerosos” como el de 1866. Mencionó a Daza que, aunque se dio a políticas temerarias contra intereses chilenos (se refiere al impuesto al salitre de 1878), no habría podido defender ni a su país ni coadyuvar a su aliado: “Sin un Melgarejo que abrió las puertas a la codiciosa y astuta Chile, y un Daza que no supo preparar la defensa de su patria, ni combatir con honra y valor, hoy Bolivia y su aliado el Perú no sufrirían los acervos males que los afligen”. (1884: 161).

También se remitió a la negligencia de Daza cuando habría recibido la noticia de la “insultante” invasión a Antofagasta y, anotó, prefirió ocultar las nuevas por los “placeres del carnaval”, indicando que, finalmente, no podía “confiarse mucho en la moralidad militar de ese ejército”. (Ibid).

Basadre especificó que incluso antes del tratado de alianza defensiva entre Bolivia y Perú de 1873, Bolivia siempre había recurrido a solicitar la ayuda de su país frente a sus problemas con Chile, y que Perú nunca le negó auxilio (1983: 4). Consideró que el impuesto al salitre de Daza contra la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta fue una “arbitrariedad” y una política “temeraria” o “ciega” que sirvió de excusa a Chile para acelerar su expansión, y que Perú fue presionado por Bolivia para concretar la alianza entre ambos Estados. (Ibid: 32-46).

De acuerdo a su relato, los gobernantes peruanos se vieron “sorprendidos” por un conflicto boliviano-chileno que se convirtió en una guerra, siendo que Daza y sus políticas aceleraron la guerra inminente por unas riquezas por las cuales su Estado no se ocupaba. Insistió en que las gestiones y maniobras de Bolivia evitaron que Perú se declarara neutral ante los conflictos entre Chile y Bolivia, que los delegados bolivianos buscaron que fracasaran las misiones peruanas que gestionaban la paz y azuzaron a la prensa y otros sectores guerristas de Perú, para garantizar que se involucrara en la contienda y que una vez Chile declaró la guerra a Perú, las autoridades bolivianas se sintieron aliviadas. (: 25-39).

Se remitió a la leyenda negra sobre Daza respecto a su celebración del carnaval en plena ocupación chilena y aseguró que tuvo una “contribución personal a la declaratoria de guerra”. (: 99).

Caivano fue mucho más duro en relación al papel de Bolivia. De forma recurrente, recordó que Bolivia fue la “causa” que desató la Guerra del Pacífico, pero que, a pesar de ello, no tuvo una actuación que correspondiera con ello. Introduciendo unos de los tomos de su trabajo referido específicamente a la conducta de Bolivia en la Guerra del Pacífico, argumentó:

Bolivia fue la causa principal o, por lo menos, el pretexto de la Guerra del Pacífico; pero su acción poco o nada se dejó sentir en los campos de batalla, no obstante las solemnes promesas que hizo cuando, al principiar el conflicto, vio invadido por sorpresa su territorio de Atacama, y pidió, a título de aliada, el socorro y la protección del Perú. (1979. Tomo III: 13).

Posteriormente, insistió en decir que Perú fue arrastrado a la guerra por causa de Bolivia (Ibid: 65), que Perú se vio envuelto “en una guerra para la que no había hecho preparativo alguno, sólo por culpa de Bolivia, por haber acudido con hidalguía presteza de ésta a Santiago” (: 94), que Bolivia fue “causa eficiente del conflicto y por la cual, fiel a sus tradiciones, el Perú había ido a la guerra” (: 97-98), que fungió, Perú, como “generoso aliado que lo sacrificó todo por Bolivia (: 101), y que “Perú se vio reducido por una guerra de origen e intereses exclusivamente bolivianos”. (: 167).

En consecuencia, para Caivano, Bolivia sería “culpable” no sólo por ser la causa de la Guerra del Pacífico, sino por haber “abandonado” a Perú después de la batalla del Alto

de la Alianza, sin contar que su desempeño bélico dejó mucho que desear, lo que hizo que también de manera frecuente mencionara una posible “traición” de Bolivia hacia Perú. (: 13-15).

2.2.3 *La traición de Bolivia*

Posiblemente, en las visiones peruanas abordadas, este sea el tópico que mayor presencia tuvo en la percepción de Bolivia respecto a su papel en la Guerra del Pacífico. Desde ese marco, se recordó, como vimos en el subtítulo anterior, que al inicio la guerra se propició un conflicto entre Chile y Bolivia y que Perú fue “arrastrado” a ello por las presiones de ambos países y también por las obligaciones que propiciaba el tratado de alianza entre Perú y Bolivia. Así, a pesar de concebirse como un “tercero” en la discordia, según indicaron los relatos desde Perú, este país, finalmente, fue el Estado que más perdió en el enfrentamiento con Chile, desde el momento en que Bolivia, dejó de tener presencia física en la guerra desde 1880.

Esa dimisión boliviana fue percibida por parte de las visiones peruanas como una especie de “abandono” al aliado y junto con otros sucesos que se generaron en la guerra, compuso una serie de imputaciones que Perú le reclamó a Bolivia, asegurando que existió “traición” de Bolivia a su aliado, un aliado que otorgó demasiados sacrificios en una guerra que no propició.

El autor que más se refirió a este tema fue Caivano. Partió indicando (como vimos anteriormente) que aunque Bolivia fue la causa de la Guerra del Pacífico, intervino en ella muy escuetamente, siendo que después de la batalla del Alto de la Alianza, los soldados bolivianos “huyeron” y, a partir de ese entonces, no le prestó el menor auxilio a Perú. Insistió en que los tres años que implicó la ocupación chilena de Lima, Bolivia no hizo nada para ayudar a su aliado y que con mucho esfuerzo, Perú conservó Arequipa sin darse cuenta que con ello beneficiaba más a Bolivia que a él mismo, aunque Bolivia no puso a su servicio ni siquiera el apoyo moral: “una conducta tan inesperada como extraña, ya respecto a la lealtad que observar debía con el aliado arrastrado a la guerra y abandonado en ella”. (1979. Tomo III: 14).

Después, indicó que desde 1880, Bolivia se encerró en sus montañas, segura de que nadie la buscaría allí, olvidándose de amigos, de enemigos y de la guerra misma y aunque

pelearon valientemente los soldados bolivianos en la batalla del Alto de la Alianza, luego de ella huyeron para no intervenir más (Ibid: 65). Reclamó que desde 1881, Perú solicitó en varias ocasiones el concurso boliviano, principalmente para socorrer al territorio de Arequipa, pero sin mayores resultados:

No habrá pasado desapercibido para el lector un hecho por lo demás resaltante: escribiendo la historia de una guerra, hemos llegado al término de los tres años o más, que abraza la parte principal de este volumen, sin que hayamos tenido la oportunidad, en este largo periodo de tiempo, de hacer referencia ni a una acción seria de armas, ni a una simple escaramuza, ni al acto alguno que hiciera comprender el estado de lucha armada en que se hallaba Bolivia. [...] Después de la derrota del Alto de la Alianza, Bolivia fue condenada fatalmente a la más deplorable e injustificada inacción. (: 170; 172).

Por otra parte, Caivano comentó en estos términos las dubitaciones bolivianas para aceptar las propuestas de Chile referidas a la “política boliviana”:

¡Era necesario volver la espalda cobardemente al aliado generoso y desgraciado, al que le bastaba declarar su neutralidad en la escandalosa guerra promovida por Chile, para permanecer extraño al asunto, seguro, tranquilo y acopiando elementos de defensa, por lo que resultar pudiera; y que llamado, provocado, obligado a la lucha armada, por no haber querido abandonar a su aliado a su propia suerte, sostuvo, soportó – solo casi siempre – todo el peso de la guerra y no como quiera, sino hasta el sacrificio, hasta verse aniquilado, exánime, sin fuerzas, olvidándose hasta de sí mismo por cumplir su caballeroso deber! ¡Era indispensable, en fin, después de haber traicionado al noble defensor, dejándolo a merced del enemigo, en la última y tremenda hora, unirse, aliarse y dividir con éste los despojos de aquel! (: 95).

Para el autor esta conducta fue explicable por una antigua escuela política característica de Bolivia, donde primaban más los intereses personales y políticos más que los nacionales (: 78). Acotó que las gentes de Bolivia estaban educadas en torno a las mezquindades e intrigas de las constantes revoluciones y de la guerra civil, para las que nada es imposible o reprochable moral y materialmente, estando a merced de dictadores que destrozaban el país (: 135). Por tanto, era natural la desconfianza de Perú hacia Bolivia, porque lo que este país podía ofrecer hoy, podía negarlo mañana por su inestabilidad, los cambios súbitos de dirección política, los odios y simpatías repentinas, y una prueba de ello, era la existencia de importantes sectores políticos que desde 1880 abogaban por la paz y/o por la alianza con Chile:

Testimonios irrecusables contra Bolivia que sólo un loco o un desatentado no podría tener en cuenta al tratar directamente con este país. Por lo mismo, mientras nada garantizaba que Bolivia, en un porvenir más o menos lejano, pudiera encontrarse nuevamente en los campos de batalla frente a Chile, la alianza de los dos países no podía ofrecer a este último sino una débil esperanza, mucha incertidumbre y no pocos peligros. (: 101).

Por todo ello, Caivano aseveró que sería “materialmente imposible” que Bolivia volviera a hallar otro aliado después de su conducta con Perú. (:184).

En cierta medida, los otros autores compartieron esta percepción, pero no de forma tan extensa como Caivano. Refiriéndose al ejército boliviano, Paz Soldán arguyó que no podía “confiarse mucho en la moralidad militar de ese ejército”. (1884: 161). Explicó que se encontraba desnudo y desarmado, esperando que Perú les otorgara todo lo necesario, y que traía en su seno la anarquía de su patria (Ibid: 165), por lo que inspiraba desconfianza en las autoridades peruanas. (: 189). Acotó que, después de la batalla de Pisagua, si bien los bolivianos pelearon con heroísmo, no se pudo evitar que muchos de ellos, algunos jefes incluidos, huyeran a Bolivia. (: 298).

Basadre resaltó las pésimas condiciones políticas, económicas y sociales de la Bolivia de ese tiempo, las diferencias y rivalidades entre bolivianos y peruanos durante la guerra. (1983: 101-103; 162; 359).

Sin embargo, lo que más abordaron los autores peruanos estudiados en relación a la “traición” de Bolivia a Perú, fue la retirada de Camarones de Daza y su ejército, y el desorden de San Francisco.

Sobre la retirada de Camarones, de manera similar a las visiones bolivianas, la mayor parte de las inculpaciones recayeron sobre Daza, aunque eso no evitó que se hagan generalizaciones que culparon al ejército boliviano o a Bolivia. En lo que coincidieron los autores peruanos, fue que, a partir de ese suceso, la alianza peruano-boliviana quedó muy debilitada porque cundió aún más el recelo y desconfianza que abrigaban ambos ejércitos respecto al aliado.

Paz Soldán empezó indicando que desde un principio la lealtad de Daza a Perú era dudosa porque su opinión favorable a las propuestas chilenas de la “política boliviana” era conocida: “El Perú por consiguiente no podía contar, desde entonces, con el firme auxilio de todo el ejército boliviano”. (1884: 281). De esa forma, el autor reclamó que Daza se

negaba a seguir las órdenes de Prado como director de guerra, situación que fue desventajosa para la alianza, “circunstancias que entonces, como después han sido las principales causas de todos los desastres que ha sufrido el Perú en la actual guerra”. (Ibid).

Respecto a la marcha del ejército de Daza, aseguró que dicho ejército estaba bien provisto y que para evitar el calor del desierto, pudo hacerse en dos días de 4 de la tarde a 2 de la madrugada, pero que algunos jefes bolivianos, por las intrigas fomentadas por el mismo Daza, infundieron miedo a sus hombres. No sólo marcharon bajo el sol abrasador, lo que hizo que algunos soldados perecieran por sed e insolación, sino que, al tercer día, desertaron en Camarones. Para Paz Soldán ello fue posible porque algunos jefes bolivianos querían romper la alianza con Perú y también, al haber división dentro del ejército boliviano, otros no querían seguir a Daza, “indigna e inesperada contrariedad”. (: 312). Y como Prado no deseaba que desperdigara esa desmoralización al resto del ejército aliado, aceptó que contramarcharan, siendo que ese hecho desbarató la combinación militar y estratégica, causó trastorno completo en las operaciones militares y dejó mal parada a Bolivia ante los ojos de Perú y del mundo. (:312-315).

Mencionó que varios bolivianos creían perdida la guerra desde la captura del Huáscar y por eso tuvieron desde ese momento actitudes ambiguas. (:323). Subrayó que también la retirada de Camarones fue efecto del influjo de las propuestas chilenas de la “política boliviana” en ciertos bolivianos, siendo que Bolivia después del acontecimiento, ni envió auxilios, ni mejoró su ejército, por lo que era natural que Perú desconfiara de los bolivianos. (: 363).

Para Congrains Martin, la retirada de Camarones significó que se deshicieran los planes que pudieron vencer a Chile, planes que con las contramarchas bolivianas se tornaron en impracticables. (1978. Tomo 2: 15). Contrastó que los peruanos nunca tuvieron deserciones porque “están acostumbrados a caer frente a un adversario pero nunca a ofrecerle grupas”. (Ibid: 18). Similarmente, se refirió a la “traición” de Daza que casi implicó la ruptura de la alianza y la vinculó a las gestiones chilenas para tratar con Bolivia. (Ibid: 49; Tomo 4: 111; Tomo 8: 45).

Caivano exclamó que no hay palabras para defender a Daza por la retirada de Camarones, hecho que fue o por cobardía o por abandono de la propia causa, pero al tener, Daza, fama de valeroso, fama ganada y confirmada en los campos de batalla de las guerras civiles

bolivianas, además de contar con un batallón de hombres escogidos, su fuga no fue por cobardía, sino por posibles acuerdos secretos con Chile. (1979. Tomo III: 201-202).

Para Basadre, Daza fue tentado por las propuestas chilenas (1983: 100), incluso comentó una versión que dice que Daza pidió una compensación pecuniaria para aceptar sus proposiciones. Indicó que demoró tres días, en juntas y reuniones mientras sus soldados se emborrachaban, para decidirse a marchar desde Arica, partiendo a las 11 de la mañana bajo el sol abrasador y cargando vino en lugar de agua. (:101-105). Empero, explicó que no hay pruebas para afirmar un contubernio de Daza con Chile y que más pareciera que los motivos de la retirada estaban relacionados a que Daza no quería diezmar sus tropas por miedo a perder el poder y no quería arriesgarse en una operación dudosa. “En todo caso, su actitud no admite defensa”. (: 111).

El otro tema imputado a Bolivia a través de las visiones peruanas, es el desorden de San Francisco, donde, recordemos, los aliados se disparan entre sí y finalmente ceden esa plaza al ejército enemigo. Todos los autores acordaron que tal suceso se debió a la desmoralización generalizada, en bolivianos y peruanos, ocasionada por la retirada de Camarones.

Paz Soldán detalló que la noticia de la retirada de Daza produjo un terrible efecto en el ejército boliviano, factor que incidió en su actuación en San Francisco, donde rompieron fuego sin orden alguna hiriendo a los peruanos, y después se dieron a la fuga sin que nadie pudiera contenerlos. Añadió que los jefes bolivianos argumentaron que los soldados ya no querían sacrificarse a favor de Perú y que, sordos al fuego, a las amenazas o a los ruegos, “los soldados bolivianos, sin jefes, continuaban su obra con precipitación y frenesí propios de quien no tiene otro objeto que hacer incontenible el desorden”²⁶². Remató que no hubo error o falta que no cometiera Daza y los jefes que él prefería, desde errores graves hasta detalles, y que no se castigó a quienes no cumplieron su deber por ignorancia, cobardía o descuido. (: 335). Acotó que si Perú no venció en San Francisco fue por el desbarajuste ocasionado por el “atolondramiento de algunos, y, á no dudar, por la falta del ejército boliviano”. (: 363). Sintetizó:

En cuanto á la cooperacion de Bolivia, lejos de ser útil, inspiraba en esos momentos desconfianzas, porque en el seno mismo de su ejército se pensaba más en sus discordias

²⁶² Cita una parte de Buendía. En Paz Soldán, 1884: 325.

intestinas que en prestar un eficaz apoyo al aliado, para expulsar al invasor. Algunos hombres de Estado de aquella República manifestaban desembozadamente su opinión á favor de una alianza con Chile, bajo la base de cederle la costa boliviana á trueque de la que aquella les ayudara a arrebatarse al Perú. (: 363).

Congraíns Martín, respecto a la batalla de San Francisco, indicó que los batallones bolivianos dispararon sin órdenes y sus balas dieron contra los peruanos que escalaban el cerro y que, aprovechando la confusión, huyeron sin que los hicieran retroceder “las amenazas o las invocaciones patrióticas”. (1978. Tomo 2: 52). Comparando a los peruanos que, según narró, nunca abandonaron sus parapetos y que cerraron la jornada unidos y dispuestos con ardor a los combates, consideró que la conducta de las divisiones bolivianas hizo irreparable la imprudencia, improvisando un campo de batalla inesperado para los soldados peruanos y no contra el enemigo:

Plan inocuo preparado desde la introducción en nuestras tropas de ciertos hombres que han necesitado infamar a su país para hacer surgir sus aspiraciones personales, en medio de la ofuscación que debe producir en los espíritus un desastre lejano y cuyo colorido dependerá de la intención con que se lo presenten sus mismos autores. Ambiciones que han llegado al paroxismo y que nada respetan se dieron cita en el mismo campo de batalla para exhibir ante su patria, como obra de la mala dirección del ilustre Presidente de la República aliada, lo que no ha sido sino su propia obra; el valor, el patriotismo mismo de esos soldados les ha servido de elementos de seducción y contando con ellos es que se ha preparado y consumado el descrédito de la propia patria y una infidencia sin nombre a la alianza que con tan noble y abnegado celo representa y consolida en sus virtudes cívicas al capitán general de ese ejército que hemos visto tan fuera de su centro e impulsado a la fuga en nombre de intereses del país que tan alevosamente le han falsificado”. (Ibid: 64-65).

Caivano enfatizó, citando algunos testimonios de los soldados peruanos, que las balas de los bolivianos en San Francisco, sordos a ruegos, cornetas y órdenes, les ocasionaron a las fuerzas peruanas afectadas, más bajas que las propiciadas por el enemigo. Recalcó que los soldados peruanos fueron fusilados por la espalda por sus propios amigos y compañeros y, comentó con ironía, que los chilenos debían sentir gratitud por algunos bolivianos “que, con deshonra y perjuicio propio y de su país, por el cual, es necesario decirlo, fueron duramente censurados, trabajaron en pro de Chile mucho más que los mismos chilenos”. (1979. Tomo II: 217):

No queremos decir con esto, que lo hicieran intencionalmente, pues no está todavía suficientemente probado; pero que lo hicieron, y que fueron ellos solos, no admite duda;

como no la admite tampoco el hecho de que, al saber la fuga, o *retirada* de Daza, la mayor parte de los Jefes y oficiales bolivianos, que le eran hostiles y abrigaban ambiciones por su propia cuenta, se propusieron desvincularse lo más pronto posible del ejército aliado del Perú y volver diligentemente a Bolivia con sus batallones, para ser los primeros en llevar la noticia del indigno proceder de Daza, y en su consecuencia, para precipitarlo de la Presidencia de la República y recoger su herencia. (Ibid: 217-218. La cursiva es del autor).

Basadre también se remitió a los testimonios peruanos sobre el hecho, donde se indicó que el primer disparo que generó el desorden de San Francisco fue de un sargento boliviano y que, a pesar de los intentos de los jefes peruanos en parar el tiroteo, los soldados bolivianos no hicieron caso. Explicó que con la retirada de Daza, los bolivianos se encontraron desmoralizados y los peruanos con recelo y encono, lo que implicó ese desenlace. (1983: 114). Si bien no coincidió con las versiones del hecho “antibolivianas”, reclamó que las consecuencias del desorden de San Francisco fueron trascendentales, ya que el ejército de Tarapacá quedó muy reducido debido a la dispersión de todas las fuerzas bolivianas y de algunas unidades peruanas. Así, los chilenos obtuvieron una victoria sin siquiera saberlo, cuando San Francisco fue la mejor oportunidad de vencerlos, “si no hay deslealtad en el aliado que suscitó la guerra y si no surgen la precipitación y el atolondramiento en las fuerzas que habían caminado desde Iquique”. (Ibid: 117). En cambio, cundió la anarquía, el desastre, la excitación y la incertidumbre. (Ibid).

2.2.4 *La Bolivia pobre, débil y del desorden*

Si bien existió una autopercepción similar respecto a un Perú marcado por el desorden y la inestabilidad política y social, estas características fueron también atribuidas a Bolivia, con mayor envergadura, en las visiones peruanas.

En tal medida, Bolivia fue descrita como un país “pobre”, “débil” y aquejado por las deficiencias institucionales mencionadas. No por nada Basadre, después de referirse al vaivén social, político, institucional y económico de Perú, además de presentar un país aquejado por las divisiones internas y la inestabilidad presidencial en comparación con Chile, indicó que “esta desproporción estadística era mucho más considerable en el caso de Bolivia”. (1983: 44-45).

Desde esa perspectiva, Bolivia fue asumida como un país “pequeño” frente a las potencias de Perú y Chile, como “pobre e inerme” para enfrentarse solo a Chile (Basadre, 1983: 5; 54); como un país “débil” que se podía vencer en la guerra con un “barquichuelo insignificante”, como una nación “pobre e insolvente” (Paz Soldán, 1884: 19-20; 52; 92), de civilización “raquítica”, que en la guerra se mostraba “tan insignificante como desgraciada” y que, en comparación con un “Perú que devastado y aniquilado como se hallaba, era más temible que Bolivia en toda la plenitud de sus fuerzas”. (Caivano, 1979. Tomo III: 45; 94, 92).

En ese marco, Caivano dedicó parte de su obra a “estudiar” a Bolivia para develar lo que a su juicio, fue su conducta en la guerra. Siguiendo varios de los imaginarios examinados en esta investigación, empezó manifestando que en Bolivia fungía un Estado anárquico y sin los adelantos de la civilización, que no existían caminos y el ferrocarril era desconocido. Se refirió a un gran territorio con poca población que adoleció de falta de “homogeneidad”, lo que consideró como una “plaga común” en América. Enfatizó que Bolivia estuvo marcada por el odio racial y que los indígenas, como mayoría de la población boliviana, “odian” por igual el trabajo y la civilización que los maltrató. Aseguró que los indígenas bolivianos estaban sumidos en el embrutecimiento moral y material desde la colonia y que sólo buscaban venganza por siglos de desoladora miseria. (1979. Tomo III: 17-85).

Indicó que la educación en Bolivia era paupérrima y que hasta en las clases superiores dejaba mucho que desear, por la influencia de los indígenas en otras razas, y que el orgullo, la mezquindad, la desconfianza era la nota distintiva del carácter de los bolivianos. Atribuyó todo ello a la escasez del erario nacional en Bolivia, al vaivén de las revoluciones que siempre agitaron el país, a las continuas revueltas políticas y a una cultura política marcada por las contiendas partidistas, el caudillismo, el militarismo, el personalismo y donde los intereses nacionales fueron olvidados, lo que resultó en un pueblo desviado de la paz y el trabajo. (Ibid).

Paz Soldán, no fue menos alentador en su percepción de Bolivia, aunque no le dedicó tantas líneas. Detalló que Bolivia, aunque territorialmente estuvo favorecida por su posición central en el continente y por riquezas de los todos los reinos naturales, no se constituyó en la reguladora de la política internacional de Sudamérica por sus continuos

disturbios internos. Comentó que hombres de “bajo origen” accedieron a la magistratura suprema, hombres apenas salidos del cuartel y sin méritos que se entregaron a desenfrenos. Se refirió a una población desmoralizada por cincuenta años de revoluciones constantes y a un ejército desnudo, descalzo y desarmado, que traía en su corazón la anarquía de su patria. (1884: 160-165).

En consecuencia, hubo varios hechos infortunados para Perú y Bolivia durante la Guerra del Pacífico que fueron imputados a esos atributos bolivianos. No solamente explicaron la “retirada de Camarones” de Daza y el “desorden” de San Francisco a partir de esas particularidades, sino la actuación de Bolivia en toda la guerra. Entre otros, se remitieron al “abandono de Perú” desde la retirada del ejército boliviano en 1880 (Caivano, 1979. Tomo II: 348), a la no inclusión de Argentina en la alianza por culpa de los “disturbios bolivianos” (Paz Soldán, 1884: 35; 122), al hecho de que Bolivia no tenía ni recursos ni armas para encarar la guerra y tuvo que solicitarlos a Perú (Paz Soldán, 1884:122. Caivano, 1979. Tomo III: 77) y a la debilidad, lentitud e impotencia del ejército de Campero. (Caivano, 1979. Tomo III: 88. Congrains Martin, 1978. Tomo 2: 72).

2.2.5 El recelo y rivalidad entre peruanos y bolivianos

Al igual que en la historiografía de Bolivia, en las interpretaciones peruanas se ilustran algunos episodios que denotaron cierto recelo y rivalidad entre los soldados y jefes de los ejércitos peruano y boliviano, lo que habría obstaculizado las operaciones y el desempeño bélico de la alianza.

Para Basadre y Pereyra, el origen de la rivalidad peruano-boliviana dató desde los tiempos de la Confederación Perú-boliviana.

De acuerdo a Pereyra, Andrés de Santa Cruz era todo un “Bonaparte andino”, por lo que buscó la unidad de Perú y Bolivia en un solo Estado, pero con primacía boliviana. (2010: 324). Así, detalló que si bien el proyecto tuvo adeptos en Perú, en especial en los departamentos del sur, contó con una fuerte aversión en el norte peruano y en la capital limeña, porque estaban convencidos que Santa Cruz quería sojuzgar a Perú. Se generó el temor de que debido a la Confederación Perú-boliviana, el centro político en Perú se trasladara de Lima a Arequipa bajo el influjo boliviano.

Según el mismo autor, también pesó el racismo decimonónico de las elites limeñas, que despreciaban el mestizaje del caudillo boliviano. En ese sentido, el proyecto de la Confederación Perú-boliviana fue combatido por los representantes de esos sectores en Perú bajo un fuerte discurso nacionalista que repudiaba lo que concebían como un intento de dominación de Bolivia hacia Perú. (Ibid: 324-353)²⁶³.

Desde ese entonces, los sectores nacionalistas en Perú y Bolivia han alimentado cierto recelo y rivalidad frente al vecino y futuro aliado, sentimientos que salieron a flote y se profundizaron en la Guerra del Pacífico y fueron recogidos por la historiografía de ambos países.

En el caso de las visiones peruanas, en primer término, estuvo la percepción de que el proyecto de la Confederación Perú-boliviana fue un intento de dominio y supremacía de Bolivia a Perú²⁶⁴. Posteriormente, se dio cuenta de los recelos y rivalidades permanentes que alimentaban los ejércitos de Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico. Así, para Caivano, pudo explicarse la “retirada de Camarones” o el “desastre” de San Francisco, en parte, por otras llagas que “roían al mismo tiempo el ejército de la alianza; y la primera entre éstas era la rivalidad y la consiguiente indisciplina que reinaba más o menos encubierta entre los oficiales, y más aún entre los jefes”. (1979. Tomo II: 199). Además recalcó que esa precaria unidad era más difícilmente mantenida por la escasez de agua, alimentos y otras penurias propias de la guerra. (Ibid: 211).

Paz Soldán, narró que cundía un profundo recelo entre ambos ejércitos y que especialmente el ejército boliviano generaba desconfianza en los peruanos, cosa que se profundizó por los episodios de Camarones y San Francisco. (1884: 189; 309-310).

²⁶³ En Bolivia, también existieron sectores que se opusieron a la Confederación, en especial los vinculados a la minería de la plata y al centro político de ese entonces, en la ciudad de Sucre. Las susceptibilidades eran similares, es decir, que la Confederación implicara un recambio en el centro político boliviano. Finalmente, como se anotó en capítulos precedentes, con la ayuda de Chile y Argentina (Estados que veían a la Confederación como un peligro para su hegemonía), fue derrocado el proyecto y Santa Cruz exiliado. No obstante, a la cabeza de Gamarra (uno de los principales cabecillas peruanos que lucharon contra el proyecto de la Confederación), pocos años después de la derrota de Santa Cruz, Perú invadió Bolivia. Según Pereyra, el objetivo seguía siendo la unidad de Perú y Bolivia como un solo Estado, pero esta vez bajo la primacía peruana. Sin embargo, Gamarra también fue derrotado por las fuerzas nacionalistas bolivianas, lo que consolidó la separación de Perú y Bolivia como Estados independientes, es decir, “ni Santa Cruz ‘bolivianizó’ al Perú, ni Gamarra ‘peruanizó’ a Bolivia. Y así se precisó la bifurcación de los destinos de Perú y de Bolivia que, a pesar de todos los discursos fraternales, sigue hasta ahora”. (Basadre. Historia de la República del Perú. Citado en Pereyra, 2010: 320).

²⁶⁴ Percepción de Basadre, Congrains Martin y Pereyra.

Basadre especificó que si se examina la historia de Bolivia, puede percibirse mucho recelo entre Perú y Bolivia y el antiguo deseo de anexar a territorio boliviano, Tacna y Arica. (1983: 7). Basadre también describió la desconfianza y descontento de los soldados y jefes bolivianos cuando llegaron a Tacna y la desilusión de Daza por el recibimiento en esa plaza a los bolivianos. Anotó que, en el fondo, Daza tenía un profundo desprecio a Perú. (Ibid: 100). Recalcó que las disidencias entre peruanos y bolivianos eran frecuentes, que costaba llegar a acuerdos para encarar las estrategias, tácticas y acciones de guerra y eso, en parte, generó la contramarcha en Camarones. (: 105). Explicó que después de la primera campaña terrestre, el ejército aliado no solamente estaba amputado, sino que las “recriminaciones mutuas, desconfianzas y querellas, abrían grietas en la alianza Perú-boliviana”. (: 137).

Se remitió a las continuas desavenencias entre Camacho y Montero y la desobediencia de los peruanos hacia Campero cuando se puso al frente del ejército aliado (:156) y que en cada derrota, las inculpaciones a unos u otros eran recurrentes. (: 162). Por ello, concluyó que: “El Perú no ha rendido debido homenaje a los jefes, oficiales, soldados y rabonas bolivianos que se sacrificaron en la defensa de Tacna. Verdad es que después de ella, no hubo combatientes bolivianos” (: 162).

Por todo lo anotado, Paz Soldán vio como un “aparato de mero entretenimiento” el intento de Piérola de reeditar la unidad peruano-boliviana en un solo Estado a través de lo que se denominó “Confederación de Estados Unidos Perú-bolivianos”, porque, según el autor, el carácter de sus habitantes, sus intereses, su geografía, eran obstáculos para esa unión, lo que implicó que en ambos países existieran importantes sectores contrarios al proyecto y que el plan, en lugar de consolidar la hermandad peruano-boliviana, podía conllevar todavía más desunión. (1884: 525).

2.2.6 Ni Tacna ni Arica para Bolivia o el fantasma de la alianza chileno-boliviana

Una de las cuestiones que más susceptibilidades despertaron en las autoridades y personajes peruanos en la época de la Guerra del Pacífico, respecto a Bolivia como país aliado, fueron las recurrentes ofertas chilenas de gestar un acuerdo con Bolivia para que dejara su alianza con Perú, en el marco de las propuestas de la llamada “política boliviana”.

En ese sentido, las visiones peruanas se remitieron frecuentemente a las gestiones e influencia desde Chile como causa importante que explicaran las dubitaciones y fallas bolivianas durante la Guerra.

Paz Soldán comentó que aún antes de la Guerra del Pacífico, las relaciones peruano-bolivianas atravesaron algunas dificultades porque Bolivia era aconsejada por un agente secreto y poderoso, Chile. (1884: 46). Posteriormente, ya en el curso de la guerra, comentó las propuestas realizadas a los representantes bolivianos Gabriel René Moreno y Luis Salinas Vega, a las que calificó de “inmorales”, arguyendo incluso, que Salinas Vega tenía preferencia por Chile y animadversión por Perú. (: 275). Indicó, igualmente, que Daza estuvo muy cerca de aceptar las proposiciones chilenas y que tal posibilidad sirvió para contener las exigencias peruanas al aliado boliviano, como aquellas referidas a costear la intervención de Perú en la guerra. (: 277-278). Acotó que “felizmente (Daza) siguió el camino de la honra de su patria”, al no aceptar tales ofrecimientos. (:280). No obstante, si bien Daza dio pruebas de su lealtad, igual inspiraba desconfianza porque su opinión favorable hacia las propuestas de Chile era conocida. (: 281). De esa manera, Paz Soldán expuso la resistencia de Daza para obedecer las órdenes de Prado como director de los dos ejércitos, generando una situación desventajosa para la alianza y causa principal de los desastres que sufrió Perú, trayendo como consecuencias tangibles a la “retirada de Camarones” y al “desastre de San Francisco”. (: Ibid).

Igualmente, para Paz Soldán era importante la corriente de opinión en Bolivia a favor de un acuerdo con Chile, corriente liderada por importantes políticos del momento como Aniceto Arce, y la contramarcha de Camarones, por ejemplo, era un efecto de esas opiniones y también el hecho de que Bolivia no haya enviado auxilios ni mejorado su ejército después de 1880. Empero, a pesar de los recelos de Perú, los peruanos se cuidaron para no lastimar a Bolivia, ni debilitar la alianza, mucho más cuando una parte de Bolivia permanecía fiel a ella. (: 363).

Congrains Martín, también atribuyó la “retirada de Camarones” a los contactos del “traidor Hilarión Daza” con Chile, país que ofrecía a Bolivia “todo lo inimaginable”. (1978. Tomo 8: 44).

Caivano manifestó que en Bolivia existían grupos políticos (“malos patriotas”) que, desde un inicio de la guerra, buscaban el acercamiento y la paz con Chile y que, principalmente,

durante el gobierno de Campero, su presión fue mayor. (1979. Tomo III: 88-90). Recalcó que aunque Chile sentía por Bolivia “el más soberano desdén”, la utilizaba para conseguir todo lo que quería de Perú, intentando comprarla, y que si bien en Bolivia se generaron voces a favor de traicionar al aliado, Campero no quiso manchar el honor de la bandera boliviana. (Ibid: 94-98). Calificó a los que abogaban por la paz en Bolivia como “agentes” pagados por Chile y, dada la inestabilidad política boliviana, argumentó que Perú debía temer por la lealtad boliviana, porque en cualquier momento podían tomar el poder los filochilenos, por tanto, nada garantizaba la fidelidad boliviana a su alianza con Perú en un futuro. (Ibid: 101).

Por último, Caivano atribuyó a los “pacifistas” bolivianos el hecho de que Bolivia no haya tenido una acción de armas seria desde 1881 y que no acudió a la ayuda de la resistencia de Cáceres, y los acusó por alimentar esperanzas en Chile sobre la posibilidad de separar a Perú de Bolivia, lo que implicó que, tanto para Perú como para Bolivia, Chile impusiera pactos de tregua muy ruinosos, estorbando la acción bélica y diplomática de Perú que tal vez obtenía mejores resultados si no hubiera sido por esas circunstancias. (Ibid: 159-165; 171-174).

Basadre se refirió a los “pacifistas” bolivianos como un grupo filochileno desde antes de 1879. Involucró a Mariano Baptista como principal gestor del tratado entre Bolivia y Chile de 1874 e indicó que, en ese espíritu, Daza dejó abiertas las puertas para conversaciones con Chile en plena Guerra del Pacífico. (1983: 13; 100). Recalcó que entre 1882 y 1883, siguieron los intentos chilenos de acercamiento a Bolivia muy bien secundados por los “pacifistas” bolivianos a través de conversaciones secretas de las cuales, según reclama, Perú se enteró mucho después. (: 299).

En suma, como secuela de las visiones peruanas relacionadas al deficiente o ambiguo desempeño de Bolivia en la Guerra del Pacífico, a las acusaciones de “deslealtad”, “traición” o “abandono”, al finalizar la guerra, existió un cada vez más compacto y numeroso grupo en Perú que mostraba animadversión hacia el aliado boliviano, tendencia que manifestaba que Bolivia no podría obtener una salida al mar a costa del territorio peruano. Es decir, se fue conformando una fuerte oposición en Perú a la posibilidad de que Bolivia se adjudicara Tacna y/o Arica como puertos soberanos. Sin ir más lejos, los

precursores de la paz con Chile en Perú, los seguidores de Iglesias, eran de esta opinión. (Pereyra, 2010: 207).

Ello, de alguna manera, estuvo enunciado en los autores estudiados. En ese marco, Caivano fue el que mejor expresó ese sentir. Siguiendo algunas de las pautas que marcaron la visión peruana sobre Bolivia, manifestó que la población de Tacna o Arica no habría preferido a Bolivia frente a Chile porque, Bolivia, siempre podría volver a sus “antiguos hábitos” y colocarse a merced de dictadores y revolucionarios que destrozaron su país, por ende, no ofrecía garantías o seguridades a los ciudadanos de esas poblaciones y sus intereses. Por ello, recalcó que en Tacna o Arica existía aversión y temor hacia una posible anexión a Bolivia y calificó a ese proyecto como imposible, incluso si Chile y Perú lo aceptaban, situación muy improbable porque Perú no ampararía tal proyecto, más todavía en el contexto de una Bolivia que lo hubiera traicionado. (1979. Tomo III: 135-137).

Esas percepciones, claramente, se expresaron en los tratados que devinieron de la Guerra del Pacífico, en especial en el tratado de 1929 entre Chile y Perú que, en el protocolo complementario mencionado en capítulos anteriores, sepultaba el anhelo boliviano de obtener una salida al mar por territorios que, antes de la guerra, pertenecían a Perú, a no ser que contara con el consentimiento de los dos países. Igualmente, la actitud de Perú frente a la demanda marítima boliviana, tiende a ser de indiferencia o de rechazo, principalmente cuando las propuestas chilenas se refieren a puertos en ex territorios peruanos.

3. Chile

3.1 Alteridad: La percepción de Perú desde las visiones chilenas en el marco de la Guerra del Pacífico

3.1.1 La “traición” e “ingratitude” de Perú y su “odio” hacia Chile

Como se anotó anteriormente, desde las visiones históricas chilenas “nacionales” y/o hegemónicas, fueron oriundos de Chile los que al mando de San Martín, libertaron a Perú de los yugos coloniales. También la oposición chilena a la Confederación Perú-boliviana y la guerra consiguiente, fueron interpretadas como un “favor” de Chile a Perú que habría sido librado de la opresión de un “caudillo ambicioso” y de un intento de “conquista” desde Bolivia. Asimismo, la incursión de Chile en la Guerra Hispano-sudamericana, también fue tomada como un apoyo a Perú para que preservara su “integridad territorial”.

Por tanto, Perú fue descrito en las lecturas chilenas relacionadas a la Guerra del Pacífico como un país “ingrato” y “traidor” frente a Chile, por “obligarlo” a participar en la Guerra del Pacífico, a pesar de sus esfuerzos que lo socorrieron a lo largo de su historia. Similarmente, se recalcó que a pesar de los perennes gestos desinteresados y amistosos de Chile hacia Perú, este último país siempre habría abrigado un odio soterrado y profundo hacia su vecino y, en consecuencia, merecía ser “castigado”.

Al respecto, más allá de lo que se anotó en el acápite sobre la visión chilena de las causas de la Guerra del Pacífico, esta percepción fue muy visible en la retórica que acompañó el desempeño chileno durante la guerra. En tal medida, se tornó ilustrativa la arenga del General en jefe del ejército chileno, Erasmo Escala que, antes de la batalla de Pisagua, manifestó:

Ha llegado, por fin, la hora por tanto tiempo anhelada, de ir a buscar a nuestros enemigos en su propio suelo. Tres veces las huestes de Chile lo han pisado como libertadores; hoy vamos a pisarlo como castigadores de una negra alevosía. Tomando por debilidad nuestro espíritu benévolo y conciliador, creyendo que nuestra fecunda y larga paz, solo interrumpida para proteger su existencia de pueblo independiente, hubiera enervado nuestro brazo, el ingrato Perú se ligaba tenebrosamente para atentar a nuestros derechos y seguridad. (Discurso del General en Jefe del ejército de Chile, Erasmo Escala, batalla de Pisagua. Extraído de: <http://gdp1879.blogspot.com/2012/10/proclama-de-escala.html>).

Desde la vertiente religiosa, fueron ilustrativas las palabras del presbítero Esteban Muñoz Donoso pronunciadas en la Catedral de Santiago en abril de 1879, poco después de la declaratoria de guerra a Perú:

Ni es menos justa la guerra contra Perú. Esta nación se coaliga contra nosotros sin pretexto alguno razonable, se pasa al bando enemigo, se convierte en beligerante sosteniendo ocultos tratados contra Chile y enviando armas a Bolivia, al mismo tiempo que con sus pérfidas palabras nos ofrecía arbitraje de paz. ¿Habría algún antiguo resentimiento de Perú en contra de Chile y se aprovechaba la ocasión de la venganza?

Sí, señores, Chile había cometido un gran crimen contra Perú. ¿Sabéis cuál es? Cuando apenas salíamos pobres y desangrados de esa lucha titánica de nuestra independencia, cuando los héroes de Chacabuco y Maipo pedían justo reposo de sus fatigas, Chile mandó a esos héroes generosos a derramar de nuevo su sangre en defensa del Perú, aunque para ello fuese menester agotar los últimos recursos y exponerse a sí mismo a inminente peligro de perderse, Chile fue a libertar al Perú, lo enseñó a pronunciar la dulce palabra de libertad, lo enseñó a sostenerla. Más tarde cuando un soldado ambicioso pretendió quitar al Perú su autonomía, Chile corrió de nuevo en su auxilio, abrió y agotó sus tesoros y sacrificó por él la flor de sus hijos. Cuando últimamente el Perú se vio acometido por la España, Chile, aunque desprevenido para la guerra y teniendo que hacer ingentes gastos, aunque estaba en las mejores relaciones de paz, comercio y amistad con el invasor, pasa por todo a trueque de auxiliar al Perú, se pone a su lado y por él ofrece en holocausto sublime la reina del Pacífico, la floreciente ciudad de Valparaíso²⁶⁵. ¡Oh el Perú cuesta a Chile torrentes de oro y de sangre generosa! Mas el Perú olvida hoy tantos sacrificios y los corresponde con horrenda ingratitud: con el insulto, con la calumnia y con el odio a muerte". (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 131).

Los historiadores chilenos recogieron esta visión. Bulnes aseveró que las historias de Chile y Perú, como con ningún otro vecino, siempre estuvieron estrechamente ligadas desde inicios del Siglo XIX, con claro paternalismo de Chile hacia Perú:

No hay acontecimiento notable de la vida del Perú como nación independiente en que Chile no haya tenido algo que ver. Su emancipación es en gran parte obra de Chile, i no lo fue totalmente por errores políticos y estratégicos del general que mandaba sus fuerzas. Esa expedición le costó sudores de sangre. Tuvo que improvisar una escuadra sin dinero ni buques, ni oficiales de mar, ni marineros i sin embargo la organizó, i despachó al Perú un ejército que debió bastar para destruir al poder español.

Ese esfuerzo, que se conoce con el nombre de expedición libertadora casi agotó a Chile i como no tuviera el resultado que aguardaba envió un segundo contingente militar en 1823, con indecibles sacrificios también a ayudar al Perú, o más bien a la porción ilustrada de él, a hacerse independiente.

²⁶⁵ Se refiere al bombardeo de Valparaíso por la escuadra española en marzo de 1866 en el marco de la Guerra Hispano-Sudamericana.

Después de algunos años, Bolivia rejida por el Jeneral Santa Cruz conquistó el Perú, penetrando en él á sangre i fuego, fusilando en el patíbulo ignominiosamente levantado después del triunfo, al Presidente del país vencido i á sus principales jefes. Enseguida organizó la administracion bajo un sistema político que denominó Confederación Perú Boliviana, cuya esencia era juntar en sus manos los ejércitos i los erarios de ambos pueblos.

Chile no consideró compatible con su seguridad la formacion de ese gran Estado a sus puertas, que tenia á su frente a un caudillo profundamente ambicioso, buen organizador, con planes vastísimos de preponderancia americana i envió al Perú un ejército mandado por Blanco Encalada que fracasó, i después otro á cargo del Jeneral Bulnes á deshacer la combinación política de Santa Cruz. Bulnes recorrió el Perú á paso de vencedor i fue a buscar i a derrotar al enemigo en el fondo de sus apartadas montañas, pasando i repasando la cordillera de los Andes por sitios inaccesibles, desprovistos de leñas y de forrajes.

Esta campaña hecha á favor de Perú, que no le costó ninguna pulgada de suelo, ni siquiera una indemnización de guerra, hirió sin embargo profundamente su amor propio i dejó en su corazón un fondo de rivalidad que orientó su política.

Sobrevino después un gran acontecimiento que -según se decia- ponía en peligro la nacionalidad peruana, i por cuarta o quinta vez Chile salió en su defensa. Procediendo con un altruismo que hace el elogio de su corazón, no de su cabeza, provocó á guerra á una poderosa escuadra española que se habia apoderado de las Chinchas, careciendo de buques, de dinero, de fortificaciones. Resultado: Chile pagó los vidrios rotos, vació sus arcas, contrajo un empréstito i presenció cruzado de brazos que le despedazaran a balazos su primer puerto. (Bulnes, 1911. Tomo I: 51-53).

Yendo más lejos, Barros Arana aseguró que toda la política peruana respecto al salitre, más su aproximación a Bolivia a través del Tratado de Alianza Defensiva y la Guerra del Pacífico como su mayor consecuencia, se debía, en el fondo, al “odio a los chilenos” (Barros Arana, 1880: 36). Para demostrar esta aseveración, se quejó de que, en el prelude de la guerra y en tiempos de paz, hasta en los documentos y decretos “serios” del gobierno peruano, y no solamente en las proclamas guerristas o en la prensa, eran frecuentes los insultos a Chile y sus nacionales. (Ibid: 108).

Complementando, Bulnes arguyó que las riquezas proporcionadas por el guano, permitieron a Perú la compra de buques de guerra que lo catapultaron como la “primera posicion naval de la costa occidental del Pacífico”, lo que lo volvió “arrogante” y ello inspiró el intento de adquisición total del salitre con las políticas de Pardo, lo que también fue trasfondo del Tratado de Alianza Defensiva entre Perú y Bolivia. Insistió que por

cualquier mínima diferencia entre Chile y Perú, éste hacía sonar la espada en la vaina, incluyendo malos tratos a chilenos en territorio peruano, por lo que Chile se propuso “equilibrar el poder naval” adquiriendo dos blindados. (Bulnes, 1911. Tomo I: 53-54).

También, en innumerables ocasiones, Bulnes remató que el objetivo final de la Guerra del Pacífico fue la destrucción de Chile por parte del Perú y que todas sus acciones desde la nacionalización del salitre hasta su acercamiento a Bolivia y Argentina se basaban en el rencor hacia los chilenos: “Todas las combinaciones del Perú se fraguaban sobre la ruina de Chile, sobre su desmembración total, i esto en el momento en que se presentaba en son de paz i de mediador amistoso”. (Bulnes, 1911. Tomo II: 447).

Esta interpretación fue presentada igualmente por los historiadores chilenos más contemporáneos. Sergio Villalobos, fue uno de los referentes de ello. De acuerdo a la percepción que expresó en sus trabajos, declaró en 2010 a la agencia noticiosa CNN-Chile, lo siguiente:

Chile pudo regalarle la independencia al Perú, porque Perú debe la independencia a la expedición equipada durante el gobierno de O’Higgins, que fue enteramente chilena, la tropa, los barcos, el armamento, el financiamiento, sólo que se entregó a San Martín el mando de la expedición, pero fue chilena. (En <http://www.youtube.com/watch?v=otqWv-NaYFQ>).

Sobre la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, Villalobos manifestó en la misma entrevista:

La guerra contra la Confederación Perú-boliviana, en la que Chile tuvo que luchar contra Bolivia y Perú unidos y logró de esa manera liberar al Perú de la tutela de Bolivia, porque esa era la realidad. Estaba muy convulsionado el Perú, con ideas poco claras. Pero esa segunda independencia que le dimos, no la han agradecido nunca tampoco. (Ibid).

Concha, también se remitió a la perenne presencia de Chile en la historia de Perú, coincidiendo que nacionales chilenos “obligaron” a los peruanos a declarar la independencia, ya que, según argumentó, como Perú era centro virreinal, estaba cómodo con el statu quo colonial. Aquello, indicó, no fue bien visto por los peruanos por sus ínfulas virreinales, porque veían a Chile apenas como una pequeña capitanaía, entonces, era como si los “sirvientes del fondo de la casa” hubieran obligado a los “señores” a declarar su independencia. En lo posterior, esta rivalidad latente plagada de “odios”, se

consolidó por la pugna hegemónica por el control comercial del Pacífico sur, desembocando, primero en la guerra entre Chile y la Confederación Perú-boliviana y después en la Guerra del Pacífico²⁶⁶.

De esa forma, se presentó constantemente a Perú como el único y verdadero culpable del advenimiento de la Guerra del Pacífico.

3.1.2 Perú fue el culpable de la guerra

En anteriores acápite, hubo referencia a las causas coyunturales y en profundidad de la Guerra del Pacífico, según las visiones chilenas. Al definir el impuesto al salitre propugnado por el gobierno boliviano de Daza como el motivo coyuntural y enmarcar el Tratado de Alianza Defensiva como la causa en profundidad, se posicionó a Perú como el promotor de éste y, por tanto, como el verdadero culpable de la guerra.

Sobre ello, Concha explicó que Perú quedó en el imaginario colectivo chileno como “único culpable” de la Guerra del Pacífico, lo que acrecentó los estigmas que se tiene respecto a los peruanos en Chile²⁶⁷.

Es más, en las visiones históricas de Chile se llegó a decir que Perú estaba detrás de las acciones bolivianas que afectaron a intereses chilenos y de toda diferencia que fue alejando a Chile de Bolivia. Se insistió que similar incidencia se generó con Argentina, se acusó a Perú de hacer lo posible para ahondar la rivalidad chileno-argentina para incluir a Argentina en la Guerra del Pacífico. Se imputó a Perú hasta por la presencia de Daza en el gobierno boliviano.

En ese marco, Barros Arana advirtió que ante el agotamiento de los recursos proporcionados por el guano, situación que se debió al derroche y mala administración, Perú quiso controlar todo el salitre de la zona del Pacífico, incluyendo los yacimientos del Litoral boliviano, y para ello estimuló los problemas entre Chile y Bolivia. Indicó que la prensa peruana presentó a Chile como un “usurpador atrevido y desvergonzado” ante los delegados bolivianos que visitaban Lima y que más de un funcionario de gobierno peruano, “alertó” a Bolivia del peligro que representaba Chile para su soberanía en la

²⁶⁶ Entrevista a José Miguel Concha, octubre de 2011.

²⁶⁷ Entrevista a José Miguel Concha, octubre de 2011.

zona salitrera. Esas “intrigas” resultaron en el Tratado de Alianza Defensiva. (Barros Arana, 1880: 29). Agregó que el golpe y la “dictadura vergonzosa” de Daza fue fomentada por Perú, “quien gusta de auxiliar á movimientos revolucionarios i subversivos en sus vecinos”, y que los representantes peruanos azuzaron su “actitud antichilena”. (Ibid: 45 y 64).

Bulnes incluso retrocedió más en el tiempo al referirse al intento de golpe que los seguidores del gobernante boliviano Mariano Melgarejo, exiliados en Chile, intentaron perpetrar contra el gobierno de Morales (Bolivia) y en el que las versiones bolivianas y peruanas aseguraron que estuvo implicado el gobierno de Chile²⁶⁸. Bulnes aseveró que el gobierno y prensa peruana, “envalentonados” por sus adquisiciones recientes de escuadra de guerra, explotaron el incidente golpista para “armar a Bolivia” contra Chile y que de ello resultó el pacto secreto entre Bolivia y Perú.

Asimismo, aseguró que la oposición boliviana al entendimiento entre Chile y Bolivia (acercamiento que trae como consecuencia el Tratado de 1874), fue también programada desde Perú. Especificó: “Todo hace creer que la actitud de Bolivia obedecía á sugerencias del Perú para conseguir su alianza i tener en mano el gobierno de los salitres, sin lo cual el vasto plan económico basado en el Estanco no se podría realizar. (Ibid: 61).

De esta manera, el tratado secreto entre Perú y Bolivia dejaba a la última en manos de Perú, Bolivia ya no podría acordar nada con Chile sin la anuencia peruana. El fin último era mutilar a Chile: “Pardo se creyó en aptitud de realizar la vasta combinación del salitre, para lo cual era necesario subordinar á Bolivia al Perú i despojar á Chile de sus territorios del norte”. (Ibid: 70).

A continuación, detalló las gestiones de Perú para que Bolivia no firmara con Chile el Tratado de 1874 y también el acercamiento peruano a Argentina para que se incorporara a la alianza. Su anhelo final, según esta visión, era dejar a Chile aislado y que se adviniera la guerra antes del arribo de los blindados chilenos encargados en Europa. Ante ello, Chile aceleró la llegada de sus blindados (el “Cochrane” se presentó inacabado). Después de

²⁶⁸ Recordar que en 1871 Mariano Melgarejo salió del poder por un golpe de Estado que encumbró a la presidencia a Agustín Morales. Años siguientes, se denunció que seguidores de Melgarejo, asilados en Chile, planificaron varias asonadas que, sin éxito, intentaron recuperar el poder. Las visiones bolivianas y peruanas imputaron a autoridades chilenas de haber colaborado en tales empresas.

eso, la actitud peruana frente a Chile cambió radicalmente por otra apaciguadora. (Ibid. 96-97).

Inclusive Bulnes enfatizó que las “políticas de atropellos de Daza” contra Chile fueron alentadas por los representantes peruanos en Bolivia, de otra manera, nunca hubiera tomado una posición tan provocadora. (Ibid: 116 y 123).

3.1.3 El Perú de la barbarie o el “mal salvaje”

Una de las representaciones que más se vislumbraron en la retórica de guerra, en las publicaciones de la prensa en el preludio y durante la Guerra del Pacífico y también en los referentes de las interpretaciones históricas de Chile, se refirieron a una constante denigración de Perú como un país “bárbaro”, con una administración gubernamental mal manejada, una “raza inferior” y sin patriotismo y, como anotó Bulnes, con una historia deteriorada, imaginarios que fueron propuestos como principales motivos para que Perú perdiera la guerra. Cabe recalcar que estas acepciones, en el marco de la constitución de identidades- alteridades, se contrastaron con el Chile de la civilización, el orden o el progreso.

De esa forma, la Guerra del Pacífico fue exhibida desde Chile como una “guerra civilizadora”, donde el Perú como país “bárbaro” fue beneficiado por la mano “regeneradora” de su vecino, que enarbolaba el progreso, el trabajo, el orden, la institucionalidad gubernamental, etc.: “La guerra del Pacífico abrió un fascinante frente ideológico donde los liberales pudieron exorcizar sus propios fantasmas, como dio cuenta Augusto Orrego Luco²⁶⁹, para quien el conflicto iniciado en 1879 no sólo permitía la confrontación de dos ejércitos, dos pueblos y dos organizaciones políticas, sino de dos modelos de civilización”. (Mc Evoy, 2010: 37).

El imaginario del “Chile civilizado” con su contraparte en el “Perú bárbaro”, trascendió las ideologías y posiciones políticas y, como vimos antes, fue recogido hasta por los representantes de la Iglesia Católica en Chile que insistieron en la “guerra justa” y en el

²⁶⁹ Eminente político y pensador de la época, representante del liberalismo y que llega a ser Presidente de la Cámara de Diputados de Chile. Mc Evoy hace referencia a uno de los discursos que dio en el trasfondo de la guerra.

favor divino hacia Chile, por el mayor grado de “moralidad” y “civilización” de su población. Refiriéndose a uno de los alegatos guerristas de los sacerdotes chilenos, Mc Evoy analizó:

El término ‘guerra justa’ se presta a manipulaciones, ya que sugiere que en algún momento de la historia existió o podría existir un conflicto en el cual una de las partes sería considerada como moralmente perfecta. Dicho concepto parte históricamente de esa discutible premisa, sobre la que muchos de sus defensores han elaborado incluso analogías con combates celestiales en los cuales se enfrentan las fuerzas de la luz contra las de la oscuridad. A este tipo de lucha se refirió justamente el cura Muñoz Donoso, quien intentó dejar claro que Chile tenía una misión que cumplir: castigar tanto a los peruanos como a los bolivianos. (Ibid: 65).

Así, el Perú fue descrito como una nación salvaje, cuya histórica riqueza fue despilfarrada por sus corruptos pobladores, como “un pueblo de siervos gobernado por una bandada cuervos” o un país vicioso caracterizado por el fraude y usurpación. En contraste, Chile como el “Israel sudamericano”, debía hacerle probar a Perú “la última de las humillaciones”, al ser destinado a arrebatar la “Tierra Prometida” a sus “ociosos y corrompidos habitantes” y entregársela a un Chile “virtuoso y trabajador”. (Ibid: 75)²⁷⁰.

Para comprobar cómo estos imaginarios maniqueos fueron frecuentes en las interpretaciones chilenas de la Guerra del Pacífico, basta ver la crítica al manejo del guano y el salitre en Perú, donde se destacó que sus autoridades no tuvieron ni siquiera la capacidad para aprovechar estos vastos recursos para hacer progresar al país. Igualmente, se refirieron a un Perú como centro colonial que no sólo contaba con riquezas exuberantes, sino con el favoritismo del régimen colonial, pero que a pesar de haber heredado estas ventajas inigualables, no las supo aprovechar por la infame administración de sus gobiernos, llegando a afirmar que los principales gobernantes peruanos carecían de inteligencia, cultura o civilización, lo que se reprodujo en una población ignorante, bárbara y educada en la corrupción, el engaño, el desorden, el nepotismo, las revueltas, las revoluciones, y hasta en la falta de higiene.

Como se vio en los acápites precedentes, se aseveró que los territorios en disputa por la Guerra del Pacífico, junto con sus recursos naturales y sus poblaciones, estaban en

²⁷⁰ Mc Evoy hizo referencia a artículos de la prensa católica de la época, principalmente de “El Estandarte Católico” y específicamente a unas notas de Rodolfo Vergara publicadas en julio y noviembre de 1879.

mejores manos bajo la soberanía chilena y abundaron las comparaciones, acompañando al enaltecimiento de Chile con una lectura muy degradante de Perú y, en menor medida, de Bolivia.

Siguiendo esos planteamientos, Barros Arana, al evaluar la administración salitrera peruana, luego de afirmar que la política estatista de Pardo respecto al salitre era como matar a la “gallina de los huevos de oro”, explicó que con tal medida los productores del recurso se vieron obligados a venderlo a un Estado que carecía de moralidad y de confianza y, en un Perú corrupto, los favorecidos serían los que se congraciaban con la autoridad. (Barros Arana, 1880: 33-34). Bulnes se remitió a los “caballeros copetudos de Lima” que explotaban de mala manera el salitre con el fisco y que fueron los que arrastraron a Perú a la guerra. (1911. Tomo I: 126).

Otra narración similar de Barros Arana, se refirió a la ejecución de obras públicas en Perú, como los ferrocarriles y otras, cuyo devenir, según indicó, era el sobreprecio, el fraude y el enriquecimiento ilícito de los gobernantes que veían como “patrimonio” al tesoro público. También, fue comentada, tanto por Barros Arana como por Bulnes, la situación de los acreedores extranjeros de Perú a los que “compadecieron” porque el Estado peruano sobresalía por su falta de seriedad. (Ibid: 250-253); (Bulnes, 1911. Tomo II: 5-7). Bulnes afirmó que la deuda de Perú “era un caos indescifrable fruto de medio siglo de mala administracion”. (1911. Tomo III: 398).

Un tema bastante desarrollado por las visiones chilenas sobre la Guerra del Pacífico, se refirió a las constantes dictaduras, despotismos y deficientes gobiernos en Perú, la carestía de garantías, libertades, derechos civiles y políticos, de prensa independiente y de partidos políticos serios y consolidados, a la sombra del caudillaje y una perenne y pésima administración gubernamental. En esos términos, principalmente, fueron descritos los gobiernos de Pardo, Prado y Piérola, aunque se destacó que esa sería la constante en la historia peruana. Bulnes alegó que en Perú hubo malos gobiernos desde Castilla en adelante. (1911. Tomo I: 711). En otra ocasión, especificó que en la mayoría de los pueblos de Sudamérica y especialmente en Perú, los remedos de gobiernos representativos o constitucionales, fueron telón de fondo de comedias y tragedias espantosas. (1911. Tomo II: 3).

Inclusive el proyecto de renovación de la Confederación Perú-boliviana, a partir de la constitución de un Estado federal, como un último intento de solventar la unidad de los aliados durante la Guerra del Pacífico, fue blanco de las visiones chilenas. Bulnes ironizó haciendo hincapié en la herencia racial y social “bárbara” de ambas naciones, lo que les impediría consolidar esa ambición: “En una palabra era una portada sajona colocada en el frontispicio de una casa española-quechua: una de esas reformas de palabra con que se engaña á la ignorancia del pueblo”. (1911. Tomo II: 396).

En ese sentido, la derrota de Perú en la guerra fue interpretado en Chile con ese marcado maniqueísmo, asegurando que, además, se debió a una deplorable organización del ejército peruano (arrastrando en ello al boliviano), como eco de la deficiente administración gubernamental y, por tanto, proclive a la corrupción, personalismo, falta de patriotismo y manejos turbios de sus principales dirigentes, que ni siquiera pudieron aprovechar las ventajas de encontrarse en su cancha. Barros Arana explicó que el ejército aliado tenía todas las condiciones de ganar la guerra y, más aún, estando en su tierra, si hubieran sido mandados con acierto. (Ibid: 144). Aseguró que era tal la desorganización de los peruanos que llegaron al extremo de buscar las cartas geográficas que elaboraron los chilenos para orientarse en su propio territorio (Ibid: 179):

Así pues, mientras el ejército chileno recorría una gran distancia por entre los arenales del desierto, llevando consigo desde Chile todos los recursos necesarios para tan penosa marcha, el ejército aliado, por su falta de organización i administración militar, no podía atravesar unas pocas leguas de su propio país, porque no tenía ni carros, ni bestias de carga para arrastrar sus trenes, ni para conducir el agua. Pero no era esto todo: mientras los chilenos estaban al corriente del número de los aliados i de las posiciones que ocupaban, éstos ignoraban por completo la situación del enemigo i la fuerza con que contaba. (Ibid: 269).

Hablando del ejército peruano, Bulnes subrayó:

En general este ejército tenía la perversa escuela de las revoluciones en que Perú había vivido por espacio de medio siglo. Le faltaba la fibra acelerada de la disciplina que es la fuente del honor i del sacrificio. Bullia en sus venas un personalismo turbulento i el recuerdo de las enconadas luchas civiles distanciaba á los jefes, haciendo difícil su cooperación armónica y su sometimiento incondicional al pensamiento i voluntad del superior. (Op. Cit.: 537).

Similarmente, en las visiones chilenas se hizo ahínco en la poca preparación y la falta de inteligencia y civilización de los jefes militares de Perú, destacándose en ello, Prado, Piérola o Montero. Sobre el primero, Barros Arana, en varias ocasiones, resaltó su falta de carácter, estudios o inteligencia (Op. Cit.: 73, 196, 216). También aseveró que durante la guerra se la pasaba en juegos de azar y en bacanales. (Ibid: 144 y157). Concluyó que los políticos peruanos parodiaban a sus pares europeos pero “sin poseer la inteligencia ó penetración de éstos”. (Ibid: 216). Algo semejante se indicó de Piérola y Montero, realizando en el primero, el despotismo y la falta de libertades de su dictadura (“el hombre formado en el ambiente de las instituciones libres, no podía menos que encontrar todo esto abominable”, exclamó Bulnes)²⁷¹ y el carácter caudillista, la falta de patriotismo y honestidad en el segundo, como un atributo generalizado en Perú: “Los trastornos continuos en que habia transcurrido su vida independiente, no le habian permitido adquirir la educación cívica que se obtiene con la paz interna i con el ejercicio regular de las instituciones”. (Bulnes, 1911. Tomo III: 599).

Respecto al tema de la “raza inferior”, “salvaje” y/o “bárbara” que supuestamente marcaría el duro destino de Perú (y de Bolivia), fueron muy ilustrativas las descripciones de las montoneras peruanas al mando de Cáceres y que resistieron la invasión chilena desde la sierra. Aquello también incluyó el retrato de una geografía también “salvaje”, inexpugnable, llena de enfermedades, miserias y privaciones.

Sobre las montoneras de Cáceres, las acepciones de Bulnes fueron abundantes y reflejaron las connotaciones racistas de la época que posicionaron a Chile como país “superior” o “excepcional”. Manifestó que los habitantes de la sierra peruana estaban a un siglo de distancia de la civilización y que “corre por sus venas una débil proporción de sangre española mezclada con la indígena que tiñe su carácter étnico con el sello de la raza incásica”. (Ibid: 619). Dijo que las montoneras estaban conformadas con “indios crueles i salvajes ó con mestizos mandados por hombres sin noción de cultura” y por ello, en los enfrentamientos con ellas, la lucha se convirtió en sanguinaria como nunca antes, porque los “indios salvajes” luchaban con sus “métodos primitivos”, sin reglas “civilizadas” y obligando a sus contrarios a proceder de la misma forma. Indicó que mutilaban a los enemigos o los decapitaban y por eso, Patricio Lynch habría actuado con una dureza

²⁷¹ Bulnes, 1911. Tomo II: 3.

implacable contra ellos, porque, con su accionar, no tenían derecho a pedir las garantías humanitarias que la civilización exigía. (1911. Tomo III: 25).

Justificando el genocidio de indígenas en las expediciones chilenas a la sierra, el fusilamiento de miembros de las montoneras, o la dureza de los cupos en la zona, expuso que “el indio peruano i boliviano perdió su personalidad i la civilizacion de sus nuevos amos, lejos de alzarlos en la escala de la cultura, los rebajó á uno de los niveles más bajos de la intelectualidad humana” y que no quedaba nada de su arte, gobierno, tradición y que practicaba supersticiones groseras a través de “curas repulsivos de moral i virtud” que eran el centro de su “miserable vida fanatizada”. (Ibid: 267-269). Espoliado por siglos desde la colonia, el “indio amargado” que quería más a sus animales que a Dios, se unía a las montoneras. (Ibid: 276) y de esa manera, la guerra se alejaba de la civilización: “Desde que el indio interviene en la lucha de hombres civilizados, la guerra se despoja de todo carácter elevado i caballeresco, porque el salvaje martiriza i asesina al herido i al prisionero”, convirtiéndose las batallas, en “festines de sangre i alcohol”. Después remató que los montoneros eran tratados por los chilenos como “asesinos” al ser “semi indios, ajenos a todo principio civilizado”, que no respetaban nada y, por tanto, se les aplicaba la misma regla. (Ibid: 313).

Refiriéndose a la sierra, explicó que la zona sería muy “sana” si existiera higiene y si “la suciedad abominable de la raza indíjena no cultivara todas las enfermedades”. (Ibid: 27).

En resumen, en la sierra peruana:

La vida de las tropas chilenas en sus guarniciones era muy pesada. Oficiales i soldados no encontraban personas de su misma cultura con quien tratar. Todo era rudimentario, sucio; todo estaba impregnado de una atmósfera de ignorancia i atraso. Cada cual suspiraba porque esa ocupación terminara cuanto antes i sin excepcion echaban de menos los halagos de la costa ó de su patria lejana. (Ibid: 278-279).

Por todo eso, de acuerdo a Bulnes, los chilenos designados a las expediciones en la sierra sufrían de “aburrimiento” y cansancio porque no había “gloria” en esa lucha “semibárbara” con montoneras e “indiadas embrutecidas por el fanatismo i el alcohol”. (Ibid: 488).

Asimismo, Bulnes insistió en que la mayoría de abusos, delitos y arbitrariedades que se cometieron en la sierra de Perú, incluyendo el cobro de “cupos”, fueron propiciadas por

las montoneras de Cáceres y no por el ejército chileno. (1911. Tomo III: 31). Especificó que las montoneras, “hordas sin Dios ni ley”, cometían todo tipo de vejámenes contra las localidades de la sierra: “Las montoneras llegaban á las poblaciones i les imponían cupos; asaltaban los trenes i robaban a los pasajeros i si por accidente viajaba algún chileno, lo asesinaban. (Ibid: 174).

En consecuencia, atribuyó los abusos y desmanes que se generaron durante la invasión chilena a Perú, a las “tendencias anárquicas de masas semicivilizadas” (Bulnes, 1911. Tomo III: 429), y por tanto los saqueos, robos, etc. fueron en su mayor parte cometidos por las propias poblaciones peruanas, las montoneras o como consecuencia de las pugnas entre los diferentes caudillos que caracterizaron a Perú. Por ejemplo, fue dantesco el cuadro que pintó Bulnes en Lima, luego de las batallas de Chorrillos y Miraflores:

Los dispersos de Chorrillos i Miraflores se habian entregado á todo jénero de excesos. La ciudad se mantuvo relativamente tranquila hasta el 15, sea porque existia todavia una autoridad i un ejército, ó porque se abrigaban esperanzas en el resultado del último combate. Pero cuando las líneas de Miraflores fueron forzadas i la autoridad nacional se puso en fuga, todo resto de disciplina desapareció. Las tiendas fueron saqueadas, las puertas de las casas forzadas. Los soldados se batian a cuchilladas y balazos disputándose los objetos robados. Los transeúntes que se aventuraban en la noche del 15 á salir á la calle, ó en el día del 16, eran asaltados i la ciudad se cubrió de heridos i de muertos que nadie se atrevia a recoger. En la noche del 16 el crimen llegó a su mayor intensidad. El 17 por la mañana los extranjeros organizaron una guardia de orden que se batió con la soldadesca i el pueblo hasta lograr imponerse después de matar cerca de 200 i fue entonces cuando se resolvió que el alcalde solicitase del Jeneral Baquedano la ocupación de la ciudad”. (1911. Tomo II: 693-694).

En contraste, mientras ello ocurría, “los sufridos vencedores de Chorrillos y de Miraflores estaban tranquilos en sus campamentos” (Ibid), y al momento del desfile del ejército chileno por las calles de Lima, “no hubo notas sombrías en este día memorable de la historia de Chile. El decoro i disciplina del ejército vencedor arrancaba palabras de sorpresa á los nacionales i de aplauso a los extranjeros”. (Ibid: 697).

Estos relatos se complementaron con otros equivalentes que describieron a un Tarapacá y una Lima desordenados, sucios (con la limpieza encargada a los gallinazos o los desechos dispuestos en las azoteas, según narran los autores chilenos), hasta la ocupación chilena donde se habría impuesto el orden y la pulcritud.

Análogamente, Bulnes atribuyó a los “negros” de las poblaciones peruanas de las zonas tropicales, el saqueo de ingenios azucareros y el asalto de trenes aunque admitiendo que una fuente de los ingresos de la ocupación fue el establecimiento de cupos de guerra a los ingenios. (Ibid: 308-311). También mencionó que en Arequipa el “populacho” “educado en la rebeldía” y los “negros y sambos” asustaban permanentemente al “barrio decente” con todo tipo de tropelías. (Ibid: 555).

En otra parte de su trabajo remató que “en el Perú de entonces, como en todo país anarquizado, había tan poco respeto por la propiedad y la vida que las medidas adoptadas por los bandos rivales contra sus compatriotas eran más duras que las de cualquier general chileno”. (Ibid: 51).

Reforzando estas lecturas maniqueas, según relata Bulnes, hasta hubo cierto miedo de parte de las autoridades chilenas, de que en el extenso tiempo que duró la ocupación del Perú, los “civilizados” soldados chilenos se “peruanicen” adquiriendo sus “malas costumbres”. El autor citó a Novoa que habría expresado esta preocupación: “Temo que el Perú nos conquiste nuestra pureza y nuestra vida honrada”. (Citado en Bulnes, 1911. Tomo III: 218). Sobre los numerosos funcionarios chilenos que trabajaban principalmente en Lima, Bulnes expresó el miedo de que “respirando un ambiente que no era de corrección administrativa, llevaran después a la administración chilena las costumbres adquiridas en el Perú”. (Ibid: 251).

Esta interpretación también hizo eco en autores mucho más recientes, como Ugarte, que atribuyó la mayor parte de los desmanes durante la ocupación chilena en Lima a los propios peruanos contra los comerciantes chinos. Dicho autor además explicó que este fenómeno fue previsible porque la guerra desnudó la falta de integración nacional y estabilidad en Perú, haciendo “saltar en pedazos aquella tranquilidad edificada sobre un volcán”. (2011:47).

3.1.4 El país de los caudillos

Relacionada con la interpretación del “Perú bárbaro”, una de las lecturas más difundidas en las visiones chilenas sobre Perú en el marco de la Guerra del Pacífico, se refirió a esa “inferioridad” histórica que anotó Bulnes y que calificó a los gobiernos de Perú, de forma generalizada, a partir de una característica común: La sucesión de caudillos personalistas,

corruptos y despóticos que derivaban en un Estado poco institucionalizado y desorganizado, en una pésima administración gubernamental y en una población sin una mínima noción de conciencia nacional o patriotismo.

Barros Arana, enfatizó que las “interminables guerras civiles del Perú” (1880: 237) hicieron al país y que si bien eso hizo que sus FF.AA. fueran numerosas y estuvieran bien equipadas (a diferencia de un Chile que vivía “en paz y tranquilidad” y que redujo su ejército al no pensar jamás en una guerra futura), significó que cundiera la indisciplina y desorganización en ellas al haber proliferación de generales y coroneles que “desmoralizaron” todo. (Barros Arana, 1880: 83-84).

Adicionalmente, cuando dicho autor se remitió a los gobernantes peruanos, en especial los relacionados a la Guerra del Pacífico, como Prado, Piérola o Montero, los calificó indistintamente como “caudillos” u “hombres de veinte revoluciones” (Ibid: 189), recalcando que además permanecieron en eternas pugnas entre ellos. Sobre Piérola, resaltó el carácter despótico de su gobierno, el poder absoluto que recaía en su persona o la falta de derechos en su régimen (“típico” en Perú, indicó). Agregó que, en contraste, Chile en plena guerra se dio el lujo de hacer elecciones, no limitando ninguna libertad civil. (Ibid: 201-202).

Complementó que, como caudillos, los principales jefes políticos y militares de Perú, luchaban unos contra otros sin mirar el interés nacional. Recordó que Piérola arremetió contra Prado, privándole de sus derechos de ciudadano y principalmente contra Montero a quien perjudicó adrede desde los inicios de su gobierno al privar de condiciones y ayuda gubernamental suficiente a los “ejércitos del sur” que comandaba éste. (Ibid: 204-205). A su vez, aseguró que Montero, caracterizado por impartir “ordenes aparatosas” y por ser arrogante y cruel con sus subalternos, ayudó en la deposición de Daza del gobierno de Bolivia, siendo “avezado en conspiraciones”. (Ibid: 208 y 222-223). Igualmente, explicó que la rivalidad entre Montero y Piérola fue tal, que una mutua desconfianza, recelos y boicot entre ambos, condicionaron el pésimo desempeño de Perú en la guerra. (Ibid: 227).

Bulnes también escribió de forma constante sobre “despotismo” y “personalismo” que caracterizarían a los gobiernos peruanos. Coincidió con Barros Arana en que Montero formó parte de la conspiración que depuso a Daza en Bolivia. Luego de una detallada descripción del supuesto contubernio, exclamó: “¡Qué escena de Moliere! ¡Qué artistas

tan consumados! En países rejidos por revueltas permanentes esto se llama habilidad en los hombres públicos”. (1911. Tomo I: 719).

En ese marco, Bulnes subrayó la negativa de Piérola a Montero para mandarle refuerzos mientras se encontraba en Tacna. Sobre Piérola manifestó que hizo los mayores esfuerzos para dotar a su ejército de “posiciones de primer orden” con armas modernas, vestimentas con decencia y que llegó a levantar el espíritu abatido del país por las derrotas, pero, “como no hay cuadro sin sombras”, dijo también que “el dictador no olvidó su papel de caudillo; que subordinó á la exhibición aparatosa i bombástica el sacrificio silencioso i abnegado; que infatuado con la omnipotencia del poder absoluto, desdeñó toda cooperacion i no consultó á nadie creyendo que de nadie necesitaba”. (1911. Tomo II: 640).

Con el trasfondo de la ocupación chilena, Bulnes destacó las pugnas caudillistas en Perú, relatando los dimes y diretes entre Piérola, García Calderón, Cáceres, etc., y entre los “pierolistas” y “civilistas”, que se acusaban entre ellos de traición y que no demostrarían ni un poco de unidad “patriótica” ni ante la presencia del invasor, procurando, cada uno de los bandos, tratar la paz por separado:

Llama la atención que en aquellos días, los más angustiosos en la historia del Perú, las disidencias políticas no estuvieran extinguidas, i que subsistieran los bandos que se habían disputado el gobierno del país. Los civilistas, nombre con que se reconocían los partidarios del ex presidente Pardo se congregaban por separado para tratar de la paz en el domicilio de uno de sus miembros más prominentes, don Aurelio Denegri, i los de Piérola en otra habitación, exteriorizando así su desunión en momentos en que la espada de un ejército extranjero pendía sobre todas las libertades del Perú. (1911. Tomo III: 8).

Asimismo, describió que García Calderón, una vez investido como gobernante, lo primero que hizo fue declarar como cesantes los puestos gubernamentales nombrados por Piérola en los municipios, a su vez, resaltó que Piérola calificó al nuevo gobierno “traidor”. (Ibid: 13-15). Reclamó que la pomposa designación de García Calderón, auspiciada y propiciada en un inicio por los chilenos, no había unificado al país, al contrario, significó la existencia de dos gobiernos que se amenazaban e insultaban:

Los caudillos habían elegido esas altas tribunas para dar desahogo a sus rencores, para injuriarse, para ahondar su separación en presencia de un enemigo que tenía en sus manos todos los resortes administrativos del país; que percibía las rentas de las aduanas; que

hacia reír donde quería la ley marcial. No dejaron nada por vituperarse uno i otro”. (Ibid: 49).

Remató: “¡I pensar que con estas comedias eternamente renovadas se gobierna pueblos eternamente engañados! (Ibid: 50).

Posteriormente, Bulnes describió a un Perú dividido entre tres frentes, el de Piérola, el de Montero y el de Cáceres, incluso interpretando la lógica resistencia a la invasión del ejército chileno en algunas localidades, como la adhesión a uno u otro caudillo. (Ibid: 154-162).

En varias ocasiones aseguró que las consecuencias de las pugnas entre los caudillos peruanos y sus seguidores, llegaron a sobrepasar la “mano dura” que impusieron las autoridades chilenas sobre el territorio ocupado. Citó a Novoa que declaró que en Perú no hay “ni siquiera el patriotismo vulgar de olvidar odios i ambiciones internas para presentarse unidos a la vista del vencedor extranjero” (Ibid: 187) y luego explicó que más que contra el invasor los políticos peruanos luchaban entre sí: “La política interior no había desarmado en el Perú. Sería de creer que todas las preocupaciones estuviesen concentradas en el problema de la guerra, pero no era así. Civilistas i pierolistas se acechaban i combatían con tanto encono, como el que sentían por el invasor o quizás más”. (Ibid: 241). Adjuntamente, comentó un encuentro violento entre seguidores de Cáceres y de Piérola en la sierra, afirmando que ello era típico en un país de revoluciones. (Ibid: 274).

Entre las pocas excepciones de líderes peruanos que se libraron de la calificación de “caudillos” por los historiadores chilenos, estuvo Iglesias que había sido descrito por Santa María como el “único hombre honrado que aparece”. (citado en Ibid: 391). No obstante, no dejó de ser denigrado este personaje por Bulnes, cuando afirmó que “su corazón valía más que su cabeza”. (Ibid: 346).

Bulnes recalcó, además, que en Perú hasta la cuestión de la paz fue subordinada a las peleas sectarias. Que tanto pierolistas, caceristas y civilistas llegaron a desear más la caída de Iglesias antes que la paz; entre las “eternas travesuras de los políticos peruanos”, Montero llegó a ofrecer a Chile condiciones de paz más onerosas para Perú, con tal que las tratativas fueran con él y no con Iglesias. (Ibid: 427-428). Algo similar dijo de Cáceres, acentuando que parecía odiar más a su rival Iglesias, que al invasor chileno:

Los partidos políticos apreciaban la solución de la paz con anteojos de pasión. Era buena si trataba con la fracción a que él pertenecía; mala, ignominiosa, si con el grupo rival (sic). Lo pequeño mataba a lo grande, los intereses de círculo, los de la patria. Por más que parezca increíble reinaba actividad política, tanta como en cualquier época ordinaria. (Ibid: 500-501).

Concluyó: “Cuando en un país los hombres de Estado son reemplazados por intrigantes que operan con las manos ocultas, puede decirse con certeza que en ese país la política está rebajada o prostituida”. (Ibid: 504-505).

Complementando estas lecturas, Bulnes recalcó la falta de conciencia nacional o patriotismo en la población peruana, muchas veces más atemorizada por las acciones de los “caudillos” que por las del ejército chileno y especialmente, cundiendo la indisciplina en los soldados peruanos o bolivianos (vinculando aquello, simultáneamente, a su origen “altiplánico”). Relató que al menor descuido de sus jefes, los soldados peruano-bolivianos daban rienda suelta a su instinto de “fuga”: “Iban en busca de su país, de su choza, de su terruño, obedeciendo a la inclinación invencible a la fuga que tiene el habitante de la altiplanicie peruana ó boliviana, cuando se ve libre de la mirada del jefe ó del rigor de la disciplina”. (1911. Tomo II: 348-349). Aceptaciones que se vincularon con la percepción de unos enemigos que, de manera constante, sucumben a la cobardía.

Un relato similar se encontró en Ugarte cuando resumió la situación social peruana en el contexto de la Guerra del Pacífico, para diferenciarla de Chile, comentando que a Perú le faltaba la cohesión de un nacionalismo moderno:

En resumen, el Perú hacia el estallido de la Guerra del Pacífico había sido incapaz de constituirse como nación. La marginación de los sectores populares e indígenas; incluso desde el elemento simbólico; el vacío de poder copado por los caudillos militares; la casi total ausencia de una institucionalidad, aunque sea precaria; la falta de integración real del mundo indígena y la incapacidad del Estado de ejercer presencia en todos los rincones del país conspiraron contra ello. (2011: 42).

Igualmente, Ugarte resaltó que ni la invasión chilena pudo lograr que las distintas fracciones caudillistas se unieran en Perú, cuya institucionalidad se traducían en “el cacicazgo militar apoyado por el terrateniente de turno”. (Ibid: 46), haciendo que la Guerra del Pacífico descubriera a Perú como un “Estado fallido”, desorganizado y caótico que no pudo cimentar ni la conciencia ni integración nacional. (Ibid: 49).

Visualizando y resumiendo la importancia de la representación de Perú como puntal de la identidad chilena y sus imaginarios (por lo que, supuestamente, no es Chile), Ugarte fue evidente:

La construcción de la nación en Chile, por lo tanto, llevada a cabo por las elites por medio del Estado, tuvo en el Perú, y particularmente en el episodio de la Guerra del Pacífico y sus consecuencias, un importante apuntalador de la identidad, orgullo y autopercepción nacional, frente a un 'otro' que encarnaba (y para muchos encarna) lo que Chile supuestamente no es: un país desorganizado, con una clase política irresponsable, con un grupo popular (cholo) débil, pusilánime, físicamente menos dotado que el 'roto' chileno y con una historia que insiste en ser llamada 'superior'. (Ibid: 138).

3.1.5 Los "cobardes enemigos"

Mientras los relatos sobre el Chile "heroico" son recurrentes en las interpretaciones de este país, al igual que en la retórica de los principales políticos, autoridades, pensadores y militares durante la Guerra del Pacífico, la contraposición a ello es el enfrentamiento de Chile contra unos "cobardes enemigos", apreciación que, principalmente, recae en los peruanos.

Fue constante la descripción del ejército peruano, de sus soldados y dirigentes como la máxima expresión de cobardía, que unida a la "falta de patriotismo", resultó que en la mayor parte de las batallas y enfrentamientos con Chile, los peruanos se la pasaron "huyendo", permitiendo, a diferencia de los chilenos, que se arríe su bandera y que incluso que los enemigos se apoderen de armas, alimentos, y hasta de "trofeos de guerra" que adquirieron un simbolismo fundamental en las interpretaciones de los tres países involucrados en la Guerra del Pacífico, pero especialmente para el vencedor.

Por ejemplo, Barros Arana describió que durante en el desembarco de Pisagua, los aliados ante una derrota inminente, se escabulleron dejando telégrafos, correspondencia militar, ferrocarriles y hasta máquinas de agua. (1880: 149-151). También destacó que era frecuente la fuga de los peruanos en las batallas en el mar. Según el autor, fue el caso del barco "Unión" que dejó abandonado a su par Pilcomayo y ante la victoria chilena, en lugar de imitar el heroísmo chileno de la corveta Esmeralda, los tripulantes de Pilcomayo, prefirieron rendirse e incendiar el barco. (Ibid: 152-153).

Algo similar relató en la batalla de San Francisco, donde los aliados terminarían escapando (recalcó que seis mil hombres de Chile, hicieron huir a once mil aliados) (Ibid: 163-165) y que en Tarapacá, aunque oficialmente fue la única victoria de Perú y Bolivia, huyeron dejando incluso a los heridos, entre ellos oficiales de alto rango. El autor subrayó ese “abandono cruel” por pronta retirada antes de tener que enfrentar otro combate. (Ibid: 176-178). Igualmente, comentó la situación de los “fugitivos” de Dolores que hasta “se suicidaron” en la marcha, antes de volver a la contienda. (Ibid: 179-184).

Respecto al desembarco chileno en Ilo y Pocola, se repitió algo similar. Barros Arana explicó que ante la vista de los buques de Chile, los peruanos evadieron cualquier enfrentamiento, dejando telégrafos, agua, víveres, etc. (Ibid: 232-234). A la par, se remitió a la batalla de Los Ángeles, donde, a pesar de la “ventajosa situación” del ejército de Perú, éstos se dieron a la fuga, permitiendo que la bandera chilena flamee en esas alturas. (Ibid: 237-240). En la batalla de Tacna, resaltó que a pesar de la orden de abrir fuego, el batallón peruano “Victoria”, desertó. (Ibid: 285-286).

En el combate de Arica se describió a unos peruanos “sobrecogidos de pavor”, (incluyendo a héroes de Perú como Bolognesi y Moore) que ante el “furor del soldado chileno, rabioso delante de un enemigo que no pelea sino detrás de atrincheramientos formidables i empleando armas de defensa como las minas”, se tiraron al mar, “prefiriendo esta muerte horrible á la del combate”. (Ibid: 310-313)²⁷². Remató con la supuesta actuación de los tripulantes del buque “Manco Kápac”, que antes de un desempeño de “verdadera gloria”, hundieron su barco y pidieron asilo a sus pares neutrales. (Ibid: 314-315).

Bulnes presentó narraciones similares. Empezó por la batalla de Iquique, asegurando que el héroe peruano Moore, ante los cañonazos de su homólogo chileno Condell, prefirió rendirse, arriar su estandarte y pedir un bote al enemigo, hecho que fue negado por la prensa peruana. (1911. Tomo I: 305-309). Después destacó la huida del barco Unión, que habría dejado solo al Huáscar cuando había sido cañoneado, permitiendo su posesión por los chilenos. (Ibid: 497-500).

²⁷² Alusión a la acción de Alfonso Ugarte, es decir lo que para las versiones peruanas fue una hazaña heroica, para las chilenas fue un acto de cobardía.

Para Bulnes, en el combate de Dolores el hecho de que los buques peruanos escaparan y que se prefiriera incendiar el Pilcomayo y bajar su estandarte, fue una “sorpresa”, porque “es cierto que el Blanco Encalada era superior á cada uno de ellos i a los tres juntos, pero estaban frescos los ejemplos de Prat, de Condell, de Latorre que habian escrito una ley de sacrificio i de deber sin tomar en cuenta la desigualdad de fuerzas. El Perú no tuvo ese dia un jefe a la altura de esos gloriosos nombres”. (Ibid: 592). Al respecto, Sotomayor, según cita Bulnes, se habría referido al desempeño de esa tripulación:

No tuvieron valor bastante para defenderse, pero tuvieron acuerdo para clavar los cañones con que debian defenderse, arrojar uno al agua con gran trabajo, hacer fuego con otros sobre los fondos del mismo buque, incendiar éste en diversos puntos i abrir las válvulas para echarlo á pique, después de haber puesto á salvo sus personas (sic) en las embarcaciones menores y agitado pañuelos en señal de rendicion. (Citado en Bulnes, 1911. Tomo I: 594).

Análogamente, algo similar se relató de la batalla de Chorrillos, cuando los peruanos escaparían dejando al “balneario fastuoso” que, en consecuencia, quedó “convertido en un montón de ruinas humeantes”. (1911. Tomo II: 676), y de las batallas en la sierra peruana, donde, según lo que narró Bulnes, en muchos casos los peruanos eran más numerosos y estaban en posiciones más ventajosas, pero más allá de ello, huyeron “desmoralizados”. (1911. Tomo III: 269). Según el relato, hasta en la batalla de La Concepción se dieron a la fuga ante posibles represalias, a pesar del deceso de todos los combatientes chilenos. (Ibid: 297). En relación a la ocupación de Arequipa, Bulnes se preguntó por qué los peruanos en lugar de defenderse, escaparon, siendo que “Arequipa tenia pues, hombres i armas para defenderse en buenas condiciones i además poseia en los alrededores sitios inexpugnables. Lo que faltaba era gobierno i espíritu de sacrificio”. (Ibid: 550).

Llama mucho la atención de que a pesar de expresar simpatía por el máximo héroe peruano, Miguel Grau, tanto Barros Arana como Bulnes, son despectivos respecto a la “gloria” alcanzada por el aludido.

Por un lado, Barros Arana comentó que las hostilidades comandadas por Grau en el blindado Huáscar, siempre eran hacia “lanchas indefensas” y barcos mercantes que no oponían resistencia, y que nunca se arriesgaba en sus maniobras. Explicó que su estrategia

era evitar los “combates serios” y “escapar”, eludiendo a los barcos chilenos más grandes. (1880: 123-134).

Por otro, Bulnes añadió que en la batalla de Angamos, no solamente el barco peruano Unión se dio a la fuga dejando sólo al Huáscar, lo que desembocó en el desenlace que incluyó la muerte de Grau y pérdida del blindado (por eso llama al Unión, “la infiel consorte del Huáscar”), sino que en pleno combate los tripulantes del Huáscar, desmoralizados e indecisos con la inmolación de sus jefes, arriaban su bandera y la volvían a izar sin un mínimo de patriotismo. (1911. Tomo I: 491).

Otro aspecto que realzaron Barros Arana y Bulnes fue una supuesta ostentación y engaño de la prensa e historia peruana al referirse a los sucesos de la Guerra del Pacífico, indicando que la tendencia era presentar las derrotas peruanas o aliadas como victorias, o exagerar la capacidad armamentística o numérica del enemigo para justificar el triste resultado de la guerra para Perú.

Barros Arana enfatizó que la prensa de Perú, junto con los pensadores y políticos de la época, recurrían a “lisonjeras ilusiones” sobre un poder militar, valentía y patriotismo del que carecían, reforzando el altanero desprecio a Chile. (1880: 155). Especificó:

Con el propósito de ‘retemplar el patriotismo’, frase consagrada por la prensa i los documentos oficiales del Perú, el gobierno de este país había cometido el más funesto de los errores políticos. Consistía éste en alentar la confianza ilimitada de sus nacionales, haciéndoles creer la inmensa debilidad de sus enemigos i el gran poder de los aliados. Con este fin la prensa i el gobierno se empeñaban en presentar cada combate, aún las derrotas más desastrosas, como una victoria de las armas peruanas, ó como un triunfo efímero e insignificante del enemigo.

De la misma manera, tanto en los escritos de los diarios, como en las proclamas y documentos del gobierno, no se cesaba de hablar de los grandiosos recursos militares del Perú, del número de sus soldados i de la confianza absoluta que debía abrigarse en la victoria. Como un medio de ‘retemplar el patriotismo’, se manifestaba el absoluto desprecio por el ejército i por la escuadra de Chile; i estas apreciaciones se comunicaban al extranjero como un augurio infalible de victoria para el Perú.

Á tal punto se llevaba adelante este errado sistema de engaño, que a mediados de diciembre de 1879, cuando el Jeneral Prado, convencido de su impotencia para resistir al ejército victorioso de Chile, se preparaba para abandonar el gobierno i el país, hablaba con la misma seguridad de los futuros triunfos de sus armas. (1880: 228-229).

Como ejemplo, el autor explicó que hasta la toma de Tacna por Chile, según la prensa peruana, fue permitida por su gobierno al ser “estratégica”. (Ibid: 293). Bulnes, por su parte, comentó que en Perú se dijo que habían abandonado Chorrillos también por “estrategia”. (1911. Tomo II: 677).

En otro momento, con sorna, Bulnes complementó que el proceder de los peruanos era engañar a su pueblo con cuentos al estilo de que su ejército fue vencido “por haber manifestado demasiado ímpetu” o que las victorias eran calamidades para Chile porque lo dejaban “exhausto”. (1911. Tomo II: 351).

Comentó que la “terrible” derrota de Pisagua:

Fue celebrada por los enemigos como un acto heroico comparable a los más grandes hechos de la historia. Dando por sentado que la guarnición de Pisagua se habría batido con todo el ejército que permaneció en los buques, decían que el combate habría sido de uno contra seis i que los 1300 rifles de la plaza se habrían defendido contra todos los cañones de la Armada y de la flota de transportes. (1911. Tomo I: 559).

Así, Bulnes aseguró que las versiones históricas peruanas sobre la Guerra del Pacífico no eran “válidas” y que debían tomarse con desconfianza porque ocultaban la verdad en lo que no halagaba a su país, desfigurando la historia desde los tiempos de la independencia y presentando sus derrotas como triunfos o como “accidentes”. (1911. Tomo I: 212). Incluso remató que hay que “defender” la memoria de Grau frente a los escritores de su país. (1911. Tomo II: 473).

Esa característica de mentir o exagerar fue vinculada a los malos gobiernos de Perú, resaltando que mentían constantemente a su pueblo, pero también fue percibida como una añadidura de la “cobardía” peruana.

3.1.6 “Rico como un Perú”

Una de las causas más profundas que explican la rivalidad peruano-chilena se relaciona con la disputa geopolítica por el dominio del Pacífico Sur. En este sentido, Concha (2011) analizó la política chilena desde Diego Portales como la búsqueda de supremacía y hegemonía en la costa del Pacífico y consideró que con este objetivo se generó la oposición chilena a la Confederación Perú- Boliviana y, posteriormente, la Guerra del Pacífico.

Villalobos (2002) aseguró que la rivalidad chileno-peruana surgió desde los albores de la colonia cuando la Capitanía de Chile dependía del Virreinato de Lima. Se enfatizó en el rol de los chilenos en la independencia de Perú y luego se especificó la rivalidad entre los puertos del Callao y Valparaíso por el control del Pacífico, lo que los enfrentó desde mucho antes de los conflictos bélicos.

Como se comentó en capítulos anteriores, Concha explicó que incluso el famoso mote denigrante de “roto” hacia los chilenos se supone que tuvo origen peruano, al momento que los “encumbrados” limeños, denigraban a los habitantes de Chile, considerado un país “pequeño” y “perdido” al sur, cuyos naturales viajaban de cuando en cuando a comerciar a Lima. Ellos eran, para los limeños, los andrajosos, los “parientes pobres”, es decir, los “rotos”, los que eran “menos”²⁷³.

Así, como haciendo respuesta y eco a la supuesta percepción peruana del chileno venido a menos, en la retórica que justificó la Guerra del Pacífico en Chile, llaman la atención las constantes alusiones a Perú como un país de “pasado glorioso”, sea refiriéndose al incario comprendido como “gran civilización”, o como centro del poder español en la colonia. Igualmente, en los discursos religiosos, fueron frecuentes las emulaciones de Perú como sinónimo de una rica civilización venida a menos por los “pecados” de sus habitantes. Se lo tildó como “bacante”, “Babilonia” y “Sodoma”. De manera similar, fueron bastantes las referencias a Lima (especialmente cuando el ejército chileno toma la capital peruana) como la “ciudad de los reyes”.

En el discurso del presbítero Esteban Muñoz Donoso en abril de 1879, Perú se comparó con la magnificencia de una Asiria, corrompida y castigada por Dios, al ser tomada por el pueblo virtuoso de los persas (que asemejaría a Chile): “Se alzó la Asiria como un gigante de fierro y de oro; temblaron en su presencia todos los pueblos del Asia. Pero la soberbia y la tiranía lo hicieron abominable a los ojos de Dios, y cayó y fue suplantado por el frugal y valeroso pueblo de los persas”. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 128).

²⁷³ Entrevista a José Miguel Concha, octubre de 2011. Concha también arguyó que aún hoy el limeño de sectores pudientes, sigue denigrando al chileno, por más “exitoso” que sea, viéndolo como “exitoso pero bárbaro, un nuevo rico, una persona que no tiene la sofisticación del limeño”. Esto tiene su reacción en el chileno que se agarra de la discriminación racial hacia el peruano, cosa que se ha acrecentado en las últimas décadas con la migración de peruanos a Chile en busca de mejores condiciones de vida.

En la recepción de los soldados sobrevivientes de la corveta chilena “Esmeralda”, en diciembre de 1879, el presbítero Donoso recomendó la futura llegada del ejército chileno a Lima en estos términos: “Id pronto y volved pues pronto cargados con los laureles cogidos por vuestro valor en la misma ciudad de los reyes, rendida a vuestras plantas. Id y decid a los hijos del sol que la sombra de Arturo Prat ha infundido el temor a sus ejércitos y la indomable altivez de nuestros soldados”. (Ibid: 291).

Por ende, en la construcción de identidades y alteridades en torno a la Guerra del Pacífico, las visiones chilenas hicieron alusión a ese su pasado denigrado por los peruanos y se presentó como la otrora “pequeña capitania” que tuvo que enfrentarse al gran “virreinato” (que permanentemente lo ofendió por su insignificancia). El sacerdote Mariano Casanova, fue más explícito al exclamar:

El Dios que eleva o abate a las naciones, según le agrade, ha hecho llegar para Chile la hora de su grandeza. La desconocida colonia, que ayer no más apenas figuraba cual imperceptible trazo en aquel imperio colosal sentado sobre dos mundos, con general asombro, ha medido fuerzas con el antiguo Virreinato, y abriéndose paso entre formidables ejércitos aliados, ha ido a colocar su bandera vencedora en las almenas de la orgullosa Lima”. (Ibid: 232-233).

El presbítero Ramón Ángel Jara en mayo de 1881, no fue menos elocuente al referirse a la grandeza de Lima, doblegada por Chile:

En una palabra, la capital del Perú con sus tradiciones y monumentos; el puerto más artillado de Sudamérica, con sus embarcaciones y sus fuertes; Chorrillos, con sus palacios convertidos en cenizas; el Perú entero, señores, por hoy no es más que un gigantesco pedestal, de donde se despliega al viento triunfante e inmaculado el tricolor de Chile, esa bandera sagrada que se hundió como una estrella en los mares de Iquique para resucitar, trocada en sol, sobre las almenas de Lima. (Citado en Mc Evoy, 2010: 241).

Análogamente, Vicuña Mackenna se refirió a las hazañas de Chile que vencieron al “gigante” (citado en Ibid: 277) y al “averno de Lima, postrer orgullo de Satán”. (Citado en Ibid: 328). Fue más explícito en 1884, en un acto de entrega de medallas a soldados chilenos, donde dijo:

Y cuando, conducidos en seguida al hinchado empuje de la flota de guerra más formidable que surcara el mar Pacífico desde Anson a Cochrane, y desde Blanco a Prat, vosotros soldados y marinos de Chile, llegasteis a los valles tropicales que envuelven en perfumes y deleites al Nápoles de América, en dos mañanas le quitasteis sus dos coronas: la del

mar en el Callao; la corona de los Andes en Lima, y entre vuestros trofeos las trajisteis. (Citado en Ibid: 342).

En la misma ceremonia, Isidoro Errázuriz se refirió a Perú como un vecino que “merced a su riqueza, a su virilidad y a los ensanches de su cultura, había alcanzado en el continente prestigio y simpatías”. (Citado en Ibid: 345).

De tal forma, las interpretaciones de la Guerra del Pacífico en Chile, hicieron eco de estos imaginarios. Barros Arana (1880), aludió constantemente a un Perú “rico”, populoso y “arrogante”, cuyos habitantes se creían “superiores” y que contaban con la mejor marina del Pacífico, pero que no supieron manejar su riqueza, sus gobiernos, ni organizar debidamente su capacidad armamentista.

Bulnes calificó a Perú como “la primera potencia naval del Pacífico”, arguyendo que ello los volvió “arrogantes”. (1911. Tomo I: 53). En otro momento se refirió a los “caballeros copetudos de Lima” (Ibid: 126). Al hablar del puerto del Callao, no ocultó cierta admiración: “El Callao es un apostadero militar célebre en la historia de Sud-América (sic). Capital marítima del Virreinato, irradiaba bajo el dominio español la influencia de la autoridad y riqueza de éste”. (1911. Tomo II: 527).

Más adelante, en relación al vencimiento de Perú por Chile, manifestó que “estaba para fallecer un ser opulentísimo, de riqueza legendaria, cuyo solo nombre servía de término de comparación para todas las grandes opulencias: ‘¡Rico como un Perú!’”. (1911. Tomo III: 62). Sobre la soberbia de una Lima “doblegada” y ocupada por el ejército chileno y en relación al orgullo de sus habitantes de “sociedad”, explicó:

Lima vivía recogida en el orgullo reconcentrado de sus viejos recuerdos. La sociedad pasaba su tiempo encerrada en sus habitaciones, viendo pasar por entre los bastidores de sus ventanas esos uniformes odiados que le recordaban el deudo muerto, el hijo ó el amigo ausente en el interior [...] Todo era mustio i triste en Lima. Sus damas de distincion, las representantes de su aristocracia de nobilísimos blasones, no salían de sus domicilios sino para ir a las iglesias el domingo i solamente desde allí se las veía desfilar, envuelto i casi cubierto el rostro con sus mantillas, como una protesta de aislamiento contra los invasores. (1911. Tomo III: 177).

En ese sentido, como claramente se ilustra en estos relatos, el hecho de haber vencido a un rival “poderoso” magnificó la victoria chilena y confirmó los mitos heroicos a favor de Chile que se gestaron en torno a la Guerra del Pacífico. Sobre ello, fue relevante lo que

anotó Ugarte en relación al rol de Perú en la cimentación identitaria chilena en el marco de la Guerra del Pacífico:

El Perú, en primer lugar simboliza, como contrapunto, el ocaso de una gran civilización frente a un Chile que, otrora pobre y despreciado, ha llegado a ser un país relativamente desarrollado, políticamente estable y cohesionado. Sin embargo, el más importante punto que se convierte en símbolo es en el terreno emotivo, épico, que representa la Guerra del Pacífico. (Ugarte, 2011:136-137).

El mismo autor enfatizó el rescate del “roto” en los imaginarios chilenos relacionados a la guerra que se contraponen a ese “otro” externo, que los había humillado, y al que, finalmente, se venció. (Ibid: 137).

Estos imaginarios, aparte de enaltecer aún más la victoria de Chile en la Guerra del Pacífico y alimentar el mito de la “excepcionalidad chilena”, dan cuenta del papel central de Perú para Chile en la construcción de su autopercepción identitaria.

Por otra parte, llama mucho la atención la retórica que justificaba y exaltaba la participación de Chile en la contienda contra sus vecinos que reforzó ciertos imaginarios sexistas, característicos del Siglo XIX, reproducidos en discursos de las más importantes autoridades políticas, eclesiásticas e intelectuales. Las victorias en las batallas de la Guerra del Pacífico y el triunfo final, posicionaron a Chile en la retórica combativa como Estado “viril” o “varonil”, vinculando tales caracteres no sólo con el ejército chileno, sino con toda su población. Abundaron las exaltaciones a la “masculinidad” de un Chile abstracto.

Aquello incluyó, como contraparte de la “masculinización” del “Chile heroico”, la feminización de Perú y particularmente de Lima, como símbolo del sometimiento de dicho país. Mc Evoy anotó que “en la Biblioteca Nacional de Santiago descubrí que la feminización y erotización de Lima fue una de las claves de la narrativa cuyo propósito fundamental consistió en exaltar la masculinidad de los vencedores”. (Mc Evoy, 2010: 17).

En ese sentido, en la retórica chilena de guerra, Lima fue innumerables veces tildada como “la bacante” y “Sodoma”. Sobre la feminización de Lima y su consiguiente “entrega”, fue ilustrativo lo que exclamó el presbítero Ramón Ángel Jara, en una

salutación al ejército y armada de Chile por la entrada a Lima en 1881, en presencia del Presidente de Chile y las mayores autoridades militares y políticas:

Lima, la ciudad que ayer no más, por su soberbia, nos recordaba a la antigua Roma, hoy cargada de cadenas, marcha uncida al carro de nuestros triunfos; Lima la ciudad que ayer no más, por sus riquezas, nos recordaba a Cartago, hoy recibe de limosna el pan y el agua del vencedor chileno, y cubriendo su desnudez con los jirones de la bandera implora el perdón, como las esclavas de Grecia, postrada de rodillas y besando la espada de nuestros generales. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 240).

Allende el claro erotismo de esta metáfora, llama la atención su indisimulable tinte fálico.

3.1.7 La ocupación de Perú o “Tarapacá debe ser chilena”

Según las visiones históricas “nacionales” y/o hegemónicas y de acuerdo a las representaciones sobre Perú anteriormente descritas, al haber sido Chile “provocado” a una guerra que no buscó, sus sacrificios en sangre, recursos y tiempo en la misma, debían ser debidamente compensados e indemnizados.

Así, en la época, los encendidos mítines que azuzaban la guerra, los discursos de políticos y pensadores y las expresiones de la prensa, se pronunciaron siempre a favor de una actitud más enérgica de Chile contra sus enemigos, especialmente Perú. Aún antes de que los mandos políticos y militares tomaran tal decisión, en los discursos encendidos, en las calles y en los diarios, se vociferaba que Tarapacá debía ser chilena. Así mismo, fue también en estos ámbitos donde el chovinismo se exaltó y se pidió revancha principalmente contra Perú y, por ello, se abogaba por una ocupación de ese país sin contemplaciones o remordimientos.

Para justificar la anexión de Tarapacá, el principal planteamiento fue que significaba una coherente indemnización por los sacrificios de guerra de Chile y una recompensa en concordancia con sus glorias y heroísmos que fueron permanentemente exaltados en estas visiones. Se dijo que como Perú no tenía otra forma de pagar una compensación semejante, debía entregar Tarapacá. Desde ese enfoque, se culpó una vez más a Perú por ser el principal responsable de ocasionar la guerra al haber intentado “destruir” a Chile. Rebatiendo las interpretaciones peruanas y bolivianas que indicaban que Chile buscó la guerra para anexarse el Litoral y Tarapacá, Bulnes replicó:

Que los escritores que se inspiran en la verdad no repitan que la Guerra del Pacífico fue una celada preparada por Chile para apoderarse de Tarapacá i del Litoral boliviano: cuando en realidad fue una guerra preparada por el Perú en 1873; aceptada i decidida por él en febrero de 1879, resistida i fuertemente combatida entre nosotros por hombres que al frente del gobierno, en la primera línea de la política y de la sociedad. (1911: 158).

Siguiendo con esos argumentos, en varios momentos de su largo trabajo, Bulnes recordó que los gobernantes y militares peruanos como Pardo, Prado, Montero, etc., eran caudillos egoístas y corruptos, y habían contribuido en el triste desenlace de la desmembración de Perú por sus políticas poco acertadas, guiadas por su encono hacia Chile. Igualmente, se encuentran documentos de la época, como la correspondencia del presidente Pinto, donde permanentemente se especificó que el único responsable y causante de la guerra fue Perú. (1911. Tomo II: 505).

Por ende, en las conferencias de Arica de 1880, donde, con los auspicios mediadores de Estados Unidos, se intentó el armisticio y la paz, los delegados chilenos fueron concluyentes respecto a las condiciones que ofrecían a cambio de la paz, que incluían la anexión de Tarapacá y la ocupación de Tacna y Arica como “garantía”, hasta que Perú cumpliera, además, con otras compensaciones.

También, cuando se había generado la ocupación de Lima, hubo intentos de negociaciones con distintas autoridades peruanas en el nombre de la paz, pero Chile, en toda ocasión, la condicionó a la entrega de Tarapacá y a la posesión temporal de Tacna y Arica. En una reunión con Piérola en diciembre de 1881 las principales autoridades chilenas en Perú, Novoa y Lynch, fueron enfáticos en estas posiciones. Cuando Novoa escribió a Santa María relatando estas conversaciones destacó en estos términos lo que se le indicó a Piérola sobre las condiciones de Chile:

Que la humillacion que temian se la habian decretado ellos mismos, desde que nos habian provocado á una guerra temeraria i habian conspirado contra nosotros en secreto. Que el desarme hubiera ó no tratado era el castigo por la deslealtad de sus procedimientos. Que no tenian un centavo para pagar el precio de nuestras indemnizaciones que eran no sólo el precio de nuestra sangre sino el precio de los perjuicios originados á nuestros nacionales, tratados con inusitada crueldad por los peruanos [...] No hay paz sin Tarapacá, i de que nuestra ocupacion se eternizará tanto cuando eternicen la resistencia con la cual conspiran ellos mismos contra la Patria, más que nosotros contra ella”. (Citado en Bulnes, 1911. Tomo III: 137-138).

En otro intento de negociaciones de paz con Perú, las autoridades chilenas enumeraron todo lo que Perú debía indemnizar: partieron con los prejuicios ocasionados a los chilenos en Tarapacá por las medidas de Pardo que les quitaron sus salitreras, luego hablaron de la expulsión de los chilenos al inicio de la guerra (que dejaron sus bienes y propiedades), y de la adquisición de elementos militares que Chile necesitó para repeler el Tratado secreto, eso sumado a las diez mil vidas de chilenos que murieron en las batallas y la indemnización para sus familias y/o para los heridos e inválidos como consecuencia de la guerra. Y, principalmente, era necesario castigar la “agresión solapada” contra la existencia de Chile. (Bulnes. Tomo III: 157). Todo ello, solamente, podía ser pagado con Tarapacá.

Según lo que arguyeron los historiadores de Chile y que también se encontraba en las posiciones de sus autoridades en la coyuntura de la guerra, la entrega de Tarapacá garantizaba una paz duradera entre los vecinos, porque se dejaba desprovisto a Perú de su mayor fuente de ingresos y con ello, ya no podría adquirir armas, blindados, etc. (el desarme que menciona Novoa), es decir, organizar una revancha futura. La entrega de Tarapacá significaba que Chile podría vivir un tiempo sin la zozobra de una posible reedición de la guerra.

Adicionalmente, como con el caso del Litoral, se argumentaba que buena parte de la población del lugar era de origen chileno y que fueron los nacionales de Chile quienes desarrollaron y permitieron las riquezas de la zona. Por tanto, no se podía dejar bajo la autoridad de Perú a ciudadanos chilenos (“el vencedor bajo autoridad del vencido”) y peor aún después de una guerra que ahondó los resentimientos. Resumiendo esta perspectiva, el entonces canciller de Chile y futuro presidente, José Manuel Balmaceda fue lacerante al explicar los condicionamientos de Chile a representantes estadounidenses que abogaban por la paz desde la ocupación de Lima. Bulnes escribió:

Chile exige una indemnización proporcional a sus sacrificios. El Perú no puede pagarle. Carece de dinero i de crédito. Aún buscándolo, no lo encontraría i si lo hallara la oficiosidad sería sospechosa. I en el supuesto de encontrarlo, ¿quién garantizaría el porvenir de paz i de tranquilidad que Chile tenía el derecho de exigir?

Nadie podía responder que los dineros de Tarapacá no se empleasen en preparar la revancha, ¡obligándolo a vivir con la mano en la empuñadura de la espada! Disertó

Balmaceda sobre la población de Tarapacá. Hizo notar que el 80 por ciento de sus habitantes eran chilenos, el 10% europeo i sólo el resto peruano, i fundándose en eso, decía que su devolución importaría colocar poblaciones chilenas bajo la autoridad de funcionarios enemigos, el vencedor bajo el poder del vencido, lo que ningún país del mundo aceptaría en la situación de Chile”. (Ibid: 213-214).

En consecuencia, para presionar a Perú a que aceptara estas duras condiciones de la paz chilena, fue decidida la ocupación de Lima y de otros puntos del territorio peruano que incluyeron la sierra, los valles y hasta la Amazonía.

Bulnes narró que, en un principio, la idea de la ocupación fue resistida por las principales autoridades de Chile, por miedo a sus repercusiones internacionales, empero, en las calles y en la prensa se presionaba para tomar tal decisión, debido a la exaltación patriótica y heroica de la guerra que las mismas autoridades chilenas alimentaban con toda una cultura de movilización, habían embriagado de triunfalismo a la población y cundían los deseos de mayores “hazañas de guerra” contra Perú. No faltaron los personajes notables, políticos y militares, que se pronunciaron a favor de esa determinación: “El país comprendía que sin la destrucción del ejército de la capital peruana no habría paz posible con cesión de territorio”. (Bulnes, 1911. Tomo II: 424).

Además, según estas visiones, el fracaso de las conferencias de Arica en procura de la paz, terminaron de convencer al gobierno de Chile de que la única manera de que Perú aceptara la cesión de Tarapacá era con una presión del calibre de la invasión de su capital.

Finalmente, la cuestión se discutió en el Congreso chileno, imponiéndose los que abogaban por la ocupación de Lima. Uno de ellos, Walker Martínez, fue explícito al indicar que la opinión pública de Chile “señala a Lima como corona y término de sus heroicos sacrificios”. (Citado en Bulnes. Tomo II: 401).

En el mismo sentido, justificaron la invasión del ejército chileno a otros puntos del territorio peruano, las medidas de coacción que incluyeron cupos que sembraron pobreza y hambre en la población de esos lugares y una serie de desmanes y abusos que cometieron soldados chilenos en ese periodo de ocupación.

3.1.8 La “chilenización” de Tacna y Arica y el tratado de 1929 entre Chile y Perú

Dando continuidad a los imaginarios que embriagaron a Chile con su victoria de guerra y para dar cumplimiento a lo estipulado en el tratado de Ancón, que indicaba que la soberanía de Tacna y Arica ocupadas por Chile se establecería a través de un plebiscito a los habitantes de las mismas, el Estado chileno inició un largo proceso de “chilenización” de las plazas, buscando que el plebiscito se definiera a su favor:

Un plan masivo de "chilenización" que abarcaba desde los más altos espectáculos artísticos hasta el más modesto programa escolar, aunque sin alcanzar aún la sistematización de veinte años más tarde. Sin embargo, bajo el vendaval de banderas chilenas y de marchas patrióticas, si hemos de atender los relatos de los testigos presenciales, la gran masa de la población seguía siendo férrea y tozudamente peruana. (Barros Van Buren, 1990: 503).

Ese proceso, como dijo Barros Van Buren, implicó la intervención en toda actividad pública o privada desarrollada en Tacna y Arica. Cambiaron la currícula escolar, intervinieron los diarios y demás prensa y, recurrentemente, realizaban demostraciones patrióticas a favor de Chile. Igualmente, era constante el bombardeo con simbolismos y representaciones en base a los imaginarios que son motivo de este estudio y que subrayaban las supuestas ventajas que implicaba la anexión a Chile: Se realizó la mentada “excepcionalidad” chilena frente a Perú, se habló de un mayor grado de “civilización”, “progreso” y “prosperidad” que traería la administración chilena a las zonas, se remachó la “superior” institucionalidad y estabilidad que podría beneficiar a estos territorios. Incluso, no faltaron las propuestas de otorgar representación política a los habitantes del lugar para que vayan sintiéndose parte de Chile.

Ello porque la posición chilena se resumía en que el sentido y motivo del plebiscito era “confirmar” la cesión de los territorios al país triunfante en la guerra, como uno de sus “derechos”. Eso fue expresado por el ministro chileno Federico Puga en 1905: “Con esto quiere señalar que el plebiscito en el fondo fue un medio ideado para atenuar una anexión o cesión acordada de antemano, y que por tanto el resultado debe favorecer al país anexante: esta ha sido la práctica en materia de plebiscitos internacionales en los últimos siglos”. (Citado en Álvez Marín e Irrázaval Gomien, 2000: s/p).

No obstante, como los mismos chilenos admitieron, la “tozudez” peruana se mantuvo y los nacionales de ese país conservaron su posición a favor de Perú, por lo que la “chilenización” fue adquiriendo un cariz violento destinado a amedrentar y expulsar a los habitantes peruanos, junto con fomentar la migración de chilenos a la zona.

En ese marco, pasaron más de cuarenta años de tirantes negociaciones sin que se llegara a acuerdos por la naturaleza del plebiscito, cómo se desarrollaría, quiénes podrían votar, etc. Esto último fue uno de los motivos de mayor controversia, ya que la posición peruana se mantenía en que solamente votaran los nacidos en Tacna y Arica y sus hijos, mientras que Chile quería incluir en el voto a los extranjeros para que también participaran los chilenos que fueron poblando el lugar.

Por ende, en Chile fue imponiéndose la idea de que a través del plebiscito no podrían retener Tacna y Arica. Al mismo tiempo, temían mellar su imagen frente a los otros países, ya que muchos de ellos reclamaron porque no se solucionaba esa situación en tanto tiempo transcurrido²⁷⁴. La situación indefinida fue cansando a los dos países, así que la vía que fue ganando terreno fue la repartición de los lugares entre ambos.

En ese sentido, se atribuye al Canciller chileno de ese entonces, Conrado Ríos Gallardo, ser el entusiasta auspiciador del tratado de 1929 y de su protocolo complementario. Como se anotó, se especificó que la presión internacional frente a la ocupación chilena de esas plazas la hacía insostenible por más tiempo y se admitió que los intentos de “chilenizar” la zona no obtuvieron los frutos esperados, por lo que lograr la soberanía chilena en Arica fue suficiente, aunque para ello hubo que devolver Tacna a Perú.

A la par, el protocolo complementario que estableció que toda cesión a una “tercera potencia” (Bolivia) de esos territorios requería el consentimiento de ambos Estados, también fue atribuida a Conrado Ríos Gallardo, en el entendido de que las acciones de acercamiento a Bolivia que primó por largo tiempo en Chile (la “política boliviana”) fue suplantada por una “política peruana” que, de alguna forma, priorizó la unidad de Chile

²⁷⁴ Se citan reclamos de Brasil, Argentina, EE.UU. En ese sentido, con Argentina, Chile seguía manteniendo relaciones tirantes. EE.UU. en varias ocasiones y de acuerdo a los escritores chilenos, había manifestado su inclinación a favor de Perú. También las suspicacias se debieron a que tanto Bolivia como Perú firmaron el Tratado de Versalles posterior a la Primera Guerra Mundial, mientras Chile no lo suscribió, lo que hacía que las simpatías estadounidenses no se inclinaran a favor de Chile. Ver Álvez Marín, 2000.

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

con Perú frente a las “aspiraciones” marítimas bolivianas. (Concha, 2011: 118-130). El mismo Conrado Ríos Gallardo, indicó: “Bolivia seguía insistiendo en su aspiración; en consecuencia, la fórmula era que el Perú se uniera definitivamente con Chile ya aceptara esa cláusula. No crean que fue fácil esta empresa...no se logró convencer sin esfuerzo al presidente Leguía de que la aceptara”. (Citado en Pinochet de la Barra, Oscar. “Chile y Bolivia: ¡Hasta cuándo!”. Santiago, Lom: 2004. Extraído por Baptista, 1999: 127).

3.2 Alteridad: La percepción de Bolivia desde las visiones chilenas en el marco
de la Guerra del Pacífico

*Sólo yo puedo sentarme
Tan elevadamente puro
En este trono de la muerte
De la muerte color de estaño
Solo yo, rey de soledades,
Rey harapiento de la altura...*

Pablo Neruda

3.2.1 La “política boliviana”

Si Perú fue para Chile el mayor enemigo de la Guerra del Pacífico y este país y Argentina sus principales rivales históricos, Bolivia fue considerada como “el mal menor”. Sobre este tema, el diplomático e historiador chileno José Miguel Concha (2011), presentó evidencias importantes.

Si bien también existe una visión estigmatizada de Bolivia en los imaginarios que se van constituyendo en relación al “enemigo” u “otro” en los enfoques de Chile sobre la guerra, en comparación con Perú, fue mucho menor la condena y la saña contra Bolivia y particularmente durante el tiempo en que Chile buscó una alianza con este país, es decir hasta fines del Siglo XIX.

En ese sentido, en la retórica que justificó la guerra en Chile son mucho mayores las referencias a Perú, algo similar sucedió respecto a los antagonismos y alteridades que se construyeron en Chile a partir de la Guerra del Pacífico, donde Perú tiene un papel central. En algunos casos, cuando Bolivia fue mencionada por las interpretaciones chilenas de la guerra, claramente, se percibió más que un tono hostil, una especie de cariz paternalista, tomándola como un segundo enemigo, después de Perú (y un posible aliado).

A esa estrategia de ganar a Bolivia al lado de Chile se le denominó “política boliviana”, y, según lo que explicó Bulnes, no fue algo secundario, sino fundamental a la hora de comprender la actuación de Chile en la Guerra del Pacífico:

Llamaré política boliviana á una tendencia de aproximacion á Bolivia que influyó enormemente en la guerra. Se creyó en Chile cosa fácil separar a Bolivia del Perú i convertirla en nuestro aliado contra este, ofreciéndole en compensacion de su litoral las provincias peruanas de Arica i Tacna. Esa aspiracion tuvo escusa al principio de la guerra, pero no podria formular el mismo juicio más adelante, cuando se subordinaron a ese anhelo, que no era sino una utopía, las operaciones militares i la solucion diplomática de la campaña. (Bulnes, 1911. Tomo I: 226-227).

Concha acotó:

En su definición más específica, la ‘política boliviana’ se entenderá como la estrategia del Ejecutivo chileno para separar a Bolivia de su alianza con Perú durante la Guerra del Pacífico. Luego esta derivará en la búsqueda de negociaciones para otorgarle un puerto a Bolivia (a expensas de Perú), para compensarle por la pérdida territorial de Atacama. Esto último con el objetivo de restañar las heridas del conflicto de 1879 y lograr, a su vez, canales de cooperación en diversos ámbitos, los cuales, al consolidarse, permitieran crear una alianza permanente con Bolivia. (Concha, 2011: 30).

Bulnes aseguró que “esa tendencia estaba en la corriente de la política chilena, la que desde la declaración de guerra al Perú, había mirado a este país como su solo enemigo, manifestando una notoria benevolencia con Bolivia” (Ibid: 331). Con ese objetivo, aparte de las propuestas oficiales y más conocidas, se mencionaron las gestiones se intentaron hacer con todos los prisioneros de guerra de Bolivia, que, en nombre de la “política boliviana”, obtenían su libertad a cambio de abogar por la misma ante el gobierno boliviano²⁷⁵.

Los más notables emisarios bolivianos de tal política fueron Gabriel René Moreno y Luis Salinas Vega, que tuvieron reuniones con Daza y otras autoridades bolivianas, siempre obteniendo evasivas o respuestas ambiguas. Moreno y Salinas Vega, fueron acusados en

²⁷⁵ Entre otros, se cita al Coronel Canseco, que fue prefecto de Cobija, al que cayendo prisionero de Chile, le ofrecieron su libertad para que converse sobre la propuesta de Chile con las autoridades bolivianas. Algo similar pasó con Casimiro Corral y Federico Lafaye. Pero, según lo que narra Bulnes, los prisioneros bolivianos una vez obtenían su libertad y volvían a su país, se convertían en los más acérrimos “antichilenos”. (Bulnes, 1911. Tomo I: 228).

Bolivia de “achilenados” y en más de una ocasión, por ese motivo, tuvieron que huir de la ira popular, terminando en el exilio.

A pesar de eso, según Bulnes, entre los planes de guerra de Chile, implícita estaba la estipulación de “no ofender a Daza” (Ibid: 350) y por ello se decidió, en primera instancia, la invasión de Tarapacá y no de Tacna y Moquegua que perjudicarían al comercio boliviano. En lo posterior, se pensaría en ocupar estas zonas para entregarlas a Bolivia. Igualmente, durante la ocupación de Tacna y Arica, el comercio de Bolivia no solamente fue permitido por Chile, sino estimulado, todo a nombre de un posible acercamiento a este país. (Bulnes, 1911. Tomo II: 575).

En lo posterior, como con Daza nunca se obtuvo un resultado favorable para estos propósitos, en Chile hubo el razonamiento de que para que prosperara la “política boliviana”, era necesario de que Daza saliera del poder, inclusive pensando en “ayudar” a organizar otro gobierno en Bolivia. Así, cuando Daza cayó, se renovaron las esperanzas:

De nuevo esta ilusion volvia á influir en la política militar. De nuevo dirigió el pensamiento i la accion gubernamental chilena, como habia sucedido en junio anterior al decidir la invasion al departamento de Tarapacá. Esta tendencia tenia ahora un doble anhelo: separar a Bolivia del Perú i castigar á Daza porque no se habia dejado seducir i tal vez por las ofertas de dinero de Moreno y Salinas Vega²⁷⁶. (Bulnes, 1911. Tomo II: 13).

Los motivos que alimentaban estas gestiones, son expresados por el mismo presidente

Pinto:

Fuimos a Ilo i después á Tacna con la expectativa de facilitar un arreglo con Bolivia. La posesion de Tarapacá será más segura para nosotros si ponemos a Bolivia entre el Perú y Chile. Además si nos hacemos dueños del Litoral boliviano, era preciso dar a Bolivia salida al Pacífico. Este fué el móvil que nos indujo ir a Ilo i a Tacna. (Carta de Pinto a Altamirano. Citado en Bulnes, 1911. Tomo II: 15).

²⁷⁶ De acuerdo a Bulnes, en las gestiones de Salinas Vega y Moreno, Daza pidió dinero. Sin embargo, en otra parte de su investigación deja entrever que tal vez el gobierno chileno, mediante estos dos delegados, ofreció dinero a Daza en el marco de esa comprensión de Daza como un caudillo corrupto y bárbaro al que se podría convencer de esa manera. (Bulnes, 1911. Tomo I: 229). Esta percepción de los gobernantes bolivianos será vista en las páginas que siguen.

Santa María, escribiendo a Sotomayor dijo algo similar:

El único medio de evitar este serio inconveniente (los ataques sucesivos del Perú a Tarapacá) sería interponer á Bolivia entre el Perú i nosotros, cediendo á la primera Moquegua i Tacna. Así habría un muro que nos defendería del Perú i nos dejaría tranquilos en Tarapacá”. [...] No olvidemos por un instante que no podemos ahogar á Bolivia. Privada de Antofagasta i de todo el litoral que antes poseía hasta el Loa, debemos proporcionarle por alguna parte un puerto suyo, una puerta de calle, que le permita entrar al interior sin zozobra, sin pedir venia. No podemos ni debemos matar á Bolivia. Al contrario debemos sustentar su personalidad como el más seguro árbitro de mantener la debilidad del Perú. (Citado en Bulnes, *Ibid*: 15).

Santa María, que a juicio de historiadores y diplomáticos de Chile fue el mayor gestor de la “política boliviana”, también temía que una Bolivia mediterránea desaparecería como país, favoreciendo en la repartija de sus territorios a Perú y Argentina. Otro motivo fue el ganar un aliado permanente para Chile, teniendo en miras siempre a sus dos grandes rivales: “Si Bolivia pierde su autonomia, su territorio debe formar parte de alguna República que no será jamás la República chilena”. (Carta de Santa María a Rafael Sotomayor. Citado en Bulnes, 1911. Tomo II: 37).

Con ese objeto, se decidió la toma de Tacna, Arica y Moquegua, hecho realizado por los historiadores chilenos como una de las empresas más esforzadas que hizo el país: “Esta obra colosal del ejército chileno debió ser á favor no de Chile sino de Bolivia, buscando en compensacion de sacrificios indecibles, una amistad demasiado cara para el precio en que se adquiría”. (*Ibid*: 391).

A la caída de Daza, se reiniciaron los intentos negociadores con Campero a través de Eusebio Lillo a la cabeza, nombrado plenipotenciario chileno en Bolivia. Las gestiones incluyeron una carta de Pinto al presidente boliviano que empezaba con las palabras “grande y buen amigo” y donde se le pedía que aceptara a Lillo como agente diplomático de Chile y que se lo escuchara puesto que nuevamente ofrecería, a cambio del Litoral, Arica, Tacna y Moquegua. El gobierno boliviano, una vez más rechazó la propuesta o fue ambiguo en su respuesta, de ahí que Bulnes anotó que la “política boliviana” fueron ilusiones desgraciadas y escritas en arena desde el principio porque Bolivia “continuó en la orientacion que le imponía la guerra que había provocado y su honor”. (*Ibid*: 282).

3.2.2 Bolivia como el “mal menor”

Por todo lo anotado, aunque los “males” y “falencias” peruanas desde la percepción chilena son también atribuidos a Bolivia, a veces, como si fuera una especie de apéndice de Perú, en general hay una lectura mucho más favorecedora de Bolivia desde las visiones chilenas en el marco de la Guerra del Pacífico. Desde ese entendido, si bien a inicios de la guerra se perfiló una visión de Bolivia para nada halagadora, fueron cambiando los matices de estas interpretaciones a medida que Perú se fue consolidando como el enemigo principal de Chile y sus deseos de expansión tomaron como principal objetivo a Tarapacá.

A partir de ese entonces, en Chile parecieron predominar lecturas paternalistas y condescendientes frente a Bolivia, casi como si fuera una hermana pequeña que hay que “corregir” constituyéndose como el “mal menor” en relación a los principales rivales históricos de Chile, es decir, Perú y Argentina.

Concha enfatizó aquello, explicando que Bolivia no era vista como rival para Chile porque era un país cuya característica era mirarse “hacia dentro” y sin aspiraciones hegemónicas en el Pacífico, por tanto, si Chile debía conseguir un aliado, esa sería Bolivia ya que este país, a diferencia de Perú y Argentina, no tenía áreas de interés que confluyeran con las de Chile²⁷⁷.

Por ello, de acuerdo a estas visiones, Chile no quiso agredir a Bolivia sino después de cuatro intentos de solicitar arbitraje y cuando Hilarión Daza había dispuesto embargar los bienes de la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta. También, Concha insistió en que Chile no le declaró la guerra a Bolivia, hasta no haberlo hecho a Perú en abril de 1879, y que en plena guerra y después de ella, se siguió trabajando en miras a una alianza permanente entre Bolivia y Chile²⁷⁸.

Esta visión paternalista frente a Bolivia como “mal menor”, puede expresarse en las arengas de los personajes chilenos en la época de la Guerra del Pacífico, como por ejemplo en este discurso de Álvaro Covarrubias en la recepción de bienvenida a Manuel Baquedano en Valparaíso en marzo de 1881:

²⁷⁷ Entrevista a José Miguel Concha, octubre de 2011.

²⁷⁸ Ibid.

Respecto al segundo de aquellos pueblos (Bolivia), nuestro país había tenido siempre las contemplaciones de un hermano mayor. Dan de ello testimonio espléndido los diversos tratados en que fuimos desligándolo del cumplimiento de las obligaciones que a nuestro favor había contraído, sin que tuviéramos para él más que palabras de la más exquisita cortesía. (Citado en “El Ferrocarril”, Santiago, 27 de marzo de 1881. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 325).

Entre los historiadores chilenos, Bulnes insistió en que Chile hizo lo imposible para no llegar a un conflicto armado con Bolivia, procurando alguna “solucion honrosa” para sus diferencias, “facilitando ese camino decoroso a Bolivia por lo mismo que era pais débil”²⁷⁹. (1911. Tomo I: 120 y 121-122).

Siguiendo estos planteamientos, recayeron en Perú las responsabilidades para que Bolivia se involucrara en la guerra. Bolivia habría sido “mal aconsejada” por su “vecino armado y fuerte”, porque de por sí sola, no se hubiera animado a tal empresa. (Ibid: 37).

En ese sentido, de acuerdo a Bulnes, la propensión de la prensa en Chile y de los documentos oficiales de su gobiernos durante la Guerra del Pacífico era ser cauta y hasta halagadora frente a Bolivia, con el objetivo de reforzar la “política boliviana”, cosa que no pasaba frente a Perú: “Los elogios que la prensa chilena prodigó al ejército de Bolivia, i sus ofensas al del Perú, fueron expresion de esa tendencia que procuraba acercarnos a aquel pais por medio de exagerados halagos”. (1911. Tomo II: 344).

Cuando se tocó el tema de las responsabilidades específicas de Bolivia en la Guerra del Pacífico, se aseguró que el pueblo boliviano estaba libre de culpas, porque era “juguete de mandones” al punto de que sus soldados no sabían exactamente por qué peleaban. (Ibid: 49).

En ese marco, en lo que respecta a Barros Arana y Bulnes, las “culpas” relacionadas a Bolivia, principalmente recayeron en los “malos gobiernos” de Bolivia y específicamente en Hilarión Daza. El primero resaltó que este personaje encabezaba una “dictadura violenta” fomentada por Perú y bajo un régimen de “caprichos y arbitrariedades” y

²⁷⁹ Concha, en la entrevista citada, manifestó de que efectivamente desde la percepción chilena, Bolivia era vista como un Estado débil, pero no como sinónimo de “inferioridad”, sino porque, como país intracultural, sus aspiraciones geopolíticas no eran evidentes y menos en relación a los intereses de Chile.

aseguró que los “amigos y socios del Presidente Daza” aprovecharon la guerra para “robar” (1880: 46-50 y 103-104). En cambio, los soldados bolivianos:

Venian éstos calzados de ojotas (especie de sandalias de cuero), en su mayor parte vestidos de toscos capotes de bayeta, armados con armas de diversas clases, muchos con solo fusiles de chispa, una porción de la caballería montada en mulas; pero todos sumisos, pacientes para el trabajo i para la marcha i si no ardorosos para el combate, resueltos para obedecer las órdenes de sus jefes. [...] Sin conocer la causa por que iban á pelear, sin entusiasmo pero sin abatimiento, marchaban resignados al teatro de la guerra. (Ibid: 104).

Precisamente, hay personajes bolivianos que fueron altamente valorados por los historiadores chilenos, principalmente por los cronistas de fines del Siglo XIX e inicios del Siglo XX, como reflujo de la “política boliviana”.

Fue el caso de Campero, descrito por Barros Arana como “hombre culto, de orden y de energía, pero dotado de cierto candor de carácter que lo hacia poco apto para gobernar un país profundamente desmoralizado por el militarismo i las revoluciones”. (1880: 223). Destacó que bajo su mando el ejército aliado por primera vez se puso en línea, que era un militar conocedor de su oficio y que sus informes eran “serios” y sin las exageraciones de sus subalternos:

En efecto, los ejércitos de la alianza no tuvieron jamás un general más serio, más entendido i más diligente. El general Campero es un hombre de cierta ilustración, que ha pasado muchos años de su vida en Europa i que ha hecho una parte de sus estudios en la escuela de minas de París. En su patria es justamente estimado por la probidad i rectitud de su carácter i hasta los mismos soldados peruanos tenían por él mucho más consideración que por su jefe inmediato, el contra-almirante Montero. (Ibid: 271).

Bulnes, aunque aseguró que Campero era una “figura moral compleja”, realzó su condición de “militar de otra intelectualidad que el común de los de Bolivia en esa época”. (1911. Tomo II: 10). Asimismo, destacó la lealtad de Campero con Perú, y que con un “gesto de hombre de bien” y “varonil” hizo que su país aceptara la derrota de la batalla de Tacna (Alto de la Alianza) con “dignidad”, dando ejemplo de civismo “como pocos pueblos latinos lo darian en caso análogo”: “Una nación que da tan alto ejemplo de patriotismo es digna de respeto”. (1911. Tomo I: 350-356).

Similares apreciaciones se generaron sobre Baptista y Camacho²⁸⁰, dando cuenta que a diferencia de Perú, para Chile Bolivia no sólo representaba al “mal menor”, si no que pareció perfilarse cierta intencionalidad en tales lecturas con el fin de acercarse a algunos de sus líderes para materializar la “política boliviana”.

3.2.3 La “política boliviana” condicionó los pactos de tregua con Bolivia y Perú

Según lo expuesto en las visiones históricas chilenas estudiadas, tanto el Pacto de Tregua con Perú de 1883 y su homólogo con Bolivia en 1884, tuvieron como trasfondo a la “política boliviana”.

Insistieron en que parte de la ocupación a Lima y otras zonas peruanas, obedeció al objetivo de obtener Tacna y Arica, en un momento en el cual Tarapacá no era más motivo de discusión, porque las principales autoridades y líderes peruanos se habían resignado a su pérdida. Lo que quedaba por saldar era el asunto de Tacna y Arica, territorios que, según estas versiones, Chile nunca pretendió para sí mismo, por considerarlos poco útiles, sino estaban pensados para negociar con Bolivia.

En ese marco, en el Pacto de Tregua con Perú, se estableció la ocupación chilena de estas zonas hasta que en un plebiscito su población decidiera bajo qué soberanía quisiera ampararse, dejando en “suspense” un asunto de tanta importancia y también la paz definitiva con Bolivia y Perú:

Se procuraba con Bolivia una tregua para pactar la alianza más tarde i se rechazaba la paz, porque en ese momento era imposible establecer las compensaciones en cambio de Tacna y Arica i porque de pronto no se disponia de estos territorios, ó lo que es igual que, por perseguir la política boliviana, el gobierno chileno dejó en suspense las soluciones de la Guerra del Pacífico; i que los problemas actuales²⁸¹ i del porvenir son consecuencia de ese deseo. (Bulnes, 1911. Tomo III: 495).

²⁸⁰ Por ejemplo sobre Camacho, Barros Arana indicó que era un hombre de “grande entereza”, “cierta ilustracion” y “dotes de mando”, mucho mejor líder que Montero y que organizó y disciplinó a las tropas aliadas (1880: 223-224). Bulnes describió a Baptista como “hombre de bien y de talento”, de “honrado” y de “antítesis de la diplomacia retorcida”. (1911. Tomo I: 38 y Tomo III: 202).

²⁸¹ Tener en cuenta que este trabajo fue publicado en 1911, es decir, más de una década antes del Tratado de 1929.

Al respecto, hubo un debate en el Congreso de Chile para tratar la tregua con Bolivia, y donde saltó a la palestra la “política boliviana” como razón principal para una tregua y no un acuerdo de paz definitivo:

En el debate se hicieron declaraciones muy importantes sobre Bolivia, que explican la política de Santa María con esa nación, anterior i posterior á aquel momento. Aldunate²⁸² que representaba á lo vivo su pensamiento, preconizó la conveniencia de una tregua con Bolivia, no de un tratado de paz, porque la tregua permitía cambiar después Tacna i Arica con ella y sellar una alianza imperecedera. (Ibid: 494).

Bulnes citó lo que quedó en actas de la interlocución de Aldunate: “(La tregua) era la consagración de nuestros derechos, el goce tranquilo de nuestros territorios anexados, i la paz y la alianza diseñada ya en un horizonte no lejano”. (Citado por Bulnes, Op. Cit.: 494).

Algo similar ocurrió en el debate congresal para aprobar el Tratado de Ancón (pacto de tregua con Perú). Se discutió la importancia de dejar pendiente lo de Tacna y Arica, para luego definir su situación después de un plebiscito. Se llegó a decir que esos territorios no valían nada y preguntarse el por qué Chile procuraba conservarlos. Allí Aldunate replicó que “pero en todo caso debemos contar que siendo esa zona de territorios la suprema necesidad i la suprema aspiración de Bolivia, obtendremos por ella, condiciones más ventajosas cuanto más libre i más desembarazada sea la situación de Chile al ajustar sus pactos con Bolivia, lo que se verificaría ciertamente, después de celebrado un ajuste de tregua”. (Citado en Bulnes, Op. Cit.: 607).

Finalmente, después de la guerra, hubo otros intentos de reedición de la “política boliviana” desde Chile, particularmente en el gobierno de Jorge Montt. En 1895 se propuso un acuerdo que resolviera la mediterraneidad boliviana. A cambio de la cesión definitiva del otrora Litoral boliviano, Chile ofreció a Bolivia Tacna y Arica si es que el plebiscito establecido en el Tratado de Ancón de 1883 fuera favorable para Chile, si en el plebiscito perdía este país, otorgarían una costa entre la Caleta Vitor y la quebrada de Camarones u otra similar, junto a otros arreglos de comercio y el establecimiento definitivo de la paz.

²⁸² Eminente político e intelectual chileno, muy cercano a Santa María.

Como se anotó anteriormente, tanto por las presiones de la “línea dura” en Chile, las dubitaciones bolivianas y por la obvia incidencia de Perú que consideraba que se negociaba con sus territorios sin tomarle en cuenta, las negociaciones no fueron continuadas en años posteriores. En síntesis, estos acuerdos quedarían en el olvido y años después se gestaría el duro Tratado de 1904 entre Chile y Bolivia.

3.2.4 Los “valientes bolivianos”

En el marco de las lecturas más condescendientes de Chile hacia a Bolivia, fueron mucho más explícitas y numerosas las veces en que se destacó favorablemente la intervención del ejército boliviano en la Guerra del Pacífico, en detrimento del peruano, tanto en la retórica de guerra, como en las interpretaciones históricas cercanas al acontecimiento.

Por ejemplo, en la oración fúnebre pronunciada en agosto de 1880 por Francisco Bello, en honor a las víctimas de la guerra, aunque respondiendo a los imaginarios que alimentaron la exaltación heroica de Chile, no pudo dejar de indicar que Pisagua era defendida por 900 “valientes bolivianos”. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 208). Si bien se indicó que se enfrentaron apenas a 400 chilenos que coronaron la empresa con una enaltecida y mitificada victoria, llamó la atención que se destaque una participación “valiente” del enemigo, en una retórica donde abundan las apreciaciones denigrantes y poco halagadoras del mismo, principalmente si se hablaba de Perú.

Hasta Isidoro Errázuriz, siempre bastante crítico frente a los antagonistas de Chile, en un discurso dirigido a las tropas que se embarcaban para ir a la guerra en febrero de 1879, manifestó que el enemigo no era “indigno de vosotros” y que el soldado boliviano era “valiente, sobrio y bien disciplinado. Esos enemigos deben obligarlos a ostentar iguales cualidades y a hacer alarde de todo vuestro empuje”. (Recopilado por Mc Evoy, 2010: 252).

Barros Arana, también en varios momentos, aunque en contraste frente a las apreciaciones de la “Bolivia bárbara”, elogió a los soldados bolivianos. En primer término los describió como “ardorosos para el combate” y “excelentes andadores, infatigables para la marcha, sufridos para todos los padecimientos, sobrios i obedientes”. (1880: 104). Cuando se refería a la batalla de Tacna, recalcó que el ala izquierda de los batallones aliados, fue defendida “valientemente” por bolivianos. (Ibid: 290).

Bulnes siguió esta corriente. Enalteciendo la resistencia del soldado boliviano a la par del abandono que sufría de parte de las autoridades gubernamentales, explicó que “el soldado boliviano es el único del mundo de quien puede decirse que no necesita servicio de provision porque lleva en su mochila el alimento para tres o cuatro días, pues se sustenta casi exclusivamente de un puñado de harina de maiz i de unas hojas de coca”. (1911. Tomo I: 599).

Frente a uno de los sucesos más controvertidos por la actuación del ejército de Bolivia, la “retirada de Camarones”, el autor enfatizó que la decisión de Daza sobre contramarchar, fue recibida con protestas de los soldados bolivianos y que hubo que engañarlos diciendo que se iba a defender el Morro de Sama, para que aceptasen tal orden, lo que denotaba un “profundo i ardiente patriotismo”²⁸³. (Ibid: 600).

En otra parte, Bulnes recordó que lo que faltaba a Bolivia en términos materiales y de buen gobierno, “lo suplía la admirable sobriedad de un pueblo que necesitaba mucho menos que cualquier otro para las operaciones militares”. (1911. Tomo III: 191).

No obstante, a pesar del rescate de los soldados bolivianos en los trabajos de Barros Arana y Bulnes, en ninguno de ellos se mencionó el episodio de Calama, la mayor mitificación épica desde las visiones bolivianas, como algo importante o destacable en términos “heroicos”. Barros Arana, por un lado, aseguró que en el enfrentamiento en dicha plaza, los bolivianos eran más numerosos que los chilenos y que Ladislao Cabrera exageró la magnitud del combate y la fuerza de los soldados de Chile. (1880: 69). Bulnes, aunque admitió que el combate de Calama “merece recordarse por haber sido el primero de la campaña” y por ser “honroso por el valor desplegado por atacantes y atacados”, considera que es “de muy escasa importancia” y “muy pobre” o “nada notable” como operación de guerra. (1911. Tomo I: 175 y 177-178). Cabe recalcar que ninguno de los autores hizo referencia a Eduardo Abaroa, el mayor héroe boliviano de la Guerra del Pacífico.

3.2.5 *El país de las “turbulencias”*

A pesar de la lectura de Bolivia como el “mal menor”, de todas formas, existieron las percepciones desde las visiones chilenas que catapultaron a Bolivia, al igual que Perú,

²⁸³ Acá Bulnes citó a un general boliviano, Juan José Pérez, que, según relata “cayó dignamente en la batalla de Tacna”. (1911. Tomo I: 600).

como expresión de la “barbarie”, en base a los maniqueísmos que encumbraron a Chile como representante de la “civilización” y que fueron alimentando las visiones chilenas para justificar la Guerra del Pacífico y las anexiones territoriales resultantes de su victoria.

Aquello es mayormente explícito al inicio de la guerra, con el objeto de justificar la declaratoria de guerra a Bolivia y la ocupación del Litoral.

Recordando las causas de la Guerra del Pacífico desde las visiones chilenas, Bolivia habría violado “tratados solemnes” con Chile, porque finalmente era un Estado incivilizado en el cuál no se podía confiar. En ese marco, Bolivia fue calificada como un país de permanentes turbulencias, golpes y caudillismos militares, que no permitieron que se encumbren gobiernos “serios” y que por ello no se pudo confiar en sus medidas gubernamentales y de los acuerdos internacionales que suscribía.

Barros Arana, destacó al “gobierno de Bolivia, en medio de las constantes revoluciones en que ha vivido envuelto” que suscribió con Chile el Tratado de 1866, aprovechando su buena fe, pero, para que el pacto produjera los resultados que se buscaban “era necesario que los Estados contratantes, contando con gobiernos serios i estables, estuviesen animados por un mismo respeto por las estipulaciones hechas i del propósito firme de cumplir lealmente los compromisos financieros contraídos. Bajo todos esos aspectos, Chile estaba perdido por el pacto de 1866”. (1880: 17 y 18-19).

También el autor se quejó por las dubitaciones bolivianas en la aprobación del Tratado de 1874 y por la firma del Tratado de Alianza Defensiva con Perú, no comprendiendo el porqué de esa actitud dual boliviana y asegurando que el gobierno de Chile, le tuvo paciencia porque atribuyó estas actitudes a las “alternativas consiguientes á las gestiones i agitaciones de los partidos políticos de ese país que ha vivido siempre en la revuelta”. (Ibid: 42). Para fundamentar esa percepción citó al francés M. Charles Wiener que al visitar Bolivia indicó:

El parlamento no existe, por decirlo así, más que como un parágrafo olvidado de la constitucion. Doscientos pretorianos conocidos bajo el nombre de ‘primer batallón’, hacen i deshacen los presidentes de la República, de los cuales trece sobre catorce, desde la fundacion de la República, han muerto ó desterrados ó asesinados. (Citado en Barros Arana, 1880: 41-42).

En suma, para Barros Arana, Bolivia había entrado a la guerra, desmoralizada por el militarismo y las revoluciones. (Ibid: 223).

Bulnes coincidió en resaltar estas apreciaciones al abordar a Bolivia. Igualmente se refirió a los pactos con Chile antes de la Guerra del Pacífico, mencionando que en la década de 1860, Bolivia estaba gobernada por Melgarejo, “un caudillo militar que se había impuesto por las armas, derrocando al Presidente anterior, procedimiento sancionado por el uso en aquel país, donde hasta entonces la transmisión de mando se había hecho siempre por la vía regular de los pronunciamientos de cuartel”. (1911. Tomo I: 18).

Bajo semejantes condiciones y por las controversias que generaron en Bolivia los tratados de 1866 y 1874, Bulnes explicó que en Chile, a medida que pasaba el tiempo, se cercioraron que era imposible pactar algo definitivo con los “inagotables doctores bolivianos”. (Ibid: 27). Bulnes procuró comprender esta tendencia tan frecuente y arraigada en Bolivia a partir de su historia y cultura política, reforzando los imaginarios maniqueos:

Dicen los publicistas que han estudiado la Suiza (sic) que una de las cosas más difíciles para un preceptor de escuela de este país es hacer comprender á sus alumnos lo que es un rey absoluto, porque la libertad está de tal manera en el ambiente, que el niño no concibe la monstruosidad de un hombre que se apodera de los derechos de los demás. El lector de un país gobernado por leyes, regido por partidos que tienen representación en los poderes públicos, no podrá tampoco darse cuenta cabal de la situación que soportó el pueblo boliviano bajo el régimen de sus tiranos, uno de los cuales fue Daza. Remedios del Imperio Romano, tales como los han descrito Suetonio i Tácito, no hay capricho ni extravagancia moral que aquellos hombres no se permitieran, ni libertad que dejaran en pie, ni vida segura, ni pudor al abrigo de sus acechanzas.

La base de su poderío era una guardia pretoriana que se imponía del armamento al país i al resto del ejército. Pueblo no existía. Lo que se llamaba tal era una indiana sumisa que educó el Inca en el despotismo i cuya enseñanza aprovecharon en su beneficio, los Belzu, los Morales, los Daza²⁸⁴. La tiranía de estos hombres fue consecuencia del sistema que organizó el régimen incásico. Si no hubiera habido india sumisa, ellos no habrían figurado. (Ibid: 104).

De esa manera, para los historiadores chilenos, los negocios con Bolivia, los tratados internacionales y todo el aparato gubernamental estaban regidos “bajo el imperio de caudillos sin escrúpulos” y que a pesar de ello, Chile, en relación a los territorios y

²⁸⁴ Presidentes de Bolivia durante el Siglo XIX.

recursos en disputa con Bolivia, procuró generar acuerdos solemnes como “única garantía contra un fiscalismo (sic) que encontraba su excusa en los apuros que eran la vida diaria de los dictadores bolivianos”. (Ibid: 106-107).

En el marco de las pugnas entre los caudillos bolivianos por el poder, Bulnes insistió en los vaivenes de la política exterior de Bolivia y específicamente respecto a los ofrecimientos de Chile para gestar una alianza a través de la política boliviana: “Los padrinos de esta política sugestionados por su vehemente deseo interpretaban las revueltas de Bolivia como manifestaciones de su anhelo de romper la alianza con el Perú i en realidad no eran sino las convulsiones del caudillaje por disputarse el puesto supremo”. (1911. Tomo II: 276). Remató: “Bolivia estaba convulsionada por la enfermedad del caudillaje que tiene estertores febriles, no por la orientación exterior de su política. La indiada se resistía á ir a pelear á Tacna por sus desapego al servicio de las armas, i de eso dejó pruebas en esos días un cuerpo sublevándose contra sus jefes”²⁸⁵.

Desde ese eje, Bulnes concluyó que la política internacional boliviana siempre estuvo caracterizada por “oscuridades profundas” (Ibid: 385) y que tanto los diplomáticos como las autoridades bolivianas no podían salir de esa tendencia, incluyendo los que abiertamente simpatizaban con Chile, como el caso de Mariano Baptista que, según Bulnes, había demostrado “doble personalidad de abogado y estadista”, al incentivar la gestación del tratado de 1874 con Chile a sabiendas de la existencia del pacto de alianza con Perú, que el mismo había promocionado como ministro en la gestión de Ballivián. (Ibid: 500).

Esa “doble cara” de los bolivianos se habría manifestado durante toda la Guerra del Pacífico, de acuerdo a una queja de Altamirano, manifestando que “hacen en privado el papel de amigos nuestros, pero en las conferencias siguen a los peruanos”. (Citado en Ibid: 506). Bulnes complementó arguyendo que Bolivia se mantenía entre la guerra y la paz, sin dar pasos definidos hacia una u otra resolución, una política “que sus doctores llamaban defensiva armada” y que consistía en exigir la presencia de Perú cada vez que Chile hablaba de firmar la paz con Bolivia. (1911. Tomo III: 156).

²⁸⁵ Se refirió al “motín de Viacha” donde los batallones Bustillo, Murillo y Oruro que, bajo el mando del inspector del ejército, Coronel Silva, se sublevaron contra el gobierno de Campero. La asonada fue contenida en pocos días.

De acuerdo a estas versiones, las “dos caras” de las autoridades bolivianas, fueron más que evidentes cuando uno de sus plenipotenciarios tuvo reuniones tanto con Perú como con Chile. Juan C. Carrillo, el funcionario en cuestión, al juntarse con Lynch y Novoa, habría asegurado que Perú sería más “feliz” sin Tarapacá²⁸⁶ y que Bolivia no necesitaba el Litoral porque tenía tantos territorios que tardaría siglos en colonizarlos, por tanto, lo que requería eran facilidades comerciales. En cambio, a los peruanos les dijo que la pérdida del Litoral sería más terrible que la de Tarapacá porque Bolivia perdería su independencia económica y política y se condenaría al aislamiento. (Ibid: 231-232). Bulnes concluyó: “Las negociaciones se celebraban cuidando de dejar una puerta de escape, para que se escribiese en el agua, i Carrillo hacia declaraciones, en Lima, contradictorias en las que habia estampado en documentos solemnes. No habia pueblos capaces de gobernarse ni estadistas que abordasen el problema con lealtad”. (Ibid: 232).

Por otra parte, la política internacional boliviana, según estas interpretaciones, no pudo evitar vislumbrar las pugnas internas de Bolivia, donde continuaban las expresiones de los “doble cara”, las traiciones, turbulencias y dubitaciones. En ese sentido, Bulnes comentó cómo el gobierno de Campero terminó por dejar solo a Baptista en su intención de firmar un acuerdo con Chile en 1882, dejando de manifiesto que no había, en Bolivia, “con quién tratar”. (Ibid: 232).

Seguidamente, Bulnes comentó que la posición boliviana estaba signada por el permanente choque de los “guerristas” y “pacifistas” en relación a la Guerra del Pacífico, choque que también se materializó en la convención de 1882 en la cual Bolivia debía decidirse entre continuar la guerra o firmar la paz (y una alianza) con Chile. Así, Lillo y Santa María alimentaron esperanzas en la gestación de la “política boliviana”, que fueron defraudadas una vez más por esas praxis “tinterillescas (sic) que chocaban con la franqueza de su alma abierta y leal (de Lillo)”. (Ibid: 382). Asimismo, los bolivianos incentivados por los halagos de Santa María, creyeron que eran “indispensables” para Chile: “es fácil que los países reclusos del contacto universal, como estaba entonces

²⁸⁶ De acuerdo a una cita de Novoa que escribió a Aldunate el 5 de agosto de 1882, Carrillo habría indicado que “el Perú será más feliz sin Tarapacá, entre otras razones, porque se verá obligado á darse rentas mediante el trabajo sobrio i honrado que es lo que constituye la riqueza estable de los pueblos”. (Citado en Bulnes, 1911. Tomo III: 231).

Bolivia, exageren su poder i se forjen ilusiones que descansan en su patriotismo e imaginacion”. (Ibid: 383).

En un discurso en el Congreso chileno, Vicuña Mackenna auguró que la “política boliviana” era una ilusión porque los “infidentes doctores de Chuquisaca” no harían esa obra de cordura y patriotismo. (Citado en Ibid: 494).

Bulnes complementó que para comprender estas facetas de los gobiernos bolivianos, había que remitirse al “militarismo” como un mal intrínseco en la formación social sudamericana. Al comentar que este mal no se generó en Chile, realzó su “excepcionalidad” frente a sus pares de la región:

El militarismo es una enfermedad social que necesita medio favorable para propagarse. El decir que la ha habido en Bolivia, en el Ecuador, en el Perú, en Venezuela i que por consiguiente puede existir en Chile es tan lógico como sostener que porque hay elefantiasis en ciertos valles de Colombia ó lepra en Asia i Oceanía, también debe haberla en Chile. (Ibid: 83).

Esta percepción fue recogida y alimentada por historiadores, diplomáticos e internacionalistas chilenos más recientes. Por ejemplo, está el caso de Conrado Ríos Gallardo (calificado por los publicistas de Bolivia, como uno de los mayores chilenos “antibolivianos”), que en 1945 aseveró que Bolivia estuvo marcada por una “inestabilidad política interna al punto de que en 120 años había tenido más de 192 gobiernos diferentes”. (Citado en Maira, 2004: 37).

Maira siguió con esta visión al indicar que a diferencia de otros Estados que pudieron consolidar gobiernos estables mediante el establecimiento de una autoridad “impersonal y civil”, otros quedaron atrapados en el juego de los caudillos militares con un ejercicio autoritario del poder y en los cuales el derecho fue sólo un “elemento decorativo”, no siendo casual que justamente estos últimos países perdieran territorios en el Siglo XIX y que Bolivia fuera el que más desmembraciones territoriales sufriera:

No es un asunto casual que los países que perdieron más territorios en el Siglo XIX hayan estado dirigidos por caudillos sin preparación, ocupados sólo de las contingencias de la política doméstica y de mantener el poder frente a otras facciones que les amenazaban. Gobiernos sin estabilidad y sin una dimensión de futuro, que fueron reduciendo la

governabilidad de sus sistemas políticos y el control efectivo de los territorios entregados a su cargo. (2004: 14).

Comparando a Chile con Bolivia, Maira remató:

Para los efectos del balance de las relaciones entre Chile y Bolivia, éste es un factor determinante de lo ocurrido. Chile representa una temprana experiencia exitosa de organización política, mientras Bolivia, luego de un comienzo muy promisorio en los primeros gobiernos de Antonio José de Sucre, Andrés de Santa Cruz, José Miguel de Velasco y José Ballivián, que pudieron haber afianzado su estabilidad, cayó a partir de 1841 en un largo bache en que la crisis del Estado se combinó con el juego irresponsable de distintos caudillos militares que fueron arruinando cada vez más al país. (2004: 16).

Remitiéndose a los fantasmas que han marcado las visiones históricas bolivianas, agregó:

La unanimidad de las historias escritas por autores bolivianos coincide en caracterizar con tonos muy oscuros la personalidad de ciertas figuras dominantes de esa etapa de la vida nacional. Entre ellos sobresalen dos dictadores que fueron determinantes en la crisis que condujo a la guerra de 1879: Mariano Melgarejo e Hilarión Daza. (: 16).

Desde esa perspectiva, Maira, explicando los fundamentos de la posición chilena sobre la Guerra del Pacífico y sus resultados, argumentó que esa misma inestabilidad institucional boliviana y la tendencia al caudillaje y a las turbulencias, también habría dificultado las relaciones diplomáticas entre Chile y Bolivia y la posibilidad de llegar a algún acuerdo en relación a la demanda marítima boliviana. Tomó como ejemplo el testimonio del ex presidente chileno, Ricardo Lagos, quien habría tenido la dificultad de tratar con cuatro presidentes bolivianos distintos:

Primero Hugo Banzer, luego, ante la grave enfermedad de éste, su vicepresidente, Jorge Quiroga, que lo reemplazó. Tras las elecciones de 2002, con el nuevo mandatario, Gonzalo Sánchez de Lozada, y después de la destitución de éste, con su sucesor, el Presidente Carlos Mesa. En cada caso todo el proceso de diálogo y acuerdos debió comenzar de nuevo, perdiendo valor los entendimientos ya logrados. A esto se agrega el carácter reservado que habitualmente exigen los líderes bolivianos para iniciar conversaciones con Chile en el entendido de que las tratativas públicas los exponen a fuertes tensiones políticas domésticas. Esto para la contraparte chilena significa que se queda sin constancias de los avances y entendimientos que se logran y que tampoco tiene la imagen de una actitud abierta y de diálogo. (: 37).

Concha coincidió con estos planteamientos, afirmando que la conformación de la nacionalidad boliviana fue un proceso lento, complejo e inconcluso por su dependencia con Perú y Argentina²⁸⁷, lo que significó una inestabilidad institucional perenne. (2011:75).

Recordó que la inestabilidad de las políticas de Estado en Bolivia se percibió antes de la Guerra del Pacífico en sus acuerdos con Chile, cuando sus gobiernos se pasaron suscribiendo y luego anulando o incumpliendo los tratados bilaterales y que, por ello, nunca otorgaron seguridad jurídica a los capitales chilenos que trabajaban en el Litoral²⁸⁸. Igualmente, como una de las causas que explicaron el fracaso de la “política boliviana”, Concha se refirió a los vaivenes de la diplomacia boliviana y su zigzagueante política internacional (2011: 75; 80), generando la idea de que con Bolivia era imposible negociar algo permanente²⁸⁹.

Para ilustrar esta visión, dicho autor citó una carta de Santa María de marzo de 1883, escrita a las autoridades chilenas que ocupaban Perú, en la que habría expresado:

Lidiar con esta gente es la desesperación. Lo peor es que el Perú y Bolivia no tienen pueblo ni industrias que compelan a los caudillos y den aliento a los tímidos. Sólo el chicote puede moverlos. Ya llego a creer que la paz, que es una necesidad para regular nuestra hacienda y nuestro bienestar, no habremos de alcanzarla con otros que con los chilenos mismos. (Citado en Concha, 2011: 77).

Respecto a las negociaciones de 1895, siempre remitiéndose a demostrar los vaivenes de Bolivia, citó una carta de Gonzalo Matta (enviado a Bolivia a lograr algún acuerdo) al Canciller Barros Borgoño:

Lo que me hace temer por la suerte de los tratados es la presión de la opinión pública boliviana que no los ha acogido con favor; y, sobre todo, **la mala fe, la incidia y la ambición política de los hombres de este Gobierno**” [...]

No hay diarios independientes. La prensa oficial nos ayuda, y seguirá haciéndolo, siempre que el Gobierno se decida a afrontar la cuestión. Con la prensa opositora es posible contar. **Podría comprarse uno, dos o más escritores en ella**, pero una vez comprados, sus artículos pasarían en la primera ocasión, pero después serían rechazados.

²⁸⁷ Ilustrando esa tesis difundida por algunos prominentes chilenos en el marco de la “política boliviana”, planteamiento que asegura que los peores enemigos de Bolivia son Perú y Argentina.

²⁸⁸ Entrevista a José Miguel Concha, octubre de 2011.

²⁸⁹ Entrevista a José Miguel Concha, octubre de 2011.

Por lo demás, la prensa en este país no tiene grande eco ni reviste bastante autoridad para hacerse escuchar por la opinión sensata [...]

A mi juicio, nuestra acción principal y más eficaz debe ser dirigida a intervenir directamente la política interna, **halagando y ayudando pecuniariamente, si es necesario las ambiciones de aquellos políticos** que nos ofrezcan garantías de éxito para nuestro propósito de hoy y del porvenir”. (Citado en Concha, 2011: 109-110. El resaltado es mío).

En ese marco, la conclusión de Concha resaltó la actuación de los políticos bolivianos velando por mezquinos objetivos y no por el bien nacional:

En síntesis, un elemento clave del fracaso de las negociaciones residió en las constantes demandas para ‘perfeccionar’ los tratados por parte del Parlamento boliviano. Exigencias que terminaron por colmar la paciencia de La Moneda. El Congreso boliviano de 1895-1896 mostró una completa ausencia del sentido de la realidad, actuando más en provecho de los intereses internos de los partidos políticos que en beneficio de los intereses nacionales. (2011: 115).

De acuerdo a Concha, aquello significó que en Chile, desde fines del Siglo XIX, vaya ganando terreno una actitud menos amistosa con Bolivia y de mayor acercamiento a Perú, llegándose a comentar que “los peruanos cambian de gobierno, pero nunca de diplomacia” (2011: 118)²⁹⁰. La actitud antiboliviana, que según Concha, compartía parte de la opinión pública en Chile, era reforzada por algunos órganos de la prensa como el periódico “El Porvenir”, que lanzó contra Bolivia apreciaciones como que era “una especie de feto internacional sin pulmones, que tiene que asfixiarse, que está condenado a morir”, “un país imposible” o “un país geográficamente absurdo” y que “Chile no es una botica continental, obligada a suministrar tónicos y específicos a los débiles y moribundos”. (Citado en Concha, 2011: 119).

Con ello, se puede ilustrar como la visión chilena frente a Bolivia como el “mal menor” o un futuro aliado, que parecieron secundar los principales líderes chilenos durante la Guerra del Pacífico, fue cambiando por otra mucho más dura, que tiene su expresión en el Tratado de 1904 y en el Tratado de 1929.

²⁹⁰ De acuerdo a Concha, esta percepción fue todavía más intensa en los albores de la Guerra Federal boliviana a fines del Siglo XIX, cuyos aprestos mostraron a Bolivia aún más en “crisis”. (2011: 124-125).

En consecuencia, desde esa percepción más dura, estas apreciaciones sobre Bolivia, son las más frecuentemente presentadas por los representantes chilenos contemporáneos para justificar la “inutilidad” de llegar a algún arreglo con Bolivia sobre la demanda marítima, al punto de que incluso se insinúa que los funcionarios bolivianos suelen sacar el tema como forma de eludir y campear crisis y malestares internos y de ganar popularidad con la población, eso hasta que los propios “conflictos internos” “toman una centralidad absorbente que posterga los asuntos de política exterior”. (Maira, 2004: 38).

3.2.6 El “antes” y el “después”

Siguiendo las representaciones que refuerzan las alteridades desde las lecturas chilenas sobre la Guerra del Pacífico, fueron muy ilustrativos los relatos sobre las condiciones del Litoral, antes y después de la ocupación chilena, territorio que habría tenido un “antes” “deplorable” y “bárbaro” bajo la administración boliviana, y un “después” “civilizado” y “próspero” bajo la tuición de Chile.

En ese sentido, desde la retórica de guerra y la prensa chilena, Bolivia fue descrita como una nación bárbara y despótica (Mc Evoy, 2010: 75) y para demostrar estas impresiones, por ejemplo, desde el “Estandarte Católico” se anunció que con la ocupación de Antofagasta, al haber abandonado la misma el cura boliviano y su sacristán “semianalfabeto”, con la presencia de los religiosos chilenos, se incrementó el “movimiento religioso” y una iglesia antes desierta, se encontró “atestada de gente”. La prensa católica, también se refirió a Caracoles, donde se destacó que los sacerdotes chilenos mejoraron los ornamentos de la iglesia y que en esas condiciones sí se podía admirar “la suntuosa majestad” de la “Casa del Señor”, proveyendo de una nueva vida a “hombres empedernidos, encenegados en el vicio”. (Mc Evoy, 2010: 76-77).

Mc Evoy resumió esta visión maniquea citando alguna de las arengas de Isidoro Errázuriz, donde Bolivia fue vinculada a un “arenal improductivo y maldito” que, gracias al trabajo y la administración de Chile, fue convertido en una “civilización”, siendo que Bolivia, como burdo remedo del amo colonial, no sólo rompió un “pacto solemne” sino intentó el despojo de una riqueza labrada por la inteligencia, coraje, sudor y sangre de los chilenos. (Ibid: 83).

Otro pensador chileno, Francisco Moreno luego de asegurar que estuvo en Caracoles y Antofagasta y que también “he regado con el sudor de mi frente aquellos campos y aquellas rocas fecundados por el trabajo de los chilenos”, fue enfático:

Yo puedo hablar de lo que he visto, y he visto por mis propios ojos el modo indigno con que en aquellos puntos son tratados vuestros compatriotas. El trabajador, el minero, el pequeño industrial son tratados allá como perros; para ellos no hay más ley que el antojo de un subprefecto imbécil, ni más protección que los caprichos de mandatarios criminales, que no tienen más ocupación que la orgía más repugnante.

A todos nuestros reclamos, sólo se contesta: ¡No! Ustedes no tienen derecho ninguno, porque son extranjeros, y no hay protección sino para los bolivianos. Para los chilenos, no hay sino el rifle y la cárcel; yo mismo he visto a un subprefecto descargar su revólver sobre un chileno que se quejaba de los ultrajes de estos caribes. (Ibid: 250).

Asimismo, Belfor Fernández en otro acto público realizado en Talca en marzo de 1879, después de recordar la “generosidad” con la que Chile siempre trató a Bolivia, exclamó: “Compréndase cuán reconocido debió ser el gobierno de Bolivia para con Chile; pero no sólo olvidó este reconocimiento, sino que su conducta extraviada siguió siendo hostil a nuestro país, dejando ver de esta manera su rústico carácter y su carencia completa de civilización”. (Citado en “La Reacción”, Talca, 18 de marzo de 1879. Recopilado por Mc Evoy, 2010: 255).

Los principales historiadores de Chile del momento, si bien en varios apartados de su trabajo se “cuidan” al hablar de Bolivia como reflejo de la “política boliviana” y de la percepción de la misma como el “mal menor”, igualmente, no dejan de reproducir estas alteridades.

Barros Arana, hizo un recuento de cómo las autoridades bolivianas en Antofagasta mandaban como dictadoras en un régimen de capricho y arbitrariedades gracias al aislamiento del lugar. Recalcó cómo llegaban a Chile innumerables correos denunciando despojos, violencias y asesinatos a chilenos, todo dejado en la impunidad por las autoridades bolivianas, lo que indignaba a las “personas honradas” y sin conseguir que el prefecto de Antofagasta hiciera oídos a los reclamos consulares de Chile, lo que era una “burla de toda justicia i de toda consideracion”. (1880: 49-50). Para rematar:

Aquellos actos de arbitrariedad habrían sido en cierto modo soportables si los chilenos que daban industria i vida á los arenales del desierto hubiesen hallado siquiera respeto por sus propiedades de parte de los tribunales bolivianos. Pero, la justicia en aquella rejión

pasó a ser la más amarga burla de todo lo que es respeto i honradez. Nos bastará recordar que un juez de Caracoles, muy considerado por las autoridades de Bolivia, era un reo salido de la cárcel pública, donde había sido procesado en 1874 por un intento de asesinato consumado con heridas graves, i en 1875 por un robo de dinero i de otras especies. En 1876, bajo la administración del general Daza, ese mismo hombre era convertido en juez i administraba justicia ¡y qué justicia! á los laboriosos industriales chilenos, algunos de los cuales fueron privados de sus bienes de la manera más inicua²⁹¹. (Ibid: 51).

Así, según narra Barros Arana, cuando se generó la ocupación militar chilena de la zona, los soldados de Chile fueron recibidos con los “brazos abiertos” y “en medio de los mayores transportes de alegría”, por una mayoría de la población de “laboriosos trabajadores” chilenos, víctimas de los peores tratamientos por parte de las autoridades bolivianas, porque la llegada de los uniformados de ese país, significaba “la suspensión cuando no la cesación definitiva de sus sufrimientos”. (Ibid: 62).

De acuerdo al autor, algo similar ocurrió en las poblaciones aledañas donde una mayoría de la población de origen chileno y “europeos” “estaban hastiados de los atropellos i violencias de la dominación boliviana” y que por ello, hasta tuvieron que proteger, las tropas chilenas, a las antiguas autoridades bolivianas de la saña del pueblo que quería “tal vez vengarse de las crueldades i despojos de que había sido víctima”. (Ibid: 62). Insistió en que a tal punto habría llegado la precariedad de los funcionarios de Bolivia que, en Caracoles, los comerciantes chilenos hasta hicieron una suscripción para comprarles zapatos a los soldados bolivianos para que, ante la ocupación de Chile, pudieran replegarse hacia Calama, “¡a tanta miseria los tenía reducidos el abandono i la incuria de su gobierno!” (Ibid: 63).

Asimismo, Bulnes se remitió a describir la situación de los gobiernos bolivianos despóticos y caudillistas (tema que vimos en el apartado anterior) y cómo afectaban negativamente a las industrias y capitales chilenos en los territorios disputados con Bolivia, siendo que la obligación de su gobierno era mínimamente darles garantías y “autoridades administrativas dignas de inspirar confianza i Bolivia no podía dárselos porque ella misma, no los tenía”. (1911. Tomo I: 49).

²⁹¹ El autor se refiere a Bartolomé Rebollo y cita un certificado expedido por las autoridades bolivianas para comprobar las acusaciones a las que se remite. Ver la Nota I en Barros Arana, 1880: 51.

3.2.7 De la “política boliviana” a los castigos de guerra o el Tratado de 1904 entre Bolivia y Chile

Como se vio, los intentos de la “política boliviana” duraron hasta fines del Siglo XIX. Desde principios del Siglo XX, la secundó otra actitud de Chile hacia Bolivia que podría resumirse en la imposición de “castigos de guerra” muy similar a la dura actitud practicada con Perú y que fue justificada a partir de los imaginarios desfavorecedores contra Bolivia.

Según las interpretaciones chilenas, este cambio de actitud se debió a las dubitaciones bolivianas para aceptar las propuestas de Chile, lo que fue cansando a los precursores de la “política boliviana” y sembrando el camino para que los detractores de la misma y escépticos se impongan. Santa María escribió a Lillo:

Sabes que en un principio insinuábamos a Bolivia que si rompía la alianza podría apoderarse, sin resistencia alguna de nuestra parte, de Tacna i Arica para proporcionarse así fácil salida al Pacífico. Me parece que hoy han cambiado las cosas desde que no quiso aprovechar la oportunidad i prefirió debilitarse en continuacion de la guerra, de tal manera que al presente, no podría mantener con sus propias fuerzas si no fuese eficazmente ayudada por nosotros [...] Si Bolivia no hubiera malgastado sus fuerzas, podría haber defendido por sí misma, con pequeña ayuda nuestra el territorio que se le cediese ó apropiase, pero traicionando su interés, hoy á menester, para un arreglo como el que te indico, que Chile le custodie i guarde la casa. Esto no puede ser.

Me parece, dada esta situación, que Bolivia debe contentarse con que nosotros le aseguremos como puertos francos para su comercio, de manera que pueda ejercitarlos sin ninguna traba, Tocopilla, Cobija, Islay y Arica. (Citado en Bulnes, 1911. Tomo II: 486).

De acuerdo a Bulnes, incluso llegó un momento que Santa María se exasperó con los vaivenes de la posición de Bolivia frente a su política y se llegó a hablar de una expedición del ejército chileno a Bolivia, avanzando desde Arequipa, para que “tome el camino de la razón y de la derrota”. (Cita a carta de Velásquez a Aldunate. En Bulnes, 1911. Tomo III: 592).

En los debates del Congreso de Chile, hubo posiciones que consideraron que Chile no debía entregar nada a Bolivia y menos buscar una alianza con ella. De esa postura era, por ejemplo, Vicuña Mackenna, que calificó a la “política boliviana” como una “ilusión”. (Ibid: 494). En otro momento, Novoa escribió a Santa María con cierta alarma:

Francamente no comprendo las pretensiones de Bolivia. Ha perdido el Litoral hasta el Loa i ha sido derrotada en los campos de batalla. ¿Á qué título puede exigirnos territorio para darse salida por el Pacífico? Si Bolivia pudiera alcanzar lo que pretende hubiera ganado con la guerra i se operaria el fenómeno de que la derrota le daba ventajas que no habria obtenido ni con la victoria. (Citado en Bulnes, Op. Cit.: 580).

En similares términos, Bulnes en su investigación también se mostró escéptico con la “política boliviana”, calificándola de ilusiones y anhelos estériles, además de “el problema más complicado que planteó la Guerra del Pacífico”. (Ibid: 529).

De esta manera, comenzando el Siglo XX, fue primando una nueva posición de Chile frente a Bolivia²⁹², donde le reprocharon su participación en la guerra por unos cuantos meses y, en ese marco, se le reclamó una “cuota de sangre” a ser entregada mediante los condicionamientos que se plasmaron en el Tratado de 1904:

Desde esta perspectiva la participación boliviana en el conflicto se limitó a unos cuantos meses, por lo que la Guerra del Pacífico se libró prácticamente entre Chile y Perú. Los discursos nacionalistas no han cesado de señalar en Chile que esto estableció una diferencia en ‘cuota de sangre’ entregada por los participantes en la guerra que se esgrime como justificación para las duras compensaciones que se demandaron a Bolivia al concluir la contienda. (Maira, 2004: 31).

En el mismo sentido, se responsabilizó a Bolivia incluso por las cesiones territoriales de Chile a Argentina como resultado del Tratado de 1881 (tratado firmado por Chile en un contexto de fragilidad por la guerra), donde el primer país cedió al segundo “una superficie de más de 700 mil kms. cuadrados que alberga enormes riquezas de agua dulce y energéticos”. (Maira, 2004: 31).

Finalmente, esta posición contra Bolivia fue ilustrada por Abrahan König, acreditado como representante chileno en Bolivia en 1900 y que resumió la misma “con una franqueza que linda en la brutalidad”. (Maira, 2004: 33). En una nota reservada que entregó al gobierno boliviano, sepultó las promesas de la “política boliviana”:

Para hablar con la claridad que exigen a veces los negocios internacionales, menester es declarar que Bolivia no debe contar con la transferencia de los territorios de Tacna y Arica, aunque el plebiscito sea favorable a Chile. El pueblo chileno con una uniformidad que no se ve a diario en otras naciones, ha manifestado su voluntad de conservar esos

²⁹² De acuerdo a Maira uno de los precursores de esta posición “dura” frente a Bolivia fue el Ministro del Interior del Presidente Errázuriz, Belisario Prats. (2004: 33).

territorios como una justa compensación de los sacrificios de todo orden impuestos al país. [...]

Después de todo lo dicho, la conclusión se impone por la fuerza. Chile no acepta la cesión de la zona y del puerto pedidos por Bolivia, porque, a pesar de sus buenos propósitos, está en la imposibilidad de satisfacer tales exigencias. [...]

Terminada la guerra, la nación vencedora impone sus condiciones y exige el pago de los gastos ocasionados, Bolivia fue vencida, no tenía con qué pagar y entregó el Litoral. Esa entrega es indefinida, por tiempo indefinido, así lo dice el Pacto de Tregua: Fue una entrega absoluta, incondicional, perpetua. En consecuencia, Chile no debe nada, no está obligado a nada, mucho menos a la cesión de una zona de terreno y de un puerto. (Nota Diplomática del Ministro Plenipotenciario de Chile, Abraham König al Canciller de Bolivia, Eliodoro Villazón, 1900).

De acuerdo a Maira esta “línea dura” desde Chile prevaleció al redactarse el Tratado de 1904. (2004: 33).

Similarmente, Concha explicó que los últimos años del Siglo XIX fue prevaleciendo una posición que postulaba no favorecer ni a Bolivia, ni a Perú y una búsqueda de solución que no involucrara entregar territorios, para no “debilitar la posición geopolítica que Chile había alcanzado en el Pacífico después de la guerra del 79”. (2011: 129).

De esa manera, König, no hacía más que expresar esa nueva orientación:

Si bien la nota de König no contó con la aprobación de la Cancillería chilena, resumía en forma clara el nuevo derrotero de La Moneda. A través de una circular a todas las misiones diplomáticas, fechada el 30 de septiembre de 1900, el ministro de Relaciones Exteriores de la época, Rafael Errazuriz Urmeneta, informó sobre las nuevas directrices de la política exterior de Chile hacia Bolivia y Perú, reiterando (con un lenguaje más suave) los conceptos ya vertidos en agosto por König. (2011: 149).

Por otra parte, allende el endurecimiento de la posición chilena, en los argumentos que validan el Tratado de 1904, las visiones chilenas siempre destacaron que los gobiernos bolivianos que preludieron y firmaron el pacto, fueron acérrimos defensores de éste, asegurando que primó en Bolivia un enfoque pragmático que priorizó la construcción de vías de comunicación (ferrocarriles) frente a una salida marítima:

La visión geoeconómica del Presidente Montes logró imponerse en la discusión interna de su país sin que mediaran amenazas chilenas en torno a un documento que fue elaborado más de 20 años después del término de la confrontación bélica. Ismael Montes, como

Canciller del Presidente Pando, condujo la negociación del tratado que, como Jefe de Estado, consolidó. (Maira, 2004: 35).

En esa perspectiva, los publicistas de la visión chilena insisten que el tratado no fue impuesto por Chile, sino firmado voluntariamente por dos Estados soberanos. Desde ese entonces, y más allá de las coyunturas políticas e históricas, prima en Chile la premisa de ese país “no le debe nada a Bolivia” y menos queda algo pendiente en relación a la Guerra del Pacífico, posición que sala a flote cada vez que se plantea la demanda marítima boliviana.

3.2.8 El añoro de lo andino

Cabe señalar que como contraparte a las visiones históricas “nacionales” y/o hegemónicas en Chile, también se presentó un revisionismo histórico mucho más crítico al papel de Chile en la Guerra del Pacífico, generalmente benévolo frente a la percepción de Bolivia y Perú y con cierta simpatía en relación a la demanda marítima boliviana. Aunque la influencia de estas corrientes no es fundamental en la constitución de la interpretación nacionalista y/o hegemónica en Chile sobre la Guerra del Pacífico (reflejada en sus políticas de Estado y diplomacia, generalmente, reacias a la demanda marítima boliviana), sí ha tenido eco en algunos sectores aledaños a la izquierda chilena más radical y a exponentes de la literatura, la academia y las artes.

Desde esa visión, no obstante, igualmente se destacó una percepción distorsionada de Bolivia, como símbolo de lo “andino”, “indio” o “ancestral”, aspectos que serían “añorados” por algunos chilenos no identificados con los mitos vinculados al Chile “europeo”, “excepcional” o de “superioridad” histórica o racial y que más bien parecen buscar, mediante sus vecinos, un acercamiento a lo latinoamericano o indígena para comprenderse.

En ese marco, hay una lectura romántica e idealizada de una Bolivia altiplánica, pobre y abusada, lectura que adquiere un cariz paternal y en ese sentido, se generó una crítica al Estado chileno que se habría aprovechado de su vecino “débil”, al preferir la vinculación económica de Chile con las potencias europeas (explicada como una de las causas de la Guerra del Pacífico), en detrimento de sus “hermanos” sudamericanos.

Como un ejemplo de la visión esencialista y romántica de la Bolivia “indígena” y/o “rústica”, fue ilustrativo este relato del escritor Mariano Latorre:

Incrustada en el corazón de América del Sur, con sus altiplanicies barnizadas de cielo y sus volcanes alucinantes, dábame (sic) la impresión de un país no formado aún y en el que la raza indígena había absorbido al descendiente de los conquistadores, legándole, como una marca racial, su larga nariz husmeadora y el enigma impenetrable de su alma milenaria.

De niño, aún en ciudades apartadas de Chile y en aldeas perdidas en los cerros, vi pasar muchas veces a los aymarás (sic) o culicos, así se les llamaba, que con su poncho policromado y sus sandalias silenciosas, vendían a los huasos desconocidas hierbas medicinales y unas semillas duras, huirurus, que los enamorados regalaban a sus novias como joyas preciadas.

Para mi ingenua fantasía infantil, ese vagabundo vendedor de hierbas puneñas y de sandalias gastadas por el polvo del camino fue, durante años, la imagen viva de Bolivia y de los bolivianos [...]

Uniendo la imagen de aquel aymará de mi niñez y su manta multicolora, las planicies de Bolivia se me antojaban como los hombros de la América del Sur, sobre los cuales se extendían, hacia el Pacífico y hacia el Atlántico, las haldas de un poncho gigantesco, en cuyas listas paralelas se habían estampado los arcoíris de aquella atmósfera de cristal y los matices multiformes de las selvas tropicales.

Era Bolivia como un indio confiado, hecho piedra, junto a sus llamas y a sus corderos²⁹³.

Joaquín Edwards Bello, se refirió a Bolivia:

No es más ni menos. Es diferente. Es Bolivia. Hay en toda ella algo aparte, insólito, maravilloso a veces, o chocante, pero siempre único. Hay palabras que condensan de inmediato la sensación boliviana. Entre ellas, *coca*, *chicha*, *pongo*, *levudo*, *singani*, *encholarse*, *tata* y otras no menos evocadoras de un mundo aparte, como caído de la luna²⁹⁴.

El escritor chileno Hugo Goldsack, insistió en que se vio maravillado de encontrar, por fin, “un país donde lo autóctono se diera así, con tan elocuente naturalidad, sin necesidad de tener que ir a buscarlo a las librerías, en las colecciones de tarjetas postales”²⁹⁵.

Otro escritor y político chileno, ensalzó al altiplano boliviano y sus habitantes como sinónimo de Bolivia:

²⁹³ Prólogo a “Sangre de Mestizos”, libro del escritor boliviano, Augusto Céspedes.

²⁹⁴ Prólogo al libro “Encuentro con Bolivia” de Hugo Goldsack, 1956. Recopilado por Baptista, 1999: 77.

²⁹⁵ Del libro de Hugo Goldsack, “Encuentro con Bolivia”, 1956. Recopilado por Baptista, 1999: 80.

¡El techo del mundo! Allá muy alto y muy cerca de Dios. Paisaje extraordinario, deshumanizado, desproporcionado al hombre, creado a la escala de dioses. A cuatro mil metros, el aire es demasiado puro y penetrante, la luz demasiado liviana, incorpórea. La altiplanicie se extiende como enorme plataforma en la misma frente de los Andes. Sobre ella se yerguen, a manera de diadema, algunos colosos nevados que recortan sus picachos sobre el azul intenso del cielo y las aguas centellantes del Titicaca. [...]

Y en cuanto a esa población indígena, cuya cultura lo había seducido²⁹⁶, era preciso reconocer que formaba el núcleo más denso y puro de Sudamérica y vivía en forma ancestral colectiva, rodeada de piños de llamas, apenas mezclada con la escasa población española allegada a las alturas y formada especialmente por audaces mineros. [...]

El pueblo boliviano se debate en la pobreza, pero sentado, como se ha dicho acertadamente, sobre colosales riquezas mineras, petrolíferas y agrícolas inexploradas. En ese aspecto tenemos que considerar a Bolivia como una promisoriosa y estratégica reserva americana de humanidad y recursos que espera el día en que pueda integrarse verdaderamente al gran conglomerado de pueblos de la América meridional²⁹⁷.

Como claras expresiones de la contraparte lúgubre y apenada sobre la Bolivia “indígena” y/o “andina” y reflejando la percepción chilena sobre Bolivia en base a la constitución de alteridades, fueron ilustrativas las palabras del eximio escritor chileno, Pablo Da Rockha:

Pueblo sufrido y triste, duro y magro. Da la sensación de la resistencia milenaria de sus artes y sus dioses y en la réplica del color-rojo, naranja, verde- expresa la grandeza de sus apetencia vital, su deseo triunfal de no hacerse momia, antes de haber chupado como un pecho, el horror de la vida a la manera de los hijos de Abrahán (el patriarca revolucionario que superó la geofagia), innumerables, como las arenas, las cuales se hacen gigantes en función de que plantean la pelea de la existencia, en virtud del fervor colosal de su heroísmo sobrehumano.

Bolivia va a la conquista de la democracia, desde el corazón de su pasado, como logrando un hecho de angustia y de epopeya, por resistencia y acendramiento del carácter, acostumbrado a ascender cuevas color piedra, color momia, color pena o color horror y canción animal de salvarse superándose; por eso son lentos los procesos democráticos de este país, sujeto al estallido personal del complejo de inferioridad de los caudillos; con paso de llama, fino o grávido de altiplanicie, la nación sol-lunar de Bolívar, estruja la puna, como una fruta dura y cardíaca, y se distiende, buscando la unidad económicamente, en la flor escueta de su territorio, rajado a la manera de una gran manta indiana, por el trópico frutal o el rigor de las sequías mineras y encontrándola en su cultura y en su leyenda, en el indio, en el cholo, estructurándose en el ciudadano democrático, que trabaja, democráticamente, la ciudadanía; y es un dilema planteado por dos cordilleras.

²⁹⁶ Se refiere a Simón Bolívar.

²⁹⁷ Del libro de dicho autor, “Historia de una historia”, 1958. Recopilado por Baptista, 1999: 81-83.

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

El boliviano en general, es lento y terco de carácter; la emoción alumbra la personalidad, en su interior, pero al estallar, afuera, ya han pasado siglos, desde el pecho a la cara; eso le hace parecer un ladino, cuando es un cansado.

Son milenios de presión arterial, alta y de padecimiento, por la subida y la comida, y el corazón maltrata la cabeza con su reloj adelantado, por el rigor climatérico. No es que rodee al hombre un mundo muy duro; es que lo arroja, abandonado sobre sí mismo". (Citado en Baptista, 2004: 52-53).

Jorge Edwards, recordando que “en la literatura chilena hay momentos frecuentes de fascinación con los enigmas de la vida boliviana” y haciendo alusión al mito de que Hilarión Daza prefirió terminar el festejo carnavalero, antes de encarar la ocupación chilena de Antofagasta, como condensando la percepción de Bolivia en contraste con los imaginarios que se constituyeron en Chile respecto a su propia identidad, remató: “Ellos, los bolivianos, tenían la euforia, el sentido de la celebración y del rito, quizás la alegría de vivir. Nosotros, la astucia, la ambición, la mirada fría”²⁹⁸.

²⁹⁸ Parte del libro “El whisky de los poetas”, 1984. Recopilado por Baptista, 1999: 159.

VII. Conclusiones

VII. Conclusiones

1. Las visiones nacionales sobre las causas de la Guerra del Pacífico

Al analizar las interpretaciones respecto a las causas de la Guerra del Pacífico (y que varían en cada país involucrado), se da cuenta que se han podido constituir visiones “nacionales” hegemónicas respecto a las causas de la guerra, en el entendido de que esos relatos se expresan en la historiografía “nacional” más representativa y/o difundida y desde otras aproximaciones de análisis en cada país, replicándose imaginarios sociales arraigados que solventan y refuerzan cada lectura.

En el caso de Bolivia, la lectura que se presenta sobre las causas de la Guerra del Pacífico alimenta los imaginarios sociales que enraízan a la demanda marítima boliviana como la cuestión internacional más importante del país. En ese marco, los resultados de la guerra no se conciben como resueltos, los mismos tratados que derivaron de ella se consideran como “impuestos” e “injustos” y, por tanto, sujetos a revisión. Asimismo, la visión boliviana sobre las causas de la Guerra del Pacífico nutre una percepción lamentosa y trágica que se inserta en el devenir de la historia de Bolivia y que determina otros aspectos de la identidad nacional afectada por esos enfoques.

En Perú, igualmente, se puede apreciar una visión “nacional” articulada sobre las causas de la Guerra del Pacífico que, de alguna forma, fomenta la vieja rivalidad entre Chile y Perú, aunque no exista en Perú una concepción tan fuerte de una guerra inconclusa o no resuelta como en Bolivia, ni sea ello un elemento tan determinante de sus relaciones internacionales. Lo que sí se manifiesta, es la tragedia colectiva que significó esa guerra para Perú, principalmente en las primeras décadas después de su consumación, quedando impreso en ciertos aspectos de su identidad nacional el haber sido protagonistas de una desventura de ese calibre, pero, al mismo tiempo, el conseguido reconstruirse. En consecuencia, los traumas de la guerra se aprecian mucho más superados, en comparación con Bolivia.

Bolivia y Perú coinciden en varios puntos referidos a las causas de la Guerra del Pacífico, tanto por la alianza que unió a estos países, como por ser ambos los derrotados en el conflicto. No obstante, hay algunos aspectos en los que hay divergencias, en especial al

momento en que en ambos países circulan interpretaciones que hablan de “traición” de parte uno u otro, o cuando se buscan “culpables” respecto a la derrota.

En Chile, las visiones sobre las causas de la Guerra del Pacífico difieren bastante en relación a las de Bolivia y Perú. Ello se debe a que las causas de la guerra en las visiones chilenas, están articuladas para justificar la victoria de Chile en la misma y, principalmente, para respaldar lo que Chile obtuvo a consecuencia de su triunfo. En tal medida, para Chile no hay nada pendiente ni por resolver en torno a la guerra y los tratados que devienen de ella son tomados como definitivos. También, en sus narraciones históricas se vislumbra un marcado cariz triunfalista y altanero que se inserta en la constitución de la identidad nacional chilena.

2. Construcciones míticas

Uno de los aspectos más sobresalientes de las construcciones míticas que se desarrollaron en torno a la Guerra del Pacífico en los tres países involucrados, es la similitud de los relatos “heroicos” sobre el desempeño en la guerra de cada país. Ello es especialmente evidente en las narraciones de las “proezas” de los principales héroes nacionales: Abaroa, Grau y Prat. En los tres casos, los héroes sustentan una muerte heroica, es decir, prefieren la muerte por la “patria”, a la rendición, convirtiéndose en modelo de la expresión “patriótica” por esencia. Indistintamente, fungen como ejemplo para el resto de combatientes y como símbolo para las generaciones futuras, construyéndose mitos muy arraigados en torno a sus figuras y cultos masivos. Así, tanto en Bolivia, Perú y Chile, se rememoran sus acciones como eje central de las efemérides que recuerdan a la Guerra del Pacífico.

En el mismo sentido, otra particularidad común en la historia “nacional” y/o hegemónica de los tres países, son los relatos de las batallas y otros episodios de la guerra donde sobresale la actuación –siempre heroica y sacrificada- de los soldados del propio país frente a unos “cobardes” o “arteros” enemigos.

Todo ello, junto a la mitificación de los principales héroes, suele ser lo más difundido a través de las visiones “nacionales” y/o hegemónicas sobre la guerra, reforzando el patriotismo político, los conatos del nacionalismo cultural y en miras a la constitución de

un nacionalismo moderno e integrador en base a esos mitos, más allá de si el eje de aquello sea la desventura, la tragedia o el triunfalismo.

Por otra parte, los relatos de Bolivia y Perú, como los Estados que perdieron la Guerra del Pacífico, se asemejan en una serie de inculpaciones a personajes de la época, generalmente gobernantes, que se constituyen como una suerte de “antihéroes”, porque encarnaron las duras consecuencias que trajo la misma para los países afectados. Sin embargo, más allá de antihéroes específicos que pasaron como culpables del desenlace de la guerra, hay algunas diferencias en relación a la coyuntura histórica respecto a la explicación del devenir del conflicto internacional. Los análisis del Siglo XIX y las primeras décadas del Siglo XX se ampararon en elucidaciones esencialistas propias del pensamiento político dominante en la época y que justificaba la división social del trabajo en relación a fenotipos étnicos; en ese marco se habló de un componente “racial” o geográfico desfavorable que habría afectado el desempeño de los países derrotados. En cambio, las orientaciones más contemporáneas se remiten a “culpas” atribuidas a las élites dominantes de forma general o a los atributos sociales, políticos, económicos, culturales de Bolivia y Perú en ese tiempo, como parte de los intentos para explicar y expiar el desenlace infausto de la guerra en estos países. Así, se suele eximir de esas “culpas” a los pueblos como expresión de lo “mejor” de cada nacionalidad.

En Chile, en cambio, sobresale un cariz triunfalista en la retórica guerrera de los personajes influyentes de la época, en la historiografía “nacional” e incluso en los análisis de la misma desde las ciencias sociales, al punto que se observa una clara ausencia de “antihéroes” internos. Ello se puede explicar por la victoria chilena en la Guerra del Pacífico, pero también por el hecho de que la guerra se constituyó en Chile como un espectáculo masivo que aún se reproduce en sus expresiones nacionalistas y se posiciona como uno de los hechos fundamentales de su historia. En ese sentido, se observa la importancia de lo militar y de la guerra en la constitución de la identidad chilena, algo que se profundiza, según lo investigado, como consecuencia de la Guerra del Pacífico.

3. La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales

Hay una similitud muy importante entre los imaginarios sociales relacionados a la Guerra del Pacífico y sus consecuencias que se configuran en los tres países involucrados y que influyen en la constitución de sus identidades nacionales.

En primer término, y siguiendo algunas pautas del pensamiento político dominante de fines del Siglo XIX e inicios del XX, está presente la idea de que el componente “racial” de los países afecta su formación social, política e institucional y, en ese sentido, su desempeño en la guerra.

De acuerdo a aquello, en Chile se insertó el mito de una supuesta mejor calidad “racial” frente a sus vecinos, destacando unos mayores ingredientes “europeos” en la “raza chilena” o una mezcla racial “más favorable” que permite hablar de un país más “homogéneo” y sin menos presencia indígena, por tanto, “superior” y más fácil de gobernar y administrar, lo que explicaría su victoria y su “natural” expansión territorial.

Lo paradójico es que en Perú y Bolivia hubo un posicionamiento similar que explicó la derrota en la guerra también como consecuencia del componente racial de su población, en desventaja, según aquello, por la presencia indígena. Se alude a una mezcla racial “no favorable”, especialmente comparándose con Chile. En ese marco, en Perú y Bolivia hubo la tendencia de culpar por el desastre bélico a la presencia indígena en su demografía, en especial desde las interpretaciones de finales del Siglo XIX y parte del Siglo XX, aunque con resonancia en periodos más actuales debido a un afincado racismo que aún se vislumbra en la conciencia colectiva de los países. Se imputó a la “homogeneidad racial” una ventaja social en la que fue más favorecido Chile y la diversidad cultural y étnica fue percibida como un atributo perjudicial. Algo parecido sucede con los enfoques sobre la geografía, vinculando a las topografías “accidentadas” y diversas como una desventaja atribuible a Perú y Bolivia.

Igualmente, en los tres países hay una lectura que realza una supuesta mayor “institucionalidad” chilena frente a unos Perú y Bolivia signados por la inestabilidad gubernamental, los caudillismos y la fragmentación. En ese sentido, hay una valoración

(tal vez más inconsciente e indirecta en Bolivia y Perú) de la élite gobernante chilena decimonónica y de su organización institucional y militar.

También, coinciden las visiones de los tres países en atribuir a Chile un mayor grado de desarrollo de un nacionalismo moderno y, por ende, de conciencia nacional cuando se gestó la guerra, recalcando en las lecturas sobre Perú y Bolivia, el hecho de que en sus países adolecían de la falta de un constructo de nación lo suficientemente fuerte y cohesionador, ello debido a las desigualdades y fragmentación estructural interna y atribuyendo, nuevamente, a la homogeneidad racial y social la facultad de hacer posible aquello con mayor rapidez, ello particularmente muy evidente en visiones del Siglo XIX y las primeras décadas del Siglo XX.

Asimismo, en las lecturas de Perú y Bolivia, principalmente a partir del Siglo XX, se comparte la posición de que la fragmentación de sus países, que descansaba en la marginación indígena, influyó en la construcción sólida de un nacionalismo moderno requerido para enfrentar un conflicto internacional del calibre de la Guerra del Pacífico, afectando ello en el desempeño bélico de ambos países, al no existir una conciencia nacional lo suficientemente fuerte en un contexto de enorme desigualdad social. En tal medida, los análisis cuestionaron el pensamiento político decimonónico racista y culparon a las élites que gobernaron en la coyuntura de la Guerra del Pacífico por la exclusión y explotación de los indígenas.

Por otro lado, en los tres países, son similares las dicotomías discursivas y simbólicas que se enarbolaron en relación a la “civilización versus barbarie”, cada país en sus interpretaciones sobre la Guerra del Pacífico se atribuyó un carácter más “civilizado” respecto a su rival, que se constituyó como la expresión de la “barbarie”, potenciando la configuración de identidades nacionales en base a alteridades.

En el caso de Bolivia, las lecturas hegemónicas sobre la Guerra del Pacífico refuerzan una identidad nacional caracterizada por el infortunio, la tragedia, el lamento, lo que serían expresiones recurrentes en su historia. Se comprende al país, especialmente al pueblo boliviano, como permanente víctima del saqueo, de la explotación, del engaño, de la amputación, heridas de las que el “extranjero” (cuyo mayor símbolo es el “chileno”) tiende a ser el culpable. Se inserta en la identidad nacional boliviana una suerte de “xenofobia defensiva” recurrente más allá de las coyunturas históricas y políticas y que

suele alimentar expresiones de nacionalismo cultural, nacionalismo económico y de profunda desconfianza hacia los extranjeros.

Del mismo modo, esencialmente en las disquisiciones que devienen desde la segunda mitad del Siglo XX, son imputadas las élites y gobiernos que manejaron el Estado en las coyunturas de preguerra, guerra y postguerra; son acusados de antipatrióticos y de no haber sostenido amor por su país y, en tal medida, no haber logrado la configuración de un nacionalismo moderno e integrador que hubiera devenido en un desempeño en la guerra menos desafortunado.

La consecuencia más importante para Bolivia de la Guerra del Pacífico, la pérdida de una salida al mar, es símbolo de ese destino trágico, una suerte de herida no cerrada y uno de los temas más recurrentes en el abordaje de la historia boliviana más allá de las coyunturas históricas, sociales, políticas; las ideologías y los tiempos.

Por ende, la pérdida del Litoral en la Guerra del Pacífico es el eje central de las visiones bolivianas sobre este acontecimiento, y la amputación y la mediterraneidad se convierten en un aspecto fundamental que determina la formación social de Bolivia que, por ello, estaría en desventaja frente a otros países y explicaría características como la pobreza, el subdesarrollo, la debilidad institucional, el provincianismo, atributos que son establecidos por las mismas percepciones, cual condicionantes de la identidad nacional boliviana.

Así, la demanda marítima es la política internacional más importante de Bolivia, un tema crucial en su identidad y que se utiliza como integrador nacional y reforzador de las pasiones propias del patriotismo político y los nacionalismos.

En Perú, a la par, existe un sentir trágico en las lecturas sobre la Guerra del Pacífico y donde se destacó que, a pesar del “heroísmo” que caracterizó a la actuación peruana, los resultados de guerra implicaron la amputación de uno de sus territorios más ricos y la dolorosa y violenta intervención y ocupación de su capital y otras regiones peruanas por el ejército enemigo, sin contar otras consecuencias derivadas del acontecimiento, como la crisis social interna después de la guerra y el duro proceso de “chilenización” de Tacna y Arica.

Se generó la imputación a los gobernantes del momento y se dio cuenta de una profunda fragmentación social y política que, de acuerdo a la misma autopercepción identitaria,

son factores que marcaron a la formación social peruana. Al igual que en Bolivia, primero, se vislumbraron imputaciones al componente racial de Perú como algo desfavorable y, después, se centraron en la exclusión indígena como causa de la imposibilidad de haber edificado en el país un nacionalismo moderno e integrador y mayor estabilidad política y social.

También se realzó la histórica rivalidad entre Chile y Perú como un referente identitario y el sentimiento de orgullo y “superioridad” de un Perú como heredero del Incario, centro virreinal y potencia sudamericana en la primera mitad del Siglo XIX, aún frente al vencedor de la Guerra del Pacífico.

Las secuelas de la guerra parecen estar más superadas para Perú, en comparación con Bolivia. Si bien existen y existieron diferendos con Chile al respecto, como la demanda que Perú, exitosamente, articuló contra Chile en la Corte Internacional de La Haya, ninguna de estas reivindicaciones fue tan determinante en sus políticas internacionales como el caso de la demanda marítima boliviana.

Sin embargo, no deja de tener relevancia en el reforzamiento de la identidad nacional peruana la rivalidad peruano-chilena de larga data y potenciada a su máxima expresión por la Guerra del Pacífico y las secuelas que trajo para Perú.

En el caso de Chile, es notable cómo la Guerra del Pacífico ha influido en la constitución de su identidad nacional. En primer término, en el transcurso de la guerra se generó una cultura de movilización muy exitosa, convirtiendo a la guerra en un espectáculo masivo de alto respaldo popular. Las victorias en las batallas fueron alimentando ese espectáculo y posicionando una lectura maniquea y mítica de la misma, en la que se magnificó el papel de Chile. Se destacó a la Guerra del Pacífico como un acontecimiento que catapultó y reforzó el nacionalismo cultural y el desarrollo de un nacionalismo moderno e integrador solvente.

La victoria final fue el detonante de una serie de imaginarios muy importantes en la construcción de la identidad nacional chilena: el mito de su excepcionalidad como país en el contexto de América Latina y, substancialmente, en relación con sus vecinos. Se articularon en los relatos sobre la guerra una serie de atributos que poseería Chile para hacerlo “excepcional” y “mejor” que sus vecinos: Se habló de la supremacía racial, de la

homogeneidad demográfica, de la fortaleza institucional, de un nacionalismo maduro y de una historia y formación social “superior”, imaginarios que todavía hoy perviven en la conciencia colectiva chilena.

Por otra parte, la victoria en la Guerra del Pacífico permitió que las elites gobernantes chilenas percibieran a lo militar como cardinal en el devenir del Estado (la Guerra del Pacífico es leída como fundamental en la historia de Chile), trascendiendo estas visiones a una cultura política fuertemente militarista.

Equivalentemente, esas emociones triunfalistas implicaron que Chile articulara una posición férrea y altiva respecto a las secuelas de la Guerra del Pacífico, en el sentido de considerar que no hay “nada pendiente” con Perú y Bolivia, porque lo obtenido es producto de una victoria de guerra, por tanto, del “heroísmo” chileno. Esta posición sale a flote principalmente cuando se trata el tema de la demanda marítima boliviana, aunque también en las ocasiones donde refluye la vieja rivalidad peruano-chilena.

4. La constitución de alteridades

En los tres países involucrados en la Guerra del Pacífico, fue fundamental en sus interpretaciones “nacionales” y/o hegemónicas y en la consiguiente constitución de identidades nacionales, la contrastación con alteridades, es decir, la primacía de visiones maniqueas que condenaban a los países enemigos o rivales como contracara de la autopercepción identitaria. Se solventa el reforzamiento del enaltecimiento del propio país a partir de aproximaciones que denigran al rival, mediante dicotomías al estilo de “civilización versus barbarie”, “teorías” que se refirieron a razas, institucionalidades, historias “superiores” e “inferiores”, etc. En otras palabras, la exaltación patriótica del propio país se refuerza con el desmérito del enemigo e, incluso, del mismo aliado, lo que fortalece una construcción de alteridades que hoy, como eco constante, suele mantenerse vigente cuando se aborda el tema de la Guerra del Pacífico y sus consecuencias en los tres países.

A través del realce de las alteridades, se potencian los enfoques que explicaron las causas de la Guerra del Pacífico en miras a culpar al país enemigo o subrayar las lecturas sobre los resultados de la guerra y la posición que cada país mantiene al respecto. Ello es evidente en la posición de Chile que considera que no tiene nada pendiente con Perú y

Bolivia y que con los tratados que devinieron de la guerra se resolvió todo asunto vinculado a la misma. A su vez, Perú y Bolivia suelen alimentar las heridas de guerra también mediante el reforzamiento de las alteridades, particularmente en cuanto surgen demandas hacia Chile como consecuencia del conflicto internacional.

En el caso de Bolivia, la visión sobre Chile solventa su versión de que la Guerra del Pacífico y sus consecuencias implicaron su invasión, despojo, saqueo, mutilación y mediterraneidad, consecuencias que recaen en el “extranjero invasor”. La percepción sobre Perú, si bien mantiene cierta inclinación en calificar a ese país como “amigo” o “aliado”, similarmente se presenta una apreciación que sitúa a Perú como otro Estado que, al “traicionar a Bolivia”, coadyuvó a los males que conllevó la guerra para este país, especialmente en lo que se refiere a su mediterraneidad.

En Perú, la percepción sobre Chile también alimenta heridas derivadas de la guerra y, de alguna forma, sus interpretaciones se articulan para explicar la guerra y la derrota sufrida como sinónimo del abuso y agresión de Chile; se refuerzan los maniqueísmos que potencian la rivalidad peruano-chilena. Respecto a Bolivia, si bien hay cierta corriente que expresa su simpatía por Bolivia como país aliado, generalmente pervive una visión negativa sobre Bolivia acusada de “traición” y señalada (y con los mismos imaginarios que presentó Chile sobre Bolivia) como un país que, por sus particularidades desfavorables, no hizo un buen papel en la guerra.

En el caso de Chile, las lecturas sobre Perú y Bolivia robustecen las ventajas y territorios que obtuvo como país vencedor de la Guerra del Pacífico, la justificación de haberse involucrado en la misma y, finalmente, el mito de la “excepcionalidad chilena” y los imaginarios sociales que conlleva, muy importantes en la configuración de su identidad, permitiéndole una especie de armazón inexpugnable frente a las demandas peruanas y bolivianas derivadas de las secuelas del conflicto internacional.

5. Desencuentros perennes

Como se evidencia, las interpretaciones “nacionales” y/o hegemónicas sobre la Guerra del Pacífico, sus causas y consecuencias en los tres países involucrados, rebasan de imaginarios sociales y construcciones míticas en base a maniqueísmos muy arraigados. Además, la afectación de este acontecimiento y sus interpretaciones en la cimentación de

identidades nacionales basadas en alteridades, hacen al suceso no sólo fundamental en la constitución histórica y simbólica de Bolivia, Perú y Chile, sino dificultan las relaciones entre estos vecinos latinoamericanos.

Mientras en los tres países estudiados continúen difundiéndose estas visiones maniqueas y estereotipadas sobre la Guerra del Pacífico y que poco fomentan un acuerdo para articular una historia única y consensuada de un mismo hecho; en tanto no se revisen de manera crítica, desinteresada y lo más objetiva posible, las causas y consecuencias de la Guerra del Pacífico, y, prioritariamente, las construcciones míticas que conlleva y su compleja influencia en identidades nacionales basadas en alteridades; si se persiste, a través de lo anotado, alimentando los desencuentros de tres países hermanos; serán remotos y arduos los acercamientos entre los implicados y más aún que se generen acuerdos para saldar las secuelas y heridas históricas de este infortunado acontecimiento gestado hace más de un siglo, pero que sigue, dolorosamente, presente y vigente.

M. Rocío Estremadoiro Rioja
La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades
en Bolivia, Perú y Chile

VIII. Bibliografía

VIII. Bibliografía

1. Libros y capítulos de libros

- ABECIA BALDIVIESO, Valentín, ABECIA LÓPEZ, Valentín. *Memorándum sobre el mar*. La Paz: FUNDAPAC, 2011.
- AGUIRRE, Joaquín. *Guano maldito*. La Paz: Quipus, 1987.
- ALBARCES, Pablo. *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2002.
- ALBA, Oscar, CASTRO, Sergio (coords.). *El litigio con Chile*. Cochabamba: IDEI, 2011.
- ALBARRACÍN, Juan. *La dominación perpetua de Bolivia*. La Paz: Plural, 2005.
- ALMARAZ, Sergio. *El poder y la caída*. Cochabamba: Los Amigos del Libro, 1969.
- ALMARAZ, Sergio. *Réquiem para una república*. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés, 1969.
- ALMARAZ, Sergio. *Obras completas*. La Paz: Plural, 2009.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ANTEZANA, Luis H. "Sistema y proceso ideológico en Bolivia 1935-1979". En ZAVALETA MERCADO, René (Comp.). *Bolivia Hoy*. México: Siglo XXI, 1983.
- ARGUEDAS, Alcides. *Historia General de Bolivia (1809-1921)*. La Paz: Arnó Hermanos Editores, 1922.
- ARGUEDAS, Alcides. *Pueblo enfermo*. La Paz: Ediciones Puerta del Sol, 1936.
- ARGUEDAS, Alcides. *Raza de bronce*. Buenos Aires: Lozada, 1945.
- ARGUEDAS, Alcides. *Epistolario de Arguedas*. La Paz: Fundación Manuel Vicente Ballivián, 1979.
- ARNADE, Charles W. *La dramática insurgencia de Bolivia*. La Paz: Juventud, 1972.
- ARÓSTEGUI, Julio. *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza, 2004.

- BAPTISTA CASERTA, Mariano. *La cuestión de límites entre Bolivia y Chile. Desde sus orígenes hasta los tratados de 1874*. Sucre: Imprenta La Capital, 1905.
- BAPTISTA GUMUCIO, Mariano. *Páginas escogidas de Mariano Baptista*. La Paz: Los Amigos del Libro, 1975.
- BAPTISTA GUMUCIO, Mariano. *Chile-Bolivia. La agenda inconclusa*. Santiago: LOM Ediciones, 1999.
- BAPTISTA GUMUCIO, Mariano. *Bolivianos y chilenos: Miradas como espadas*. La Paz: La Prensa, s/f.
- BARROS ARANA, Diego. *Historia de la Guerra del Pacífico*. Santiago: Librería Central de Servat, 1880.
- BARROS VAN BUREN, Mario. *Historia Diplomática de Chile. 1541-1938*. Santiago: Taurus, 1990.
- BARTH, Fredrik (comp). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú 1822-1933. Cuarto Periodo. La Guerra con Chile 1879-1883*. Lima: Editorial Universitaria, 1983.
- BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú. Vol. 13*. Lima: Editorial Universitaria, 1983.
- BACKSCO, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanza colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990.
- BECERRA DE LA ROCA, Rodolfo. *Nulidad de una apropiación chilena*. La Paz: Plural, 2006.
- BETHELL, Leslie. *Historia de América Latina*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1997.
- BIBLIOTECA HISTÓRICA PERUANA. *La guerra con Chile, la Campaña del Sur*. Lima: 1967.
- BIRBUET, Miguel. *Recuerdos de la Campaña de 1879*. La Paz: Ediciones Isla, 1986.
- BOCCARA, Bruno. *Bolivia: Revirtiendo traumas*. La Paz: CERES, Plural, 2013.
- BONILLA, Heraclio: *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos IEP, 1980

- BULMER- THOMAS, Víctor. *La historia económica de América Latina desde la Independencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- BULNES, Gonzalo. *Guerra del Pacífico. Tres Tomos*. Valparaíso: Universo, 1911.
- BULNES, Gonzalo. *Causas de la Guerra del Pacífico*. Santiago: Biblioteca y Archivo Nacional de Chile, 1918.
- CÁCERES, Andrés A. *La guerra entre Perú y Chile*. Lima, 1924.
- CAIVANO, Tomás. *La guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*. Tres Tomos. Lima: LIMA S.A., 1979.
- CALDERÓN, Félix. *El Tratado de 1929. La otra historia*. Lima: Fondo Editorial Congreso del Perú, 2000.
- CAMACHO, Edgar. *Sentido común en las relaciones internacionales*. La Paz: Plural, 2017.
- CANELAS, Amado. *Bolivia: Mito y realidad de su enclaustramiento*. Lima: Tipografía Peruana, 1978.
- CASANOVA, Julián. *La historia social y los historiadores*. Madrid: Crítica, 1991.
- CASTORIADIS, Cornelius. *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- CONCHA, José Miguel. *Iniciativas chilenas para una alianza estratégica con Bolivia (1879-1899)*. La Paz: Plural, 2011.
- CONGRAINS MARTIN, Eduardo. *Serie "Reivindicación". Diez Tomos*. Lima: Editorial ECOMA, 1978.
- CONGRESO NACIONAL DE CHILE. *Arturo Prat Chacón. Marino, abogado y humanista*. Santiago, 1993.
- COTLER, Julio. *Clases, estado y nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos IEP, 2005
- DEGREGORI, Carlos: *Indigenismo, clases sociales y problema nacional: la discusión sobre el "problema indígena" en el Perú*. Lima: Ediciones Centro Latinoamericano de Trabajo Social -CELATS, 1978.

- DEGREGORI, Carlos. “Identidad étnica, movimientos sociales y participación política en el Perú”. En ADRIAZÉN y otros. *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*. Lima: IFEA-IEP, 1993.
- EJÉRCITO DE CHILE. *Una epopeya inmortal*. Santiago, 1974.
- EJÉRCITO DE CHILE. *Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile*. Santiago, 1981.
- ESCOBARI, Jorge. *Historia diplomática de Bolivia*. La Paz: Urquiza, 1975.
- ESTADO PLURINACIONAL DE BOLIVIA. *El libro del mar*. La Paz: Ministerio de Relaciones Exteriores, 2014.
- FABRA, Pere. *Habermas: lenguaje, razón y verdad. Los fundamentos del cognitivismo en Jürgen Habermas*. Madrid: Marcial Pons, 2008.
- FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1966.
- GÓNGORA, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Editorial Universitaria, 1985
- GUMUCIO, Jorge. *El enclaustramiento marítimo de Bolivia en los foros del mundo*. La Paz: Academia Boliviana de la Historia, 1993.
- GUTIÉRREZ, Alberto. *La guerra de 1879. Nuevos esclarecimientos*. La Paz: Ediciones Populares Camarlingui, 1976.
- GUTIÉRREZ, Guillermo. *Negociaciones diplomáticas con Chile, 1975*. La Paz: Don Bosco, 1992.
- GUTIÉRREZ, Mario. *Alegato histórico de los derechos de Bolivia al Pacífico*. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos, 1962.
- HOZ DE VILA, Víctor. *Retrospectiva del Litoral boliviano*. Cochabamba: Editorial J. V., 1992.
- HIRTZ, Mónica. “Consideraciones sobre el diferendo Chile-Bolivia: Una mirada desde cerca y desde fuera”. En MAIRA, Luis; MURILLO DE LA ROCHA, Javier. *El largo conflicto entre Chile y Bolivia*. Santiago de Chile: Taurus, 2004.
- INOSTROSA, Jorge. *Adiós al 7mo. de Línea*. Siete Tomos. Santiago: Zig-zag, 1959.

- JELIN, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- JOCELYN-HOLT, Alfredo. *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Buenos Aires: Editorial Espasa Calpe, 1997
- KAPLAN, Marcos. *Formación del Estado Nacional en América Latina*. Santiago: Editorial Universitaria, 1969.
- KLEIN, Herbert. *Historia general de Bolivia*. La Paz: Juventud, 1982.
- KNIGHT, Alan. “Pueblo, política y nación, siglos XIX y XX”. En: URIBE, Victor Manuel y ORTIZ, Luis Javier. *Naciones, gentes y territorios*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2000.
- LARRAÍN, Jorge. *Identidad chilena*. Santiago: LOM ediciones, 2001
- MAIRA, Luis. “Las relaciones entre Chile y Bolivia y el centenario del Tratado de 1904”. En MAIRA, Luis; MURILLO DE LA ROCHA, Javier. *El largo conflicto entre Chile y Bolivia*. Santiago: Taurus, 2004.
- MARIÁTEGUI, Carlos. *Siete ensayos de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta, 1928.
- MARIÁTEGUI, Carlos. *Siete ensayos de la realidad peruana*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2007.
- MC EVOY, Carmen. *Forjando la nación: ensayos sobre historia republicana*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999.
- MC EVOY, Carmen. *Armas de persuasión masiva. Retórica y ritual en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2010.
- MESA, José, GISBERT, Teresa, MESA, Carlos. *Historia de Bolivia*. Quinta Edición actualizada y aumentada. La Paz: Gisbert, 2003.
- MONTENEGRO, Carlos. *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz: Juventud, 2003.
- MOREYRA, MANUEL. *Estudios históricos*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1995.
- MURILLO DE LA ROCHA, Javier. “Bolivia y Chile: Una vecindad fracturada”. En MAIRA, Luis; MURILLO DE LA ROCHA, Javier. *El largo conflicto entre Chile y Bolivia*. Santiago: Taurus, 2004.
- OBLITAS, Edgar. *Relatos heroicos de la Guerra del Pacífico*. La Paz: Ediciones Puerta del Sol, 1981.
- OSTRIA, Alberto. *Apuntaciones sobre negociaciones portuarias con Chile*. Sucre: Archivo y Biblioteca Nacionales, 1998.

- OTERO, Gustavo Adolfo. *El Chile que yo he visto. El Perú que yo he visto*. La Paz: Última Hora, 1922.
- PARDO Y BARREDA, José. *Historia del tratado secreto de alianza defensiva entre Perú y Bolivia*. Lima: Editorial Milla Batres, 1979.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe. *Narración histórica de la guerra de Chile contra Perú y Bolivia*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, 1884.
- PEREYRA, Hugo. *Trabajos sobre la Guerra del Pacífico y otros estudios sobre historia e historiografía peruanas*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 2010.
- PINOCHET, Augusto. *Geopolítica*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1974.
- PINOCHET, Augusto. *La Guerra del Pacífico, Campaña de Tarapacá*. Santiago: Biblioteca y Archivo Nacional de Chile, 1979.
- PINOCHET, Augusto. *Geopolítica de Chile*. La Paz: El Cóndor de los Andes Editores, 2003.
- PRATT, Henry. *Diccionario de Sociología*. México: Fondo de Cultura Económica, 1966.
- QUEREJAZU, Roberto. *Guano, salitre, sangre*. La Paz: Los Amigos del Libro, 1979.
- QUEREJAZU, Roberto. *La Guerra del Pacífico*. La Paz: Los Amigos del Libro, 1983.
- QUEREJAZU, Roberto (comp.). *Oposición en Bolivia a la Confederación Perú-boliviana*. Sucre: Corte Suprema de Justicia de la Nación, 1996.
- RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- RIVAS, Ernesto. *Nuestros héroes*. Lima, 1979.
- ROBERTS BARRAGÁN, Hugo. *La gran traición en la Guerra del Pacífico*. La Paz: Fondo Editorial de los Diputados, 1979.
- ROUQUIE, Alain. “Los militares en la política latinoamericana desde 1930”. En BETHELL, Leslie. *Historia de América Latina*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1997.
- SALAZAR, Fernando. *Bolivia y Chile: desatando nudos*. La Paz: Plural, 2006.
- SAN FRANCISCO, Alejandro, Ángel SOTO. *Memorial del Ejército de Chile 1906-2006*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2006.

- SÁNCHEZ, Daniel. Bolivia: *Su estructura y sus derechos en el Pacífico*. La Paz: Fondo Editorial de los Diputados, 2000.
- SARLO, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- SEOANE, Alfredo y otros. *Bolivia y Chile: Complementación económica y asimetrías*. La Paz: UDAPE, 1997.
- SUBERCASEOUX, Bernardo. *Historia de las ideas y la cultura en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 2014.
- TABOADA TERÁN, Néstor. *Salvador Allende: ¡Mar para Bolivia!* La Paz: Plural, 2004.
- THORNDIKE, Guillermo. *1879*. Lima: Libre Editores, 1977.
- UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS. *La Guerra del Pacífico*. Lima, 1984.
- VILLALOBOS, Sergio. *Chile y Perú. La historia que nos une y nos separa 1535-1883*. Santiago: Editorial Universitaria, 2002.
- VILLCA, Simeón. *Estudios Sociales*. La Paz: Editorial Bruño, s/f.
- WALLERSTEIN, Inmanuel; BALIBAR, Etienne. *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA, 1991.
- ZAVALETA, René. *Bolivia: Crecimiento de la idea nacional*. La Habana: Cuadernos de la Revista Casa de las Américas, 1967.
- ZAVALETA, René. *Bolivia: El desarrollo de la conciencia nacional*. Montevideo: Editorial Diálogo, 1967.
- ZAVALETA, René. *El poder dual*. Cochabamba: Los Amigos del Libro, 1987.
- ZAVALETA, René. *Obras completas*. La Paz: Plural, 2011.

2. Tesis y trabajos académicos inéditos

- ESTREMADOIRO, Rocío. *Algunas dimensiones de análisis a partir de la matriz ideológica de la dictadura de Banzer en Bolivia*. Tesis para optar al grado de Máster en Estudios Latinoamericanos. Universidad de Salamanca, 2008.
- UGARTE, Emilio. *Chile-Perú: Cómo la idea de nación y los imaginarios condicionan la relación vecinal 1883-1980*. Tesis para optar al grado de Magíster

en Estudios Internacionales. Universidad de Chile. Instituto de Estudios Internacionales, 2011.

3. Ensayos y artículos en revistas especializadas y académicas

- ÁLVEZ MARÍN, Amaya; IRARRÁZAVAL GOMIEN, Andrés. “El plebiscito sobre el destino de Tacna y Arica como solución jurídica a un conflicto bélico. El aporte de Federico Puga Borne”. En *Scielo. Revista de estudios histórico-jurídicos*. No. 22, 2000.
- “Conferencias del Gral. Vial Guzmán. Política militar. II. El Servicio Militar Obligatorio”. En *Memorial del Ejército de Chile*, 1911.
- “El gasto militar y modernización de las Fuerzas Armadas: criterios para proyectar el potencial militar en América Latina”. En *Memorial del Ejército de Chile*, N° 459, 1998.
- ESTREMADOIRO, Rocío. *Las naciones y pueblos indígenas-originarios-campesinos en la nueva Constitución: Imaginarios y praxis en torno al debate entre el multiculturalismo y la interculturalidad*. Ensayo ganador. Primer Concurso de Ensayo Político. Fundación Boliviana por la Democracia Multipartidaria, 2010.
- ESTREMADOIRO, Rocío. “La construcción de imaginarios en la identidad cruceña”. En *Mojón 21. Revista de pensamiento político cruceño*. No. 1, año 1. Santa Cruz: Fundación Boliviana para la Democracia Multipartidaria, 2010.
- ESTREMADOIRO, Rocío. “Reflexiones sobre la Guerra del Pacífico”. En *Archivos del presente. Revista latinoamericana de temas internacionales*. No. 56, año 15. Buenos Aires: Fundación Foro del Sur, 2011.
- ESTREMADOIRO, Rocío. “Mujer y Estado: El posicionamiento de la mujer en la retórica de guerra y dictaduras en América Latina”. En *Revista Mulier Sapiens*. Cochabamba: Infante Promoción Integral de la Mujer y la Infancia, diciembre de 2013.
- ESTREMADOIRO, Rocío. “Bolivia como el “Mal Menor: Imaginarios colectivos y las rivalidades de Chile en el marco de la Guerra del Pacífico”. En *Decursos*.

Revista de ciencias sociales. Cochabamba: Centro de Estudios Superiores Universitarios (CESU), Universidad Mayor de San Simón, 2013.

- ESTREMADOIRO, Rocío. “Representaciones de la identidad nacional en Bolivia y la influencia de la Guerra del Pacífico y la demanda marítima boliviana”. En *Condiciones de vida en Cochabamba*. Cochabamba: Foro Regional, 2015.
- EYZAGUIRRE, Alejandra. “Lo literario en el discurso histórico”. En *Bicentenario*, No. 1, 2002.
- GRAÑA, Mario Julio. “La verdad asediada. Discursos de y para el poder. Escritura, institucionalización y elites indígenas sur andinas”. En *Andes*, No. 12, 2001.
- LACLAU, Ernesto. “Discurso, hegemonía y política”. En *Teoría 5*, 1986.
- MALAMUD, Carlos. “El caso Pinochet en España”. En *Bicentenario*. Santiago de Chile. Vol 1, N° 1, 2002.
- MOUFFE, Chantal. “Hegemonía e ideología en Gramsci”. En *Teoría 5*, 1986.
- O'DONNELL, Guillermo. “Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización”. En *Contrapuntos*. Buenos Aires: PAIDOS, 1997.
- POBLETE, Rafael. “Historia Militar. Reflexiones sobre la importancia de su estudio”. En *Memorial del Ejército de Chile*. Primer semestre, 1919: 20-21.
- “Reflexiones y deducciones sobre la enseñanza cívica de los cuerpos de tropas”. En *Memorial del Ejército de Chile*, segundo semestre, 1923.
- SUBERCASEOUX, Bernardo. “Raza y nación: el caso de Chile”. En *A contra corriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*. Vol. 5, No. 1, 2007.
- UNIDAD DE POLÍTICA ECONÓMICA, MINISTERIO DE HACIENDA. “Costo de la mediterraneidad boliviana”. Mayo de 1998, s/p).
- YRIGOYEN, Raquel. “Reconocimiento constitucional del derecho indígena y jurisdicción especial en los países andinos”. En *Revista Pena y Estado*. Buenos Aires: INECIP, 2000, N° 4.

4. Artículos y noticias de prensa

- BATALLA, Carlos. “El tratado de Ancón: una historia que cumple 130 años”. En *El Comercio*. <http://elcomercio.pe/blog/huellasdigitales/2013/10/el-tratado-de-ancon-una-histor>).
- *Boletín de la Guerra del Pacífico*, Santiago, 19 de diciembre de 1879.
- *El Comercio*, 28 de febrero de 1879.
- *El Mercurio*, 24 de febrero de 1879.
- ESTREMADOIRO, Rocío. “Guerra del Pacífico. La historia de los maniqueísmos”. En *Los Tiempos, Especial “Día del mar”*, 23 de marzo de 2015.
- ESTREMADOIRO, Rocío. “Medias verdades”. En *Los Tiempos*, 7 de octubre de 2015.
- ESTREMADOIRO, Winston. “Prejuicios chilenos y el mar para Bolivia”. En *La Patria en línea*, 12 de junio de 2012.
- “¿Por qué se perdió la guerra con Chile? Avelino Cáceres te responde”. En *Correo*, 22 de abril de 2015.
- SAN MIGUEL, Jorge. “Pensar el nacionalismo I”. En *Politikon*, 24 de septiembre de 2012.

5. Documentos históricos

- *Carta del Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Eliodoro Villazón al Plenipotenciario de Chile en Bolivia, Abraham König, 1900*. Santiago, Biblioteca y Archivo Nacional de Chile.
- *Discurso del General en Jefe del ejército de Chile, Erasmo Escala. Batalla de Pisagua*. Extraído de: <http://gdp1879.blogspot.com/2012/10/proclama-de-escala.html>
- *Discurso de Estanislao Del Canto en la batalla de Tacna*. Extraído de <http://www.laguerradelpacifico.cl/cantota.htm>
- *Memorial del Ejército de Chile*. Santiago, Biblioteca y Archivo Nacional de Chile.
- *Ley contra el racismo y toda forma de discriminación*. Gaceta Oficial de Bolivia, 2010.

- *Tratado de 1874 entre Chile y Bolivia*. Santiago, Biblioteca y Archivo Nacional de Chile.
- *Tratado de 1883 entre Perú y Chile*. Santiago, Biblioteca y Archivo Nacional de Chile.
- *Tratado de 1904 entre Chile y Bolivia*. Santiago, Biblioteca y Archivo Nacional de Chile.
- *Tratado de 1929 entre Perú y Chile*. Santiago, Biblioteca y Archivo Nacional de Chile.

6. Referencias de internet

- *Blog del historiador peruano Hugo Pereyra Plasencia*. <http://blog.pucp.edu.pe/blog/hpereyra.html>.
- *Blog de "César Vásquez. Perú: Política, economía, historia"*. <https://cavb.blogspot.com/2012/05/yo-tambien-he-hecho-construir-ya-dos.html>.
- <http://www.guidebolivia.com>.
- *La Guerra del Pacífico. Los héroes olvidados*. www.laguerradelpacifico.cl
- <http://historiaglobalonline.com/>.
- *Razón y fuerza. Foro de defensa, material bélico e historia*. <http://razonyfuerza.mforos.com>.

7. Material audiovisual

- *Adiós al Séptimo de Línea (miniserie de TV)*. Santiago, 2010.
- *Colección Conflicto con Chile*. Lima, s/a.
- *Documental "Epitafios de una guerra (1879-2001)"*. La Paz, Santiago, 2001.
- *Entrevista a Sergio Villalobos*. En <http://www.youtube.com/watch?v=otqWv-NaYFQ>.
- MICHEL, Pablo. *La Guerra del Pacífico 1879-1881*. La Paz: Siglo y Cuarto Documentos Históricos, octubre de 2011.

M. Rocío Estremadoiro Rioja
La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades
en Bolivia, Perú y Chile

Anexos

Anexos

1. Entrevistas

1.1 Entrevista a Rodolfo Becerra de la Roca

Entrevistado: Rodolfo Becerra de la Roca (RB)

Entrevistadora: Rocío Estremadoiro (RE)

(Se explica el objetivo de la entrevista).

(RE) ¿Cuál es la percepción que tiene usted de las causas principales sobre la Guerra del Pacífico? En general, los historiadores de Chile argumentan que las visiones bolivianas varían en ese sentido.

(RB) En realidad no varía. Generalmente los historiadores bolivianos y los historiadores chilenos han adoptado como válidas las causas que los chilenos describen “el crimen” para la Guerra del Pacífico. En eso no estoy de acuerdo.

Básicamente ahí están los nuevos enfoques que salen en los libros. La causa para los chilenos es que nosotros hemos provocado la guerra. Eso lo hemos asumido y lo creen también los peruanos, porque esa es la propaganda que han insistentemente dicho, o sea somos los culpables de la Guerra Pacífico por haber incumplido el artículo cuarto del tratado de 1874. Y eso es completamente falso, no es solamente falso, sino es también fraudulento.

Sobre esa parte de lo fraudulento es que se va hacer un examen mucho más profundo en mi nuevo libro.

Las causas hay que encontrarlas en la ambición de Chile. La ambición de Chile por apoderarse de Atacama y el Tarapacá peruano arranca de más atrás. Ellos en realidad sentían, no diremos envidia, pero se sentían menoscabados por el auge y la riqueza que tenía el Perú con la explotación del guano y después del salitre porque los peruanos tuvieron una época de oro que le produjo el guano y que no supieron aprovechar porque ellos despilfarraron todo eso.

Entonces, los chilenos querían igualar esa acumulación de riqueza y buscaron el guano en sus costas y subieron hasta Atacama y después se metieron en Tarapacá.

Entonces, la causa de la guerra es su ambición y su espíritu expansivo porque este era un territorio bien reducido. Es tan evidente eso que cuando se fundó Chile, se fundó con tres provincias la provincia de Coquimbo, Concepción y Santiago. Eran tres provincias porque Chile ya durante la colonia y en los inicios republicanos nunca ocupó el territorio. Cuando más llegaban al río Biobío porque los mapuches siempre fueron un freno para la ocupación territorial del pueblo chileno. Entonces, su territorio era muy reducido y de ahí nació su espíritu de expansión. ¿Y dónde iba ser? Tenía que ser Bolivia y después el Perú.

Porque ellos están mirando muy bien la situación de Bolivia, la situación anárquica, permanente de caos. Entonces, han ido trabajando con mucha astucia y así hábilmente ellos sostienen el tratado de 1866 en el periodo de Melgarejo.

Yo no lo critico tanto esa definición que hicieron del paralelo 24 porque había que resolver este problema porque los chilenos estaban arrolladores en su afán expansivo, entonces había que ponerle un coto, además de que Bolivia tampoco ocupaba la totalidad de su territorio. Bolivia siempre ha descuidado, aún ahora, su territorio.

De ese modo es que ellos han buscado pretextos que han dado lugar a que nos invadan y provoquen la guerra, es un pretexto fraudulento de que habíamos incumplido el tratado. No es verdad eso. ¿Por qué? Porque el impuesto de los 10 centavos, se establece no de modo general, no era aún impuesto, no tenía esa característica del impuesto universal. Fue un gravamen específico y particular para una empresa que era la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, que tampoco era una empresa chilena únicamente. Era una compañía anglo chilena, la mayor parte del capital lo tenían los ingleses. Entonces, ya anteriormente había obtenido esta empresa la gratuidad de la exportación.

Ellos no pagaron un centavo, lo que único que pagaban era las estacas mineras de la concesión, pero cero de impuesto. Bolivia está atravesando una situación muy difícil, primero la hambruna, peste, la sequía espantosa de 1878 y además los sismos que se produjeron en la costa boliviana, Antofagasta, Mejillones, Cobija prácticamente fueron destruidos. Entonces, ¿cómo papelear esta situación de Antofagasta, Cobija? Habían reclamos para que el gobierno acuda en el auxilio de su población y Bolivia no tenía salud.

Estábamos atravesando el peor trance económico de la historia en el Siglo XIX. Entonces, ¿por qué?, ¿de dónde nace la empresa? La empresa anglo chilena no pagaba ningún costo. Anteriormente Melgarejo, los errores de Melgarejo fueron las concesiones a los chilenos y a los ingleses para la explotación del salitre. Entonces, el gobierno de Morales anuló los tratados de Melgarejo e invitó a los interesados a que se apersonen al gobierno para hacer nuevos proyectos. Entonces, esta compañía se apersonó y llegaron a firmar un convenio transaccional del 27 de noviembre de 1873. La base cuarta también, dispone que esta compañía podrá exportar salitre libre de todo impuesto y gravámenes municipales de cualquier clase que sea. Entonces, de ahí nace.

No es que la compañía inglesa pagaba ningún impuesto. Si no que estaba liberada de todo impuesto, era una situación de privilegio excepcional. El solo hecho de haberles dado esas concesiones ya era una concesión fabulosa y el artículo cuarto del tratado de 1874 dice: Que el gobierno de Bolivia no podrá incrementar, no podrá aumentar los impuestos que a esa fecha se paga. O sea, la ley o el tratado están previendo que se paga el impuesto. Hay impuestos que se pagan, lo que es reconociendo el tratado, pero la Compañía de Salitres Antofagasta, no paga impuestos. Y el gobierno establece el gravamen que era una ridiculez frente a la magnitud de la exportación, entonces ahí está, ese fue el pretexto para provocar el abuso, la invasión del gobierno chileno.

Ellos explotaron, ¡uh!, echaron el grito al cielo ¡Los bolivianos han roto el tratado, han violado el tratado! ¡Han violado un tratado solemne! La dignidad y el honor chileno no puede soportarlo. Entonces, era una cosa mínima, además de carácter completamente administrativo. Porque esas cosas eran de reclamo administrativo, no para una guerra, entonces, por todo lado, el comportamiento de los chilenos han sido muy... que no tiene nombre.

Entonces, está la base de cómo los chilenos engatusaron y manejaron este incidente arrastrándola a Bolivia como si hubiera incumplido el tratado.

Yo he demostrado que no había incumplimiento porque no había. La compañía no pagaba impuestos y los 10 centavos no fue un incremento y el tratado preveía que se pagaban impuestos. Entonces, esa cosa tan simple nadie, nadie explotó en su tiempo ni después, al contrario, todos aún ahora (yo he tenido una pequeña discusión con los militares que no aceptan mi planteamiento), no aceptan lo que he estoy diciendo. Dicen “que Bolivia

incumplió nomás el tratado”. Entonces, está en la careta de los bolivianos que nosotros incumplimos el tratado.

Nos cuesta creer que no hemos incumplido el tratado pero cosas así han ocurrido en esta historia tan nefasta para Bolivia y no solamente este aspecto, sino otras cosas, que los bolivianos no han reparado. Había gente con mente, ¿no? Había abogados notables, pero no entraron al fondo para defender a su país.

(RE) ¿Qué opina usted de esta especie de mito chileno de que parte de las causas de la guerra, principalmente para el caso de declarar la guerra a Perú, fue el tratado de alianza de Perú y Bolivia?

(RB) Eso fue otro fraude, es otro fraude de los chilenos. El otro pretexto para involucrar al Perú en la guerra, porque a ellos más les interesaba apoderarse de las salitreras del Perú que eran mucho más, eran yacimientos más fabulosos, ¿no? Los de Bolivia estaban casi recién descubiertos, recién explotándose. Entonces a ellos les interesaba involucrar al Perú y, ¿cómo hacer? Producida la guerra los peruanos para no entrar de lleno en el conflicto hacen de mediadores y mandan a su ministro para plantear sus buenos oficios y evitar la guerra.

Entonces ahí le salen los chilenos con la existencia de tratado secreto, que de secreto no tenía nada. Porque se sabe que las cosas por más secretas que sean, entre los Estados no pueden mantenerse en ese manto. Entonces, objetaron la existencia del tratado de alianza y ellos lo interpretan como si fuera un tratado de alianza ofensiva y el tratado es muy explícito, es un tratado de alianza defensiva y todos los artículos del tratado están encaminados a eso, a protegerse ambos Estados de cualquier atentado de otros países.

Bueno, pero por más que hubiera sido ese tratado en defensa de cualquier agresión chilena, pero era un tratado defensivo. Entonces dijeron: “Es un tratado en secreto y nosotros tenemos que defendernos del Perú”. Eso de secreto está bien demostrado que ellos han conocido la existencia de este tratado. Además hay otra cuestión, no era el primer tratado, más antes, no me acuerdo en este momento la fecha, pero muchos años antes, ya habían firmado un tratado Perú y Bolivia, un tratado de alianza. ¿Y por qué no echaron un grito al cielo cuando se firmó ese tratado? Entonces, todo estaba maquinado y lo manejaron para justificar sus ansias de guerra.

(RE) ¿Hay alguna responsabilidad del Estado boliviano para el triste desenlace de la guerra?

(RB) Bueno, ese también es un mito, que nosotros habríamos traicionado al Perú, esa es una propaganda que han explotado y manejado los chilenos para ponernos frente a frente con el Perú. Es muy evidente que Bolivia más bien ha tenido actitudes de excesiva lealtad, cuando las tratativas de los chilenos de romper la alianza con el Perú, todo eso con mucha dignidad y lealtad. Lo que ocurre es que después de la batalla del Alto de la Alianza, nosotros estábamos destruidos. Terminada esa batalla los restos del ejército tenían que volver al país como pudieron. El ejército boliviano estaba destruido, el peruano también. Igual han tenido que escapar y replegarse hacia el norte, ambos ejércitos fueron destruidos porque la superioridad chilena era mucha. Entonces, los chilenos se van al norte incendiando, robando, haciendo fechorías y llegan a Lima haciendo lo mismo.

Nosotros no podíamos ir, materialmente nosotros no podíamos ir a auxiliar a Lima. No teníamos capacidad ni recursos ni implementos para hacer eso. Pero no se puede decir que hubiera traición. Los peruanos han cometido muchos errores. En Arequipa había un ejército peruano que no se ha movido nunca ni para ir a defender Lima, ¿y nos van acusar a nosotros que no fuimos a defenderlos? Si ni entre ellos mismos podían. Igual que en Bolivia, las pugnas eternas. Ya conocemos, parte del espíritu de los bolivianos y de los peruanos casi es el mismo.

En cambio, los chilenos han mantenido una unidad, una unidad de mando, hay no han estado los presidentes en el frente, han manejado técnicamente, ¿no? La guerra lo han manejado los militares, si bien siempre detrás ha habido civiles supervisando la guerra.

Pero nosotros no hemos cometido ninguna traición, aún así, después una vez que reacia Bolivia ha prestado ayuda a los peruanos con armamento, les ha mandado algunos cañones, creo que dinero. Entonces, no ha estado ausente Bolivia en la hecatombe del Perú.

(RE) ¿Usted cree que ha habido algún momento por parte de Chile de mayor apertura a la respecto a la reivindicación marítima o mayor acercamiento a Bolivia por algunos chilenos? Por ejemplo, utilizan mucho este asunto de que hubo el intento de los tratados de 1895 como una muestra de acercamiento a Bolivia, de que no

siempre primó una política hostil, o en algún otro momento la negociación de 1950 o las de Charaña. ¿Usted cree que alguna vez hubo por parte del Estado chileno una posición un poco más favorable frente a la reivindicación boliviana o ha sido más bien homogénea su posición?

(RB) Yo creo que esas actitudes siempre han sido hipócritas, ¿no? Porque ellos también han manejado acuerdos en situaciones internacionales, han pretendido ayudarnos para después decir que no, o esto o lo otro, y después nada. Siempre manejando sus intereses, nunca han tenido una posición franca. En 1895, sí fue un periodo que los bolivianos no han sabido aprovechar. Es que no se concluyó porque los chilenos también se opusieron, dieron un paso atrás, ¿no? Porque una vez que solucionaron sus conflictos con la Argentina, no les interesaba, entonces lo dejaron enfriar el tratado de 1904, que fue una claudicación vergonzosa de los bolivianos.

(RE) ¿En la firma del tratado de 1904 hay responsabilidad boliviana por aceptar un tratado tan desfavorable?

(RB) Un tratado tan oneroso, que beneficio ha tenido Bolivia ahí, ninguno. Todo ha sido dar y dar, el libre tránsito no es ninguna concesión.

(RE) Algunos autores hablan del ferrocarril, he leído a Alberto Gutiérrez. Como que da a entender que el ferrocarril era mejor que la salida al mar. ¿Era la posición del Partido Liberal en el fondo?

(RB) Esa era la posición, bueno los liberales han claudicado y los liberales han tenido mucha culpa. Desde los tratados de 1895 la oposición era lo liberales, los liberales se oponían a esos tratados pensando la ilusa posición de que nosotros podíamos recuperar todo ¿no? Y bloquearon y hasta llegar a 1900 y 1904 cuando ha claudicado, el entorno más difícil.

(RE) ¿Usted cree que en alguna de las otras negociaciones del siglo XX ha aviado alguna posible solución de la demanda boliviana? Claro los intentos de negociación ya en el Siglo XX

(RB) Lo malo es que en Bolivia nunca hay una política definida. Con que se empieza se va ya concluyendo, no hay una política marítima en Bolivia, nunca hubo, cada gobierno ha manejado las cosas de forma muy improvisada de acuerdo a las circunstancias y a

como se movía Chile. Bolivia nunca ha hecho un planteamiento de reivindicación marítima, siempre ha estado de acuerdo a las proposiciones chilenas, Chile es el que ha propuesto un corredor al norte de Arica y después con compensación territorial y esa negociación muchas veces, en Charaña por ejemplo, hemos estado muy cerca al mar. Que no se ha llegado a tener éxito en esa negociación, porque, ¿qué hacíamos con un canal, un callejón inservible? ¿Cuándo íbamos hacer un puerto en una costa completamente agreste? Con conformarnos después de haber perdido tanta extensión territorial con un callejón, es ridículo.

Era actuar con mayor dignidad que la de 1904. Yo, soy contrario al canal, al callejón. Nosotros no podemos aceptar eso. Porque ellos han ocupado territorio, ocupan territorios que nunca les han sido transferidos. Como el paralelo 23 al 24 o esas tierras que están dentro de arco del río Loa, eso nunca les ha servido. Evidentemente se han establecido lo de los ítems fronterizos. Pero sobre los territorios que comprenden, se han ellos extralimitado, nunca hubo transferencia.

(RE)¿Usted considera que la firma del tratado de 1929 Chile- Perú, de alguna manera, es un especie de traición de Perú a Bolivia?, ¿Qué opina de este tratado de 1929?

(RB) Bueno, los peruanos también han actuado no siempre dignamente, no con relación a Bolivia, sino con relación a su mismo país. El tratado de 1883 que lleva también la fecha del 20 de octubre, igual es una claudicación vergonzosa. Ellos tampoco han sabido manejar la cuestión del plebiscito de Tacna y Arica, igual se han dejado manejar por los chilenos tontamente. Ahora ese tratado del 29 era un tratado secreto, entonces si hubiera sido secreto hubiera sido suficiente motivo ¿Nosotros teníamos el poderío suficiente para invadir a los chilenos? Eso ocurrió con el tratado secreto de alianza Perú- boliviana.

Yo no lo veo tan a la trágica ese aspecto porque, en primer lugar, el Perú no es culpable de nuestro encierro geográfico en absoluto. Entonces, que el Perú haya negociado como le haya convenido a sus intereses sobre los territorios peruanos era una cuestión de ellos, que la prohibición de ceder a una tercera potencia, eso podían haberlo establecido. Nosotros tenemos derecho de reivindicación no sobre Tacna ni Arica, a nosotros nos han usurpado otros, nuestros territorios, y nuestro derecho está ahí, no sobre territorios peruanos que fueron quemados. Pero en toda la mente maquiavélica de los chilenos, los

chilenos nos meten y nos lavan el cerebro como ellos quieren. La historia de la Guerra del Pacífico se ha escrito a mano como fuente de los historiadores chilenos.

(RE) ¿Considera usted que parte del atraso económico boliviano tiene relación con su enclaustramiento marítimo?

(RB) Eso es definitivo, porque los chilenos no han hecho tanto, tanto, tanto daño que aún ahora nos tienen ahogados, somos un país enclaustrado.

Este enclaustramiento no sólo ha sido marítimo, ha sido también mental, nos han enclaustrado, mental, social, política, históricamente. Los efectos del encierro son muy grandes, en todo sentido.

(RE) Dados los antecedentes de la posición chilena a lo largo de la historia de la Guerra del Pacífico, también en la situación actual ¿Usted considera viable la reivindicación marítima boliviana? ¿A la larga será posible que algún día nosotros podamos reivindicar una salida soberana al océano pacífico?

(RB) Probablemente va ser imposible que reivindicemos todo el territorio que nos han quitado. Va a ser materialmente imposible seguramente. Pero nosotros debemos mantener latente y firmemente nuestro derecho de reivindicación. Y ese sentimiento de nuestro derecho debemos inculcarlo en nuestra formación, porque es la fuerza del espíritu y la fuerza del derecho ultrajado lo que nos lleva a una posible reivindicación, ¿no? Si no hay esa fuerza, si no hay el espíritu, nunca lo vamos a lograr.

(RE) ¿Cuáles serían las políticas de Estado correctas que debería seguir el gobierno o el Estado boliviano frente a este tema?

(RB) Cortar ese sometimiento del Estado boliviano ante los chilenos. Nosotros somos un país dependiente de Chile. Bolivia si hubiera mantenido una política de dignidad, nunca se hubiera sometido a las políticas chilenas, porque ocurrido el desmembramiento, el enclaustramiento, Bolivia se ha sometido y se ha sojuzgado al vencedor, se ha sojuzgado de forma absoluta.

Cuando un sentimiento, el más mínimo sentimiento de dignidad, debía habernos hecho desviar nuestro comercio externo hacia otros rumbos. En cambio, los chilenos nos han amarrado, nos han amarrado a Antofagasta, nos han amarrado a Arica, a Iquique y somos

los financiadores del desarrollo de esta zona. Porque todas las riquezas que salen de este territorio que era nuestro sirven para engrandecer a la burguesía de Santiago y de Valparaíso. No para desarrollar el suelo de donde extraen la riqueza, que lo dejan a los bolivianos hacerlo, ¿no?

(RE) ¿Entonces es verdad que de alguna manera estos territorios, estas riquezas han permitido el desarrollo de Chile convertido en una de las potencias económicas de América Latina?

(RB) Definitivamente, porque la riqueza que han obtenido, toda la riqueza que ha obtenido Chile no es de su territorio tradicional si no de Atacama y Tarapacá y en los últimos tiempos más de Atacama. De ahí han salido la plata, el oro, el salitre, tantas cosas, ¿no? Había sido un territorio riquísimo. Es el primer productor mundial de cobre y eso les da unos ingresos pero fabulosos. Entonces, de ese modo ellos han podido potenciar su industria en la parte central, han podido potenciar sus viñedos, en fin, ¿no? No es que haya salido solo de ello. Ellos se sienten superiores, pero no saben que esa superioridad la han obtenido por el dinero, por la riqueza que han obtenido, la riqueza usurpada.

(RE) Creo que eso es todo...

(RB) A manera de anécdota, Chile era un país pobre, tenía una burguesía triste, tenía visión y era una burguesía fuerte porque en Chile se explotaba mucho a la gente, nunca ha ocurrido que los campesinos hubieran trabajado bajo el látigo, allá sí, y en esos tiempos subía mucha inmigración de Chile y en todas partes se los conocían como las tres “p”, eran ellos lo que Chile exportaba a otros países: Eran payasos, pillos y la otra “p” se lo dejo a su imaginación. Así era Chile antes de la Guerra del Pacífico.

(RE) No sé hasta qué punto será cierto, pero, por ejemplo hay algunos autores bolivianos, en realidad me estoy refiriendo a Néstor Taboada Terán que dice que la izquierda chilena tenía una posición mucho más favorable a la reivindicación marítima, ¿hasta qué punto será cierto?

(RB) Es una cosa utópica que se le ha venido a la cabeza. Nos llamaron a unas cuatro personas, Evo Morales, a su despacho, para que hablemos sobre el tema marítimo y lo habían invitado también a Taboada Terán y las excreciones más desafortunadas las dijo él. Dijo que Allende nos hubiera dado el mar. No nos hubiera dado nunca. Los chilenos

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

sean comunistas, sean socialistas, sean de la calaña que sean, no, nos van a dar el mar porque ese es su instrumento de dominación sobre Bolivia. Ellos, voluntariamente, no. Tendríamos que ser muy hábiles negociadores y hacer presión de otro tipo, por ejemplo, salir por el Perú, cortar la frontera para el ingreso de mercadería en la frontera. Nosotros deberíamos adoptar actitudes radicales: “¡Ah no que en tiempos de globalización!” Absurdo. Pero si Bolivia fuera gobernada realmente por gente digna que quiera recuperar la dignidad del país asumiría otras posiciones, ¿no?

(RE) ¿Según usted ningún gobierno ha asumido esas posiciones? ¿Ni siquiera éste que ha vuelto un poco a ahondar el tema?

(RB) Ah no, éste lo ha hecho por casualidad, él no tiene una vocación, él no sabe, sus conocimientos históricos son tan rudimentarios. El problema chileno es muy complejo, tiene muchas implicaciones.

1.2 Entrevista a Mariano Baptista

Entrevistado: Mariano Baptista (MB)

Entrevistadora: Rocío Estremadoiro (RE)

(Se explica en que consiste la Tesis Doctoral y el objetivo de la entrevista).

(RE) ¿Cómo usted percibe, como experto en el tema, a las verdaderas causas de la Guerra del Pacífico?

(MB) Bueno las verdaderas causas están clarísimas. Arrancan de la derrota de Yungay de Santa Cruz y también de la personalidad de él porque él admiraba a los chilenos y los dejó ir con sus armas y bagajes en la derrota que tuvieron. Porque ellos primero atacaron la Confederación. Hay una famosa carta de Portales donde le dice a un almirante que no se puede dejar que prospere la idea de la unión de Perú y Bolivia porque sería un país muy poderoso y hay que acabar con la Confederación. Entonces, invaden el territorio peruano, Santa Cruz los derrota y luego vuelven porque la paz que firmaron no la acepta el Congreso peruano. Entonces vuelven y en Yungay derrotan a Santa Cruz, lo toman preso y lo tienen más de un año preso en Chile. La mujer tuvo que moverse hasta con las cortes europeas para que lo suelten y entonces se hace un acuerdo entre gobiernos de Bolivia, Ecuador, Chile, para que no vuelva más a América. Santa Cruz intentó venir por Salta a Bolivia y fracasó. En todo caso, la animosidad de Chile era bien grande, pero se dieron cuenta que por la explotación del guano podían ganar fortunas inmensas en las tierras ya cansadas de Europa, entonces, empezaron no sólo ellos, el Perú también hizo mucho dinero en el Siglo XIX con el guano.

Entonces, avanzaron sobre el territorio de Atacama y cambiaron su Constitución incluyendo como provincia de Atacama.

Ahí empezaron los problemas, hay una carta muy buena del famoso Bustillo que la escribió al gobierno boliviano, contándole su gestión, la escribió con René Moreno que era su secretario.

Pero Bolivia, claro, ha sido el socio siempre más castigado porque tampoco Perú nos trataba mejor, ¿no? Había lo que se llamaba el “dogal peruano” de Arica donde se ponían

impuestos a la mercadería de Bolivia de salida y entrada hasta la guerra. Después de eso, se ocupó Chile.

La razón principal fue la ambición de Chile que era una especie de lobo hambriento, una sociedad de clase media de muy escasos recursos y la tentación de ver un territorio al norte, la posibilidad de llegar por mar. Y nosotros no podíamos llegar por tierra y ellos tenían gente desesperada, dispuesta a trabajar incluso teniendo sed o hambre. Entonces avanzaron pacíficamente, se descubrió Caracoles que era una mina muy rica de plata donde intervinieron algunos empresarios bolivianos, pero ya el grueso era chileno, y así se avanzó sobre Atacama y se encontró el pretexto ideal, porque lo sirvió en bandeja de plata el ponerles el impuesto, de 10 centavos. Entonces, Chile convirtió un asunto de empresa privada, en un uno de Estado.

Un chileno ha hecho un estudio de la influencia de los empresarios chilenos sobre el gobierno de su país para intervenir en la guerra. Según este señor, varios del gabinete eran accionistas de la Empresa de Ferrocarriles de Antofagasta.

(RE) ¿Cuál cree usted que es el principal mito que maneja Chile para explicar los resultados de la Guerra del Pacífico?

(MB)El incumplimiento de Bolivia, la falta de seriedad que tiene Bolivia.

(RE)¿Respecto al tratado de 1904?

Del tratado, sí, exacto.

(RE) ¿Cuál sería el principal mito boliviano? ¿Hay alguna responsabilidad de Bolivia en este desenlace?

(MB) ¡Pero mucha pues! Yo no tengo el cuadro claro. ¿Por qué Daza se quedó ocho meses en Tacna? Parece que era que no le mandaban recursos o no había un Estado Mayor que dirigiera la guerra. Pero la intervención boliviana, y por eso se crea el mito de Abaroa, lo hicimos tan mal que finalmente teníamos que aferrarnos a alguien que hubiera puesto la cara dignamente y hubiera muerto con dignidad. Luego el ejército boliviano lo ha convertido en Coronel, él era un comerciante minero. Hay una carta muy linda de él cediendo todos sus bienes para la defensa.

(RE) ¿Y cuál sería el mayor mito peruano? Respecto a la guerra.

(MB) No lo sé, no lo sé...

(RE) Pareciera que en ciertas versiones históricas peruanas culpan a Bolivia de haber salido antes de la guerra.

(MB) Claro, claro, somos los malos de la película. Y en verdad nos retiramos en un momento muy duro, ¿no? Cuando ya los chilenos habían ocupado Lima. Hicieron trotería y medio y Bolivia no hubiera resistido ni una bofetada. Y cuando en el 84 se firmó la tregua de paz, los chilenos amenazaron con entrar a La Paz. Entraron a ciudades del altiplano, a Oruro, La Paz, Potosí. Hay un libro que hizo Joaquín (Aguirre) con los documentos de Nataniel Aguirre, ¿no?

(RE) ¿Usted cree que la posición chilena respecto a la guerra, a la reivindicación marítima boliviana tiene variantes? ¿Hay distintas posiciones en Chile? ¿Ha cambiado, históricamente? ¿Alguna vez han sido más abiertos?

(MB) Como no, como no. Eso lo va leer en mi libro. La negociación del 50' es un éxito increíble de Ostría.

(RE) ¿La de 1950?

(MB) La del 50', las cartas que se cruzaron. Del lado boliviano se cruzó Tamayo y otras gentes que odiaban a Chile, hicieron fracasar porque además una revista publicó un reportaje diciendo que el precio del acuerdo eran las aguas del Titicaca. Ante eso Tamayo salió furibundo y dijo que no había que firmar nada. Pero también se enfrió la situación en Chile. No secundó la opinión pública porque contrariamente a lo que cree el bobo de Evo, de la diplomacia de los pueblos, los más chauvinistas son los rotos, la gente que va a los bares, los obreros, lo que queda de la clase obrera, ellos no permitirían un acuerdo así no más. En la clase gobernante pues, la marina tiene mucha más fuerza que la fuerza del sector militar, más reacio, pero en general nos ven con mucho desprecio.

Yo, cuando estuve en Chile, yo notaba eso... Les tienen un gran complejo a los argentinos, pero a Bolivia y a Perú, como va el servicio doméstico, van a Santiago, entonces la idea es que son indiecitos, indiecitas que rebalsan en busca de un sueldo más o menos.

(RE) ¿Lo mismo con Bolivia en temas nacionales?

(MB) Igual, igual.

(RE) ¿Qué opina usted de estos acuerdos que hubo en 1895, eran una salida?

(MB) Claro, yo... ¿no se ha comprado el libro del chileno?

(RE) Si, lo tengo.

(MB) Ahí jugó un papel muy importante mi bisabuelo, claro yo soy partidario de este acuerdo porque, finalmente, era mejor antes de firmar el tratado de 1904 que fue definitivo y aplastante para Bolivia. Terrible. Montes debe estar en el infierno tostándose, como que se arrepintió y no pudo hacer nada después.

El del 95' reconoce un puerto soberano para Bolivia en espera de plebiscito de Tacna – Arica, y si era desfavorable a Chile, era la caleta Vítor, así es que lo único positivo que hemos logrado. Y luego es lo del 50', lo que avanzó Banzer, pero eso es del 75', ¿no? Ahí estaba un antecedente que siempre ha jugado contra Bolivia, que es la posición de la Argentina.

Pinochet le tenía miedo a la Argentina, entonces, ante la idea de que Argentina pudiera intervenir, no sé si coincidirá esto con las Malvinas, pero Chile se puso franca y abiertamente en favor de Inglaterra y Bolivia estúpidamente se alió a la Argentina. Yo era director de “Última Hora” y nos citaron a la Cancillería, el Canciller era Gonzalo Romero, a tratar de explicarnos. Nos contó él que había el Embajador británico, porque el jefe del Comandante de la Fuerza Aérea boliviana que era un General (que además era gay), en esa época era muy raro (los militares lo sabían, no importa que sea, ¿no?). Este puso a disposición nuestros aeropuertos para la Argentina. A las horas, el Embajador británico le dijo a Romero: “¿Usted está entrando a la guerra?” Él le dijo: “No”. “Pero aquí hay esta declaración y si ustedes están entrando a la guerra, absténganse a las consecuencias”. Porque estos juegan pues con esa ligereza que nos caracteriza. Total, que yo escribí un folleto incluso: “Antes de perder la cabeza”. No me acuerdo, comparando la situación de Chile y Bolivia, pero es un folleto que ya no lo tengo. Le dije a Romero: “El mandatario boliviano que hiciera la locura de unirse a la Argentina, terminará colgado con sus amigos y como Villarreal”. Así, en la reunión con los periodistas.

(RE) ¿Hasta qué punto es mito de que hay una posición mucho más favorable a la reivindicación boliviana desde la izquierda chilena?

(MB) Mentira, mentira...La izquierda ya no existe, pues. Se ha refundado con esta chica que dirige el movimiento estudiantil. La izquierda se acabó en Chile, el Partido Comunista se acabó. No, no hay tal izquierda.

(RE) Porque hay un libro de Taboada Terán que dice “Allende, mar para Bolivia ” ¿Hasta qué punto es un mito?

(MB) Además, miente Taboada Terán. Miente porque se inventa esa reunión. Bueno pudo haberla tenido, pero no hay documentos. Además que Allende haya dicho eso, ¡jamás! Neruda nunca dijo una palabra sobre la mediterraneidad de Bolivia y cuando desviaron las aguas del Lauca, Oruro hizo una carta abierta, yo la tengo. Neruda se hace al loco, nadie quería hablar de la mediterraneidad de Bolivia. Cuando yo llegué al Consulado había una tradición de los cónsules. A mí me echaron del Consulado por este libro que le he contado. Había una tradición de aguantarse lo que dijera “El Mercurio”, lo que dijera la prensa y yo no dejaba pasar una sola. Por ejemplo, del río llamado Silala. Yo decía que no era un río y me publicaba “El Mercurio”, como yo era periodista...Pero la tradición era quedarse callado, calladito para no molestar al gobierno chileno, eso ha durado décadas. Y mi sucesor, le dicen “el roto de ADN”, que fue subsecretario, fue condecorado por Chile. A mí me hubiera dado vergüenza recibir una condecoración, porque el contraste conmigo era muy grande, ¿no?

(RE) Dado los antecedentes de la posición de Chile y la posición peruana, además. ¿Considera usted que haya posibilidad en algún momento lograr la reivindicación marítima, alguna salida?

(MB)No, con este nuestro gobierno, este es un gobierno de chambones.

(RE) ¿Cómo debería encaminarse?

(MB) Hay que trabajar pues con el Perú, hay que mejorar la relación con el Perú, básicamente, y tomarles la palabra, ellos siempre dicen públicamente que no se van a oponer. Pero veremos que sale en La Haya, si sale favorable al Perú, estamos perdidos, no hay más territorio en la línea de La Concordia. Habría que negociar también con ellos. Es bien complejo y hay que hacer un equipo con la Cancillería. Chile tiene siempre un

equipo boliviano que sigue el curso de las declaraciones que se producen en Bolivia, las tendencias, que está sucediendo. Y, por supuesto, la relación Chile-Perú es muy estrecha. Yo acabo de llegar de Lima, todas las grandes tiendas son chilenas, Falabella y todas esas. Están metidos en aviación, en industrias. Hay mucho capital chileno.

(RE) Entonces, un poco ya me respondió, pero, ¿la política del actual gobierno es errada?

(MB) Pésima, pésima, estúpida, no tiene ni pies ni cabeza desde el primer día. Claro, se lo metieron al bolsillo porque ya desde la época de Banzer, nos cultivaban, venía el Presidente, el socialista. Después, en cuanto salió presidente Evo, lo fue a visitar en su departamento en Miraflores. Este hombre, ¿cuál era el anterior a la mujer?

(RE) Lagos.

(MB) Lagos vino al entierro de Banzer, una cosa insólita. Ya hacía tiempo que estaba fuera del gobierno, Banzer. O sea que siempre daban señales, ¿no? Y lo invitaron a Chile, llevó un charango, no sé qué historia, y le hicieron la tenida esa en el estadio donde entran 10.000 personas, estamos hablando de una ciudad de 35 millones o 6, Santiago. Eso era lo que podía reunir la izquierda.

(RE) ¿Entonces es cierta, no más, esa visión de que si hicieran un referendo en Chile, la mayor parte de la población diría que no?

(MB) Absolutamente, no. Y, en todo caso, aún esa minoría exigiría la compensación territorial.

(RE) O sea, no es no más así.

(MB) No, porque los chilenos, a cualquier nivel, no se sienten culpables de nada. Más bien se sienten herederos de una tradición de éxitos militares, no es que nos hayan arrebatado, ese es su concepto. Y aquí creemos que son unos grandes ladrones.

1.3 Entrevista a Pablo Michel

Entrevistado: Pablo Michel (PM)

Entrevistadora: Rocío Estremadoiro (RE)

(RE) La primera pregunta: Desde su juicio como historiador, ¿cuál cree que sea la percepción hegemónica en Bolivia sobre las causas de la Guerra del Pacífico?

(PM) Si salimos a las calles, en el imaginario colectivo, por supuesto es el tema de los 10 centavos, los impuestos que correspondían, que era lo justo en ese momento. Bueno eso es en la percepción popular, no damos cuenta con la documentación, incluso con un estudio medio, ni siquiera profundo. El pueblo boliviano tiene bastantes lagunas, está muy errado en su percepción, porque, evidentemente, sabemos que el tema de los 10 centavos fue un detonante, pero no fue el problema ese, es decir, la rivalidad de la Guerra del Pacífico viene de la época de la colonia. Cuando hay dos puertos, esta pugna, Valparaíso y El Callao, esas rivalidades, cuando Chile, simplemente, era una capitania de puerto y cuando ya es un Virreinato el Perú, es cuando va a nacer este poderío armamentístico. Ahora, ya en la época de la república, en la formación de los Estados, no hay que olvidar a un personaje importante dentro de la política, Diego Portales, chileno. Cuando Diego Portales se da cuenta de que la única forma de que florezca la naciente nación chilena es que se expanda. Este grupo pequeño de oligárquicos chilenos dependía de que no haya un crecimiento mayor en Perú y en Bolivia, por eso había que romper esta Confederación Perú-boliviana. Si bien en los comienzos de la república, Chile dependía de la agricultura, de todo lo que era el campo, los viñedos como ejemplo bien claro, ya a partir de los años 40' están haciendo un grupo fuerte de la minería justamente del norte, entonces, ese mirar, ese norte, ese mirar, hacia la conquista posteriormente. Hacer ver que, obviamente, los motivos vienen de hace mucho más tiempo. Los 10 centavos, por supuesto, fue el pretexto que manejó Chile para vengarse. Ahora, la pregunta, ¿los 10 centavos fueron positivos? ¿Fue coherente, estaba mal influenciado Daza?

(RE) ¿A quiénes benefició la Guerra del Pacífico?

(PM) Es muy trágica la percepción de Chile. Porque, ¿quiénes se beneficiaron después de la Guerra del Pacífico? ¿Fue la oligarquía chilena?, ¿Fue el pueblo chileno? ¿Fue el

Estado chileno? ¿El erario nacional chileno? ¿Fueron los británicos? Que también en el imaginario actual que se repite, fueron los británicos, los ingleses... Yo pienso que no, Rocío.

Porque estamos hablando y es importante la documentación. El gran beneficiado de la Guerra del Pacífico fue la casa Rothschild. La multinacional Rothschild que eran unos banqueros judíos que se habían hecho multimillonarios ya en las épocas napoleónicas. ¿Cuál era la labor, mejor dicho, la actividad de estos bancos? Prestar dinero a los Estados para hacer guerra. De esa forma se ha logrado, no como otros bancos, que prestaban para armamentos. No, ellos querían tener Estados deudores. Eso es lo que ellos hacían. Por eso es que en la batalla de Pisagua, en el desembarco de Pisagua cuando estaban 100 gendarmes peruanos y 1000 bolivianos de los regimientos de Independencia y Aroma, cochabambinos y paceños. Están 24 buques chilenos y en horizonte están fragatas de su majestad británica y de Francia protegiendo que esa invasión sea un éxito. Pero qué te digo, había tremendos intereses.

Cuando Chile cae en la guerra y termina yendo hasta Lima y termina la campaña para ellos. Luego Chile va entrar, a diferencia de bolivianos y peruanos, ellos volvieron ricos. Chile entra en las más profundas depresiones económicas. El chileno, el roto, terminó para ellos en nada, hay casos de chilenos, y fue igual en Bolivia, en Perú, en el tipo de batallas que se peleaba en esa época, eran muy comunes las mutilaciones. Era muy común, que venía una carga de caballería, te volaban un brazo, era muy común. Por eso que los mutilados por la guerra eran muy comunes por este tipo de batallas, entonces, ¿a esa gente que le queda? Mendigar. Entonces en Chile, por ejemplo, había comenzado la tragedia, se mataban, usaban hartas armas y se intenta una inserción social que no se logra.

Años después con todo el salitre, el guano, estaban a punto de nacionalizar los chilenos, las grandes empresas obligan prácticamente (porque debían mucha plata Chile por la guerra) y este presidente es obligado a darse un tiro por querer la nacionalización. Entonces, vemos que el Estado como tal, no la pasó tan bien y no se benefició ni del guano, ni del salitre. Pero, no contaban con que se habían agarrado la parte, lo que les iba a dar por 100 años las riquezas para su ejército y sus grandezas económicas, que fueron la plata de Caracoles, el cobre. El equipo ahorita de fútbol de Chile es el Cobreló (sic),

Calama. El cobre que ellos tenían, que no se habían dado cuenta hasta ya el Siglo XX, fue el que hizo grande a Chile, no fueron el guano ni el salitre.

(RE) ¿Había desde su percepción un interés expansionista de Chile, tal vez, hacia Tarapacá? ¿Su objetivo mayor fue Tarapacá?

(PM) Claro, en realidad, las guaneras y salitreras peruanas fueron su objetivo. Aunque muchos traidores chilenos digan, “no, en el fondo, no era”, era nomás adueñarse de las dos Cobijas, ¿no? El tema expansionista en Chile es una cuestión de necesidad. Yo, un poco comparo esto y provocho a los alumnos, cuando les digo. Cuándo nace un niño de nueve meses saludable, gordito y cuando nace un chico de siete meses, tiene menos probabilidades de vivir o va a ser más dura digamos su vida, su crecimiento, hacerse fuerte, más que un chico que tiene esas condiciones. En cierta forma Chile es un ejemplo de ese niño que desde sus inicios tiene que vérselas por sí mismo. En la época de la república, mucho antes, en la época colonial. Chile es el país más austero de la región. Es totalmente austero, o sea, no gasta, era el país más pobre. Y justamente por eso se convirtió, se tiene que mover.

Ahora, son realidades muy distintas lo que pasa en Bolivia y Perú, en relación con Chile, porque es la masa migrante la que está en Chile, es gente que viene de trabajar durísimo en Europa, gente que está queriendo trabajar, viene a hacer patria. En cambio en Bolivia y Perú los problemas complejos, el problema indígena es muy fuerte. Por eso los problemas tecnológicos van a pesar mucho con, por ejemplo, los colonos, van a pesar mucho.

Hace tiempo encontré un texto muy interesante sobre la fiebre del oro en EE.UU, veinte, treinta años, en 1840, hay lugares repletos de chilenos, los chilenos hasta donde habían llegado con la fiebre del oro, es la vocación de poblar, colonizar o morir, es su razón de ser y eso no se puede negar, o sea, eso hizo grande a Chile. Se dieron cuenta de lo que tenían y podían tener. Ahora, hay libros bien interesantes mandados hacer por el gobierno chileno, diez, quince, veinte años antes de la Guerra del Pacífico, se llaman “Fauna en el Atacama boliviano”, “Los indios Chaco en el Atacama boliviano”, traducido al inglés y al francés, o sea ellos estaban haciendo una especie de acopio, una especie de inventario de lo que había. Por ejemplo, hay dibujos de balseros, si bien en el lago Titicaca están con la totora, es el mismo indígena, pero que están barcazas hechas

con piel de lobo marino, del mar, entonces ellos habían hecho un inventario de lo que iban a tener, eso un poco te muestra que Chile se preparó para no desaparecer. Ya se había dado cuenta de lo que iba a suceder, si no Chile iba a desaparecer.

(RE) ¿Cuál sería el mayor mito chileno respecto a la Guerra del Pacífico, a tu juicio?

(PM) Un mito que felizmente ya ha pasado que fue muy usado en la época de Pinochet, en la época de la dictadura y que adjudicó mucho que Bolivia nunca tuvo mar, fue en los años 70', pero esa generación de la dictadura se lo ha creído y se lo cree. Ese es el mito más fuerte chileno, ahora ha perdido fuerza. El mito boliviano es que Chile nos robó el mar. Que no es así, Chile nos robó el territorio que tenía muchas riquezas el borax, el cobre, que ese territorio era la salida al Océano Pacífico, pero Bolivia nunca salió, en los papeles era territorio boliviano pero nunca en la práctica. Es bueno decirlo, ese es el mito boliviano. Incluso para los niños: "Abaroa está en el puente sobre el mar", ¿no? O sea, "que Calama está en el mar". Mala percepción: "El día del mar", "Abaroa defendía el mar". Incluso en películas bolivianas se habla de "vamos a defender el mar". El boliviano se dio cuenta de la pérdida del mar recién en la primera década del Siglo XX. Mito boliviano.

Mito peruano: Que por culpa de Bolivia, Perú perdió la Guerra del Pacífico. Cuando no reconocen la verdad, que Chile quería tener la guerra con Perú.

Un dato aclaratorio: Cuando Chile invade Bolivia el 14 de febrero, no le quería declarar la guerra a Bolivia, espera, espera porque quería que inmediatamente se active el famoso Tratado de Alianza Defensiva boliviano-peruano. Pero qué ocurrió, que Perú, en vez de ir con el aliado, Perú se hizo al desentendido y quiso hablar más bien como el neutral y los chilenos finalmente se calentaron y el 5 de abril, finalmente, les declaran la guerra al Perú, para que sepan con quien querían tener la guerra.

La historiografía no lo muestra, no se reconoce. Le echan la culpa a Daza, que Daza era un tipo ignorante con muy poca preparación, erraba a veces en sus percepciones. Pero una cosa que tenía clara era el compromiso con el aliado, fue fiel con el aliado hasta el final. Yo pienso que Daza ya se dio cuenta de que realmente él había metido la pata. Daza se fue a Tacna pensando que Prado y el ejército peruano iba a bajar en barcos hasta recuperar Calama y Antofagasta. Se descubrió que Perú nunca tuvo la intención de

recuperar territorio boliviano, luego nuestro ejército despellejando regimientos por toda la costa peruana, cuidando la salitreras y guaneras y nuestro ejército boliviano se desangró defendiendo territorio peruano.

Pisagua, lo que te mencionaba, Pisagua son 1000 soldados bolivianos y 100 soldados peruanos, son todos masacrados en Pisagua, San Francisco, Tarapacá, Alto de la Alianza. Ahora, actualmente, eso está cambiando, puedo comentar que el año pasado fui a un acto, el 26 de mayo, recordando la partida de la alianza, lo que fue la batalla en Tacna. Cada cierto tiempo se desentierran cadáveres, tal vez por la sal son momificados, cuando encuentran un soldado boliviano, el ejército peruano le hace su homenaje, izan la bandera, tocan los himnos. Una cosa que ya en el imaginario actual de la nueva generación, se está revirtiendo.

Qué importante es el tema generacional, los operadores de antes eran un poco chauvinistas, en cambio, vas encontrar oficiales de las nuevas generaciones que están en los 30, 40 años, ya tienen una percepción más autocrítica, por un lado, y más imparcial. Aunque de todas formas es muy difícil de tratar para cualquiera de estos países que estuvo en la guerra, tratar de ocultar su lado emotivo, patrio, ¿no? Pero tal vez lo vemos un poco más objetivamente, más críticamente también. En realidad, el documental que he realizado más que un ataque a los países es una autocrítica, porque creo que la historia no es para aprender fechas, nombres de batallas. La historia es para aprender del pasado, de los aciertos, de los errores, para aprender del pasado y para aplicarlos en el futuro, para no cometer los errores del pasado y las fortalezas que se tuvo del pasado se apliquen, para eso se hizo la historia.

(RE) Siguiendo con los mitos, ¿hasta qué punto es cierto que el llamado enclaustramiento boliviano, la mediterraneidad boliviana, condiciona el atraso económico, etc.? ¿Es uno de los grandes mitos, un poco lamentosos, de Bolivia?

(PM) Mi profesor en la Universidad Complutense en Madrid me decía algo que hasta ahora me queda. Él decía que existe algo peor que no tener que ser un país mediterráneo, existe algo peor que no tener salida al mar. Haber tenido salida al mar y haberla perdido. Eso es lo peor, según él, y yo estoy plenamente de acuerdo. Por ejemplo, los chilenos dicen, pero Suiza es un país mediterráneo ¿Cuántos miles de millones de dólares hemos pagado a Chile en estos 100 años por pasar nuestros productos?, ¿O por exportar?

¿Cuánto dinero pagamos todavía? La economía chilena se ha hecho grande por los autos transformers, la mercadería chilena que llega. Es la pérdida más terrible y estoy tratando de no ser chauvinista al decirlo, pero es evidente que es el golpe más duro, en lo económico, en lo social, ha tenido un impacto en muchas áreas. El económico, por supuesto, es el más grande, ¿no? Por ejemplo, nosotros hemos perdido territorio con otros países también. Si te pones a pensar en los mapas de pérdidas territoriales. El territorio que se ha perdido con Chile es tal vez uno de los menos, pero el haber perdido la cualidad marítima ha sido tremendamente negativo. Es hasta ahora tremendamente negativo y esto, digamos, no podemos ocultar.

Creo que los bolivianos no deben perder ese sentimiento de reivindicación marítima y no para hacer mea culpa, ni azotarnos cada 23 de marzo, ¿no? Tener presente eso de que, algún día, vamos a tener nuestra salida al Océano Pacífico. Es un asunto de motivación, un ejemplo muy interesante: Cuando el pueblo judío fue expulsado, los judíos se saludaban y decían: “El próximo año en Jerusalén, el próximo año en Jerusalén”. Eso los ha motivado, después de 2000 años han llegado a Jerusalén.

Tal vez nosotros, ni nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos no lleguen a eso, pero cada 23 de marzo hacer este acto, hablarlo permanentemente, pero no como un afán político, sino con un afán genuino de permanente reivindicación, creo que nos da ese sentido de nación.

Bolivia, tampoco podemos mentir de que solo ha tenido pérdidas y fracasos. Lamentablemente, si tú sales a la calle y preguntas a cualquier X cuántas guerras ha tenido Bolivia, te van a decir tres: Pacífico, Acre y Chaco. Y eso te muestra que no conocemos nada de nuestra historia, Bolivia ha tenido más de diez guerras internacionales. Seis las ha perdido, tres las ha ganado y una no se ha definido, por ejemplo, si hablamos de la Guerra del Chaco. La Guerra del Chaco es una guerra que oficiadores paraguayos y están empezando a cuestionar, realmente, quién ganó y logró sus objetivos fue Bolivia y no el Paraguay.

A los niños les ponen las pérdidas territoriales y eso es tremendamente el imaginario desde nuestros niños, y eso nos baja terriblemente la autoestima. El primer día de clases le muestran al niño pérdidas territoriales y de por sí tú ya te sientes de un país siempre derrotado, nunca vencedor. Entonces, eso es importante, desde ahí el tema de la

autoestima, el tema del imaginario social colectivo, es importante para saber que la Guerra de Pacífico ha sido la guerra más trágica que hemos tenido. No tanto por lo militar, no tanto por los muertos, no tanto, porque, incluso, hay documentos que muestran que se ha respetado a los soldados bolivianos. No tanto por eso, si no por el desenlace, por las consecuencias en el comportamiento.

(RE) Dados los antecedentes de las distintas percepciones sobre la guerra: En Chile también tienen muy enquistada su visión, lo mismo en Perú. ¿Será posible que algún momento sea viable la demanda marítima boliviana?

(PM) La demanda, obviamente, para Chile no es viable, ¿no? Evidentemente que el tratado sea firmado, ha sido el peor error de los gobiernos de Montes. Es paradójico porque ellos mismos habían participado en la Guerra del Pacífico, pero, por otro lado, también había la amenaza de que si no se firmaba, teníamos la pistola en la cabeza. Ahora se sabe que no, pero había la amenaza de que Chile iba entrarse hasta La Paz, porque estaban muy claras las barbaridades que había hecho el ejército chileno, y eso hay que decirlo, en Lima, Perú o sea, fusilamientos, violaciones, la gran biblioteca de Lima la habían saqueado. Aparecieron varios cuadros de Melchor Pérez de Olguín, que era de Lima, y los encuentras ahora en Valparaíso, por ejemplo, ¿no? Que muestran el saqueo a lo que ha llegado, y no se quería que eso ocurra.

Pero yo pienso que la única forma de que Bolivia pueda hablar, hablar de una demanda, es al día y esto no es una visión militarista, ni mucho menos. Es una visión, creo ya, tal vez un poco recogida de muchas partes, que el día que Bolivia tenga armada más o menos comparable a la chilena, ese día se podrá hablar de igual a igual. No te olvides, una cosa que yo no esperaba escuchar. Hace unos meses el ministro, el diputado y el Ministro de Defensa de Chile dijeron que Bolivia no hable del tema de La Haya, porque Chile tiene un ejército poderoso. Entonces, eso te muestra que las buenas intenciones solamente son una careta, que en el fondo Chile no tiene ninguna intención. Y un ejemplo que te doy: el tema del abrazo de Charaña. El tema del abrazo de Charaña no es más ni menos, que una jugada geopolítica, geoestratégica de la Cancillería chilena. ¿Por qué? Porque en el momento que Chile iba a tener un conflicto tremendo con la Argentina, un problema tremendo, iba a existir había un eje, la alianza permanente. Argentina, Bolivia y Perú. ¿Qué hicieron los chilenos un poco para romper este eje? Un tiempo en el que Chile no

estaba bien con sus FF.AA., hablaron de promesas con Bolivia en el momento que existe Banzer, el famoso abrazo de Charaña, en el momento que arreglan sus diferencias con la Argentina, ese momento se olvidaron del abrazo de Charaña y se olvidaron del pacto. Eso es un movimiento geopolítico, su Cancillería hizo un buen trabajo. Eso es la geopolítica, tratar de lograr las negociaciones antes de tener un conflicto armado y de desarticular. Finalmente, Chile alguna vez habla de mar, habla de corredores, cuando necesita algo de Bolivia, pero, después, por su propia iniciativa, no.

Ahora si hablamos del tema de la guerra, finalmente, para los chilenos, ha sido una inversión, un costo de vidas humanas tremendo. Entonces sería como un poco contradictorio frente a sus logros, darnos, así no más, un puerto, digamos.

Lo que ha hecho pensar en soluciones más creativas, hablar de enclaves, hablar de algunos corredores o, finalmente, pensarlo en una cuestión más con el Perú. Que Perú también, por otro lado, no quiere perder por nada su patria con Chile. Es un tema dramático que en este momento no se han dado cuenta, que en la Guerra del Pacífico estamos contra dos países, que les interesa estar en status quo, que los dos países sigan como están.

(RE) Para terminar, me gustaría que me hables del mito sobre todo del gobierno: ¿Hubo participación indígena en la Guerra del Pacífico?

(PM) Sí, es cierto, actualmente estamos, nos llaman permanentemente para buscar héroes indígenas. Somos muy claros, ¿no? En la Guerra del Pacífico no ha habido indígenas, lamentablemente en esa época el indígena no era considerado ni para ser parte del ejército. Era el problema de que el indígena en el Siglo XIX había sido visto como el enemigo del Estado. Eso es muy importante, un historiador llamado Carlos Mamani hablaba al respecto y yo estoy plenamente de acuerdo que en la colonia el indígena tuvo más logros, más atribuciones que en la república, en realidad, la república fue la enemiga del indígena. Entonces, ya en la época republicana la participación del indígena es hasta la última batalla de Tumusla, Ayacucho y Tumusla, y no se lo vuelve a utilizar más al indígena. Un poco con las sublevaciones de la Guerra Federal y luego son masacrados, en este caso, por Pando. Pero no se vuelve hablar, en el Acre menos.

El indígena es recién tomado en cuenta en la Guerra del Chaco. ¿Por qué? Porque la Guerra del Chaco es la guerra más terrible en cuanto a muertos, consecuencia del tiempo. Es la guerra más terrible que ha habido en toda la historia de Sudamérica. Primer combate aéreo, lanza llamas, morteros. Entonces, la clase media se estaba casi agotando.

Ahora, los indígenas no es que vayan desde la primera parte de la Guerra del Chaco, en la última fase el 34, 35, recién van y también el proceso de aculturación que es muy doloroso. Le va costar mucho al indígena internarse. El indígena se siente boliviano en las trincheras compartiendo las trincheras con un camba, con un colla, con un chapaco, con un apellido extranjero. Ahí es donde va a nacer ese proceso durísimo, dramático de la aculturación indígena, pero, no es hasta la Guerra del Chaco, de la Revolución Nacional, que el indígena es nuevamente tomado en cuenta y esa es la permanente prueba del tema indígena.

(RE) ¿Hay alguna diferencia de posición en Chile, desde tu percepción, entre la izquierda y la derecha con la reivindicación marítima? ¿Hasta qué punto es cierto que la izquierda chilena es más abierta al tema?

(PM) Yo, pensaba eso también, con Bachelet, pero ahora estoy convencido....

(RE) Con Allende también...

Allende fue también uno de los más durísimos, Allende también, no tenía ninguna intención de dar nada. O sea, en eso es importante tomar en cuenta que el trabajo de la Cancillería chilena no tiene nada que ver con izquierda, ni derecha. Esto es una cuestión de Cancillería, los objetivos nacionales por encima de las políticas, de las tendencias. Evidentemente, siempre se va al tema, Bachelet, Piñera, hasta que... Bueno Evo le lanzó el ultimátum el 23 de marzo. Que yo creo que fue un poco la impotencia de Evo Morales, que, después de tantas décadas, sigue pendiente la agenda de los trece puntos.

Es una cosa inaudita, a mi criterio, que en la agenda de los trece puntos, en sexto lugar esté el tema marítimo, cuando debería ser el primero de los puntos de la agenda. Entonces, eso muestra que es, no más, dar vueltas, sí, vamos a ver, tener puentes. Y en esa lógica estamos más de 100 años.

(RE)¿Qué otros mitos consideras como los más importantes en la percepción boliviana popular, también, como bastante ilusorios, falsos pero que todavía están ahí muy arraigados en la conciencia colectiva?

(PM) Uno de los mitos, por ejemplo, que la oligarquía minera fue la que... ahorita estamos en una época en la que la oligarquía se ha parcializado para empezar. Que los oligarcas buscaban sus pequeños intereses, nada más falso, para empezar hay que dividirlos, a la oligarquía.

La oligarquía minera estaba pensando en sus intereses, el representante más genuino de esa oligarquía, que no estuvo a la altura del desafío patriótico, es Aniceto Arce. Tenemos documentos de que en plena guerra, batalla del Alto de la Alianza, Aniceto Arce estaba sacando su mineral, pagando incluso su impuesto al Estado chileno, pagando su impuesto, pasando incluso por nuestro territorio de Antofagasta, eso sería la oligarquía minera. Pero la oligarquía terrateniente, lamentablemente, tuvo otro comportamiento, ellos con sus propios recursos organizaron regimientos, crearon regimientos. Nataniel Aguirre se quedó en la pobreza por organizar regimientos, el regimiento Vanguardia en Cochabamba, fue Ministro de Guerra aparte, entonces estamos hablando de dos oligarquías.

Pero como mito, la pregunta que me haces, es a que toda la gente potentada se la puso en el banquillo de los acusados, aquí los pobrecitos, los artesanos la gente que no tenían dinero para defender, nada más falso. Porque la gente que tenía una cierta cultura, cierta instrucción, sabía leer, prácticamente se volvió oficial y este fenómeno era en Bolivia, en EE.UU. La gente que tenía instrucción podía tener una plaza y la gente que tenía esta plaza era la gente que pudo comprarse el armamento, comprarse el uniforme, de organizar los ejércitos. También es importante notar que los ejércitos, que eran ejércitos de líneas, los ejércitos pagados como los Colorados, los Amarillos, eran los ejércitos profesionales no había conscripciones y, la otra parte que eran los ejércitos voluntarios, como los médicos, profesionales, empleados, que se fueron como voluntarios. De ello es importante notar que a fuerza de poder adquisitivo, aquí, evidentemente, no entran partidos.

Sería uno de los temas y, lamentablemente, ahora en el imaginario actual se los mete a los oligarcas como los traidores, como los enemigos del Estado. Nada más falso.

(RE) ¿Cuál sería la percepción de Chile para la conciencia colectiva boliviana, también para la historiografía boliviana? ¿Cuál sería el papel de Chile en esta guerra?

(PM) Bueno, hablar de Chile es hablar de todo el Estado, ¿no? Bueno pero me has preguntado la percepción del pueblo o, digamos, ahora quieres la percepción del Litoral boliviano.

(RE) De los historiadores.

Entonces, nos damos cuenta que Daza fue un poco imprudente en lanzar la medida de los diez centavos. Que es una medida simbólica pero Chile la tomó como... Algunos historiadores más serios chilenos dicen que en el gobierno chileno lo plantearon como que las empresas chilenas estaban a merced de que Bolivia empiece a lanzar nuevos impuestos. No nos olvidemos que Bolivia cuando necesita ganarse el favor popular, mucho que dice el tema de la política exterior, que se maneja de forma irresponsable. Así se lo manejó y se lo sigue manejando, se pensó nacionalizar. Se dice que Daza fue uno de los primeros nacionalistas, cuando se está produciendo el guano y el salitre, por qué el Estado boliviano no puede obtener algo. Entonces, a raíz de eso hay una postura bien fuerte del parlamento en 1877, 1878, durante la guerra, para que se nacionalice. Ahora esto no viene así no más. En el Perú, en los años 70' nacionalizaron el guano y el salitre. Es importante decir esto, el 80% estaba en poder peruano, en el Tarapacá peruano y el 20% en Atacama, en el boliviano. Entonces, las industrias, grandes salitreras, guaneras estaban en costas peruanas, entonces, no fue el objetivo militar, el objetivo político el Estado boliviano. Para llegar al Perú había que pasar por Bolivia, entonces, ese fue el gran drama que iba a originar la terrible consecuencia para Bolivia que fue la pérdida de la salida al Océano Pacífico. Es bueno decirlo. Los bolivianos que participaron en la Guerra del Pacífico, como en uno de mis libros que llamo "la generación del 80", no se dieron cuenta de la magnitud de la pérdida hasta el tratado de 1904. ¿Por qué? Porque Bolivia nunca entendió, porque no salía por Antofagasta. El boliviano salía por Tacna y Arica, que eran las salidas naturales del boliviano común, lo que pasa es que el desierto era muy complicado.

(RE) La percepción un poco más común, más mítica, respecto a las causas de la Guerra del Pacífico, ¿en que se basa? Un poco, tal vez, basándonos en la historia prácticamente bipolar.

(PM) Claro, el famoso tema del carnaval, las leyendas negras, los mitos, ¿no? Evidentemente, en la película “Amargo mar”, que es una tesis excelente de Fernando Cajías, lamentablemente, la película sólo es una película, la han puesto en una forma novelesca, incluso hablando de poner a Campero como traidor de Camacho, que es uno de los grandes héroes de la Guerra del Pacífico, que no ha sido así, es importante decirlo, los seres humanos, los protagonistas tienen luces y sombras. Daza tuvo sus luces y sus sombras, al igual que Campero, al igual que Camacho.

Pero después de la película “Amargo mar” de los años 80, nació una forma de verlo a Daza como el hombre que no sabía nada. Un chasqui que está llegando el día de carnaval, un poco ridícula, la verdad, me parece esa postura porque estamos en Siglo XIX, cuando existían los correos.

El 6 de enero de 1879 está el buque Blanco Encalada, el acorazado militar, anclado en aguas bolivianas. 6 de enero, el cumpleaños de Daza debe ser el 15 de enero, hay una semana de festejos terribles por el cumpleaños de Daza y, entonces, ocurre algo, como al boliviano le gusta empalmar la fiesta, la semana de festejo de Daza, un pequeño puente, y luego viene el carnaval. Los acuses de recibos están en la Cancillería, de lo que se pagó al correo. Habían dos tipos de correo en esa época: el correo propio y el extraordinario, entonces, venía siendo en el recorrido de Tacna a La Paz, se hacía en cinco o seis días, en el extraordinario, como decir ahora un radiotaxi, de Tacna a La Paz, era en 3 días, La Paz no tenía telégrafo como muestran en “Amargo mar”, utilizó eso, pero que no es así.

La noticia de la invasión a Antofagasta llega por telégrafo hasta Tacna, de Tacna evidentemente a la Paz, obviamente, no tenía telégrafo. O sea que esa visión del chasqui corriendo era para la época del incario. Entonces en esos recibos que constan en los archivos de la Cancillería, de enero al 2 de febrero, son seis los recibos, de los 50 soles que se pagó. 25 en Perú, en Tacna, y 25 tenían pagar acá. Ahora, el primero que supo fue el canciller Doria Medina, ahora decir que Daza ocultó los recibos, tampoco no era cierto eso, pues decir que sólo era Daza... Era todo su gabinete, además que tenía gente muy

importante en el pensamiento, estaba don Julio Méndez, un gran visionario, estaba don Rosendo Gutiérrez, una lumbrera en pensamiento.

O sea, Daza tenía un excelente gabinete. Impensable, estaban reunidos no sabían si suspender, o no, el Carnaval. Ahora, a finales del Siglo XIX, que se dijo después por los liberales y que por culpa de Daza, el Carnaval. Tampoco es por culpa del Carnaval que se perdió la guerra, también es una mentira. Pero que sí, de alguna forma, no se hizo nada, ese es el tema. Hay una carta de Ladislao Cabrera que dice: “Yo pedía refuerzos a La Paz”. Cuando los expulsaron el 14 de febrero a los bolivianos hubo, más o menos, del 14 de febrero al 23 de marzo, estamos hablando de más de un mes, en ese tiempo Daza, ¿no pudo mandar dos regimientos? Con solamente con los Colorados se podía hacer frente. ¿Por qué? porque cuando Chile invade con el ejército segundo de línea, el ejército de línea era un ejército de 500 soldados, el regimiento de los Colorados que se llamada Alianza tenía 700 efectivos, solamente mandando a los Colorados se podía haber hecho frente, pero lo que primó ahí, para Daza, los Colorados eran su guardia pretoriana, podríamos decir, le iban a quitar el poder, porque estamos hablando de una época de guerras internas, ni bien se descuidaba, lo que le sucedió a Prado, te venía el golpe de Estado, entonces, también ese el problema.

Pero, evidentemente, si existe esa carta donde dice: “Yo pedí diez turriles de pólvora para hacer volar los puentes en Calama solamente me mandaron uno y los nueve se los quedaron”. Daza decía que Cabrera era una persona que quería ser venerada.

2.4 Entrevista a Fernando Cajías

Entrevistado: Fernando Cajías (FC)

Entrevistadora: Rocío Estremadoiro (RE)

(RE) Usted como historiador, ¿cómo percibe a las verdaderas causas de la Guerra del Pacífico? Desde la visión boliviana, después hablaremos de la versión chilena.

(FC) Creo que es un tema que hay que recorrerlo hasta los orígenes mismos de las dos repúblicas. Porque las dos repúblicas nacieron, indudablemente, como proyecto democrático, la república, la independencia, etc. Pero dentro un ámbito bastante anárquico, de luchas y de indefiniciones de liberales, conservadores, ateos, religiosos y la incorporación o no de lo indígena, el tema de la esclavitud, etc., etc.

En ese sentido, existieron dos grandes proyectos. En medio de todo eso, tanto Bolivia como Chile, fueron adelantados en plantear sus proyectos.

En el caso de Chile, la república portaliana, que duró hasta 1890, fue un proyecto que indudablemente se enfrentaba a una posibilidad de un proyecto boliviano en sentido similar. Aunque esto es un proceso paulatino, de ir definiendo cómo iba a ser el Estado chileno. Pero, en definitiva, desde muy temprano, se incorporó en el proyecto que nació con Portales y luego se fue consolidando que el Estado chileno quería avanzar hacia el norte. Políticamente, tenía que llegar como llegó, inclusive más de lo que habían pensado, a costa, por lo tanto, de Bolivia y de Perú.

Y lo segundo es que con una enorme influencia de Inglaterra, Chile se planteó la necesidad de que su crecimiento dependía del equilibrio americano, de que no haya ningún Estado especialmente los países vecinos, más poderoso, y la hegemonía del mar. Entonces, ya esta lucha era entre El Callao versus Valparaíso, es una lucha inclusive en sus últimos días coloniales y que va jugar un rol muy importante. Y Bolívar y Sucre se metieron en un proyecto no tan nacionalista, sino integracionista. Por supuesto, en Bolivia había toda una línea de ser más nación independiente, autónoma que fue la que ganó, finalmente.

Siempre hubo un proyecto, siempre hubo gente que apoyaba un proyecto de crear una nación más fuerte, más integrada. Un proyecto en el que nunca se pensó en Chile. Un

proyecto con el Perú, con Ecuador, con Colombia, con Venezuela. En Chile y Argentina nunca se pensó, por las mismas circunstancias que formarían parte. Todo el proyecto de Bolívar y Sucre fracasó y luego Santa Cruz fue el que más logro construir un proyecto de Estado y ese proyecto de estado pasaba por dos cosas. La reconstrucción del gran Perú, en momentos, inclusive, llegaba a ideas más amplias y ponían énfasis en el Pacífico, esto está probado documentalmente. Entonces, produjo un gran primer enfrentamiento y Chile con el apoyo de los nacionalistas peruanos y bolivianos logra triunfar y acabar con el proyecto crucista.

Mientras el proyecto crucista muere para siempre, en cambio, el proyecto portaliano va creciendo y además se va fortaleciendo por esas circunstancias. Diría que ese el primer gran antecedente y después, obviamente, ya son las causas de una herencia respecto al territorio español que en varios lugares dejo fronteras imprecisas, pero no en el hecho de que Bolivia no tenía la costa, sino hasta dónde llegaba la costa, debate durante el Siglo XIX. Nunca fue que Bolivia no tenía costa, sino si llegaba al grado 23° o al 25° y, claro, ese tema de no claridad en la frontera, produjo que entre Chile y Bolivia durante el Siglo XIX, las relaciones estén marcadas por esa disputa de hasta dónde llegaba esa frontera.

Si bien en 1886 y el 74' se pusieron los límites, sin embargo, ni los unos ni los otros quedaron contentos. A eso hay que añadir, y esa quizá se la causa más fuerte indudablemente, las riquezas naturales del Litoral. Yo creo que es la causa central, la aparición del guano, del salitre, la plata y, obviamente, la incapacidad del empresariado boliviano de preservar esas riquezas. Habían dejado cancha libre para que los empresarios anglo-chilenos sean los encargados de explotar y ahí vendrán otras cosas fundamentales del Estado chileno, sobre todo en 1890 que gastaba su unidad, ¿no? Que no era tan absoluta en la alianza estado-empresarial. En cambio, en Bolivia eso nunca quedó verdaderamente claro, el empresariado era mucho más pequeño, de tal manera, que en el momento en que Bolivia decidió ponerles impuestos al Estado chileno, desprotegió esos intereses.

En el momento que decidieron avanzar hacia el norte, está claro que no empezó militarmente, sino económica, socialmente, o sea Atacama boliviana y Tarapacá peruana fueron tomados bastante antes por la población chilena, por el capital chileno. Ahí es

donde Bolivia no tiene la capacidad y tampoco Perú de contrarrestar y poblar, tener mayor control de esas provincias.

(RE) ¿Cuál cree usted que sea el principal mito chileno respecto a la Guerra del Pacífico, sus causas, sus resultados?

(FC) Yo creo que el que más maneja la historia es que Bolivia no nació con costa y que esa provincia era de Chile y que aprovechando la anarquía que había en Chile, que nació en los años 20, Bolívar se apropió de la provincia. Porque se dio cuenta de que no tenía puerto, pero una cosa es no tener puerto, y otra cosa es no tener costa. Entonces, el mayor mito que sigue manejando, inclusive Villalobos (en un resumen periodístico) ha vuelto a afirmar que Atacama era de Chile y lo que pasó en la guerra es que fue recuperada. Pero en los archivos está completamente probado que ese territorio pertenecía a la Audiencia de Charcas. Yo creo que es el mayor mito histórico que maneja.

(RE) Bueno he visto versiones chilenas que indican que una de las causas de la guerra, parte del impuesto al salitre de Daza y otra referida al tratado de alianza defensiva entre Perú y Bolivia...

(FC) Sí, también afirman aquello, pero eso podían haberlo sacado antes. Lo sacan hábilmente en el momento mismo de la guerra cuando se dan cuenta de que no había el apoyo suficiente de la población. No había pleno convencimiento, porque era una guerra para defender una empresa. Entonces, ellos sacaron de la manga eso.

(RE) ¿Cuál sería el mayor mito boliviano respecto a la Guerra del Pacífico, sus causas, sus resultados? ¿Existe algún mito boliviano?

(FC) No, yo creo que más que un mito, a veces, hay una ausencia de análisis crítico de los errores de Bolivia en cuanto a la posición de la provincia de Atacama, ¿no? Entonces ese es el problema, porque para verdaderamente solucionar ese tema hay que analizar las virtudes y los errores de ambas partes. Más que haberse creado, haberse inventado algún mito, es tratar de ignorar algunos temas que son básicos para explicarse el por qué. En ese sentido creo que no hay un mito, pero sí ausencia de análisis, sobre todo en nuestro territorio.

(RE) ¿Cuáles serían esos errores? ¿Cuál sería parte de la culpa boliviana en la guerra o en los resultados de la guerra?

(FC) Yo creo que hay que ver autocríticamente, definitivamente es que se tuvo una posesión a la provincia pero muy precaria. Hubo unas grandes, otras prioridades. No es que no se hizo nada, si se hizo, pero era tan enredada la política interna, tan grandes los otros problemas, que no se dio a la costa el apoyo necesario. La ausencia de un empresariado capaz de ir más allá de las montañas, la falta de fomento a la migración de Bolivia hacia su costa y una pésima visión militar, intereses muy encontrados entre un país muy dividido, que dio prioridad a los temas que causaba la división interna, a la guerra misma. Entonces, inclusive en la misma guerra se divide, la división interna estuvo presente, actuó cada uno por su lado. Ese creo que es el mayor error tanto económico, social, político, como también, obviamente, una pésima división militar.

(RE) ¿Hay algún mito peruano respecto a la Guerra del Pacífico respecto a la participación boliviana?

(FC) El peor es, el que siguen enseñando, que ellos entraron a la guerra por apoyar a Bolivia, cuando nos metieron en la alianza para defender Tarapacá. Estoy muy convencido de que los chilenos, que si no era que Atacama estaba por el medio, no hubieran atacado con toda esa demencia, ¿no? Su objetivo principal era Tarapacá que era mucho más rica que Atacama. Entonces, ese es el mito que más manejan. Que Perú entro a la guerra por causa de Bolivia y eso no es verdad. Las mismas empresas estaban en los dos lados. Perú provocó antes que el impuesto de los 10 centavos. Se dio la nacionalización del salitre y era el mismo empresariado inglés el más afectado. Por eso digo mito, porque no está sobre bases reales, pero se repite muchísimo.

(RE) ¿Ha cambiado algún momento la posición chilena respecto a las causas y los resultados de la guerra principalmente en lo que respecta a reivindicación marítima boliviana? Hay algunos que argumentan que ha habido momentos de mayor acercamiento a Bolivia, los tratados de 1895, etc. Hay otros que dicen que su enemigo era Perú, no Bolivia, y que más bien tuvieron un acercamiento político permanente con Bolivia, incluso en 1879, durante la guerra. ¿Hasta qué punto usted coincide con esas aseveraciones?

(FC) Yo creo que en Chile había una unidad, bueno había una alianza muy fuerte, el Estado empresarial que dominaba al Estado, marcaba su línea. Pero ya a partir del 90' y mucho más el Siglo XX, y lo vemos actualmente, Chile también está muy dividido políticamente. Quizá no como acá, cultural y regionalmente, pero sí una división muy profunda política, tanto que sus elecciones siempre el que gana, gana por poco.

En ese sentido, si hay dos miradas, ¿no? La mirada mucho más tradicional, mucho más heredera de decimonónicos. Y otra mirada de que desde un principio se dio cuenta que está dejando una medida muy grave, dejando a un país sin salida al mar, y creo que por eso ha habido siempre búsquedas de solución. Pero, a la vez, hay que pensar que en Chile si hay una uniformidad en decir no a la soberanía, en eso sí son uniformes, salvo la izquierda más radical chilena. Una izquierda que puede llenar un estadio pero no ganar una elección, ese es el gran problema para Bolivia.

Si hay historiadores de una línea mucho más tolerante con Bolivia, con mucho más motivación para encontrar una solución. Pero también hay que tomar en cuenta que muchos de los acercamientos no fueron con cambios de posición, sino porque Chile se sentía amenazada con la Argentina como el caso del 95' o por Perú, en el caso del abrazo de Charaña.

Entonces, hay que ver desde diferentes matices, ¿no? Pero en todo caso los acercamientos nunca han sido del todo estructurales, creo que hay una línea de ganar tiempo.

(RE) Bueno, hay un libro que ha escrito Néstor Taboada Terán donde afirma que Allende estaba dispuesto, incluso Chile quería compensar las injusticias que acontecieron el Siglo XIX, y que iba a favor de la total reivindicación para Bolivia ¿Hasta qué punto es cierto?

(FC) Bueno, yo confieso que hay que investigar más ese periodo, ¿no? Pero más bien queda la sensación de que aquí más bien nos hicimos mucha ilusión con gobiernos de izquierda progresistas, como es Allende, o como lo era el de la Concertación. Si bien hubo cambio en la forma de las conversaciones, en las buenas intenciones, en el fondo, los resultados fueron los mismos y, en ese sentido, no creo que lo de Allende.... O sea, no hay mayores evidencias, sino testimonios de otro tipo. Lastimosamente, en el tema no estuvo la prensa, no estuvo la ilusión convertida en cercanías más reales.

Pinochet y Banzer fueron más prácticos, fracasaron igual, pero estuvieron ahí, en la palestra, en la primera plana. No hay un abrazo de Allende con algún presidente boliviano, equivalente al abrazo de Charaña. Pero, indudablemente, que había más simpatía, más cercanías, hubo, como hay también con gente de la Concertación. Al final, Lagos terminó tirando a la defe (sic), como otros de la derecha, cuando Mesa planteó el tema en la cumbre.

(RE) ¿Cuál cree usted que ha sido el momento más favorable, cuando más cerca estuvo Bolivia de lograr su reivindicación marítima? Hubo varias negociaciones. Bueno, generalmente, se menciona los tratados de 1950, el abrazo de Charaña. Usted habla de los tratados de 1895. Y bueno, últimamente, se menciona el acercamiento Bachelet- Evo Morales. ¿Cuál cree usted que ha sido, si la ha habido realmente, la relación más cercana del logro de la reivindicación boliviana?

(FC) Yo creo que lo del 95'. Y en los años 20' cuando EE.UU. propuso que Arica sea para Bolivia antes de la votación, antes del tratado de Tacna. Ya después del tratado de Tacna, aunque no les guste a los peruanos, ya hay una llave y un candado en distintas manos, entonces se complicó el panorama. Al Perú le molesta mucho que se diga eso, aunque es cierto. Yo hace poco dije eso también: "Hay que hacer una cosa trinacional" Si se quiere corredor, hay que hacerlo trinacional, pero más allá del 95, en ningún momento estuvimos demasiado cerca. El 95 era como un panorama en Chile más favorable por sus cambios de visión, etc. En segundo lugar, tenía terror a un enfrentamiento con la Argentina, no había ningún convenio con el Perú pero sí, nosotros teníamos una profunda deuda moral con el Perú, entonces, eso fue también la mayor causa para que, al final, no insistamos. De ahí cambiaron las cosas y vino una línea mucho más dura en Chile y por eso se diluyó y los años 20 , cuando EE.UU. era la más grande potencia, actuó mediando favorablemente por Bolivia. Pero Perú y Chile, ambos países, se opusieron a esa teoría de Arica para los bolivianos. Pero Arica siempre estuvo presente. Siempre ha sido, digamos, si se compara las teorías del enclave con las teorías del corredor, siempre ha habido mucha más cercanía vía corredor que vía enclave, ¿no? Por aquello de recuperar lo digno, Arica siempre ha estado en la mira desde que nació Bolivia. Bolivia estaba pidiendo Cobija pero, por otro lado, estaba pidiendo Arica y los de Arica pidieron, además, pertenecer a Bolivia. Entonces como con Arica había menos conflicto, la gente, la propia diplomacia, piensan que la cosa está por Arica más que por Cobija.

(RE) ¿Cuál fue la responsabilidad boliviana en la firma del tratado de 1904? Según la propia versión boliviana fue más desfavorable para Bolivia, comparando los tratados de 1895...

(FC) Definitivamente, es inexplicable solamente si vemos el tratado, ¿no? Porque realmente fue terrible. Pero hay que ver el contexto de un país que sale de dos guerras, con la del Acre y la Guerra Federal. Una posición ideológica de pensar en la “modernidad”, dinero para financiar obras de infraestructura, etc. Y hay una amenaza de Chile de invadir, nuevamente, Bolivia, en el momento en que Bolivia se sentía muy débil. Pero, obviamente, es una responsabilidad que cae en los hombros de los liberales que fueron los que impidieron acuerdos en el 95’. Es decir, ellos fueron los mayores responsables, algún rato explicarán porqué y cuál fue la tan grave presión del contexto para decidir algo tan fuerte, finalmente ganaron con muy pocos votos. Que no es una responsabilidad retribuida a toda la élite de ese entonces, sino, sobre todo, en este caso, al Partido Liberal. Claro que los conservadores tuvieron la culpa de la guerra, el ejército tuvo la culpa del desastre. Se suman muchas culpas, pero en el tratado es de los liberales.

(RE) ¿Cuál cree que es la percepción de Chile hacia Bolivia como secuela de la guerra?

(FC) Una mirada de vencedor, ¿no? Una mirada de país superior que además esta alentada por un trozo de la gente boliviana, un segmento que sí cree eso, que Chile es mejor. Todavía hoy hay ese mito. Y, claro, esa es una percepción muy fuerte, pero no es absoluta. Creo que hay un Chile compasivo que dice, “sí, tienen razón, hay que buscarles una salida al mar”. Entonces no es absoluta.

Hay una visión de superioridad y, sobre todo, en tiempo de posguerra donde había todo esto de civilización versus barbarie. Que decían que Chile era la representación de la civilización y que Perú y Bolivia representaban a la barbarie. Así, además, se auto-justificaban y hay muchos artículos que hablan de esa manera.

En cambio, algunos chilenos que dicen, “¡guau!, qué bien los bolivianos defienden su diversidad cultural, no han hecho la matanza de los araucanos como nosotros”. También hay la otra percepción: “Aquí hemos ganado la guerra pero ellos son mejores en cultura, en la cultura ancestral”. Entonces creo que hay visiones y visiones.

(RE) ¿Y en Bolivia?

(FC) En todo caso, yo creo que el chileno tiene una visión más positiva de la que Perú tiene de Bolivia. Porque Perú me parece, por lo menos en ciertos niveles, que tienen una mirada más para culpar a los bolivianos: “Ellos nos han metido a este enredo, nos han abandonado en la guerra”. Además una mirada de superioridad también muy fuerte, además de un poco de rabia, porque, finalmente, cuando bolivianos y peruanos se enfrentaron, los bolivianos ganaron en la batalla de Ingavi, Socabaya, Yanacocha. Hay, por otro lado, en el sur peruano, una percepción de que somos lo mismo. Somos parte una misma cultura, una misma historia que además es verdad, ¿no? Entonces sobre bases mucho más reales.

Entonces, por ese lado, con unas bases sobre todo del norte de Perú que difieren del sur peruano: “¿Cuándo volvemos al proyecto Santa Cruz?” “Nuestras culturas son una sola”, ¿no?

Y Bolivia, como le digo, está dividida en una mirada más bien un tanto sumisa hacia Chile, de fragmentos de la élite sobre todo, y otra mirada sobre todo despectiva de Chile, de resentimiento con respecto al chileno. Muchas imágenes de esa mirada de resentimiento hacia Chile, que tampoco es absoluta. Y, tampoco tenemos una imagen muy positiva del peruano, al último peor con identificarlo con la delincuencia, etc. No es que tengamos una imagen de que somos culturas muy parecidas. Hay varios lugares como Cusco, Puno, Arequipa de tanta cercanía con Bolivia. A veces a un peruano lo vemos como nuestro igual, ¿no? Pero por otro lado también hay esa mirada prejuiciosa respecto al Perú. Yo creo que entre los tres nos tenemos un prejuicio terrible.

(RE) ¿Y de Perú hacia Chile?

(FC) Terrible, es una mirada muy dura de competencia y de resentimiento. No por algo que han perdido, como el mar, sino por una guerra en la que los chilenos los trataron muy duramente. Y que los chilenos no hacen tampoco mayor esfuerzo en tratar de devolverles los “trofeos de guerra”. Así son los chilenos, sobre todo su élite, es muy terca. Los Leones de Lima tienen que ser adornos de la principal estación de metro de Chile, los libros de la biblioteca (dice que algunos han devuelto), entonces para Perú hay una imagen bien fuerte, sobre todo de la élite peruana, contra Chile. Yo creo que es más fuerte la enemistad

chileno- peruana, porque, además, como que se ven como que todavía tienen que luchar por el Pacífico y la competencia.

Esa mirada de los tres puntos, la trinacionalidad y unidos, es todavía una imagen de algunos sectores, pero muy minoritarios. Por ejemplo, hay sectores como comerciantes, gente que hace los viajes a través de los tres países, obviamente quiere que nos olvidemos de este tema, la gente que trabaja en turismo. Toda la gente que viaja entre los tres países, dice: “¿Qué pasa? Si podemos estar más unidos. Hacer tantas cosas juntos”, ¿no? En el plan académico también, la iglesia es otro factor de integración. Hay gente, todavía, que piensa que hay más cosas que nos unen que las que nos separan, es una minoría.

(RE) ¿En los tres países?

Yo creo que existe en los tres países sobre todo... Bueno en el plano que yo más conozco, que es el académico. Hay reuniones Bolivia, Perú, Chile. Bolivia, Perú. Bolivia, Chile, incluso hemos sacado libros. Pero creo que todos tenemos miedo de que lancemos una cosa que todavía en la opinión pública, no la entiendan, ¿no? Están todavía muy fuertes los mitos y las propias percepciones.

(RE) Dado estos antecedentes, ¿es posible la reivindicación boliviana? Bueno, estos antecedentes, efectivamente, siguen como obstáculos. ¿La cree posible en algún momento?

(FC) Sí, yo creo que sí por eso me metí en eso, si no me metería en algo imposible. Creo que sí, porque creo que ahora, además de los nacionalismos, hay una necesidad, más que una convicción de la integración latinoamericana. Sabemos que en este tema Bolivia, Chile y Perú son el principal obstáculo. Sabemos que están con Venezuela- Colombia, Ecuador- Perú, Brasil,-Argentina, esas rivalidades, pero la más fuerte es la de los tres países del Pacífico. Entonces, la propia gente que está en la política que asiste a esas reuniones cumbre, se dan cuenta que para dar un paso más, hay que llegar a solucionar este tema e integrarlo. El problema es la política interna de los países que influye sobre estos. Que muchos no se animan a dar un paso, por temor a perder votos, a la crítica de la política interna. Pero si están los ingredientes para hacer la torta. El problema es que hay gente con ganas de arruinarla, ¿no? Pero sí, yo creo que se puede.

M. Rocío Estremadoiro Rioja

La influencia de la Guerra del Pacífico en la constitución de identidades nacionales y alteridades en Bolivia, Perú y Chile

(RE) ¿Qué paso tendría que dar Bolivia como Estado en ese sentido?

(FC) Lograr que este asunto sea un asunto de todos, no solamente del gobierno y, por lo tanto, seguramente la oposición dirá siempre lo contrario. Eso creo que es una tarea muy, muy difícil. Lograr hacer una política de Estado. Por supuesto que hay que fortalecerse internamente y estabilizar la institucionalización. Bolivia es un país todavía con una debilidad institucional, tenemos más debilidades en ese asunto, más que los otros dos países de Perú y Chile. Chile tiene más institucionalizado el tema, no quiere decir que más expertos, pero es más institucionalizado. Entonces, sí. Por otro lado, pues pensar creativamente en soluciones, no aferrarse a una sola.

2.5 Entrevista a José Miguel Concha

Entrevistado: José Miguel Concha (JC)

Entrevistadora: Rocío Estremadoiro (RE)

(Breve explicación de la Tesis Doctoral y el objetivo de la entrevista).

(RE) En relación a las causas de la guerra, por ejemplo, hay visiones distintas en Bolivia y Chile ¿Cuál cree usted que es la percepción hegemónica en Chile respecto a las causas de la Guerra del Pacífico?

(JC) Respecto a lo que son las causas de la Guerra del Pacífico desde el punto de vista chileno, Chile también tiene una historiografía en la cual se trata de justificar en cierta medida el conflicto. Y por qué Chile, de hecho, lo inicia con la invasión de Antofagasta el 14 de febrero de 1879, las causas son exógenas a Bolivia en cierta medida. Bolivia tiene una intervención en la guerra que es una intervención obligada, porque es un Estado que estaba entre dos contendientes por la hegemonía del Pacífico. En este caso, el Perú y Chile, o bien, si lo llevamos a términos comerciales, El Callao y Valparaíso, y hay una suerte de lucha hegemónica que parte desde los albores de la independencia entre estos dos Estados, el peruano y el chileno, y se va desarrollar durante todo el Siglo XIX y cuyo punto de inflexión o acontecimiento monstruo, va a ser la Guerra del Pacífico, que va a definir finalmente la hegemonía en el Pacífico Sur.

Primero, hay una pugna de carácter comercial. Por una parte, dentro del imaginario peruano, posiblemente la pugna va más allá de lo comercial, sino que también es una cosa de refrendar el paternalismo o la hegemonía del Virreinato del Perú sobre una capitania perdida al sur que era Chile. Entonces, primero esta pugna comercial va a tener ciertos elementos que se van a cruzar con elementos políticos y luego conflictos bélicos como la guerra de la Confederación y, posteriormente, ya el conflicto definitivo que es la Guerra del Pacífico.

¿Cuál es la causa mediata del conflicto para los chilenos? Fundamentalmente, la política del gobierno peruano, el gobierno de Pardo, y luego de Prado, de expulsar a los capitales chilenos de la zona sud peruana y el litoral boliviano, capital chileno que está trabajando según las reglas del juego en esa zona, fundamentalmente, la explotación de las guaneras y posteriormente la explotación de la salitreras. Este capital chileno y mano de obra

chilena, porque también muchos de los trabajadores son chilenos en esta zona. Están según las reglas del juego trabajando en el departamento de Tarapacá y departamento de Antofagasta y la política primero del gobierno de Pardo de nacionalizar las salitreras. Las guaneras durante la época dorada ya habían sido nacionalizadas con tiempo. Pero de nacionalizar las salitreras provoca la expulsión del capital chileno, francés, inglés, pero fundamentalmente chileno.

Estamos hablando de las causas mediatas del conflicto. Estamos hablando de la década de 1870. El gobierno peruano inicia una política, entiendo, por problemas de carácter fiscal, quieren refundar la edad de oro del guano que ya había concluido con una edad de oro del salitre, pero el grave problema que tenían respecto del salitre es que había mucho capital foráneo que estaba explotando este recurso. Entonces, la única forma de tener comparación con la edad de oro del guano, estas empresas que fundamentalmente estaban en la región de Tarapacá, y se lleva a cabo una ley que entiendo es de 1873 y esta ley produce la expulsión tanto del capital, como del personal chileno, que se encuentra en la zona. Primera agresión a los empresarios chilenos ligados al Estado chileno reciente. Estamos hablando de cinco, seis años antes de la guerra.

Esto viene de una política del gobierno peruano, las reglas de juego, y Chile lo acepta. Luego el gobierno de Hilarión Daza exige estos 10 centavos por quintal de salitre exportado a una de las empresas chilenas, la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, y esta empresa, que es una de las principales chilenas, ve este monto de impuesto no solamente como hecho simbólico y que afecta la letra y el espíritu del tratado de 1874, sino que, básicamente, lo ve como la punta de iceberg de un proceso que ya se llevó a cabo en el Perú. Esto es el primer camino para también la estatización del salitre boliviano y la expulsión del capital chileno y dejar a los empresarios chilenos completamente fuera de la explotación de estos recursos. Y así también lo percibe el gobierno chileno.

A diferencia de lo que aconteció en Perú, en Bolivia si existió una traba jurídica y una traba jurídica de carácter internacional, como lo estableció el tratado. Entonces, el aumento del impuesto quizá aceptado en ese momento, a la lógica chilena iba a implicar un nuevo monto de impuesto hasta que terminara ahogándose al capital chileno y

expulsándolo de la región de Antofagasta. Eso en términos de lucha de carácter comercial y económico.

De carácter político Chile, lógicamente, no quería perder participación de este recurso (del salitre). Yo no creo que Chile hubiera tenido hasta antes del 79' una política de carácter hegemónico en el Pacífico Sur. Cuando estalla la guerra, la cosa es diferente. Porque digo esto. Porque el gobierno de Aníbal Pinto, que muchas veces en la historiografía peruana y la boliviana señala que optó y tomó la excusa de impuesto para declarar la guerra, para llevar a cabo los preparativos del desembarque en Antofagasta, el gobierno de Aníbal Pinto por lo menos en cuatro oportunidades solicitó al gobierno boliviano de Hilarión Daza llevar a cabo un arbitraje de acuerdo a lo contenido en el tratado de 1874. De que si existía duda respecto a la aplicación de este tratado por las partes, se podía llevar este arbitraje, Chile claramente le pide al gobierno boliviano llevar este asunto al arbitraje. Recordemos que la ley de los 10 centavos es el 14 de febrero de 1878, o sea, pasa un año hasta que Chile toma las medidas del caso.

Cuando Chile toma las medidas del caso no es porque el gobierno boliviano se mantenga firme cuanto a cobrar los 10 centavos, sino que Chile interviene ya cuando el gobierno boliviano saca una nueva ley que señala que aquellos que no han pagado, es decir, la empresa de Salitres de Antofagasta, se le van a embargar los bienes. Estamos hablando de mucho más de impuestos simbólicos y recién ahí Chile entra en el conflicto.

O sea, esa tesis de que Chile estaba preparado y que quería actuar con alevosía frente al Estado boliviano yo creo que se derrumba frente a los documentos y documentos palpables que se pueden encontrar en cualquier biblioteca de los tres países. Donde está la solicitud de Chile para un arbitraje. Eso. Yo sé que me giré un poco, me gustaría que me hagas las preguntas como más directas, si quieres alguna cosa en particular.

(RE) Bueno, puede variar, efectivamente, la percepción a lo largo de la historia. Pero lo que si he podido un poco leer entre líneas ¿Cómo se percibe al Estado boliviano de parte del Estado chileno en relación a las causas que originan la Guerra del Pacífico? Porque yo siento que hay una lectura entre líneas, puede ser una hipótesis mía que todavía no la estoy desarrollando, pero como que leo entre líneas. Que se percibe al Estado boliviano, primero, como muy inestable frente a sus políticas de Estado, especialmente con relaciones exteriores que van cambiando de

gobierno a gobierno. Una especie de queja que noto constante en la historiografía chilena. Un estado inestable con políticas de Estado sumamente poco coherentes.

(JC) Más políticas de gobierno que políticas de Estado.

(RE) Exactamente, más políticas de gobierno. Y bueno, también, un poco, termina como un país que posiblemente no hubiera podido exportar o trabajar las guaneras, las salitreras, etc., etc. por sus propias características internas de formación social y, de alguna manera, esa percepción está relacionada con la idea de que los que trabajaron aquello fueron, justamente, los capitales chilenos. La población que era, en ese momento, mayoritariamente, chilena.

(JC) La percepción de Chile respecto a Bolivia.

(RE) La percepción de Chile respecto a Bolivia y si ha cambiado, si continúa ahora, si se ha reforzado con los últimos entredichos.

(JC) Primero veamos la percepción que había en el año 79.' Percepción de un Estado de vasto territorio, pero territorio con frontera muy permeable y abandonada. El chileno y aquí un poco con esto, lo que había dicho con anterioridad. Chile no tenía ninguna política hegemónica hasta la Guerra del Pacífico. Lo que si existía mucho en Chile era una fuerte inmigración, del chileno. El Chile de 1850, 1870 va desde Copiapó al norte hasta Valdivia como un sector que es la zona de Arauco, que tampoco es parte territorio chileno. O sea, el territorio chileno para que tú tengas un paragón en cuanto a superficie, no es más grande que el departamento de La Paz. Ese es Chile antes de la Guerra del Pacífico. Por tanto, y sin embargo, la población chilena es equivalente a la población boliviana en esa época. Y al chileno que es un país regla que está entre cordillera y mar por una parte conectando con los mapuches, ustedes le llaman araucanos, por una parte y con el desierto de Atacama por otra, lo único que le quedaba a Chile era expandirse hacia regiones en las cuales habían oportunidades económicas y había escasa presencia estatal de los vecinos, y así acontece, fundamentalmente el norte y, por ende, para el gobierno chileno, Bolivia es un país con vasto territorio, pero con fronteras muy permeables. Esto produce una migración voluntaria y tampoco una migración preconcebida o pagada por el Estado. El chileno es "patieperri", y así lo ha sido a través de su historia y fue ocupando estos sectores.

Ahora, eso es un hecho. Percepción por parte del Estado con respecto al Litoral boliviano, respecto a Bolivia. Lo que más le interesa al empresario chileno son las reglas del juego claras para poder invertir y poder desarrollar su industria en los países vecinos. Eso les interesaba a los empresarios chilenos, que son parte del gobierno chileno. Por tanto, el gobierno chileno al no tener expansiones territoriales en esa época, razonaba: “Si puedo hacerme rico en el Litoral boliviano, está bien, no es necesario que el Litoral boliviano sea nuestro”. Esa es la lógica que tiene el empresario de esa época. Pero, efectivamente, el Estado chileno empieza percibir a Bolivia como un país políticamente muy inestable. Entonces, estas reglas del juego que le interesan mucho al comerciante chileno no se logran dar. Porque lo que promete un gobierno, el gobierno siguiente lo anula. Como fue el tratado de 1866 con Melgarejo. El gobierno siguiente anula un tratado internacional, cosa que bajo el derecho internacional no se puede entender y el gobierno chileno a partir de esa época, para poder desarrollar, para que el empresario chileno pueda desarrollarse, no se está dando. Quizá el momento culminante es, justamente, cuando se aplica un impuesto que claramente no se condice con el artículo IV del tratado de 1874.

Otra percepción respecto a Bolivia, es que Bolivia no era un país rivalizando con Chile en ningún aspecto. Es un país que, hasta en esa época, Bolivia fundamentalmente se mira hacia adentro, no es un país que tenga aspiraciones comerciales en el Pacífico, que eso fundamentalmente, le haría competencia a Chile. Entonces, Chile tiene una intención de expansión hacia el estrecho de Magallanes, ahí su gran enemigo o rival es la Argentina y, fundamentalmente, en el norte, donde sus fronteras están claramente establecidas en esa época, el rival comercial es el Perú.

En esta concepción, Chile estima que si tiene que buscar un aliado natural, vecinal, ese aliado no tendría que ser otro, sino Bolivia. Por eso, cuando se produce el incumplimiento del tratado del 74', Chile ocupa el litoral boliviano y luego Bolivia le declara la guerra a Chile, pero Chile en ningún momento le declara la guerra a Bolivia, hasta el 5 de abril que le declara la guerra al Perú. Su principal enemigo es el Perú no es Bolivia.

Por eso está lo que se señala en mi libro, los esfuerzos del gobierno de Aníbal Pinto y luego de Santa María de poder cambiar un poco las percepciones que tienen los bolivianos de Chile y que Bolivia, fundamentalmente, pase a ser un aliado potencial. Y como Chile intentase esa alianza, ya cuando Chile está en la guerra, sí le interesa el territorio de

Tarapacá del Perú. El Perú va a quedar dividido y no va poder devolver la mano, al golpe que le ha propinado Chile. Pero Chile, fundamentalmente, quiere que Bolivia, no solamente durante la guerra porque la guerra, Chile, ya la tiene ganada. En octubre de 79 a los pocos meses de iniciar la guerra, ya la tiene ganada, Chile tiene dominio marítimo, pero, sin embargo, los contactos para llegar a una alianza con Bolivia se mantienen durante dos años más. ¿Por qué? Ya no es por el hecho de asegurar el triunfo de las armas, el hecho es asegurar en el futuro una frontera estable, y esa frontera estable se logra interponiendo a Bolivia entre Perú y Chile.

He conversado con algunos historiadores bolivianos que dicen, pero eso era inviable porque luego Perú iba atacar a Bolivia e iba a ocupar el territorio que Chile le pusiera. No, porque en los acuerdos que Chile quería firmar con Bolivia estaba la alianza perpetua. O sea, cualquier ataque del Perú iba a implicar que Chile iba a salir en defensa de Bolivia. Lo que Chile quería, finalmente, era ganarse un aliado permanente y así evitar una guerra de dos frentes. Es decir, si Chile tenía que disputarse el Estrecho de Magallanes, no digo la Patagonia porque para Chile la Patagonia oriental era un territorio exógeno que no está dentro sus expectativas, pero sí la consolidación del Estrecho de Magallanes, y eso sí podía provocar fácilmente una guerra con Argentina. La única forma de no tener una guerra de dos frentes era buscar una alianza con el único Estado que no tuviera rivalidades de carácter hegemónico en la zona.

Entonces, se da esto. Por una parte, se considera efectivamente un estado débil, pero, por otro, se les consideraba a Bolivia no como un rival, no como un enemigo. En eso tenemos que basarnos de acuerdo a la mentalidad del Siglo XIX, hegemónica, donde está el juego “suma cero”: “Yo gano en la medida que mi vecino pierde”. Bajo esa mentalidad Bolivia era, claramente, el potencial aliado que podía tener Chile.

¿Qué otra cosa respecto a cierto elemento que se arman en el trascurso de la guerra y estos arreglos que hace Chile? También surge la idea de que con Bolivia no se puede negociar. Las personas que buscan las alianzas con Bolivia empiezan a decepcionarse, porque en la medida de que Chile ofrece y ofrece desde una posición de poder: “Yo he ganado la guerra, tú la has perdido, yo te ofrezco esto y tú lo rechazas”. Y eso era lo que La Moneda no podía entender. Sí, claro, Bolivia escucha que las propuestas pasan por una cosa de honor. Como le van a abandonar al aliado que supuestamente había entrado en mi defensa

y yo, abandono y me reparto el botín con el enemigo. Pero esa era una lógica que no tenía relación con las causas reales de la guerra.

Como te insistía, las causas reales de la guerra, se relacionan con un conflicto que se está dando en el Pacífico entre Chile y Perú. A Bolivia le toca ser el jamón del sándwich. Entonces, el tema era que cuando Chile le empieza hacer las ofertas al gobierno de Daza y luego de Campero y ve que las ofertas son rechazadas. Les hacen mejor oferta y se las vuelven a rechazar, en los documentos que ya han desaparecido, pero quedan testimonios de las conversaciones que sostuvieron entre, por ejemplo, Lillo y Mariano Batista, en las cuales Chile ofrece hasta Arequipa al gobierno boliviano, es decir, ya parte de sur peruano y, lógicamente, para ambos países este territorio para consolidarse y obligar a Perú a que firmara el tratado. La mínima propuesta que le hace Chile a Bolivia es el territorio de Tacna y Arica que en parte compensaría la pérdida del territorio de Antofagasta y un territorio que históricamente nunca había estado ligado tanto a Bolivia, como sí Arica.

Entonces, las percepciones en el periodo de la Guerra del Pacífico, recapitulando, son esas. Bolivia es un Estado débil, Bolivia es un Estado que no es rival para Chile. No me refiero a que no tuviera la potencialidad. Sino porque sus áreas de interés no competían con las de Chile. Por ende, tercer elemento, es el potencial aliado y Chile se lo quiere ganar no solamente para la Guerra del Pacífico, sino para tenerlo como aliado permanente durante el próximo siglo.

Cuarto elemento, en esta debilidad institucional también está un elemento: Que es muy difícil negociar con Bolivia, no solamente por inestabilidad institucional, cosa que, extrañamente, después de la guerra tuvo un periodo de bastante de estabilidad con estos los conservadores. Pero no va a poder lograr negociar con Bolivia porque el pueblo boliviano es así, me refiero al Ejecutivo y al Legislativo, nunca se van a colocar de acuerdo para aceptar las propuestas que Chile les presenta y el mejor elemento son los tratados de 1895 que si Bolivia los ratifica, porque Chile los ratificó, lo que después no ratificó fue uno de los protocolos complementarios, pero si en ese momento Bolivia hubiera firmado tal cual estaban los tratados, Chile hubiera quedado preso de su compromiso internacional de otorgar el litoral a Bolivia en el Pacífico. Y este litoral no hubiera sido un corredor de 10 km. como fue posteriormente, como fue en los acuerdos de Charaña, sino que Chile lo que más deseaba era entregare el mayor litoral a Bolivia.

Claro, a expensas del Perú, pero, justamente, para debilitar aún al Perú y fortalecer y lograr una alianza que se mantuviera en el tiempo.

Entonces, esos son los cuatro elementos, las cuatro percepciones del Estado chileno respecto al Estado boliviano.

(RE) ¿Cómo percibe usted la opinión pública chilena en las últimas décadas del Siglo XX podríamos decir, desde el Siglo XX respecto a Bolivia? ¿Cómo cree usted que se percibe a Bolivia especialmente cuando se escucha que sigue la demanda marítima boliviana? ¿Cómo usted cree que percibe eso el ciudadano chileno?

(JC) Quizá la mejor evaluación para responder eso, es leyéndose una tira cómica, a Condorito. Condorito tiene dos amigos vecinos uno es Peter y otro es Titicaco, Titicaco es boliviano, no tiene ningún amigo peruano. Entonces, por qué coloco a Condorito, porque condorito es como la esencia del chileno en caricatura y que en parte refleja lo que siente el chileno de pueblo. El chileno de pueblo tiene una percepción muy positiva de los bolivianos, lo estima quizá por esto mismo que le comentaba en la pregunta anterior que nunca lo ha visto como un rival, como alguien que trata de quitarte algo, lo ve como una persona muy humilde, lo digo humilde en el sentido de alguien que no es robón (sic), que no es una persona que está buscando protagonismo. Por ejemplo, con la Argentina, se lleva bien con el argentino, pero nos cae mal. Porque al argentino lo encuentra muy sobrado y es tragón, en ese término, al peruano lo ve con que tiene resentimiento, un resentimiento que es mucho más fuerte que el dolor que puede tener Bolivia por la pérdida del Litoral. Es un resentimiento profundo, por la Guerra del Pacífico y cada vez que uno puede conversar, el taxista en la forma de referirse respecto al peruano difiere mucho del boliviano. Eso en cuanto a la calle.

El tema marítimo es otro asunto, el tema marítimo en el chileno, primero, no es como parte de la agenda de un chileno medio. Ni siquiera, el chileno no llega a tener la empatía, lo que significa para Bolivia ser un país mediterráneo. Entonces, si tiene cien temas de importancia del diario vivir del chileno, el tema de la deuda mediterránea de Bolivia no está. Es parte de, cómo te cuento, falta comprensión, falta de empatía y porque además nunca se lo inculcaron. Chile ganó la Guerra del Pacífico y venció, estoy viendo el punto de vista de la escuela. Venció a los países que estaban en el norte y logró consolidar su presencia y obtener la salitrera y esto trajo mucha prosperidad. No está el hecho de cuánto

fue el dolor o la pérdida que se causó a los vecinos. Entonces, el tema marítimo puede ser muy manejado ante la opinión pública por los gobiernos de turno. Y manejado positiva como negativamente y también tiene mucho efecto lo que ocurre aquí en Bolivia. Sobre todo, hoy, cuando las comunicaciones llegan al instante. Por ejemplo, cuando se estaba negociando la agenda de los trece puntos y cuando existía esa percepción que de los bolivianos son amigos nuestros y Evo Morales se saluda con Michel Bachelet y todo está bien. La percepción del chileno es positiva hacia las aspiraciones marítimas bolivianas. Entonces, tú en esa época hacías una encuesta y había un gran porcentaje que decía: “Sí, yo estoy de acuerdo en que Bolivia retorne al Pacífico”, “yo estoy de acuerdo con que Bolivia pueda tener una salida, incluso soberana”. ¿Por qué? Porque es mi amigo. Y que es lo que pasa después del 23 de marzo, cuando empiezan las declaraciones del presidente Evo Morales y de otros personeros muy fuertes hacia Chile. Claro, matizadas en el sentido de la oligarquía chilena, pero eso, un discurso que en Chile no tiene la llegada que tiene acá, donde efectivamente había distintos frentes entre parte de la población y una oligarquía real en Bolivia. En Chile la oligarquía chilena si bien existió, está muy matizada, Chile tiene una gran clase media, entonces, cuando se habla de oligarquía, el chileno medio no percibe eso, piensa que te están atacando no más. En Chile, Evo Morales puede repetir diez veces que la oligarquía, y el receptor Juan Pérez en Chile dice: “Ah, el presidente de Bolivia nos está atacando”. Al día siguiente viene el encuestador y le preguntan: “¿Cuál es su posición respecto a Bolivia y su aspiración marítima?” “No, no. No hay nada de qué hablar con Bolivia”. Adoptan el discurso oficial y se alinean fácilmente.

Esto no tiene nada que ver con una falta de poder racionalizar la cuenta de cada uno respecto al tema boliviano, sino que se junta el hecho de que como Bolivia no es tema, es muy fácil que las percepciones chilenas vayan de acuerdo al estado ánimo, a la acción bilateral que se esté llevando a cabo. Entonces, lamentablemente, cuando existen políticas muy agresivas entre los Estados, eso aleja el elemento que quizá es la base para cualquier futuro arreglo, que es la opinión pública.

(RE) ¿Hasta qué punto es cierto de que hay una visión alternativa en Chile? No sé hasta qué punto son mitos bolivianos. Por ejemplo, hay un escritor boliviano, Néstor Taboada Terán que escribió un libro que se llama “Allende: mar para Bolivia” y que asegura que ese presidente ofreció a Bolivia una salida al mar. Y, por otro lado,

hay una percepción aquí en Bolivia de que la izquierda chilena es mucho más abierta a la reivindicación marítima y bueno eso se refuerza por el hecho de este acto simbólico que organizó Evo Morales. Vino Inti Illimani que fue un grupo emblemático de la música protesta en Chile y de la izquierda. ¿Hasta qué punto es cierto que hay una visión alternativa a esta visión hegemónica sobre la Guerra del Pacífico, sobre la percepción de Bolivia o la reivindicación marítima?

(JC) Es un mito. O sea, eso de que la izquierda es más afín a un acuerdo con Bolivia que la derecha, si uno lo ve a lo largo de la historia, no se cumpliría. Los dos acuerdos donde Bolivia estuvo más cerca fueron Charaña, y antes de Charaña, los tratados de 1895. En ambos periodos teníamos una democracia, no sé cómo llamarla, protegida, y la otra, claramente, era una dictadura, pero no podíamos decir que ninguno de esos gobiernos fuera de izquierda o lo que nosotros entendemos como izquierda, obvio. Y la sociedad chilena, por ejemplo, volvemos a conceptos acá muy utilizados, la oligarquía chilena tiene ciertos fundamentos muy nacionalistas. Pero en Chile no gobierna la oligarquía, la oligarquía chilena fundamentalmente se mantiene a nivel de políticas económicas. Quienes gobiernan en Chile es la mesocracia, la clase media chilena ha gobernado desde mediados del Siglo XX y ocupa el aparato estatal, las decisiones políticas, fundamentalmente, nacen en su seno y esa clase media es transversal, respecto a políticas americanistas, de integración, nacionalistas, chauvinistas. Nos encontramos personas de diferentes posiciones, en diferentes partidos para todo y, fundamentalmente, donde sí, y este otro de los mitos que se tiene acá en Bolivia, donde van a encontrar muy fuerte nacionalismo es en la clase baja. La clase más pobre en Chile, es a la que más les llega el discurso nacionalista. Y es la que menos está dispuesta a tranzar con alguno de los vecinos, no solamente Bolivia, y por una cosa lógica, porque la clase media no se ve afectada por los procesos de inmigración. Como somos un Estado relativamente exitoso en muchos campos ahora tan fuerte en el campo educativo, con una economía fuerte, se han producido procesos migratorios fundamentalmente peruanos, en segundo lugar, Argentina y el tercer lugar es de Bolivia. Pero la peruana ha sido muy fuerte en Chile y quienes son los más afectados por esa migración es la clase más pobre. Te coloco un ejemplo. Producto de esa experiencia es mucho más receptivo al discurso nacionalista. Cuando se habla de la cercanía entre los pueblos, hablando de pueblo como la clase obrera

es un mito, el obrero chileno es mucho más nacionalista de lo que puede ser el abogado o el funcionario estatal en Chile.

(RE) ¿Entonces serían más posiciones aisladas, de unos individuos que vienen apoyar abiertamente la posición marítima?

(JC) Estas organizaciones que están apoyando a Bolivia conforman el 0.01 % de las organizaciones en Chile y una de las organizaciones, por ejemplo, era el Centro de alumnos de la Universidad de Valparaíso. ¿Quiénes son?, Cuatro personas, cinco personas, la “Corporación de peluqueros de Playa Ancha”. O sea, representa lo que...Lo que sí, sí ha tenido una mirada positiva muy integracionista pro boliviana es el Partido Comunista chileno. Pero el Partido Comunista chileno es electoralmente es el 4% del electorado, entonces, no son representativos en realidad, y en todos los demás partidos uno se encuentra diferentes posiciones. Puede haber un socialista muy nacionalista como también un socialista muy liberal y muy integracionista y muy abierto a dialogar con Bolivia.

(RE) Quisiera que me amplíe un poco más sobre la percepción del Perú porque me parece interesante, o sea, por lo que he podido entender, la rivalidad con el Perú es mucho antes de la Guerra del Pacífico por esto del control del Pacífico mismo, ¿no? Pero también en la actualidad parecería que entre chilenos y peruanos hay muchos estigmas, incluso, no sé, llamarle ¿discriminación? El Perú también tiene una visión dura, he notado, frente a Chile.

(JC) Hay un libro que yo te recomiendo, de todas maneras, cuando vayas a Chile lo encargas, creo que yo lo tengo. De Sergio Villalobos, “Chile -Perú la historia que nos une y lo que nos separa. 1533 a 1883”. Ese libro es muy bueno para poder entender la posición de ambos países. Él tiene una visión para que sepas un tanto nacionalista, pero, sin embargo, es muy riguroso en su método de estudio, ya vas a percibir, en la medida que lo vayas leyendo. De todas maneras, es uno de los mejores libros para poder entender la lógica que ha movido a los dos países desde la Colonia.

Para entender la relación peruano- chilena hay que basarse en los albores de la conquista hasta nuestros días. Perú era el incanato, un país muy rico donde lógicamente los españoles centraron su establecimiento en un territorio con vasta población, con una

población culta en relación a la periferia y Chile era un territorio totalmente perdido en el sur, donde había tribus bárbaras. El indígena chileno, fundamentalmente, en la zona central y el sur de Chile vivía en la Edad de Piedra, no tenía escritura. Entonces, siempre fue visto, desde los albores de la Colonia en adelante, a Chile como un territorio bárbaro. Para la posición de los hispanos criollos de la época, Chile era mal visto y el que venía de Chile para comerciar en Lima también era visto como un pariente pobre y, de hecho, cuando se crea el Virreinato del Perú, la Capitanía de Chile va depender políticamente y administrativamente de Perú. Entonces, para los peruanos siempre, y para la aristocracia peruana, Chile va ser considerado el... bueno el nombre “roto” viene, justamente, dado por parte de los peruanos.

Se dice que cuando llegaron las tropas de Almagro a Chile, porque no consiguieron oro, los pizarritas trataron a los almagristas como los “rotos de Chile”, y de ahí cada vez que se aludía a chilenos, y qué mejor demostración de cómo yo percibo al vecino que llamarlo “roto”, un “andrajoso” que casi es como el sinónimo. Y este “andrajoso” que siempre estuvo como al margen en toda la gran fiesta colonial de 300 años, algún momento terminó tomando un protagonismo que yo, como peruano, no quería que tomase. Y de ese protagonismo fue que viene todo este proceso de Independencia con dos polos. Viene el proceso con Venezuela y la Argentina y Chile toma la postura pro independentista de Buenos Aires, y el Virreinato trata de llevar a cabo las expediciones punitivas para que esto no prospere y, finalmente, esta guerra civil que fue la Independencia, finalmente, los chilenos, estos “rotos”, son los que se embarcan en Paraca y entran a Lima y me obligan, como peruano, a promulgar la Independencia, cosa que yo no quiero porque, como Virreinato, los peruanos se sentían muy cómodos en el statu quo de las cosas. Entonces, entre los chilenos, el primer dolor que le les producen a los peruanos es que estos “cuasi sirvientes del fondo de la casa” entran a la casa y me obligan a mí a declararme independiente, qué sé yo, y yo no lo quería ocupación de Lima por parte de la fuerza chilena en la Independencia.

Y esto es invasión chilena como, por ejemplo, en el desembarco de Tarapacá salen las banderas argentinas porque desembarca San Martín, pero eso es una ficción histórica porque la escuadra libertadora iba con la bandera chilena, el 80% de los marinos que habían en esa escuadra eran chilenos y claro había algunos oficiales y el comándante en jefe era argentino. Ese es el primer momento.

Después, durante los albores de la Independencia hasta la Confederación empieza a haber una pugna de carácter comercial entre El Callao que sin duda era el puerto por excelencia durante la Colonia en el Pacífico, con Valparaíso que era un pequeño puerto, pero que, de pronto, en la Guerra de la Independencia adquiere hegemonía durante, por lo menos, un par de décadas y esto es porque en la Guerra de la Independencia, toda la flota mercante peruana es destruida o capturada por la chilena porque, fundamentalmente, era realista, entonces, cuando el Perú nace a la vida independiente no había flota mercante y esto produce que Valparaíso, una pequeña caleta, entre a ser un puerto comercial de gran interés y prosperidad en relación a El Callao. Luego, El Callao por el peso natural que tiene, va empezar a recuperar posiciones y cuando se produce el conflicto de la Confederación que, fundamentalmente, es un conflicto de carácter comercial, por qué un conflicto de carácter comercial, porque al final de él no hay ningún país que pierda territorio, lo que le interesaba a Portales y la camarilla de la época, era que El Callao no se hiciera más poderoso al unirse Bolivia al Perú, era lógico que esta relación de fuerza que se estaba estableciendo iba a quedar en beneficio de El Callao, se iba a consolidar el proyecto de Santa Cruz .

Ahí tenemos el primer quiebre ya de carácter militar entre la pugna hegemónica de Perú y Chile luego de establecido el orden bajo los supuestos chilenos, vamos a tener nuevamente un periodo, lo que nosotros decimos “gallito”, de medirse las fuerzas, estamos hablando hasta la guerra con España. Claramente, esta rivalidad peruano -chilena es fundamental, espero no decirlo con chauvinismo, pero es más peruana que chilena.

¿Por qué? nuevamente voy al tema de que si yo soy “el gran señor” y mi vecino es un “roto”, pero, sin embargo, nos encontramos en el club de tenis juntos, nos encontramos en el mismo restaurant, ese personaje que accedió a ese estatus que antes no tenía, no me va a mirar mal a mí, yo lo miro mal a él porque yo lo encuentro como un recién llegado, entonces, Perú tenía mucho esta mentalidad.

Cuando viene la guerra con España, Chile se incorpora a una guerra de la que no era parte. La guerra era Perú contra España y Chile la respalda. Aquí hay una tendencia de muy fuerte americanismo, en parte muy idealizado por dirigentes chilenos, que va a costar. Si bien en la guerra el puerto de Valparaíso es destruido por la escuadra española y de ahí, desde la guerra con España, durante toda la época dorada del guano, hasta poco

antes de la Guerra del Pacífico, el puerto de El Callao va a cobrar más importancia que el puerto de Valparaíso. Y bueno, el elemento de esta competencia por hegemonía que se está dando entre uno y otro, va a quedar totalmente establecida cuando en el conflicto del 79. Es la supremacía, o sea Chile le pasa la aplanadora por encima al Perú. Y claramente Chile se establece como el país hegemónico, durante el Siglo XX, del Pacífico y va a mantener esa posición en muchos aspectos, incluso hasta hoy. Y después de la Guerra del Pacífico si se va dar una suerte de... se va a gestar una percepción negativa del chileno hacia el peruano porque en Chile el Perú va a ser significado como el culpable que llevó a Chile a la guerra y como no me quieren, yo tampoco los quiero. Esa es la respuesta del chileno en la calle.

Y después se ahonda con elementos de onda racial, se va a tender a menospreciar al peruano. Claro después de la Guerra del Pacífico en Chile se produce también un proceso de sobreestima de creer que ahora sí a Chile no lo para nadie y esto hace que el chileno subestime al Perú.

Entonces, se da la paradoja que el peruano mira con odio, odio del peruano educado, el limeño, por ejemplo. Ve al chileno como un tipo exitoso pero bárbaro, (nuevo rico). Y por parte el chileno, desde un punto de vista racial, que ve al peruano con un desdén pero, fundamentalmente, en ningún otro elemento para asirse, a no ser de que “yo soy un poco más blanco”. Y se da esta situación que, en cierta medida, basándose en políticas nacionalistas que han llevado a cabo cada uno de los países, especialmente por la dictadura, se ha mantenido y, en cierta medida, no se ha atenuado.

‘(RE) Una última pregunta, un poco para ilustrar también el imaginario boliviano. ¿Usted como chileno ha sufrido algún tipo discriminación en Bolivia? ¿O le han aludido alguna vez con desdén sobre la reivindicación o lo han culpado?’

(JC) No, nunca. Llevo tres años y medio acá, nunca he tenido, al contrario. Y también con la gente que ha venido a visitarme, mucha gente viene con esa percepción de qué van a decir, “es peligroso, no nos quieren en Bolivia” y cuando llegan a acá, toman taxi y el taxista les dice, “usted no es de acá, usted es chileno o chilena”. Los familiares responden asustados, “sí, vengo de Santiago”. “Mire qué bien yo tengo-y casi todos dicen- yo tengo una prima casada con un chileno o yo estudié en Chile, actitudes positivas. Yo diría que en la calle todo lo contrario, son muy afectuosos y eso se ve todos los días.

(RE) Y aún así como representante del Estado no ha sentido...

(JC) No, no, tampoco. Como que tienden a separar a la persona del Estado es como un ataque hacia... Chile, que es una entidad abstracta que la compone el criterio de algunos oligarcas que nadie saben dónde están. Porque no están claramente identificados, familia oligarcas y este abstracto no toca ni contamina al chileno medio y a los chilenos que conocen al parecer. Esta separación también es mala, porque cuando esta persona conoce a muchos chilenos agradables, no pasa esa experiencia hacia el país, “ah conozco y son todos muy amables, pero Chile es otra cosa”. Sigue siendo la veta negra, entonces esta separación es positiva y negativa a la vez.

(RE) ¿Considera usted viable a largo plazo la reivindicación marítima boliviana por una salida hacia el Pacífico?

(JC) Sí, pero, justamente, y estas no van a ser palabras mías, hay dos académicos bolivianos, ex embajadores, te recomendaría que los pudiera entrevistar. Uno es y Antonio Mariaca y el otro es el ex embajador Zelada, los dos trabajan en la UDABOL, tengo entendido que trabajan en Santa Cruz. Y, hace poco, fue el noveno encuentro de historiadores.

(RE) Lamentablemente, no pude asistir...

(JC) Bueno el hecho es que... Déjame ver lo que pasa, es que quiero basarme en lo que dijo uno ellos creo que fue Zelada. Dijo: “el buscar una solución al tema marítimo boliviano pasa primero por destruir ciertos mitos”. O sea, más que a través de políticas a nivel de autoridades, lo que debemos cambiar son las percepciones. Y esas las cambiamos a través de derrumbar tanta mentira o grandes tergiversaciones que tenemos. Y para que, sobre todo hoy en día donde se sociabiliza tanto la política exterior, porque cuando había dos dictaduras que fue cuando estuvimos más cerca en el Siglo XX de lograr un acuerdo como fue Charaña, esas condiciones ya no se dan hoy en día y lo podemos ver con respecto al Silala. En el Silala, lamentablemente, no se sociabilizó el tema bien con las comunidades, con los potosinos para que entendieran cuál era la ventaja que traía consigo una firma o un acuerdo con Chile. Acuerdo que solamente, a mi juicio, le traía beneficio, iban a cobrar por el 50% del agua a precio que solamente se cobra por el agua solamente a Dubái y eso no quitaba que más adelante se pudiera llevar a cabo

un acuerdo entre técnicos de que si era un río o un manantial en el caso de que fuera un manantial y Chile estaba pagar hasta el 100% por el agua. Eso, sin embargo, por falta de conocimiento, por esta pesada carga que tenemos de ver siempre la parte negativa, se sociabilizó tarde, una vez que se había hecho el acuerdo se socializó, pero a unas comunidades que no entienden cuáles los beneficios que le pueden costar un acuerdo tan chico como era ese. Entonces, el fracaso de este acuerdo sirve, en cierta medida, para darte cuenta qué pasaría en un acuerdo de carácter marítimo y un acuerdo de carácter marítimo por muy bien estructurado por los gobiernos de turno, no va a poder plasmarse si es que en las sociedades no logramos derrumbar estas caricaturas que tenemos como pueblo.

Una, por ejemplo, es el hecho de que Chile le debe algo a Bolivia desde un punto de vista jurídico y, por ende, Bolivia no le debe nada a Chile en el caso que le entregara un corredor, porque está muy internalizado por parte del pueblo boliviano que si Chile le otorga un corredor por el norte de Arica con la venia de Perú, ¿por qué va a haber canje territorial si Bolivia perdió 800 km de costa? Entonces, eso es falta total de empatía. Porque cómo un Estado que está en una posición de fuerza le va entregar gratuitamente a otro un territorio sin un territorio en compensación, no se logra entender. Mientras yo, como boliviano, no logre tener empatía, un chileno no va a aceptar regalar territorio.

En el caso chileno, por ejemplo, se dice: “Chile no tiene problemas pendientes con Bolivia” esa frase es efectiva si yo la hago un poco más completa. “Chile no tiene problemas pendientes con Bolivia de carácter jurídico, limítrofe”. Claro, existe un tratado internacional que se ha firmado 20 años después de la guerra y, por ende, hablar de coacción de la firma de dicho tratado, como que no tiene mucho peso. Pero si bien es cierta la frase que acabo de decir, no es cierta la frase incompleta “Chile no tiene temas pendientes con Bolivia”, no es cierto, los tiene. Chile tiene problemas de carácter de lo que tú estás viendo, percepciones, del tema del daño que ustedes todos los años lo renuevan, el tema de la pérdida del Litoral. Hay un daño emocional que en ustedes existe y que nosotros desconocemos o que queremos desconocer. Entonces, como te digo son esas cosas en las cuales primero hay que crear y la agenda de los trece puntos tenía unos elementos que a mí me dolieron mucho. Muchos analistas políticos bolivianos o historiadores que hablaron ahí el 23 de marzo. Los chilenos nos engatusaron y nos único que querían eran hacernos perder el tiempo. Lo único que se logró fue esto, que los

chilenos inventaron que era el fortalecimiento de confianzas mutuas. Y yo decía, el elemento esencial para aceptar la base de cualquier acuerdo es que los pueblos se conozcan y que entiendan y que se entiendan. Una vez que nos podemos entender como pueblo, no como gobierno, como pueblo, podemos construir cualquier cosa. Y es un trabajo y un trabajo largo y que en nada ayudan las declaraciones patriotas de uno u otro, porque lo único que hacen es alejar, justamente, a esa mesa del entendiendo y el conocimiento mutuo. Sí yo creo que se va a lograr alguna vez, lograr una solución al problema boliviano, yo creo que sí. Pero tenemos que destruir una serie de mitos con la educación básica, porque yo no puedo, y en esto cito aun boliviano que le dio en el clavo que fue Roberto Prudencio que dijo: “No es que Chile se haya embriagado con la victoria, sino que Bolivia se embriagó con la derrota”. Y es un gran dicho. En Chile igual los textos escolares no son textos historiográficos, entonces, están marcados con tintes nacionalistas pero llega a nivel tal, que llegan algunos documentos acá en Bolivia, Chile es tratado como el corsario de Latinoamérica, los piratas de América, el Israel de Latinoamérica, entonces, si me enseñan eso cuando chico y dejan una semilla que en nada me va a ayudar a establecer acuerdos con mi vecino. Y cuando yo conozco, lo digo a la inversa, si en Chile los textos del Pacífico hablan de que los bolivianos son así, son asá, yo vengo aquí a Bolivia y me encuentro con otra realidad, pero me han influenciado y me han lavado el cerebro cuando era pequeño. Lo que te contaban en Chile y la gente de Chile. “Los bolivianos que conozco son bien amables y gente muy abierta, pero Bolivia es otra cosa”. Es un trabajo difícil y lo que más necesitamos no es un estado diplomático, más que otra cosa, para mejorar la relación y establecer la base, es una relación psicoterapéutica.

2.6 Entrevista a Hugo Pereyra Plasencia

Entrevistado: Hugo Pereyra (HP)

Entrevistadora: Rocío Estremadoiro (RE)

(Una breve explicación del objetivo de la entrevista).

(RE) Bolivia, Chile y Perú parece que perciben a la Guerra del Pacífico en principalmente dos aspectos: Primero, las causas que la han originado, porque hay distintas versiones en las historias oficiales sobre las causas de la Guerra del Pacífico, los resultados, las consecuencias que devienen de ella. Entonces, primero ese aspecto. Por otra parte, de acuerdo un poco a la historia oficial en el Perú, ¿cuáles serían principales causas de la Guerra del Pacífico? En Chile arguyen mucho el tratado secreto entre Bolivia y Perú, hablan también del impuesto que el gobierno de Daza en Bolivia otorgó a la Compañía de Ferrocarriles y Salitres de Antofagasta. ¿Qué refleja la historia en el Perú respecto a la Guerra del Pacífico?

(PE) En realidad es muy complejo, voy a resumirla en dos grandes líneas. Las dos grandes líneas son la percepción popular de la guerra (por ahora del Perú). La percepción popular de la guerra y la percepción científica de la guerra, es decir académico-científica, son dos niveles que hay que tratar de manera separada.

El primer nivel de la concepción popular de la guerra es una percepción, la verdad, que bastante limitada porque parte de un error básico. El error básico que es además muy humano es convertir a los Estados-nación en personas o sea tratar Estado-nación como si fueran personas que aman, odian, traicionan, o sea, esa humanización de los Estados que es muy típica de las posiciones populares en Perú, en Chile, en Bolivia y en todo el mundo. Esa humanización es la que más contribuye a deformar una visión clara sobre lo que realmente ocurrió, ¿ya? Es un error. Por qué es un error, porque los Estados no actúan ni por amor, ni por pasión, ni por rencor, los Estados actúan por sus intereses. Los intereses de los Estados son el motor de su acción, ¿no?

Entonces, la versión popular señala que la culpabilidad de la guerra es esa especie de maldad natural de pueblo chileno, ¿no? Que son violentos, acostumbrados a la guerra, en fin. Esta visión tiende a recargar el origen de la guerra en el odio natural que los chilenos nos tienen, eso entre comillas, el orden natural que los chilenos tienen y también en la

traición de otros. La visión de un pueblo ladrón, un pueblo ladrón, un pueblo agresivo por naturaleza, un pueblo traidor, además, porque él conoció la hermandad americana, es una visión bien primaria.

Lo interesante es que esta visión popular fue atizada en Perú de manera interesada. ¿Quiénes? Por la clase dominante que perdió la Guerra del Pacífico, ese es el punto. La clase dominante recurre a la mea culpa. Es decir, por qué no compramos más barcos, por qué dejamos que haya semejante corrupción con tanto dinero que había con el guano, por qué no reforzamos nuestras relaciones internacionales, por qué no desarrollamos nuestras relaciones internacionales en las universidades. Viene a ser el mea culpa, la fórmula es fácil.

Los culpables de la guerra son dos: son los ladrones chilenos y los segundos culpables, aunque no lo creas, son los indios peruanos. Los indios peruanos porque si hubiéramos tenido blancos acá como en la Argentina, no hubiéramos dejado que los chilenos entren al territorio, porque el indio pues es torpe, malo, inculto, pues no sirve para nada. Es pues de las más grandes injusticias que se han hecho, porque, en la realidad, como dicen los científicos, quienes más resistieron la invasión chilena, quienes realmente les metieron fuego a los chilenos fueron los campesinos peruanos, esa es la gran paradoja.

En síntesis, la visión popular reduce la guerra a un impulso satánico del Perú de la traición chilena, al novio chileno y señala, además, que la guerra se perdió porque había mucho indio y no mucho no blanco digamos, ¿no?

Esta versión popular ha sido atizada por la clase dominante del Perú y dominó por lo menos unos 100 años, recién en la década del 70' aparecieron, claramente, los estudios que se pusieron a analizar bien lo que había pasado.

El asunto es el siguiente, Rocío. La versión popular peruana se acuñó por, digamos, por eso. Además hay otro motivo que ya se está perdiendo. En el Siglo XIX los Estados se movieron en un movimiento social draconiano, ¿no? No es lo mismo la Europa de ese tiempo o los EE.UU. de esa época que ahora. Esa época, que decía que despreciaba a los congresos y decía que todo se construía sobre sangre y hierro, es la época de la dominación europea sobre el África. Sobre consideraciones fascistas. Entonces, en ese contexto, en ese tiempo la derrota del Perú fue vista como que no hemos pasado la prueba

de la historia. Era la prueba de la fuerza, es la mentalidad en esa época, el Perú había perdido la gran prueba que sentían como república. Una cosa que en realidad es realmente tonta, ¿no? Pero hay que meterse en la mentalidad de la época. En ese momento, yo no lo conocí, pero mi abuelo hablaba que había mucha hombría de lo que le conto su padre, ¿no? Sobre la guerra. Él no era muy mayor, tenía como 40 años, ¿no? Entonces se le sembró en el rostro, ¿no?, como diciendo nos descalificaron en toda la historia. Gracias a Dios, ahora hay una inversión muy grande. Los chilenos pagan por millones a Tacna, para comer, hacer compras, atenderse con los dentistas, etc. O sea el mundo trasnacional que vemos ahora está llegando a superar ese complejo de inferioridad que tenía el pueblo durante mucho tiempo, ¿no?. Entonces, digamos es la columna de la percepción popular.

La otra columna que mencioné es la percepción científico-académica, ahí tenemos por lo menos tres variantes importantes, ¿no?

Una de ellas es una visión bastante emparentada con la visión popular. Los académicos peruanos descendientes de la oligarquía peruana, de la derecha, digamos, han continuado manejando la idea más sofisticada, la idea del “Chile malo”, que todo es por el “Chile malo”. Obviamente dejan completamente de lado de explicar que fallaron como contingente. Eso no lo mencionan, la culpa de la guerra fue del “Chile malo”. Son los más conservadores del Perú. Y también no lo dicen en sus clases. En las reuniones privadas, en los almuerzos, ahí sale la parte de los indígenas, “mucho indio”. Que todavía ahora, un sector pequeñito de los ricos de la oligarquía en el Perú, todavía maneja ese miraje. Es un primer grupo de la parte que te digo, científico- académica, ¿no?

El segundo grupo es el que viene de la escuela marxista. Este grupo enfatizó en los temas sociales. Este grupo por el lado bueno, digamos, enfocó el tema de los campesinos en la resistencia. Pero el lado malo destacó demasiado las causas puramente económicas de la guerra dejando a lado textos políticos y estratégicos. Ese el lado flaco. Pero el lado bueno ha logrado que Bolivia, por ejemplo... el lado bueno es un enfoque de los años 70', 80' es que enfatizaron y aclararon ante la opinión pública peruana, el enorme valor que tiene tuvo la población peruana y campesina en la defensa contra los chilenos. Un poco que puso la historia de cabeza, lo que estaban diciendo lo puso de cabeza. Un ejemplo de error, podríamos, decir... Iglesias pactó la paz con Chile y dejó a un lado a los indigenistas porque era un hacendado de casa Marquina del norte y no tenía interés en el

salitre. En cambio, los conservadores que vivían en Lima, sí. Ese contexto luchó hasta lo último por el salitre porque era su base económica. Es totalmente imperfecta, realmente, los seres humanos no actuamos solamente por eso, actuamos por otras razones, incluso por patriotismo. Pero, en fin, esa es la segunda variante.

La tercera variante que es en la que yo me incluyo, digamos. Es una variante que enfatiza mucho temas políticos, la historia militar y sobre todo el enfoque internacional. La guerra sólo se puede entender cuando se considera a la vez en Bolivia, Chile y en el Perú. Si no vemos a la vez los tres escenarios, no vamos a entender la guerra. Esa es la corriente que ahora está dominando, es una corriente en que yo me adscribo completamente a ella, porque, efectivamente, pasa por esta noción de la historia conectada de la historia internacional que está en boga ahora. Y también muy importante el énfasis en las personalidades políticas. El enfoque marxista tendría a olvidar estas personalidades. No las destacaba. Yo en este momento estoy haciendo una biografía de trecientas páginas sobre Andrés A. Cáceres como personaje de la resistencia. Ahora estoy tomando como referencia a este personaje concreto. El epicentro es este personaje de todo este proceso. Entonces, esta es la última aproximación académica que hay, personajes, asuntos políticos, militares e internacionales, ¿no? Eso básicamente.

Ahora, ¿cuál es la visión de las causas de la guerra de esta última visión? Bueno esta última visión como es lógico enfatiza no solamente... En primer lugar, señala que hay que descartar las visiones del “Chile malo”, Chile como un Estado que atacó al Perú. Lo que ocurrió y es verdad que en Chile hubo esas, creo que son 40 personas que siempre querían apropiarse del territorio en Tarapacá. Pero no era la mayoría de Chile, era fracciones de la clase dominante, importante fracción en todo caso, ¿no? Además, no es por disculpar a Chile, por si acaso, pero las condiciones de pobreza que surgieron en el contexto de la crisis internacional en el 70, la grande dificultad que hubo en Bolivia, Chile y en Perú a raíz de esa crisis internacional que no ha sido lo suficientemente estudiada en su afectación en América Latina. En ese contexto, Chile, el Perú, Bolivia, se volvió, y he leído que en el año 78’ en La Paz, con la hambruna, del basurero recogían no solamente basura, sino cadáveres de gente que se moría de hambre. En Chile estaba a punto de estallar una revolución social terrible y en el Perú se dejó de pagar la deuda externa. Entonces, lo que ocurrió es que lo que sucedió en Chile es lo que hubiera sucedido en muchos Estados en las mismas circunstancias. Es decir, “apropiémonos del

territorio de otros porque eso nos va a salvar como nación”. Esta es un poco la lógica, y la gracia fue que consiguieron convencer a sus paisanos y al pueblo chileno de que esa era la ruta. Ahora, desde este punto de vista, la falla es de la oligarquía peruana, porque la oligarquía peruana debía haber observado esto, había muchas señales de esto y debía haber comprado más barcos. Pero el presidente Pardo descartó esa forma con el tratado secreto y después la adhesión de la Argentina. Si el Perú compraba dos barcos más, no había guerra con Chile y hoy día Bolivia tendría salida al mar por ese lado.

Esa es la visión que esta dominando ahora, ¿no? Efectivamente, hay efectos de agresión, de codicia, pero veamos el contexto. Chile ha actuado como actuarían muchos países en esas circunstancias. Además, la clase alta tenía la obligación de adelantarse conociendo como funciona todo en la época y teniendo en cuenta los referentes. La invasión con la Confederación Perú –boliviana y también la independencia que llegó por Chile, entonces, la clase alta peruana de esa época, los civilistas cometieron el terrible error de implorar la herencia del presidente Ramos Castillo, que es un presidente del legado del Siglo XIX que había dicho que había que reforzar la marina peruana para evitar cualquier admisión de cualquier país y proteger el guano. Sabia decisión porque las relaciones Perú y Chile eran muy buenas en esa época. Los problemas comenzaron cuando se produjo, en los años 70’, el desequilibrio naval en el pueblo de Chile. Ahí comenzó todo.

A eso se añade, estudios que se han hecho sobre la enorme corrupción que hubo en el Perú en la década del 70’ del Siglo XIX, es corrupción de proporciones increíbles que condujo a una deuda peruana equivalente a treinta presupuestos nacionales juntos. O sea, era tal la corrupción, lo cual es muy paradójico, porque el Perú nunca había tenido más bienes en esa época.

Hay un aspecto de culpa de esa vieja oligarquía que se va a prolongar hasta el Siglo XIX y recién va morir en la década del 70’ del Siglo XX, o sea, esta oligarquía que ha manejado consistentemente una ideología que ha enfatizado la maldad chilena y la existencia de indios, pero no su propia culpa.

Esta sería mi percepción general de las causas de esta guerra.

(RE) ¿Entonces esta visión, esta tercera visión académica, mucho más objetiva ya se puede decir que se está difundiendo o todavía en la versión más popular queda la visión más maniquea, contra Chile, contra los indígenas?

(PE) Toda vía no, todavía no. Recién está apareciendo por informaciones académicas, todavía no. Ahora, tiene que ver también, es interesante, con los cambios sociales en el Perú, en el Perú está apareciendo una clase media de origen popular que no tiene vínculos con la vieja oligarquía, de la vieja oligarquía quedan restos que además se reproducen pocos. Tales son una pieza de museo, ¿no? Entonces, esas nuevas clases sociales del Perú, la clase media sobre todo, están digamos acuñando una nueva imagen de lo que ocurrió.

Además muchos antepasados peruanos combatieron pues en la guerra, ¿no? Pero eso no quiere decir que estas visiones nuevas ya sean de dominio público. No, todavía no. Todavía hay ignorancia, todavía hay poca claridad en el concepto.

(RE) Ya de alguna manera habló un poco sobre la percepción que se tiene de Chile. De alguna forma también ha abordado la percepción peruana al hablar de esto de que se tenía, “todo es culpa de los indígenas”, etc., etc. que es algo que también se percibe en algunos historiadores. En ese sentido ¿cómo se ve a Bolivia en este tipo de construcción histórica así más maniquea, más donde se refuerzan bastante las alteridades. ¿Cómo se percibe a Bolivia?

(PE) Otra vez tengo que optar por la visión popular de Bolivia y la académica de Bolivia.

La versión popular sobre Bolivia, aunque no quiero dorar la píldora, la percepción es de un abandono de Bolivia en la guerra. Bolivia abandonó al Perú en media guerra. Lo cual es falso, en realidad, porque la alianza duró hasta fines el 83'. Lo que dice Campero. Pero la percepción popular es, “nos metieron en este rollo y encima nos abandonaron”. Eso es lo que popularmente piensa la gente. Ahora, lo que se dice también, en algunos, al lado de esta visión negra, está la otra visión de los países hermanos, de la misma matriz que solamente ante una crisis internacional de envergadura se unieron, aunque deberían estar unidos siempre. Esa es otra visión de ver las cosas. En realidad, la versión de Bolivia oscila entre estas dos visiones. Una más bien condenatoria y otra positiva, ¿no? La guerra tuvo algo bueno, unió lo que estaba dividido es lo que dice la parte benévola digamos, ¿no?

Ahora, en la versión popular... a ver, partamos por la versión oligárquica, digamos. La versión oligárquica enfatiza mucho la imagen de una aliada. Se parece mucho a la visión popular en el sentido de que recarga toda la culpabilidad a la maldad chilena, ¿no? Señala pues que los dos países tienen, Bolivia y el Perú, se unieron en esta circunstancia terrible, esta visión tiende a destacar la alianza Perú –Bolivia pero la última versión, la internacional, que está en boga, está aplicando los paradigmas de la relación internacional, el internacionalismo, ¿no?, como método para ver la realidad. Esta última versión está enfatizando que Bolivia y Perú tenían intereses diferentes y concretamente los intereses diferentes eran Tacna y Arica. Si uno estudia con algunos historiadores la historia de Bolivia, Bolivia nace comerciando a través del puerto peruano de Arica. Siempre dependió del puerto de Arica y usó muy poco su propio litoral. Y lo usó tan poco que aprovecharon los chilenos. En cambio, la clave aquí es la necesidad que ha tenido Bolivia de un ascensor que era Tacna y Arica por el Pacífico. Estos eran intereses contrapuestos, más bien, en la guerra aparece que alguna vez los chilenos intentaron acercarse a Bolivia y ofrecerles un trato. Hablo concretamente de las conversaciones de Baptista de enero del año 82'. Cuando se reúnen Mariano Baptista y Eugenio Lillo en Tacna y Lillo ofrece a Baptista Tacna y Arica que era territorio peruano ocupado por ellos a cambio del Litoral boliviano y tenía que aceptar la posesión chilena de Tarapacá. Había una tendencia en Bolivia, Bolivia estaba partida en dos. Los políticos como Baptista, Aniceto Arce, tienen la idea de que había que hacer un acuerdo con Chile y el objetivo eran Tacna y Arica. Pero Campero y otro grupo, eran filo peruanos y rechazaron este punto de vista y mantuvieron la alianza hasta fines del año 83'. Esta visión enfatiza el tema de los intereses, el interés chileno, peruano y boliviano y observa que entre Bolivia y Perú había alianza y que la alianza, en realidad, era un poco precaria. Eso en el plano académico. El pueblo peruano no sabe nada de esto, ¿ya?, esto es académico.

(RE) Ubicándome un poco en los historiadores que he estado leyendo. Claramente Paz Soldán, por ejemplo, responde a una corriente, esta corriente académica más conservadora, ligada justamente a la oligarquía, etc. ¿no?

(PE) La tesis de la maldad chilena, la traición chilena y la ambición del salitre.

(RE) Exacto, la tesis de la maldad chilena. Basadre estaría, no más, con la tercera tendencia académica que me ha descrito, ¿no?

(PE) Basadre es incalificable. Basadre tiene un sesgo ligeramente anti boliviano. Tiene, en parte, comparte una visión social moderna, pero también tiene mucho la visión antigua que tapa a la oligarquía de sus errores, mucho. O sea, es un caso inclasificable, un poco ambiguo no pude calzar ni a la oligarquía, ni la versión académica, ni la visión popular. Es una visión propia, un poco de todo, digamos, pero que sí sirve, digamos, es un trabajo serio, hecho con mucha calidad de fuentes pero cuando toca los hechos centrales difumina las cosas. Por ejemplo: Uno de los actos más vergonzosos de la historia peruana, porque realmente es vergonzoso, es la huida del general Montero de Arequipa cuando los chilenos atacan, a este señor le dio un ataque de pánico, agarrara su caballo, escapa de Arequipa, se va al lago Titicaca, toma un barquito para Bolivia y huye del Perú y antes de huir hace un documento para del presidente de acá, diciéndole que no puede hacer más, que le desea suerte, de que se quede con el poder y que ojalá la providencia llegue al Perú. Este es uno de los episodios más vergonzosos de la historia del Perú. Basadre apenas lo pasa con agua caliente, o sea, lo menciona, pero sin el contenido real que tuvo, casi no lo menciona.

Repito, es muy importante la obra de Basadre, pero en los puntos focales, a la hora de la verdad, difumina bastante las cosas, lo que una impresión de ambigüedad. Otro ejemplo, Nicolás de Piérola, claramente, era un tipo egocéntrico, ¿no? Un tipo, además, limitado porque no era nada brillante, ¿no? Pero tenía mucho carisma. No lo condena, no considera el desastre de Lima, no considera sus pequeñeces, él los pasa por alto, o sea, Basadre es incalificable, amerita una explicación personal, no lo pongamos en esto.

Pero sí lo que mencionaste de la historia tradicional, Paz Soldán, después los contemporáneos, el propio Cáceres en sus memorias. Es una corriente que esta acá. Que destaca que lo que hace la guerra es la mitad de la traición chilena y la ambición.

Específicamente la visión científica es la que señala que si la clase alta peruana se hubiera comportado, no con el 100%, no para pedir peras al olmo, ¿no?, la guerra no se hubiera dado. La guerra era perfectamente evitable. La guerra se da por la pereza, la frivolidad, el racismo y la falta de cultura de la representación peruana. Que no vio bien, con claridad, la situación internacional y las reglas de la política internacional de esa época.

(RE) ¿Y la visión histórica que más se difunde en la escuela, por ejemplo, o a través de las FF.AA., sería esta clásica, la más maniquea? ¿O ya está cambiando?

(PE) En la visión popular si, la idea de la maldad chilena. Ahí hay una cosa bien importante. Ahora, a nivel educativo, a veces, se enseña esto. O sea, existe una mala calidad de profesores Ahí hay muchos niños y jóvenes que no saben del tema, sólo tienen una idea muy vaga de este asunto. Y otra cosa muy importante también es lo que se refleja en las encuestas de opinión. El pueblo peruano, cuando le preguntan sobre política internacional, de opinión pública, acaba de salir una encuesta. Cuando le preguntan al pueblo de Lima, ¿cuál piensa que es la mayor amenaza al Perú? Una parte importante, de manera vaga, porque no entiende por qué, dice que la principal amenaza es Chile. No dice por qué exactamente y que tiene que ver también con que es lo que dice La Haya. Lo de La Haya, un poco, marcó a la gente porque claramente, (yo no lo digo por ser diplomático), hubo maniobra chilena. No sé cómo llamarla...un poquito torcida, diría yo, ¿no? Durante 40 años con reglas nada claras, una vez más abusaron de la ignorancia del Perú. “Nos hicieron firmar unos tratados con mala intención”. Entonces, eso también impactó a la opinión pública. Como diciendo: “caramba un poco peligroso, hay que tener cuidado con los chilenos”.

Un poco también lo que explica la posición de la “amenaza chilena”, es un poco que muchas de las inversiones en el Perú, como es el tema del supermercado, del comercio, tienen capitales chilenos, muchos, en gran parte. La gente va, acepta, compra y todo, pero, de vez en cuando, saca “son chilenos”, ¿no? Y lo vincula vagamente al tema de la guerra y al tema de La Haya. Pero en términos muy vagos, porque, repito, la visión popular del Perú es muy primaria, es bien desinformada. Hay una educación popular muy mala, entonces son cosas muy vagas en realidad.